

JEFFREY ARCHER



COMO
LOS CUERVOS

Lectulandia

No le fue fácil a Charlie alcanzar el objetivo de amasar una fortuna; sin embargo algo había en él que le hacía un predestinado al triunfo y, como apreciará el lector, este algo tiene mucho que ver con su capacidad de trabajo, astucia, coraje, ganas de aprender y un maravilloso abuelo el de más fino olfato para la venta que le guio con su ejemplo en sus primeros tiempos.

Desde las primeras páginas la historia se convierte en una trepidante aventura sobre el mundo de los negocios, en una ascensión ilusionada desde la humilde situación de vendedor de verduras callejero hasta la realización de un gran proyecto empresarial: es la historia de un tendero que metido a negociante termina creando una importante red de establecimientos comerciales mientras van desfilando los grandes acontecimientos de este siglo.

Lectulandia

Jeffrey Archer

Como los cuervos

ePub r1.1

Titivillus 31.12.14

Título original: *As the crow flies*
Jeffrey Archer, 1991
Traducción: Eduardo García Murillo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

CHARLIE

1900 - 1919

CAPÍTULO 1

— No te la ofrezco por dos peniques —gritó mi abuelo, sosteniendo la col con ambas manos—. No te la ofrezco por un penique, ni siquiera por medio. No, se las regalo por un cuarto de penique.

Esas son las primeras palabras que recuerdo. Mucho antes de que aprendiera a andar, mi hermana mayor solía depositarme en una caja de naranjas, junto al puesto del abuelo, para conseguir que mi aprendizaje comenzara cuanto antes.

—Solo lo hago por él —solía decir el abuelo, señalando la caja de madera en la que me encontraba yo.

Para ser sincero, la primera palabra que pronuncié fue «abuelo», y las siguientes, «un cuarto de penique». Cuando cumplí tres años, ya era capaz de repetir, palabra por palabra, sus frases de reclamo. Debo aclarar que ningún miembro de mi familia estaba seguro de la fecha exacta en que yo había nacido, teniendo en cuenta que mi viejo había pasado la noche en la cárcel, y que mi madre murió antes de que yo accediera al mundo de los vivos. El abuelo opinaba que bien había podido ser un sábado, se inclinaba por considerar enero el mes más probable, estaba seguro de que 1900 era el año, y sabía que tuvo lugar bajo el reinado de la reina Victoria. Por lo tanto, todos nos pusimos de acuerdo en el 20 de enero de 1900.

Nunca conocí a mi madre porque, como ya he explicado, murió el día en que yo nací. El párroco lo definió como «parto», pero yo no comprendí la expresión hasta varios años después, cuando me topé con el problema de nuevo. El padre O'Malley nunca dejaba de decirme que era la mujer más santa que había conocido. Mi padre — a quien nadie se le ocurriría calificar de santo— trabajaba de día en los muelles, vivía en la taberna por la noche y volvía a casa por la mañana, pues era el único lugar donde podía caer dormido sin que nadie le molestara.

El resto de la familia se componía de mis tres hermanas: Sal, la mayor, de cinco años, que sabía cuándo había nacido porque ocurrió en plena noche y mantuvo despierto al viejo; Grace, que tenía tres años y nunca impidió dormir a nadie, y la pelirroja Kitty, que contaba dieciocho meses y siempre berreaba.

El cabeza de familia era el abuelo Charlie, con cuyo nombre me bautizaron. Dormía en su habitación de la planta baja, en nuestra casa de Whitechapel Road, mientras los demás nos hacinábamos en la habitación opuesta. Había otras dos dependencias en la planta baja, una especie de cocina y lo que la mayoría de la gente llamaría una amplia alacena, pero que Grace prefería denominar salón.

Había un lavabo en el jardín (carente de hierba) que compartíamos con una familia irlandesa. Vivía en el piso de arriba. Tenían la costumbre de acudir a las tres de la mañana, al menos así nos lo parecía a nosotros.

El abuelo había conseguido establecer su puesto en la esquina de Brick Lane con Whitechapel Road, la más bulliciosa del barrio. Una vez que logré escapar de mi caja de naranjas y deambular entre los otros puestos, no tardé en descubrir que los vecinos

le consideraban el mejor vendedor ambulante del East End.

Mi padre, cuya profesión, como ya he indicado antes, era la de estibador, nunca pareció tomarse mucho interés en ninguno de nosotros, y aunque a veces ganaba una libra a la semana, el dinero siempre terminaba en el Black Bull, dilapidado en pinta tras pinta de cerveza, o se lo jugaba (y perdía) a los naipes o el dominó, en compañía de su mejor amigo, y vecino de al lado, Bert Shorrocks, un hombre que, en lugar de hablar, gruñía.

De hecho, si no hubiera sido por el abuelo, yo nunca habría podido acudir a la escuela elemental de la calle Jubilee, y «acudir» es la palabra más adecuada, pues yo no hacía otra cosa que cerrar de golpe la tapa de mi pequeño pupitre y, en ocasiones, tirar de las trenzas de «Posh Porky», la niña que se sentaba frente a mí. Su nombre auténtico era Rebecca Salmon y era hija de Dan Salmon, el propietario de la panadería situada en la esquina de Brick Lane. Sabía con toda exactitud cuándo y dónde había nacido, y nunca dejaba de recordarnos que era un año más joven que cualquiera de la clase.

No veía las horas para que sonara el timbre a las cuatro de la tarde, indicando el fin de las clases, y cerrar de golpe la tapa por última vez para bajar corriendo por Whitechapel Road y echar una mano en el puesto.

Los sábados, como concesión especial, el abuelo me permitía que le acompañara de buena mañana al mercado de Covent Garden, donde seleccionaba las frutas y verduras que después venderíamos en el puesto, justo enfrente de la panadería del señor Salmon y la tienda de pescado y patatas fritas, ubicada junto a la panadería.

Aunque yo estaba impaciente por abandonar la escuela de una vez por todas para estar siempre con el abuelo, si hacía novillos una hora me castigaba sin llevarme a ver el West Ham los sábados por la tarde, o peor, no me dejaba acompañarle con la carretilla por la mañana.

—Espero que cuando crezcas te parezcas más a Rebecca Salmon —solía decir—. Esa chica llegará lejos.

—Cuanto más lejos mejor —le respondía yo, pero él nunca reía; se limitaba a recordarme que ella sacaba las mejores notas en cada asignatura.

—Excepto aritmética —me ufanaba yo—, en que le doy de lo lindo.

Yo podía hacer cualquier suma en la cabeza, mientras Rebecca Salmon necesitaba escribirlas en un papel; la ponían frenética.

Mi padre no visitó ni una vez la escuela elemental de la calle Jubilee en todos los años que asistí a ella, pero el abuelo se dejaba caer al menos una vez al trimestre para charlar con el señor Cartwright, mi profesor. El padre O'Malley le decía a mi abuelo que yo tenía buena cabeza para los números, y que podría llegar a ser contable o funcionario. Incluso dijo en cierta ocasión que intentaría encontrarme un empleo en la City^[1]. Lo cual, a decir verdad, era una pérdida de tiempo, porque yo solo deseaba acompañar a mi abuelo con el carretón.

Tenía siete años cuando descubrí que el nombre escrito en un costado del carretón

(Charlie Trumper el comerciante honrado, fundado en 1823) era el mismo que el mío, y aunque el nombre de pila de mi padre era George había dejado claro en numerosas ocasiones que, cuando el abuelo se retirara, no tenía la menor intención de sustituirle, pues no quería perder a sus amiguetes del muelle.

Al enterarme me sentí muy complacido, y le dije al abuelo que, cuando yo me hiciera cargo del negocio, ni siquiera tendríamos que cambiar el nombre.

Se limitó a suspirar y dijo:

—No quiero que acabes trabajando en el East End, jovencito. Eres demasiado listo como para arrastrar un carretón durante el resto de tu vida.

La escuela se sucedía mes tras mes, año tras año, y Rebecca Salmon subía a recoger premio tras premio el día de los Discursos^[2]. Lo peor era que siempre debíamos escucharla recitando el salmo veintitrés, erguida en el escenario con su vestido blanco, sus calcetines blancos y sus zapatos negros. Hasta se ceñía el largo cabello negro con una diadema blanca.

—Imagino que se cambia de bragas cada día —susurraba la pequeña Kitty en mi oído.

—Y yo te apuesto una guinea contra un cuarto de penique a que todavía es virgen —decía Sal.

Yo me ponía a reír porque todos los vendedores ambulantes de Whitechapel Road lo hacían cuando oían esa palabra, aunque confieso que en aquella época no tenía ni idea de lo que significaba ser virgen. El abuelo me indicaba que callara, y no volvía a sonreír hasta que yo subía a recoger el premio de aritmética, una caja de lápices de colores que maldita falta me hacían. En cualquier caso, eran los lápices o un libro.

El abuelo aplaudía con tal entusiasmo cuando yo volvía a mi sitio que algunas mamás miraban a su alrededor y sonreían, lo cual bastaba para afirmar al viejo en la idea de que yo debía continuar en la escuela hasta que cumpliera catorce años.

A los diez años, el abuelo me dio permiso para colocar los artículos en el carretón antes de irme a la escuela. Las patatas delante, las verduras en medio, y las frutas detrás: esa era su regla de oro.

—Nunca les dejes tocar la fruta hasta que hayan pagado —acostumbraba a decir—. Es difícil aplastar una patata, pero más difícil es vender un racimo de uva que ha sido manoseado varias veces.

A los once años ya cogía el dinero de los clientes antes de entregarles el cambio. Fue entonces cuando aprendí el truco de la palma. En ocasiones, después de devolverle el cambio, el cliente abría la palma de la mano y yo descubría que una de las monedas que le había entregado se había esfumado como por arte de magia, viéndome obligado a devolverle algo de calderilla.

Eché a perder una buena parte de nuestros beneficios semanales, hasta que el abuelo me enseñó a decir: «Su cambio de dos peniques, señora Smith», alzando en alto las monedas antes de entregarlas para que todo el mundo las viera.

A los doce años aprendí a regatear con los proveedores de Covent Garden, sin

alterar para nada la expresión del rostro, vendiendo posteriormente el mismo producto a los clientes de Whitechapel con una sonrisa de oreja a oreja. También descubrí que el abuelo solía cambiar de proveedores cada dos por tres, «solo para asegurarme de que nadie me toma el pelo».

A los trece años me había convertido en sus ojos y oídos, y ya sabía el nombre de todos los proveedores de frutas y verduras de Covent Garden. Enseguida averigüé qué vendedores apilaban la fruta buena sobre la mala, qué intermediarios intentaban esconder una manzana estropeada, qué proveedores procuraban darte el pego en la pesada y, en especial, qué clientes no pagaban sus deudas y, por lo tanto, no debía apuntar en la pizarra de los elegidos.

Recuerdo que mi pecho se hinchó de orgullo el día en que la señora Smelley, propietaria de una pensión sita en Commercial Road, me dijo que yo era de tal palo tal astilla, y que, en su opinión, un día sería tan bueno como mi abuelo. Aquella noche lo celebré pidiendo mi primera pinta de cerveza y encendiendo mi primer Woodbine. No terminé ninguno de ambos.

Nunca olvidaré aquella mañana de un sábado en que el abuelo me dejó a cargo del puesto, sin su ayuda. No abrió la boca durante cinco horas, ni para aconsejarme ni para opinar, y cuando al terminar la jornada revisó las cuentas, me entregó la moneda de seis peniques que siempre me obsequiaba los sábados por la noche, a pesar de que nos habíamos quedado dos chelines y cinco peniques por debajo de nuestras ganancias normales de los fines de semana.

Yo sabía que a mi abuelo le habría gustado que siguiera en la escuela, pero el último viernes de diciembre de 1913 dejé a mi espalda las puertas de la escuela elemental de la calle Jubilee, con la bendición de mi padre. Siempre había dicho que la educación era una pérdida de tiempo, una completa estupidez. Estuve de acuerdo con él, a pesar de que «Posh Porky» había obtenido una beca para un lugar llamado St. Paul's que, en cualquier caso, se encontraba a kilómetros de distancia, en Hammersmith. ¿Quién quiere ir a un colegio de Hammersmith, pudiendo vivir en el East End?

Era obvio que la señora Salmon sí lo deseaba, pues nunca dejaba de recordar las «proezas intelectuales» de su hija a todos los que hacían cola para comprar pan.

—Al parecer, Rebecca tiene la capacidad de hacer cantidad de cosas mucho antes que los niños de su edad —le dijo un día a mi padre.

—Y yo sé de algo que terminará haciendo antes de lo que su madre supone —susurró en mi oído, antes de añadir—: Presumida de mierda.

Yo pensaba sobre la señora Salmon lo mismo que mi padre sobre «Posh Porky». Sin embargo, el señor Salmon me caía bien. Antes de casarse con la señorita Roach, la hija del panadero, también había sido vendedor ambulante.

Todos los sábados por la mañana, mientras yo preparaba el puesto, el señor Salmon se dirigía a la sinagoga de Whitechapel, dejando la tienda a cargo de su esposa. La mujer nunca dejaba de recordarnos a voz en grito que ella no era una tres

al cuarto.

«Posh Porky» siempre parecía debatirse entre acompañar a su padre a la sinagoga y quedarse en la tienda, donde tomaba asiento junto al escaparate y se atizaba bollos de crema en cuanto su madre le volvía la espalda.

—Siempre se da el mismo problema en los matrimonios mixtos —me decía el abuelo, pero aún me quedaban años para comprender que no estaba hablando de los bollos de crema.

El día que dejé la escuela le dije al abuelo que podía seguir descansando mientras yo iba a Covent Garden para llenar el carretón, pero no me prestó atención. Cuando llegamos al mercado, me permitió regatear por primera vez con los vendedores. No tardé en descubrir a uno que me ofreció una docena de manzanas por tres peniques, con tal de que le garantizara el mismo pedido cada día, a lo largo de un mes. Como el abuelo Charlie y yo siempre comíamos una manzana para desayunar, el acuerdo solucionó nuestras necesidades y me dio la oportunidad de seleccionar lo que íbamos a vender a los clientes.

A partir de aquel momento, cada día fue sábado, y entre ambos nos las arreglamos para aumentar los beneficios a catorce chelines por semana.

Se me asignó un salario semanal de cinco chelines (una auténtica fortuna), cuatro de los cuales guardaba cerrados en una caja de hojalata bajo la cama del abuelo, hasta que ahorré mi primera guinea. «Un hombre que posee una guinea posee seguridad», solía decirme el señor Salmon, erguido ante la puerta de su tienda, con los pulgares introducidos en el bolsillo del chaleco y exhibiendo el reloj y la cadena de oro.

Por las noches, después de que el abuelo hubiera venido a casa para cenar y el viejo se hubiera marchado a la taberna, me aburría enseguida de estar sentado en compañía de mis hermanas, así que me apunté al Club Juvenil Masculino de Whitechapel: tenis de mesa los lunes, miércoles y viernes; boxeo los martes, jueves y sábados. Nunca le cogí el truco al *ping-pong*, pero llegué a ser un aceptable peso gallo, y en una ocasión representé al club contra Bethmal Green.

Al contrario que mi padre, nunca me sentí atraído por las tabernas, los galgos ni los naipes, pero casi todos los sábados por la tarde iba a apoyar al West Ham, y alguna noche me desplazaba al East End para ver a la última estrella de la comedia musical.

Cuando el abuelo me preguntó qué deseaba para mi decimoquinto cumpleaños repliqué sin vacilar: «Mi propio carretón», y añadí que casi había ahorrado lo suficiente para comprar uno. Se limitó a reír, comentando que el viejo me serviría igual cuando estuviera dispuesto a sucederle.

—En cualquier caso —me advirtió—, es lo que los ricos llaman una propiedad, y —concluyó— nunca inviertas en algo nuevo, sobre todo en tiempos de guerra.

Aunque el señor Salmon ya me había contado que el año anterior se había declarado la guerra contra Alemania (nadie había oído hablar del archiduque Francisco Fernando), solo comprendimos la gravedad de la situación cuando muchos

jóvenes que trabajaban en el mercado empezaron a desaparecer, destinados «al frente», siendo reemplazados por sus hermanos menores, y a veces por sus hermanas. Los sábados por la mañana se veían en el East End más muchachos vestidos de caqui que de civil.

Mi otro recuerdo de ese período es que la salchichería de Schultz (uno de nuestros placeres de los sábados por la noche) amanecía cada día con un escaparate roto. Una mañana, de repente, vimos que la tienda había sido clausurada. Nunca le volvimos a ver.

—Le han internado —susurró mi abuelo, sin dar más explicaciones.

Mi viejo nos venía a ver algún sábado por la mañana, con el único propósito de sablear al abuelo y marcharse al Black Bull para gastárselo todo con su amiguete Bert Shorrocks.

El abuelo soltaba semana tras semana un chelín, o incluso dos; todos sabíamos que no se lo podía permitir. Lo que realmente me molestaba era que nunca bebía, ni tampoco aprobaba el juego. Mi viejo guardaba el dinero, se tocaba la gorra y partía en dirección al Black Bull.

Esta rutina se sucedió semana tras semana, hasta que un sábado por la mañana una dama estirada que vestía un traje negro largo y portaba una sombrilla, se encaminó con paso decidido hacia nuestro puesto y colocó una pluma blanca en la solapa de mi padre.

Nunca le había visto tan enfurecido, ni siquiera los sábados por la noche, cuando perdía hasta la camisa jugando y llegaba a casa tan bebido que todos debíamos escondernos debajo de la cama. Aunque amenazó con el puño cerrado a la dama, esta no retrocedió ni un paso y le llamó «cobarde» a la cara. Él le gritó algunas cosas que solía reservar para el casero. Después, cogió todas las plumas y las tiró a la cloaca, antes de salir disparado hacia el Black Bull. Ni siquiera volvió a casa para comer. Sal había preparado pescado y patatas fritas. Yo no me quejé, liquidé su ración de patatas, y me fui a ver al West Ham. Tampoco le vimos por la noche, y cuando me desperté por la mañana comprobé que su lado de la cama seguía intacto. Al volver de misa con el abuelo continuaba sin dar señales de vida, y dormí por segunda noche consecutiva con la cama de matrimonio para mí solo.

—Habrà pasado otra noche entre rejas —dijo el abuelo el lunes por la mañana, mientras yo empujaba nuestro carretón por mitad de la calle, intentando no pisar la mierda de los caballos que arrastraban los autobuses de la línea metropolitana.

Al pasar frente al número no divisé a la señora Shorrocks mirándome desde la ventana. Exhibía el habitual ojo morado y la colección de diferentes magulladuras que Bert le solía producir cada sábado por la noche.

—Ve a sacarlo de la cárcel hacia el mediodía —dijo el abuelo—. Ya se le habrá pasado la cogorza.

Me repugnó la idea de soltar media corona para pagar su fianza; los beneficios de un día al carajo. Pasadas las doce me acerqué a la comisaría de policía. El sargento de

guardia me dijo que Bert Shorrocks seguía en su celda y sería conducido ante el juez por la tarde, pero que no habían visto a mi viejo en toda la semana.

—Es igual que un penique falso: no dudes que aparecerá de nuevo —comentó mi abuelo con una risita.

Pero pasó un mes antes de que mi padre «apareciera» de nuevo, y cuando le vi no pude dar crédito a mis ojos: iba vestido de caqui de pies a cabeza. Se había enrolado en el segundo batallón de los Fusileros Reales. Nos explicó que, a pesar de que confiaba en ser enviado al frente dentro de pocas semanas, pasaría la Navidad con nosotros; un oficial le había dicho que los malditos hunos se irían a tomar por el culo mucho antes.

El abuelo le estrechó la mano y frunció el ceño, pero yo estaba tan orgulloso de mi viejo que pasé el resto del día paseando por el mercado sin separarme un momento de él. Hasta la dama apostada en una esquina con su cargamento de plumas blancas le dedicó un cabeceo de aprobación. La miré y le prometí a mi padre que si los alemanes no se habían ido a tomar por el culo antes de Navidad, dejaría el mercado y me alistaría para ayudarle a concluir la tarea. Aquella noche le acompañé al Black Bull, decidido a pulirme la paga semanal en lo que le apeteciera. Sin embargo, nadie permitió que pagase su bebida, así que no tuve que gastar ni un penique. Se fue para unirse a su regimiento de buena mañana, antes de que el abuelo y yo nos levantáramos para ir al mercado.

El viejo nunca escribió porque no sabía escribir, pero toda la gente del East End sabía que, si no encontrabas bajo tu puerta uno de aquellos sobres marrones, el miembro de tu familia que combatía en la guerra seguía con vida.

El señor Salmon me leía a veces artículos del periódico matutino, pero nunca encontró una mención de los Fusileros Reales, así que jamás supe dónde se había metido el viejo. Únicamente rezaba para que no se hallara en un lugar llamado Yprès, donde, según advertía el periódico, los enfrentamientos eran muy intensos.

Tuvimos un día de Navidad muy tranquilo en familia, dejando aparte el hecho de que el viejo no había regresado del frente, tal como el oficial había pronosticado.

Sal, que hacía turnos en un café de Commercial Road, volvió a trabajar el día 27. Grace se pasó las así llamadas vacaciones en su puesto del hospital de Londres, supervisando los regalos de todo el mundo, antes de irse a la cama. Kitty deambulaba de un lado a otro.

De hecho, a decir verdad, daba la impresión de que no duraba en un empleo más de una semana. No obstante, siempre vestía mejor que cualquiera de nosotros, pues una ristra de novios parecían ansiosos de gastarse hasta su último penique en ella antes de partir hacia el frente. Me resultaba imposible imaginar qué pensaba decirles en el caso de que todos volvieran el mismo día.

De vez en cuando, Kitty aceptaba trabajar un par de horas en el puesto, pero desaparecía en cuanto le echaba mano a una parte de los beneficios de la jornada.

—Creo que no hacemos un buen negocio con ella —solía comentar mi abuelo.

Yo no me quejaba. Tenía dieciséis años, no alentaba la menor preocupación y mis pensamientos se concentraban en conseguir cuanto antes un carretón de mi propiedad.

El señor Salmon me dijo haber oído que los mejores carretones se vendían en el Oíd Kent Road, porque muchos jóvenes obedecían la consigna de Kitchener, consistente en alistarse y combatir por la patria y el rey. Estaba seguro de que no habría un momento más adecuado para hacer lo que él llamaba un buen *metsieh*. Le di las gracias, pero también le rogué que no revelara mis intenciones al abuelo, porque quería cerrar el *metsieh* sin que él lo supiera.

La mañana del sábado siguiente le pedí al abuelo dos horas libres.

—¿Es que te has echado una novia? —Me miró de soslayo—. Espero que no vayas a empujar el codo.

—Ni lo uno ni lo otro —respondí con una sonrisa—, pero serás el primero en enterarte, abuelo —le prometí, llevándome la mano a la gorra, y me puse a correr hacia la Oid Kent Road.

Crucé el Támesis por el puente de la Torre, adentrándome en el este más que nunca, y cuando llegué al extraño mercado no di crédito a mis ojos. Jamás había visto tantos carretones. Estaban alineados en filas. Largos, cortos, rechonchos, pintados con todos los colores del arco iris; algunos exhibían nombres famosos durante generaciones en el East End. Me pasé una hora examinando los que estaban a la venta, pero el único al que volví tenía escrito en un costado: «El carretón más grande del mundo».

La mujer que vendía el espléndido objeto me dijo que solo tenía un mes de antigüedad, y que su marido, muerto por los alemanes, había pagado tres libras por él. No pensaba venderlo por menos.

Le expliqué que solo tenía dos libras, pero que esperaba pagarle el resto antes de seis meses.

—Todos podríamos morir antes de que terminen esos seis meses —replicó.

Meneó la cabeza con el aire de quien ha escuchado cuentos por el estilo a menudo.

—En ese caso, le daré dos libras y seis peniques, más el carretón de mi abuelo como garantía —dije sin pensar.

—¿Tu abuelo? —preguntó ella.

—Sí, Charlie Trumper —dije con orgullo, si bien no confiaba en que conociera su nombre.

—¿Charlie Trumper es tu abuelo?

—Sí, ¿y qué? —pregunté, desafiante.

—Que las dos libras y seis peniques me bastan por ahora —respondió la mujer—. No te olvides de pagar el resto antes de Navidad.

Fue la primera vez que descubrí el significado de la palabra «reputación». Le entregué los ahorros de mi vida, prometiendo darle los restantes diecinueve chelines y

seis peniques antes de que terminara el año.

Cerramos el trato con un apretón de manos, agarré las varas y me llevé de inmediato mi nuevo «Gorrión» hacia Whitechapel Road. Cuando Sal y Kitty vieron el carretón se pusieron a dar saltos de alegría, e incluso me ayudaron a pintar en un costado «Charlie Trumper, el comerciante honrado, fundado en 1823».

Acabada la tarea, y mucho antes de que la pintura se hubiera secado, hice rodar el carretón con aire triunfal hacia el mercado. Cuando divisé el puesto de mi abuelo, mi sonrisa ya se extendía de oreja a oreja.

La multitud congregada alrededor del viejo carretón parecía más numerosa de lo que acostumbraba a ser los sábados por la mañana, pero guardaba un extraño silencio, y no pude adivinar por qué enmudecieron en el momento en que aparecí.

—Ahí viene Charlie el joven —gritó una voz.

Varios rostros se volvieron en mi dirección. Presentí que algo había ocurrido. Solté mi nuevo carretón y corrí hacia la muchedumbre, que me abrió paso enseguida. Lo primero que vi después de atravesarla fue al abuelo tendido en el suelo. Apoyaba la cabeza en una caja de manzanas y estaba pálido como la cera.

Corrí a su lado y me arrodillé.

—Soy Charlie, abuelo, soy yo. Estoy aquí. ¿Qué puedo hacer? Dímelo y haré lo que sea.

Sus cansados ojos parpadearon lentamente.

—Escúchame con atención, muchacho —dijo, casi sin aliento—. Ahora, el carretón te pertenece, de modo que nunca lo pierdas de vista más de unas horas, ni tampoco el puesto.

—Pero es tu carretón y tu puesto, abuelo. ¿Cómo vas a trabajar sin carretón ni puesto? —pregunté, pero ya no me escuchaba.

Hasta aquel momento no se me había pasado por la cabeza que un conocido pudiera morir.

CAPÍTULO 2

El funeral del abuelo Charlie se celebró una despejada mañana de octubre en la iglesia de Santa María y San Miguel, en la calle Jubilee. Cuando los componentes del coro tomaron asiento, solo quedó sitio para estar de pie, y hasta el señor Salmon, ataviado con un largo abrigo negro y un sombrero negro de ala ancha, se encontraba entre los que se apretujaban en la parte trasera. Fue la segunda lección de Charlie sobre el significado de la palabra reputación.

A la mañana siguiente, cuando Charlie llegó al puesto de su abuelo con el flamante carretón nuevo, hasta el señor Dunkley salió de la tienda de pescado y patatas fritas para admirar su adquisición.

—Tiene casi el doble de capacidad que el viejo carretón del abuelo —le dijo Charlie—, además, solo debo una libra de su importe.

Sin embargo, al acabar la semana Charlie descubrió que el nuevo carretón seguía medio lleno de fruta pasada que nadie quería. Sal y Kitty también arrugaban la nariz cuando les ofrecía delicadezas tales como plátanos pasados o melocotones aplastados. Le costó varias semanas al nuevo comerciante calcular la cantidad que precisaba cada mañana para satisfacer las demandas de sus clientes, y aún más darse cuenta de que esas demandas variaban de un día a otro.

Un sábado por la mañana, después de recoger los productos en el mercado y de camino a Whitechapel, Charlie oyó un estridente chillido.

—Tropas británicas diezmadas en el Somme —gritaba un vendedor de periódicos en la esquina de Covent Garden.

Se desprendió de medio penique a cambio del *Daily Chronicle*, se sentó en la acera y empezó a leer, seleccionando las palabras que comprendía. Supo que miles de ingleses habían muerto en una operación combinada con el ejército francés contra las tropas del káiser Guillermo. El desventurado enfrentamiento había terminado en un desastre. El general Haig había previsto un avance de cuatro kilómetros por día, pero todo concluyó en una retirada. La consigna «Volveremos a casa por Navidad» sonaba ahora como una pura insensatez.

Charlie tiró el periódico a la cloaca. Ningún alemán podría matar a su padre, de eso estaba seguro, aunque últimamente empezaba a sentirse culpable acerca de su contribución a la guerra, teniendo en cuenta que Grace había solicitado el traslado a los hospitales de campaña, a solo medio kilómetro del frente.

Aunque Grace escribía a Charlie cada mes, todavía no tenía noticias de su padre. «Tenemos aquí a un millón de soldados, y todos parecen helados, empapados y hambrientos», le explicaba. Sal continuaba trabajando de camarera en Commercial Road y daba la impresión de que ocupaba todo su tiempo libre en buscar un marido; en cambio, Kitty no tenía el menor problema en encontrar infinidad de hombres que se sentían felices complaciendo todos sus deseos. De hecho, Kitty era la única de los tres que podía disponer de tiempo para ayudar en el puesto, pero como nunca se

despertaba hasta que el sol brillaba en lo alto, y se escabullía mucho antes de que se hubiera puesto, no era lo que el abuelo hubiera llamado «una buena adquisición».

Pasaron semanas antes de que el joven Charlie dejara de volver la cabeza para preguntar: «¿Cuánto, abuelo? ¿Qué precio, abuelo? ¿Tiene crédito la señora Davies, abuelo?». Y solo después de pagar hasta el último penique de su deuda y quedarse casi sin blanca, empezó a comprender que su abuelo debía de haber sido muy bueno en su oficio.

Al cumplirse el primer aniversario de la muerte del abuelo, Sal estaba convencida de que todos terminarían viviendo de la caridad, y suplicaba sin cesar a Charlie que vendiera el viejo carretón del abuelo para ganar una libra más, pero la respuesta de Charlie era invariable.

—Jamás —añadiendo a continuación que antes dejaría pudrirse la reliquia en el patio trasero que entregarla a otras manos.

Las cosas empezaron a enderezarse durante el otoño de 1917, y el carretón más grande del mundo rindió los beneficios suficientes para comprar un vestido de segunda mano a Sal, un par de zapatos a Kitty y un traje de tercera mano a Charlie.

Aunque Charlie seguía siendo delgado (ahora un peso mosca) y no muy alto, después de cumplir diecisiete años observó que las damas agazapadas en la esquina de Whitechapel Road, aún empeñadas en plantificar plumas blancas a todos los civiles que aparentaban entre dieciocho y cuarenta años, empezaron a mirarle como buitres impacientes.

Si bien a Charlie no le asustaban los alemanes, confiaba en que la guerra terminaría pronto y su padre regresaría a su rutina de trabajar en los muelles durante el día y beber en el Black Bull por las noches; pero, como no llegaban cartas y las noticias aparecían censuradas en los periódicos, ni siquiera el señor Salmon adivinaba lo que en realidad estaba pasando.

A medida que los meses pasaban, Charlie iba comprendiendo más y más las necesidades de sus clientes, y estos, a cambio, descubrían que su carretón les ofrecía una mejor relación calidad-precio que muchos de sus competidores. Hasta Charlie presintió que las cosas mejoraban cuando, una mañana, apareció el rostro sonriente de la señora Smelley y le pidió más patatas para la pensión de las que solía vender a un cliente habitual en un mes.

—Podría enviarle sus pedidos directamente a la pensión, todos los lunes por la mañana, señora Smelley —dijo Charlie.

—No, gracias, Charlie. Me gusta ver lo que compro.

—Concédame una oportunidad de demostrarle mi honradez, señora Smelley, y nunca más tendrá que salir a la calle, haga el tiempo que haga, si ha aceptado más huéspedes de los que contaba.

Ella le miró a la cara.

—Bien, lo probaremos un par de semanas, pero si alguna vez me engañas, Charlie Trumper...

—Acaba de hacer un trato —sonrió Charlie, y desde aquel día nadie volvió a ver a la señora Smelley comprando frutas o verduras en el mercado.

Charlie decidió que, tras este éxito inicial, extendería su servicio de reparto a los otros clientes del East End. Tal vez de esta forma, pensó, lograría doblar sus ingresos. A la mañana siguiente sacó el viejo carretón del patio trasero y encargó a Kitty que se responsabilizara de tomar los pedidos, mientras él se quedaba en el puesto de Whitechapel.

Charlie perdió al cabo de pocos días todo el dinero en metálico que había ahorrado durante los seis meses anteriores y se quedó sin blanca. Por lo visto, las cuentas no eran el punto fuerte de Kitty y, además, sucumbía ante todas las historias lacrimógenas que le contaban, y solía terminar regalando la comida. Al final de aquel mes, Charlie se encontró casi arruinado y no le llegó para pagar el alquiler.

—¿Qué te ha enseñado esta arriesgada decisión? —preguntó Dan Salmon, de pie en la puerta de su tienda, la gorra encasquetada en la cabeza y los pulgares hundidos en los bolsillos del chaleco, que exhibía con orgullo su reloj de cadena.

—Pensarlo con mucho cuidado antes de emplear a un miembro de la familia y no dar por sentado que todo el mundo pagará sus deudas.

—Bien —aprobó el señor Salmon—. Aprendes rápido. ¿Cuánto necesitas para aguantar hasta el mes que viene?

—¿Qué quiere decir? —preguntó Charlie.

—¿Cuánto? —repitió Salmon.

—Cinco libras —confesó Charlie, bajando la cabeza.

El viernes por la noche, Dan Salmon le entregó a Charlie cinco soberanos de oro, así como varios panes ázimos.

—Devuélvemelo cuando puedas, muchacho, y no se lo digas a mi mujer, o los dos las vamos a pasar moradas.

Charlie pagó la deuda a razón de cinco chelines por semana, y la saldó veinte semanas después. Siempre recordó la fecha de ese pago final, porque aquel mismo día el primer zepelín atacó Londres; se pasó casi toda la noche escondido bajo la cama de su padre, con Sal y Kitty agarradas a él como un náufrago a una tabla.

A la mañana siguiente, Charlie leyó un reportaje sobre el bombardeo en el *Daily Chronicle* y se enteró de que más de cien londinenses habían muerto y unos cuatrocientos habían resultado heridos durante el ataque.

Comió su manzana matutina y entregó el pedido semanal de la señora Smelley antes de volver a su puesto de Whitechapel Road. Los lunes siempre eran muy ajetreados; todo el mundo renovaba su despensa después del fin de semana. Llegó al número 112 para tomar su merienda, agotado. En tanto devoraba con buen apetito su parte de pastel de cerdo, alguien llamó a la puerta.

—¿Quién puede ser? —preguntó Kitty, mientras Sal servía a Charlie su segunda patata.

—Solo hay una forma de averiguarlo, querida —dijo Charlie, sin moverse de su

sitio.

Kitty se levantó de la mesa a regañadientes y volvió al cabo de un momento, arrugando la nariz.

—Es Becky Salmon. Dice que quiere hablar contigo.

—Pues haz pasar a la señorita Salmon al recibidor —contestó Charlie, sonriente.

Kitty volvió a salir, mientras Charlie abandonaba la cocina para entrar en la única habitación que no era dormitorio. Se sentó en una vieja butaca de cuero y esperó. Un momento después, «Posh Porky» avanzó hacia el centro de la estancia y se detuvo frente a Charlie, en silencio. Le sorprendió un poco la corpulencia de la muchacha. Aunque era cinco o seis centímetros más baja que él, debía pesar al menos seis kilos más. Un auténtico peso pesado, reflexionó. Estaba claro que los bollos de crema de su padre seguían siendo su debilidad. Charlie contempló su brillante blusa blanca y la falda plisada azul oscuro. Llevaba un águila dorada, rodeada de palabras pertenecientes a un idioma que nunca había visto, en su elegante chaqueta de lana azul. Una cinta roja descansaba precariamente sobre su corto cabello oscuro. Charlie reparó en que sus zapatos y calcetines blancos estaban tan immaculados como siempre. La hubiera invitado a sentarse, pero él ocupaba la única silla de la habitación. Ordenó a Kitty que les dejara a solas.

—¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó Charlie, en cuanto oyó que la puerta se cerraba.

Rebecca Salmon se puso a temblar cuando intentó articular las palabras.

—He venido a verte por lo que les ha pasado a mis padres. —Pronunció cada palabra con mucha lentitud, y Charlie descubrió con disgusto que había perdido por completo el acento del East End.

—¿Y qué les ha pasado a tus padres? —preguntó Charlie con rudeza, confiando en que ella no hubiera advertido los cambios que su voz había experimentado en los últimos tiempos. Becky estalló en lágrimas. Charlie miró por la ventana, porque no sabía muy bien qué hacer.

Becky continuó temblando, mientras intentaba volver a hablar.

—Papá murió anoche, durante el bombardeo del zepelín, y mamá está en el hospital de Londres. —No añadió ninguna otra explicación.

—No me lo ha dicho nadie —exclamó Charlie, saltando de la silla.

—No podías haberte enterado —dijo Becky—. Ni siquiera lo he dicho en la tienda. La gente cree que se ha puesto enfermo.

—¿Quieres que yo se lo diga? ¿Has venido a verme para eso?

—No —contestó ella. Alzó la cabeza poco a poco y estuvo callada unos momentos—. Quiero que te hagas cargo de la tienda.

La oferta dejó tan asombrado a Charlie que se quedó sin habla.

—Mi padre solía decirme que no pasaría mucho tiempo antes de que tuvieras tu propia tienda, así que he pensado...

—Pero no tengo ni idea de panaderías —tartamudeó Charlie, saltando de la silla.

—Los dos ayudantes de papá saben todo lo que hay que saber sobre el negocio, y sospecho que tú sabrás más que ellos dentro de seis meses. Lo que la tienda necesita en este preciso momento es un vendedor. Mi padre siempre me decía que tú eras tan bueno como el abuelo Charlie, y todo el mundo sabe que él era el mejor.

—¿Y mi puesto?

—Solo está a unos metros de la tienda, así que no te costaría nada vigilar ambos sitios. —Vaciló antes de añadir—: Al contrario que tu servicio de reparto.

—¿También sabes eso? —preguntó Charlie, algo sorprendido.

—Hasta sé que intentaste devolver los últimos chelines a mi padre pocas horas antes de que fuera a la sinagoga el pasado sábado. No teníamos secretos.

—¿Y cuál es el trato? —preguntó Charlie, sospechando que la muchacha siempre se le adelantaba.

—Tú te encargas del puesto y la tienda y seremos socios al cincuenta por ciento.

—¿Y tú qué harás?

—Verificaré los libros cada mes y me cuidaré de que paguemos los impuestos a tiempo y no quebrantemos las ordenanzas municipales.

—Nunca he pagado impuestos —replicó Charlie—, y a nadie le importa un comino el ayuntamiento y sus estúpidas ordenanzas.

Los ojos oscuros de Becky se clavaron en él por primera vez.

—Le importan a la gente que un día espera emprender un negocio serio, Charlie Trumper.

—El cincuenta por ciento no me parece justo —dijo Charlie, esforzándose todavía por llevar la voz cantante.

—Mi tienda vale mucho más que tu carretón, y también produce mayores ingresos.

—Hasta que tu padre murió —replicó Charlie, arrepintiéndose de sus palabras en el acto.

Becky bajó la cabeza de nuevo.

—¿Vamos a ser socios o no? —preguntó.

—Sesenta por ciento —dijo Charlie.

Ella vaciló durante un largo momento. Después, extendió de repente la mano, y Charlie se la estrechó vigorosamente para confirmar que su primer trato se había cerrado.

Después del funeral de Dan Salmon, Charlie empezó a leer cada mañana el *Daily Chronicle*, con la esperanza de averiguar cuál era la situación del Segundo Batallón de Fusileros Reales, y quizá de su padre.

Descubrió que el regimiento combatía en algún lugar de Francia, pero el periódico nunca daba detalles de su emplazamiento exacto.

El diario empezó a ejercer una doble fascinación sobre él, por cuanto los anuncios

desplegados en casi todas las páginas despertaron su interés. No podía creer que los señorones del West End desearan pagar por cosas que a él le parecían lujos innecesarios. Sin embargo, Charlie aún quería probar la Coca-Cola, el último refresco llegado de Estados Unidos, a penique la botella, y probar la nueva maquinilla de afeitar de Gillette (a pesar de que todavía no se afeitaba), a seis peniques el soporte y dos peniques las seis hojas. Estaba seguro de que su padre, que siempre utilizaba una navaja, consideraría la idea una mariconada. No menos ridículas eran las fajas de señora a dos guineas. Ni Sal ni Kitty necesitarían nunca ninguna, aunque tal vez sí Becky, si seguía igual.

Tan fascinado quedó Charlie por estas oportunidades de adquisición, en apariencia interminables, que empezó a tomar el tranvía los domingos por la mañana en dirección al West End, a fin de averiguar algo más. Se desplazaba en el vehículo tirado por caballos hasta Chelsea, y desde allí pasaba en dirección a Mayfair, estudiando todos los productos exhibidos en los escaparates. También tomaba nota de cómo vestía la gente y admiraba los nuevos autos, que desprendían gases, pero no estiércol, mientras avanzaban por en medio de la calle. Incluso se preguntó cuánto le costaría comprar su nueva tienda en Chelsea.

El primer domingo de octubre de 1917, Charlie se llevó a Sal con él..., para enseñarle los monumentos, explicó.

Charlie se desplazaba con parsimonia de escaparate en escaparate, obviamente excitado por todo lo nuevo que veía. Ropas de hombre, sombreros, zapatos, vestidos de mujer, perfumes, ropa interior, incluso galletas y pasteles retenían su atención durante horas y horas.

—Volvamos a Whitechapel, que es nuestro sitio, por el amor de Dios —dijo Sal—, tengo algo muy claro: aquí nunca me sentiré a gusto.

—Pero ¿es que no entiendes? —dijo Charlie—. Una de estas tiendas me pertenecerá algún día.

—No digas sandeces —replicó Sal—. Ni siquiera Dan Salmon se lo habría podido permitir.

Charlie no se molestó en contestar.

Charlie dominó en poco tiempo el negocio de la panadería, demostrándose que Becky había estado en lo cierto. Al cabo de un mes sabía tanto sobre temperaturas del horno, controles, expansión de la levadura y mezclas correctas de harina y agua como cualquiera de los dos ayudantes, y como trataban con los mismos clientes mientras Charlie atendía en su puesto, las ventas solo descendieron un poco durante el primer trimestre.

Becky demostró ser tan eficiente como había dicho. Llevaba las cuentas con lo que ella llamaba la «disciplina de un pastel de manzana», y hasta abrió una serie de libros mayores para el carretón de Trumper. Cuando concluyeron sus primeros tres

meses como socios, se encontraron con unos beneficios de cuatro libras y once chelines, a pesar de la reparación de un horno de gas perteneciente a la panadería. Charlie pudo comprarse su primer traje de segunda mano.

Sal todavía trabajaba de camarera en un café de Commercial Road, pero Charlie sabía que ya no podía esperar encontrar a alguien que deseara casarse con ella (independientemente de su aspecto físico) para dormir en su propia habitación.

La carta de Grace llegaba puntual a principios de cada mes, y conseguía transmitir alegría, a pesar de que la muerte la rodeaba por todas partes. Es igual que su madre, decía el padre O'Malley a sus feligreses. Kitty continuaba entrando y saliendo como le venía en gana, sableando tanto a sus hermanas como a Charlie, y nunca duraba en un trabajo más de algunos días. Es igual que su padre, murmuraba el párroco a su espalda.

—Me gusta tu traje nuevo —dijo la señora Smelley cuando Charlie le entregó su pedido semanal aquel lunes por la tarde.

Él enrojeció y fingió no oír el cumplido, regresando a la panadería.

El segundo trimestre trajo mayores ganancias a los dos negocios de Charlie, y advirtió a Becky de que le había echado el ojo a la carnicería, ahora que el único dependiente del propietario había perdido la vida en un lugar llamado Passchendaele. Becky le había prevenido contra embarcarse en otra aventura antes de descubrir el volumen de sus ganancias, y después solo si los ya maduros ayudantes averiguaban lo que se traían entre manos.

—Da por sentado, Charlie Trumper —le dijo cuando se sentaron en la minúscula dependencia situada en la parte trasera de la panadería, para verificar las cuentas mensuales—, que no tienes ni la menor idea sobre carnicerías. «Trumper el Comerciante Honrado, fundado en 1823» todavía me gusta —añadió—. «Trumper el Manirroto Idiota, clausurado en 1917», no.

Becky también comentó favorablemente su traje nuevo, pero no hasta haber terminado de repasar las innumerables columnas de cifras. Él iba a devolverle el cumplido, insinuando que la muchacha había perdido algo de peso, cuando ella alargó la mano y se sirvió una porción de tarta de mermelada.

Becky, por fin, recorrió con un pegajoso dedo la hoja de balance mensual y contrastó las cifras con el estado de cuentas bancario escrito a mano. Un beneficio de ocho libras y catorce chelines, escribió con pulcra letra en la parte inferior.

—A este paso, seremos millonarios cuando cumpla cuarenta años —sonrió Charlie.

—¿Cuarenta, Charlie Trumper? —replicó Becky con desdén—. No tienes prisa, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Charlie.

—Solo que confío en lograrlo mucho antes.

Charlie lanzó una carcajada estentórea para ocultar el hecho de que no sabía si ella estaba bromeando. Después de que Becky cerrara los libros y los guardara en su bolso, Charlie se preparó para cerrar la panadería. Dijo buenas noches a su socia antes de que ella volviera a su casa. Tenía ganas de comunicar a sus hermanas la cifra récord obtenida en el trimestre. Silbó desafinando el *Lambeth Walk* mientras empujaba su carretón hacia el sol poniente. ¿Lograría su primer millón antes de los cuarenta, o había sido una tomadura de pelo de Becky?

Pasó frente a la casa de Bert Shorrocks y se detuvo en seco. Ante la puerta principal del 112, con una biblia negra en la mano, se hallaba el padre O'Malley.

CAPÍTULO 3

Charlie se sentó en el vagón del tren con destino a Edimburgo y pensó en las decisiones que había tomado durante los últimos siete días. Becky las calificó de temerarias, y Sal de estúpidas, directamente. La señora Smelley opinó que no debía ir hasta que le llamaran, y Grace continuaba atendiendo a los heridos en el frente occidental, de modo que no se enteró de lo que había hecho. En cuanto a Kitty, se enfurruñó y le preguntó cómo iba a sobrevivir sin él.

La carta le había informado de que George Trumper había muerto el dos de noviembre de 1917, valientemente, mientras cargaba contra las líneas enemigas en el bosque de Polygon. Unos mil hombres habían muerto aquel día, al atacar un frente de quince kilómetros de largo que se extendía desde Messines a Passchendaele; no le sorprendió, por tanto, que la carta del teniente fuera breve y concisa.

Después de una noche de insomnio, Charlie fue el primero que apareció a la mañana siguiente en la oficina de reclutamiento de Great Scotland Yard. El cartel de la pared reclamaba voluntarios, de edad comprendida entre dieciocho y cuarenta años, para enrolarse en el ejército del «general Haig».

Aunque aún no tenía dieciocho años, Charlie rezó para que no le rechazaran.

Cuando el sargento de reclutamiento preguntó: «¿Apellido?, Charlie sacó pecho y casi aulló: “Trumper”. Aguardó con ansia. “¿Fecha de nacimiento?”», preguntó el hombre, que llevaba tres galones en el brazo.

—Veinte de enero de 1899 —dijo Charlie, sin vacilar, pero sus mejillas se tiñeron de rubor mientras pronunciaba las palabras. El sargento levantó la vista y le guiñó un ojo.

Transcribió las letras y los números a un formulario amarillento sin un comentario.

—Quítate la gorra, muchacho, y preséntate ante el oficial médico.

Una enfermera condujo a Charlie a un cubículo, donde un hombre mayor, que se cubría con una larga chaquetilla blanca, le hizo desnudarse hasta la cintura, toser, sacar la lengua y respirar con fuerza, antes de aplicarle por todas partes un frío objeto de goma. Luego, examinó las orejas y ojos de Charlie, golpeándole a continuación las rodillas con una barra de goma. Después de quitarse los pantalones y los calzoncillos (por primera vez delante de alguien que no fuera un miembro de su familia), le dijo que no era portador de enfermedades contagiosas... Sean lo que sean, pensó Charlie.

Se miró en el espejo mientras le medían.

—Un metro y setenta y tres centímetros —dijo el ordenanza.

Y aún creceré más, deseó decir Charlie, mientras se apartaba un mechón de pelo de los ojos.

—Dientes sanos, ojos pardos —dijo el médico—. Nada que objetar —añadió.

El viejo hizo unas señales en la parte derecha del formulario antes de decirle que se presentara de nuevo al tipo de los tres galones blancos. Charlie se encontró en otra

cola y volvió a encontrarse cara a cara con el sargento.

—Bien, muchacho, firma aquí y te enviaremos con un permiso para viajar.

Charlie garabateó su firma en el punto que indicaba el dedo del sargento. No dejó de observar que al hombre le faltaba el pulgar.

—¿La Honorable Compañía de Artillería o los Reales Fusileros? —preguntó el sargento.

—Los Reales Fusileros —dijo Charlie—, es el regimiento de mi viejo.

—Pues los Reales Fusileros —dijo el sargento sin pensarlo dos veces, marcando otra casilla.

—¿Cuándo me darán el uniforme?

—Cuando llegues a Edimburgo, muchacho. Preséntate en King's Cross a las ocho horas de mañana por la mañana. El siguiente.

Charlie regresó al 112 de Whitechapel Road para pasar otra noche en blanco. Sus pensamientos saltaban de Sal a Grace y de esta a Kitty, y se preguntaba cómo sobrevivirían sus hermanas durante su ausencia. También pensó en Rebecca Salmon y en la sociedad que formaban, pero, en último término, su mente volvía a la muerte de su padre en un campo de batalla extranjero y a la venganza que deseaba infligir a todo alemán que se le pusiera por delante. Estos pensamientos no le abandonaron hasta que la luz de la mañana se coló por las ventanas.

Charlie se puso el traje nuevo, el que la señora Smelley había alabado, su mejor camisa, la corbata de su padre, una gorra y su único par de zapatos de piel. Se supone que voy a combatir contra los alemanes, no a una boda, pensó, mientras se miraba en el espejo rajado que había encima del lavabo. Ya había escrito una nota a Becky (con una pequeña ayuda del padre O'Malley), indicándole que vendiera la tienda y sus carretones si tenía la oportunidad, y que le guardara su parte del dinero hasta que volviera a Whitechapel. Nadie hablaba ya de Navidad.

—¿Y si no vuelves? —había preguntado el padre O'Malley, inclinando un poco la cabeza—, ¿qué ocurrirá con tus propiedades?

—Divida todo lo que quede a partes iguales entre mis tres hermanas —respondió Charlie.

El padre O'Malley escribió las instrucciones de su antiguo pupilo y, por segunda vez en dos días, Charlie firmó con su nombre al pie de un documento oficial.

Cuando Charlie terminó de vestirse, descubrió que Sal y Kitty le esperaban a la puerta, pero no les dio permiso para acompañarle a la estación, a pesar de sus sollozantes protestas. Sus dos hermanas le besaron (otra primera ocasión) y tuvo que desprenderse de la mano de Kitty para recuperar la hoja de papel en que había consignado todos sus bienes terrenales.

Se dirigió solo al mercado de Whitechapel Road y entró en la panadería por última vez. Los dos ayudantes le juraron que no notaría ningún cambio cuando volviera. Salió de la tienda y descubrió que otro muchacho, tal vez un año menor que él, ya había situado su carretón en su puesto. Atravesó el mercado con parsimonia en

dirección a King's Cross, sin mirar ni un instante hacia atrás.

Llegó a la Gran Estación del Norte media hora antes de lo estipulado y divisó de inmediato al sargento que le había alistado el día anterior.

—Bien, Trumper, tómate una taza de té y espera en el andén tres.

Charlie no recordaba la última vez que había recibido u obedecido una orden. Antes de la muerte del abuelo, desde luego.

El andén tres ya estaba abarrotado de hombres, tanto uniformados como en traje de calle. Algunos hablaban a voz en grito, otros se apartaban y guardaban silencio; todos expresaban de alguna manera su inseguridad.

A las once, tres horas después de la hora oficial, les ordenaron que subieran al tren. Charlie se sentó en un rincón de un vagón a oscuras y miró por la mugrienta ventanilla la campiña inglesa que nunca había visto. Alguien interpretaba a la armónica en el pasillo melodías populares de actualidad, desafinando ligeramente. Cuando pasaban por las estaciones de ciudades, de las que jamás había oído hablar (Peterborough, Grantham, Newark, York), la gente saludaba y vitoreaba a sus héroes. La locomotora se detuvo en Durham para repostar carbón y agua. El sargento les dijo que bajaran, estiraran las piernas y tomaran otra taza de té. Añadió que, con un poco de suerte, hasta podrían conseguir algo para comer.

Charlie paseó por el andén mordisqueando un pegajoso bollo, a los acordes de una banda militar que tocaba *Land of Hope and Glory*. La guerra estaba por todas partes. Al volver al tren, las damas de estrechos sombreros que vestirían santos el resto de sus vidas reprodujeron el agitar de pañuelos.

El tren se arrastró hacia el norte, cada vez más lejos del enemigo, hasta detenerse por fin en la estación de Edimburgo. Un capitán, tres suboficiales y un millar de mujeres les esperaban en el andén para darles la bienvenida.

Charlie oyó las palabras: «Adelante, sargento mayor», y un momento después se adelantó un hombre que debía medir un metro noventa de estatura y cuyo pecho, semejante a un barril de cerveza, estaba cubierto de medallas.

—A formar —dijo el gigante, con un acento ininteligible, que Charlie supuso escocés.

Organizó rápidamente (aunque Charlie averiguaría más tarde que, según su criterio, se realizó con lentitud) a los hombres en filas de tres, antes de presentarse ante alguien que Charlie imaginó un oficial.

—Todos presentes y formados, señor —dijo, saludándole una vez más.

El hombre vestido con elegancia que Charlie nunca había visto dio un paso adelante. Parecía pequeño en comparación con el sargento mayor, aunque debía medir alrededor del metro ochenta. Su uniforme era immaculado, pero desprovisto de medallas; llevaba tan marcada la raya del pantalón que Charlie se preguntó si lo acababa de estrenar. El capitán sostenía una fusta de cuero en su mano enguantada, y de vez en cuando se golpeaba con ella el costado de la pierna, como si pensara que iba a caballo. Los ojos de Charlie se posaron después en su cinturón Sam Browne y

en los zapatos de piel marrón, tan brillantes que le recordaron a Rebecca Salmon.

—Soy el capitán Trentham —informó el hombre al expectante grupo de bisoños, con un acento que, sospechó Charlie, sonaría mucho mejor en Mayfair que en una estación de ferrocarril de Escocia—. Soy el asistente de la compañía —prosiguió, mientras trasladaba el peso de su cuerpo de un pie al otro—, y estaré al mando en tanto se hallen destinados en Edimburgo. En primer lugar, desfilaré hasta los barracones, donde se les suministrarán las cosas necesarias para que puedan hacerse la cama. La cena se servirá a las diecinueve horas y las luces se apagarán a las veintiuna horas. Mañana por la mañana se tocará diana a las cinco; se levantarán y desayunarán antes de empezar la instrucción básica. Esta rutina se sucederá a lo largo de las doce próximas semanas. Y les prometo que serán doce semanas absolutamente infernales —añadió, y su tono pareció indicar que la idea le resultaba de lo más agradable—. Durante este período, el sargento mayor Philpott será el suboficial al mando del batallón. El sargento mayor luchó en el Somme, donde se le recompensó con la Medalla Militar, así que sabe exactamente qué les espera cuando, en su momento, lleguemos a Francia y nos enfrentemos con el enemigo. Presten atención a todas y cada una de sus palabras, porque es posible que eso les salve la vida. Adelante, sargento mayor.

—Gracias, señor —ladró el sargento mayor Philpott.

La abigarrada banda miró con temor a la figura que estaría al mando de sus vidas durante los siguientes tres meses. Después de todo, era un hombre que había visto al enemigo y había vuelto a casa para contarlo.

—Bien, empecemos —dijo, y procedió a guiar a sus reclutas (cargados con todo tipo de cosas, desde maletas a hojas de papel marrón) en fila de a dos por las calles de Edimburgo, solo para asegurarse de que los ciudadanos no observarían la falta de disciplina de aquella chusma. A pesar de todo, los peatones se paraban, aplaudían y vitoreaban. Charlie vio por el rabillo del ojo que uno de ellos descansaba su única mano sobre su única pierna. Unos veinte minutos más tarde, después de subir la colina más grande que Charlie había visto en su vida, y que le dejó literalmente sin aliento, entraron en los barracones del castillo de Edimburgo.

Aquella noche, Charlie apenas abrió la boca, para escuchar los diferentes acentos de los hombres que parloteaban a su alrededor. Tras una cena compuesta de sopa de guisantes («un guisante por cabeza», se mofó el cabo de guardia) y carne de vaca en conserva, quedó acuartelado —mientras aprendía nuevas palabras a cada minuto— en un amplio gimnasio que albergaba temporalmente cuatrocientas camas, de unos setenta centímetros de ancho y separadas entre sí por treinta centímetros. Sobre un colchón del grosor de una crin de caballo descansaban una sábana, una almohada y una manta. Ordenanzas reales.

Por primera vez en su vida, se le ocurrió a Charlie que el 112 de Whitechapel Road podía considerarse lujoso. Se derrumbó sobre la cama sin hacer, exhausto, y se quedó dormido, pero logró despertarse a las cuatro y media de la mañana. Esta vez,

sin embargo, no era para acudir al mercado, y no podría elegir la mejor manzana para desayunar.

A las cinco, una corneta lejana sacó a los demás de su profundo amodorramiento. Charlie ya se había levantado, lavado y vestido, cuando un hombre con dos galones en la manga entró. Cerró la puerta con estruendo y gritó: «Arriba, arriba, arriba», mientras lanzaba puntapiés al extremo de toda cama en la que un hombre siguiera dormido. Los reclutas hicieron cola para lavarse en palanganas medio llenas de agua helada, que servían para tres hombres y luego se cambiaban. Algunos se encaminaron a las letrinas situadas en la parte posterior del recinto. En opinión de Charlie, olían peor que Whitechapel Road en un día caluroso de verano.

El desayuno consistió en un cazo de gachas, media taza de leche y un biscote reseco, pero nadie protestó. La jovial algarabía que surgía de aquella sala habría convencido a cualquier alemán que todos los reclutas se habían unido contra un enemigo común.

A las seis, una vez hechas e inspeccionadas las camas, todos salieron arrastrando los pies a la fría oscuridad reinante en la explanada de revista de tropas. Una fina película de nieve cubría el asfalto negro.

—Si esto es la plácida Escocia, yo soy alemán —Charlie oyó proclamar a un acento *cockney*^[3]

Rio por primera vez desde que había partido de Whitechapel. Se abrió paso hasta un joven mucho más bajo que él. Se frotaba las manos entre las piernas para intentar calentarse.

—¿De dónde eres? —preguntó Charlie.

—De Poplar, amigo. ¿Y tú?

—De Whitechapel.

—Extranjero de mierda.

Charlie miró a su nuevo compañero. El hombre no mediría ni un centímetro más de metro y medio. Era flaco, de cabello oscuro rizado y ojos centelleantes que nunca estaban quietos, como si buscara siempre problemas. Su reluciente traje con coderas le colgaba como un saco, proporcionándole a sus hombros el aspecto de un perchero.

—Me llamo Charlie Trumper.

—Tommy Prescott —fue la respuesta.

Interrumpió sus ejercicios de calentamiento y extendió una mano. Charlie la estrechó vigorosamente.

—Silencio en las filas —rugió el sargento mayor—. Formen en columna de a tres. Los más altos a la derecha, los más bajos a la izquierda. Muévanse.

Los hombres se separaron.

Durante las siguientes dos horas llevaron a cabo lo que el sargento mayor describió como «instrucción». La nieve manaba incesantemente del cielo, pero el sargento mayor no permitió que cuajara ni un copo sobre sus dominios. Desfilaban en tres filas de diez (Charlie aprendió más tarde que se llamaban secciones),

balanceando los brazos hasta la altura del hombro, las cabezas bien erguidas, a ciento veinte pasos por minuto. «Con brío, muchachos», y «No pierdan el paso», eran las frases que le gritaban a Charlie una y otra vez.

—Los alemanes también andan desfilando por ahí, y se mueren de ganas por zurraros de lo lindo —les aseguró el sargento mayor mientras la nieve continuaba cayendo.

De haber estado en Whitechapel, Charlie se habría sentido feliz de correr arriba y abajo del mercado de cinco de la mañana a siete de la noche, boxear un poco en el club, tomar un par de pintas de cerveza y repetir idéntica rutina al día siguiente sin pensarlo dos veces, pero cuando el sargento mayor les dio un descanso de diez minutos a las nueve para tomar una bebida de cacao caliente, se desplomó sobre la hierba del borde, exhausto. Levantó la vista y descubrió que Tommy Prescott le estaba mirando.

—¿Un cigarrillo?

—No, gracias.

—¿En qué trabajas? —preguntó Tommy, encendiendo el cigarrillo.

—Tengo una panadería en la esquina de Whitechapel Road, y una...

—Ahórrate lo demás, ya tengo bastante —dijo Tommy—. Ahora me dirás que tu papá es el alcalde de Londres.

—No exactamente —rio Charlie—. Y tú ¿qué haces?

—Trabajo en una fábrica de cerveza. Whitbread y Cía., calle Chiswell, EC1. Soy el que pone los barriles en los carros, y luego los jamelgos me llevan por el East End para hacer las entregas. La paga no es buena, pero puedo emborracharme cada noche antes de volver.

—¿Por qué te has enrolado?

—Esa es una larga historia —replicó Tommy—. Mira, para empezar...

—Bien. A formar, inútiles —gritó el sargento mayor Philpott, y ningún hombre retuvo el aliento necesario para pronunciar una palabra durante las dos horas siguientes, en que desfilaron arriba y abajo una y otra vez. Charlie tuvo la impresión de que, cuando parase, los pies le fallarían.

La comida consistió en pan y queso. Charlie no se habría atrevido a vendérselos a la señora Smelley. Mientras devoraban ávidamente, Tommy le contó que, a la edad de dieciocho años, le habían ofrecido la alternativa de pasar dos años en los calabozos de Su Majestad o presentarse como voluntario para combatir por la patria y el rey. Tiró una moneda al aire y la cabeza del rey quedó cara arriba.

—¿Dos años? —preguntó Charlie—. ¿Por qué?

—Por sisar un poco de aquí y allí y hacer un trato adicional con uno de los hosteleros más astutos. Llevaba haciéndolo un montón de tiempo. Hace cien años me habrían colgado en el acto o enviado a Australia, así que no puedo quejarme. Al fin y al cabo, me entrenaron para eso, ¿no?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Charlie.

—Bueno, mi padre era un ratero profesional. Y su padre antes que él. Tendrías que haber visto la cara del capitán Trentham cuando supo que había elegido destino en los Fusileros antes que volver a la cárcel.

El tiempo que se les concedió para comer fueron veinte minutos. Después, dedicaron la tarde a encontrar el uniforme adecuado. Charlie, que descubrió tener una talla normal, se las arregló con bastante rapidez, pero tardaron casi una hora en localizar algo más o menos ajustado a las medidas de Tommy, sin que pareciera a punto de concursar en una carrera de sacos.

Charlie tiró su viejo traje bajo la cama, contigua a la que había elegido Tommy, y se contoneó por el alojamiento con su nuevo uniforme.

—Ropas de un muerto —le advirtió Tommy, cuando levantó la vista y examinó la chaqueta caqui de Charlie.

—¿Qué quieres decir?

—La han enviado desde el frente, ¿verdad? La han limpiado y cosido —dijo Tommy, señalando un remendón de cinco centímetros, justo sobre el corazón de Charlie—. Lo bastante ancho para meter por él una bayoneta, diría yo.

Les dejaron ir a cenar tras otra sesión de dos horas en el ahora helado terreno.

—Más pan y queso rancios —dijo Tommy de mal humor, pero Charlie estaba demasiado hambriento para quejarse, y devoró hasta la última miga. Por segunda noche consecutiva, cayó en la cama como una piedra.

—¿A que hemos disfrutado nuestro primer día al servicio de la patria y el rey? —preguntó el cabo de guardia, cuando apagó las luces de gas del barracón a las veintiuna horas.

—Sí, gracias, cabo —fue el sarcástico grito de respuesta.

—Bien —dijo el cabo—, porque siempre somos buenos con vosotros el primer día.

Se elevó un rugido que, en opinión de Charlie, debió oírse en pleno corazón de Edimburgo. Oyó por encima del nervioso parloteo el toque de retreta, ejecutado a corneta desde la torre del castillo.

Cuando despertó a la mañana siguiente saltó de la cama al instante, y estuvo lavado y vestido antes de que nadie se moviera. Hizo la cama y estaba sacando brillo a las botas cuando sonó la diana.

—¿A que somos madrugadores? —dijo Tommy, dándose la vuelta—. Pero para qué molestarse, me pregunto yo, cuando lo único que os van a dar para desayunar es un gusano.

—Si eres el primero de la cola, al menos el gusano está caliente —respondió Charlie—, y, en cualquier caso...

—Los pies en el suelo. ¡En-el-suelo! —rugió el cabo, entrando en el alojamiento y golpeando al pasar el borde de cada cama con su porra.

—Claro que —sugirió Tommy, mientras intentaba reprimir un bostezo— un propietario como tú ha de levantarse pronto para vigilar que sus empleados trabajen y

no se estén rascando la tripa.

—Vosotros dos dejad de hablar y moveos —dijo el cabo—. Y vestíos, o las pasaréis canutas.

—Ya estoy vestido —indicó Charlie.

—No me repliques, muchacho, y llámame «cabo», si no quieres pasarte el día limpiando letrinas.

La amenaza bastó para que Tommy pusiera los pies en el suelo.

La segunda mañana consistió en más instrucción, amenizada por la sempiterna nieve, que ya tenía un espesor de cinco centímetros, seguida de otra comida a base de pan y queso. La tarde, sin embargo, fue destinada a lo que, en los reglamentos de la compañía se definía como «Juegos y pasatiempos». Se cambiaron de equipo antes de trotar hacia el gimnasio para realizar ejercicios físicos, seguidos de instrucción de boxeo.

Charlie, que ahora era un peso medio ligero, no veía el momento de subir al *ring*, en tanto Tommy se las arregló para mantenerse alejado de la línea de fuego toda la tarde, aunque ambos eran conscientes de la presencia amenazadora del capitán Trentham. Daba la impresión de estar siempre al acecho, sin quitarles el ojo de encima. La única sonrisa que cruzó sus labios en toda la tarde se produjo cuando vio a alguien caer inconsciente de un golpe. Y cada vez que pasaba frente a Tommy se limitaba a fruncir el ceño.

—Soy escurridizo como una anguila —explicó Tommy a Charlie aquella noche—. Sin duda habrás oído la expresión «segundos fuera». Bien, ese soy yo.

Yacía en la cama, mirando al techo.

—¿Nos escaparemos alguna vez de este lugar, cabo? —preguntó Tommy cuando el cabo de guardia entró en el barracón unos minutos después—. Por buen comportamiento, ya sabe.

—Se os permitirá salir el sábado por la noche —dijo el cabo—. Tres horas libres, de seis a nueve, para hacer lo que os dé la gana. Sin embargo, no os alejaréis más de tres kilómetros de los barracones, vuestro comportamiento será el propio de un Fusilero Real y os presentaréis en el cuartel de la guardia, sobrios como un juez un minuto antes de las nueve. Dormid bien, queridísimos.

Estas fueron las últimas palabras del cabo antes de iniciar la ronda de los barracones y apagar todas las luces de gas.

Cuando por fin llegó el sábado por la noche, dos soldados destrozados, con los pies magullados y los miembros doloridos, exploraron todo cuanto les fue posible la ciudad en tres horas, con solo cinco chelines para gastar entre los dos, un problema que limitó sus interminables discusiones sobre qué taberna elegir.

A pesar de esto, Tommy parecía saber cómo sacar más cerveza por penique a cualquier patrón de lo que Charlie había soñado jamás, aunque no entendiera lo que decían o, para el caso, no lograra hacerse comprender. En el último puerto de escala, «El Voluntario», Tommy consiguió desaparecer detrás de la taberna con la camarera

durante veinte minutos.

—¿Qué estabas haciendo ahí afuera? —preguntó Charlie.

—¿Tú qué te piensas, idiota?

—Pero solo te has ausentado diez minutos.

—Lo suficiente. Solo los oficiales necesitan más de diez minutos para lo que yo estaba haciendo.

A lo largo de la semana siguiente tuvieron su primera lección de conocimiento del fusil, prácticas de bayoneta y hasta una sesión de lectura de mapas.

Mientras Charlie no tardó en dominar el arte de leer un mapa, a Tommy solo le costó un día comprender el manejo de un fusil. A la tercera lección ya sabía desmontarlo y montarlo más rápido que el instructor.

El miércoles por la mañana, el capitán Trentham les dio su primera conferencia sobre la historia de los Fusileros Reales. Charlie la hubiera disfrutado, de no ser porque Trentham dejó la impresión de que ninguno de ellos merecía estar en el mismo regimiento que él.

—Aquellos de nosotros que elegimos los Fusileros Reales antes que ningún otro, por razones de vínculos familiares, tenemos el derecho a pensar que permitir a criminales unirse a nuestras filas solo porque estamos en guerra no redundará en beneficio de la reputación del regimiento —dijo, mirando directamente a Tommy.

—Presumido de mierda —masculló Tommy, en voz lo bastante alta para que lo captaran todos los oídos presentes en la sala de conferencias, excepto los del capitán.

El capitán Trentham volvió al gimnasio el jueves por la tarde, pero esta vez no se golpeaba el costado de la pierna con una fusta.

Iba pertrechado con una camiseta blanca de gimnasta, pantalones cortos azul oscuro y un grueso jersey blanco. El nuevo atavío estaba tan limpio e inmaculado como su uniforme. Paseó por la sala, observando cómo los instructores ponían a prueba a los hombres, y al igual que en la anterior ocasión, pareció mostrar un interés especial por lo que ocurría en el cuadrilátero de boxeo. Durante una hora, los hombres fueron pasando de dos en dos para recibir instrucciones básicas, primero de defensa y después de ataque.

—No bajas la guardia, muchacho —eran las palabras que se ladraban una y otra vez cuando los puños alcanzaban los mentones.

Cuando Charlie y Tommy subieron al cuadrilátero, Tommy había dejado claro a su amigo que confiaba en largarse a los tres minutos de boxear con la propia sombra.

—Manteneos pegados —gritó Trentham, pero aunque Charlie empezó a golpear el pecho de Tommy, no hizo nada para causarle auténtico daño.

—Si no os lo tomáis en serio, me encargaré de los dos, uno tras otro —aulló Trentham.

—Apuesto a que es incapaz de quitarle la nata a un flan de un manotazo —dijo Tommy, pero esta vez alzó demasiado la voz.

Trentham, ante la sorpresa del instructor, saltó de inmediato al cuadrilátero.

—Ahora lo veremos —dijo. Le pidió al entrenador un par de guantes—. Mantendré tres asaltos con cada uno de estos dos hombres —dijo Trentham, mientras un vacilante instructor le ataba los guantes.

Todo el mundo en el gimnasio interrumpió su actividad para contemplar lo que se avecinaba.

—Tú primero. ¿Cómo te llamas? —preguntó el capitán, señalando a Tommy.

—Prescott, señor —respondió Tommy, con una sonrisa.

—Ah, sí, el presidiario —dijo Trentham, y le borró la sonrisa en el primer minuto, porque Tommy, a pesar de que se esforzó con desesperación en alcanzar el mentón del capitán, no lo consiguió ni una vez.

En el segundo asalto, Trentham empezó a asestarle algunos golpes, pero sin la fuerza suficiente para derribar a Tommy. Se reservó tal humillación para el tercer asalto, cuando le propinó un gancho que el chico de Poplar no llegó a ver. Bajaron a Tommy del cuadrilátero, mientras le ataban a Charlie sus guantes.

—Tu turno, soldado —dijo Trentham—. ¿Cómo te llamas?

—Trumper, señor.

—Vamos a ello, Trumper —fue todo lo que dijo el capitán antes de avanzar hacia él.

Charlie se defendió bien durante los primeros dos minutos, ayudándose de las cuerdas y la esquina mientras esquivaba y atacaba, recordando todos los trucos que había aprendido en el Club Juvenil Masculino de Whitechapel Road. Incluso intuyó que habría podido darle una buena lección al capitán, de no ser por su obvia ventaja de peso y estatura.

Al tercer minuto empezó a cobrar confianza, y hasta le propinó uno o dos golpes, para satisfacción de los espectadores. Cuando finalizó el asalto, Charlie consideró que se había desenvuelto bastante bien. Cuando sonó la campana dejó caer los guantes y se volvió para regresar a su esquina. Un segundo después, el puño del capitán se estrelló contra el costado de su nariz. Todo el mundo en el gimnasio oyó el crujido. Charlie se desplomó contra las cuerdas. Nadie aplaudió cuando el capitán se desató los guantes y bajó del cuadrilátero.

Aquella noche, cuando Tommy vio el estado en que había quedado el rostro de su amigo, tendido en la cama, solo pudo decir:

—Lo siento, amigo, fue culpa mía. Ese hijo de puta es un sádico, pero no te preocupes; si los alemanes no acaban con ese bastardo, yo lo haré.

Charlie solo pudo sonreír; cuando intentaba reír sufría fuertes dolores.

El sábado se habían recuperado lo suficiente para formar con el resto de la compañía y esperar en una larga cola el momento de recibir los cinco chelines de paga. El dinero se esfumó con más rapidez que la cola durante las tres horas de permiso de aquella noche, pero Tommy siguió sacando más rendimiento a su dinero que cualquier otro recluta.

A principios de la tercera semana, Charlie apenas podía introducir sus pies

hinchados en las pesadas botas de piel que el ejército le había suministrado, pero al contemplar las hileras de pies que adornaban el suelo del barracón cada mañana, comprendió que ninguno de sus camaradas se hallaba en mejores condiciones.

—Servicio de fajina para ti, muchacho, como hay Dios —gritó el cabo.

Charlie le lanzó una mirada, pero las palabras iban dirigidas al ocupante de la cama contigua.

—¿Por qué, cabo?

—Por el estado de tus sábanas. Échales un vistazo. Habrás pasado la noche con tres mujeres, como mínimo.

—Solo dos, si quiere que le diga la verdad, cabo.

—Cómete la lengua, Prescott, y preséntate en las letrinas nada más terminado el desayuno.

—Ya he ido esta mañana, cabo, muchas gracias.

—Cierra el pico, Tommy —dijo Charlie—. No haces más que empeorar las cosas.

—Veo que empiezas a comprender mi problema —susurró Tommy—. Lo que sucede es que el cabo es peor que los jodidos alemanes.

—En eso confío, muchacho, por tu bien —fue la respuesta del cabo—. Porque es tu única oportunidad de salir con vida de esto. Ahora, andando hacia las letrinas..., a paso ligero.

Tommy desapareció y volvió al cabo de una hora, oliendo como un montón de estiércol.

—Podrías acabar con todo el ejército alemán sin que ninguno de nosotros necesitara disparar ni un tiro —dijo Charlie—, solo tienes que quedarte de pie delante de ellos y esperar a que el viento sople en la dirección adecuada.

Cuando llegó la quinta semana (Navidad y Año Nuevo habían pasado sin ningún tipo de celebración), Charlie fue nombrado responsable de la lista de facción de su sección.

—Te harán coronel antes de que termines —dijo Tommy.

—No seas estúpido —replicó Charlie—. Todo el mundo tiene la oportunidad de dirigir la sección en algún momento de las doce semanas.

—No me los imagino corriendo ese riesgo conmigo —dijo Tommy—. Volvería los rifles contra los oficiales y el primer disparo iría dirigido contra ese bastardo de Trentham.

Charlie descubrió que la responsabilidad de organizar la sección durante los siete días siguientes le gustaba. Lamentó que la semana terminara y la tarea fuera encomendada a otro.

A la sexta semana, sabía desmontar y limpiar un rifle casi tan rápido como Tommy, pero fue este quien se reveló como un tirador de primera, capaz de acertar a cualquier cosa que se moviera a doscientos metros de distancia. Hasta el sargento

mayor estaba impresionado.

—Todas las horas pasadas tirando al blanco en las ferias han servido de algo —comentó Tommy—. Lo que quiero saber es cuándo probaré con los alemanes.

—Antes de lo que piensas, muchacho —prometió el cabo.

—Hay que completar las doce semanas de instrucción —dijo Charlie—. Son las ordenanzas reales. O sea, todavía nos queda un mes, como mínimo.

—Que les den por el culo a las ordenanzas reales —contestó Tommy—. Me han dicho que la guerra podría terminar antes de que logre dispararles un tiro.

—No confíes mucho en eso —dijo el cabo, mientras Charlie recargaba y apuntaba.

—Trumper —ladró una voz.

—Sí, señor —dijo Charlie, sorprendiéndose cuando vio al sargento de guardia a su lado.

—El asistente quiere verte. Sígueme.

—Pero, señor, yo no he hecho nada...

—No discutas, muchacho, solo sígueme.

—Seguro que es el pelotón de fusilamiento —dijo Tommy—, y todo porque has mojado tu cama. Diles que me presento voluntario para apretar el gatillo. Es tu única esperanza de que todo termine lo antes posible.

Charlie vació el cargador, dejó el rifle en el suelo y siguió al sargento.

—No te olvides de insistir en que te venden los ojos. Es una pena que no fumes —fueron las últimas palabras que Charlie le oyó decir a Tommy antes de desaparecer por el terreno de instrucción a paso ligero.

El sargento se detuvo ante la barraca del asistente, y un Charlie sin aliento le alcanzó justo cuando un sargento chusquero abría la puerta y saludaba al oficial de guardia, antes de volverse hacia Charlie y decir:

—Ponte firmes, muchacho, y mantente a un paso detrás de mí y no hables hasta que te hablen. ¿Entendido?

—Sí, sarg... ento.

Los dos hombres siguieron al sargento a través de la oficina exterior hasta llegar ante otra puerta, en la que se leía: «AS. CAPITÁN TRENTHAM». El corazón de Charlie se aceleró cuando el sargento chusquero llamó suavemente a la puerta.

—Adelante —dijo una voz aburrida, y los dos hombres entraron, dieron cuatro pasos adelante y se detuvieron frente al capitán Trentham. El sargento chusquero saludó.

—7312087, soldado raso Trumper, presentándose a sus órdenes, señor —aulló el hombre, a pesar de que no les separaba ni un metro.

El capitán Trentham levantó la vista de su escritorio.

—Ah, sí, Trumper. Ya me acuerdo, el panadero del East End de Londres. —

Charlie estuvo a punto de corregirle, pero Trentham volvió la cabeza para mirar por la ventana, dando a entender que no esperaba una réplica—. El sargento mayor no te ha quitado el ojo de encima desde hace varias semanas —continuó Trentham—, y cree que serías un buen candidato para ser ascendido a cabo interino. Debo decirte que abrigo mis dudas. Sin embargo, acepto que, de vez en cuando, es necesario ascender a un voluntario para mantener la moral alta entre las filas. Supongo que aceptarás esta responsabilidad, ¿verdad, Trumper? —añadió, sin dignarse mirar a Charlie.

Charlie no sabía qué decir.

—Sí, señor, gracias, señor —dijo el sargento chusquero antes de bramar—: Media vuelta, paso ordinario, un-dos, un-dos.

Diez segundos después, el cabo interino de los Fusileros Reales Charlie Trumper se encontró de nuevo en el terreno de instrucción.

—Cabo interino Trumper —dijo Tommy, incrédulo, después de escuchar la noticia—. ¿Significa eso que debo llamarte «señor»?

—No seas idiota, Tommy. «Cabo» será suficiente —sonrió Charlie, sentándose en el extremo de la cama para coser un galón en su uniforme.

A partir del día siguiente, los diez hombres que componían la sección de Charlie empezaron a desear con todas sus fuerzas que no hubiera pasado los últimos catorce años de su vida acudiendo al mercado a primera hora de la mañana. Su instrucción, sus botas, su rendimiento y su adiestramiento con las armas se convirtieron en una leyenda para el resto de la compañía, a medida que Charlie les obligaba a esforzarse cada vez más. El momento supremo de Charlie llegó la undécima semana, cuando abandonaron los barracones para viajar a Glasgow, donde Tommy ganó el Trofeo del Rey para tiradores de rifle, derrotando a oficiales y hombres de otros siete regimientos.

—Eres un genio —dijo Charlie, en cuanto el coronel entregó a su amigo la copa de plata.

—Me pregunto si encontraremos un perista medianamente bueno en Glasgow —fue el único comentario de Tommy sobre el tema.

El desfile que marcó el fin de su adiestramiento se celebró el sábado 23 de febrero de 1918. Concluyó con el desfile de la sección de Charlie, al compás de la banda del regimiento. Por primera vez, se sintió como un soldado..., a pesar de que Tommy seguía pareciendo un saco de patatas.

Cuando el desfile tocó a su fin, el sargento mayor Philpott felicitó a todos por primera vez en tres meses, y antes del rompan filas anunció a las tropas que podían tomarse libre el resto del día, pero que debían regresar a los barracones y meterse en la cama antes de las doce.

La compañía asoló Edimburgo por última vez. Tommy volvió a tomar el mando,

mientras los chicos del pelotón número 11 se tambaleaban de taberna en taberna, cada vez más borrachos, hasta terminar en su local provisional, «El Voluntario» de Leith Walk.

Los chicos se quedaron alrededor del piano, engullendo todavía más pintas, y cantaron *Pack up your troubles in your old kit bag*, antes de repetir el resto de su limitado repertorio una y otra vez. Tommy, que les acompañaba a la armónica, reparó en que Charlie no apartaba sus ojos de la camarera Rosie, quien, a pesar de que rebasaba los treinta años, no dejaba de coquetear con los jóvenes reclutas. Se separó del grupo para reunirse con su amigo en la barra.

—Te gusta, ¿eh?

—Sí, pero es tu chica —respondió Charlie, y siguió mirando a la rubia de cabello largo que fingía ignorar sus intenciones.

Se dio cuenta de que llevaba desabrochado un botón más de los que solía.

—Yo no diría eso —contestó Tommy—. En cualquier caso, te debo una por esa nariz rota. Tendré que hacer algo por remediarlo.

Charlie rio al escuchar eso. Tommy le guiñó un ojo a Rosie y dejó a Charlie para reunirse con ella en el extremo de la barra.

Charlie fue incapaz de mirarlos, pero veía en el espejo colocado detrás de la barra que estaban enfrascados en una animada conversación, y que Rosie se volvía de vez en cuando a mirarle. Tommy regresó un momento después a su lado.

—Todo está arreglado, Charlie —dijo.

—¿Qué significa «arreglado»?

—Exactamente lo que he dicho. Solo tienes que salir al cobertizo situado detrás de la taberna, donde guardan las cajas vacías, y Rosie se reunirá contigo en un periquete.

Charlie parecía pegado a la barra.

—Bien, adelante —dijo Tommy—, antes de que esa jodida mujer cambie de opinión.

Charlie se deslizó por la puerta lateral sin mirar atrás, rezando para que nadie le viera. Casi corrió por el pasillo hasta salir por la puerta trasera. Se detuvo junto a una esquina del cobertizo, sintiéndose bastante estúpido mientras paseaba arriba y abajo, y cuando un escalofrío le recorrió de pies a cabeza, deseó encontrarse de nuevo al abrigo de la taberna. Volvió a temblar unos momentos después, estornudó y decidió que había llegado el momento de regresar con sus compañeros y olvidarlo. Caminaba hacia la puerta cuando Rose salió por ella como una exhalación.

—Hola. Soy Rose. Lamento haber tardado tanto, pero tenía que atender a un cliente.

Él la miró a la escasa luz que se filtraba por la pequeña ventana situada sobre la puerta. Se había desabrochado otro botón.

—Charlie Trumper —dijo Charlie, extendiendo la mano.

—Lo sé —rio ella—. Tommy me ha contado todo sobre ti. Dice que eres el mejor follador del pelotón.

—Me parece que ha exagerado un poco —respondió Charlie, enrojeciendo, pero Rose le estrechó en sus brazos y empezó a besarle, primero en el cuello, después en la cara y por fin en la boca.

Apartó los labios de Charlie con destreza antes de empezar a jugar con su lengua.

Para empezar, Charlie no estaba muy seguro de lo que estaba ocurriendo, pero le gustaba tanto la sensación que continuó aferrado a ella, e incluso apretó su lengua contra la de Rosie. Fue ella la primera en apartarse.

—No tan fuerte, Charlie. Relájate. Se conceden premios a la resistencia, no a la velocidad.

Charlie se puso a besarla de nuevo, más suavemente cuando sintió la esquina de una caja de cerveza clavarse en sus nalgas. Después, colocó una mano sobre el pecho izquierdo de Rosie, pero se limitó a dejarla allí, sin saber qué hacer a continuación, mientras trataba de adoptar una posición más cómoda. No pareció un detalle muy importante, pues Rosie sabía exactamente lo que se esperaba de ella. Empezó a desabrocharse los restantes botones de la blusa, descubriendo sus abundantes senos, que hacían honor a su nombre.

Levantó una pierna y la apoyó sobre una pila de viejas cajas de cerveza. Charlie se encontró frente a una generosa extensión de rosado muslo desnudo. Posó su mano libre, vacilante, sobre la suave carne. Charlie deseaba dotar de plena libertad a sus dedos para que siguieran explorando hasta donde les fuera posible, pero se quedó petrificado como un fotograma congelado de una película en blanco y negro.

Rose volvió a tomar la iniciativa, apartó los brazos que rodeaban el cuello de Charlie y empezó a desabrocharle los botones de la bragueta. Un momento después deslizó su mano bajo los calzoncillos. Charlie no podía creer lo que estaba sucediendo, pero ya sentía que aquello bien valía una nariz rota.

Rose se la agitó vigorosamente y se bajó las bragas con la mano libre. Charlie fue perdiendo cada vez más el control, hasta que Rose se detuvo de repente, apartándose, y miró la parte delantera de su vestido.

—Si tú eres el mejor follador del pelotón, mi única esperanza es que los alemanes ganen esta mierda de guerra.

A la mañana siguiente, mientras los oficiales de guardia tomaban el rancho, se clavaron en el tablón de anuncios las órdenes dirigidas a la compañía. El nuevo batallón de Fusileros ya se consideraba listo para entrar en combate, por lo cual era

de esperar que se uniera a los aliados en el frente occidental. Charlie se preguntó si la camaradería que había reunido a un grupo de hombres tan diferentes durante los últimos tres meses serviría a la hora de entablar combate con la élite del ejército alemán.

Durante el viaje en tren de regreso al sur, fueron vitoreados de nuevo en cada estación por la que pasaban, y Charlie consideró esta vez que eran algo más merecedores del respeto que manifestaban las damas de sombrero puntiagudo. Descendieron en Maidstone al atardecer, y se alojaron para pernoctar en los barracones de los Royal West Kents.

A las seis en punto de la mañana siguiente, el capitán Trentham les dio instrucciones concretas: serían transportados en barco hasta Boulougne, recibirían un entrenamiento especial de diez días y se dirigirían hacia Amiens, donde se reunirían con su regimiento bajo el mando del coronel *sir* Danvers Hamilton, DSO^[4], quien, según se les aseguró, se hallaba preparando un ataque masivo contra las defensas alemanas. Pasaron el resto de la mañana comprobando su equipo, antes de ser conducidos como un rebaño hacia la pasarela y el puente del barco.

Después de que la sirena de niebla del barco retumbara seis veces, zarparon en dirección a Dover. Mil hombres apretujados en la cubierta del HMS *Resolution* cantaron *It's a Long Way to Tipperary*.

—¿Has ido alguna vez al extranjero, cabo? —preguntó Tommy.

—No, a menos que cuentes Escocia —replicó Charlie.

—Yo tampoco —dijo Tommy, nervioso. Al cabo de unos minutos añadió—: ¿Estás asustado?

—No, claro que no —replicó Charlie—, solo espantosamente aterrorizado.

—Yo también —confesó Tommy.

—Adiós Piccadilly, hasta la vista Leicester Square. *It's a long, long way to...*

CAPÍTULO 4

Charlie se sintió mareado apenas dejaron de ver la costa de Inglaterra.
—Nunca había viajado en barco —confesó a Tommy—, a menos que cuentas el vapor que va a Brighton.

La mitad de los hombres que le rodeaban parecían dedicar la travesía a devolver lo poco que habían desayunado.

—De momento, no veo a ningún oficial echando las tripas —dijo Tommy.

—A lo mejor están acostumbrados a navegar.

—O lo hacen en su camarote privado.

Cuando por fin se divisó la costa francesa, un clamor se elevó de los soldados arracimados en la cubierta. Lo único que deseaban todos era poner pie en tierra firme y seca. Y seca habría estado de no ser porque, en cuanto el barco amarró y las tropas pisaron suelo francés, los cielos se abrieron.

Charlie hizo que su pelotón avanzara chapoteando en el barro y cantando melodías de los teatros de variedades, acompañadas a la armónica por Tommy. Cuando llegaron a Etaples y acamparon para pasar la noche, Charlie decidió que, después de todo, el gimnasio de Edimburgo era todo un lujo.

Tras el toque de silencio dos mil ojos se cerraron. Los soldados, guarecidos bajo sus tiendas de lona, intentaron conciliar el sueño. Cada pelotón había designado a dos hombres para hacer la guardia, con la orden de relevarles cada dos horas, a fin de que nadie se quedara sin descansar. Charlie se jugó con Tommy el turno de las cuatro de la mañana.

Tras una noche inquieta de dar vueltas sobre el húmedo y apelmazado suelo francés, Charlie fue despertado a las cuatro y, a su vez, propinó un puntapié a Tommy, que se limitó a cambiar de lado y dormirse al instante. Minutos más tarde, Tommy salió de la tienda y se abrochó la chaqueta, dándose constantes palmadas en la espalda para ahuyentar el frío. Sus ojos se adaptaron lentamente a la penumbra, y empezó a distinguir hilera tras hilera de tiendas marrones que se extendían hasta perderse de vista.

—Buenos días, cabo —dijo Tommy, cuando apareció pasadas las cuatro y veinte—. ¿Tienes una cerilla, por casualidad?

—No, no tengo. Y lo que necesito es un chocolate caliente, o cualquier cosa caliente.

—Lo que usted ordene, cabo.

Tommy se dirigió a la tienda que albergaba las cocinas y regresó al cabo de media hora con dos chocolates calientes y dos bizcochos.

—Me temo que te quedarás sin azúcar —informó a Charlie—. Solo hay que ser de sargento para arriba. Les dije que eres un general disfrazado, pero me contestaron que todos los generales habían vuelto a Londres para dormir a pierna suelta en sus camas.

Charlie sonrió. Rodeó la taza caliente con sus dedos helados y bebió sorbo a sorbo para paladear aquel sencillo placer.

Tommy inspeccionó el horizonte.

—¿Dónde están esos jodidos alemanes de los que tanto nos han hablado?

—Vete a saber —dijo Charlie—, pero no te quepa duda de que andan por alguna parte, preguntándose probablemente dónde estamos nosotros.

Charlie despertó a las seis al resto de su sección, les obligó a levantarse y a prepararse para la inspección, con la tienda recogida y doblada en un pequeño cuadrado.

Otro toque de corneta indicó la hora del desayuno. Los hombres formaron una cola que, reconoció Charlie, habría alegrado el corazón de cualquier vendedor ambulante de Whitechapel Road.

Cuando le tocó el turno a Charlie, extendió su escudilla para recibir un cazo de gachas grumosas y un trozo de pan duro. Tommy guiñó un ojo al muchacho que vestía una chaqueta blanca larga y pantalones azules a cuadros.

—Y pensar que he esperado tantos años probar la cocina francesa.

—Empeora a medida que uno se acerca al frente —prometió el cocinero.

Se quedaron diez días más en Etaples. Pasaban las mañanas desfilando por las marismas, las tardes recibiendo instrucciones sobre la guerra química y las noches averiguando de qué formas diferentes podían morir, una gentileza personal del capitán Trentham.

El undécimo día recogieron sus pertenencias, guardaron las tiendas y formaron en compañías, a fin de que el coronel del regimiento les dirigiera la palabra por primera vez.

Un millar de hombres se pusieron firmes, formando un cuadrado, en un campo francés cubierto de barro, preguntándose si doce semanas de instrucción y diez días de «aclimatación» habrían bastado para prepararles a luchar contra el poderío del ejército alemán.

—Es posible que ellos tampoco hayan pasado de las doce semanas de instrucción —dijo Tommy, con aire esperanzado.

A las nueve en punto, el coronel *sir* Danvers Hamilton, Orden de Servicios Distinguidos, llegó trotando a lomos de una yegua negra como el azabache y se detuvo en medio del cuadrado formado por hombres. Empezó a arengar a las tropas. El recuerdo que quedó grabado para siempre en la memoria de Charlie fue que el caballo no se movió para nada durante quince minutos.

—Bienvenidos a Francia —empezó el coronel Hamilton, ajustando un monóculo sobre su ojo izquierdo—. Sería mi mayor deseo que os hubierais embarcado para una simple excursión de un día. —Una tímida carcajada recorrió las filas—. Temo que no tendremos mucho tiempo libre hasta que enviemos a esos tipos de vuelta a Alemania, que es donde deben estar, con el rabo entre las piernas. —Esta vez, una franca algarabía estalló entre los congregados—. No olvidéis que jugamos fuera de casa, y

nuestra meta está resbaladiza. Para colmo, los alemanes no entienden las reglas del *cricket*.

Más risas, aunque Charlie sospechó que el coronel había hablado muy en serio.

—Hoy —continuó el coronel—, marcharemos hacia Yprés para instalar nuestro campamento, antes de empezar un nuevo y confío que último asalto al frente alemán. Creo que esta vez romperemos las líneas alemanas, y no dudo que los gloriosos Fusileros merecerán los honores del día. Que la suerte esté de vuestro lado, y Dios salve al rey.

Tras los vítores, la banda del regimiento interpretó el himno nacional. Las tropas la corearon a viva voz, y de todo corazón.

Transcurrieron cinco días de marcha antes de que oyeran los primeros disparos de artillería, olieran las trincheras y, por tanto, supieran que se estaban aproximando al frente de batalla. Al día siguiente pasaron frente a las tiendas verdes de la Cruz Roja. Poco antes de las once de la mañana, Charlie vio su primer soldado muerto, un teniente del East Yorkshire Regiment.

—Vaya, esta sí que es buena —dijo Tommy—. Las balas no hacen distinciones entre oficiales y reclutas.

Después de recorrer otro kilómetro, ambos habían visto tantas parihuelas, tantos cadáveres y tantos miembros separados de cuerpos que a ninguno le quedó ganas de bromas. El batallón, sin duda, había llegado a lo que los diarios llamaban el «frente occidental». Ningún corresponsal de guerra, sin embargo, describía la oscuridad que invadía la atmósfera, o la mirada desesperada grabada en los rostros de todos aquellos que habían pasado más de unos días en aquel lugar.

Charlie contempló los campos que en otro tiempo debían haber sido una tierra agrícola productiva. Una casa solitaria, transformada ahora en cascotes, indicaba que la civilización había existido allí tiempo atrás. No vio señales del enemigo. Trató de abarcar la campiña circundante que iba a ser su hogar durante los meses siguientes..., si sobrevivía hasta entonces. Todos los soldados sabían que la media de vida en el frente era de diecisiete días.

Charlie dejó que sus hombres descansaran en las tiendas, mientras él se dedicaba a deambular por su cuenta. En primer lugar, se encontró con las trincheras de reserva, situadas a unos cientos de metros de las tiendas que formaban el hospital de campaña, conocidas como «zona hotelera» por hallarse a medio kilómetro de primera línea, y en las que cada soldado pasaba cuatro días sin descansar antes de concedérsele un descanso de cuatro días en las trincheras de reserva. Charlie paseó hasta el frente como un turista ajeno a la guerra. Escuchó a los hombres que llevaban meses allí, hablaban de «Blighty»^[5] y solo rezaban por una «herida cómoda» que les facilitara ser trasladados a la tienda sanitaria más cercana y, si se contaban entre los afortunados, regresar a Inglaterra.

Cuando las balas perdidas silbaron en tierra de nadie, Charlie cayó de rodillas y reptó hacia las trincheras de reserva, a fin de comunicar a su pelotón lo que les

esperaba cuando avanzaran otros cien metros.

Contó a sus hombres que las trincheras se extendían de horizonte a horizonte, y que en un momento dado podían dar cabida a diez mil soldados. Frente a ellos, a unos veinte metros de distancia, había visto una valla de alambre de púas, que se elevaba hasta una altura de unos dos metros. Un cabo veterano le había dicho que ya había costado mil vidas, de aquellos cuyo único cometido había consistido en colocarla. Al otro lado se extendía la «Tierra de Nadie», quinientos acres de terreno que contenían una granja quemada hasta los cimientos, perteneciente a una familia inocente, atrapada en el centro de una guerra que le era ajena. Y más allá empezaba la alambrada de púas del enemigo, tras la cual aguardaban los alemanes, agazapados en sus trincheras.

Al parecer, cada ejército permanecía en sus agujeros húmedos e infestados de ratas durante días, e incluso meses, esperando a que el enemigo se moviera. Les separaba menos de kilómetro y medio. Si una cabeza asomaba para inspeccionar el terreno, le respondía de inmediato una bala del campo contrario. Si la orden era avanzar, un corredor de apuestas no se habría molestado en tener en cuenta las posibilidades que tenía un hombre de recorrer veinte metros. Caso de llegar a la alambrada, existían dos formas de morir; si se alcanzaban las trincheras alemanas, una docena.

Si alguien se quedaba quieto, podía morir de cólera, gas clorhídrico, gangrena, tifus o pie de trinchera, que los soldados atravesaban con las bayonetas para aliviar el dolor. Un sargento veterano le dijo a Charlie que morían casi tantos hombres detrás de las líneas como atacando, y no servía de consuelo saber que los alemanes sufrían el mismo problema, a unos cientos de metros de distancia.

Charlie trató de inculcar una rutina a sus diez hombres, al tiempo que procuraban achicar el agua de su trinchera. Hacían ejercicios, limpiaban sus pertrechos, e incluso jugaban al fútbol para aliviar las horas de aburrimiento y espera, en tanto escuchaba rumores y contrarumores sobre lo que les deparaba el futuro. Sospechaba que solo el coronel, cuyo cuartel general estaba instalado a unos dos kilómetros detrás de las líneas, sabía lo que estaba ocurriendo.

Cuando le tocaba a Charlie pasar cuatro días en las trincheras de primera línea, la única ocupación de su sección parecía consistir en llenar sus escudillas con pintas de cerveza y esforzarse por vaciar los galones que caían del cielo a intervalos regulares. A veces, el agua de las trincheras llegaba a la altura de las rodillas de Charlie. Tommy le confesó que no se había alistado en la marina por la sencilla razón de que no sabía nadar; nadie le había dicho que podía ahogarse con idéntica facilidad en la infantería.

La alegría no les abandonaba, pese a estar empapados, helados y hambrientos. Charlie y su sección aguantaron estas condiciones durante siete semanas, esperando órdenes que les permitieran avanzar, pero el único avance del que tuvieron noticia en aquellos días fue el de Ludendorff. El general alemán había hecho retroceder a los aliados sesenta kilómetros, con unas bajas de 400 000 hombres, más 80 000

prisioneros. Siempre era el capitán Trentham quien les comunicaba tales noticias, y lo que más irritaba a Charlie era que su aspecto indefectiblemente denotaba elegancia, limpieza y, para colmo, buena alimentación.

Dos hombres de su sección ya habían muerto sin llegar a ver al enemigo. La mayoría de los soldados deseaban con todas sus fuerzas entrar en combate, pues ya no alimentaban esperanzas de sobrevivir a una guerra que, en opinión de algunos, iba a durar eternamente. El aburrimiento se combatía cazando las ratas a bayonetazos, achicando agua de las trincheras o escuchando con resignación a Tommy repetir las mismas melodías en su armónica, ya oxidada.

No fue hasta la octava semana cuando llegaron órdenes; fueron llamados a formar el cuadro. El coronel, monóculo en ristre, les arengó de nuevo desde su caballo inmóvil. Los Reales Fusileros iban a avanzar hacia las líneas alemanas a la mañana siguiente, pues se les había adjudicado la responsabilidad de romper su flanco norte. La Guardia Irlandesa les apoyaría desde el flanco derecho, mientras la galesa avanzaría por la izquierda.

—Mañana será un día glorioso para los Fusileros —les aseguró el coronel Hamilton—. Ahora, vayan a descansar, porque la batalla dará comienzo al romper el alba.

Al regresar hacia las trincheras, el pensamiento de que los hombres habían recobrado el humor al saber que iban a entrar en combate sorprendió a Charlie. Todos los fusiles estaban desmontados, limpiados, engrasados, inspeccionados y vueltos a inspeccionar, todas las balas fueron colocadas cuidadosamente en su cargador, todas las pistolas Lewis fueron probadas, aceitadas y vueltas a probar, y después, para concluir, los hombres se afeitaron antes de enfrentarse al enemigo. La primera experiencia de Charlie con una navaja fue con agua cercana al punto de congelación.

Para ningún hombre es fácil dormir la noche anterior a una batalla, según le habían contado a Charlie, y muchos empleaban el tiempo en escribir largas cartas a sus seres queridos; se daba el caso de que algunos reunían fuerzas para hacer testamento. Charlie escribió a Becky (aunque no sabía muy bien por qué), rogándole que cuidara de Sal, Grace y Kitty si no volvía. Tommy no escribió a nadie, y no solo porque no sabía escribir. A medianoche, Charlie recogió todos los esfuerzos de la sección y los entregó al oficial de turno.

Las bayonetas se afilaron con todo cuidado, y después se ajustaron. Los corazones se iban acelerando a medida que pasaban los minutos, y aguardaron en silencio la orden de avanzar. Charlie se debatía entre el terror y la alegría, mientras contemplaba al capitán Trentham desfilar de pelotón en pelotón para dar las últimas instrucciones. Charlie bebió de un trago el vaso de ron que se entregaba a todos los hombres antes de la batalla.

El teniente Makepeace, otro oficial al que no conocía, ocupó el lugar de Charlie en la trinchera. Tenía aspecto de colegial imberbe, y se presentó a Charlie como si se hubieran conocido por azar en una fiesta. Pidió a Charlie que reuniera a la sección a

unos cuantos metros detrás de la línea para dirigirles la palabra. Diez hombres helados y asustados salieron de su trinchera y escucharon en cínico silencio al joven teniente. Se había escogido precisamente aquel día porque los meteorólogos habían asegurado que el sol saldría a las cinco y cincuenta y tres y no llovería. Los meteorólogos acertaron en lo relativo al sol, pero, como para demostrar su falibilidad, empezó a lloviznar a las cuatro y once.

—Un chubasco alemán —insinuó Charlie a sus camaradas—. ¿Y de qué lado está Dios, en cualquier caso?

El teniente Makepeace sonrió apenas. Esperaron el disparo de una bengala, como el silbato de un árbitro antes de que las hostilidades se iniciaran de manera oficial.

—Y no olviden que «detonadores y puré de patatas» es el santo y seña —dijo el teniente Makepeace—, háganlo correr.

A las cinco y cincuenta y tres, un sol rojo como la sangre se alzó sobre el horizonte. Se disparó una bengala, que iluminó el cielo a espaldas de Charlie.

El teniente Makepeace saltó de la trinchera y gritó:

—Sígueme.

Charlie le siguió y, chillando con todas sus fuerzas (más de miedo que de valentía), cargó hacia la alambrada de púas.

El teniente no había recorrido ni quince metros cuando la primera bala le alcanzó, pero logró proseguir hasta llegar a la alambrada. Charlie contempló horrorizado cómo Makepeace se derrumbaba sobre ella; otra descarga de balas enemigas atravesó su cuerpo inmóvil. Dos hombres valerosos cambiaron de dirección para correr en su ayuda, pero ninguno de los dos logró llegar siquiera a la alambrada. Charlie se encontraba a un metro detrás de él, y se disponía a cargar por una brecha practicada en la barrera cuando Tommy le dio alcance. Charlie se volvió, sonrió, y eso fue lo último que recordó de la batalla de Lys.

Charlie despertó dos días más tarde en una tienda médica, a unos trescientos metros detrás de la línea, y vio a una chica uniformada de azul oscuro, con una enseña real sobre el corazón, inclinada sobre él. Le estaba hablando. Lo descubrió porque movía los labios, pero no oyó una palabra de lo que decía. Gracias a Dios que sigo vivo, pensó Charlie, y me enviarán de vuelta a Inglaterra. Si se certificaba médicamente la sordera de un soldado, este volvía a casa. Ordenanzas reales.

Charlie recobró el oído por completo al cabo de una semana, y una sonrisa se formó en sus labios por primera vez cuando vio a Grace de pie a su lado, sirviéndole una taza de té. Le habían concedido permiso para cambiar de tienda cuando se enteró de que un tal Trumper yacía inconsciente detrás de la línea. Le dijo a su hermano que había tenido suerte. Había pisado una mina, y solo había perdido un dedo..., ni siquiera uno grande, bromeó ella. A Charlie le disgustó averiguar que había perdido uno pequeño, porque, le recordó a su hermana, por uno grande también se repatriaba

al herido.

—Por lo demás, algunos cortes y arañazos. Nada serio. Vivito y coleando. Volverás al frente dentro de pocos días —añadió con tristeza.

Charlie se durmió. Despertó. Se preguntó si Tommy habría sobrevivido.

—¿Alguna noticia del soldado Prescott? —preguntó al oficial de turno cuando este le visitó a finales de semana.

El teniente repasó su lista y frunció el ceño.

—Ha sido arrestado. Por lo visto, será sometido a un consejo de guerra.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Ni idea —respondió el joven teniente, y se dirigió a la cama vecina.

Charlie comió un poco al día siguiente, dio algunos pasos al otro, corrió una semana después y fue devuelto al frente apenas transcurridos veintiún días desde que el teniente Makepeace hubiera saltado y gritado «Sígueme».

En cuanto Charlie regresó a las trincheras no tardó en descubrir que solo tres hombres, de los diez que componían su sección, habían sobrevivido al ataque. Ni el menor rastro de Tommy. Un nuevo contingente de hombres había llegado desde Inglaterra aquella mañana para ocupar sus puestos y empezar la rutina de cuatro días de trabajo, cuatro de descanso. Trataron a Charlie como si fuera un veterano.

A las pocas horas de su regreso, se le comunicó que el coronel Hamilton deseaba ver al cabo interino Trumper a las once horas de la mañana siguiente.

—¿Para qué querrá verme el comandante en jefe? —preguntó Charlie al sargento de guardia.

—Suele significar un consejo de guerra o una condecoración. El jefe no tiene tiempo para nada más. Y no olvides que suele representar problemas, así que contén la lengua en su presencia. Tiene muy mal humor, te lo aseguro.

El cabo interino Trumper se presentó a las once en punto, tembloroso, ante la tienda del coronel, casi tan temeroso de su comandante en jefe como en los minutos precedentes a su primera carga contra el enemigo. Poco después, el sargento mayor de la compañía salió de la tienda para reunirse con él.

—Póngase firmes, salude y diga su nombre, grado y número de serie —ladró el sargento mayor Philpott—. Y no hable a menos que se le dirija la palabra —añadió con rudeza.

Charlie entró en la tienda y se detuvo frente al escritorio del coronel. Saludó y dijo:

—Se presenta el cabo interino Trumper, 7312087, señor.

Era la primera vez que veía al coronel en una silla, y no sobre un caballo.

Ah, Trumper —dijo el coronel Hamilton, levantando la vista—. Me alegro de que haya vuelto y le felicito por su rápida recuperación.

—Gracias, señor —respondió Charlie, observando por primera vez que solo uno de los ojos del coronel se movía.

—Sin embargo, tenemos un problema con un hombre de su sección, y espero que

usted pueda proporcionarnos alguna información.

—Colaboraré en lo que pueda, señor.

—Bien, porque al parecer —dijo el coronel, ajustándose el monóculo en el ojo izquierdo— ese tal Prescott —examinó un documento que había en la mesa antes de continuar—, sí, soldado Prescott, puede haberse disparado en la mano para evitar enfrentarse al enemigo. Según el informe del capitán Trentham, lo encontraron tendido en el barro, a escasos metros de su trinchera, con una herida de bala en la mano derecha. Todo parece indicar un acto de cobardía ante el enemigo. Sin embargo, no quería ordenar la celebración de un consejo de guerra antes de oír su versión de lo sucedido aquella mañana. Creo que tal vez pueda añadir algún dato importante al informe del capitán Trentham.

Charlie intentó serenarse y repasar en su mente los detalles de lo ocurrido.

—Sí, señor, desde luego. En cuanto fue disparada la bengala, el teniente Makepeace dirigió la carga y yo le seguí, junto con el resto de mi sección. El teniente fue el primero en llegar a las alambradas, pero varias balas le alcanzaron al instante, y solo dos hombres se hallaban delante de mí. Acudieron en su ayuda valientemente, pero cayeron antes de llegar a él. En cuanto llegué a la alambrada vi una brecha y la atravesé corriendo, y en ese momento el soldado Prescott me adelantó, cargando contra las líneas enemigas. Debió ser entonces cuando pisé la mina, que tal vez alcanzara también al soldado Prescott.

—¿Está seguro de que era el soldado Prescott? —preguntó el coronel, desconcertado.

—Es difícil recordar todos los detalles cuando se está en plena batalla, señor, pero nunca olvidaré que Prescott me adelantó.

—¿Por qué? —preguntó el coronel.

—Porque es mi amigo, y en aquel momento me preocupó que me dejara atrás.

Charlie observó que una leve sonrisa aparecía en el rostro del coronel.

—¿Es Prescott un amigo íntimo de usted? —preguntó el coronel, clavando el monóculo en él.

—Sí, señor, lo es, pero eso no influye en mi criterio, y nadie tiene derecho a insinuar tal cosa.

—¿Se da cuenta de con quién está hablando? —rugió el sargento mayor.

—Sí, sargento mayor —contestó Charlie—. Con un hombre interesado en descubrir la verdad y en que se haga justicia. No soy un hombre culto, señor, pero sí honrado.

—Cabo, se presentará... —empezó el sargento mayor.

—Gracias, sargento mayor, eso es todo —dijo el coronel—. Y gracias a usted, cabo Trumper, por su clara y concisa declaración. No le molestaré más. Puede volver a su pelotón.

—Gracias, señor —dijo Charlie.

Dio un paso atrás, saludó, giró sobre sus talones y salió de la tienda.

—¿Quiere que me ocupe de este asunto? —preguntó el sargento mayor.

—Sí, desde luego —replicó el coronel Hamilton—, confirme el ascenso definitivo a cabo de Trumper y ponga en libertad al soldado Prescott inmediatamente.

Tommy regresó al pelotón aquella tarde.

—Me has salvado la vida, Charlie.

—Solo dije la verdad.

—Lo sé, y también yo, pero la diferencia es que ellos te creyeron a ti.

Charlie, acostado en su tienda por la noche, se preguntaba por qué el capitán Trentham estaba tan decidido a desembarazarse de Tommy. ¿Cómo era posible que un hombre se arrogara el derecho de enviar a otro a la muerte, solo porque había estado en prisión?

Pasó un mes antes de que les ordenaran marchar hacia el Mar negro, más al sur, y preparar un contraataque contra el general Ludendorff, planeado para el domingo veinte de julio. A Charlie se le puso el corazón en un puño al leer las órdenes; sabía que las probabilidades de sobrevivir a dos ataques eran remotas. Consiguió pasar la hora a solas con Grace. Esta le confesó que se había enamorado de un cabo galés, que había pisado una mina y estaba ciego de un ojo.

Amor a primera vista, insinuó Charlie.

Era la medianoche del miércoles 17 de julio de 1918, y un ominoso silencio reinaba en la tierra de nadie. Charlie dejó dormir a los que pudieron hacerlo, y no despertó a nadie hasta las tres de la madrugada. Como cabo de pleno derecho, tenía que preparar un pelotón de cuarenta hombres para la batalla, todos bajo el mando supremo del capitán Trentham, al cual no se le había visto el pelo desde el día en que Tommy fue puesto en libertad.

A las tres y media, un teniente llamado Harvey se reunió con ellos detrás de las trincheras. Todo el mundo se encontraba ya en alerta de batalla. Resultó que Harvey había llegado al frente el viernes anterior.

—Es una guerra de locos —dijo Charlie, después de las presentaciones.

—Ah, no lo sé —dijo alegremente Harvey—, me muero de ganas por darles su merecido a esos alemanes.

—A los alemanes no les queda la menor esperanza, mientras sigamos produciendo cabezas huecas como ese —susurró Tommy.

—A propósito, señor, ¿cuál es el santo y seña esta vez? —preguntó Charlie.

—Oh, lo siento, me había olvidado por completo. Caperucita Roja —dijo el teniente.

Todos esperaron. A las cuatro calaron las bayonetas, y una bengala roja iluminó el cielo a las cuatro y veintiuno, algo detrás de las líneas. El aire se llenó de silbidos.

—¡Tally Ho^[6]! —gritó el teniente Harvey.

Disparó la pistola al aire y saltó de la trinchera, como si fuera a la caza de un

zorro perdido. De nuevo, Charlie le siguió a pocos metros de distancia. El resto del pelotón les imitó, chapoteando en el barro que cubría la tierra yerma, carente de árboles que les protegieran. A la izquierda, Charlie divisó otro pelotón que les precedía. La inconfundible silueta del capitán Trentham cerraba la marcha, pero el teniente Harvey continuaba en cabeza. Saltó con elegancia sobre la alambrada y se adentró en tierra de nadie. Le proporcionó a Charlie la curiosa seguridad de que cualquiera podía sobrevivir a tal estupidez. Harvey prosiguió su avance, como si fuera inexpugnable o le protegiera un hechizo. Charlie supuso que debía morir a cada paso que daba, sobre todo cuando vio al teniente saltar la alambrada alemana y abalanzarse sobre las trincheras enemigas, como si fueran la meta de una carrera celebrada en su escuela privada. El hombre se internó veinte metros más antes de que una lluvia de balas le derribara. Charlie se encontró delante de todo y empezó a disparar contra los alemanes cuando asomaban las cabezas fuera de sus agujeros.

Nunca había oído de nadie que hubiera alcanzado las trincheras alemanas, y no estaba muy seguro de lo que debía hacer a continuación. Además, a pesar del entrenamiento, todavía le costaba disparar mientras corría. Cuando cuatro alemanes, con sus respectivos rifles, aparecieron a la vez, supo que jamás iba a averiguarlo. Disparó al primero, que se desplomó sobre la trinchera, y entonces vio que los otros tres tomaban puntería. De repente, se dio cuenta de que disparaban una lluvia de balas desde detrás de él, y vio que los cuerpos caían como patos de madera en una barraca de feria. Comprendió que el ganador del Trofeo del Rey seguía en pie.

De pronto, se encontró en la trinchera enemiga, mirando cara a cara a un joven alemán, un aterrorizado muchacho aún más joven que él. Vaciló solo un momento antes de clavarle la bayoneta en la boca abierta. Arrancó la hoja y la sepultó en el corazón del muchacho. Después, continuó corriendo. Tres de sus hombres le precedían, persiguiendo a un enemigo en retirada. En aquel momento, Charlie divisó a Tommy a su derecha, subiendo una colina en pos de dos alemanes. Desapareció entre los árboles y Charlie oyó un solo disparo sobre el fragor de la batalla. Cambió de dirección y corrió hacia el bosque para rescatar a su amigo, pero solo vio a un enemigo tendido en el suelo y a Tommy trepando a la colina. Un Charlie sin aliento le alcanzó cuando se detuvo detrás de un árbol.

—Has estado magnífico, Tommy —dijo Charlie, tirándose a su lado.

—Ni la mitad de bien que aquel oficial, ¿cómo se llamaba?

—Harvey, teniente Harvey.

—Al final, los dos nos hemos salvado gracias a su pistola —dijo Tommy, blandiendo el arma—. Más de lo que se puede decir sobre ese bastardo de Trentham.

—¿Qué quieres decir?

—Se cagó de miedo al ver las trincheras alemanas, ¿vale? Se desvió hacia el bosque. Dos alemanes vieron al muy cobarde y le persiguieron, así que les seguí. Acabé con uno de ellos.

—¿Dónde está Trentham, pues?

—Por ahí arriba —dijo Tommy, señalando la cumbre de la colina—. Se habrá escondido de un solo alemán, no lo dudes.

Charlie levantó la vista hacia la colina.

—¿Y ahora qué, cabo?

—Hemos de seguir al alemán y matarle antes de que encuentre al capitán.

—¿Por qué no nos volvemos a casita y dejamos que pille al capitán antes de que yo lo haga?

Pero Charlie ya estaba en pie y se dirigía hacia la colina.

Subieron la pendiente con parsimonia, protegiéndose tras los árboles mientras vigilaban y escuchaban, hasta que llegaron a la cumbre y a terreno despejado.

—Ni señal de ellos —susurró Charlie.

—Exacto, así que mejor volvemos detrás de nuestras líneas. Si los alemanes nos cogen, no creo que nos inviten a tomar el té en su compañía.

Charlie se orientó. Frente a ellos había una pequeña iglesia, muy parecida a las que había visto durante la larga marcha hacia el frente.

—Será mejor que antes le echemos un vistazo a esa iglesia —dijo Charlie—, pero no corramos riesgos innecesarios.

—¿Qué cojones te parece que hemos estado haciendo durante la última hora? —preguntó Tommy.

Se arrastraron por el terreno descubierto centímetro a centímetro, hasta llegar a la puerta de la sacristía. La abrieron poco a poco, esperando una rociada de balas, pero el ruido más fuerte que oyeron fue el chirrido de los goznes. Una vez en el interior, Charlie se persignó, como hacía siempre su abuelo al entrar en la iglesia de Santa María y San Miguel de la calle Jubilee. Tommy encendió un cigarrillo.

Charlie examinó con cautela la pequeña iglesia. Ya había perdido parte del tejado, cortesía de un proyectil alemán o inglés, pero el resto de la nave y el pórtico permanecían intactos.

A Charlie le fascinaron los mosaicos que cubrían las paredes, con sus cuadraditos que componían retratos de tamaño natural. Rodeó lentamente el perímetro, mirando a los siete discípulos que habían sobrevivido.

Cuando llegó al altar se arrodilló y bajó la cabeza. La imagen del padre O'Malley se formó en su mente. Fue entonces cuando la bala le pasó rozando, estrellándose en la cruz de metal y derribando el crucifijo. Mientras Charlie se zambullía detrás del altar para protegerse, una segunda bala alcanzó a un oficial alemán en la sien. Se desplomó en tierra. Estaba escondido en el confesionario. Debió de morir al instante.

—Espero que haya tenido tiempo de confesarse —dijo Tommy. Charlie salió de detrás del altar—. Por el amor de Dios, estate quieto. Hay alguien más en esta iglesia, y tengo el curioso presentimiento de que no es el Todopoderoso.

Ambos oyeron un movimiento en el pulpito, situado sobre sus cabezas, y Charlie

volvió a refugiarse detrás del altar.

—Soy yo —dijo una voz que ambos reconocieron.

—¿Quién es «yo»? —preguntó Tommy, esforzándose por contener la risa.

—El capitán Trentham. No dispare.

—Pues salga y baje con las manos sobre la cabeza —dijo Tommy—, para que comprobemos si es usted quien dice que es —añadió, disfrutando cada momento de angustia de su torturador.

Trentham se alzó lentamente del pulpito y empezó a bajar los escalones de piedra con las manos sobre la cabeza. Caminó por el pasillo hacia la cruz, caída frente al altar, pasó por encima del oficial alemán y continuó hasta detenerse frente a Tommy, que aún le apuntaba al corazón con la pistola que sostenía.

—Lo siento, señor —dijo Tommy, bajando la pistola—. Debía asegurarme de que no era un alemán.

—Que hablaba un inglés de pura cepa —respondió Trentham con sarcasmo.

—Nos previno contra eso en una de sus conferencias, señor —indicó Tommy.

—Menos insolencias, Prescott. ¿Cómo es que empuña la pistola de un oficial?

—Pertenece al teniente Harvey —interrumpió Charlie—, que cayó cuando...

—Usted huyó al bosque —terminó Tommy, mirando a Trentham.

—Perseguía a dos alemanes que intentaban escapar.

—Pues a mí me pareció todo lo contrario —dijo Tommy—, y cuando volvamos, procuraré que todo el mundo se entere.

—Sería su palabra contra la mía —repuso Trentham—. En cualquier caso, los dos alemanes están muertos.

—No olvide que el cabo también ha sido testigo de lo ocurrido.

—En ese caso, usted sabe que mi versión de los hechos es la correcta —dijo Trentham, volviéndose hacia Charlie.

—Lo único que sé es que deberíamos estar en lo alto de la torre, pensando cómo volver a nuestras líneas, en lugar de perder el tiempo discutiendo aquí abajo.

El capitán asintió, se dio la vuelta y corrió escalera arriba. Charlie le siguió. Ambos tomaron posiciones de vigilancia en lados opuestos del tejado, y aunque Charlie oía el estruendo de la batalla, no conseguía averiguar qué estaba pasando al otro lado del bosque.

—¿Dónde está Prescott? —preguntó Trentham, pasados unos minutos.

—No lo sé, señor —dijo Charlie—. Pensé que venía detrás de mí.

Aún transcurrieron varios minutos antes de que Tommy, llevando un casco alemán acabado en punta, apareciera en lo alto de la escalera.

—¿Dónde estaba? —preguntó Trentham con suspicacia.

—Registrando la iglesia de arriba a abajo por si encontraba algo de comer, pero ni siquiera había vino de misa.

—Sitúese allí —ordenó el capitán, señalando un arco aún sin vigilancia— y esté ojo avizor. Nos quedaremos aquí hasta que oscurezca. Para entonces, ya se me habrá

ocurrido un plan para regresar detrás de nuestras líneas.

Los tres hombres contemplaron la campiña francesa, mientras la luz que declinaba envolvía al mundo en tinieblas.

—¿No tendríamos que pensar en empezar a movernos, capitán? —preguntó Charlie, después de estar sentados una hora en total oscuridad.

—Nos iremos cuando yo lo diga, y no antes —replicó Trentham.

—Sí, señor —dijo Charlie.

Siguió tiritando y escrutando la penumbra por espacio de otros cuarenta minutos.

—Bien, síganme —dijo Trentham sin previo aviso.

Se levantó y bajó los peldaños de piedra, deteniéndose en la entrada de la sacristía. Abrió la puerta poco a poco. El ruido de los goznes le recordó a Charlie el cargador de una ametralladora vaciándose. Los tres escudriñaron la noche, y Charlie se preguntó si algún alemán les estaría esperando. El capitán consultó su brújula.

—En primer lugar, intentaremos llegar a aquellos árboles que hay en lo alto del risco —susurró Trentham—. Después, buscaré un camino que nos lleve detrás de nuestras líneas.

Cuando los ojos de Charlie se acostumbraron a la oscuridad, empezó a estudiar la luna y, sobre todo, el movimiento de las nubes.

—Una extensión de terreno descubierto nos separa de esos árboles —continuó el capitán—, así que no podemos arriesgarnos a cruzarla hasta que la luna desaparezca detrás de alguna nube. Después, correremos hacia el risco por separado. Usted irá primero, Prescott, cuando yo dé la orden.

—¿Yo? —preguntó Tommy.

—Sí, usted, Prescott. El cabo Trumper le seguirá en cuanto usted llegue a los árboles.

—Y supongo que usted cerrará la marcha, si tenemos la suerte de sobrevivir —dijo Tommy.

—No se insubordine conmigo —advirtió Trentham—, o descubrirá esta vez lo que es un consejo de guerra y acabar en la cárcel, que es donde debería estar.

—Sin un testigo, lo dudo. Según tengo entendido, consta así en las ordenanzas reales.

—Cierra el pico, Tommy —dijo Charlie.

Todos esperaron en silencio detrás de la puerta hasta que una larga sombra se deslizó poco a poco por el sendero, hasta cubrir la extensión que separaba la iglesia de los árboles.

—¡Adelante! —gritó el capitán, palmeando a Prescott en la espalda.

Tommy salió disparado como un galgo liberado de la trailla, y los otros dos hombres observaron cómo corría por el terreno descubierto hasta llegar, veinte segundos después, a la seguridad de los árboles.

La misma mano palmeó el hombro de Charlie un segundo más tarde, y corrió más rápido que nunca, a pesar de llevar un rifle en una mano y una mochila en la espalda.

La sonrisa reapareció en su rostro cuando llegó al lado de Tommy.

Ambos se volvieron y miraron en dirección al capitán.

—¿Qué coño está esperando? —masculló Charlie.

—Yo diría que espera a ver si nos matan —respondió Tommy cuando la luna alumbró de nuevo en el cielo.

Ambos aguardaron sin decir nada hasta que una nube ocultó el resplandor. Entonces vieron que el capitán, por fin, corría a su encuentro.

Se detuvo a su lado y se recostó contra un árbol hasta recobrar el aliento.

—Perfecto —susurró por fin—. Avanzaremos lentamente por el bosque, parándonos cada pocos metros para escuchar, mientras utilizamos los árboles como protección al mismo tiempo. Recuerden: no muevan ni un músculo si sale la luna, y no hablen como no sea para responder a una pregunta mía.

Los tres empezaron a bajar por la colina, avanzando de árbol en árbol, sin recorrer más que unos pocos metros cada vez. Charlie no tenía ni idea de que pudiera estar tan alerta al menor sonido extraño. Tardaron más de una hora en llegar a la falda de la pendiente, donde hicieron un alto. Lo único que veían frente a ellos era una amplia extensión de terreno yermo y descubierto.

—Tierra de nadie —susurró Trentham—. Eso significa que a partir de ahora avanzaremos reptando por el suelo. —Se hundió al instante en el barro—. Yo iré delante. Trumper me seguirá y Prescott cerrará la marcha.

—Bueno, eso demuestra al menos que sabe a dónde va —susurró Tommy—, porque habrá calculado con toda exactitud de dónde vendrán las balas y a quién alcanzarán primero.

Poco a poco, centímetro a centímetro, los tres hombres empezaron a recorrer los ochocientos metros de tierra de nadie, de vuelta al frente aliado, hundiendo las caras en el barro cuando la poco fiable cortina dejaba al descubierto la luna.

Aunque Charlie siempre veía a Trentham delante de él, Tommy se movía con tanto sigilo que de vez en cuando tenía que volver la cabeza para comprobar que su amigo seguía con ellos. Una sonrisa de dientes resplandecientes bastaba para tranquilizarle.

Durante la primera hora cubrieron una distancia aproximada de cien metros. Charlie habría deseado una noche más nublada. Balas perdidas, disparadas desde ambos lados, les obligaban a pegarse a la tierra. Charlie no cesaba de escupir barro, y en una ocasión se encontró cara a cara con un alemán que no parpadeaba.

Se arrastraron metro a metro por aquel barro húmedo y frío, por aquel terreno que todavía no pertenecía a nadie. De pronto, Charlie oyó un chillido detrás de él. Se volvió para reñir a Tommy, irritado, y vio una rata del tamaño de un conejo que yacía entre sus piernas. Tommy le había asestado un bayonetazo en pleno vientre.

—Creo que le gustabas, cabo. No podía tratarse de sexo, si hay que creer la palabra de Rose, así que debía quererte como cena.

Charlie se tapó la boca con ambas manos por temor a que los alemanes le oyeran

reír.

La luna salió de detrás de una nube e iluminó de nuevo el terreno descubierto. Los tres hombres se sepultaron en el barro y esperaron a que otra nube les permitiera avanzar unos cuantos metros más. Pasaron dos horas antes de llegar a la alambrada de espino que había sido colocada para impedir la penetración de los alemanes.

Trentham cambió de dirección al llegar a la alambrada y reptó junto al lado alemán de la barrera en busca de una brecha que les condujera a la seguridad. Les quedaban por atravesar ochenta metros (para Charlie equivalía a un kilómetro). El capitán encontró por fin una brecha por la que logró deslizarse. Ya solo faltaban cincuenta metros para alcanzar la seguridad de sus líneas.

A Charlie le sorprendió que el capitán se rezagara, dejándoles pasar.

—Maldita sea —masculló Charlie cuando la luna hizo su aparición en el centro del escenario y les dejó clavados en su sitio, a escasa distancia de la seguridad.

En cuanto la luz se apagó, Charlie continuó avanzando como un cangrejo, centímetro a centímetro, más temeroso ahora de una bala perdida procedente de su bando que del enemigo. Por fin oyó voces, voces inglesas. Nunca creyó que un día acogería con agradecimiento la visión de aquellas trincheras.

—Lo hemos conseguido —gritó Tommy, en voz tan alta que hasta los alemanes debieron oírle.

Charlie volvió a hundirle la cara en el barro.

—¿Quién va? —preguntó alguien.

Charlie oyó que los rifles se amartillaban a lo largo y ancho de las trincheras, a medida que los hombres dormidos volvían a la vida.

—El capitán Trentham, el cabo Trumper y el soldado Prescott de los Fusileros Reales —dijo Charlie con firmeza.

—Santo y seña —preguntó una voz.

—Oh, Dios, ¿cuál es el santo y...?

—Caperucita Roja —chilló Trentham, desde detrás de ellos.

—Avancen para que les reconozcamos.

—Primero Prescott —dijo Trentham.

Tommy se puso de rodillas y empezó a gatear hacia sus trincheras. Charlie oyó el zumbido de una bala disparada desde muy cerca, detrás de él, y un momento después Tommy cayó de bruces y quedó inerte en el barro.

Charlie se volvió rápidamente y miró a Trentham.

—Alemanes de mierda. Agáchese, si no quiere que le suceda lo mismo —dijo el capitán.

Charlie ignoró la orden y se arrastró hasta llegar al cuerpo de su amigo. Rodeó a Tommy con su brazo. Solo faltaban veinte metros para encontrarse sanos y salvos.

—Hombre herido —gritó Charlie, mirando hacia las trincheras.

—Prescott, no se mueva —ordenó Trentham desde detrás de ellos.

—¿Cómo te encuentras, camarada? —preguntó Charlie, mientras procuraba

estudiar la expresión del rostro de su amigo.

—Me he sentido mejor —dijo Tommy.

—Cállense —dijo Trentham.

—Me he sentido mejor, pero no fue una bala alemana —dijo Tommy con voz estrangulada, cuando un hilo de sangre surgió de su boca—. Por lo tanto, procura dar cuenta de ese bastardo si no tengo la oportunidad de terminar el trabajo yo mismo.

—Te pondrás bien —dijo Charlie—, nada ni nadie puede matar a Tommy Prescott.

Cuando una extensa nube negra cubrió la luna, un grupo de hombres saltó de la trinchera y corrió hacia ellos, incluyendo dos enfermeros de la Cruz Roja que portaban una camilla. La dejaron caer junto a Tommy y le depositaron en ella, antes de correr hacia la trinchera. Una lluvia de balas fue disparada desde las líneas alemanas.

Una vez a salvo en la trinchera, los enfermeros dejaron la camilla en tierra sin miramientos.

—Llévenle al hospital —gritó Charlie—, de prisa, por el amor de Dios, de prisa.

—Es inútil, cabo —dijo el oficial médico—. Está muerto, señor.

CAPÍTULO 5

— El cuartel general espera todavía su informe, Trumper.

—Lo sé, sargento, lo sé.

—¿Algún problema, muchacho? —preguntó el sargento chusquero.

Charlie comprendió que, en clave, quería decir: «¿Sabes escribir?».

—Ningún problema, sargento.

Durante la hora siguiente puso sus pensamientos por escrito lentamente; después reescribió el sencillo resumen de lo que había ocurrido el 20 de julio de 1918 durante la segunda batalla del Mame.

Charlie leyó y relejó su banal escrito, consciente de que, si bien exaltaba la valentía de Tommy durante la batalla, pasaba por alto que Trentham había huido del enemigo. La pura verdad era que no había presenciado los acontecimientos que tenían lugar a sus espaldas. Podía haberse formado su propia opinión, pero eso no contaba en un informe oficial. En cuanto a la muerte de Tommy, ¿qué pruebas tenía de que una bala perdida, entre tantas otras, procedía de la pistola del capitán Trentham? Incluso si Tommy tenía razón en lo concerniente a ambos hechos y Charlie manifestaba en voz alta sus opiniones, solo era su palabra contra la de un oficial y caballero.

Lo único que podía hacer era escatimar toda alabanza a Trentham por lo que había sucedido aquel día en el campo de batalla. Sintiénose como un traidor, Charlie firmó al final de la segunda página y entregó su informe al oficial de guardia.

A última hora de aquel día, el sargento de turno le concedió una hora para cavar una tumba y enterrar al soldado Prescott. Arrodillado junto a ella, maldijo a los hombres de ambos bandos que eran responsables de una guerra semejante.

Charlie escuchó al capellán entonar las palabras «Cenizas a las cenizas, polvo al polvo», antes de que sonara el toque de silencio. Después, el reducido grupo dio un paso a la derecha y enterró a otro soldado conocido. Cien mil hombres habían sacrificado su vida en el Marne. Charlie ya no podía aceptar que ninguna victoria fuera merecedora de aquel precio.

Se sentó con las piernas cruzadas al pie de la tumba, sin darse cuenta de que el tiempo pasaba mientras tallaba una cruz con su bayoneta. Por fin, se levantó y la colocó sobre el montón de tierra. En el centro de la cruz había grabado las palabras «Soldado Tommy Prescott».

Una luna neutral volvió aquella noche para iluminar un millar de tumbas recién cavadas, y Charlie juró a cualquier dios que se molestara en escuchar que jamás olvidaría a su padre, a Tommy o, desde luego, al capitán Trentham.

Cayó dormido entre sus camaradas. La diana le despertó con la primera luz de la mañana, y tras una última mirada a la tumba de Tommy, volvió con su pelotón. Le informaron que el coronel del regimiento se dirigiría a las tropas a las nueve horas.

Una hora más tarde se hallaba en posición de firmes en un diezmado cuadro,

formado por aquellos que habían sobrevivido a la batalla. El coronel Hamilton dijo a sus hombres que el primer ministro había descrito la segunda batalla del Marne como la mayor victoria en la historia de la guerra. Charlie se sintió incapaz de alzar la voz para corear a sus jubilados camaradas.

—Ha sido un día honorable y orgulloso para todo Fusilero —continuó el coronel, ajustándose con firmeza el monóculo.

El regimiento había ganado una VC^[7], en la batalla, más seis MCs y nueve MMs. Charlie experimentó indiferencia cuando se anunció el nombre de todos los hombres condecorados y se leyó su citación, hasta que oyó el nombre del teniente Arthur Harvey, quien, les dijo el coronel, había dirigido la carga del Pelotón Número Once hasta las mismísimas trincheras alemanas, arrastrando a los hombres que le seguían y consiguiendo romper de esta manera las defensas enemigas. Por esto, se le concedía a título póstumo la Cruz Militar.

Un momento después, Charlie oyó que el coronel pronunciaba el nombre del capitán Guy Trentham. Este valeroso oficial, aseguró el coronel al regimiento, arriesgando su vida, continuó el ataque después de que cayera el teniente Harvey y, tras cruzar las líneas enemigas persiguió a dos alemanes hasta un bosque cercano. Consiguió matar a los dos soldados enemigos antes de rescatar a dos Fusileros de las garras alemanas. Después, les condujo sanos y salvos a las trincheras aliadas. Por este supremo acto de valentía, al capitán Trentham también se le concedía la Cruz Militar.

Trentham se adelantó y las tropas le vitorearon cuando el coronel sacó una cruz plateada de una caja de piel y se la prendió en el pecho.

Se leyeron a continuación las citaciones de un sargento mayor, dos cabos y cuatro soldados, así como sus actos de heroísmo. Pero solo uno de ellos subió a recibir la medalla.

—Entre los que no se encuentran hoy entre nosotros —continuó el coronel— hay un joven que siguió al teniente Harvey hasta las trincheras enemigas y mató después a cuatro, o tal vez cinco soldados alemanes, antes de acechar y disparar a otro, matando finalmente a un oficial alemán antes de que una bala perdida le matara trágicamente a pocos metros de sus líneas. Se elevaron nuevos vítores. Momentos después, se rompieron filas y, mientras los demás volvían a sus tiendas, Charlie se acercó lentamente al cementerio; se arrodilló junto a un túmulo conocido y, tras un instante de vacilación, arrancó la cruz que había plantado sobre la tumba. Sacó el cuchillo que colgaba de su cinturón y, a continuación del nombre «Tommy Prescott», grabó las letras «M. M.».

Quince días después, un millar de hombres con un millar de piernas, un millar de brazos y un millar de ojos entre todos, fueron mandados a casa. El sargento Charles Trumper, de los Fusileros Reales, fue designado para acompañarles. Tal vez porque ningún hombre había llegado a alcanzar la fama por sobrevivir a tres cargas contra las

líneas enemigas.

La alegría que manifestaban por seguir aún con vida solo conseguía que Charlie se sintiera más culpable. Al fin y al cabo, solo había perdido el dedo de un pie. Durante el camino de vuelta por tierra, mar y tierra les ayudó a vestirse, lavarse, comer y acostarse sin quejas ni protestas.

Fueron recibidos en el muelle de Dover por jubilosas multitudes que festejaban el regreso de sus héroes. Se habían fletado trenes para conducirles a diferentes puntos del país; de esta forma, recordarían durante el resto de sus vidas unos pocos momentos de honor, e incluso gloria. Pero no era el caso de Charlie. Sus instrucciones le indicaban que debía viajar hasta Edimburgo para colaborar en la instrucción del siguiente grupo de reclutas que sustituirían a los caídos en el frente occidental.

El 11 de noviembre de 1918, a las once horas, cesaron las hostilidades y toda la nación permaneció en silencio durante tres minutos, al tiempo que, en el interior de un custodiado vagón de tren, en el bosque de Compiègne, se firmaba el armisticio. Cuando Charlie se enteró de la victoria, estaba entrenando nuevos reclutas en el tiro con rifle, en Edimburgo. Algunos no pudieron ocultar su decepción al saber que habían perdido la oportunidad de luchar con el enemigo.

La guerra había terminado y el Imperio había ganado..., o así vendían los políticos el resultado de la contienda entre Inglaterra y Alemania.

«Más de nueve millones de hombres han muerto por su país, algunos incluso antes de hacerse hombres», escribió Charlie en una carta a su hermana Sal. «¿Qué han pretendido demostrar ambos bandos con tal carnicería?».

Sal le respondió expresando su enorme gratitud por el hecho de que siguiera con vida, y añadía: «Mantengo relaciones con un piloto canadiense, cuya tía dirige el restaurante de Commercial Road en el que trabajo. Pensamos casarnos dentro de pocas semanas e ir a vivir a Montreal con sus padres. La próxima vez que recibas una carta mía llegará desde el otro extremo del mundo.

»Grace sigue en Francia, pero espera volver al hospital de Londres a final de año. La han nombrado enfermera de sala. Ya sabrás que su cabo gales contrajo neumonía. Murió a los pocos días de que se firmara la paz.

»Kitty desapareció de la faz de la Tierra y de repente apareció en Whitechapel, montada en un automóvil con un hombre. Ninguno de los dos parecía pertenecerle, pero tenía muy buen aspecto».

Charlie no entendió la postdata de su hermana: «¿Dónde vivirás cuando vuelvas al East End?».

El sargento Charles Trumper fue desmovilizado el 20 de enero de 1919; fue uno de

los primeros: el dedo amputado le había servido por fin de algo. Dobló su uniforme, colocó el casco encima, las botas a un lado, y lo entregó todo al furriel.

—No le había reconocido con ese traje viejo y la gorra, sargento. Le van pequeños, ¿verdad? Habrá crecido mientras estaba con los Fusileros.

Charlie bajó la vista y examinó la longitud de sus pantalones: colgaban sus buenos tres centímetros por encima de los cordones de las botas.

—Habré crecido mientras estaba con los Fusileros —asintió, reflexionando sobre las palabras.

—Apuesto a que su familia estará contenta de verle cuando vuelva a la ciudad vestido de calle.

—La que quede —dijo Charlie, antes de marcharse.

Su tarea final consistió en personarse en la oficina del oficial pagador para recibir su última paga y el vale de desplazamiento, además del chelín real.

—Trumper, el oficial de guardia quiere hablar contigo —dijo el sargento mayor, una vez que Charlie concluyó la que consideraba su última tarea.

Los tenientes Makepeace y Harvey serían siempre sus oficiales de guardia, pensó Charlie mientras atravesaba el terreno de instrucción hacia las oficinas de la compañía. Algún jovenzuelo de rostro imberbe, que no había sido presentado de la forma apropiada al enemigo, tenía la cara de ocupar el lugar de ellos.

Charlie estaba a punto de saludar al teniente cuando recordó que ya no llevaba uniforme, de modo que se limitó a quitarse la gorra.

—¿Quería verme, señor?

—Sí, Trumper. Se trata de un asunto personal. —El joven oficial tocó una caja de cartón grande que descansaba sobre el escritorio. Charlie no podía ver lo que contenía —, Trumper, su amigo el soldado Prescott —continuó el teniente— hizo un testamento en el que le dejaba todo a usted.

Charlie fue incapaz de ocultar su sorpresa cuando el teniente empujó la caja de cartón hacia él.

—¿Sería tan amable de verificar su contenido y firmar el recibo?

Le presentó un formulario. Sobre el nombre escrito a máquina del soldado Thomas Prescott había un párrafo escrito con trazos enérgicos, firmado con una «X». El sargento mayor Philpott había actuado de testigo.

Charlie empezó a sacar de uno en uno los objetos que contenía la caja. La armónica de Tommy, oxidada y rota, siete libras, once chelines y seis peniques de la paga con efecto retroactivo, el casco de un oficial alemán. A continuación, Charlie sacó una cajita de piel. Al abrir la tapa descubrió la Medalla Militar de Tommy y la sencilla inscripción: «Por valentía en el campo de batalla». Cogió la medalla y la sostuvo en la palma de la mano.

—Ese Prescott debió ser un chico valeroso —dijo el teniente—. La sal de la tierra y todo eso.

—Y todo eso —repitió Charlie.

—¿También era religioso?

—No, nunca lo fue —contestó Charlie, permitiéndose una sonrisa—, ¿por qué lo pregunta?

—Por el cuadro —dijo el teniente, indicando el interior de la caja.

Charlie se inclinó y miró con incredulidad una pintura de la Virgen María y el Niño. Era un cuadrado de unos veinte centímetros de lado, enmarcado en madera de teca negra. Cogió el retrato y lo sostuvo entre las manos.

Contempló los ojos, púrpuras y azules rabiosos que componían el cuadro, con la seguridad de que había visto la imagen antes. Pasaron algunos segundos antes de que devolviera el óleo a la caja.

Charlie se puso la gorra y se marchó, la caja bajo un brazo, un paquete envuelto en papel marrón bajo el otro y un billete para Londres en el bolsillo superior de la chaqueta.

Cuando salió de los barracones para dirigirse hacia la estación (se preguntó cuánto tardaría en volver a caminar a paso normal), se detuvo ante la caseta de guardia y se volvió para mirar por última vez el terreno de instrucción. Un grupo de reclutas novatos desfilaban arriba y abajo con un nuevo sargento mayor. Sus rugidos indicaban que, como Philpott, jamás permitiría que la nieve cuajara.

Charlie dio la espalda al terreno de instrucción e inició su viaje a Londres. Tenía diecinueve años de edad y solo había sido merecedor del chelín real, pero ahora medía cinco centímetros más, se afeitaba y ya no era virgen. Había aportado su granito de arena y solo estaba de acuerdo con el primer ministro en una cosa: había tomado parte en una guerra que acabaría con todas las guerras.

El expreso nocturno de Edimburgo estaba lleno de hombres uniformados, que observaban el atavío civil de Charlie con suspicacia, como si fuera un hombre que aún no hubiera servido a su patria, o peor aún, un *conshi*.

—No tardarán en llamarle —dijo un cabo a su amigo desde el otro extremo del vagón, a voz en grito.

Charlie sonrió, pero no hizo ningún comentario.

Durmió a intervalos, divertido por el pensamiento de que tal vez le resultara más fácil dormir en una trinchera húmeda y fangosa, con ratas y cucarachas de compañía. Cuando el tren se detuvo en King's Cross a las siete de la mañana siguiente, tenía el cuello rígido y le dolía la espalda. Se estiró antes de coger su paquete envuelto en papel y las posesiones de Tommy.

Tomó un bocadillo y una taza de café en la estación. Se quedó sorprendido cuando la camarera le cobró tres peniques.

—Dos peniques para los que llevan uniforme —le dijo con desprecio patente.

Charlie terminó el café y se fue de la estación sin decir palabra.

Las calles se veían más bulliciosas y abarrotadas de lo que recordaba, pero saltó

confiadamente a un tranvía que llevaba la inscripción «City» en la parte delantera. Se sentó solo en un banco de madera, preguntándose qué cambios encontraría al llegar a casa. ¿Habría prosperado su tienda, iría tirando, la habrían vendido, o habría quebrado? ¿Qué habría sido del carretón más grande del mundo?

Saltó del tranvía en Poultry, pues había decidido recorrer andando el último kilómetro. Aceleró el paso a medida que los acentos cambiaban; los hombres de negocios ataviados con largos abrigos negros y sombreros hongo dieron paso a profesionales de carreras liberales vestidos con trajes oscuros y sombreros flexibles, siendo a su vez sustituidos por chicos ordinarios de ropas baratas y gorras, hasta que Charlie llegó por fin al East End, donde hasta los sombreros de paja habían sido abandonados por los menores de treinta años.

Cuando Charlie se encontró cerca de la esquina de Whitechapel Road con Brick Lane, se detuvo y contempló la frenética actividad que le rodeaba: carnes colgadas de ganchos, carretillas llenas de verduras, bandejas de pasteles y teteras pasaban en todas direcciones.

Pero ¿y la panadería, y el carretón de su abuelo? ¿Seguirían aún al pie del cañón? Inclino la gorra sobre la frente y penetró en el mercado.

Cuando llegó a la esquina de Whitechapel Road pensó por un momento si se habría equivocado de lugar. La panadería ya no existía; había sido sustituida por una sastrería que pertenecía a un tal Jacob Cohen. Charlie apretó la nariz contra el escaparate, pero no reconoció a nadie de los que trabajaban dentro. Se giró en redondo para echar un vistazo al puesto que el carretón de «Trumper, el comerciante honrado» había ocupado durante casi un siglo, pero solo vio a una multitud que se calentaba alrededor de una hoguera de carbón, mientras un hombre les vendía castañas a un penique la bolsa. Charlie compró algunas, pero nadie se molestó en mirarle más de una vez. ¿Era este el país a medida de los héroes que le habían prometido? Tenía que existir una explicación sencilla para lo ocurrido, pensó, mientras salía del mercado y torcía por Whitechapel Road. Al menos, le quedaba la posibilidad de encontrarse con alguna de sus hermanas, descansar y reflexionar.

Cuando llegó al número 112 se alegró de ver que habían pintado la puerta principal. Dios bendiga a Sal. Abrió la puerta y entró sin vacilar en el vestíbulo, donde se topó con un hombre obeso a medio afeitado, que blandía una navaja y vestía camiseta y pantalones.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó el hombre, sosteniendo la navaja con firmeza.

—Vivo aquí —respondió Charlie.

—Y una mierda. Soy el dueño de este cuchitril desde hace seis meses.

—Pero...

—Nada de peros —dijo el hombre, y sin previo aviso propinó un empujón a Charlie que le lanzó a la calle.

La puerta se cerró tras él con estrépito, y Charlie oyó que la llave giraba en la

cerradura. No sabía qué hacer, pero empezaba a desear no haber vuelto a casa.

—Hola, Charlie. Eres Charlie, ¿verdad? —dijo una voz detrás de él—. Así que no habías muerto, después de todo.

Se volvió y vio a la señora Shorrocks parada junto a la puerta de su casa.

—¿Muerto? —se extrañó Charlie.

—Sí. Kitty nos dijo que te habían matado en el frente occidental, por eso vendió el 112. Ocurrió hace meses... No la he visto desde entonces. ¿Nadie te lo dijo?

—No, nadie me lo dijo —contestó Charlie, contento de encontrar a alguien que todavía le reconociera.

Miró a su antigua vecina, intentando adivinar por qué parecía tan diferente.

—¿Quieres comer algo, cariño? Pareces hambriento.

—Gracias, señora Shorrocks.

—Acabo de comprar un paquete de pescado en escabeche y patatas fritas en la tienda de Dunkley. No habrás olvidado lo buenas que están. Un lote de tres peniques: un buen pedazo de bacalao y una bolsa llena de patatas fritas.

Charlie siguió a la señora Shorrocks al interior del 110, la acompañó a la diminuta cocina y se dejó caer en una silla de madera.

—Supongo que no sabrá lo que ha sido de mi carretón o de la tienda de Dan Salmon.

—La señorita Rebecca vendió ambas. Debió ser hace nueve meses, poco después de que partieras hacia el frente. —La señora Shorrocks colocó la bolsa de patatas fritas y el pescado sobre un trozo de papel, en el centro de la mesa—. La verdad es que constabas en la lista de los muertos en el Mame, y cuando averiguaron la verdad ya era demasiado tarde.

—Visto lo que hay, casi sería mejor haber muerto —dijo Charlie.

—No lo sé —contestó la señora Shorrocks, vertiendo una botella de cerveza en un vaso que empujó hacia Charlie—. He oído que hay montones de carretones en venta, y algunos a precio de ganga.

—Me alegra saberlo, pero primero he de encontrar a Becky Salmon, pues no me queda mucho capital. —Hizo una pausa para comer el primer bocado de pescado y patatas fritas—. ¿Tiene alguna idea del paradero de Becky?

—Hace tiempo que no la veo por aquí, Charlie. Siempre nos trató con cierta arrogancia, pero me han dicho que Kitty fue a verla a la universidad de Londres.

—La universidad de Londres, ¿eh? Bien, pronto descubrirá que Charlie Trumper está vivo y coleando, por más arrogante que se haya vuelto. Y será mejor que se muestre convincente a la hora de explicarme qué ha pasado con mi parte del dinero.

Se levantó de la mesa y recogió sus pertenencias, dejando las dos últimas patatas fritas para la señora Shorrocks.

—¿Te apetece otra cerveza, Charlie?

—No tengo tiempo, señora Shorrocks. Gracias por la cerveza y la comida... y dele recuerdos al señor Shorrocks de mi parte.

—¿A Bert? ¿No te has enterado? Murió hace seis meses de un ataque al corazón, pobre hombre. Le echo de menos.

Fue entonces cuando Charlie comprendió cuál era la diferencia que había notado: la ausencia de ojos amoratados y cardenales.

Charlie salió de la casa y se dirigió en busca de la universidad de Londres, decidido a seguir la pista de Rebecca Salmon. ¿Habría dividido el producto de la venta entre sus tres hermanas (Sal, ahora en Canadá, Grace, en algún lugar de Francia, y Kitty, Dios sabe dónde), tal como le había ordenado en el supuesto de que le dieran por muerto? En tal caso, no le quedaría otro capital para volver a empezar que la paga atrasada de Tommy y unas pocas libras que había ahorrado. Preguntó al primer policía que encontró el camino a la universidad de Londres. Le indicó que siguiera la dirección del Strand. Caminó otro kilómetro hasta llegar a un arco en cuya piedra se había esculpido KING'S COLLEGE. Llamó a la puerta señalizada con el letrero INFORMACIÓN, entró y preguntó al hombre sentado detrás del mostrador si había una Rebecca Salmon matriculada en el colegio universitario. El hombre consultó una lista, negó con la cabeza y sugirió a Charlie que probara en el registro universitario de la calle Malet.

Después de pagar un penique y hacer el recorrido en tranvía, Charlie empezó a preguntarse dónde acabaría pasando la noche.

—¿Rebecca Salmon? —dijo el hombre que se ocupaba del registro universitario, vestido con uniforme de cabo—. No me suena. —Buscó el nombre en un grueso libro que sacó de debajo del escritorio—. Ah, sí, aquí está, Colegio Bedford, Historia del Arte.

Era incapaz de ocultar el desprecio en su voz.

—¿Tiene su dirección, cabo? —preguntó Charlie.

—Ingrese en el ejército antes de llamarme cabo, muchacho. De hecho, cuanto antes se aliste mejor.

Charlie ya había sufrido bastantes insultos durante el día para poder contenerse.

—Sargento Trumper, 7312087. Le llamaré cabo y usted me llamará sargento. ¿Me he expresado con claridad?

—Sí, sargento —dijo el cabo, poniéndose firmes.

—Ahora dígame la dirección.

—Se aloja en el 97 de Chelsea Terrace, sargento.

—Gracias —respondió Charlie, dejando perplejo al exmilitar.

Se dispuso a emprender otro viaje a través de Londres.

Un fatigado Charlie bajó del tranvía poco después de las cuatro en la esquina de Chelsea Terrace. ¿Habría llegado Becky antes que él, aunque solo se alojara allí?

Paseó arriba y abajo de la familiar calle, admirando las tiendas que en otro tiempo había soñado adquirir. Número 131: antigüedades, multitud de muebles de roble, mesas y sillas bellamente acabadas. Después el 133, lencería de París. Charlie consideró incorrecto que un hombre mirase las prendas exhibidas en el escaparate.

Número 135: carnes y aves colgadas de ganchos en la parte trasera de la tienda; tenían un aspecto tan delicioso que Charlie casi olvidó la escasez de alimentos. En el 139 se había inaugurado un restaurante llamado «Mr. Scallini», y Charlie se preguntó si la comida italiana llegaría a imponerse en Londres.

141: una vieja librería polvorienta, llena de telarañas y sin clientes a la vista. Después, el 143, un sastre. La propaganda escrita en el escaparate le aseguró que un caballero de gusto podía adquirir allí trajes, chalecos, camisas y cuellos. Número 145: pan recién salido del horno; su aroma estuvo a punto de arrastrarle al interior. Contempló la calle, incrédulo, así como a las mujeres vestidas con elegancia que se dirigían a sus ocupaciones diarias, como si jamás hubiera estallado una guerra mundial. Daba la impresión de que nadie les hubiera hablado de las cartillas de racionamiento.

Charlie se detuvo ante el 147 de Chelsea Terrace. Jadeó de placer ante la visión desplegada ante sus ojos cansados: filas y filas de frutas y verduras frescas que él habría vendido con orgullo. Dos chicas bien vestidas y un joven todavía más elegante, cubiertos con delantales de un verde brillante, esperaban servir a un cliente que sostenía un racimo de uvas.

Charlie retrocedió un paso y miró el letrero que había sobre la tienda. Rezaba: «Charlie Trumper, el comerciante honrado. Fundado en 1823».

BECKY

1918 - 1920

CAPÍTULO 6

— **D**e 1480 a 1532 —dijo él.

Consulté mis notas para asegurarme de que tenía los datos correctos, consciente de que me costaba concentrarme. Era la última clase del día, y no pensaba más que en volver a Chelsea Terrace.

El artista del que se discutía aquella tarde era Bernardino Luini, y yo había decidido que haría la tesis sobre aquel pintor de segunda fila. Milán... Otra razón para agradecer que la guerra hubiera concluido por fin. Ahora, puedo planificar viajes a Roma, Florencia, Venecia y, sí, Milán, para estudiar *in situ* la obra de Luini. Miguel Ángel, Da Vinci, Bellini, Caravaggio, Bernini, la mitad de los tesoros artísticos mundiales reunidos en un solo país, y yo sin traspasar los muros del Victoria and Albert.

A las cuatro y media, el timbre señaló el final de las clases del día. Cerré los libros y miré al profesor Tilsey salir sin prisas del aula. Sentí un poco de pena por el viejo. Le habían aplazado la jubilación porque muchos profesores jóvenes se habían marchado a combatir al frente occidental. La muerte del hombre que nos habría dado clase, Matthew Makepeace, según sus palabras, «uno de los eruditos más prometedores de su generación», era «una pérdida irreparable para el departamento en particular y la universidad en general». No tuve otro remedio que estar de acuerdo con él: Makepeace era uno de los escasos ingleses reconocidos como una autoridad en Luini. Solo asistí a tres de sus clases antes de que se alistara para ir a Francia... La ironía de un hombre semejante, acibillado por las balas alemanas mientras pasaba sobre una alambrada en algún lugar de Francia, no se me escapaba.

Era mi segundo año en Bedford. Me daba la impresión de no tener nunca tiempo para ponerme al día, y al año siguiente me esperaban los exámenes finales. Lo que más necesitaba era que Charlie regresara y me quitara la tienda de las manos. Le había escrito a Edimburgo cuando se hallaba en Bélgica, a Bélgica cuando estaba en Francia, y a Francia en el mismo momento que regresaba a Edimburgo. Por lo visto, el correo real nunca le daba caza, y ahora yo no quería que Charlie averiguara lo que yo había estado haciendo hasta que tuviera la oportunidad de observar su reacción con mis propios ojos.

Jacob Cohen me había prometido que enviaría a Charlie a Chelsea en cuanto apareciera por Whitechapel Road. Nunca sería demasiado pronto para mí.

Recogí mis libros y los metí en mi viejo cartapacio escolar, el que mi padre («Tata») me había regalado cuando gané la beca para St. Paul's. Las letras R. S. que con tanto orgullo había estampado delante iban desapareciendo, y la cinta de cuero estaba muy desgastada, así que últimamente llevaba el cartapacio bajo el brazo. Tata jamás habría considerado la idea de regalarme uno nuevo mientras todavía le quedara un día de vida al viejo.

Tata había sido muy severo conmigo de niña, incluso me azotó en un par de

ocasiones. Una por robar panecillos de la tienda a sus espaldas (no le importaba cuántos cogiera con tal de que se lo pidiera), y otra por decir «Maldita sea» cuando me corté el dedo mientras pelaba una manzana. Aunque no fui educada en la religión judía, me transmitió todos los tópicos derivados de su educación, y no toleraba lo que solía describir como mi «comportamiento inaceptable».

Pasaron muchos años antes de que me enterase de los sacrificios que había hecho Tata una vez propuso matrimonio a mi madre, una católica. La adoraba y nunca se quejó en mi presencia de que siempre tenía que ir solo a los servicios religiosos. «Matrimonio mixto» parece una expresión muy pasada de moda en nuestros días, pero a principios de siglo debió suponer para ambos un gran sacrificio.

Me gustó St. Paul's desde el primer día que entré por sus puertas, porque, imagino que por primera vez, nadie me regañó por trabajar demasiado. Lo único que no me gustaba era que me llamaran «Porky», y fue una chica de la clase siguiente a la mía, Daphne Harcourt-Browne, quien me explicó posteriormente su doble sentido^[8]. Daphne era una rubia de pelo rizado conocida como «Poshy»^[9], y aunque no éramos muy amigas, nuestra predilección por los bollos de crema nos acercó, sobre todo cuando descubrió que yo poseía una fuente inagotable de suministros. A Daphne no le habría importado pagar por ellos, pero yo no se lo permitía, pues quería que mis compañeros de clase pensaran que éramos amigas. Incluso me invitó a su casa de Chelsea en una ocasión, pero yo no acepté, para no tener que correspondería con otra invitación a mi casa de Whitechapel.

Fue Daphne quien me regaló mi primer libro de arte, *Los tesoros de Italia*, a cambio de varios dulces de malvavisco, y aquel mismo día descubrí que había encontrado el tema al que consagraría mis estudios durante el resto de mi vida. Jamás descubrí por qué habían arrancado una de las páginas centrales del libro.

Daphne provenía de una de las mejores familias de Londres, lo que yo consideraba la clase alta, y cuando dejé St. Paul's di por sentado que nunca más nos volveríamos a ver. Al fin y al cabo, Lowndes Square no era mi ambiente natural, pero tampoco el East End, lleno de gente como los Trumper.

Y en lo referente a los Trumper, estaba completamente de acuerdo con la opinión de mi padre. Mary Trumper, sin duda alguna, debió ser una santa. George Trumper se comportaba de una forma impresentable, al contrario que su padre, al que Tata solía describir como un *mensch*^[10]. El joven Charlie, que en mi opinión nunca hacía una a derechas, tenía lo que Tata llamaba «futuro». La magia se ha saltado una generación, explicaba.

—El chico no es malo para ser un gentil —solía decir—. Un día poseerá su propia tienda, y hasta es posible que más de una, créeme.

Yo no me tomaba estas observaciones demasiado en serio, hasta que la muerte de mi padre me dejó sin nadie más a quien acudir.

Tata se quejaba a menudo de que no podía dejar solos a sus dos ayudantes en la

tienda más de una hora sin que las cosas se torcieran.

—No hay manera —se lamentaba de los que eran incapaces de asumir una responsabilidad—. No quiero ni pensar en lo que ocurriría en la tienda si me tomo un día de descanso.

Mientras el rabino Glikstein leía en voz alta los últimos párrafos de su *levoyah*, aquellas palabras resonaron en mis oídos. Mi madre seguía inconsciente en el hospital, y nadie era capaz de decirme cuándo se recuperaría por completo. Entretanto, solo podía irme a vivir con mi renuente tía Harriet, a la que solo conocía de reuniones familiares. Resultó que vivía en un lugar llamado Romford, y como se había comprometido a llevarme allí al día siguiente al funeral, solo me quedaron unas pocas horas para tomar una decisión. Intenté adivinar lo que mi padre habría hecho en circunstancias semejantes, y llegué a la conclusión de que él habría dado lo que solía calificar de «un paso decidido».

Cuando me levanté a la mañana siguiente ya había resuelto que vendería la panadería al mejor postor..., a menos que Charlie Trumper deseara asumir la responsabilidad en persona. Al mirar atrás, recuerdo que tenía mis dudas sobre la capacidad de Charlie para tomar las riendas, pero la buena opinión que Tata tenía de él las disipó.

Durante las clases de aquella mañana preparé mi plan de acción. En cuanto terminaron cogí el tren de Hammersmith a Whitechapel, y continué a pie hasta la casa de Charlie.

Al llegar al número 112 llamé a la puerta con la palma de la mano y esperé. Recuerdo mi sorpresa al ver que los Trumper no tenían aldaba. Una de sus espantosas hermanas acudió a mi llamada, pero yo no estaba muy segura de cuál era. Le dije que necesitaba hablar con Charlie, y no me sorprendió que me dejara plantada en la puerta mientras desaparecía en el interior de la casa. Regresó al cabo de unos minutos y me guio algo a regañadientes hacia la sala.

Al marcharme veinte minutos después tuve la sensación de haber aceptado el peor de los acuerdos, pero acudió a mi mente otra frase hecha de mi padre: «Quien pierde, paga».

La noche siguiente me apunté a un curso de contabilidad como «asignatura opcional». Las clases eran nocturnas, y empezaban después de que yo terminara mis deberes del día. Al principio encontré el tema aburrido, pero a medida que pasaban las semanas me fascinó la manera en que las implicaciones financieras de cualquier transacción podían ser tan beneficiosas para nuestro humilde negocio. No tenía ni idea de cuánto dinero podía ahorrarse sabiendo la forma de presentar recursos contra los impuestos. La sospecha de que Charlie jamás había pagado un impuesto se convirtió en mi única preocupación al respecto.

Empecé a disfrutar con mis visitas semanales a Whitechapel, donde hallaba la oportunidad de exhibir mis recién estrenadas habilidades. A pesar de que mi decisión de romper la sociedad con Charlie en cuanto me ofrecieran una plaza en la

universidad permanecía inalterable, seguía creyendo que la energía y el empuje de Charlie, combinados con mi apuesta sobre su «futuro», habrían impresionado a mi padre y al abuelo de Charlie.

A medida que se acercaba el momento de concentrarme en mi matriculación, decidí ofrecer a Charlie la oportunidad de comprar mi parte de la sociedad e incluso llegué a un acuerdo con un contable competente para reemplazarme, con el fin de que pudieran tener al día la contabilidad. Entonces, una vez más, aquellos alemanes arruinaron mis planes mejor trazados.

Esta vez mataron al padre de Charlie, una equivocación absurda, pues solo provocó que el muy idiota se alistara para luchar contra ellos. No se molestó en consultar a nadie, para variar. Se fue sin vacilar a Great Scotland Yard, vestido con aquel horroroso traje cruzado, la estúpida gorra plana y la chabacana corbata verde, cargando sobre los hombros todas las preocupaciones del Imperio y dejándome la faena de recoger los fragmentos. No es de extrañar que perdiera tanto peso durante el año siguiente. Mi madre lo consideró una pequeña compensación por haberme asociado con gente como Charlie Trumper.

Para empeorar las cosas me ofrecieron una plaza en la universidad de Londres pocos días después de que Charlie subiera al tren de Edimburgo.

Charlie solo me había dejado dos elecciones: intentar hacerme cargo de la panadería y renunciar a licenciarme, o venderla al mejor postor. Me dejó una nota diciéndome que la vendiera si era preciso, de modo que la vendí, pero a pesar de las muchas horas que pasé pateándome el East End solo encontré un partido interesante: el señor Cohen, que había dirigido su negocio de sastrería desde el piso situado sobre la tienda de mi padre, y que ahora deseaba extenderlo. Me hizo una oferta justa, dadas las circunstancias, y todavía conseguí dos libras más por el enorme carretón de Charlie, que me compró un vendedor ambulante. Pero, por más que me esforcé, no encontré un comprador para la espantosa reliquia del abuelo Charlie.

Depositó de inmediato todo el dinero que había reunido en la Bow Building Society, con sede en Cheapside 102, por un período de un año y a un interés del cuatro por ciento. No tenía intención de tocarlo hasta que Charlie Trumper volviera al East End, pero unos cinco meses después Kitty Trumper vino a visitarme a Romford. Estalló en lágrimas y me dijo que habían matado a Charlie en el frente occidental. Añadió que ignoraba lo que iba a ser de su familia ahora que Charlie ya no estaba. Le expliqué al instante mi acuerdo con Charlie, y logré que una sonrisa iluminara su rostro. Accedió a acompañarme a la sede de la sociedad al día siguiente para que pudiéramos retirar la parte del dinero correspondiente a Charlie.

Era mi intención respetar los deseos de Charlie y velar por la distribución a partes iguales entre sus tres hermanas. Sin embargo, el subdirector de la sociedad me indicó con la mayor cortesía posible que yo no podía sacar ni un penique del depósito hasta que hubiera pasado un año. Incluso sacó el documento que yo había firmado a tal efecto, dirigiendo mi atención hacia la cláusula pertinente que hacía hincapié en el

punto. Kitty se levantó en el acto, soltó un torrente de obscenidades que enrojecieron al director del banco y salió hecha una furia.

Tenía motivos sobrados para estar agradecida a aquella cláusula. Habría dividido el sesenta por ciento de Charlie entre Sal, Grace y la horrible Kitty, que había mentido descaradamente sobre la muerte de Charlie. Solo comprendí la verdad cuando Grace me escribió desde el frente en junio para informarme de que Charlie regresaba a casa después de la segunda batalla del Marne. Juré en el acto entregarle su parte de dinero en cuanto pisara Inglaterra. Quería sacarme de encima a aquellos Trumper y a sus perturbadores problemas de una vez por todas.

Ojalá Tata hubiera vivido lo bastante para verme ingresar en el colegio Bedford. Su hija en la universidad de Londres. Whitechapel se habría hartado de escuchar la historia. Pero un zepelín alemán puso fin a eso y dejó tullida a mi madre, por añadidura. Aun así, mi madre estaba muy contenta de poder decirle a sus amigas que yo había sido una de las primeras mujeres del East End en matricularme en la universidad.

Después de escribir la carta en que aceptaba entrar en Bedford, empecé a buscar un alojamiento más próximo a la universidad; estaba decidida a conseguir cierta independencia. Mi madre, cuyo corazón no se había recobrado de la pérdida de Tata, se retiró a los suburbios para vivir con tía Harriet en Romford. No podía comprender por qué yo necesitaba vivir en Londres, pero insistía en que las autoridades universitarias tenían que dar su aprobación a cualquier alojamiento en que me instalara. Puntualizaba que solo podía compartir la vivienda con alguien que ella considerase «aceptable». Mamá nunca paraba de decirme que le importaban un bleo las costumbres relajadas que se habían puesto tan de moda desde el estallido de la guerra.

Aunque yo seguía en contacto con varias amigas de St. Paul's, sabía que solo una podía tener habitaciones de sobra en Londres, y sospechaba que bien podía ser mi única esperanza de no tener que pasar el resto de mi vida en el tren que comunicaba Romford con Regent's Park. Escribí a Daphne Harcourt-Browne al día siguiente.

Me invitó a tomar el té a su pequeño piso de Chelsea y me sorprendió comprobar que había perdido casi tanto peso como yo. Daphne no solo me recibió con los brazos abiertos, sino que, ante mi estupor, expresó su alegría por el hecho de que yo iba a ocupar una de sus habitaciones vacantes. Insistí en que le pagaría un alquiler de cinco chelines a la semana y también le pregunté, algo vacilante, si se sentía con ánimos de ir a tomar el té con mi madre en Romford. A Daphne pareció divertirle la idea y viajó a Essex conmigo el martes de la siguiente semana.

Mi madre y mi tía apenas pronunciaron una palabra en toda la tarde. Un monólogo centrado en bailes de cazadores, cazas con jaurías, polo y la vergonzosa pérdida de modales de algunos oficiales pertenecientes a la Guardia Montada no eran

temas sobre los que les hubieran pedido a menudo una opinión concreta. Cuando tía Harriet sirvió la segunda ronda de panecillos, no me extrañó ver que mi madre inclinaba la cabeza en señal de aprobación.

De hecho, el único momento embarazoso de la tarde se produjo cuando Daphne llevó la bandeja a la cocina (yo sospeché que nunca había hecho algo por el estilo) y manchó mi informe escolar final, clavado con alfileres en la puerta de la despensa. Mi madre sonrió y agravó mi humillación al leer su contenido en voz alta: «La señorita Salmon despliega una capacidad inusitada para trabajar sin tregua, virtud que, combinada con una mente inquisitiva e intuitiva, le augura un brillante porvenir en el colegio Bedford. Firmado, señorita Potter, directora».

—Mamá no se molestó en exhibir mi informe final —se limitó a comentar Daphne.

Al poco tiempo de trasladarme a Chelsea Terrace, nos acomodamos a una rutina invariable. Daphne revoloteaba de fiesta en fiesta, mientras yo iba de aula en aula a una velocidad aún superior; nuestros caminos se cruzaban muy raras veces.

A pesar de mis temores, Daphne resultó una maravillosa compañera de piso. Si bien demostraba poco interés por mi vida académica (dedicaba todas sus energías a la caza de zorros y oficiales de la Guardia Montada), siempre manifestaba un gran sentido común sobre todos los temas habidos y por haber, por no mencionar su constante contacto con una ristra de jóvenes apetecibles que parecían llegar en un tren interminable a la puerta de Chelsea Terrace, 97.

Daphne los trataba a todos con idéntico desdén, y me confió que su verdadero amor se hallaba todavía en el frente occidental, aunque jamás mencionó su nombre en mi presencia.

Cuando encontraba un momento de respiro que me apartara de mis libros, siempre se las arreglaba para procurarme algún joven oficial de permiso que me acompañara a un concierto, a una obra de teatro, o incluso al baile del regimiento. Si bien no demostraba ningún interés por mis actividades universitarias, solía hacerme preguntas sobre el East End, y le fascinaban mis historias sobre Charlie Trumper y su carretón.

Podría haber seguido así indefinidamente de no ser por un ejemplar del *Kensington News*, un periódico que trajo Daphne para informarse sobre el programa que echaban en el cine de la vecindad.

Mientras pasaba las páginas, un viernes por la noche, un anuncio me llamó la atención. Lo releí palabra por palabra para asegurarme de que la tienda se hallaba exactamente donde yo pensaba. Doblé el periódico y salí a la calle para comprobarlo por mí misma. Bajé por Chelsea Terrace, en busca del letrero situado en el escaparate del verdulero del barrio. Debía haber pasado montones de veces por delante sin darme cuenta.

«Se vende. Razón, John D. Wood, 6 Mount Street, Londres W 1.»

Recordé que Charlie siempre había deseado saber la diferencia entre los precios

de Chelsea y los de Whitechapel, así que decidí averiguarlo por él.

Al día siguiente, tras haber interrogado hábilmente a nuestro agente periodístico (el señor Bales siempre parecía estar al corriente de lo que ocurría en nuestra avenida, y le complacía en extremo compartir sus conocimientos con cualquiera que deseara pasar un rato en su compañía), me presenté en las oficinas de John Wood, en Mount Street. Pasé un rato esperando de pie ante el mostrador, pero uno de los cuatro empleados acudió por fin en mi busca, se presentó como señor Palmer y preguntó en qué podía ayudarme.

Después de examinar con minuciosidad al joven me pregunté en qué podría ayudar a quien fuera. Debía tener unos diecisiete años, y era tan pálido y delgado que una ráfaga de viento le habría barrido al instante.

—Desearía informarme sobre el 147 de Chelsea Terrace —dije.

Consiguió aparentar sorpresa y desconcierto al mismo tiempo.

—¿El 147 de Chelsea Terrace?

—El 147 de Chelsea Terrace.

—Le ruego que me disculpe un momento, señora —dijo, y se dirigió a un fichero, encogiéndose de hombros exageradamente cuando pasó junto a uno de sus compañeros.

Vi que revisaba varios papeles antes de volver al mostrador con una sola hoja. No hizo el menor intento de invitarme a entrar u ofrecerme una silla. Estudió la hoja sobre el mostrador.

—Una verdulería —dijo.

—Sí.

—La fachada de la tienda —siguió el joven, con voz cansada— mide seis metros y medio. La tienda en sí abarca un poco menos de trescientos metros cuadrados, incluyendo un pequeño piso que da al parque, en la segunda planta.

—¿Qué parque? —pregunté, asaltada por la duda de que no estuviéramos hablando de la misma propiedad.

—Princess Gardens, señora.

—Es un pedazo de hierba de escasa extensión —le informé, convencida de que el señor Palmer no había visitado Chelsea Terrace en toda su vida.

—El establecimiento pasaría a ser de su entera propiedad al cabo de treinta días de haber firmado el contrato —continuó el empleado, sin responder a mi comentario. Al menos, dejó de apoyarse en el mostrador.

—¿Qué precio confía en lograr el propietario? —pregunté.

Cada vez me molestaba más el trato condescendiente del empleado.

—Nuestro cliente, una tal señora Chapman... —siguió el joven.

—Esposa del muy honorable Chapman, capitán del HMS *Boxer* —le informé—, muerto en acción de guerra el 8 de febrero de 1918. Dejó una hija de siete años y un hijo de cinco. —El señor Palmer tuvo la delicadeza de palidecer—. También sé que la señora Chapman padece artritis y le resulta casi imposible subir la escalera que

conduce al piso —añadí.

—Sí —balbuceó el joven, muy perplejo—. Bien, sí.

—¿En cuánto valora, pues, la señora Chapman su propiedad? —repetí.

A estas alturas, los tres colegas del señor Palmer habían interrumpido sus ocupaciones para seguir nuestra conversación.

—Pide ciento cincuenta guineas por ceder los derechos de propiedad —declaró el empleado, con los ojos fijos en la última línea del documento.

—Ciento cincuenta guineas —exclamé con burlona incredulidad, sin tener idea del valor real de la propiedad—. Esa mujer debe vivir en las nubes. ¿Se habrá olvidado de que estamos en guerra? Ofrézcale cien, señor Palmer, y no vuelva a molestarme si pide un penique más.

—¿Guineas? —preguntó el joven, esperanzado.

—Libras —repliqué, mientras escribía mi nombre y dirección en el reverso de su tarjeta y la dejaba sobre el mostrador.

El señor Palmer parecía incapaz de articular una palabra, aunque recuerdo que su boca continuaba abierta cuando me volví para salir de la oficina.

Regresé a Chelsea, sabiendo a ciencia cierta que no tenía la menor intención de poseer una propiedad en la avenida. En cualquier caso, tampoco contaba con cien libras, ni con nada por el estilo. Me quedaban cuarenta libras en el banco, y las perspectivas de aumentar el caudal eran remotas, pero me había irritado la actitud de aquel idiota. En fin, concluí, tampoco era de temer que la señora Chapman aceptara una oferta tan insultante.

La señora Chapman aceptó mi oferta a la mañana siguiente. Dichosamente ignorante de que no estaba obligada a firmar ningún contrato, hice un depósito de diez libras aquella misma tarde. El señor Palmer me explicó que no me devolverían el dinero si no entregaba la cantidad completa antes de treinta días.

—No habrá ningún problema —me jacté, aunque no conseguía imaginar de dónde sacaría el dinero.

Durante los siguientes veintisiete días visité a todos mis conocidos, desde la Bow Building Society a tías lejanas, incluso a compañeros de estudios, pero nadie demostró el menor interés por respaldar con sesenta libras a una joven sin graduar, a fin de que pudiera comprar una tienda de frutas y verduras.

—Pero si es una inversión fantástica —intentaba explicar a todo aquel que quería escucharme—, y aún más, Charlie Trumper entra en el trato. Es el hombre más entendido en frutas y verduras que ha visto el East End.

Al cabo de la primera semana llegué de mala gana a la conclusión de que a Charlie Trumper no le iba a gustar que hubiera sacrificado diez libras de nuestro dinero —seis de él y cuatro mías— solo para satisfacer mi vanidad femenina. Decidí que yo cargaría con la pérdida de las seis libras antes que admitir ante él la estupidez que había cometido.

—Pero ¿por qué no consultaste con tu madre o tu tía antes de tomar una decisión

tan drástica? —inquirió Daphne el vigésimo sexto día—. Al fin y al cabo, las dos me parecieron muy sensatas.

—¿Y morir por culpa de mi problema? No, gracias —le respondí secamente—. En cualquier caso, no estoy segura de que tengan sesenta libras entre las dos, y aunque las tuvieran no creo que quisieran invertir ni un penique en Charlie Trumper.

Al finalizar el mes me arrastré de vuelta a John D. Wood para explicar que no pagaría las noventa libras y que podían poner en venta otra vez el local. Me aterraba la sonrisa equivalente a «lo sabía» que aparecería en el rostro del señor Palmer cuando se enterase de la noticia.

—Pero si su representante completó la transacción ayer —me aseguró el señor Palmer.

De su expresión deduje que jamás conseguiría comprender mis motivaciones.

—¿Mi representante? —pregunté.

El empleado consultó el fichero.

—Sí, una señorita llamada Daphne Harcourt-Browne, de...

—Pero ¿por qué?

—Creo que no soy la persona más apropiada para responder a esa pregunta —declaró el señor Palmer—, pues jamás había visto a esa dama antes de ayer.

—Es muy sencillo —respondió Daphne cuando le planteé la cuestión por la noche—. Si Charlie Trumper es la mitad de bueno de lo que afirmas, habré hecho una inversión muy inteligente.

—¿Inversión?

—Sí. Exijo que mi capital, más el cuatro por ciento de interés, me sea devuelto dentro de tres años.

—¿El cuatro por ciento?

—Correcto. Después de todo, es la misma cantidad que recibo de mi empréstito de guerra. Por otra parte, exigiré el diez por ciento de las ganancias a partir del cuarto año, en el caso de que no logres devolverme mi capital más el interés.

—Pero es posible que no haya ganancias.

—En cuyo caso me apoderaré automáticamente del sesenta por ciento de los bienes. Entonces, Charlie será el propietario del veinticuatro por ciento y tú del dieciséis. Todo lo que necesitas saber está en este documento. —Me tendió varias páginas de apretada escritura. La última llevaba un siete en la parte superior—. Solo se precisa ya tu firma al pie de la página.

Leí los papeles lentamente mientras Daphne se servía un jerez. Ella o sus consejeros parecían haber pensado en todas las eventualidades.

—Solo existe una diferencia entre tú y Charlie —dije, estampando mi firma entre dos cruces trazadas a lápiz.

—¿Y cuál es?

—Tú naciste en una cama imperial.

Como era incapaz de encargarme de la tienda y continuar mi trabajo en la universidad al mismo tiempo, no tardé en llegar a la conclusión de que debería contratar a un director interino. Dado que las tres chicas empleadas ya en la tienda se limitaban a emitir risitas tontas cuando les daba instrucciones, la necesidad se hizo más acuciante.

El sábado siguiente me dediqué a pasear por Chelsea, Fulham y Kensington, mirando a través de los escaparates cómo trabajaban los empleados, con la esperanza de encontrar la persona idónea para dirigir la tienda de Trumper.

Me decanté finalmente por un joven que trabajaba en una frutería de Kensington, y esperé a que terminara su jornada laboral. Le seguí cuando se dirigió a casa.

El joven rubio caminaba hacia la parada de autobús más cercana cuando conseguí darle alcance.

—Buenas noches, señor Makins —dije.

—Hola.

Pareció asombrado y sorprendido al descubrir que aquella extraña joven conocía su nombre. Continuó andando.

—Tengo una verdulería en Chelsea Terrace —dije, adaptándome al ritmo de sus zancadas. Se mostró aún más sorprendido, pero no dijo nada y apresuró el paso—. Estoy buscando un nuevo director.

Esta información provocó que Makins andara más despacio y me mirara con cierta cautela.

—La tienda de Chapman —dijo—. ¿Fue usted quien compró la tienda de Chapman?

—Ahora es la tienda de Trumper, y le ofrezco el puesto de director por una libra a la semana más su sueldo actual.

Fueron necesarios varios kilómetros en autobús y un montón de preguntas respondidas frente a la puerta de su casa antes de que me invitara a entrar para conocer a su madre. Bob Makins entró a trabajar como director de nuestra tienda dos semanas después.

A pesar de este éxito inicial, descubrí al cabo de tres meses, decepcionada, que la tienda había sufrido pérdidas por valor de tres libras y no podía devolverle ni un penique a Daphne.

—No te desanimes —me dijo—. Si continúas adelante, aún te queda la posibilidad de que no se aplique la cláusula de penalización, sobre todo si el señor Trumper demuestra, cuando llegue, que es la mitad de bueno de lo que afirmas.

Durante los últimos seis meses había logrado información fidedigna sobre el paradero del escurridizo Charlie, gracias a la ayuda de un joven oficial que Daphne me había presentado. Siempre parecía saber con total exactitud dónde se hallaba el

sargento Charles Trumper, en cualquier momento del día o de la noche. Sin embargo, yo me aferraba a la idea de que la tienda debía funcionar y rendir beneficios mucho antes de que Charlie volviera.

A principios de año me enteré, desolada, de que mi errante socio iba a ser desmovilizado el 20 de febrero de 1919. Para colmo, tuvimos que reemplazar a dos de las tres muchachas risueñas, que habían caído víctimas de la epidemia de gripe, y despedir a la tercera por incompetente.

Recordé todas las lecciones que Tata me había dado de niña. Si la cola es larga has de servir a los clientes con rapidez, pero con parsimonia si es corta; de esta forma, la tienda nunca está vacía. A la gente no le gusta entrar en tiendas vacías, explicaba; se sienten inseguros.

—El toldo debe llevar la inscripción —decía—. «Dan Salmon. Pan recién salido del horno. Fundado en 1879». Repite el nombre y la fecha siempre que puedas; al tipo de gente que vive en el East End le gusta saber que llevas tiempo en el negocio. Colas e historia: los ingleses siempre han apreciado el valor de ambas.

Traté de continuar con esta filosofía, pues sospechaba que Chelsea no era muy diferente del East End, pero el letrero azul rezaba, en nuestro caso, «Charlie Trumper, el comerciante honrado. Fundado en 1823». Acaricié durante varios días la idea de llamar a la tienda «Trumper & Salmon», pero temí que eso me encadenara para toda la vida a él.

Una de las mayores diferencias que descubrí entre el East y el West End era que en Whitechapel se apuntaba el nombre de los morosos en una pizarra, mientras que en Chelsea abrían una cuenta. Para mi sorpresa, las deudas importantes eran más habituales en Chelsea que en Whitechapel. Al mes siguiente no pude devolverle ni una libra a Daphne. Deseaba con todas mis fuerzas que Charlie regresara.

Comí con dos amigas de mi curso en el comedor del colegio el día señalado para su vuelta. Mordisqueé una manzana y jugué con un trozo de queso mientras intentaba concentrarme en sus opiniones sobre Karl Marx. Tras engullir mi parte de una pinta de leche en polvo cogí los libros y me dirigí a la sala de conferencias. A pesar de que me interesaba el tema, me sentí aliviada cuando el profesor recogió y ordenó sus papeles minutos antes de la hora.

El trayecto en tranvía a Chelsea me resultó eterno, pero por fin se detuvo en la esquina de Chelsea Terrace.

Siempre me gustaba recorrer a pie toda la calle y ver cómo les iba a las demás tiendas. Pasaba en primer lugar frente a la tienda de antigüedades en la que residía el señor Rutherford. Solía levantarse el sombrero cuando me veía, y después le tocaba el turno a la tienda de prendas femeninas, en el número 133; cuando veía los vestidos exhibidos en el escaparate, pensaba que nunca me los podría permitir. A continuación venía la carnicería de Kendrick, donde Daphne había abierto una cuenta, y unas puertas más allá el restaurante italiano, con sus mesas vacías, cubiertas con manteles de tela. Sabía que el propietario debía realizar un enorme esfuerzo para ganarse la

vida, porque ya no podíamos concederle ningún crédito. Por fin, llegaba a la librería donde residía el querido señor Sneddles. Aunque no había vendido un libro en semanas, se sentaba alegremente ante el mostrador, embebido en su amado William Blake, hasta que llegaba la hora de darle la vuelta al letrero que rezaba «Abierto». Sonreí al pasar, pero no me vio.

Según mis cálculos, si el tren de Charlie había llegado por la mañana con puntualidad a King's Cross, ya estaría en Chelsea en estos momentos, aunque hubiera tenido que recorrer el camino a pie.

Vacilé un instante al aproximarme a la tienda, y luego entré resueltamente. Para mi consternación, no vi a Charlie por ningún sitio. Le pregunté de inmediato a Bob si había venido alguien preguntando por mí.

—Nadie, señorita Becky —confirmó Bob—, no se preocupe, todos sabemos lo que hemos de hacer si el señor Trumper aparece.

Sus dos nuevas ayudantes, Patsy y Gladys, cabecearon en señal de asentimiento.

Consulté mi reloj. Pasaban unos minutos de las cinco. Empecé a dar por sentado que si Charlie no se había presentado ya, tendría que esperar al día siguiente. Le dije a Bob que podía comenzar a ordenar el local. Cuando dieron las seis en el reloj situado sobre la puerta, le pedí que bajara la persiana y cerrara la puerta con llave, mientras yo repasaba las ganancias del día.

—Qué extraño —dijo Bob, cuando volvió a mi lado con las llaves de la tienda en la mano.

—¿El qué?

—Aquel hombre. Lleva sentado en el banco una hora, y no le ha quitado el ojo a la tienda en todo el rato. Espero que ese tipo no tenga malas intenciones.

Miré al otro lado de la calle. Charlie estaba sentado, con los brazos cruzados y la vista clavada en mí. Cuando nuestros ojos se encontraron descruzó los brazos, se levantó y caminó lentamente en mi dirección.

Ninguno de los dos habló durante un rato.

—¿Qué ha sido de «Posh Porky»? —dijo por fin.

CAPÍTULO 7

—¿Cómo está usted, señor Trumper? Es un placer conocerle —dijo Bob Makins, frotándose la palma de la mano en el delantal verde antes de estrechar la mano extendida de su nuevo patrón.

Gladys y Patsy avanzaron y dedicaron a Charlie una breve reverencia, que hizo sonreír a Becky.

—Pueden ahorrarse estas cosas —dijo Charlie—, soy de Whitechapel, así que reserven las reverencias y demás zarandajas para los clientes.

—Sí, señor —respondieron las chicas al unísono. Charlie se quedó sin habla.

—Bob, ¿quieres subir las cosas del señor Trumper a su habitación? —pidió Becky—. Entretanto, le enseñaré la tienda.

—Por supuesto, señorita —dijo Bob, mirando el paquete envuelto en papel marrón y la caja de cartón que Charlie había dejado en el suelo, a su lado—, ¿eso es todo, señor Trumper? —preguntó, incrédulo.

Charlie asintió con la cabeza.

Examinó a las dos ayudantes, ataviadas con sus elegantes blusas blancas y delantales verdes. Ambas se hallaban de pie detrás del mostrador, con el aspecto de no saber qué hacer a continuación.

—Podéis marcharos las dos —dijo Becky—, pero acordaos de madrugar. El señor Trumper es muy quisquilloso en lo referente a la puntualidad.

Las dos muchachas recogieron sus cosas y se marcharon. Charlie se sentó en un taburete próximo a una caja de ciruelas.

—Ahora que ya estamos solos —dijo—, explícame todo lo ocurrido.

—Bueno —contestó Becky—, todo empezó por culpa de mi estúpido orgullo, pero...

Mucho antes de que terminara el relato de sus peripecias, Charlie la interrumpió.

—Eres una maravilla, Becky Salmon, una auténtica maravilla.

Continuó relatándole a Charlie todo lo sucedido durante el año anterior, y el rostro del joven solo se ensombreció cuando conoció los detalles de la inversión efectuada por Daphne.

—¿Así que solo tengo unos dos años y nueve meses para devolver las sesenta libras más los intereses?

—Sí —reconoció Becky.

—Rebecca Salmon, repito que eres una maravilla. Si no soy capaz de conseguir algo tan sencillo, significará que no soy digno de ser llamado tu socio.

Una sonrisa de alivio cruzó el rostro de Becky.

—¿También tú vives aquí? —preguntó Charlie, mirando la escalera.

—Desde luego que no. Comparto un piso con una vieja amiga del colegio, Daphne Harcourt-Browne. Vivimos en el noventa y siete de esta misma calle.

—¿La chica que aportó el dinero? —preguntó Charlie.

Becky asintió con la cabeza.

—Debe de ser una buena amiga —comentó Charlie.

Bob reapareció en lo alto de la escalera.

—He puesto las cosas del señor Trumper en el dormitorio y echado un vistazo al piso. Creo que todo está en orden.

—Gracias, Bob —dijo Becky—, como ya no queda nada más por hacer, hasta mañana.

—¿Vendrá el señor Trumper al mercado, señorita?

—Lo dudo, de modo que encárgate tú del pedido para mañana. Estoy segura de que el señor Trumper te acompañará dentro de pocos días.

—¿Covent Garden? —preguntó Charlie.

—Sí, señor —contestó Bob.

—Bien, si no lo han cambiado de sitio nos encontraremos allí a las cuatro y media de la mañana.

Becky vio que Bob palidecía.

—No creo que el señor Trumper espere que vayas cada día al mercado a las cuatro y media —rio Becky—, solo hasta que haya recuperado el pulso de la situación. Buenas noches, Bob.

—Buenas noches, señorita. Buenas noches, señor —se despidió Bob, marchándose con aspecto de perplejidad.

—¿Qué son todas estas tonterías de «señor» y «señorita»? —preguntó Charlie—. Solo soy un año mayor que Bob.

—También lo eran muchos oficiales del frente occidental a los que llamabas «señor».

—Pues por eso. Yo no soy oficial.

—No, pero eres el jefe. Además, ya no vives en Whitechapel, Charlie. Ven, te enseñaré tus aposentos.

—¿Aposentos? No he tenido «aposentos» en mi vida. En los últimos tiempos, solo trincheras y tiendas de campaña.

—Bien, pues ahora los tienes. —Becky guio a su socio escalera arriba hasta llegar al primer piso y empezó a enseñarle el piso—. La cocina. Pequeño, pero suficiente para cubrir tus necesidades. Por cierto, me he encargado de que haya bastantes cuchillos, tenedores y platos para tres personas, y le he dicho a Gladys que también es responsabilidad suya mantener el piso limpio y ordenado. La sala de estar —anunció, abriendo una puerta—, suponiendo que alguien tenga la cara dura de describir como sala de estar algo tan minúsculo.

Charlie vio un sofá y tres sillas, todo nuevo.

—¿Y mis viejos muebles?

—La mayoría se quemaron el día del Armisticio —confesó Becky—, pero conseguí obtener un penique por la silla de crin y la cama.

—¿Y el carretón de mi abuelo? ¿También lo quemaste?

—Por supuesto que no. Intenté venderlo, pero nadie me ofreció más de cinco chelines, de manera que Bob lo utiliza cada mañana para recoger los productos del mercado.

—Bien —dijo Charlie, tranquilizado.

Becky se volvió y avanzó hacia el cuarto de baño.

—Lamento la mancha que hay debajo del grifo de agua fría. A pesar de que hicimos todo cuanto pudimos por borrarla, no encontramos ningún producto lo bastante fuerte. Debo advertirte de que el retrete falla a veces.

—Nunca había tenido un váter dentro de casa —dijo Charlie—, muy pijo.

Becky entró en el dormitorio.

Charlie intentó abarcarlo todo de una sola mirada. Sus ojos se clavaron en la fotografía en color que había colgado sobre su cama ile Whitechapel Road, y que había pertenecido a su madre. Le resultó vagamente familiar. Desvió la vista hacia una cómoda, dos sillas y una cama que jamás había visto. Deseaba desesperadamente demostrar a Becky cuánto apreciaba todo lo que había hecho, pero se quedó moviendo los pies de un lado a otro en una esquina de la cama.

—Otro lujo —comentó Charlie.

—¿Otro lujo?

—Sí, las cortinas. ¿Sabes que mi viejo no las permitía? Solía decir...

—Sí, me acuerdo. Por su culpa te quedas dormido por las mañanas, lo cual impide que hagas tu trabajo como es debido.

—Bueno, algo por el estilo, aunque dudo que mi viejo conociera el significado de la palabra «impedir» —dijo Charlie, empezando a vaciar la caja de cartón de Tommy.

Los ojos de Becky se fijaron en el grabado de la Virgen María con el Niño cuando Charlie colocó el pequeño cuadro sobre la cama. Cogió el óleo y lo examinó con detenimiento.

—¿Dónde compraste esto, Charlie? Es magnífica.

—Un amigo que murió en el frente me lo legó —respondió con franqueza.

—Tu amigo tenía gusto. —Becky continuaba sujetando la pintura—, ¿sabes quién lo pintó?

—Ni idea. —Charlie miró el grabado en color de su madre que Becky había colgado en la pared—. Caramba, es exactamente el mismo cuadro.

—Casi —dijo Becky, examinando la fotografía que colgaba sobre la cama—. La de tu madre es una fotografía de una obra maestra de Bronzino, mientras que la de tu amigo es una pintura, y se parece tanto porque es una copia muy buena del original. —La joven consultó su reloj—. Debo irme —dijo con brusquedad—. He prometido que estaría en el Queen's Hall a las ocho. Mozart.

—Mozart. ¿Le conozco?

—Concertaré una cita para que os conozcáis dentro de poco.

—¿Quiere eso decir que no vas a prepararme mi primera cena? Todavía tengo un montón de preguntas que debes contestarme, cosas que quiero averiguar. Para

empezar...

—Lo siento, Charlie. No quiero llegar tarde. Hasta mañana..., y prometo que responderé a todas tus preguntas.

—¿Antes que cualquier otra cosa?

—Sí, pero sin guiarnos por tus horarios —rio Becky—, yo diría que a eso de las ocho.

—¿Te gusta ese tal Mozart? —preguntó Charlie.

Becky notó que los ojos del joven la observaban con más atención.

—Bueno, para ser sincera no sé gran cosa sobre él, pero a Guy le gusta.

—¿Guy?

—Sí, Guy. Es el chico que me lleva al concierto, y como le conozco desde hace poco tiempo no quiero llegar tarde. Mañana te contaré más cosas sobre los dos. Adiós, Charlie.

De regreso al piso de Daphne, Becky se sintió un poco culpable por abandonar a Charlie la primera noche que volvía a casa, y pensó que tal vez se había comportado con cierto egoísmo al aceptar la invitación de Guy para ir al concierto. Claro que el batallón no le concedía muchas noches libres a la semana, y si no le veía cuando estaba de permiso pasaban varios días hasta que podían pasar otra noche juntos.

Cuando abrió la puerta del número 97, Becky oyó a Daphne chapoteando en el baño.

—¿Ha cambiado? —gritó su amiga.

—¿Quién? —preguntó Becky dirigiéndose al dormitorio.

—Charlie, por supuesto —dijo Daphne, abriendo la puerta del cuarto de baño.

Se quedó apoyada en el marco, con una toalla arrollada al cuerpo. Una nube de vapor la envolvía casi por completo.

Becky meditó en la pregunta durante un momento.

—Ha cambiado, sí, y mucho, excepto en la ropa y la voz.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, la voz es la misma... La reconocería en cualquier sitio. Las ropas son las mismas. Las reconocería en cualquier sitio. Pero él no es el mismo.

—¿Me puedes descifrar un poco tus acertijos? —preguntó Daphne, mientras se frotaba el cabello vigorosamente.

—Bien, como él mismo me señaló, Bob Makins solo es un año menor que él, pero Charlie parece diez años mayor que nosotras dos. Tal vez les ocurra a todos los hombres que han servido en el I l ente occidental.

—No debió sorprenderte, pero lo que yo quiero saber es: ¿se sorprendió al ver la tienda?

—Sí, puedo asegurártelo sin la menor duda. —Becky se quitó el vestido—. No tendrás un par de medias para prestarme, ¿verdad?

—Tercer cajón empezando por arriba, pero a cambio quiero tus piernas.

Becky lanzó una carcajada.

—¿Qué aspecto tiene? —continuó Daphne, tirando la toalla mojada al suelo.

Becky reflexionó antes de responder.

—Alrededor del metro setenta y cinco y la misma envergadura de su padre, aunque en su caso no se trata de grasa, sino de músculo. No es exactamente Douglas Fairbanks, pero algunas le encontrarán atractivo.

—Empiezo a pensar que es mi tipo —dijo Daphne, mientras rebuscaba entre su ropa en busca de algo que le sentara bien.

—No lo creo, querida —dijo Becky—. No me imagino al general de brigada Harcourt-Browne compartiendo el jerez de la mañana con Charlie Trumper antes de la cacería de Cottenham.

—Eres tan presuntuosa, Rebecca Salmon —rio Daphne—. Aunque compartimos el piso, no olvides que Charlie y tú procedéis del mismo establo. Si lo piensas bien, has conocido a Guy gracias a mí.

—Muy cierto, pero St. Paul y la universidad de Londres me otorgan cierto crédito, ¿no?

—De donde yo vengo, no —dijo Daphne, comprobando el estado de sus uñas—. Ahora no tengo tiempo para conversar con la clase obrera, querida. He de irme. Henry Bromsgrove me va a llevar a una sala de baile de Chelsea, y por empalagoso que sea nuestro Henry, me encanta recibir cada agosto una invitación para cazar en su casa de campo de Escocia. ¿No es fantástico?

Mientras Becky se metía en el baño, pensó en las palabras de Daphne, teñidas de humor y sin engreimiento por su parte, pero una vez más ponían de relieve los problemas a los que se enfrentaba cuando osaba cruzar durante más de unos momentos las barreras sociales establecidas.

La verdad era que Daphne le había presentado a Guy, unas semanas atrás, durante el descanso de *Bohème*, en el Covent Garden. Becky recordaba con toda claridad aquel primer encuentro.

Mientras tomaban una copa en el abarrotado bar, y después de escuchar las advertencias de Daphne respecto a su reputación, intentó con todas sus fuerzas no dejarse atraer por él.

Había tratado de no mirar con excesivo descaro al joven esbelto que estaba de pie frente a ella. Su espeso cabello rubio, los profundos ojos azules y un encanto natural habrían cautivado ya el corazón de una legión de mujeres aquella noche, pero como Becky supuso que cada joven recibía exactamente el mismo trato evitó dejarse halagar por sus palabras.

Daphne le preguntó la noche siguiente cuál era su opinión sobre el joven capitán de los Fusileros Reales.

—Repíteme su nombre —contestó Becky.

—Ah, entiendo. ¿Tanto te impresionó?

—Sí —admitió Becky—, ¿y qué? ¿Te imaginas a un joven oficial de buena familia interesándose por una chica de Whitechapel?

—Pues sí, aunque sospecho que él solo persigue una cosa.

—En ese caso, adviértele que yo no soy esa clase de chica.

—Creo que eso jamás le arredró. De todos modos, me ha preguntado si te gustaría acompañarle al teatro con algunos amigos de su regimiento. ¿Qué te parece?

—Me encantaría.

—Eso pensé, así que dije «sí» sin molestarme en consultarte.

Becky rio, pero tuvo que esperar cinco días antes de ver otra vez al joven capitán. Vino a recogerla y se encontraron con un grupo de oficiales jóvenes y muchachas de la alta sociedad en el teatro Haymarket, para ver *Pigmalión*, una obra escrita por el comediógrafo de moda, George Bernard Shaw. A Becky le gustó mucho la pieza, a pesar de una chica llamada Amanda Ponsonby, que se pasó todo el primer acto lanzando risitas idiotas, y que después se rehusó a conversar con ella durante el intermedio.

Cenaron en el Café Royal. Se sentó al lado de Guy y le contó todo sobre ella, desde su nacimiento en Whitechapel hasta la consecución de una plaza en el colegio Bedford el año anterior.

Después de despedirse del grupo, Guy la acompañó a Chelsea, dijo «Buenas noches, señorita Salmon» y le estrechó la mano. Becky supuso que nunca volvería a ver al joven oficial de los Fusileros.

Pero Guy le dejó una nota al día siguiente, invitándola a una recepción en el comedor de oficiales. Una semana después fue una cena, a continuación un baile y, a finales de mes, una invitación para pasar el fin de semana con sus padres en Berkshire.

Daphne le informó lo mejor que pudo sobre la familia. Le aseguró que el padre de Guy, el mayor, era un amor, poseía una granja de trescientas cincuenta hectáreas dedicada a la cría de ganado y, además, era Maestre de la Montería de Buckhurst.

A Daphne le costó varias tentativas explicar qué significaba concretamente «ir de caza», y admitió que hasta Eliza Doolittle^[11] habría tenido algunas dificultades en comprender, antes que nada, por qué se tomaban tantas molestias por el tema.

—La madre de Guy, por contra, no se ha visto agraciada con los generosos instintos del mayor —advirtió Daphne—. Es una presuntuosa de tomo y lomo. —A Becky le dio un salto el corazón—. Hija segunda de un *baronet*, título que le concedió Lloyd George, por hacer cosas que introducen en el extremo de los tanques. Apuesto a que, al mismo tiempo, hizo generosas donaciones al Partido Liberal. Segunda generación, por supuesto. Siempre son las peores. —Daphne examinó las costuras de sus medias—. Mi familia existe desde hace diecisiete generaciones, y creemos que no necesitamos demostrar nada. Somos muy conscientes de que ninguno de nosotros posee inteligencia, pero por Dios que somos ricos y por Cristo que somos antiguos. Sin embargo, me temo que no se puede decir lo mismo del capitán Guy

Trentham.

CAPÍTULO 8

Becky se despertó a la mañana siguiente antes de que sonase el despertador. Se levantó, vistió y salió antes de que Daphne hubiera movido un dedo. Ardía en deseos de saber cómo le iba a Charlie su primer día. Al acercarse al 147 advirtió que la tienda ya estaba abierta, y un solitario cliente recibía las atenciones de Charlie.

—Buenos días, socia —gritó Charlie desde detrás del mostrador cuando Becky entró en la tienda.

—Buenos días. Veo que estás decidido a pasar tu primer día sentado y mirando cómo funciona todo.

Averiguó que Charlie había empezado a servir a los clientes antes de que Gladys y Patsy llegaran, mientras el pobre Bob Makins parecía ya agotado, como si hubiera trabajado un día entero.

—Aún no he tenido tiempo de charlar con las clases ociosas por el momento —dijo Charlie, con un acento de barrio bajo más marcado que nunca—. ¿Tengo alguna esperanza de coincidir contigo a última hora de la tarde?

—Por supuesto —contestó Becky, consultó su reloj, agitó una mano en señal de despedida y se marchó a su primera clase de la mañana. Le resultó difícil concentrarse en la historia del Renacimiento, y ni siquiera las imágenes de obras de Rafael, proyectadas desde una linterna mágica sobre una sábana blanca, lograron despertar su interés. Su mente basculaba entre el nerviosismo de tener que pasar un fin de semana con los padres de Guy a los problemas de Charlie para obtener beneficios y liquidar la deuda con Daphne.

Becky admitió para sí que tenía más confianza en esto último. Sintió un enorme alivio al ver que la manecilla negra del viejo reloj indicaba las cuatro y media, y se encontró corriendo de nuevo para coger el tranvía en la esquina de la plaza Portland... y volvió a correr en cuanto el traqueteante vehículo hubo llegado a la esquina de Chelsea Terrace.

Se había formado una pequeña cola en la tienda, y Becky escuchó las familiares frases publicitarias de Charlie antes de llegar a la puerta.

—Media libra de vuestro rey Eduardo, un jugoso pomelo de Suramérica, ¿y si añadido una preciosa camuesa, todo por un chelín, cariño?

Damas de alta alcurnia, señoras, institutrices, todas aquellas que habrían arrugado la nariz si alguien les hubiera llamado «cariño», se derretían cuando Charlie pronunciaba esa palabra. Becky solo advirtió los cambios que Charlie había introducido ya en la tienda cuando la última cliente se hubo marchado.

—Toda la noche en pie —dijo Charlie—, tiré la mitad de cajas vacías y artículos invendibles. Te enmendé la plana y puse delante las verduras de colores vivos, los tomates, los guisantes, tiernos y bonitos, y pasé atrás todas esas variedades tan feas que tú colocabas en primer plano, las patatas, las rutabagas y nabos tempranos. Es una regla de oro.

—El abuelo Charlie —empezó ella con una sonrisa, pero se calló justo a tiempo.

Becky se puso a examinar los mostradores reordenados y tuvo que darle la razón a Charlie. En cualquier caso, no podía discutir con las sonrisas que iluminaban los rostros de los clientes.

Al cabo de un mes, una cola que salía hasta la calle pasó a formar parte de la vida diaria de Charlie. Al cabo de dos, ya le estaba hablando a Becky de ampliaciones.

—¿Por dónde ampliaremos? —preguntó Becky—, ¿por tu dormitorio?

—Ahí arriba no hay sitio para verduras —replicó él con una sonrisa—, teniendo en cuenta que nuestras colas son más largas que las formadas para ver *Pigmalión*. Además, nosotros no bajaremos nunca el telón.

Cuando Becky repasó una y otra vez las cifras del primer trimestre, apenas pudo creer cuánto habían ganado. Decidió que tal vez había llegado el momento de hacer una pequeña celebración.

—¿Por qué no vamos todos a cenar a ese restaurante italiano? —sugirió Daphne, tras recibir un cheque por los tres meses siguientes mucho más generoso de lo que había imaginado.

Becky consideró la idea maravillosa, pero la resistencia de Guy a secundar sus planes la sorprendió, así como los prolijos preparativos de Daphne para la gran ocasión.

—No tenemos la intención de gastarnos todos los beneficios en una sola noche —le aseguró Becky.

—Lástima, porque empiezo a pensar que es la única posibilidad que me queda de imponer la cláusula de penalización. No me estoy quejando. Al fin y al cabo, Charlie representará un cambio sustancial, después de los habituales hijos de vicario sin mentón y mozos de cuadra sin piernas que he de soportar casi todos los fines de semana.

—Ten cuidado, no sea que termine devorándote como postre.

Becky avisó a Charlie de que habían reservado la mesa para las ocho en punto y le obligó a prometer que se pondría su mejor traje.

—Mi único traje —le recordó Charlie.

Guy recogió a las dos muchachas del 97 a las ocho en punto, pero guardó un silencio desacostumbrado mientras las acompañaba al restaurante, a donde llegaron pocos minutos después de la hora señalada. Encontraron a Charlie sentado solo en la esquina, como si fuera la primera vez que estaba en un restaurante.

Becky le presentó primero a Daphne, y después a Guy. Los dos hombres se quedaron quietos, mirándose como púgiles.

—Claro, estabais en el mismo regimiento —dijo Daphne—, pero no imaginaba que os conocíais —añadió, mirando a Charlie, pero ninguno de ellos comentó su observación.

Si la velada empezó mal, lo que siguió fue todavía peor. Daba la impresión de que ninguno de los cuatro consiguiera abordar un tema común a todos. Charlie, en lugar

de mostrarse jovial y agudo, como en la tienda, se sumió en un estado hosco y poco comunicativo. Becky le habría dado una patada en el tobillo de haber estado a su alcance, y no solo porque continuaba acompañándose la comida con el cuchillo.

El silencio adusto de Guy tampoco ayudó, pese a las carcajadas de Daphne, bulliciosa como siempre, ante cualquier comentario. Becky se sintió muy aliviada cuando llegó la cuenta, dando fin a la velada. Tuvo que dejar una propina discretamente, pues Charlie se olvidó de hacerlo.

Salió del restaurante al lado de Guy y los dos perdieron de vista a Daphne y Charlie mientras caminaban a toda prisa hacia el 97. Becky imaginó que sus compañeros les precedían algunos pasos, pero dejó de pensar en su paradero cuando Guy la tomó en sus brazos y la besó.

—Buenas noches, querida. No olvides que este fin de semana nos vamos a Ashurst.

¿Cómo iba a olvidarlo? Becky vio que Guy miraba furtivamente en la dirección que Daphne y Charlie habían tomado, como si pensara en algo, pero luego detuvo sin decir palabra un cabriolé y ordenó al conductor que le llevara a los barracones de los Fusileros, en Hounslow.

Becky abrió la puerta de la calle y se sentó en el sofá, dudando si volver al 147 y decirle a Charlie lo que pensaba exactamente de él. Daphne entró pocos minutos después en la sala.

—Te pido mis disculpas por lo de esta noche —dijo Becky, antes de que su amiga abriera la boca—. Charlie suele ser un poco más comunicativo. No sé qué le ha pasado.

—Sospecho que le puso violento cenar con un oficial de su antiguo regimiento.

—Estoy segura; pero acabarán siendo amigos.

Daphne miró a Becky con aire pensativo.

El sábado siguiente por la mañana, Guy se dirigió al 97 de Chelsea Terrace para recoger a Becky y conducirla a Ashurst. Al verla ataviada con un elegante vestido rojo de Daphne comentó lo atractivo de su aspecto, y se mostró tan locuaz y alegre durante el trayecto a Berkshire que Becky empezó a tranquilizarse por primera vez en aquel día. Llegaron a Ashurst poco antes de las tres y Guy le guiñó el ojo cuando internó el coche por el sendero de un kilómetro y medio de largo que conducía a la mansión.

Becky no pensaba que la casa sería tan grande.

Un mayordomo, un lacayo y tres criados les esperaban en el peldaño superior para recibirles. Guy detuvo el coche en el sendero de grava y el mayordomo se adelantó para sacar las dos maletitas de Becky del portaequipajes y pasárselas al lacayo, que las entró en la casa. El mayordomo guio a Becky con paso sosegado hasta una habitación de la primera planta, después de atravesar el vestíbulo y subir por una

escalera de madera.

—La alcoba Wellington, señora —entonó mientras le abría la puerta.

—Se supone que pasó aquí una noche —explicó Guy, subiendo la escalera detrás de ella—. Por cierto, no vas a sentirte sola, porque ocupo la habitación contigua, y estoy mucho más vivo que el finado general.

Becky entró en una amplia y confortable estancia, donde una joven que llevaba un largo vestido negro de cuello y puños blancos ya estaba deshaciendo sus maletas. La chica se volvió, hizo una reverencia y se presentó.

—Soy Nellie, su doncella personal. Le ruego que me informe de todo lo que necesite, señora.

Becky le dio las gracias, caminó hasta el mirador y contempló las onduladas hectáreas que se extendían hasta perderse de vista. Becky se volvió al oír un golpe en la puerta y vio que Guy entraba en la habitación antes de que ella le diera permiso.

—¿Te gusta la habitación, querida?

—Es perfecta —contestó Becky, mientras la doncella hacía una nueva reverencia.

Becky creyó distinguir una fugaz mirada de temor en los ojos de la joven cuando Guy atravesó la habitación.

—¿Preparada para conocer a papá?

—Más preparada de lo que nunca estaré —admitió ella.

Bajó con Guy por la escalera hasta la sala de estar que se utilizaba por las mañanas. Un hombre de unos cincuenta y pocos años se hallaba de pie frente a un fuego espléndido, aguardándoles.

—Bienvenida a Ashurst Hall —dijo el mayor Trentham.

—Gracias —sonrió Becky.

El mayor era un poco más bajo que su hijo, pero poseía la misma complejión esbelta y cabello rubio, algo salpicado de gris en las sienes. El parecido terminaba allí. Mientras la tez de Guy era suave y pálida, la piel del mayor Trentham exhibía el tono rubicundo de un hombre que había pasado la mayor parte de su vida al aire libre. Cuando Becky le estrechó la mano notó la aspereza de alguien que ha trabajado la tierra.

—Esos bonitos zapatos de Londres no le servirán para lo que tengo en mente —afirmó el mayor—, le dejaremos un par de botas de montar de mi esposa, o las botas altas de Nigel.

—¿Nigel? —preguntó Becky.

—El benjamín de los Trentham. ¿Guy no le ha hablado de él? Cursa el último año en Harrow y confía en pasar a Sandhurst... para eclipsar a su hermano, según me han dicho.

—No sabía que tenías un...

—No vale la pena gastar saliva en ese mocoso —la interrumpió Guy con una media sonrisa, mientras su padre les guiaba hasta el vestíbulo, donde abrió un aparador situado bajo la escalera.

Becky contempló una fila de botas de montar de piel, aún más lustradas que sus zapatos.

—Elija —dijo el mayor Trentham.

Al cabo de dos tentativas, Becky encontró un par de su talla. Después, siguió a Guy y a su padre hasta el jardín. El mayor Trentham dedicó la mayor parte de la tarde a enseñar su propiedad de trescientas cincuenta hectáreas a su joven invitada, y a la hora de volver Becky estaba más que preparada para el ponche caliente que les esperaba en una enorme ponchera que habían dispuesto en la sala de estar.

El mayordomo anunció que la señora Trentham había telefoneado para decir que la habían retenido en la vicaría y que no podía reunirse con ellos para tomar el té.

La señora Trentham aún no había aparecido cuando Becky, al anochecer, volvió a su habitación para bañarse y cambiarse para la cena.

Daphne había prestado a Becky un par de vestidos para la ocasión, así como un broche de diamantes, pese a las protestas de Becky. Sin embargo, cuando se miró en el espejo, el resultado no la disgustó.

Becky regresó a la sala de estar al oír las ocho en alguno de los numerosos relojes esparcidos por la casa. Observó enseguida el efecto que el traje y el broche producían en ambos hombres. Un fuego espléndido continuaba ardiendo en la chimenea, pero la madre de Guy seguía sin aparecer.

—Un vestido encantador, señorita Salmon —dijo el mayor.

—Gracias, mayor Trentham —dijo Becky, paseando la vista por la estancia.

—Mi esposa se reunirá con nosotros dentro de un momento —aseguró el mayor a Becky, mientras el mayordomo servía un jerez en una bandeja de plata a la joven.

—Me ha gustado mucho el paseo por la finca —dijo Becky.

—Creo que no se merece esa descripción, querida —replicó el mayor con una cálida sonrisa—, pero me alegra que disfrutara el paseo —añadió, mirando más allá de Becky.

Esta se giró en redondo y vio a una dama alta y elegante, vestida de negro de pies a cabeza, que entraba en la sala. Se acercó a ellos con paso lento y sosegado.

—Madre —dijo Guy, adelantándose para besarla en la mejilla—, me gustaría presentarte a Becky Salmon.

—¿Cómo está usted? —preguntó Becky.

—¿Puedo preguntar quién sacó mis mejores botas de montar del aparador del vestíbulo? —preguntó la señora Trentham, ignorando la mano extendida de Becky—, ¿y después tuvo a bien devolverlas cubiertas de barro?

—Yo —dijo el mayor—. De lo contrario, la señorita Salmon habría tenido que pasear por la granja con zapatos de tacón, algo muy poco, sensato, dadas las circunstancias.

—La señorita Salmon habría demostrado su sensatez viniendo con el calzado apropiado.

—Lo siento muchísimo... —empezó Becky.

—¿Dónde has estado todo el día, madre? —cortó Guy—, confiábamos en verte mucho antes.

—Intentaba solucionar algunos de los problemas que nuestro nuevo vicario parece incapaz de afrontar —replicó la señora Trentham—, no tiene ni la menor idea de cómo organizar el oficio religioso de Pascua. No sé qué les enseñarán en Oxford actualmente.

—Teología, tal vez —insinuó el señor Trentham.

El mayordomo carraspeó.

—La cena está servida, señora.

La señora Trentham se volvió sin pronunciar palabra y les guio a paso vivo hasta el comedor. Situó a Becky a la derecha del mayor y frente a ella. Tres cuchillos, cuatro tenedores y dos cucharas brillaban frente a Becky. No le costó elegir con cuál empezar, pues el primer plato era sopa, y en lo sucesivo, siguiendo el consejo de Daphne, imitó en todo momento a la señora Trentham.

Su anfitriona no dirigió la palabra a Becky hasta que se sirvió el plato principal. En lugar de ello, habló a su esposo de los esfuerzos de Nigel en Harrow (muy poco impresionantes), del nuevo vicario (casi igual de desastroso), y de *lady* Lavinia Malim (la viuda de un juez que se había mudado al pueblo en fecha reciente y estaba provocando más problemas de los acostumbrados).

La boca de Becky estaba llena de faisán cuando la señora Trentham le preguntó de improviso:

—¿Qué profesión ejerce su padre, señorita Salmon?

—Está muerto —tartamudeó Becky.

—Oh, cuánto lo siento. Imagino que murió sirviendo en la guerra con su regimiento...

—No.

—Así pues, ¿qué hizo durante la guerra?

—Tenía una panadería. En Whitechapel —añadió Becky, recordando la advertencia de su padre: «Si intentas alguna vez disfrazar tu medio social, acabarás llorando».

—¿Whitechapel? —inquirió la señora Trentham—, ¿no se trata de un delicioso pueblecito en las afueras de Worcester, si no me equivoco?

—No, señora Trentham, está en el corazón del East End de Londres —dijo Becky, confiando en que Guy acudiría en su ayuda, pero parecía más interesado en saborear su clarete.

—Oh —dijo la señora Trentham. Sus labios formaron una línea recta—. Recuerdo que una vez visité a la esposa del obispo de Worcester en un lugar llamado Whitechapel, pero confieso que jamás me he encontrado en la necesidad de desplazarme al East End. Supongo que allí no tienen obispo. —Posó sobre la mesa el cuchillo y el tenedor—. Sin embargo, mi padre, *sir* Raymond Hardcastle... Tal vez habrá oído hablar de él, señorita Salmon...

—No, la verdad es que no —contestó Becky con franqueza.

Otra mirada de desdén apareció en el rostro de la señora Trentham, aunque no logró dominar su verborrea.

—... quien fue nombrado *baronet* por sus servicios al rey Jorge V...

—¿Y cuáles fueron esos servicios? —preguntó Becky inocentemente.

La señora Trentham hizo una pausa antes de proseguir.

—Jugó un pequeño papel en los esfuerzos de Su Majestad por impedir que los alemanes nos vencieran.

—Era un traficante de armas —dijo el mayor Trentham para sí.

Si la señora Trentham oyó el comentario, prefirió ignorarlo.

—¿Ha sido presentada en sociedad este año, señorita Salmon? —preguntó.

—No. Me he matriculado en la universidad.

—No apruebo tales comportamientos. La educación de una dama no debe exceder de las tres «R^[12]», junto con un adecuado conocimiento de cómo manejar a los criados y sobrevivir a un partido de *cricket*.

—Pero si no se tienen criados... —empezó a decir Becky, y habría continuado de no agitar la señora Trentham una campanilla de plata que tenía a su lado. El mayordomo apareció al instante.

—Tomaremos café en la sala de estar —ordenó la señora Trentham.

El rostro del mayordomo traslució una levísima sorpresa. La señora Trentham se levantó y precedió a los demás por un largo pasillo hasta llegar a la sala de estar, donde el fuego ya no ardía con tanto entusiasmo.

—¿Le apetece una copa de coñac, señorita Salmon? —preguntó el mayor Trentham, mientras Gibson servía el café.

—No, gracias.

—Os ruego que me excuséis —dijo la señora Trentham, levantándose de la silla en que acababa de sentarse—. Padezco una ligera jaqueca, así que me retiraré a mi alcoba, con vuestro permiso.

—Por supuesto, querida —contestó el mayor con voz indiferente.

Guy se sentó junto a Becky y le cogió la mano en cuanto su madre salió.

—Se encontrará mejor por la mañana, cuando la migraña se haya calmado.

—Lo dudo —susurró Becky. Se volvió hacia el mayor Trentham—, creo que tendrá que disculparme a mí también. Ha sido un día muy largo, y estoy segura de que ustedes dos tienen mucho de qué hablar.

Los dos hombres se pusieron en pie. Becky salió de la sala y subió por la larga escalera hasta su dormitorio. Se desnudó a toda prisa, se lavó en una palangana de agua casi helada, atravesó encogida la habitación desprovista de calefacción y se deslizó entre las sábanas de su fría cama.

Casi se había dormido cuando oyó girar el pomo de la puerta. Parpadeó varias veces y fijó la vista en el extremo opuesto de la habitación. La puerta se abrió poco a poco, pero solo distinguió la silueta de un hombre que entraba y cerraba la puerta en

silencio a su espalda.

—¿Quién es? —preguntó Becky.

—Yo —dijo Guy—. Se me ocurrió pasar un momento y desearte buenas noches.

Becky se subió la sábana de arriba hasta el cuello.

—Buenas noches —dijo con brusquedad.

—Eso es muy poco cariñoso —respondió Guy, que había atravesado la habitación para sentarse en el borde de su cama—. Solo quería comprobar que todo estaba bien. Me pareció que lo habías pasado bastante mal esta noche.

—Estoy bien, gracias —dijo Becky.

Cuando él se inclinó para besarla, la joven se apartó, y Guy solo consiguió rozarle la oreja.

—Tal vez no sea el momento adecuado.

—O el lugar —añadió Becky, apartándose más, a punto de caer por el borde de la cama.

—Solo deseaba darte un beso de buenas noches.

Becky permitió que la tomara en sus brazos y la besara en los labios, pero él la retuvo más tiempo del que Becky esperaba, y acabó deshaciéndose de su abrazo.

—Buenas noches, Guy —dijo con firmeza.

Al principio, Guy no se movió. Después, se puso en pie poco a poco.

—Tal vez en otra ocasión.

Al cabo de un momento, la puerta se cerró a su espalda.

Becky esperó unos momentos antes de saltar de la cama. Se acercó a la puerta, giró la llave en la cerradura y la quitó, antes de volver a la cama. Tardó un rato en dormirse.

Cuando Becky bajó a desayunar por la mañana, el mayor Trentham le informó de que, tras una noche inquieta, la migraña de su esposa no había desaparecido; se quedaría en la cama hasta que el dolor se hubiera disipado por completo.

Más tarde, cuando el mayor y Guy se fueron a la iglesia, Becky se quedó leyendo los periódicos dominicales en la sala de estar. Observó que los criados murmuraban entre sí cada vez que levantaba la vista.

La señora Trentham apareció a la hora de comer, pero no hizo el menor intento de unirse a la conversación que se desarrollaba al otro extremo de la mesa.

—¿Cuál ha sido el texto escogido por el vicario esta mañana? —preguntó inesperadamente, cuando vertían el flan sobre el budín de frutas.

—«Trata a los demás como deseas que te traten a ti» —replicó el mayor, con un ligero tono de irritación.

—¿Qué le ha parecido el servicio de nuestra iglesia local, señorita Salmon? —preguntó la señora Trentham, dirigiéndose a Becky por primera vez.

—Yo no... —empezó Becky.

—Ah, ya, por supuesto, pertenece usted al pueblo elegido.

—No, soy católica.

—Oh —fingió sorprenderse la señora Trentham—, el apellido Salmon me hizo pensar que... En ese caso, no le hubiera gustado la iglesia de San Miguel. Está demasiado cercana a la tierra.

Becky empezó a preguntarse si la señora Trentham calculaba, o incluso ensayaba previamente, cada palabra que pronunciaba y cada gesto que llevaba a cabo.

Después de comer, la señora Trentham volvió a desaparecer y Guy sugirió que Becky y él saldrían a dar un paseo. Becky subió a su habitación y se puso los zapatos viejos, demasiado aterrorizada para insinuar que le prestasen un par de botas de montar de la señora Trentham.

—Cualquier cosa con tal de huir de la casa —le dijo Becky cuando bajó, y no volvió a abrir la boca hasta estar segura de que la señora Trentham no podía oírla—. ¿Qué espera de mí? —preguntó por fin.

—Vamos, no hay para tanto —insistió Guy—. Estás exagerando. Papá está convencido de que cederá con el tiempo y, en cualquier caso, si tuviera que escoger entre ella y tú sé exactamente a cuál de las dos concedo más importancia.

Becky le apretó la mano.

—Gracias, querido, pero no estoy segura de poder soportar otra velada como la de ayer.

—Podríamos marcharnos pronto y pasar el resto del día en tu casa —dijo Guy. Becky se volvió para mirarle, sin saber si estaba bromeando—. Será mejor que regresemos a casa —se apresuró a decir él—, o se quejará de que la hemos dejado sola toda la tarde.

Los dos aceleraron el paso.

Pocos minutos después subieron la escalera de piedra situada frente al vestíbulo. En cuanto Becky se puso los zapatos de estar por casa y comprobó su peinado en el espejo del vestíbulo se reunió con Guy en la sala de estar. Se quedó sorprendida al ver un servicio de té completo ya preparado. Consultó su reloj; eran solo las tres y cuarto.

—Lamento que consideraras necesario hacer esperar a todo el mundo, Guy —fueron las primeras palabras que oyó Becky cuando entró en la sala.

—Nunca habíamos tomado el té tan pronto —afirmó el mayor desde el otro lado de la chimenea.

—¿Toma usted té, señorita Salmon? —preguntó la señora Trentham, consiguiendo pronunciar su apellido como si fuera una afrenta insignificante.

—Sí, gracias —contestó Becky.

—Tal vez podrías llamar a Becky por su nombre —insinuó Guy.

Los ojos de la señora Trentham se posaron sobre su hijo.

—No puedo soportar esta costumbre moderna de dirigirse a todo el mundo por su nombre, en especial cuando te acaban de presentar a la persona. ¿Darjeeling, Lapsang o Earl Grey, señorita Salmon? —preguntó, sin darle tiempo de reaccionar a nadie.

Esperó expectante la respuesta de Becky, pero esta no se produjo porque Becky todavía no se había repuesto del anterior sarcasmo—. Es obvio que en Whitechapel no hay mucho donde elegir —añadió.

Becky acarició la idea de coger la tetera y derramar el contenido sobre la mujer, pero logró controlarse, pues sabía que el objetivo de la señora Trentham era sacarla de sus casillas.

—¿Tiene hermanos o hermanas, señorita Salmon? —preguntó la mujer tras unos instantes de silencio.

—No, soy hija única.

—Me sorprende en extremo.

—¿Por qué? —preguntó Becky con candor.

—Siempre había pensado que las clases inferiores se reproducían como conejos —dijo la señora Trentham, poniendo otro terrón de azúcar en el té.

—Madre, la verdad... —empezó Guy.

—Solo ha sido una broma —le interrumpió su madre—. Guy me toma muy en serio a veces, señorita Salmon. Sin embargo, recuerdo que mi padre, *sir* Raymond, dijo una vez...

—Otra vez, no —dijo el mayor.

—... que las clases eran como el agua y el vino. Bajo ninguna circunstancia deben mezclarse.

—Pues yo pensaba que fue Jesucristo quien transformó el agua en vino —señaló Becky.

La señora Trentham decidió pasar por alto la observación.

—Por eso exactamente tenemos oficiales y otras jerarquías, porque Dios lo planeó así.

—¿Y cree usted que Dios planeó que estallara una guerra, a fin de que esos mismos oficiales y otras jerarquías pudieran matarse mutuamente de forma indiscriminada? —preguntó Becky.

—No tengo ni la menor idea, señorita Salmon. Ya ve, no poseo la ventaja de ser una intelectual como usted. Soy una sencilla y llana mujer que dice lo que piensa. Pero lo que sí sé es que todos hicimos sacrificios durante la guerra.

—¿Y qué sacrificios hizo usted, señora Trentham? —inquirió Becky.

—Un número considerable, joven —replicó la señora Trentham, irguiéndose—. Para empezar, tuve que pasar sin un montón de cosas fundamentales para la existencia.

—¿Como un brazo o una pierna? —dijo Becky, arrepintiéndose al instante de sus palabras, pues comprendió que había caído en la trampa de la señora Trentham.

La madre de Guy se levantó de su silla, caminó lentamente hacia la chimenea y tiró con virulencia de la campana que servía para llamar a los criados.

—No voy a tolerar que me insulten en mi propia casa —dijo. En cuanto Gibson apareció, se volvió hacia él—. Ocúpese de que Alfred saque las pertenencias de la

señorita Salmon de su habitación. Regresará a Londres antes de lo que había planeado.

Becky se quedó en silencio junto al fuego, sin saber qué hacer. La señora Trentham la miró desafiante, hasta que Becky se acercó al mayor y le estrechó la mano.

—Me despediré, pues, mayor Trentham. Tengo el presentimiento de que no volveremos a vernos.

—Lo siento por mí, señorita Salmon —dijo, antes de besarle la mano.

Becky salió de la sala de estar sin mirar a la señora Trentham. Guy la siguió hasta el vestíbulo.

En el viaje de vuelta a Londres, Guy intentó disculpar por todos los medios imaginables el comportamiento de su madre, pero Becky sabía que ni siquiera él creía en sus propias palabras. Cuando el coche se detuvo frente al número 97, Guy salió y le abrió la puerta a Becky, acompañándola luego hasta la puerta.

—¿Puedo subir? —preguntó—. Tengo que decirte algo.

—Esta noche no. Necesito pensar y estar sola.

—Es que quería explicarte lo mucho que te quiero —suspiró Guy—, y tal vez hablar de nuestros planes para el futuro.

—¿Planes que incluyen a tu madre?

—Al infierno con mi madre. ¿Es que no comprendes lo que siento por ti? —Becky vaciló—. Anunciamos nuestro compromiso en el *Times* lo antes posible, haciendo caso omiso de lo que ella piense. ¿Qué me contestas?

Ella le echó los brazos al cuello.

—Oh, Guy, te quiero mucho, pero será mejor que no subas esta noche. Daphne puede volver en cualquier momento.

La decepción se reflejó en el rostro de Guy, pero la besó otra vez antes de desearle buenas noches; ella abrió la puerta de la calle y subió corriendo la escalera.

Becky entró en el piso y descubrió que Daphne aún no había regresado del campo. Tardó dos horas más en volver.

—¿Cómo fue todo? —fue lo primero que dijo Daphne al entrar en la salita de estar.

—Un desastre.

—Entonces, ¿todo ha terminado?

—No, no exactamente. De hecho, tengo la sensación de que Guy se me declaró.

—¿Y tú aceptaste?

—Yo diría que sí.

—¿Mencionó la India, por casualidad?

A la mañana siguiente, cuando Becky sacó sus cosas del maletín, se quedó horrorizada al descubrir que faltaba el broche que Daphne le había prestado para el

fin de semana. Imaginó que lo habría dejado en Ashurst Hall.

Como no tenía el menor deseo de volver a ver a la señora Trentham, envió una nota a Guy al comedor de oficiales para comunicarle su problema. Él telefoneó aquella noche para decirle que lo buscaría el fin de semana, cuando regresara a Ashurst.

Becky se pasó los cinco días siguientes preguntándose si Guy sería capaz de encontrar el objeto desaparecido; por fortuna, Daphne no dio muestras de reparar en su ausencia. Becky solo deseaba devolver el broche a su caja antes de que Daphne tuviera ganas de ponérselo.

Guy le escribió el domingo por la noche para decirle que, pese al registro exhaustivo de la habitación de los invitados, no había localizado el broche; en cualquier caso, Nellie le había comunicado que recordaba claramente haber puesto en la maleta sus joyas antes de que se marchara.

La noticia desconcertó a Becky, pues recordaba que se vio obligada a hacer la maleta ella misma tras su terminante expulsión de Ashurst Hall. Se quedó levantada hasta muy tarde, nerviosa, esperando que Daphne volviera del fin de semana en el campo para explicarle lo ocurrido. Empezó a temer que le costara meses, o incluso años, devolver el valor de lo que debía ser una joya familiar heredada.

Su amiga entró en Chelsea Terrace pocos minutos después de la media noche. Becky ya había bebido varias tazas de café y casi encendido uno de los cigarrillos que fumaba Daphne.

—¿Qué haces levantada tan tarde, querida? —fue el saludo de Daphne—. ¿Falta tan poco para los exámenes?

—No —dijo Becky, y soltó de golpe toda la historia sobre la joya extraviada.

Terminó preguntándole a su amiga cuánto tiempo tardaría en devolverle el importe de su valor.

—Una semana, más o menos —contestó Daphne.

—¿Una semana? —se extrañó Becky.

—Sí. Era quincalla... Hizo furor en su momento. Si no me acuerdo mal, costó la imponente suma de tres chelines.

Una tranquilizada Becky le contó a Guy durante la cena del martes por qué ya no era importante encontrar la joya extraviada.

Guy trajo el broche a Chelsea Terrace el lunes siguiente, y explicó que Nellie lo había encontrado bajo la cama de la habitación Wellington...

CAPÍTULO 9

Becky empezó a notar pequeños cambios en los modales de Charlie, primero sutiles, y después más obvios.

Daphne no intentó ocultar su implicación en lo que ella describía como «el descubrimiento social de la década, mi propio Charlie Doolittle».

—Fíjate, este fin de semana le llevé a Harcourt Hall, y tuvo un éxito arrollador. Hasta mamá opinó que era fantástico.

—¿A tu madre le gusta Charlie Trumper? —preguntó Becky, incrédula.

—Oh, sí, querida, pero mamá sabe que no tengo la menor intención de casarme con Charlie.

—Ve con cuidado. Yo tampoco tenía la intención de casarme con Guy.

—Querida, tú provienes de la clase romántica, mientras que yo he nacido en un medio social más práctico; por eso la aristocracia ha sobrevivido durante tanto tiempo. No, terminaré casándome con un tal Percy Wiltshire y no tendrá nada que ver con el destino o las estrellas, sino con el anticuado sentido común.

—¿Y ya has informado a Percy de tus planes para su futuro?

—Por supuesto que no. Ni siquiera su madre se lo ha dicho.

—Pero ¿y si Charlie se enamorara de ti?

—Eso no es posible. Hay otra mujer en su vida, ¿sabes?

—Santo Dios. Nunca me lo ha dicho.

El balance semestral de la tienda mostró una mejora considerable sobre el primer trimestre, como Daphne descubrió cuando recibió el siguiente cheque. Le dijo a Becky que, a este paso, no confiaba en extraer ningún beneficio a largo plazo de su préstamo. En cuanto a Becky, pasaba cada vez menos tiempo pensando en Daphne, Charlie o la tienda, a medida que se acercaba la hora en que Guy partiría hacia la India.

India... Becky no había dormido la noche en que se enteró de que Guy había sido destinado durante tres años a aquel país, y habría deseado, sin duda alguna, conocer una noticia que desbarataba tanto su futuro de labios de Guy, y no de Daphne. Becky había aceptado en el pasado, sin discusión, que los deberes de Guy para con el regimiento le impedirían verle de una forma regular, pero, a medida que el momento de su partida se aproximaba, empezó a detestar las guardias, los ejercicios nocturnos y casi todas las operaciones de fin de semana en que debía tomar parte.

Becky temía que las atenciones de Guy se enfriarían después de su trascendental visita a Ashurst Hall, pero aún se mostró más ardiente y no paraba de repetir que todo sería muy diferente cuando estuvieran casados.

Los meses se convirtieron en semanas y las semanas en días, hasta que el temido círculo que Becky había trazado alrededor del 3 de febrero de 1920, en el calendario

que tenía junto a la cama, se cernió sobre ellos.

—Vamos a cenar al Café Royal, donde pasamos nuestra primera velada juntos — sugirió Guy el lunes anterior a su partida.

—No —dijo Becky—, no quiero compartirte con cien personas en nuestra última noche. —Vaciló antes de añadir—: Si eres capaz de afrontar la prueba de mi arte culinario, prefiero cenar en el piso. Al menos, así estaremos solos.

Guy sonrió.

Becky dejó de pasar a diario por la tienda cuando el negocio empezó a prosperar, pero no podía resistir la tentación de echar un vistazo por el escaparate cada vez que pasaba por delante del 147. Aquel lunes por la mañana en particular, le sorprendió no ver a Charlie detrás del mostrador. Eran las ocho en punto.

—Aquí —oyó que le gritaba una voz desde atrás.

Se volvió y vio a Charlie sentado en el mismo banco donde la había esperado el día de su regreso. Cruzó la calle para ir a su encuentro.

—¿Qué significa esto? ¿Has tomado la jubilación anticipada antes de devolver nuestro préstamo?

—Por supuesto que no. Estoy trabajando.

—¿Trabajando? Haga el favor de explicarme, señor Trumper, como puede calificarse de trabajo estar holgazaneando en un banco del parque el lunes por la mañana.

—Fue Henry Ford quien nos enseñó que «por cada minuto de acción, tiene que haber una hora de pensamiento» —dijo Charlie, con un levísimo rastro de su antiguo acento.

Becky no dejó de reparar en su pronunciación de la palabra «Henry».

—¿Y a dónde te llevan esos pensamientos fordianos en este preciso momento?

—A esa fila de tiendas de la acera opuesta.

—¿A todas ellas? —Becky contempló la manzana—, ¿y a qué conclusión habría llegado el señor Ford, de haber estado sentado en este banco?

—Que representan treinta y seis maneras diferentes de hacer dinero.

—Nunca las he contado, pero acepto tu palabra.

—Pero ¿qué más ves cuando las miras?

Los ojos de Becky se volvieron hacia Chelsea Terrace.

—Montones de gente paseando arriba y abajo, sobre todo damas con sombrillas, niñas empujando cochecillos de niño y ese curioso niño con su comba. —Hizo una pausa—. Bueno, ¿qué ves tú?

—Dos carteles de «En venta».

—Confieso que no me había dado cuenta.

—Porque miras con ojos diferentes —explicó Charlie.

—Primero, tenemos la carnicería de Kendrick. Bien, todos sabemos lo que le

pasa, ¿no? Un ataque al corazón, y su médico le ha aconsejado que se jubile o no vivirá mucho tiempo.

—Y, a continuación, la tienda del señor Rutheford —dijo Becky, localizando el segundo cartel de «En venta».

—El anticuario. Oh, sí, el querido Julián quiere liquidar el negocio y reunirse con su amiguito en Nueva York, donde la ley es más complaciente con sus proclividades particulares... ¿Te gusta la palabreja?

—¿Cómo has averiguado...?

—Información —dijo Charlie, tocándose la nariz—. El fluido vital de los negocios.

—¿Otro principio fordiano?

—No, mucho más cercano —admitió Charlie—. Daphne Harcourt-Browne.

—¿Y qué vas a hacer al respecto? —sonrió Becky.

—Voy a apoderarme de ambas.

—¿Y cómo lo vas a hacer?

—Con mi inteligencia y tu diligencia.

—¿Hablas en serio, Charlie Trumper?

—Más que nunca. —Charlie se volvió para mirarla—. Al fin y al cabo, ¿por qué Chelsea Terrace ha de ser diferente de Whitechapel?

—Tal vez en un decimal —sugirió Becky.

—Pues ya puede mover esa coma, señorita Salmon, porque ha llegado el momento de que dejes de ser un socio secreto y empieces a cumplir tu parte del trato.

—¿Y mis exámenes?

—Utiliza el tiempo libre que tendrás cuando tu novio se vaya a la India.

—Se va mañana, de hecho.

—En ese caso, te concedo un día más de licencia. ¿No es así como los oficiales denominan un día de asueto? Pero mañana quiero que vuelvas a John D. Wood y conciertes una cita para ver a ese granuja de empleado... ¿Cómo se llama?

—Palmer.

—Sí, Palmer. Dale instrucciones para que negocie en nuestro nombre un precio por esas dos tiendas, y adviértele que nos interesa todo cuanto quede libre en Chelsea Terrace.

—¿Todo lo que quede libre en Chelsea Terrace? —repitió Becky, que tomaba notas en la contraportada de su libro de texto.

—Sí, y también necesitaremos obtener casi todo el dinero que va a costar, de modo que visita varios bancos y ocúpate de conseguir buenas condiciones. Pasa de todo lo que exceda el cuatro por ciento.

—Nada que exceda el cuatro por ciento, pero... ¿treinta y seis tiendas, Charlie?

—Lo sé, podemos tardar muchísimo tiempo.

Cuando Becky llegó a la biblioteca del colegio Bedford intentó apartar a un lado los sueños de convertirse en el nuevo señor Selfridge que alimentaba Charlie, pues tenía la intención de terminar un ensayo sobre la influencia de Bernini en la escultura del siglo diecisiete. No obstante, su mente saltaba de Bernini a Charlie, y de este a Guy. Incapaz de abordar lo moderno, Becky descubrió que su fracaso era todavía mayor con lo antiguo, y llegó a la desganada conclusión de que debería aplazar el ensayo hasta que tuviera más tiempo para concentrarse en el pasado.

A la hora de comer se sentó sobre el muro de ladrillo rojo que corría frente a la biblioteca. Mordisqueó una camuesa naranja Cox y siguió pensando. Comió un último bocado antes de tirar el corazón a una papelera cercana y todo lo demás al interior de su cartapacio, antes de emprender el viaje de vuelta a Chelsea.

Cuando llegó a la Terrace se detuvo en primer lugar en la carnicería, donde compró una pierna de cordero y expresó a la señora Kendrick su pesar por el estado de salud de su marido. Al pagar la cuenta reparó en que los dependientes, aunque bien aleccionados, mostraban una deplorable falta de iniciativa. Los clientes huían justo con lo que habían ido a buscar, cosa que Charlie jamás les hubiera permitido. Después, engrosó la cola formada frente a la tienda de Charlie e indicó a este que le sirviera.

—¿Algo especial, señora?

—Un kilo de patatas, medio de tomates, una col y un melón.

—Hoy está de suerte, señora. El melón está en su punto para esta noche —dijo Charlie, apretando la parte superior—. ¿Puedo servirla en algo más, señora?

—No, gracias, buen hombre.

—Entonces, serán tres chelines y cuatro peniques, señora.

—¿Y no me regala una camuesa naranja Cox, como a las demás chicas?

—No, señora, lo siento, tales privilegios se reservan para nuestras clientas habituales. Le advierto, de todos modos, que podría convencerme, en el caso de que me invitara a compartir el melón con usted esta noche. Eso me daría la ocasión de explicarle con todo detalle mis planes respecto a Chelsea Terrace, Londres, el mundo...

—Esta noche no puedo, Charlie. Guy se va a la India por la mañana.

—Claro, qué tonto soy. Lo siento. Me había olvidado. —Parecía extrañamente turbado—. ¿Mañana, tal vez?

—Sí, ¿por qué no?

—Entonces, te llevaré a cenar, para variar. Te recogeré a las ocho.

—Trato hecho, socio —dijo Becky, intentando imitar a Sarah Bernhardt.

Charlie se distrajo cuando le tocó el turno a una señora gorda.

—Ah, *lady* Nourse —dijo Charlie, recobrando su acento de siempre—, ¿sus nabos y rutabagas de costumbre, o vamos a ser hoy un poco más atrevidos?

Becky se volvió para ver a *lady* Nourse, que no tenía ni un día menos de sesenta años, ruborizarse e hinchar de satisfacción su abundante pecho.

Becky entró en su piso y se dirigió de inmediato a la sala de estar para comprobar que estaba limpia y ordenada. Daphne aún no había regresado de su largo fin de semana en Harcourt Hall, y aparte de arreglar el extravagante cojín y correr las cortinas, no quedaba mucho por hacer.

Becky decidió adelantar en lo posible la confección de la cena antes de darse un baño. Ya se estaba arrepintiendo de haber rechazado la oferta de Daphne, en el sentido de contratar un cocinero y un par de criadas de Lowndes Square para ayudarla, pero había decidido tener a Guy solo para ella, aunque sabía que su madre desaprobaría que cenaran a solas en el piso.

Melón, pierna de cordero con patatas, col y un tomate; el menú merecería la aprobación de su madre, ciertamente, pero sospechaba que tal aprobación no abarcaría el gasto de dinero, ganado con tantos esfuerzos, en una botella de *Nuit St. George* 1912, que había comprado en la tienda del señor Cuthbert, número 101. Peló las patatas, untó con grasa el cordero y comprobó que quedara algo de menta, antes de quitar el troncho de la col.

Mientras descorchaba el vino, Becky decidió que, en el futuro, compraría todos los alimentos en el barrio, para mantenerse tan bien informada como Charlie. Antes de desnudarse también comprobó que quedara algo de coñac en la botella que le habían regalado por Navidad.

Permaneció sumergida en el agua caliente un rato, pensando en los bancos a los que acudiría y, sobre todo, en cómo presentaría su caso. Cifras detalladas, tanto de los ingresos de la tienda como del plazo que necesitarían para devolver cualquier préstamo... Su mente saltó de Charlie a Guy, y a la pregunta de por qué no se dirigían la palabra.

Cuando el reloj del dormitorio dio la media, Becky saltó de la bañera presa del pánico, consciente del tiempo que le habían robado sus reflexiones y de que Guy se plantaría ante la puerta a las ocho en punto. Como Daphne le había advertido, de los soldados solo se podía confiar en su puntualidad.

Becky vació la mitad de sus cajones y los de Daphne, dejando el suelo de ambas habitaciones sembrado de prendas, en un intento desesperado por decidir qué ponerse. Al final, escogió el vestido que Daphne había llevado en el Baile de los Fusileros, sin volver a utilizarlo. Tras conseguir abrocharse el último botón se miró en el espejo. El reloj que descansaba sobre la repisa de la chimenea dio las ocho y el timbre de la puerta sonó.

Guy, ataviado con una chaqueta cruzada del regimiento, de tela tejida con líneas diagonales al estilo de la caballería, entró en el piso cargado con otra botella de vino tinto y una docena de rosas rojas. Una vez depositados ambos presentes sobre la mesa, tomó a Becky en sus brazos.

—Un vestido precioso —dijo—. Me parece que no lo había visto nunca.

—No, es la primera vez que lo llevo —contestó Becky, sintiéndose culpable por no haberle pedido permiso a Daphne.

—¿No te ha venido a ayudar nadie? —preguntó Guy, paseando la vista a su alrededor.

—Bueno, Daphne se ofreció voluntariamente como carabina, pero no acepté, porque no quería compartirte con nadie en nuestra última noche juntos.

—¿Puedo hacer algo? —sonrió Guy.

—Sí. Servir el vino mientras pongo las patatas.

—¿Patatas de Trumper?

—Por supuesto —replicó Becky mientras volvía a la cocina y echaba la col en el agua hirviente de la olla. Vaciló solo un momento antes de preguntar—: No te cae bien Charlie, ¿verdad?

Guy sirvió una copa de vino a cada uno, pero o no la oyó, o prefirió no contestar.

—¿Cómo te ha ido el día? —preguntó Becky, entrando en la sala de estar y cogiendo la copa de vino que él le tendió.

—Llenando incesantes baúles para el viaje de mañana. En aquella mierda de país imaginan que debes tener cuatro ejemplares de todo.

—¿De todo? —Becky probó el vino—. Hum, qué bueno.

—De todo. Y tú, ¿qué has hecho?

—He hablado con Charlie sobre sus planes para apoderarse de Londres sin necesidad de declarar la guerra; adjudiqué a Caravaggio un puesto de segunda fila, seleccioné algunos tomates, sin olvidarme de repasar las cuentas del día.

Becky colocó medio melón frente a Guy y la otra mitad en su plato, mientras Guy volvía a llenarle la copa.

A medida que la cena se alargaba, Becky iba tomando mayor conciencia de que, probablemente, esta iba a ser su última noche juntos hasta dentro de tres años. Hablaron de teatro, del regimiento, de los problemas en Irlanda, de Daphne, incluso del precio de los melones, pero en ningún momento de la India.

—Podrías venir a visitarme —dijo Guy por fin, sacando a colación el tema tabú mientras servía a Becky otra copa de vino, vaciando casi la botella.

—¿Una excursión de un día? —insinuó ella, sacando los platos vacíos de la mesa y llevándolos a la cocina.

—Creo que no pasará mucho tiempo antes de que sea posible.

Guy llenó su copa y abrió la botella que había traído.

—¿Qué quieres decir?

—En avión. Después de todo, Alcock y Brown han cruzado el Atlántico sin hacer escala, así que la India se convertirá en el próximo destino de cualquier pionero.

—Tal vez podría ir sentada en un ala —dijo Becky cuando volvió de la cocina.

—No te preocupes —rio Guy—, estoy seguro de que tres años pasarán en un abrir y cerrar de ojos, y podremos casarnos en cuanto vuelva.

Levantó la copa y vio que ella bebía de nuevo. Permanecieron un rato en silencio.

Becky se levantó de la mesa, un poco mareada.

—He de poner la cafetera al fuego —explicó.

Al regresar, no advirtió que su copa volvía a estar llena.

—Gracias por una noche maravillosa —dijo Guy.

Becky temió por un momento que se fuera a marchar.

—Me temo que ha llegado el momento de lavar los platos, pues no tienes criadas y yo he dejado a mi ordenanza en los barracones.

—No te preocupes —hipó Becky—, al fin y al cabo, puedo dedicar un año a lavar, otro a secar y el último a apilarlos.

El insistente silbido de la cafetera interrumpió la carcajada de Guy.

—Solo tardaré un momento. ¿Por qué no te sirves una copa de coñac? —añadió Becky, desapareciendo en la cocina para elegir dos lazas que no estuvieran desportilladas. Volvió con ellas, llenas de café humeante. Se preguntó si se atrevería a bajar un poco la luz de gas, pero desistió. Colocó las dos tazas sobre la mesita cercana al sofá—. El café está tan caliente que hemos de esperar un poco a tomarlo —advirtió.

Él le pasó la botella de coñac, que estaba llena a medias. Levantó su copa y esperó. Ella vaciló, y después tomó un sorbo antes de sentarse a su lado. Guardaron silencio durante unos minutos, hasta que Guy, de repente, dejó la copa, la tomó en sus brazos y la besó con pasión, primero en los labios, después en el cuello y luego en sus hombros desnudos. Becky solo opuso una tímida resistencia cuando sintió una mano que se deslizaba desde su espalda a un pecho.

—Tengo una sorpresa especial para ti —dijo Guy, apartándose—, que me había reservado para esta noche.

—¿Cuál es?

—Nuestro compromiso será anunciado en el *Times* de mañana.

Becky se quedó tan estupefacta que le miró fijamente.

—Oh, querido, es maravilloso. —Becky le atrajo hacia sí y no ofreció ninguna resistencia cuando la mano de Guy se apoderó de su pecho—, ¿cuál será la reacción de tu madre?

—Me importa una mierda su reacción —dijo Guy, besándola de nuevo en el cuello.

Desplazó la mano hacia el otro seno. Becky abrió los labios y sus lenguas se juntaron.

Notó que le desabrochaba los botones de la espalda, lentamente al principio y luego con mayor seguridad. Guy se apartó. Becky enrojeció cuando él se quitó la chaqueta y la corbata y las tiró por encima del sofá. Consideró la posibilidad de aclararle que ya había ido demasiado lejos.

Cuando Guy empezó a desabrocharse la camisa sintió pánico, e intuyó que estaba perdiendo el control de la situación.

Guy se inclinó hacia adelante y deslizó la parte superior del vestido de Becky por

los hombros. Volvió a besarla, y Becky notó que su mano intentaba desabrocharle el sujetador.

Becky creyó que podría salvarse, dado que ninguno de los dos sabía dónde estaba la pinza, pero pronto se hizo muy patente que Guy había solventado problemas similares en anteriores ocasiones, pues soltó con destreza la irritante pinza y vaciló solo un momento antes de trasladar su atención a las piernas de la joven. Se detuvo de repente cuando llegó al borde de las medias, y la miró a los ojos.

—Hasta ahora solo lo había imaginado —murmuró—, pero no tenía ni idea de que fueras tan hermosa.

—Gracias —dijo Becky.

Guy se irguió y le pasó la copa de coñac. Becky tomó otro sorbo, preguntándose si no sería más prudente huir a la cocina con la excusa de que el café se estaba enfriando.

—De todas formas, he sufrido una decepción esta noche —añadió él, sin apartar la mano de su muslo.

—¿Una decepción? —Becky dejó sobre la mesa su copa. Empezaba a sentirse muy borracha.

—Sí —dijo Guy—. Tu anillo de compromiso.

—¿Anillo de compromiso?

—Sí. Lo encargué en Garrard's hace un mes, y prometieron que lo tendrían listo para hoy, pero esta tarde me informaron que no podría recogerlo hasta primera hora de la mañana.

—No importa —dijo Becky.

—Sí importa. Quería ponértelo en el dedo esta noche, por eso te pido que vayas a la estación un poco más temprano de lo que habíamos acordado. Entonces, hincaré una rodilla y te lo ofreceré.

Becky se puso en pie y sonrió. Guy se apresuró a tomarla en sus brazos.

—Siempre te amaré. Lo sabes, ¿verdad?

El vestido de Daphne resbaló de sus hombros y cayó al suelo. Guy la cogió de la mano y la condujo al dormitorio.

Apartó la sábana, saltó encima y extendió los brazos. En cuanto ella le imitó, Guy le quitó el resto de la ropa y empezó a besarla por todo el cuerpo antes de hacerle el amor, con una maestría que, sospechó Becky, solo podía provenir de una experiencia considerable.

Aunque el acto en sí le resultó doloroso, a Becky le sorprendió la rapidez con que se desvaneció la sensación prometida, y se quedó aferrada a Guy durante un tiempo que le pareció eterno. Él no cesaba de repetir cuánto la quería, y ella se sintió menos culpable; al fin y al cabo, estaban prometidos.

Becky, medio dormida, oyó una puerta que se cerraba, pero imaginó que había sido en el piso de arriba. Guy ni se movió. De pronto, la puerta del dormitorio se abrió y Daphne apareció en el umbral.

—Lo siento, no me di cuenta —susurró, y cerró la puerta en silencio a su espalda. Becky miró a su amante. Él sonrió y la abrazó.
—No tienes que preocuparte por Daphne. No se lo dirá a nadie.
La atrajo hacia él y volvieron a hacer el amor.

La estación de Waterloo ya estaba abarrotada de hombres uniformados cuando Becky llegó al andén uno, con un retraso de dos minutos. Se quedó un poco sorprendida al no ver a Guy esperándola. Entonces recordó que iba a pasar por Albemarle Street para recoger el anillo.

Consultó el tablón de anuncios. Vio, escritas con mayúsculas a tiza, las palabras «TREN CON TRANSBORDO EN SOUTHAMPTON, con destino a la India, hora de salida 11.30». Becky continuó escudriñando el andén. Sus ojos se posaron en un grupo de chicas, agrupadas bajo el reloj de la estación. Sus voces nerviosas y chillonas hablaban a la vez de bailes, polo y quién se presentaba en sociedad aquel año. Todas eran muy conscientes de que debían despedirse en la estación porque no era correcto acompañar a un oficial en el tren a Southampton sin estar casados o prometidos oficialmente. Sin embargo, el *Times* de aquella mañana demostraría que Guy y ella estaban comprometidos, pensó Becky, de modo que tal vez podría viajar a Southampton...

Consultó de nuevo su reloj: las once y veintiún minutos. Por primera vez, empezó a sentirse algo inquieta. Luego, de improviso, le vio avanzar por el andén hacia ella.

Guy se disculpó, aunque sin dar explicaciones por su tardanza, e indicó a su ordenanza que llevara los baúles al tren y le esperara. Durante los siguientes minutos no hablaron de nada en particular. Becky le encontró muy distante, pero sabía que había varios oficiales en el andén, también despidiéndose, algunos incluso de sus esposas.

Sonó un silbato y Becky vio que un conductor de tren consultaba su reloj. Guy se inclinó hacia adelante, le rozó la mejilla con los labios y se alejó con brusquedad. Ella le vio encaminarse a toda prisa hacia el tren, sin mirar atrás, mientras ella solo podía pensar en sus cuerpos desnudos aferrados en aquella estrecha cama, y en Guy diciendo: «Siempre te amaré. Lo sabes, ¿verdad?».

Un silbato final y el agitar de una bandera. Becky se quedó sola. Una ráfaga de viento la hizo estremecerse, mientras la locomotora reptaba fuera de la estación y comenzaba su viaje a Southampton. Las joviales muchachas también se marcharon, pero en otra dirección, hacia sus cabriolés y automóviles conducidos por chóferes.

Becky se acercó al quiosco situado en la esquina del andén siete, compró un ejemplar del *Times* por dos peniques y recorrió, primero deprisa y después poco a poco, la lista de próximas bodas.

Entre Arbuthnot y Yelland no encontró ninguna mención a Trentham o Salmon.

CAPÍTULO 10

Antes de que sirvieran el primer plato, Becky ya estaba arrepentida de haber aceptado la invitación de Charlie a cenar en el restaurante del señor Scallini, el único que él conocía. Charlie intentaba portarse con la mayor cortesía, y eso la hacía sentirse aún más culpable.

—Me gusta tu vestido —dijo Charlie, admirando la prenda de color pastel que Daphne le había prestado a Becky.

—Gracias.

Siguió una larga pausa.

—Lo siento —dijo Charlie—. Tenía que habérmelo pensado dos veces antes de invitarte el mismo día en que el capitán Trentham se iba a la India.

—Nuestro compromiso saldrá anunciado en el *Times* de mañana —dijo ella, sin levantar la vista de su plato de sopa intacto.

—Felicidades —contestó Charlie con frialdad.

—Guy no te cae bien, ¿verdad?

—Nunca me llevé muy bien con los oficiales.

—Pero ya os conocíais, ¿verdad? De hecho, le conociste antes que yo —le espetó Becky. Charlie no respondió, y Becky insistió—. Me di cuenta la primera vez que cenamos juntos.

—«Conocerle» es un poco exagerado. Servimos en el mismo regimiento —dijo Charlie, dándole largas.

—Pero es un oficial valiente y respetado.

Un camarero apareció inopinadamente a su lado.

—¿Qué desea beber con el pescado, señor?

—Champagne —contestó Charlie—. Al fin y al cabo, hemos de celebrar algo.

—¿De veras? —preguntó Becky, sin darse cuenta de que él utilizaba la maniobra para cambiar de tema.

—Los resultados de nuestro primer año, ¿o ya has olvidado que le hemos devuelto a Daphne más de la mitad de su préstamo?

Becky esbozó una sonrisa, comprendiendo que mientras ella solo se preocupaba por la partida de Guy hacia la India, Charlie se había concentrado en resolver su otro problema. A pesar de la noticia, la velada prosiguió en silencio, puntuado en ocasiones por comentarios de Charlie que no siempre recibían contestación. Becky apenas tocó el champagne, jugueteó con su pescado, no pidió postre y casi no disimuló su alivio cuando llegó la cuenta.

Charlie pagó al camarero y dejó una generosa propina. Daphne se habría sentido orgullosa de él, pensó Becky.

Cuando se levantó de la silla, experimentó la sensación de que el comedor daba vueltas a su alrededor.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Charlie, rodeándole los hombros con su

brazo.

—Me encuentro bien, pero no estoy acostumbrada a beber tanto vino durante dos noches seguidas.

—Tampoco has comido mucho —señaló Charlie, guiándola fuera del restaurante, hasta salir al frío aire de la noche.

Caminaron cogidos del brazo por Chelsea Terrace, y Becky pensó que cualquiera podía imaginar que eran amantes. Cuando llegaron a la entrada de la casa de Daphne, Charlie tuvo que hundir la mano hasta el fondo del bolso de Becky para encontrar las llaves. Consiguió abrir la puerta y sostener a Becky al mismo tiempo, pero las piernas de la joven fallaron y se vio obligado a sujetarla para que no cayera. La cargó en brazos hasta la primera planta. Necesitó ejecutar una contorsión para abrir la puerta del piso sin dejarla caer. Por fin, entró tambaleándose en la sala de estar y la depositó sobre el sofá. Se irguió y recuperó el equilibrio, dudando entre dejarla en el sofá o averiguar dónde estaba su dormitorio.

Charlie iba a marcharse, cuando ella resbaló hasta caer al suelo, murmurando incoherencias. La única palabra que captó fue «comprometidos».

Volvió al lado de Becky, pero esta vez la cargó sin vacilar sobre su hombro y atravesó una puerta, descubriendo que se hallaba en un dormitorio. La dejó con suavidad sobre la cama. Regresó de puntillas hacia la puerta, pero ella se dio la vuelta y Charlie tuvo que correr para empujarla hacia el centro de la cama antes de que cayera. Titubeó un momento, y después se inclinó para alzarla un poco y desabrocharle los botones de la espalda con su mano libre. Después, la recostó en la cama y levantó las piernas de Becky con una mano, mientras tiraba del vestido hacia abajo, poco a poco, hasta quitárselo. La abandonó un momento para colocar el vestido sobre una silla.

—Charlie Trumper —susurró, mirándola—, eres ciego, y has estado ciego durante un larguísimo tiempo.

Tiró hacia atrás de la manta y acomodó a Becky entre las sábanas, tal como había visto hacer a las enfermeras del frente occidental con los hombres heridos.

Encajó bien a Becky, asegurándose de que el proceso no se repetiría. Su gesto final fue inclinarse y besarla en la mejilla.

No solo eres ciego, Charlie Trumper, sino que además eres tonto, se dijo mientras cerraba la puerta de la calle detrás de él.

—Estaré contigo dentro de un momento —dijo Charlie, poniendo algunas patatas sobre la báscula, mientras Becky esperaba pacientemente en un rincón de la tienda.

—¿Algo más, señora? —preguntó a la cliente—, ¿algunas mandarinas, tal vez? ¿Manzanas? Tengo unos pomelos acabados de llegar de Suráfrica.

—No, gracias, señor Trumper, eso es todo por hoy.

—Entonces, serán dos chelines y cinco peniques, señora Symonds. Bob, ¿puedes

servir al siguiente cliente mientras hablo con la señorita Salmon?

—Sargento Trumper.

—Señor —fue la reacción instantánea de Charlie cuando oyó la resonante voz.

Se volvió hacia el hombre alto que se hallaba frente a él, tieso como un palo y vestido con una chaqueta de *tweed* Harris, pantalones de tela doble y un sombrero de fieltro de color pardo.

—Nunca olvido una cara —dijo el hombre.

Charlie habría continuado perplejo, de no ser por el monóculo.

—Santo Dios —dijo, poniéndose firmes.

—No, coronel es suficiente —rio el otro hombre—, y ahórrese todos esos disparates. Aquellos días ya han pasado a la historia. Ha pasado bastante tiempo desde la última vez que nos vimos, Trumper.

—Casi dos años, señor.

—A mí me ha parecido más —dijo el coronel con aire melancólico—. Tenía usted toda la razón sobre Prescott, ¿verdad? Era un buen amigo de él.

—Y él era un buen amigo mío.

—Y un soldado de primera. Mereció su M. M.

—No puedo estar más de acuerdo con usted, señor.

—Usted se merecía una, Trumper, pero Prescott se la llevó. Me temo que usted solo fue mencionado en los despachos.

—Dieron la medalla al hombre adecuado.

—Una forma terrible de morir. Todavía lo recuerdo, ¿sabe? A unos escasos metros de la línea.

—No fue culpa suya, señor. En todo caso, fue mía.

—Si fue culpa de alguien, desde luego no fue de usted. Sospecho que es mejor olvidarlo —añadió, sin más explicaciones.

—¿Cómo va el regimiento, señor? ¿Sobrevive sin mí?

—Y sin mí, me temo —respondió el coronel, introduciendo algunas manzanas en la bolsa de la compra que llevaba—. Se acaban de ir a la India, pero no antes de librarse de este caballo viejo.

—Lo lamento, señor. El regimiento era toda su vida.

—Cierto, a pesar de que incluso los Fusileros han de sucumbir bajo la guadaña. Para ser sincero con usted, soy un hombre de infantería, siempre lo he sido, y nunca me acostumbé a aquellos tanques de nuevo cuño.

—De haberlos tenido un par de años antes, señor, habrían salvado algunas vidas.

—Debo admitir que hicieron un buen trabajo. Me gusta pensar que yo también.

—Tocó el nudo de su corbata a rayas—. ¿Nos veremos en la cena del regimiento, Trumper?

—No sabía que se celebrara, señor.

—Dos veces al año. La primera en enero, solo los hombres, y la segunda en mayo, con las *mensahibs*, que incluye un baile. Proporciona a los camaradas una

oportunidad de reunirse y charlar sobre los viejos tiempos. Sería estupendo que acudiera, Trumper. Este año soy el presidente del comité del baile, y confío en que tenga lugar una gran reunión.

—Puede contar conmigo, señor.

—Buen muchacho. Me encargaré de que la oficina se ponga en contacto con usted pronto, diez la entrada, barra libre para todos, cosa que le hará feliz, supongo —añadió el coronel, echando un vistazo a la abarrotada tienda.

—¿Puedo servirle en algo, señor? —preguntó Charlie, consciente de que se estaba formando una larguísima cola.

—No, no, su hábil ayudante ya se ha encargado de mí de una forma excelente y, como ve, ya he cumplido al pie de la letra las instrucciones escritas de la *mensahib*.

Alzó una delgada hoja de papel, con una lista de artículos y una cruz al lado.

—En ese caso, espero verle la noche del baile, señor —contestó Charlie.

El coronel asintió con la cabeza y salió a la calle sin decir nada más.

Becky se acercó a su socio, dándose cuenta de que Charlie se había olvidado por completo de que ella le esperaba.

—Todavía sigues firmes, Charlie —se burló ella.

—Era mi oficial en jefe, el coronel *sir* Danvers Hamilton —dijo Charlie con cierta pomposidad—. Estaba con nosotros en el frente, era un caballero, y todavía se acuerda de mi nombre.

—Charlie, si pudieras oírte. Es posible que sea un caballero, pero él ya no trabaja, mientras que tú diriges un negocio próspero. Sé cuál preferiría ser.

—Pero es el comandante en jefe. ¿No lo entiendes?

—Era —puntualizó Becky—, y no dudó en señalar que el regimiento se había ido a la India sin él.

—Eso no cambia nada.

—Acuérdate de mis palabras, Charlie Trumper: el coronel terminará llamándote «señor».

Hacía casi una semana que Guy se había marchado y, en ocasiones, Becky era capaz de estar una hora sin pensar en él.

Becky se había pasado casi toda la noche en blanco, intentando escribirle una carta, aunque pasó de largo del buzón cuando se dirigió por la mañana a su primera clase del día. Había conseguido convencerse de que la culpa de no haber podido terminar la carta descansaba sobre los hombros del señor Palmer.

Becky se sintió decepcionada cuando el *Times* del día siguiente no anunció su compromiso, y se sumió en la desesperación al comprobar que no aparecía en toda la semana. Cuando llamó a Gerrard's el lunes siguiente, le informaron de que no sabían nada de un anillo encargado a nombre del capitán Trentham de los Fusileros Reales. Becky decidió que esperaría otra semana antes de escribir a Guy. Presentía que debía

existir alguna explicación.

Guy continuaba presente en sus pensamientos cuando entró en las oficinas de John D. Wood, sitas en Mount Street. Tocó el timbre del mostrador y preguntó a un inquisitivo empleado si podía hablar con el señor Palmer.

—¿El señor Palmer? El señor Palmer ya no trabaja con nosotros. Se marchó hace casi un año, señorita. ¿Puedo ayudarla en algo?

Becky se aferró al mostrador.

—Bien, me gustaría hablar con alguno de los socios —dijo con firmeza.

—¿Puedo saber el motivo de su visita?

—Sí. He venido para informarme sobre las condiciones de venta de los números 131 y 135 de Chelsea Terrace.

—Ah, sí. ¿Puede decirme su nombre?

—Señorita Rebecca Salmon.

—Enseguida vuelvo con usted —le prometió el joven, pero tardó en regresar varios minutos.

Lo hizo acompañado de un hombre mucho mayor, que llevaba un largo abrigo negro y gafas de concha. Una cadena de plata colgaba del bolsillo del chaleco.

—Buenos días, señorita Salmon —saludó el anciano—. Me llamo Sanderson. Tenga la bondad de seguirme.

Levantó el tablero del mostrador y la invitó a pasar. Becky le siguió.

—Hace buen tiempo para esta época del año, ¿no cree, señora?

Becky miró por la ventana y vio paraguas circulando por la acera, pero decidió no comentar la opinión meteorológica del señor Sanderson.

—Esta es mi oficina —anunció el hombre con obvio orgullo cuando llegaron a un pequeño e insignificante despacho, situado en la parte posterior del edificio—. ¿Quiere tomar asiento, señorita Salmon? —Señaló una incómoda silla baja frente a su escritorio, que estaba apoyado contra la pared. El hombre se sentó en una silla de respaldo alto—. Soy socio de la firma, pero debo confesar que soy un socio menor. ¿En qué puedo servirla?

—Mi socio y yo queremos adquirir los números 131 y 135 de Chelsea Terrace.

—Muy bien —dijo el señor Sanderson, mirando su carpeta—, ¿y será también en esta ocasión la señorita Daphne Harcourt-Browne...?

—La señorita Harcourt-Browne no participará en esta transacción. Si, por este motivo, considera que no debe tratar con el señor Trumper o conmigo, abordaremos a los vendedores directamente.

Becky contuvo el aliento.

—Oh, señora, no me malinterprete, por favor. Estoy seguro de que no habrá ningún problema en continuar haciendo negocios con ustedes.

—Gracias.

—Bien, empecemos con el número 135 —dijo el señor Sanderson, calándose las gafas sobre la nariz antes de examinar la carpeta que tenía frente a él—. Ah, sí, el

querido señor Kendrick, un carnicero de primera. Por desgracia, está sopesando la posibilidad de tomar la jubilación anticipada.

Becky suspiró y el señor Sanderson la miró por encima de sus gafas.

—Su médico le ha dicho que no tiene otra opción, si confía en vivir más de unos pocos meses —indicó Becky.

—En efecto —corroboró el señor Sanderson, volviendo su atención a la carpeta—. Bien, parece que solicita un precio de ciento cincuenta libras por la propiedad, más cien libras por el prestigio del nombre.

—¿Y cuánto aceptará?

—No estoy muy seguro de comprenderla, señora.

El socio menor enarcó una ceja.

—Señor Sanderson, antes de que desperdiciemos un minuto más de nuestro tiempo, creo que debo confiarle nuestra intención de adquirir, a un precio razonable, todas las tiendas disponibles de Chelsea Terrace, con el objetivo a largo plazo de poseer toda la manzana, aunque tardemos toda la vida. Con esa idea en la mente, no es mi intención visitar su oficina regularmente durante los próximos veinte años para jugar al gato y al ratón con usted. Para entonces, sospecho que usted ya será un socio mayoritario, y ambos tendremos mejores cosas que hacer. ¿Me he expresado con claridad?

—Totalmente —dijo el señor Sanderson, echando una ojeada a la nota que Palmer había añadido a la venta del 147. El muchacho no había exagerado su inmediata opinión sobre el cliente. Volvió a calarse las gafas sobre la nariz—. Creo que el señor Kendrick aceptaría ciento veinticinco libras, si ustedes le concedieran una pensión de veinticinco libras anuales hasta su muerte.

—Pero puede que viva eternamente.

—Creo que debería señalarle, señora, que no fui yo, sino usted, quien se refirió al actual estado de salud del señor Kendrick.

El socio menor se reclinó en su silla por primera vez.

—No tengo el menor deseo de robarle al señor Kendrick su pensión —replicó Becky—. Haga el favor de ofrecerle cien libras por la propiedad de la tienda y veinte libras anuales durante un período de ocho años como pensión. Soy flexible en la última parte de la transacción, pero no en la primera. ¿Lo ha entendido, señor Sanderson?

—Por completo, señora.

—Y si voy a pagarle una pensión al señor Kendrick, también espero en contrapartida que nos ofrezca su consejo siempre que se lo pidamos.

—Muy bien —dijo Sanderson, tomando nota de la petición en el margen.

—¿Qué puede decirme sobre el 131?

—Ese es un problema espinoso —dijo Sanderson, abriendo una segunda carpeta—. No sé si usted conoce a fondo las circunstancias, señora, pero...

Becky decidió no ayudarle en esta ocasión, y se limitó a sonreír dulcemente.

—Hum, bien —continuó el socio menor—. El señor Rutheford se ha marchado a Nueva York con un amigo para abrir una tienda de antigüedades, en un lugar llamado el Village. —Vaciló.

—¿Y su sociedad es de una naturaleza, digamos, inusual? —le auxilió Becky, tras un prolongado silencio—. Es posible que prefiera pasar el resto de sus días en un apartamento de Nueva York, antes que en una celda de Brixton.

—En efecto —dijo el señor Sanderson. El sudor perlaba su frente—. En el caso concreto de este caballero, desea llevarse todo cuanto contiene el local, pues considera que en Manhattan podría conseguir un buen precio por sus artículos. Por lo tanto, todo cuanto dejaría a su consideración sería la propiedad.

—En tal caso, es de suponer que no habrá pensión.

—Creo que la suposición es exacta.

—¿Y podemos esperar, por tanto, que el precio será un poco más razonable, recordando las presiones a que está sometido?

—Yo no pensaría eso, teniendo en cuenta que la tienda es bastante más grande que las otras de Chelsea...

—Cuatrocientos veintiséis metros cuadrados, para ser precisos, comparados con los trescientos metros cuadrados del número 147, que adquirimos por...

—Un precio muy razonable en aquel momento, si me permite sugerirlo, señorita Salmon...

—Sin embargo...

—En efecto —dijo el señor Sanderson, nuevamente sudoroso.

—Por lo tanto, ¿cuánto confía ese hombre en obtener por la propiedad, habiendo llegado a la conclusión de que no exigirá una pensión?

—El precio que pide —dijo el señor Sanderson, con los ojos clavados en la carpeta— es de doscientas libras. No obstante, sospecho —añadió, antes de que Becky pudiera interrumpirle— que si usted pudiera cerrar la negociación lo antes posible, cedería la propiedad por la cantidad de ciento setenta y cinco. —Enarcó las cejas—. Según tengo entendido, se halla ansioso de reunirse con su amigo lo antes posible.

—Si tan ansioso está, sospecho que se sentirá muy feliz de rebajar el precio a ciento cincuenta y terminar cuanto antes, y hasta podría aceptar ciento sesenta, aunque tardara unos días más.

—En efecto —repitió el señor Sanderson. Sacó el pañuelo del bolsillo superior y se secó la frente. Becky observó que afuera seguía lloviendo—. ¿Algo más, señora? —preguntó el hombre, devolviendo el pañuelo a la seguridad del bolsillo.

—Sí. Me gustaría que vigilara todas las propiedades de Chelsea Terrace y se pusiera en contacto con el señor Trumper o conmigo en cuanto se entere de que alguna va a ponerse a la venta.

—Acaso lo más conveniente sería que llevara a cabo una completa investigación sobre toda la manzana, a fin de informarles cumplidamente por escrito a usted y al

señor Trumper.

—Una idea excelente —dijo Becky, ocultando su sorpresa ante tamaña demostración de iniciativa.

Se levantó de la silla, dando a entender que consideraba concluida la reunión.

—Según tengo entendido —dijo el señor Sanderson, mientras se dirigían hacia la salida—, el número 147 se ha hecho muy popular entre los habitantes de Chelsea.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Becky, sorprendida por segunda vez.

—Mi esposa se niega a comprar las frutas y verduras en otro sitio, a pesar del hecho de que vivimos en Fulham.

—Su esposa es una dama muy inteligente.

—En efecto —corroboró el señor Sanderson.

Becky dio por sentado que los bancos reaccionarían con el mismo entusiasmo que el agente de bienes raíces y, tras seleccionar once que le parecieron factibles, descubrió enseguida que existía una diferencia considerable entre ofrecerse como comprador y postrarse para conseguir un préstamo. Cada vez que exponía sus planes (a alguien que Becky consideraba incapaz de tomar una decisión), solo recibía un movimiento de cabeza negativo, incluyendo al banco donde la tienda tenía la cuenta. De hecho, como le contó a Daphne aquella noche, uno de los empleados del Penny Bank tuvo la desfachatez de insinuar que, si se casaba, les complacería en extremo hablar de negocios con su marido.

—¿Con que te has dado de narices con el mundo de los hombres por primera vez, eh? —dijo Daphne, tirando la revista al suelo—. Sus camarillas, sus clubs. El lugar apropiado de una mujer es la cocina y, si es un poco atractiva, el dormitorio de vez en cuando.

Becky asintió de mal humor, mientras colocaba la revista en una mesa lateral.

—Debo confesarte que esa actitud mental nunca me ha preocupado —admitió Daphne, intentando embutir sus pies en unos zapatos puntiagudos—, pero yo no nací tan ambiciosa como tú, querida. Sin embargo, quizá ha llegado la hora de arrojarte un salvavidas.

—¿Un salvavidas?

—Sí. Lo que necesitas para solucionar tu problema es un toque conservador.

—¿No te parece una tontería?

—Puede que parezca algo desfasado, pero ese no es el punto. El dilema con el que te enfrentas es tu sexo..., por no mencionar el acento de Charlie, aunque casi he curado a nuestro querido muchacho de ese problema. Sin embargo, te aseguro que todavía no han descubierto la forma de cambiar el sexo de la gente.

—¿A dónde quieres ir a parar?

—Eres tan impaciente, querida. Igualita que Charlie. Debes permitirnos a los mortales inferiores un poco más de tiempo para explicarnos.

Becky se sentó en una esquina del sofá y juntó las manos sobre el regazo.

—En primer lugar, has de comprender que todos los banqueros son unos presuntuosos terribles. De lo contrario, dirigirían un negocio como tú. Lo que necesitas para que vengan a comer en tu mano es un testaferro respetable.

—¿Un testaferro?

—Sí. Alguien que te acompañe en tus visitas a los bancos siempre que resulte necesario. —Daphne se levantó y se miró en el espejo antes de continuar—. Es posible que tal persona no haya sido bendecida con tu inteligencia, pero, por otra parte, es preciso que no esté abrumado por tu sexo o por el acento de Charlie. Lo que sí debe poseer, no obstante, es alguna característica de la vieja escuela, un título, por ejemplo. A los banqueros les gustan los nobles, pero lo más importante es que debes elegir a alguien necesitado perentoriamente de dinero en efectivo. Por los servicios prestados, por ejemplo.

—¿Existen tales personas? —preguntó Becky, escéptica.

—Desde luego. De hecho, hay más de esas de las que quieren trabajar. —Daphne sonrió para tranquilizarla—. Dama una semana o dos y te traeré una lista con tres. Ya lo verás.

—Eres fantástica.

—A cambio, espero que me hagas un pequeño favor.

—Cualquier cosa.

—Nunca emplees esas palabras cuando hagas tratos con una mantis religiosa como yo, querida. De todos modos, mi deseo es muy sencillo, y está en tus manos satisfacerlo. Si Charlie te pide que le acompañes al baile de su regimiento, debes aceptar.

—¿Por qué?

—Porque Reggie Arbuthnot ha sido lo bastante estúpido para invitarme a tan absurdo acontecimiento y no me puedo negar, si deseo cazar un poco en su propiedad de Escocia el próximo noviembre. —Becky lanzó una carcajada—. No me importa ir al baile con Reggie, pero lo que no quiero es marcharme con él. Por lo tanto, si hemos llegado a un acuerdo, te proporcionaré el memo que necesitas y tú le dirás «sí» a Charlie cuando te invite.

A Charlie no le sorprendió que Becky accediera a acompañarle al baile del regimiento. Después de todo, Daphne ya le había explicado los detalles de la transacción. Lo que sí le dejó aturdido fue que, cuando Becky se sentó a la mesa, sus compañeros sargentos no le quitaron los ojos de encima en toda la noche.

La cena se había preparado en un enorme gimnasio, y los compañeros de Charlie no cesaban de contar anécdotas sobre sus primeros días de instrucción en Edimburgo. Sin embargo, allí terminaba la comparación, pues la comida era mucho mejor de lo que Charlie había tomado en Escocia.

—¿Dónde está Daphne? —preguntó Becky, cuando depositaron frente a ella una porción de pastel de manzana cubierta de abundante crema.

—En la mesa del extremo, con todos los peces gordos —dijo Charlie, señalando con el pulgar por encima de su hombro—. No puede permitir que la vean con gente como nosotros, ¿verdad?

La cena concluyó con una serie de brindis, por todo el mundo, pensó Becky, excepto por el rey. Charlie le explicó que el regimiento fue dispensado de ese brindis en 1835 por el rey Guillermo IV, pues su lealtad a la corona era incuestionable. Sin embargo, alzaron sus copas por las fuerzas armadas, todos y cada uno de los batallones y, finalmente, por el regimiento, repetido con el nombre de su antiguo coronel. A cada brindis le sucedieron ruidosos vítores. Becky observó las reacciones de los hombres sentados a su alrededor, y comprendió por primera vez cuántos miembros de aquella generación se sentían afortunados por el mero hecho de seguir con vida.

El antiguo coronel del regimiento, *sir* Danvers Hamilton, *baronet*, DSO, CBE, monóculo en ristre, pronunció un emotivo discurso centrado en aquellos camaradas que, por una u otra razón, no se hallaban presentes aquella noche. Becky vio que Charlie se ponía rígido cuando mencionaron a su amigo Tommy Prescott. Al final, todos se levantaron y brindaron por los amigos ausentes. Becky se sintió inesperadamente emocionada.

El coronel se sentó. Las mesas se apartaron a un lado para que el baile diera comienzo. Daphne apareció desde la otra punta de la sala cuando sonó la primera nota emitida por la banda del regimiento.

—Ven, Charlie. No podía esperar a llevarte a la mesa de autoridades.

—Le aseguro que es un placer, señora —dijo Charlie, levantándose de su asiento—, pero ¿qué ha sido de Reggie como-se-llame?

—Arbuthnot. He dejado al pobre hombre colgado de una debutante de Chelmsford. No te puedes imaginar el miedo que sentía ella, te lo aseguro.

—¿Y por qué tenía tanto miedo? —la imitó Charlie.

—Nunca pensé que llegaría el día en que Su Majestad permitiría que alguien de Essex fuera presentado en la corte. Pero lo peor era su edad.

—¿Por qué? ¿Cuántos años tiene? —preguntó Charlie, bailando un vals con Daphne.

—Aún no estoy segura, pero tuvo la desfachatez de presentarme a su padre viudo. Charlie estalló en carcajadas.

—No debes considerarlo divertido, Charlie Trumper, sino deplorable. Tienes mucho que aprender todavía.

Becky miró cómo Charlie bailaba con elegancia.

—Esa Daphne es estupenda —dijo el hombre sentado a su lado, que se había presentado como sargento Mike Parker, y resultó ser un carnicero de Camberwell que había servido con Charlie en el Marne.

Aceptó su opinión sin comentario, y cuando él se levantó y solicitó el honor de bailar con ella, aceptó. Procedió a transportarla por la sala de baile como si fuera una pierna de cordero camino de la cámara refrigeradora. También consiguió pisarle los pies a intervalos regulares. Por fin, devolvió a Becky a la seguridad relativa de la mesa manchada de cerveza. Becky se sentó en silencio, mientras miraba a todo el mundo divertirse, confiando en que nadie solicitaría el honor. Sus pensamientos se centraron en Guy, y en la cita que no podría seguir evitando si antes de dos semanas...

Por fortuna, los amigos de Charlie parecían más interesados en las interminables rondas de cerveza que en bailar. Becky gozó de tranquilidad hasta que un hombre alto que no conocía se inclinó hacia ella.

—¿Me concede el honor, señorita? —dijo.

Todos los que estaban sentados a la mesa se pusieron firmes cuando el coronel del regimiento acompañó a Becky hasta la pista de baile.

Descubrió que el coronel Hamilton era un experto bailarín, así como un hombre divertido y gracioso, sin mostrar las tendencias paternalistas exhibidas por los directores de banco que había conocido en los últimos tiempos. Cuando terminó la pieza, invitó a Becky a la mesa de autoridades y le presentó a su esposa.

—Tengo que hacerte una advertencia —dijo Daphne a Charlie, mirando al coronel y a *lady* Hamilton—. Va a resultarte muy difícil ponerte a la altura de la ambiciosa señorita Salmon, pero mientras no te despegues de mí y me escuches con atención, le daremos una buena satisfacción a cambio de su dinero.

Daphne decidió, al cabo de dos bailes, que ya había cumplido su deber y que había llegado el momento de marcharse. Becky, por su parte, se alegró de escapar a las atenciones de todos los oficiales jóvenes que la habían visto bailar con el coronel.

—Tengo buenas noticias para vosotros —dijo Daphne a los dos, mientras un cabriolé recorría King's Road en dirección a Chelsea Terrace.

Charlie todavía se aferraba a su botella de champagne medio vacía.

—¿Y cuál es, mi niña? —preguntó, eructando.

—No soy tu niña —le reprendió Daphne—, es posible que me interese invertir en las clases inferiores, Charlie Trumper, pero no olvides que no carezco de educación.

—Bien, ¿cuál es la noticia? —preguntó Becky.

—Habéis cumplido vuestra parte del trato, así que yo debo cumplir la mía.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Charlie, medio dormido.

—Os voy a presentar una lista de tres posibles testaferros, para de esta forma, espero, solucionéis vuestro problema bancario.

Charlie recobró la sobriedad al instante.

—Mi primer candidato es el segundo hijo de un conde. Sin un céntimo, pero presentable. Mi segundo es un *baronet*, que se hará cargo del trabajo por unos honorarios de profesional, pero mi *pièce de résistance* es un vizconde, cuya suerte le abandonó en las mesas de Deauville y que ahora considera necesario rebajarse a

participar en un vulgar trabajo comercial.

—¿Cuándo les conoceremos? —preguntó Charlie, intentando pronunciar bien las palabras.

—En cuanto queráis —prometió Daphne—. Mañana...

—No será necesario —dijo Becky en voz baja.

—¿Por qué, si se puede saber? —preguntó Daphne, sorprendida.

—Porque ya he elegido al hombre que será nuestro testaferro.

—¿A quién tienes en mente, cariño? ¿Al príncipe de Gales?

—No. Al coronel *sir* Danvers Hamilton, *baronet*, DSO, CBE.

—Pero si es el coronel del regimiento —dijo Charlie, dejando caer la botella de champagne al suelo del cabriolé—. Es imposible, jamás accederá.

—Te aseguro que sí.

—¿Por qué estás tan segura? —preguntó Daphne.

—Porque tenemos una cita para verle mañana por la mañana.

CAPÍTULO 11

Daphne movió su sombrilla cuando un cabriolé se aproximó. El conductor detuvo el vehículo y se quitó el sombrero.

—¿A dónde, señorita?

—Calle Harley, 172 —dijo ella.

Las dos mujeres subieron. El conductor volvió a quitarse el sombrero y, con un suave latigazo, dirigió el caballo hacia Knightsbridge.

—¿Ya se lo has dicho a Charlie? —preguntó Becky.

—No, me da miedo —admitió Daphne.

Permanecieron en silencio mientras el cochero cambiaba de dirección y guiaba el caballo hacia Marble Arch.

—Tal vez no sea necesario decirle nada.

—Esperemos que no —dijo Becky.

Siguió otro prolongado silencio hasta que el caballo se internó en la calle Oxford.

—¿Tu médico es un hombre comprensivo?

—Siempre lo ha sido, hasta el momento.

—Dios mío, estoy asustada.

—No te preocupes. Durará poco y enseguida sabrás a qué atenerte.

El cabriolé se detuvo ante el 172 de la calle Harley y las dos mujeres bajaron. Mientras Becky acariciaba las crines del caballo, Daphne pagó al conductor seis peniques. Becky se volvió al oír el golpe de la aldaba de metal, y subió los tres escalones para reunirse con su amiga.

Una enfermera ataviada con un severo uniforme azul, gorro y cuello blancos respondió a su llamada y pidió a las dos damas que la siguieran. Recorrieron un oscuro pasillo, iluminado por una única luz de gas, y desembocaron en una sala de espera vacía. Sobre la mesa que ocupaba el centro de la sala había ejemplares de *Punch* y *Tatler*, pulcramente alineados. Alrededor de la mesa se habían dispuesto varias sillas de aspecto cómodo. Tomaron asiento, pero ninguna habló hasta que la enfermera salió de la sala.

—Yo... —empezó Daphne.

—Sí... —dijo Becky.

Ambas lanzaron carcajadas forzadas que resonaron en la sala de alto techo.

—No, tú primero —invitó Becky.

—Solo quería saber cómo le va al coronel.

—Escucho sus instrucciones como un soldado. Mañana tendremos nuestra primera entrevista oficial, con Child y Cía, en la calle Fleet. Le he dicho que se tomara todo el encuentro como un ensayo general, porque estoy reservando el que creo que cuenta con más posibilidades para la semana que viene.

—¿Y Charlie?

—Es demasiado para él. Sigue pensando en el coronel como su comandante en

jefe.

—Lo mismo te pasaría a ti si Charlie hubiera sugerido que tu profesor de contabilidad acudiera cada semana al 147 para revisar las cuentas.

—A ese caballero en particular no le veo mucho últimamente. Hago los deberes precisos para no recibir una reprimenda. Mis sobresalientes se han convertido en aprobados, y por los pelos. Si no logro graduarme cuando acabe todo esto, solo habrá un culpable.

—Serás una de las pocas mujeres licenciada en letras. Tal vez deberías pedir que cambiaran esa denominación por otra.

—¿Cuál?

—Solterona en letras.

Rieron de lo que ambas sabían era una excusa para no abordar la razón auténtica por la que estaban allí. De pronto, la puerta se abrió y la enfermera apareció de nuevo.

—El doctor la recibirá ahora.

—¿Puedo acompañarla?

—Sí, estoy segura de que no habrá ningún problema.

Las dos mujeres se levantaron y siguieron a la enfermera por el mismo pasillo de antes hasta llegar a una puerta blanca, en cuyo centro una pequeña placa metálica rezaba: «Doctor Fergus Gould». Un «sí» respondió a la suave llamada de la enfermera. Daphne y Becky entraron juntas en la habitación.

—Buenos días, buenos días —saludó el médico con un suave acento escocés, antes de estrecharles las manos—. Tengan la bondad de sentarse. Las pruebas han terminado y tengo excelentes noticias para usted.

Volvió a la silla situada detrás del escritorio y abrió una carpeta. Las dos sonrieron, y la más alta se relajó por primera vez desde hacía días.

—Tengo el placer de comunicarle que se halla en perfectas condiciones físicas, pero como este es su primer hijo —vio que las dos mujeres palidecían y le miraban con ojos implorantes—, deberá comportarse con sensatez durante los próximos meses. Si lo hace así, no habrá complicaciones en el parto. ¿Puedo ser el primero en felicitarla?

—Dios mío, no —dijo ella, a punto de desmayarse—. Usted dijo que las noticias eran excelentes.

—Pues sí —dijo el doctor Gould—. Di por sentado que usted se alegraría.

—Hay un problema, doctor —intervino su amiga—. No está casada.

—Ah, ya entiendo —dijo el doctor en tono preocupado—. Lo siento, no lo sabía. Si me lo hubiera dicho durante nuestra primera entrevista...

—No, la culpa es toda mía, doctor Gould. Había confiado en que...

—No, no, el culpable soy yo. Qué falta de tacto tan enorme. —El doctor Gould hizo una pausa y reflexionó—. Aunque en este país es ilegal, me han asegurado que en Suecia hay médicos excelentes que...

—Eso no es posible —dijo la mujer embarazada—. Es contrario a lo que mis padres consideran un «comportamiento aceptable».

—Buenos días, Hadlow —dijo el coronel, entrando en el banco.

Tendió al director su abrigo, sombrero y bastón.

—Buenos días, *sir* Danvers —replicó el director, pasando el abrigo, sombrero y bastón a un empleado—. Nos sentimos muy honrados de que haya pensado en nuestro humilde establecimiento como digno de su consideración.

Becky pensó que la habían recibido de manera muy diferente cuando visitó, semanas atrás, otro banco de similar categoría.

—¿Sería tan amable de acompañarme a mi despacho? —preguntó el director, extendiendo el brazo como un guardia de tráfico.

—Por supuesto, pero antes permítame que le presente al señor Trumper y a la señorita Salmon, mis socios en este negocio.

—Es un placer.

El director se acomodó las gafas sobre la nariz antes de estrecharles las manos.

Becky reparó en que Charlie estaba mucho más callado de lo habitual y tiraba del cuello de la camisa sin cesar, como si fuera demasiado estrecho. Sin embargo, después de pasar toda una mañana de la semana anterior en Savile Row, padeciendo que le midieran de pies a cabeza para la confección de un traje nuevo, se negó a esperar un segundo más cuando Daphne insinuó que le tomaran medidas para una camisa. Daphne tuvo que adivinar a ojo su talla.

—¿Café? —preguntó el director, una vez en su despacho.

—No, gracias —dijo el coronel.

A Becky sí le apetecía, pero comprendió que el director había dado por sentado que *sir* Danvers hablaba por los tres. Se mordió el labio.

—Bien, ¿en qué puedo servirle, *sir* Danvers?

El director se tocó el nudo de la corbata con un gesto nervioso.

—Mis socios y yo poseemos una propiedad en Chelsea Terrace, el número 147. Un negocio pequeño que progresa satisfactoriamente. —La sonrisa del director no se alteró ni un segundo—. Compramos la propiedad hace unos dos años por cien libras, y esta inversión ha conseguido este año unos beneficios de cuarenta y tres libras.

—Muy satisfactorio —dijo el director—. He leído su carta y las cuentas que, con tanta gentileza, me envió mediante un mensajero.

Charlie estuvo tentado de revelarle quién había sido el mensajero.

—Sin embargo, consideramos que ha llegado el momento de expandirnos —prosiguió el coronel—, y a tal efecto necesitamos un banco que muestre un poco más de iniciativa que el establecimiento con el que hemos tratado hasta el presente, un banco que tenga los ojos puestos en el futuro. A veces nos da la impresión de que nuestros actuales banqueros viven en el siglo diecinueve. Francamente, son simples

tenedores de depósitos, mientras que nosotros buscamos los servicios de un banco auténtico.

—Entiendo.

—Me tiene preocupado... —dijo el coronel, interrumpiéndose de súbito y fijando el monóculo en su ojo izquierdo.

—¿Preocupado?

El señor Hadlow se reclinó ansiosamente en su silla.

—Su corbata.

—¿Mi corbata?

El director volvió a manosear el nudo con nerviosismo.

—Sí, su corbata. No me lo diga... ¿Los Buffs^[13]?

—Está usted en lo cierto, *sir* Danvers.

—¿Participó en alguna acción, Hadlow?

—Bien, no exactamente, *sir* Danvers. La vista, sabe usted.

El señor Hadlow se puso a jugar con sus gafas.

—Mala suerte, camarada —dijo el coronel, dejando caer el monóculo—. Bien, prosigamos. Mis colegas y yo tenemos en mente ampliar nuestro negocio, pero creo mi deber informarle de que el próximo jueves por la tarde tenemos una cita con un establecimiento rival.

—El próximo jueves por la tarde —repitió el director, después de mojar la pluma de ave en el tintero del escritorio y añadir este dato a las otras notas.

—Pero, como sin duda habrá percibido, hemos preferido acudir antes a ustedes.

—Me siento muy halagado. *Sir* Danvers, ¿qué condiciones que nosotros no podamos ofrecer piensa que le ofrecerá este banco?

El coronel guardó silencio unos instantes y Becky le miró alarmada, pues no recordaba si le había dado instrucciones acerca de las condiciones. Ninguno de los tres pensaba que llegarían tan lejos en la primera entrevista.

El coronel carraspeó.

—Si trasladamos nuestro negocio a su banco, y conscientes de las implicaciones a largo plazo, esperamos condiciones competitivas, por supuesto.

La respuesta pareció impresionar a Hadlow. Revisó las cifras que tenía frente a él.

—Bien, veo que solicitan un préstamo de doscientas cincuenta libras para adquirir los números 131 y 135 de Chelsea Terrace que, recordando su estado de cuentas, exigiría un adelanto de... —hizo una pausa, como si estuviera calculando—... ciento setenta libras, como mínimo.

—Correcto, Hadlow. Veo que ha comprendido nuestra situación de una forma admirable.

El director se permitió una sonrisa.

—Dadas las circunstancias, *sir* Danvers, creo que podríamos avanzarles ese préstamo, y un interés del cuatro por ciento sería aceptable para el banco.

El coronel volvió a vacilar, aunque Becky captó su media sonrisa.

—Nuestros actuales banqueros nos imponen un interés del tres y medio por ciento, como sin duda sabrá —dijo el coronel.

—Pero no corren ningún riesgo —señaló el señor Hadlow—, pues se niegan a concederles ningún otro préstamo. Sin embargo, pienso que en este caso concreto también podríamos ofrecerles el tres y medio por ciento. ¿Qué opina?

El coronel no respondió enseguida, sino que examinó la expresión del rostro de Becky. Exhibía una amplia sonrisa.

—Creo que hablo en nombre de mis socios, señor Hadlow, al decir que consideramos su proposición muy aceptable, francamente aceptable.

Becky y Charlie asintieron con la cabeza.

—En ese caso, procederemos de inmediato a preparar la documentación. Tardará unos días, por supuesto.

—Por supuesto —dijo el coronel—. Le aseguro, Hadlow, que deseamos una larga y provechosa asociación con su banco.

El director consiguió levantarse y hacer una reverencia al mismo tiempo, algo que, en opinión de Becky, hasta a *sir* Henry Irving le hubiera costado lograr.

El señor Hadlow acompañó a sus nuevos clientes hasta el vestíbulo.

—¿Todavía cuentan entre sus filas con el viejo Chubby Duckworth? —preguntó el coronel.

—Lord Duckworth es el presidente de nuestra junta directiva —respondió el señor Hadlow, casi con veneración.

—Un buen hombre. Serví con él en Suráfrica. En los Fusileros Reales. Si me lo permite, Hadlow, mencionaré nuestra entrevista de hoy al noble lord cuando le vea en el club.

—Muy gentil de su parte, *sir* Danvers.

Al llegar a la puerta, el director dispensó a su ayudante y ayudó al coronel a ponerse el abrigo. Después, le tendió el sombrero y el bastón, antes de despedirse de sus nuevos clientes.

—No dude en llamarme en cualquier momento —fueron sus últimas palabras, acompañadas de otra reverencia, y esperó hasta que los tres se perdieron de vista.

Ya en la calle, el coronel dobló a toda prisa la esquina y se detuvo junto al árbol más cercano. Becky y Charlie corrieron tras él, sin saber qué pasaba.

—¿Se encuentra bien, señor? —preguntó Charlie cuando le alcanzaron.

—Me encuentro bien, Trumper, muy bien, pero preferiría enfrentarme a un grupo de bandoleros afganos que pasar por esto otra vez. Bueno, ¿qué tal lo hice?

—Estuvo magnífico —dijo Becky—, le juro que si se hubiera quitado los zapatos y ordenado a Hadlow que les sacara brillo, se habría servido de su pañuelo para frotárselos al instante.

—Bien —sonrió el coronel—. Creo que ha ido muy bien, ¿verdad?

—Perfecto —dijo Becky—, no lo ha podido hacer mejor. Iré a John D. Wood esta tarde y entregaré el depósito por ambas tiendas.

—Doy gracias a Dios por sus instrucciones, señorita Salmon —dijo el coronel, irguiéndose en toda su estatura—. Habría sido usted un oficial de primera.

—Lo considero como un gran cumplido, coronel —sonrió Becky.

—¿No está de acuerdo, Trumper? Menudo socio se ha buscado —añadió el coronel, haciendo girar su paraguas.

—Sí, señor —dijo Charlie, mientras el coronel avanzaba a grandes zancadas por la calle—, pero me gustaría preguntarle algo que me preocupa.

—Adelante, Trumper, dispere.

—Si usted es amigo del presidente del banco —empezó Charlie, procurando mantener el paso del coronel—, ¿por qué no fuimos a verle directamente?

El coronel se detuvo.

—Mi querido Trumper —explicó—, no se visita al presidente de un banco cuando se pide un préstamo de solo doscientas cincuenta libras. De todas formas, le diré que no pasará mucho tiempo antes de que necesitemos abordarle. Sin embargo, en este momento existen otras necesidades más acuciantes.

—¿Otras necesidades? —preguntó Charlie.

—Sí, Trumper. Necesito un *whisky*, ¿sabe? —dijo el coronel, mirando un letrero que se agitaba sobre una taberna, al otro lado de la calle—. Y puestos a tomarlo, que sea doble.

—¿De cuánto estás? —preguntó Charlie, cuando Becky acudió al día siguiente después del cierre de la tienda para darle la noticia.

—Unos tres meses —contestó evitando mirarle a los ojos.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —preguntó Charlie en tono herido.

—Confiaba en que no necesitaría hacerlo —dijo Becky, prefiriendo asear la habitación antes que mirarle.

—Supongo que habrás escrito a Trentham.

—No. Tengo la intención, pero aún no lo he hecho.

—¿Tienes la intención? Tendrías que habérselo dicho a ese bastardo hace semanas. Debería ser el primero en saberlo. Al fin y al cabo, es el responsable de este jodido lío, si me perdonas la expresión.

—No es tan fácil, Charlie.

—¿Se puede saber por qué?

—Significaría el fin de su carrera, y Guy vive para el regimiento. Es como tu coronel: sería injusto pedirle que renunciara a ser soldado a la edad de veinticuatro años.

—No se parece en nada al coronel. En cualquier caso, es lo bastante joven para establecerse y trabajar como los demás.

—Está casado con el ejército, Charlie, no conmigo. ¿Por qué arruinar ambas vidas?

—Debería saber lo que ha pasado y darle a elegir.

—No le queda ninguna opción, Charlie, y tú lo sabes. Volvería a casa en el siguiente barco y se casaría conmigo. Es un hombre honorable.

—Conque un hombre honorable, ¿eh? —dijo Charlie, trasladando algunas cajas a la parte posterior de la tienda—. Bien, si tan honorable es, me vas a prometer una cosa.

—¿Cuál?

—Le escribirás esta misma noche y le contarás la verdad.

—Muy bien —dijo Becky, tras unos segundos de vacilación.

—¿Esta noche?

—Sí, esta noche.

—Y también informarás a sus padres de lo sucedido.

—No. No esperes que haga eso, Charlie —dijo ella, mirándole de frente por primera vez.

—¿Y cuál es el motivo esta vez? ¿Temor a arruinar sus carreras?

—No, pero si lo hiciera, su padre insistiría en que Guy volviera a casa y se casara conmigo.

—¿Y qué hay de malo en eso?

—Su madre diría que yo había engatusado a su hijo, o algo peor...

—¿Peor?

—Que ni siquiera era hijo suyo.

—¿Quién la iba a creer?

—Todos los que quisieran hacerlo.

—Pero eso no es justo.

—La vida tampoco, como diría mi padre. Tengo que madurar algún día, Charlie. Tú lo hiciste en el frente occidental.

—Bien, ¿qué vamos a hacer ahora?

—¿Vamos?

—Sí, vamos. Todavía somos socios, ¿no? ¿O lo has olvidado?

—Para empezar, tendré que buscar otro sitio donde vivir. No sería justo para Daphne...

—En menuda amiga se ha convertido.

—Para ambos —dijo Becky cuando Charlie se puso en pie, hundió las manos en los bolsillos y empezó a dar vueltas por la pequeña habitación. Solo consiguió recordar a Becky la época en que habían ido juntos al colegio.

—Imagino que no... —dijo Charlie.

Esta vez le tocó a él no poder mirarla a la cara.

—¿Qué?

—Imagino que no —repitió.

—¿Sí?

—¿Considerarías la idea de casarte conmigo?

Hubo un largo silencio antes de que una sorprendida Becky reuniera fuerzas para contestar:

—¿Y Daphne?

—¿Daphne? No creerás que manteníamos esa clase de relación. Es verdad que me ha dado clases nocturnas, pero no del tipo que piensas. En cualquier caso, solo ha habido un hombre en la vida de Daphne, y desde luego no es Charlie Trumper, por la sencilla razón de que ha sabido desde el primer momento que solo hay una mujer en mi vida.

—Pero...

—Te he amado durante mucho tiempo, Becky.

—Oh, Dios mío —exclamó Becky, llevándose la mano a la cabeza.

—Lo siento. Pensaba que lo sabías. Daphne me dijo que todas las mujeres saben esas cosas.

—No tenía ni idea, Charlie. He sido tan ciega como estúpida.

—No he mirado a otra mujer desde el día que volví de Edimburgo. Pensé que me querrías un poco, supongo.

—Siempre te querré un poco, pero me temo que es de Guy de quien estoy enamorada.

—Bendita enfermedad. Pensar que yo te conocí primero. ¿Sabes que tu padre me echó un día de la tienda, cuando oyó que te llamaba «Posh Porky» a tus espaldas? —Becky sonrió—. Siempre me las he arreglado para apoderarme de todo lo que deseaba. ¿Cómo he podido dejarte escapar?

Becky fue incapaz de mirarle.

—Es un oficial, claro, y yo no. Eso lo explica todo.

Charlie dejó de pasear por la habitación y la miró cara a cara por primera vez.

—Eres un general, Charlie.

—Pero no es lo mismo, ¿verdad?

—Eres mi amigo más íntimo.

—¿Es que no comprendes que quiero ser algo más que un amigo?

CAPÍTULO 12

*Chelsea Terrace, 97
SW3 Londres
20 de mayo de 1920*

Querido Guy:

Esta es la carta más difícil que he escrito en mi vida. De hecho, no tengo claro por dónde empezar. Han pasado casi tres meses desde que te fuiste a la India, y ha ocurrido algo que, en mi opinión, debes saber cuanto antes. He ido a ver al médico de Daphne, de la calle Harley, y...

Becky se detuvo, examinó con cuidado todas las frases que había escrito, arrugó la hoja y la tiró a la papelera que tenía a sus pies. Se levantó, estiró sus miembros y empezó a pasear por la habitación, confiando en hallar una nueva excusa para no continuar su tarea. Ya eran las doce y media, hora de irse a la cama, con la convicción de que estaba demasiado cansada para proseguir..., aunque sabía que no podría dormir hasta terminar la carta. Volvió al escritorio y trató de serenarse antes de examinar la frase interrumpida. Becky cogió su pluma.

*Chelsea Terrace, 97
SW3 Londres
20 de mayo de 1920*

Querido Guy:

Temo que esta carta te coja por sorpresa, sobre todo después de las noticias irrelevantes que te comuniqué hace tan solo un mes. Sin embargo, he procurado no escribirte nada importante desde entonces, confiando en que mis temores fueran infundados. Por desgracia, no es este el caso, y las circunstancias me han superado.

Después de pasar el rato más maravilloso de mi vida la noche anterior a tu partida a la India, no me vino la regla al mes siguiente, pero no quise preocuparte con el problema, confiando en que...

Oh, no, pensó Becky, y rompió su último esfuerzo antes de tirar los trozos de papel a la papelera. Fue a la cocina para prepararse una taza de té. Después de la tercera, volvió de mala gana al escritorio y se acomodó de nuevo.

*Chelsea Terrace, 97
SW3 Londres
20 de mayo de 1920*

Querido Guy:

Espero que todo te vaya bien en la India, y que no te hagan trabajar mucho. Te añoro más de lo que puedo expresar, pero estos tres meses de separación han pasado volando, por la cercanía de los exámenes y la convicción de Charlie de que va a convertirse en el próximo señor Selfridge. De hecho, creo que te encantará saber que tu antiguo comandante en jefe, el coronel sir Danvers Hamilton, se ha convertido...

—Y, a propósito, estoy embarazada —dijo Becky en voz alta, rasgando su tercer intento.

Tapó la pluma, convencida de que había llegado el momento de dar una vuelta a la manzana. Cogió el abrigo, bajó corriendo la escalera y salió a la calle.

Becky vagó por la calle desierta, sin ser consciente de la hora. Se sintió complacida al ver los letreros de «Vendido» en los escaparates de los números 131 y 135. Se detuvo un momento frente a la tienda de antigüedades, se protegió los ojos con las manos y miró por el escaparate. Descubrió horrorizada que el señor Rutheford se había llevado absolutamente todo, incluso las lámparas de gas y la repisa de la chimenea que ella creía fija a la pared. Eso me enseñará a examinar con más cuidado un documento de oferta la próxima vez, pensó. Siguió mirando el espacio vacío, mientras una rata correteaba sobre el suelo.

—Quizá deberíamos abrir una tienda de animales —dijo en voz alta.

—¿Perdón, señorita?

Becky se giró en redondo y vio que un policía comprobaba el pomo de la puerta perteneciente al número 133, para asegurarse de que el local estaba bien cerrado.

—Oh, buenas tardes, agente —dijo Becky con timidez, sintiéndose culpable sin motivo alguno.

—Son casi las dos de la mañana, señorita, y usted ha dicho «Buenas tardes».

—¿De veras? —dijo Becky, consultando su reloj—. Oh, sí, es verdad. Qué tonta soy. Vivo en el 97. —Comprendiendo que las explicaciones eran superfluas, añadió—: No podía dormir, de modo que decidí dar un paseo.

—En ese caso, lo mejor es que ingrese en la policía. La tendrán de pie toda la noche.

—No, gracias, agente —rio Becky—. Creo que volveré a mi piso y trataré de dormir un poco. Buenas noches.

—Buenas noches, señorita —dijo el policía, tocándose el casco a guisa de saludo antes de comprobar si la tienda de antigüedades estaba bien cerrada.

Becky se dirigió con paso decidido hacia Chelsea Terrace, abrió la puerta del 97, subió la escalera hasta su piso, se quitó el abrigo y se encaminó hacia el escritorio. Se detuvo un momento para coger la pluma y empezó a escribir.

Las palabras, por una vez, fluyeron con facilidad, pues sabía exactamente lo que necesitaba decir.

*Chelsea Terrace, 97
SW3 Londres
21 de mayo de 1920*

Querido Guy:

He intentado pensar en cien maneras diferentes de comunicarte lo que me ha sucedido desde que te fuiste a la India y al fin he llegado a la conclusión de que solo la verdad tiene sentido.

Estoy embarazada de catorce semanas de tu hijo. La idea me llena de alegría, pero al mismo tiempo la temo. Alegría porque eres el único hombre al que he amado, y temor por la influencia negativa que esta noticia causaría en tu futuro.

Debo decirte, en primer lugar, que no es mi deseo perjudicar tu carrera obligándote a contraer matrimonio. Un acuerdo forzado por el sentimiento de culpa, que te obligaría a vivir el resto de tu vida como una farsa, por culpa de lo ocurrido entre nosotros en una sola ocasión, sería inaceptable para ambos.

Por mi parte, no pienso ocultar mi total devoción hacia ti, pero de no ser recíproca jamás accedería a sacrificar una carrera tan prometedora en el altar de la hipocresía.

Sin embargo, querido, no dudes de mi gran amor por ti, ni de mi constante interés por tu prometedor futuro, hasta el punto de negar tu implicación en el caso, si así lo desearas.

Guy, siempre te adoraré, y no dudes de mi inquebrantable lealtad, sea cual sea la decisión que tomes.

Con todo mi amor,

BECKY

No pudo contener las lágrimas al releer la carta una y otra vez. Estaba doblando la carta cuando la puerta del dormitorio se abrió y una somnolienta Daphne apareció ante ella.

—¿Te encuentras bien, querida?

—Sí, solo un poco mareada —explicó Becky—. Decidí que necesitaba respirar un poco de aire fresco.

Introdujo la carta en un sobre.

—Ahora que estoy levantada, ¿quieres una taza de té? —preguntó Daphne.

—No, gracias. Ya he tomado tres.

—Bien, yo sí la tomaré.

Daphne desapareció en la cocina. Becky cogió su pluma al instante y escribió la dirección en el sobre:

Capitán Guy Trentham

2.º Batallón de los Fusileros Reales
Cuartel Wellington
POONA (India)
CORREO MARÍTIMO

Salió del piso, echó la carta al buzón de la esquina de Chelsea Terrace y volvió antes de que el agua de la tetera hubiera hervido.

Aunque Charlie recibió una carta de Sal desde Canadá, en la cual le comunicaba la llegada de su último sobrino o sobrina y Grace le visitaba siempre que podía escaparse de su trabajo en el hospital, Kitty le iba a ver en raras ocasiones. Y siempre con el mismo propósito.

—Solo necesito un par de libras, Charlie, para salir del apuro —explicó, mientras se dejaba caer en una silla a los pocos momentos de entrar en la habitación.

Charlie miró a su hermana. Aunque solo era dieciocho meses mayor que él, parecía ya una mujer entrada en la treintena. Aquella atractiva silueta que atraía todos los ojos del East End ya no se adivinaba bajo el holgado jersey. Su rostro aparecía abotargado y surcado de arrugas sin el maquillaje.

—La última vez solo fue una libra —le recordó Charlie—, y no ha pasado mucho tiempo.

—Pero mi hombre me dejó entretanto, Charlie. Vivo sola otra vez, sin un techo bajo el que guarecerme. Haznos un favor.

Continuó mirándola, agradeciendo mentalmente que Becky no hubiera vuelto de sus clases, aunque sospechaba que Kitty venía únicamente cuando estaba segura de que la caja estaba llena y Becky no se hallaba presente.

—Espera un momento —dijo él, tras unos instantes de silencio.

Se levantó de la silla y bajó a la tienda. Comprobó que los empleados no le miraban y sacó dos libras y diez chelines de la caja. Subió al piso con aire de resignación.

Kitty le estaba esperando junto a la puerta. Charlie le tendió los cuatro billetes. Casi se los arrebató de la mano. Después, apretándolos en su mano enguantada, se marchó sin despedirse.

Charlie la siguió escalera abajo y vio que cogía un melocotón de la pirámide situada en una esquina de la tienda, antes de salir a la calle y marcharse con paso apresurado.

Charlie era el responsable de hacer caja aquella noche; nadie podría averiguar la cantidad exacta que le había dado.

—Acabarás comprando este banco, Charlie Trumper —dijo Becky, sentándose a su

lado.

—El día en que sea el dueño de todas las tiendas de la manzana, querida — contestó él, volviéndose para mirarla—. ¿Cuándo nacerá el crío?

—El doctor opina que faltan unas cinco semanas.

—¿Ya has preparado el piso para el nuevo inquilino?

—Sí, gracias a que Daphne me deja seguir viviendo en él.

—La echo de menos.

—Yo también, aunque nunca la había visto más feliz desde que Percy regresó del frente.

—Apuesto a que no tardarán mucho tiempo en anunciar su compromiso.

—Ojalá —dijo Becky, mirando al otro lado de la calle.

Tres letreros Trumper, dorado sobre fondo azul, resplandecían frente a ella. La verdulería continuaba produciendo buenos beneficios, y tenía la impresión de que Bob Makins había crecido desde que regresara del servicio militar. La carnicería había perdido algunos clientes tras la jubilación del señor Kendrick, pero se recuperó cuando Charlie contrató a Mike Parker para sustituirle.

—Ojalá sea mejor carnicero que bailarín —comentó Becky cuando Charlie le comunicó la noticia. En cuanto a la tienda de ultramarinos, el nuevo orgullo y gozo de Charlie, había florecido desde el primer día. Los empleados sospechaban que Charlie tenía el don de estar en las tres tiendas a la vez.

—Ha sido un golpe genial transformar la tienda de antigüedades en un colmado.

—De modo que ahora te consideras un tendero, ¿no?

—Por supuesto que no; soy un sencillo verdulero, como siempre.

—Me pregunto si le dirás lo mismo a las chicas cuando seas el dueño de toda la manzana.

—Aún tardaré bastante. ¿Qué indica el balance de las dos tiendas nuevas?

—Arroja una ligera pérdida durante el primer año.

—Pero rendirán beneficios —protestó Charlie—. El colmado va a...

—No chilles tanto. ¿Quieres que el señor Hadlow y sus colegas se enteren de que nos va mucho mejor de lo que habíamos previsto?

—Eres una mujer perversa, Rebecca Salmon, no cabe la menor duda.

—No dirás lo mismo, Charlie Trumper, cuando me necesites para ir mendigando el próximo préstamo.

—Si eres tan lista, explícame por qué no puedo apoderarme de la librería —dijo Charlie, señalando el número 141, donde una única luz era la prueba de que el edificio continuaba habitado—. Hace semanas que no entra un cliente, y si lo hace alguien es para preguntar el camino a Brompton Road.

—No tengo ni idea —rio Becky—, ya he sostenido una larga charla con el señor Sneedles sobre la compra de la propiedad, pero no está interesado. Desde que su esposa murió, encargarse de la tienda ha sido su única razón de vivir.

—¿Para hacer qué? ¿Quitar el polvo a libros viejos y ordenar en sus estanterías

manuscritos antiguos?

—Se siente feliz leyendo a William Blake y a sus amados poetas bélicos. Se contenta con vender un par de libros al mes y mantener la tienda abierta. No todo el mundo desea ser millonario..., como Daphne no para de recordarme.

—Es posible. ¿Por qué no le ofreces al señor Sneedles ciento cincuenta guineas por la propiedad, y se la alquilas por diez guineas al año? De esta forma, quedará automáticamente en nuestras manos cuando muera.

—Cuesta mucho complacerte, pero si eso es lo que quieres, lo intentaré.

—Eso es lo que quiero, Rebecca Salmon, de modo que adelante.

—Haré lo que pueda, aunque tal vez no te hayas enterado de que voy a tener un niño y, al mismo tiempo, estudio para graduarme.

—Esa combinación no me parece muy acertada. De todos modos, también te necesito para que me des otro empujoncito.

—¿Otro empujoncito?

—Fothergill's.

—La tienda de la esquina.

—Ni más ni menos. Ya sabes lo que siento por las tiendas que hacen chaflán, señorita Salmon.

—Desde luego, señor Trumper. También sé muy bien que no tienes ni idea de bellas artes, ni mucho menos de subastador.

—No mucho, lo admito, pero después de un par de visitas a la calle Bond, donde observé lo que sucede en Sotheby's, seguido de un corto paseo a St. James's para echar un vistazo a su único rival, Christie's, llegué a la conclusión de que tu título nos iba a servir de algo.

Becky enarcó las cejas.

—Ardo en deseos de saber cómo has planificado el resto de mi vida.

—Cuando hayas obtenido ese título —continuó Charlie, sin hacer caso del comentario—, quiero que solicites un empleo en Sotheby's o Christie's, me da igual cualquiera de los dos, donde pasarás de tres a cinco años, aprendiendo todo lo que hacen. Cuando pienses que estás preparada para marcharte, les robarás el empleo que consideres más capacitado y volverás para tomar las riendas del número 1 de Chelsea Terrace.

—Te sigo escuchando Charlie Trumper.

—Bien, Rebecca Salmon, tienes el cacumen de tu padre para los negocios. Espero que te guste la palabra. Combina eso con lo que siempre te ha gustado y con un talento innato, y el fracaso es imposible.

—Gracias por el cumplido, pero ¿puedo preguntarte, sin apartarnos del tema, cómo encaja el señor Fothergill en tu plan maestro?

—No encaja.

—¿Qué quieres decir?

—Lleva tres años perdiendo dinero sin parar. En este momento, el valor de la

propiedad y la venta de sus mejores existencias solo servirían para cubrir las pérdidas. No durará mucho tiempo.

Una vez finalizado septiembre, hasta Becky empezó a aceptar que Guy no tenía intenciones de contestar a su carta.

En agosto, Daphne les dijo que se había encontrado con la señora Trentham en Goodwood. Le aseguró que Guy no solo se lo pasaba bien en la India, sino que esperaba en cualquier momento ser ascendido a mayor. Daphne mantuvo a duras penas su promesa de guardar silencio sobre el estado de Becky.

A medida que se acercaba el día del parto, Charlie procuró que Becky no perdiera el tiempo yendo a la compra, y encargó a una dependienta del 147 que la ayudara a limpiar el piso. Becky les acusó a los dos de mimarla.

Llegado el octavo mes, Becky ni siquiera se preocupaba de examinar el correo de la mañana. La opinión de Daphne sobre el capitán Trentham, invariable desde el principio, empezaba a ganar visos de credibilidad. Le sorprendió la rapidez con que se borraba de su recuerdo, a pesar de que faltaba poco tiempo para que diera a luz a su hijo.

El hecho de que casi todo el mundo pensara que Charlie era el padre, agravado por la circunstancia de que él nunca lo negaba, sumía en la turbación a Becky.

Charlie no le quitaba el ojo a dos tiendas cuyos propietarios, en su opinión, no tardarían en ponerlas a la venta, pero Daphne no quería ni oír hablar de más negocios hasta que el niño naciera.

—No quiero que Becky se vea mezclada en ninguno de tus dudosos proyectos hasta que tenga el niño y termine sus estudios. ¿Me he expresado con claridad?

—Sí, señora —dijo Charlie, chocando los talones.

Calló que la semana anterior Becky había cerrado el trato con el señor Sneedles, y que la librería pasaría a su poder cuando el viejo muriera. Tan solo una cláusula del acuerdo le desagradaba, porque no sabía muy bien cómo iba a desembarazarse de tantos libros.

—La señorita Becky acaba de telefonar —susurró Bob al oído del jefe una tarde, mientras Charlie atendía a una clienta—. Dice que si puede ir a buscarla ahora mismo. Cree que el niño está a punto de nacer.

—Pero si aún le faltan dos semanas —dijo Charlie, quitándose el delantal.

—Solo dijo que se diera prisa.

—¿Ha llamado a la comadrona? —preguntó Charlie, abandonando a un cliente cargado de artículos y cogiendo el abrigo.

—No tengo ni idea, señor.

—Bien, hágase cargo de la tienda, porque es posible que ya no vuelva.

Charlie dejó a la sonriente cola de compradores, corrió hacia el 97, subió la escalera como una exhalación, abrió la puerta y entro como una tromba en el cuarto de Becky.

Se sentó en la cama a su lado y le cogió la mano. Pasó algún tiempo antes de que ninguno de los dos hablara.

—¿Has llamado a la comadrona? —preguntó él por fin.

—Por supuesto que lo ha hecho —dijo una voz detrás de él. Una enorme mujer entró en la habitación. Vestía un viejo impermeable negro, demasiado pequeño para su envergadura, y llevaba un bolso de piel negro. A juzgar por la agitación de sus pechos, subir la escalera le había costado un gran esfuerzo—. Soy la señora Westlake y trabajo en el hospital de San Esteban. Espero haber llegado a tiempo. —Becky asintió. La comadrona se volvió hacia Charlie—, ponga agua a hervir, y rápido.

El tono de su voz indicaba que no estaba acostumbrada a que la cuestionaran. Charlie, sin decir palabra, saltó de la cama y salió del cuarto.

La señora Westlake depositó su amplio bolso Gladstone en él.

—¿Con qué frecuencia se producen las contracciones? —preguntó.

—Cada veinte minutos.

—Excelente. No tendremos que esperar mucho.

Charlie apareció en la puerta, cargado con un caldero de agua caliente.

—¿Puedo ayudar en algo más?

—Sí, desde luego que sí. Necesito todas las toallas limpias que pueda transportar con ambas manos, y no le haría ascos a una taza de té.

Charlie salió corriendo de la habitación.

—Los maridos siempre se muestran patéticos en estas ocasiones —afirmó la señora Westlake—. Lo mejor es mantenerlos ocupados.

Becky iba a explicar la condición real de Charlie, cuando las contracciones se repitieron.

—Respire lenta y profundamente, querida —aconsejó la señora Westlake en tono cariñoso.

Charlie volvió con tres toallas y una olla. Sin volverse para ver quién era, la señora Westlake continuó.

—Deje las toallas en el aparador, vierta el agua en el cuenco más grande que tenga y vuelva a llenar la olla, para que tenga agua caliente a mano siempre que la necesite.

Charlie desapareció sin decir palabra.

—Ojalá me hiciera tanto caso a mí —dijo Becky, admirada.

—Oh, no se preocupe, querida. Mi marido no sirve para nada y leñemos siete hijos.

Charlie empujó la puerta con el pie al cabo de dos minutos, y dejó una olla de agua hirviente sobre el aparador.

—Sobre la mesilla de noche —indicó la señora Westlake—. Y procure no

olvidarse de mi té. Después, necesitaré más toallas.

Becky exhaló un gemido.

—Cójame la mano y siga respirando profundamente —dijo la comadrona.

Charlie no tardó en reaparecer con otra olla de agua; se le ordenó que vaciara el caldero para volverlo a llenar.

—Espere fuera hasta que le llame —dijo la señora Westlake cuando Charlie completó su tarea.

Charlie salió del cuarto, cerrando la puerta a su espalda.

Tuvo la impresión de que preparaba incontables tazas de té y transportaba interminables ollas de agua, de un lado a otro, irrumpiendo siempre con la equivocada en el peor momento, hasta que ya no le dieron más órdenes y le dejaron pasear arriba y abajo de la cocina, sumido en aciagos presentimientos. Después, escuchó un débil llanto.

Becky miró a la comadrona sostener a su hijo por una pierna y darle un suave cachete en el culo.

—Es mi momento favorito —confesó la señora Westlake—. Me gusta traer algo nuevo al mundo.

Envolvió al bebé en una toalla y tendió el bulto a la madre.

—¿Es...?

—Un niño, me temo —dijo la comadrona—. Así no es probable que el mundo progrese ni un ápice. Tendrá que fabricar una hija la próxima vez. Si él aún está en forma —añadió, señalando con el pulgar a la puerta cerrada.

—Pero es que él... —probó de nuevo Becky.

—Inútil, lo sé. Como todos los hombres. —La señora Westlake abrió la puerta del dormitorio y llamó a Charlie—. Todo ha terminado señor Salmon. Puede dejar de dar vueltas como un idiota y echar un vistazo a su hijo.

Charlie entró con tanta rapidez que casi derribó a la comadrona. Se inmovilizó en el extremo de la cama y contempló el bulto que Becky sostenía en brazos.

—Es muy feo, ¿no? —dijo Charlie.

—Bien, sabemos muy bien de quién es la culpa —replicó la comadrona—. Esperemos que este no termine con la nariz rota. En cualquier caso, lo que usted necesita cuanto antes es una hija, como ya le he explicado a su esposa. Por cierto, ¿cómo van a llamarle?

—Daniel George —dijo Becky sin vacilar—. Por mi padre —explicó, mirando a Charlie.

—Y el mío —dijo Charlie, rodeando con el brazo a Becky y al niño.

—Bien, me voy, señora Salmon, pero volveré a primera hora de la mañana.

—No, es señora Trumper —dijo Becky—, Salmon era mi apellido de soltera.

—Oh —exclamó la comadrona, desconcertada por primera vez—. Han equivocado los apellidos al escribirlos. Bien, hasta mañana, señora Trumper —se despidió la comadrona, cerrando la puerta.

—¿Señora Trumper? —preguntó Charlie.

—He tardado mucho tiempo en sentar la cabeza, ¿no cree usted señor Trumper?

DAPHNE

1918 - 1921

CAPÍTULO 13

Confieso que, cuando abrí la puerta, tardé un poco en recordar quién era Becky Salmon. Después, me acordé de que en St. Paul's había una alumna extremadamente brillante, más bien llenita, que respondía a ese nombre. Poseía una reserva inagotable de bollos de crema. Si la memoria no me falla, lo único que le di a cambio fue un libro de arte que una tía de Cumberland me había regalado unas Navidades.

De hecho, cuando pasé a sexto superior, la precoz lumbrera ya estaba en sexto inferior, a pesar de que yo le llevaba dos años de diferencia.

Después de leer su carta por segunda vez, me resultó imposible imaginar por qué quería verme, y pensé que la única forma de averiguarlo era invitarla a tomar el té en mi piso de Chelsea.

Cuando vi a Becky, apenas la reconocí. No solo había perdido sus buenos diez kilos, sino que se había convertido en la modelo ideal de aquellos anuncios de Pepsodent que llevaban los tranvías, esa chica de rostro lozano que exhibe una hilera de dientes perfectos. Tuve que admitir que me sentía envidiosa.

Becky me explicó que solo necesitaba una habitación en Londres mientras acudiera a la universidad. Me sentí encantada de aceptarla. Después de todo, mi madre había declarado en varias ocasiones lo mucho que desaprobaba mi decisión de vivir sola en un piso, y no conseguía comprender qué tenía de malo el número 26 de Lowndes Square, la residencia londinense de la familia. Apenas pude esperar a comunicarle a mamá, y también a papá, la noticia de que había encontrado una compañera adecuada, como tantas veces me habían exigido.

—¿Quién es esa chica? —inquirió mi madre cuando fui a pasar el fin de semana en Harcourt Hall—. ¿Es alguien que yo conozco?

—Creo que no, mamá —respondí—. Una antigua compañera de St. Paul's. Una empollona.

—¿Quieres decir una marisabidilla? —remató mi padre.

—Sí, has captado la idea, papá. Estudia historia del Renacimiento en un lugar llamado colegio Bedford, o algo por el estilo.

—No sabía que las mujeres podían licenciarse —dijo mi padre—. Debe de encajar en la visión de la nueva Inglaterra que tiene ese maldito galés canijo.

—Deja de describir a Lloyd George de esa manera —le reprendió mi madre—. Al fin y al cabo, es nuestro primer ministro.

—Es posible que sea el tuyo, querida, pero no el mío. Toda la culpa es de esas sufragistas —añadió mi padre, abundando en una de sus muchas conclusiones erróneas.

—Querido, echas la culpa de casi todo a las sufragistas —le recordó mi madre—, incluida la cosecha del año pasado. Sin embargo, volviendo a esta chica, me da la impresión de que va a ejercer una influencia benéfica en ti, Daphne. ¿De dónde has

dicho que son sus padres?

—No lo he dicho —repliqué—, pero creo que su padre era un comerciante del East, y la próxima semana iré a tomar el té con su madre.

—¿Singapur^[14], tal vez? —dijo papá—. Se hacen gran cantidad de negocios por allí, caucho y todas esas cosas.

—No, no creo que se dedicara al caucho, papá.

—Bien, sea lo que sea, trae a esa chica una tarde —insistió mi madre—, o incluso un fin de semana. ¿Le gusta cazar?

—No, creo que no, mamá, pero la invitaré a tomar el té dentro de poco, para que puedas repararla de pies a cabeza.

—Debo confesar que la idea de tomar el té con la madre de Becky, para darle la oportunidad de comprobar que yo era la clase de chica apropiada para su hija, también me divertía. Al fin y al cabo, yo estaba completamente segura de que no lo era. Por lo que yo podía recordar, nunca había ido más al este de Aldwych, y la idea de ir a Romford me excitaba más que viajar al extranjero. Por fortuna, el viaje a Romford transcurrió sin incidentes, en especial porque Hoskins, el chófer de mi padre, conocía bien el camino. Resultó que había nacido en un lugar llamado Dagenham, todavía más hundido en el corazón de la selva de Essex.

Hasta aquel momento ignoraba que existiera ese tipo de gente. No eran criados, ni profesionales liberales, ni miembros de la nobleza, y no voy a fingir que me extasiara Romford, que se hallaba a un tiro de piedra de Lowndes Square. Sin embargo, la señora Salmon y su hermana, la señorita Roach, fueron de lo más amables. La señora Salmon era una mujer práctica, sensata y temerosa de Dios, capaz de sacar una mermelada excelente para el té, de modo que no fue un viaje desaprovechado del todo.

Becky se trasladó a mi piso la semana siguiente, y me quedé horrorizada al descubrir que trabajaba como una loca. Se pasaba todo el día en Bedford, volvía a casa para comer un emparedado, bebía un vaso de leche y seguía estudiando hasta caer dormida, mucho después de que yo me hubiera marchado a la cama. Nunca conseguí entender de qué le servía aquel despliegue de energías.

Cuando Becky ya se había acostumbrado a la rutina, la invité a ir a la ópera —La Bohème— junto con dos chicos. Hasta el momento no había salido nunca conmigo, pero en esta ocasión le rogué que engrosara nuestro grupo, porque una amiga mía se había descolgado en el último minuto, y yo necesitaba desesperadamente una chica libre.

—Pero no tengo nada que ponerme —dijo.

—Elige cualquier cosa mía que te guste —respondí, acompañándola a mi dormitorio.

Comprendí que le resultaba difícil rechazar esta oferta. Salió una hora después, ataviada con un vestido largo de color turquesa que me hizo recordar el aspecto que tenía cuando lo exhibió la modelo por primera vez.

—¿Quiénes son tus otros invitados? —preguntó Becky.

—Algernon Fitzpatrick. Es el amigo más íntimo de Percy Wiltshire; ya sabes, el hombre que todavía ignora que voy a casarme con él.

—¿Y quién completa el grupo?

—Guy Trentham. Es un capitán de los Fusileros Reales, un regimiento simplemente aceptable. Acaba de llegar del frente occidental, donde se dice que hizo un buen papel. Cruz Militar y todo eso.

Nacimos en el mismo pueblo de Berkshire y crecimos juntos, aunque confieso que no tenemos mucho en común. Muy atractivo, pero con reputación de mujeriego, así que ve con cuidado.

Yo diría que *La Bohème* fue un gran éxito, a pesar de que Guy no paró de sonreír impudicamente a Becky durante todo el segundo acto, aunque ella no parecía demostrar el menor interés por él.

No obstante, para mi sorpresa, Becky no dejó de darme la tabarra con el hombre en cuanto llegamos al piso. Sus miradas, su sofisticación, su encanto... Caí en la cuenta, sin embargo, de que en ningún momento habló de su carácter. Conseguí irme a la cama por fin, pero no antes de asegurar a Becky, para su satisfacción, de que sus sentimientos, sin duda, eran correspondidos.

De hecho, me convertí sin querer en la celestina del romance en ciernes. Al día siguiente, Guy me pidió que invitara a la señorita Salmon a acompañarle a ver una obra en el West End. Becky aceptó, por supuesto, pero yo ya le había dicho a Guy que lo haría.

Después de esta salida, me topé con ellos en varias ocasiones, y empecé a temer que si la relación adquiría mayor seriedad solo podía terminar, como decía mi niñera, en llantos. Empecé a arrepentirme de haberles presentado. Había dado por sentado que Becky era demasiado sensata para caer en las garras de alguien como Guy Trentham, pero contra gustos no hay nada escrito.

La primera vez que oí hablar de Charlie Trumper y de sus ambiciones fue después de la insensata visita de Becky a John D. Wood. Tanto follón, solo porque había vendido su carretón sin consultarle. Consideré mi deber puntualizar que dos de mis antepasados habían sido decapitados por intentar apoderarse de condados, y uno enviado a la Torre por alta traición. Bien, reflexioné, al menos tenía un pariente que había terminado sus días en las cercanías del East End.

Como siempre, Becky sabía que tenía razón.

—Pero si solo son cien libras —me aseguró.

—Que tú no tienes.

—Tengo cuarenta, y estoy segura de que no me costará conseguir las otras sesenta, porque es una inversión muy buena. Al fin y al cabo, Charlie sería capaz de vender bloques de hielo a los esquimales.

—¿Y cómo piensas encargarte de la tienda en su ausencia? ¿Entre clase y clase?

—Oh, no seas tan frívola, Daphne. Charlie se hará cargo de la tienda en cuanto

vuelva de la guerra. Ya no puede faltar mucho.

—Hace semanas que la guerra ha terminado —le recordé—, y ni rastro de tu Charlie.

—Su regreso está previsto para el veinte de enero. Guy me lo ha dicho.

De todos modos, no le quité el ojo de encima a Becky durante aquellos treinta días en que confiaba hacerse con el dinero. Era obvio para cualquiera que no lo iba a conseguir, pero era demasiado orgullosa para admitirlo ante mí. Decidí que había llegado el momento de visitar otra vez Romford.

—Es un placer inesperado, señorita Harcourt-Browne —dijo la madre de Becky cuando aparecí sin previo aviso en su casita de Belle Vue Road.

Debo señalar, en mi descargo, que habría informado a la señora Salmon de mi inminente llegada si ella hubiera tenido teléfono. Como yo buscaba cierta información que solo ella podía proporcionarme antes de que finalizara el plazo de treinta días (información que no solo salvaría el buen nombre de su hija, sino también sus finanzas), no quería confiar en el servicio de correos.

—Espero que Becky no se haya metido en ningún lío —fue la primera reacción de la señora Salmon al verme de pie en el umbral.

—Por supuesto que no —la tranquilicé—. Nunca he visto una chica más resuelta.

—Es que desde la muerte de su padre me preocupo mucho por ella —explicó la señora Salmon.

Cojeó un poco mientras me guiaba a la sala de estar, tan immaculada como el primer día que había aceptado su amable invitación a tomar el té. Recé para que la señora Salmon nunca apareciera en el número 97 sin avisarme con un año de antelación.

—¿En qué puedo ayudarla? —preguntó la señora Salmon, en cuanto envió a la señorita Roach a la cocina para preparar el té.

—Estoy pensando en invertir una pequeña cantidad en una verdulería de Chelsea. John D. Wood me ha garantizado que se trata de una propuesta inteligente, a pesar del actual racionamiento y los crecientes problemas que suscitan los sindicatos... Lo principal es contratar a un responsable de primera clase.

Una expresión de perplejidad sustituyó a la sonrisa de la señora Salmon.

—Becky no ha cesado de recomendarme a alguien llamado Charlie Trumper, y el propósito de mi visita es preguntarle su opinión sobre el caballero en cuestión.

—No es un caballero, desde luego —contestó sin vacilar la señora Salmon—. Un patán inculto sería una descripción más precisa.

—Oh, qué decepción, en especial porque Becky me ha llevado a creer que su difunto marido tenía una altísima opinión sobre él.

—Como experto en frutas y verduras, desde luego que sí. De hecho, me atrevería a decir que mi marido consideraba que llegaría a ser tan bueno como su abuelo.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Aunque yo no me mezclaba con esa clase de gente, como ya comprenderá, me

dijeron, indirectamente, por supuesto, que era el mejor de toda la historia de Whitechapel.

—Bien. ¿Es honrado?

—Jamás oí lo contrario —admitió la señora Salmon—. Dios sabe que se pasaba todo el día trabajando, pero no creo que sea su tipo, señorita Harcourt-Browne.

—Pensaba contratar a ese hombre como responsable de la tienda, señora Salmon, no pedirle que me acompañara a las carreras de Ascot.

La señorita Roach reapareció en aquel momento con una bandeja de té, pastelillos de mermelada y relámpagos de chocolate bañados en crema. Eran tan deliciosos que me quedé mucho más tiempo del que había planeado.

A la mañana siguiente visité a John D. Wood y entregué un cheque por las noventa libras restantes. Después, fui a ver a mi abogado y le hice redactar un contrato.

—Tuve que inventar una estratagema cuando Becky se enteró de mi maniobra, porque yo sabía que se sentiría ofendida por mi intervención si no lograba convencerla de que me las había arreglado para sacar una buena tajada del negocio.

Después de convencerse, Becky me entregó de inmediato treinta libras, para reducir la deuda. Se tomó su nueva iniciativa con mucha seriedad, porque durante el siguiente mes consiguió contratar a un joven que trabajaba en una tienda de Kensington para llevar la nuestra hasta que Charlie volviera. Trabajaba durante horas que yo ni siquiera sabía que existían. Nunca conseguí que me explicara la necesidad de levantarse antes de que el sol saliera.

Y así, los habitantes del 97 recuperaron el equilibrio durante unas breves semanas..., hasta que Charlie fue desmovilizado.

Después de su vuelta, tardaron bastante en presentármelo oficialmente, pero cuando le conocí tuve que admitir: «No los hacen así en Berkshire». Sucedió durante la cena que celebramos en aquel espantoso restaurante italiano que hay en la misma calle de mi casa.

Para ser sincera, no podría calificar la velada de éxito descomunal, en parte porque Guy no hizo el menor esfuerzo para ser sociable, pero sobre todo porque Becky tampoco se esforzó en que Charlie participara en la conversación. Me descubrí formulando y respondiendo a la mayoría de las preguntas. En cuanto a Charlie, parecía un poco torpe.

Después de la cena, mientras volvíamos a casa, sugerí que dejáramos solos a Becky y Guy. Me invitó a entrar en su tienda, y no pudo resistir la tentación de detenerse para explicar cómo había cambiado todo desde que él había tomado las riendas. Su entusiasmo habría convencido al inversor más escéptico, pero lo que más me impresionó fue su conocimiento de un negocio al que yo no había dedicado, hasta el momento, ni un segundo de mi tiempo. Fue entonces cuando tomé la decisión de ayudar a Charlie en sus dos empresas.

No me sorprendió descubrir que el tipo estaba muy enamorado de Becky, y que,

por su parte, Becky se hallaba tan fascinada por Guy que ni siquiera era consciente de su existencia. Empecé a forjar un plan para el futuro de Charlie durante uno de sus largos monólogos sobre las virtudes de la muchacha. Decidí que debía recibir otro tipo de educación, tal vez diferente de la de Becky, pero no menos valiosa para el futuro que él deseaba.

Le aseguré a Charlie que Guy pronto se hartaría de Becky, pues lo mismo había ocurrido con varias chicas que se habían cruzado en su camino anteriormente. Le dije a Charlie que debía ser paciente, y la manzana caería en su regazo tarde o temprano. También le expliqué quién era Newton.

Supuse que aquellas lágrimas de las que tanto hablaba mi niñera empezarían a derramarse en cuanto Becky fuera invitada a pasar un fin de semana en Ashurst con los padres de Guy. Me las arreglé para que los Trentham me invitaran a tomar el té el domingo por la tarde, con el propósito de darle mi apoyo moral a Becky en caso de que lo necesitara.

Llegué poco después de las tres y cuarenta minutos, una hora que siempre he considerado apropiada para tomar el té, y me encontré con la señora Trentham rodeada de cubiertos y vajillas de plata, pero completamente sola.

—¿Dónde están los felices enamorados? —pregunté, entrando en la sala de estar.

—Daphne, si te refieres, con tu habitual grosería, a mi hijo y a la señorita Salmon, ya han marchado hacia Londres.

—Juntos, supongo.

—Sí, aunque te aseguro que no comprendo lo que ha visto mi querido muchacho en ella. —La señora Trentham me sirvió una taza de té—. Por lo que a mí respecta, la encuentro sumamente vulgar.

—Tal vez sea su aspecto y su inteligencia —insinué, justo cuando el mayor entraba en la sala.

Sonreí al hombre, que conocía desde niña y al que trataba como a un tío. El único misterio que me intrigaba de él era saber por qué había terminado casándose con Ethel Hardcastle.

—¿Guy también se ha marchado? —preguntó.

—Sí, ha vuelto a Londres con la señorita Salmon —dijo la señora Trentham por segunda vez.

—Oh, qué pena. Parecía una chica muy interesante.

—Del tipo provinciano —dijo la señora Trentham—. Supongo que esa es la definición que mejor le cuadra.

—Tengo la impresión de que a Guy se le cae la baba por ella —comenté, esperando una reacción.

—Dios le perdone —dijo la señora Trentham.

—Dudo que Dios tenga algo que ver con su relación —repliqué, disfrutando del

desafío.

—Pues yo sí —saltó la señora Trentham—, no tengo la menor intención de permitir que mi hijo se case con la hija de un vendedor ambulante del East End.

—No entiendo por qué —intervino el mayor—. Al fin y al cabo, ¿no lo era también tu abuelo?

—Gerald, por favor. Mi abuelo fundó y estableció un próspero negocio en Yorkshire, no en el East End.

—Pues entonces, nuestra única divergencia reside en el emplazamiento —dijo el mayor—. Recuerdo bien que tu padre me dijo, con cierto orgullo, debería añadir, que su padre había fundado el negocio en la parte posterior de un cobertizo, cerca de Huddersfield.

—Gerald... Estaría exagerando.

—Nunca me pareció una persona propensa a la exageración —replicó el mayor—. Todo lo contrario, un hombre bastante sincero, y astuto, a mi entender.

—Debió ser hace mucho tiempo —dijo la señora Trentham.

—Aún más, sospecho que viviremos para ver a los hijos de Rebecca Salmon prosperar más que nuestros jodidos iguales.

—Gerald, no me gusta que utilices con tanta frecuencia la palabra «jodidos». Todos padecemos la influencia de ese dramaturgo socialista, el señor Shaw, y su espantoso *Pigmalión*, que me parece una obra sobre la señorita Salmon.

—No creo —intervine—. Después de todo, Becky saldrá de la universidad de Londres con una licenciatura en Letras, más de lo que toda mi familia ha logrado en su conjunto durante once siglos.

—Es posible —coincidió la señora Trentham—, pero no es el requisito que considero adecuado para impulsar la carrera militar de Guy, sobre todo ahora que el regimiento parte hacia la India para completar su servicio.

Esta información me pilló por sorpresa. Estaba segura de que Becky tampoco lo sabía.

—Y cuando vuelva a esta tierra —continuó la señora Trentham—, le buscaré una esposa de buena cuna, bastante dinero y hasta un poco de inteligencia. Es posible que Gerald haya fracasado, por culpa de mezquinos prejuicios, en llegar a coronel del regimiento, pero no permitiré que a Guy le pase lo mismo, te lo aseguro.

—Yo no era lo bastante bueno, eso es todo —gruñó Gerald—. *Sir Danvers* era más idóneo para el puesto y, en cualquier caso, tú eras la única que deseaba verme con los galones de coronel.

—De todos modos, creo que después de los resultados de Guy en Sandhurst...

—Logró situarse en la mitad superior —le recordó el mayor—. No puede afirmarse que obtuviera la Espada Honorífica, querida.

—Pero le concedieron la Cruz Militar en el campo de batalla, y una citación...

El mayor gruñó de una manera especial, dando a entender que ya había discutido el tema en ocasiones anteriores.

—Tengo la absoluta confianza —prosiguió la señora Trentham— de que Guy llegará a ser coronel del regimiento, y no me importa decirte que ya he elegido a la muchacha que le apoyará en esta empresa. Después de todo, las esposas pueden hacer o destruir una carrera, ¿no crees, Daphne?

—En eso estoy de acuerdo contigo, querida —masculló el mayor.

Volví a Londres, tranquilizada al pensar que, después de aquello, la relación de Becky con Guy se rompería. La verdad es que cada vez que le veía me gustaba menos.

Cuando volví al piso por la noche, encontré a Becky sentada en el sofá, temblorosa y con los ojos enrojecidos.

—Ella me odia —fueron sus primeras palabras.

—Todavía no te aprecia —le contesté, según creo recordar—, pero te aseguro que el mayor piensa que eres una chica estupenda.

—Es muy amable de su parte. Me enseñó toda la propiedad.

—Querida, trescientas cincuenta hectáreas no merecen el nombre de propiedad. Tal vez finca, pero propiedad no, desde luego.

—¿Crees que Guy dejará de salir conmigo después de lo que ha ocurrido en Ashurst?

Quise decir «eso espero», pero conseguí morderme la lengua.

—Si es un hombre de carácter, no —repliqué diplomáticamente.

Y Guy salió con ella al día siguiente, pero jamás volvió a hablar de su madre o del infortunado fin de semana.

De todos modos, yo creía que mis planes a largo plazo para Charlie y Becky marchaban sobre ruedas, hasta que al volver a casa de un largo fin de semana descubrí, horrorizada, uno de mis vestidos favoritos tirado en el suelo. Seguí el rastro de prendas hasta llegar ante la puerta de Becky, que abrí con cuidado para descubrir más prendas de mi propiedad caídas a un lado de la cama, junto con las de Guy. Yo confiaba en que Becky habría descubierto desde tiempo atrás sus intenciones, antes de llegar a esta fase.

Guy inició su viaje a la India al día siguiente, y Becky, nada más partió él, empezó a decir que estaban prometidos a todo aquel que la escuchaba, aunque no llevaba el anillo correspondiente ni periódico alguno publicaba el anuncio que confirmara su versión de los hechos.

—La palabra de Guy me vale —nos aseguró.

Yo me quedé sin habla.

El domingo siguiente por la tarde me invité a tomar el té en casa de los Trentham. Según la madre de Guy, su hijo le había asegurado que no se había visto con la señorita Salmon desde su partida prematura de Ashurst, acaecida unos meses antes.

—Pero eso no es... —empecé, y no completé la frase al recordar que le había

prometido a Becky no informar a la madre de Guy sobre sus asuntos.

Unas semanas más tarde, Becky me dijo que no le venía la regla.

Juré que guardaría el secreto, pero no dudé en informar a Charlie aquel mismo día. Se volvió loco al saber la noticia. Lo peor era que debía seguir fingiendo ignorancia cada vez que veía a la chica.

—Juro que mataré a Trentham si vuelve a Inglaterra —no dejaba de repetir, interrumpiendo uno de sus incesantes paseos por la sala de estar.

—Si vuelve a Inglaterra, se me ocurren al menos tres padres de chicas que yo conozco que se sentirán muy dichosos de ahorrarte la tarea.

—¿Qué se supone que debo hacer? —me preguntó Charlie por fin.

—No gran cosa. Sospecho que el tiempo, y doce mil kilómetros de distancia, se convertirán en tus mejores aliados.

El coronel también entraba en la categoría de los que matarían alegremente a Guy Trentham a la menor oportunidad. En su caso, por el honor del regimiento y todo eso. Incluso llegó a murmurar algo siniestro sobre ir a ver al mayor Trentham y contarle la verdad al hijo de perra. Yo quise decirle que el «hijo de perra» no era el problema, pero dudaba que el coronel, aún con su gran experiencia en todo tipo de enemigos, se hubiera enfrentado con alguien tan tortuoso como la señora Trentham.

Fue por esa época cuando desmovilizaron a Percy Wiltshire de la Guardia Escocesa. Ya habían dejado de preocuparme las llamadas telefónicas de su madre. Siempre había dado por sentado, durante aquellos espantosos años de guerra, que un día llegaría un mensaje anunciando la muerte de Percy en el frente occidental, al igual que su padre y su hermano mayor antes que él. Pasarían años antes de que confesara a la marquesa viuda, siempre que llamaba, cuánto temía averiguar que se encontraba al otro extremo de la línea.

Un día, de repente, Percy me pidió que me casara con él. Temí desde aquel momento que la preocupación por nuestro futuro común y las visitas a sus múltiples parientes me impidieran cumplir mi deber hacia Becky, a pesar de que le había dado permiso para tomar plena posesión del piso. Empecé a sentirme culpable por verles tan poco, sobre todo teniendo tantas noticias que comunicarles. Después, casi sin darme tiempo a reaccionar, dio a luz al pequeño Daniel.

Un domingo por la noche, volviendo de pasar un fin de semana en el campo con la madre de Percy, decidí visitarles por sorpresa.

Cuando Charlie abrió la puerta para recibirme, observé que llevaba un periódico bajo el brazo, y que Becky parecía estar zurciendo un calcetín. El pequeño Daniel avanzó gateando hacia mí. Cogí al niño en brazos antes de que se lanzara de cabeza por la escalera.

—Me alegro muchísimo de verte, Daphne —dijo Becky, levantándose bruscamente—. Han pasado siglos. Deja que te prepare un poco de té.

—Gracias —dije, fascinada por la belleza del único cuadro que colgaba en la pared.

—Qué cuadro más hermoso —comenté.

—Tienes que haberlo visto muchas veces —dijo Becky—. Después de todo, estaba en el piso de Charlie...

—No, nunca lo he visto —contesté, sin saber bien de qué estaba hablando.

CAPÍTULO 14

El día en que la tarjeta ribeteada de oro llegó a Lowndes Square, Daphne colocó la invitación entre la que solicitaba su presencia en la carrera real de Ascot y la orden de asistir a la fiesta que se celebraría en los jardines del palacio de Buckingham. Sin embargo, consideró que esta invitación en particular permanecería sobre la repisa de la chimenea para que todos la vieran, aun después de que Ascot y el palacio hubieran sido relegados a la papelera.

Aunque Daphne había pasado una semana en París, seleccionando tres vestidos para tres ocasiones diferentes, el más espléndido de todos lo iba a guardar para la ceremonia de graduación de Becky, que ahora describía a Percy como el gran acontecimiento.

Su prometido (si bien no se había acostumbrado aún a pensar en Percy de esa forma) también admitía que nunca le habían invitado a un acontecimiento semejante.

El general de brigada Harcourt-Browne sugirió que Hoskins les condujera en el Rolls a la Casa del Senado, y confesó cierta envidia por no haber sido invitado.

Cuando por fin llegó aquella mañana, Percy acompañó a Daphne a almorzar al Ritz, y tras repasar por enésima vez la lista de invitados y los himnos que se cantarían durante la ceremonia, dedicaron su atención a los detalles del vestido de la tarde.

—Espero que no me hagan preguntas raras —dijo Daphne—, porque te aseguro que no sabré la respuesta.

—Oh, estoy seguro de que no tendremos problemas, cariño —dijo Percy—, aunque nunca he acudido a una de esas fiestas. Los de Wiltshire no tenemos fama de molestar a las autoridades con estos temas —añadió, con una de sus risas que tanto recordaban a una tos.

—Has de quitarte esa costumbre, Percy. Si quieres reír, ríe. Si quieres toser, tose.

—Lo que tú digas, cariño.

—Y deja de llamarme «cariño». Tengo veintitrés años y mis padres me dieron un nombre perfectamente aceptable.

—Lo que tú digas, cariño —repitió Percy.

—No has escuchado ni una palabra de lo que he dicho. —Daphne consultó su reloj—. Creo que es hora de ponernos en camino. Procuremos no llegar tarde esta vez.

—Muy bien —contestó él, y llamó a un camarero para que les trajera la cuenta.

—¿Tienes idea de a dónde vamos, Hoskins? —preguntó Daphne, mientras el chófer le abría la puerta trasera.

—Sí, señora. Me tomé la libertad de estudiar la ruta mientras usted y Su Señoría se hallaban en Escocia el mes pasado.

—Buena idea, Hoskins —dijo Percy—. De lo contrario, podríamos pasarnos el resto de la tarde dando vueltas en círculo.

Mientras Hoskins ponía en marcha el coche, Daphne miró al hombre que amaba,

y pensó en lo afortunada que había sido su elección. La verdad era que le había elegido a la edad de dieciséis años, y el convencimiento de que era el hombre adecuado nunca se debilitó..., a pesar de que él ignoraba el dato. Siempre había pensado que Percy era maravilloso, amable, considerado y cariñoso; distinguido, si bien no exactamente apuesto. Cada noche daba gracias a Dios porque hubiera escapado de aquella mierda de guerra con todos los miembros en su sitio. Desde el momento en que Percy le comunicó que se iba a Francia para servir con la Guardia Escocesa, Daphne pasó los tres años más desdichados de su vida. Dio por sentado que cada carta, cada mensaje, cada llamada telefónica era para informarle de su muerte. Otros hombres intentaron cortejarla durante su ausencia, pero todos fracasaron, pues Daphne, al igual que Penélope, aguardaba pacientemente el regreso de su amado. Solo aceptó el hecho de que seguía con vida cuando le vio bajar por la pasarela del barco en Dover. Daphne siempre recordaría las primeras palabras que pronunció Percy al verla.

—Qué sorpresa verte aquí, cariño. Menuda coincidencia.

Percy jamás comentó el ejemplo dado por su padre, aunque el *Times* había dedicado media página al fallecimiento del marqués. Describían su acción en el Marne, al desmantelar una batería alemana sin ayuda de nadie, como «una de las grandes victorias de la guerra». Cuando, un mes después, el hermano mayor de Percy cayó muerto en Yprés, Daphne pensó en las numerosas familias que estaban padeciendo la misma y espantosa experiencia. Ahora, Percy había heredado el título: duodécimo marqués de Wiltshire. De décimo a duodécimo en cuestión de semanas.

—¿Está seguro de que vamos en la dirección correcta? —preguntó Daphne cuando el Rolls se internó en la avenida Shaftesbury.

—Sí, señora —respondió Hoskins, que había decidido llamarla de esta forma a pesar de que aún no se había casado con Percy.

—Te está ayudando a acostumbrarte a la idea, cariño —sugirió Percy, antes de volver a toser.

Daphne se sintió muy complacida cuando Percy le dijo que había decidido renunciar a su destino en la Guardia Escocesa para responsabilizarse de las propiedades familiares. A pesar de lo mucho que le admiraba cuando le veía ataviado con el uniforme azul oscuro, con sus cuatro botones de metal, separados por idéntica distancia, las botas de caballería y el divertido gorro a cuadros rojos, blancos y azules, no quería casarse con un soldado, sino con un granjero. Pasar la vida en la India, África y las colonias nunca la había atraído.

Al doblar por la calle Maple, Daphne vio a un grupo de gente que subía unos escalones de piedra para entrar en un amplio edificio de estilo monumental.

—Eso debe de ser el Senado —exclamó, como si se hubiera topado con una pirámide aún no descubierta.

—Sí, señora —contestó Hoskins.

—Acuérdate, Percy... —empezó Daphne.

—¿Sí, cariño?

—De no hablar a menos que te hablen a ti. En esta ocasión no nos hallamos en terreno familiar, y me niego a que ninguno de los dos sea considerado un estúpido. Bien, ¿te acuerdas de la invitación y de los billetes especiales donde constan nuestros asientos?

—Los he guardado en algún sitio.

Empezó a rebuscar en sus bolsillos.

—Están a mano izquierda, en el bolsillo superior de su chaqueta, Su Señoría —dijo Hoskins, frenando el coche.

—Sí, claro —dijo Percy—, gracias, Hoskins.

—Ha sido un placer, Su Señoría —recitó Hoskins.

—Sigue a la muchedumbre —le ordenó Daphne—, y aparenta que haces lo mismo cada semana.

Rebasaron a varios porteros y ujieres uniformados, hasta que un empleado examinó sus billetes y les acompañó a la fila M.

—Nunca me había sentado tan atrás —dijo Daphne.

—Solo he estado tan atrás en un teatro una vez —admitió Percy—, y fue cuando los alemanes ocupaban el escenario.

Tosió de nuevo. Se quedaron sentados en silencio, la mirada clavada al frente, esperando que algo ocurriera. El escenario estaba vacío, a excepción de catorce sillas, dos de las cuales, situadas en el centro, casi podían describirse como tronos.

A las dos y cincuenta y cinco minutos, dos hombres y dos mujeres ataviados con lo que a Daphne le pareció largas batas negras, con bufandas escarlatas que colgaban de sus cuellos, aparecieron en el escenario uno tras otro, tomando asiento en sus respectivos lugares. Solo los dos tronos siguieron vacantes. A las tres en punto, la atención de Daphne se desvió hacia la galería de los Cantores, al sonar una fanfarria de trompetas que anunciaba la llegada de los Visitantes. Todos los presentes se pusieron en pie cuando el rey y la reina entraron para ocupar sus puestos, en el centro del Senado. Todo el mundo, excepto la pareja real, permaneció en pie hasta que finalizaron los últimos acordes del himno nacional.

—Bertie tiene muy buen aspecto, dentro de todo —dijo Percy, sentándose.

—Cállate —dijo Daphne—. Nadie más le conoce.

Un anciano vestido con la larga bata negra, la única persona que continuaba de pie, esperó a que todo el mundo se acomodara antes de dar un paso adelante, dedicar una reverencia a la pareja real y dirigirse al público.

Después de que el vicescanciller, *sir* Russell Russell-Wells, hablara durante un tiempo considerable, Percy se volvió hacia su prometida.

—¿Cómo va a aguantar uno esta sarta de disparates, teniendo en cuenta que renunció al latín el segundo año?

—Yo solo sobreviví un año a esa asignatura.

—Entonces, tampoco serás de gran ayuda, cariño —susurró Percy.

Alguien sentado en la fila de delante se volvió y les dirigió una mirada feroz.

Daphne y Percy se esforzaron en guardar silencio durante el resto de la ceremonia, aunque Daphne consideraba necesario colocar de cuando en cuando una firme mano sobre la rodilla de Percy, que se removía en la incómoda silla de madera.

—Es perfecta para el rey —susurró Percy—, tiene un almohadón de cuidado donde sentarse.

Por fin llegó el momento que ambos esperaban.

El vicescanciller, que continuaba leyendo en voz alta la lista de honor, había llegado por fin a las «tes».

—Señora de Charles Trumper, del colegio Bedford, licenciada en letras —anunció en aquel momento.

Los aplausos se redoblaron, como cada vez que una mujer había subido los peldaños para recibir su título de manos del Visitante. Becky se inclinó ante el rey mientras él colocaba sobre su vestido lo que el programa llamaba la «muceta de púrpura» y le hacía entrega de un rollo de pergamino. Ella volvió a inclinarse, retrocedió dos pasos y volvió a su asiento.

—Yo no lo habría hecho mejor —reconoció Percy, uniéndose a los aplausos—. No es difícil averiguar quién la ha aleccionado —añadió.

Daphne se ruborizó. Continuaron sentados mientras las us, uves, dobles uves e is griegas recibían sus diplomas, y por fin escaparon al jardín, donde se celebraría la fiesta.

—No los veo por ningún sitio —dijo Percy, describiendo un lento círculo en mitad del jardín.

—Ni yo —contestó Daphne—, pero sigue mirando. Tienen que estar en alguna parte.

—Buenas tardes, señorita Harcourt-Browne.

Daphne se giró en redondo.

—Ah, hola, señora Salmon, me alegro de verla. Qué sombrero tan encantador, señorita Roach. Percy, te presento a la madre de Becky, la señora Salmon, y a su tía, la señorita Roach. Mi prometido...

—Encantada de conocerle, señoría —dijo la señora Salmon, preguntándose si se lo iban a creer en el Círculo Femenino de Romford cuando lo contara.

—Debe estar muy orgullosa de su hija —dijo Percy.

—Sí, lo estoy, señoría.

La señorita Roach se mantenía tiesa como una estatua, sin dar su opinión.

—Y ahí tenemos a nuestra pequeña erudita —dijo Daphne, extendiendo los brazos.

—Daphne, por fin. ¿Dónde te habías metido? —dijo Becky, separándose de un grupo de recién graduados.

—Te estaba buscando.

Las dos muchachas se fundieron en un abrazo.

—¿Has visto a mi madre? —preguntó Becky.

—Estaba aquí hace un momento —dijo Daphne, mirando a su alrededor.

—Creo que ha ido a buscar unos emparedados —indicó la señorita Roach.

—Muy típico de mamá —rio Becky.

—Hola, Percy —saludó Charlie—. ¿Cómo va todo?

—Bien —tosió Percy—. Te felicito, Becky.

La señora Salmon volvió con una amplia bandeja llena de emparedados.

—Becky ha heredado el sentido común de su madre, señora Salmon —dijo Daphne, mientras cogía un emparedado de pepino para Percy—, se desenvolverá bien en el mundo real, pues sospecho que no quedarán muchos de estos dentro de quince minutos. —Cogió uno de salmón ahumado para ella—. ¿Estabas muy nerviosa cuando subiste al escenario? —preguntó, volviendo su atención a Becky.

—Desde luego, y cuando el rey me puso la muceta sobre la cabeza, mis piernas casi me fallaron. Después, para colmo, volví a mi sitio y descubrí que Charlie estaba llorando.

—Eso no es verdad —protestó su marido.

Becky, sin decir nada, le cogió por el brazo.

—Me gusta esa cosa púrpura —dijo Percy—. Creo que quedaré muy guapo si me pongo una en el baile de Cazadores del año que viene. Daphne, ¿qué opinas?

—Se supone que has de trabajar muy duro antes de que te den permiso para embellecerte con ese sombrero, Percy.

Todos se volvieron para ver quién había hablado.

Percy bajó la cabeza.

—Su Majestad está en lo cierto, como siempre. Debo añadir, señor, que mucho me temo, a la vista de mi expediente actual, que jamás seré merecedor de esa distinción.

—La verdad, Percy —sonrió el rey—, que me sorprende un poco encontrarte en esta reunión.

—Una amiga de Daphne —explicó Percy.

—Daphne, querida, me alegro mucho de verte —dijo el rey—. Aún no había tenido la oportunidad de felicitaros por vuestro compromiso.

—Ayer mismo recibí una amable nota de la reina, Majestad. Es un honor para nosotros que ambos acudan a la boda.

—Sí, verdaderamente encantados —dijo Percy—, ¿me permitís presentaros a la señora Trumper, a la que habéis entregado su título?

Becky le estrechó la mano al rey por segunda vez.

—Su marido, el señor Charles Trumper. La madre de la señora Trumper, la señora Salmon. Su tía, la señorita Roach.

El rey estrechó las manos de los cuatro.

—La felicito, señora Trumper. Confío en que utilice su título adecuadamente.

—Voy a trabajar en Sotheby's, Majestad, como aprendiz en el departamento de

bellas artes.

—Excelente. Le deseo, pues, que continúen sus éxitos. Encantado de haberla conocido, señora Trumper. Espero verte el día de la boda, si no antes, Percy.

El rey saludó con la cabeza y se dirigió hacia otro grupo.

—Un buen tipo —dijo Percy—. Acercarse para saludarnos ha sido todo un detalle.

—No tenía ni idea de que conocías... —empezó Becky.

—Bueno, para ser sincero, mi tata tata tata tatarabuelo intentó asesinar a su tata tata tata tatarabuelo. De haber tenido éxito, habríamos intercambiado los papeles. Siempre ha sido muy comprensivo acerca del asunto.

—¿Y qué le ocurrió a tu tata tata tata tatarabuelo? —preguntó Charlie.

—Fue condenado al exilio, y con mucha razón, debería añadir. De lo contrario, el muy bellaco lo habría intentado de nuevo.

—Santo Dios —rio Becky.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Charlie.

—Acabo de descubrir quién era el tata tata tata tatarabuelo de Percy^[15].

Daphne no consiguió ver a Becky antes de la boda. Las últimas semanas de preparativos transcurrieron volando. Sin embargo, averiguó cómo marchaba todo en Chelsea Terrace, después de encontrarse con el coronel y su esposa en la recepción ofrecida por *lady* Denham en Onslow Square. El coronel la informó, *sotto voce*, que Charlie había saldado todas sus deudas con el banco, por no mencionar a los acreedores pendientes. Daphne sonrió al recordar que Charlie le había devuelto, con su estilo habitual, el último plazo de la deuda meses antes de lo convenido.

—Y ya le ha puesto el ojo encima a otra tienda.

—¿Cuál es esta vez?

—La panadería... El número 145.

—El antiguo negocio del padre de Becky —dijo Daphne—. ¿Confían en hacerse con ella?

—Sí, yo diría que sí, aunque me temo que, esta vez, Charlie tendrá que pagar más de lo acostumbrado.

—¿Por qué?

—La panadería está al lado de la verdulería, y el señor Reynolds conoce muy bien las intenciones de Charlie. Sin embargo, Charlie ha tentado al señor Reynolds, ofreciéndole el puesto de director, más una parte de los beneficios.

—Ummm. ¿Cuánto tiempo cree que durará ese acuerdo?

—El que tarde Charlie en dominar de nuevo el negocio de la panadería.

—¿Y Becky?

—Ha empezado a trabajar en Sotheby's. Como empleada en el mostrador.

—¿Empleada en el mostrador? —se extrañó Daphne—, ¿para qué sirve esforzarse tanto por obtener un título, si luego terminas de empleada en el mostrador?

—Por lo visto, todo el mundo empieza igual en Sotheby's, independientemente de

los títulos que aporte. Becky me lo explicó. Tanto da que seas hijo de un presidente, que hayas trabajado durante varios años en alguna galería de arte importante del West End, que poseas un título o ninguno; siempre empiezas en el mostrador. Cuando descubren que eres bueno te ascienden a un departamento especializado. Muy parecido al ejército, ¿verdad?

—¿Qué departamento le apetece a Becky?

—Por lo visto, quiere trabajar con un anciano llamado Pemberton, reconocido experto en pinturas renacentistas.

—Apuesto a que no durará más de dos semanas en el mostrador.

—Charlie no comparte esa opinión.

—¿Cuánto tiempo le concede él?

—Diez días a lo sumo —sonrió el coronel.

CAPÍTULO 15

Siempre que el correo matutino llegaba a Lowndes Square, Wentworth, el mayordomo, depositaba las cartas en una bandeja de plata y las llevaba al estudio del general de brigada, donde este apartaba las dirigidas a él antes de devolver la bandeja al mayordomo. Wentworth, a continuación, entregaba las cartas restantes a las señoras de la casa.

Sin embargo, desde que el compromiso de su hija había sido anunciado en el *Times*, con el consiguiente envío de unas quinientas invitaciones a la inminente boda, al general de brigada le aburría el proceso de selección, y había dado instrucciones a Wentworth en el sentido de que recorriera la ruta a la inversa, a fin de que solo le entregara las cartas dirigidas a su nombre.

Un lunes de aquel junio de 1921 por la mañana, Wentworth llamó a la puerta de la señorita Daphne, entró al recibir el permiso y le hizo entrega del abundante correo. Daphne separó las cartas dirigidas a su madre y a ella, y devolvió las pocas que quedaban a Wentworth, que se inclinó e inició su nueva ruta inversa.

Daphne saltó de la cama en cuanto Wentworth salió de la habitación, colocó el correo sobre el escritorio y se fue al cuarto de baño. Poco después de las diez y media, sintiéndose con fuerzas para afrontar los rigores del día, volvió al escritorio y empezó a abrir las cartas. Aceptaciones y disculpas debían ordenarse en pilas diferentes, con el fin de marcarlas con cruces y tacharlas en la lista principal. Su madre podría calcular de esta forma el número exacto de comensales y sentarlos de la manera conveniente. El resultado final de las 31 cartas de aquella mañana arrojó un balance de veintidós «síes», incluyendo una princesa, un vizconde, otros dos nobles, un embajador y los queridos coronel y *lady* Hamilton. También había cuatro «nos»; dos por hallarse en el extranjero, uno por padecer una severa diabetes y otro porque su hija había tenido la desdichada idea de casarse el mismo día que Daphne. Después de proceder a tachar y marcar los nombres en la lista, Daphne dedicó su atención a las cartas restantes.

Una resultó ser de su tía Agatha, de ochenta y siete años, que residía en Cumberland y que ya había anunciado previamente su no comparecencia en la boda, pues pensaba que el viaje a Londres le resultaría agotador. Sin embargo, tía Agatha sugería la posibilidad de que Daphne y Percy viajaran al norte para visitarla en cuanto volvieran de su luna de miel, pues deseaba conocer a su futuro marido.

—Desde luego que no —dijo Daphne en voz alta—. En cuanto regrese a Inglaterra tendré que hacer cosas más importantes que preocuparme por las tías ancianas. Leyó después la postdata:

Y cuando vengas a Cumberland, querida, será el momento ideal para que me aconsejes sobre mi testamento, porque no sé bien a quién donarle mis cuadros, en especial el Canaletto, que se merece un buen hogar, en mi opinión.

«Vieja retorcida», pensó Daphne, sabiendo que tía Agatha escribía la misma postdata a todos sus parientes, por lejanos que fueran, para de esta forma no pasar casi ningún fin de semana sola.

La segunda carta era de Michael Fishlock y Cía, los especialistas en banquetes, que incluía un presupuesto para suministrar té a ochocientos invitados en Vincent Square inmediatamente antes de la boda. Daphne consideró ofensiva la cantidad de trescientas libras, pero apartó el presupuesto a un lado sin pensarlo dos veces, para que su padre lo examinara más tarde. También separó dos cartas dirigidas a su madre y que no le concernían.

Reservó la quinta carta para el final, fascinada por el colorido de los sellos. La corona real, rodeada por un óvalo, se hallaba estampada en la esquina derecha, sobre las palabras «Diez anas»^[16].

Abrió el sobre poco a poco y sacó varias hojas de papel grueso; la primera llevaba grabados el penacho y el lema de los Fusileros Reales.

«Querida Daphne», empezaba la carta. Echó un vistazo apresurado a la última página para leer la despedida, que rezaba: «Para siempre, tu amigo Guy».

Volvió a la primera página y miró la dirección, antes de empezar a leer con temor las palabras de Guy.

2.º Batallón

Fusileros Reales

Cuartel Wellington

POONA

India

15 de mayo de 1921

Querida Daphne:

Espero que me perdones por abusar de nuestra vieja amistad, pero ha surgido un problema del que ya estarás al corriente y, por desgracia, creo que debo solicitar tu ayuda y consejo.

He recibido hace poco una carta de tu amiga Rebecca Salmon...

Daphne dejó las hojas sobre su escritorio, deseando que la carta hubiera llegado durante su viaje de luna de miel. Jugueteeó un rato con la lista de invitados, sabiendo que tarde o temprano debía averiguar lo que Guy esperaba de ella. Cogió la carta de nuevo.

... informándome de que está embarazada, y de que yo soy el padre de su hijo.

Antes que nada, permíteme asegurarte que no hay nada más alejado de la verdad, porque la única vez que pasé la noche en vuestro piso Rebecca y yo no mantuvimos contacto físico.

De hecho, fue ella quien insistió en que cenáramos juntos aquella noche en Chelsea Terrace, 97, a pesar de que yo ya había reservado una mesa en el Ritz.

A medida que la velada avanzaba, comprendí que estaba intentando emborracharme. A decir verdad, confieso que me sentí un poco mareado cuando traté de irme, y dudé de que pudiera volver sano y salvo al cuartel.

Rebecca sugirió al instante que me quedara a pasar la noche para «dormirla». Utilizo sus palabras. Me negué, por supuesto, hasta que ella señaló que podía quedarme en tu cuarto, pues no esperaba que regresaras del campo hasta la tarde siguiente, un dato que tú confirmaste después.

La verdad es que acepté la amable invitación de Rebecca, y me dormí nada más meterme en la cama. Me desperté cuando llamaron a la puerta, descubriendo con horror que te hallabas frente a mí. Mayor fue mi sorpresa al descubrir que Rebecca, sin yo saberlo, se había acostado a mi lado.

Tú, por supuesto, te sentiste violenta y desapareciste al instante. Me levanté sin pronunciar palabra, me vestí y volví al cuartel. Llegué a mi cuarto a la una y cuarto, como máximo.

Cuando, a la mañana siguiente, llegué a la estación de Waterloo para iniciar el viaje a la India, me quedé, como ya podrás imaginar, horrorizado al ver que Rebecca me esperaba en el andén. Pasé solo unos momentos con ella, pero dejé bien claro lo mal que me había sentado su treta de la noche anterior. Le estreché la mano y subí al tren de Southampton, confiando en no oír hablar de ella nunca más. El siguiente contacto que establecí con la señorita Salmon tuvo lugar varios meses después, cuando recibí esta inesperada y grosera carta, la cual me lleva a exponerte las razones por las que necesito tu ayuda.

Daphne volvió la página y se detuvo para mirarse en el espejo. No deseaba averiguar lo que Guy quería de ella. Había olvidado incluso la habitación en que ella le había descubierto. Solo tardó unos segundos en empezar a leer la página siguiente.

No habría sido preciso emprender ninguna acción, a no ser por el hecho de que el coronel sir Danvers Hamilton envió una nota de su puño y letra a mi oficial en jefe, el coronel Forbes, comunicándole la versión urdida por la señorita Salmon de la historia; como resultado, fui llamado a defenderme ante una comisión investigadora formada por mis hermanos oficiales.

Les conté lo que había ocurrido exactamente aquella noche, pero por culpa de la continua influencia del coronel sobre el regimiento, algunos se negaron a aceptar mi versión de los hechos. Por fortuna, mi madre escribió al coronel Forbes unas semanas más tarde, informándole de que la señorita Salmon se había casado con su amante, Charlie Trumper, y de que este no negaba que el niño era producto de sus relaciones extramatrimoniales. Si el coronel no hubiera aceptado la palabra de mi madre, me habría visto obligado a presentar

mi dimisión, pero por fortuna conseguí eludir esta coyuntura.

Sin embargo, mi madre me ha informado de que tienes intención de visitar la India durante tu luna de miel (mis más sinceras felicitaciones). Por tanto, es casi seguro que te encuentres con el coronel Forbes, quien, me temo, es posible que te comente este asunto, pues tu nombre ha sido mencionado en relación con el tema.

Así pues, te suplico que no digas nada que pueda perjudicar mi carrera. De hecho, si confirmaras mi historia, todo este asunto lamentable sería olvidado.

Tu amigo para siempre,

Guy

Daphne dejó de nuevo la carta sobre el tocador y pensó en lo que debía hacer a continuación. Empezó a cepillarse el pelo. No quería discutir el problema con su padre o su madre, ni mezclar a Percy en él. También tenía muy claro que Becky no debía enterarse de la existencia de la carta, hasta haber meditado sobre lo que iba a hacer. La falta de memoria que Guy le atribuía no dejaba de asombrarla, así como su distanciamiento de la realidad.

Se puso a pasear arriba y abajo de la habitación, aburrida de cepillarse el cabello, y leyó la carta un par de veces más. Por fin, devolvió la carta al sobre y trató de olvidar su contenido, pero por más distracciones a las que se entregaba, las palabras de Guy continuaban fijas en su mente. Lo más molesto era que la considerase tan crédula.

De pronto, Daphne supo a quién debía pedir consejo. Descolgó el teléfono y, después de pedir comunicación con un número de Chelsea a la operadora, comprobó con alegría que el coronel aún estaba en casa.

—Iba a salir hacia el club para comer, Daphne —le dijo—, pero dígame en qué puedo ayudarla.

—Necesito hablar urgentemente con usted, pero creo que es mejor no hacerlo por teléfono. ¿Podemos vernos hoy, aunque sea unos minutos?

—Sí, por supuesto. Si está libre, ¿por qué no viene a comer conmigo en el «In and Out»? Cambiaré la reserva a la sala femenina.

Daphne aceptó la invitación. Comprobó su maquillaje y Hoskins la condujo de inmediato a Piccadilly, para que llegara al club Naval y Militar pocos minutos después de la una. El coronel la estaba esperando en la entrada del vestíbulo.

—Qué agradable sorpresa —dijo *sir* Danvers—. No me ven cada día comiendo con una hermosa joven. Mi reputación subirá muchos puntos en el club. Tendré que saludar a todos los generales que se crucen conmigo.

El hecho de que Daphne no riera la broma del coronel provocó un inmediato cambio de actitud en él. Cogió a su invitada por el brazo y la guio hacia el comedor de las damas. Después de ordenar sus platos, ella sacó la carta de Guy del bolso y se la tendió al coronel sin decir palabra.

El coronel se acomodó el monóculo a su ojo bueno y empezó a leer, mirando de vez en cuando a Daphne. Observó que no había tocado la sopa Brown Windsor colocada frente a ella.

—Un asunto muy complicado —dijo, introduciendo la carta en su sobre y devolviéndolo a Daphne.

—¿Qué sugiere que haga?

—Bien, una cosa es segura, Daphne. No debe hablar de esto con Charlie o Becky. Tampoco veo cómo puede evitar comunicarle a Trentham que, si le preguntan directamente quién es el padre de la criatura, se sentirá obligada a decir la verdad. —Hizo una pausa y tomó un poco de sopa—. Juro que no volveré a hablar con la señora Trentham en toda mi vida —añadió, sin más explicaciones.

Este comentario sorprendió a Daphne. Hasta aquel momento, ignoraba que ambos se conocieran.

—Tal vez podríamos emplear nuestros esfuerzos conjuntos para encontrar la respuesta adecuada, ¿no cree, querida? —sugirió el coronel.

Se interrumpió para permitir que los camareros del club les sirvieran el plato del día.

—Si me ayuda, le estaré eternamente agradecida —dijo Daphne, nerviosa—. Creo que, para empezar, debería contarle todo lo que yo sé. —El coronel asintió con la cabeza—. Ya sabrá, supongo, que yo soy la culpable de que ellos se conocieran...

Cuando Daphne terminó su relato, el plato del coronel estaba vacío.

—Ya lo sabía casi todo —admitió el coronel, limpiándose los labios con la servilleta—, pero usted ha llenado las lagunas. Confieso que no tenía ni idea de que Trentham fuera tan crápula. Mirando atrás, yo debería haber insistido en una posterior confrontación antes de permitir que fuera propuesto para una MC. —Se levantó—. Ahora, si es tan amable de distraerse unos minutos leyendo una revista en la cafetería, voy a ver si escribo un primer borrador.

—Lamento causarle tantas molestias —dijo Daphne.

—No sea tonta. El hecho de que haya depositado su confianza en mí me halaga.

El coronel se puso en pie y se dirigió hacia la sala de escribir. Tardó una hora en volver. Daphne leía por segunda vez los anuncios solicitando niñeras publicados en *The Lady*.

Dejó caer la revista sobre la mesa al instante y se sentó muy erguida en la silla. El coronel le entregó el resultado de sus esfuerzos, que Daphne leyó durante varios minutos antes de hablar.

—Dios sabe lo que haría Guy si yo enviara esta carta —dijo por fin.

—Tendrá que presentar su dimisión, querida, así de sencillo. Demasiado tarde, en mi opinión. —El coronel frunció el ceño—. Ya es hora de que Trentham sea consciente de las consecuencias de sus malandanzas, así como de las responsabilidades contraídas con Becky y el niño.

—Pero ahora que está casada es poco justo para Charlie —indicó Daphne.

—¿Ha visto a Daniel últimamente? —preguntó el coronel en voz baja.

—Hace unos meses. ¿Por qué?

—Será mejor que le eche otro vistazo, porque no hay muchos Trumper, o Salmon a ese respecto, de cabello rubio, nariz romana y ojos azules. Temo que las réplicas más parecidas se encuentran en Ashurst, Berkshire. En cualquier caso, Becky y Charlie tendrán que contarle la verdad al niño algún día, o solo conseguirán procurarse más problemas para el futuro. Envíe la carta —dijo, tabaleando con los dedos sobre la mesa—, ese es mi consejo.

Daphne volvió a Lowndes Square y subió directamente a su habitación. Se sentó ante el escritorio y, deteniéndose solo un momento, empezó a copiar las palabras del coronel.

Después de terminar su tarea, Daphne releyó el único párrafo de las deliberaciones del coronel que había omitido, y rezó para que su agorero pronóstico no se cumpliera.

Tras completar su versión rompió el escrito del coronel y llamó a Wentworth.

—Una carta para enviar al correo —se limitó a decir.

Los preparativos de la boda adquirieron tal frenesí que Daphne se olvidó de los problemas de Guy Trentham en cuanto le entregó la carta a Wentworth. Se sentía agotada solo de pensar en elegir a las damas de honor sin ofender a la mitad de sus conocidas, soportar interminables pruebas de trajes que siempre se retrasaban, estudiar la colocación de los invitados para asegurarse de que los miembros de la familia que no se hablaban desde hacía años se sentaran en mesas diferentes, o en el mismo banco de la iglesia, y, finalmente, tener que lidiar con una futura suegra, la marquesa viuda, quien, después de casar a tres de sus hijas, siempre daba tres opiniones diferentes sobre cada tema.

A falta de una semana, Daphne sugirió a Percy que se dirigieran a la oficina de registro más cercana y acabar con el asunto de una vez por todas, a ser posible sin decírselo a nadie.

—Lo que tú digas, cariño —contestó Percy, que desde hacía tiempo había dejado de escuchar a nadie que le hablara del matrimonio.

El 16 de julio de 1921 Daphne se despertó a las cinco y cuarenta y tres minutos sintiéndose exhausta, pero cuando salió el sol que brillaba sobre Lowndes Square a las dos menos cuarto estaba exultante e impaciente.

Su padre le ayudó a subir los peldaños del carruaje abierto que su abuela había utilizado el día de su boda. Un pequeño grupo de criados y amigos vitoreó a la novia cuando inició el trayecto hacia Westminster, mientras otros la saludaban desde la acera. Los oficiales saludaban, los chuletas le enviaban besos y las aspirantes a novias suspiraban a su paso.

Daphne entró por la puerta norte de la iglesia del brazo de su padre, pocos

minutos después de que el Big Ben diera las dos. Avanzaron lentamente por el pasillo central a los acordes de la Marcha Nupcial de Mendelssohn. Se inclinó un momento ante el rey y la reina, sentados a solas en su banco privado detrás del altar, y se reunió con Percy. Tras muchos meses de esperar la ceremonia, esta pareció terminar en unos momentos. Cuando el órgano atacó *Alegraos, alegraos* y la pareja ya desposada entró en una antesala para firmar el registro, Daphne deseó empezar otra vez desde el principio todo el proceso.

Aunque había practicado la firma en secreto varias veces en Lowndes Square, aún vaciló antes de escribir las palabras «Daphne Wiltshire».

Marido y mujer salieron de la iglesia acompañados por un vigoroso repique de campanas y recorrieron las calles de Westminster bajo el brillante sol de la tarde. Llegaron a la amplia marquesina montada en el jardín de Vincent Square y empezaron a dar la bienvenida a sus invitados.

Daphne, empeñada en intercambiar una palabra con todos, casi se quedó sin probar el pastel de bodas. Justo después del primer bocado, la marquesa viuda se levantó y anunció que si no empezaban enseguida los discursos, perdería toda esperanza de zarpar con la última marea.

Algernon Fitzpatrick cantó las alabanzas de las damas de honor y brincó por el novio y la novia. Percy le respondió de una forma sorprendentemente ingeniosa y bien recibida. A continuación, Daphne se dirigió al 45 de Vincent Square, donde residía un tío lejano, para ponerse la indumentaria de viaje.

Las multitudes se precipitaron de nuevo para arrojar arroz y pétalos de rosas, mientras Hoskins esperaba para conducir a los recién casados a Southampton.

Media hora más tarde, Hoskins dejaba atrás Kew Gardens por la A30, mientras los invitados a la boda continuaban la fiesta sin la pareja.

—Bien, Percy Wiltshire, ahora estás atado a mí de por vida —dijo Daphne a su marido.

—Sospecho que todo fue tramado por nuestras madres incluso antes de conocernos —contestó Percy—. Qué tontería.

—¿Tontería?

—Sí. Podría haber dado al traste con sus intrigas hace años, diciéndoles que no quería casarme con ninguna otra.

Daphne estaba pensando seriamente en la luna de miel por primera vez, cuando Hoskins detuvo el coche en el muelle, un par de horas antes de que los motores del *Mauretania* se pusieran en marcha. Procedió a descargar dos baúles del maletero del coche (otros catorce se habían enviado el día anterior) con la ayuda de varios mozos de cuerda. Daphne y Percy se encaminaron hacia la pasarela, donde les aguardaba el sobrecargo de la nave. Al adelantarse para recibir al marqués y a su esposa, alguien de la multitud gritó:

—¡Buena suerte, señoría! Quisiera decir, en nombre de la señora y del mío propio, que la marquesa tiene un aspecto estupendo.

Ambos se volvieron y estallaron en carcajadas cuando vieron a Charlie y Becky, vestidos todavía de etiqueta, entre la muchedumbre.

El sobrecargo guio a los cuatro hacia el camarote Nelson, donde encontraron otra botella de champagne esperando ser abierta.

—¿Cómo conseguisteis llegar antes que nosotros? —preguntó Daphne.

—Bien —contestó Charlie, con un fuerte acento de clase baja—, tal vez no tengamos un Rolls Royce, señora, pero nos las arreglamos para adelantar a Hoskins con nuestro utilitario por la otra parte de Winchester.

La sirena sonó tres veces, y el sobrecargo sugirió que los Trumper debían darse prisa en bajar del barco, pues imaginaba que no tenían la intención de acompañar a los Wiltshire a Nueva York.

—Hasta dentro de un año, más o menos —gritó Charlie, volviéndose para saludarles desde la pasarela.

—Para entonces, ya habremos dado la vuelta al mundo, cariño —confió Percy a su esposa.

Daphne agitó la mano.

—Sí, y solo el cielo sabe qué habrán hecho esos dos cuando volvamos.

EL CORONEL HAMILTON

1920 - 1922

CAPÍTULO 16

Soy bastante bueno para las caras, así que cuando le vi pesando aquellas patatas supe al instante que le había reconocido. Después, recordé el letrero colgado sobre la puerta. Claro, el cabo Trumper. No, terminó de sargento, si no me acuerdo mal. ¿Cómo se llamaba su amigo, el que ganó la MM? Ah, sí, el soldado Prescott. La explicación de su muerte no resultó muy satisfactoria.

Cuando volví a casa para comer le dije a Elizabeth que había vuelto a ver al sargento Trumper, pero la *mensahib* no demostró demasiado interés hasta que le di las frutas y las verduras. Fue entonces cuando me preguntó dónde las había comprado.

—En la tienda de Trumper —le contesté.

Ella asintió con la cabeza, tomando nota del nombre y la dirección sin más explicaciones.

Al día siguiente ordené al secretario del regimiento que enviara dos invitaciones a Trumper para la cena y el baile anuales; después, me olvidé del tipo hasta que vi a los dos sentados en la mesa de los sargentos la noche del baile. Digo «los dos» porque Trumper iba acompañado de una muchacha muy atractiva. Yo no podía apartar mis ojos de ella. Sin embargo, Trumper pareció no hacer caso de ella en toda la noche, concediendo su atención a una joven cuyo nombre no conseguí recordar, y que había estado sentada en la mesa de autoridades, no muy lejos de mí. Cuando mi ayudante le preguntó a Elizabeth si quería bailar con él, no desaproveché la oportunidad, créanme. Atravesé como una exhalación la pista de baile, consciente de que la mitad del batallón no me quitaba el ojo de encima, me incliné ante la dama en cuestión y solicité que me concediera el honor. Descubrí que era la señorita Salmon, y que bailaba como la mujer de un oficial. Era brillante como un botón, y además alegre. No pude imaginar en qué estaba pensando Trumper, y así se lo habría dicho, pero no era asunto mío.

Cuando terminó la pieza presenté la señorita Salmon a Elizabeth, que pareció igualmente encantada. Más tarde, la *mensahib* me dijo que, según le habían informado, la chica estaba liada con el capitán Trentham de nuestro regimiento, ahora destinado en la India. Trentham, Trentham... Me acordé de un joven oficial del batallón que respondía a ese apellido (había ganado una MC en el Marne), pero había otra cosa relacionada con él que no logré recordar en aquel momento. Pobre chica, pensé, porque yo había sometido a Elizabeth a la misma prueba cuando me destinaron a Afganistán en 1882. Perdí un ojo por culpa de aquellos malditos afganos y, al tiempo, casi perdí a la única mujer que he amado en mi vida. En cualquier caso, es mal asunto casarse antes de llegar a capitán..., o después de llegar a mayor, para el caso.

No esperaba volver a tener noticias de Trumper ni de su bella invitada, hasta que, de improviso, la señorita Salmon me escribió unas líneas para preguntarme si ambos podían venir a verme por un asunto privado. Accedí a su petición, guiado sobre todo

por la curiosidad, pues no se me ocurría qué podían querer de un viejo excéntrico como yo.

Llegaron a mi casita de Tregunter Road antes de que el reloj del abuelo terminara de dar las diez, y les hice pasar a la salita.

—¿Qué desea de mí, sargento? —pregunté a Trumper.

No hizo el menor intento de responder, pues fue la señorita Salmon quien habló por los dos. Se lanzó sin más preámbulos, de la forma más convincente, a pedir que me uniera a su pequeña empresa y, aunque no tomé en consideración su propuesta, me interesó; su confianza en mí me conmovió y prometí que meditaría su ofrecimiento. Dije que les escribiría cuanto antes para comunicarles mi decisión.

Elizabeth se mostró de acuerdo conmigo, pero me aconsejó que inspeccionara un poco el terreno antes de decidirme.

Pasé cada día laborable de la semana siguiente merodeando por las cercanías de Chelsea Terrace, 147. Solía sentarme en el banco que había frente a la tienda, desde el cual, sin que me vieran, podía observar cómo llevaban el negocio. Elegí diferentes momentos del día para llevar a cabo mis observaciones, por motivos obvios. A veces, aparecía a primera hora de la mañana; en otras, a la hora de mayor actividad, e incluso a última hora de la tarde. En una ocasión, les vi cerrar la tienda, y descubrí al instante que el sargento Trumper no era amigo de mirar el reloj: el 147 era la última tienda en cerrar sus puertas al público. No me importa confesarles que tanto Trumper como la señorita Salmon me causaron una impresión muy favorable. Una extraña pareja, comenté a Elizabeth después de mi última visita.

Semanas atrás, el conservador del Museo Imperial de Guerra me había invitado a ser miembro del consejo, pero, con franqueza, la oferta de Trumper era la única otra que había recibido desde que el año anterior había colgado las espuelas. Como el conservador evitó mencionar la remuneración, colegí que esta no existía y, a juzgar por las actas del último consejo, que me habían enviado para echarles un vistazo, deduje que sus exigencias no me quitarían más de una hora a la semana.

Tras considerables exámenes de conciencia y bufidos alentadores de Elizabeth — a quien no hacía la menor gracia que me pasara todo el día rondando por casa—, envié una nota a la señorita Salmon, informándola de que yo era su hombre.

A la mañana siguiente descubrí con toda exactitud en qué me había dejado involucrar, cuando la dama en cuestión apareció en Tregunter Road para aleccionarme sobre mi primera misión. Era cojonuda, mucho mejor que cualquier oficial bajo mi mando, no les quepa la menor duda.

Becky (me dijo que dejara de llamarla «señorita Salmon», ahora que éramos «socios») me indicó que considerase nuestra primera visita a Child's de la calle Fleet como un «ensayo», porque el pez que en realidad quería pescar no estaría preparado hasta la semana siguiente. Sería entonces cuando nosotros «entraríamos a matar». Solía utilizar expresiones que para mí no tenían ni pies ni cabeza.

Les aseguro que sudé a mares aquella mañana de nuestra entrevista con el primer

banco y que, para ser sincero, estuve a punto de escabullirme de primera línea antes de que dieran la orden de cargar. De no ser por aquellos dos jóvenes rostros expectantes que me esperaban fuera del banco, juro que habría renunciado a toda la campaña.

Bien, a pesar de mis temores, salimos del banco menos de una hora después, habiendo lanzado con gran éxito nuestro primer ataque. Puedo decir, con toda sinceridad, que no bajé la guardia. No es que pensara mucho en Hadlow, que me pareció de lo más extravagante, pero tampoco podría describir a los «Buffs» como una tropa de primera clase. Para más inri, el muy maldito no les había visto ni por el forro, lo cual siempre define a un sujeto, en mi opinión.

Desde aquel momento decidí vigilar de cerca las actividades de Trumper, e insistí en encontrarles semanalmente en el piso para estar al día de lo que ocurría. Hasta me sentí con ánimos para aconsejarles o alentarles de vez en cuando. A nadie le gusta cobrar por no hacer nada.

Ya desde el principio, todo parecía ir como una seda. De hecho, el balance trimestral fue impresionante. A finales de mayo de 1920, Trumper solicitó una entrevista en privado. Sabía que le había echado el ojo a otro establecimiento de Chelsea Terrace, y supuse que quería comentar el asunto conmigo.

Accedí a visitar a Trumper en su piso, pues nunca parecía estar cómodo cuando le invitaba a mi club o a Tregunter Road. Cuando llegué aquella noche le encontré muy alterado, y di por sentado que alguno de nuestros tres establecimientos le causaba preocupaciones, pero él me aseguró que ese no era el caso.

—Bien, adelante con ello, Trumper —dije.

—Para ser sincero, señor, me resulta un poco violento —contestó, de modo que me callé, confiando en que así se tranquilizaría y soltaría lo que llevaba dentro.

—Se trata de Becky, señor —dijo con brusquedad.

—Excelente muchacha.

—Sí, señor, estoy de acuerdo, pero me temo que está embarazada.

Confieso que la propia Becky me había dado la noticia unos días antes, pero yo le prometí no decir nada a nadie, incluyendo a Charlie. Fingí sorprenderme. Aunque soy consciente de que los tiempos han cambiado, sabía que Becky había sido educada con rectitud y que, en cualquier caso, nunca me había parecido esa clase de chica.

—Querrá usted saber quién es el padre, por supuesto —siguió Charlie.

—Había supuesto... —empecé, pero Charlie sacudió la cabeza al instante.

—No soy yo. Ojalá lo fuera. Entonces, podría casarme con ella y me ahorraría molestarle a usted con el problema.

—En tal caso, ¿quién es el culpable? —pregunté, fingiendo aún que no lo sabía.

—Guy Trentham, señor —dijo, tras un momento de vacilación.

—¿El capitán Trentham? Está en la India, si no recuerdo mal.

—Eso es cierto, señor. Para empeorar las cosas, Becky no quiere informarle de lo ocurrido. Dice que arruinaría su carrera.

—Pero si no le dice la verdad, arruinará su vida —dije, irritado—. Al fin y al cabo, él lo averiguará tarde o temprano.

—Pero no por ella, ni por mí.

—¿Está ocultándome algo que yo debiera saber, Trumper?

—No, señor.

Lo dijo con demasiada rapidez para resultar convincente.

—En ese caso, tendré que hacerme cargo yo del problema. Entretanto, siga ocupándose de las tiendas, pero cuando se haga del dominio público dígamelo, no quiero ir por ahí con cara de no saber nada.

Me levanté para marcharme.

—Todo el mundo lo sabrá dentro de poco —dijo Charlie.

Yo había dicho «tendré que hacerme cargo del problema» sin tener ni la menor idea de lo que iba a hacer, pero aquella noche hablé del problema con Elizabeth. Me aconsejó que charlara con Daphne, cuya información sería más amplia que la de Charlie. Sospeché que estaba en lo cierto.

Elizabeth y yo invitamos a Daphne dos días después a tomar el té en Tregunter Road, donde nos confirmó todo cuanto había dicho Charlie y colocó una o dos piezas más en el rompecabezas.

En opinión de Daphne, Trentham había sido el primer romance serio de Becky y sabía a ciencia cierta que no se había acostado con ningún otro hombre antes de conocerle, y solo una vez con Trentham. Nos aseguró que este no podía vanagloriarse de la misma reputación.

El resto de sus noticias no auguraban una solución sencilla al problema, pues no se podía confiar en que la madre de Guy le insistiera para que hiciera lo único decente respecto a Becky. Todo lo contrario, Daphne sabía que la mujer ya había preparado el terreno para lograr que nadie creyera responsable a Trentham.

—¿Y el padre de Trentham? —pregunté—. ¿Cree que yo podría hablar con él? Estuvimos en el mismo regimiento, pero nunca en el mismo batallón.

—Es el único miembro de la familia al que aprecio —admitió Daphne—. Es diputado del Partido Liberal por Berkshire West.

—Por ahí podría abordarle. No comparto sus ideas políticas, pero no creo que eso le impida discernir la diferencia entre el bien y el mal.

Otra carta enviada con el membrete del club produjo una respuesta inmediata del mayor, invitándome a tomar una copa en Chester Square el lunes siguiente.

Llegué a las seis en punto y me guiaron hasta un saloncito donde fui recibido por una encantadora dama, que se presentó como señora Trentham. No respondía en absoluto a la descripción de Daphne; de hecho, era una mujer bastante atractiva. Se deshizo en excusas; por lo visto, su marido se había visto obligado a quedarse en la Cámara de los Comunes, siguiendo instrucciones de su partido. Esto significaba que no podía abandonar el palacio de Westminster so pena de muerte. Tomé una decisión instantánea (ahora sé que equivocada). El asunto no podía dilatarse más y debía

comunicar mi mensaje al mayor por mediación de su esposa.

—La situación me resulta bastante embarazosa —empecé.

—Hable con toda libertad, coronel. Le aseguro que mi marido confía plenamente en mí. No tenemos secretos el uno para el otro.

—Bien, para ser franco con usted, señora Trentham, el asunto que deseo comentar se refiere a su hijo Guy.

—Entiendo.

—Y a su novia, la señorita Salmon.

—Ella no es, ni ha sido nunca, su novia —dijo la señora Trentham, en un tono desconocido hasta el momento para mí.

—Pero según tengo entendido...

—¿Mi hijo le hizo ciertas promesas a la señorita Salmon? Le aseguro, coronel, que no hay nada más alejado de la verdad.

Cogido por sorpresa, me sentí incapaz de pensar en una forma diplomática de comunicar a la dama el auténtico propósito que alentaba mi deseo de ver a su marido.

—Tanto si le hizo promesas como no, señora —me limité a decir—, creo que usted y su marido deberían saber que la señorita Salmon está embarazada.

—¿Y qué tiene que ver eso con nosotros? —La señora Trentham me miró sin mostrar el menor temor en sus ojos.

—Que su hijo es, sin la menor duda, el padre.

—Solo contamos con la palabra de esa chica, coronel.

—Es usted injusta, señora Trentham. Sé que la señorita Salmon es una muchacha decente y honrada. En cualquier caso, si no fue su hijo, ¿quién más pudo ser?

—Solo el cielo lo sabe. Yo diría que un buen número de hombres, a juzgar por su reputación. Al fin y al cabo, su padre era un inmigrante.

—Y también el padre del rey, señora —le recordé—, pero él habría sabido cómo comportarse en una situación semejante.

—No sé a qué se refiere, coronel.

—Me refiero, señora, a que su hijo debe casarse con la señorita Salmon o, como mínimo, disponer los medios necesarios para que el niño reciba todo cuanto necesite.

—Por lo visto, debo aclararle una vez más, coronel, que esta lamentable situación no tiene nada que ver con mi hijo. Le aseguro que Guy dejó de salir con esa chica meses antes de zarpar hacia la India.

—Sé que ese no es el caso, señora, porque...

—¿De veras, coronel? ¿Puedo saber qué papel juega usted en este asunto?

—La señorita Salmon y el señor Trumper son socios míos, nada más.

—Entiendo. Sospecho, pues, que no necesitaré hacer muchas averiguaciones para descubrir quién es el auténtico padre.

—Eso es otra impertinencia, señora. La señorita Salmon es...

—Creo que no existen motivos para proseguir esta discusión, coronel —cortó la señora Trentham, levantándose de la silla—. Además —añadió, mientras se dirigía

hacia la puerta, sin dignarse mirarme—, debo advertirle, coronel, que si vuelvo a escuchar esta calumnia en algún sitio, no vacilaré en ordenar a mis abogados que emprendan las acciones necesarias para defender la buena reputación de mi hijo.

La seguí hasta el vestíbulo, muy agitado, pero decidido a impedir que la cosa terminara allí. Ahora sabía que el mayor Trentham era mi última esperanza. Cuando la señora Trentham abrió la puerta para salir, le hablé con firmeza.

—¿Debo suponer que relatará fielmente esta conversación a su esposo, señora?

—No suponga nada, coronel —fueron las últimas palabras que oí pronunciar a la señora Trentham antes de que me cerrara la puerta en la cara.

La última vez que una dama me trató de esta forma fue en Rangún, y debo añadir que la muchacha en cuestión tenía muchos motivos para sentirse ofendida.

Cuando repetí la conversación a Elizabeth, con la mayor fidelidad posible, mi esposa señaló, con su estilo claro y conciso, que solo me quedaban tres alternativas. La primera era escribir al capitán Trentham, la segunda informar a su comandante en jefe de todo lo que yo sabía.

—¿Y la tercera? —pregunté.

—No volver a hablar jamás del tema.

Medité sus palabras con gran detenimiento y escogí la segunda. Envié una nota a Ralph Forbes, un tipo de primera clase que me había sucedido como coronel. Seleccioné mis palabras con la mayor prudencia, consciente de que si la señora Trentham cumplía su amenaza de emprender acciones legales, el buen nombre del regimiento se vería perjudicado. Sin embargo, decidí al mismo tiempo cuidar de Becky como un padre, pues en estos momentos parecía empeñada en vivir a toda prisa. Preparaba sus exámenes al tiempo que trabajaba, sin recibir remuneración, como secretaria y contable de un modesto negocio próspero, mientras todo el mundo que pasaba por la calle ya debía saber a estas alturas que faltaban pocas semanas para que diera a luz.

A medida que pasaban las semanas, me preocupaba el hecho de que no sucediera nada en el frente de Trentham, a pesar de que Forbes me había contestado, asegurándome que había puesto en marcha una investigación. Interrogué a Daphne y Charlie sobre el particular, pero no parecían estar mejor informados que yo.

Daniel George nació a finales de aquel octubre. Me conmovió que Becky me invitara a ser padrino, junto con Bob Makins y Daphne. Aún me sentí más contento cuando Becky me comunicó que Charlie y ella iban a contraer matrimonio la semana siguiente.

Elizabeth y yo, además de Daphne, Percy, la señora Salmon, la señorita Roach y Bob Makins asistimos a la sencilla ceremonia civil en la oficina del Registro de Chelsea, seguida por una recepción en el piso de Charlie, sobre la tienda.

Empecé a pensar que todo marchaba a pedir de boca, pero Daphne me telefoneó unos meses después, solicitando una entrevista urgente conmigo. La llevé a comer al club, donde me enseñó la carta del capitán Trentham que había recibido aquella

mañana. A medida que leía sus palabras, me di cuenta con pesar de que la señora Trentham debía haberse enterado de que yo había escrito una carta a Forbes. Debió advertirle de las consecuencias que acarrearía el litigio prometido, y tomar el asunto en sus manos. Creí que había llegado el momento de decirle a su hijo que no iba a salirse con la suya.

Dejé a mi invitada tomando café y me retiré a la sala de escribir. Empecé a escribir, con el auxilio de un enérgico coñac, una carta aún más enérgica, se lo puedo asegurar. Concluí que mi esfuerzo final abarcaba todos los puntos necesarios, del modo más diplomático y realista, dadas las circunstancias. Daphne me dio las gracias y prometió que enviaría la carta a Trentham sin cambiar ni una coma.

No volví a hablar con ella hasta que nos encontramos un mes después en la recepción ofrecida tras su boda, pero no era el momento más adecuado para sacar a colación el tema del capitán Trentham.

Cuando terminó la ceremonia me dirigí al jardín de Vincent Square, donde se iba a celebrar la recepción. Miré si la señora Trentham se encontraba presente, pues imaginaba que la habrían invitado. No tenía el menor deseo de sostener una segunda conversación con aquella dama en particular.

No obstante, me alegré de coincidir con Charlie y Becky en la amplia marquesina erigida especialmente para la ocasión. Nunca había visto a la chica tan radiante, y casi podría describir el aspecto de Charlie como elegante, con su levita, corbata gris y chistera. El magnífico reloj de cadena que colgaba de su chaleco resultó ser un regalo de boda de Becky, que había heredado de su padre, aunque el resto de la indumentaria, puntualizó Charlie, sería devuelto a «Hermanos Moss» a primera hora de la mañana.

—¿No es hora ya, Charlie, de que te compres una levita? —insinué—, al fin y al cabo, ocasiones como esta se repetirán con frecuencia en el futuro.

—Desde luego que no —replicó—. Sería malgastar el dinero.

—¿Puedo preguntar por qué? El costo de un...

—Porque tengo la intención de comprarme una sastrería. Le he echado el ojo encima al número 127 desde hace mucho tiempo, y el señor Sanderson me ha dicho que puede ponerse a la venta en cualquier momento.

No pude rebatir su lógica, aunque su siguiente pregunta me desconcertó por completo.

—¿Ha oído hablar de Marshall Field, coronel?

—¿Estaba en el regimiento? —pregunté, devanándome los sesos.

—No —sonrió Charlie—, Marshall Field son unos grandes almacenes de Chicago, donde se puede comprar de todo. Aún más, poseen seiscientos mil metros cuadrados de espacio para vender bajo un solo techo.

Jamás se me había ocurrido una idea tan atroz, pero no intenté detener la verborrea entusiasta del muchacho.

—El edificio ocupa toda una manzana —me informó—. ¿Se imagina unos

almacenes que tengan veintiocho entradas? Según los anuncios se puede comprar de todo, desde un coche a una manzana, y tienen veinticuatro variedades de los dos. Han revolucionado el sistema de ventas en Estados Unidos, al convertirse en los primeros almacenes que dan facilidades de crédito. También afirman que te consiguen lo que no tienen en el plazo de una semana. El lema de Fields es: «Dar a la mujer todo lo que quiera».

—¿Insinúas que deberíamos adquirir Marshall Fields, a cambio de Chelsea Terrace, 147? —pregunté con ingenuidad.

—De momento no, coronel, pero si con el tiempo logro apoderarme de todas las tiendas de Chelsea Terrace, podríamos efectuar la misma operación en Londres, y hasta cambiar la primera línea de su anuncio habitual.

Sabía que me estaba exponiendo un proyecto, así que me limité a preguntarle qué decía la primera línea.

—«Los almacenes más grandes del mundo» —contestó Charlie.

—¿Y tú qué piensas de todo esto? —pregunté, volviéndome hacia Becky.

—En el caso de Charlie —respondió—, debería ser el carretón más grande del mundo.

CAPÍTULO 17

La primera asamblea general anual de «Trumper's» se celebró sobre la verdulería, en la sala de estar de Chelsea Terrace, 147. El coronel, Charlie y Becky tomaron asiento alrededor de una pequeña mesa de caballete, sin saber muy bien cómo empezar, hasta que el coronel abrió la sesión.

—Sé que solo estamos los tres, pero aún así considero que esta asamblea debería conducirse de una manera profesional. —Charlie enarcó las cejas, pero no quiso interrumpir el discurso del coronel—. Me he tomado, pues, la libertad de confeccionar un orden del día, para no pasar por alto ningún tema importante. —El coronel pasó a sus socios una hoja de papel con cinco puntos escritos de su puño y letra—. A este fin, el primer punto del orden del día se titula «informe financiero», y empezaré pidiéndole a Becky que nos dé su punto de vista sobre nuestro actual estado de cuentas.

Becky había escrito su informe palabra por palabra, tras comprar el mes anterior dos gruesos libros encuadernados en piel, uno rojo y otro azul, en la papelería del 137. Se había levantado solo unos minutos después de que Charlie se marchara a Covent Garden, para estar segura de que podría contestar a todas las preguntas que surgieran durante su primera asamblea. Abrió el libro rojo y empezó a leer poco a poco, refiriéndose en alguna ocasión al libro azul, igual de grande e impresionante. Llevaba la palabra «Cuentas» estampada en oro en la cubierta.

—A finales de 1921 contabilizamos un volumen de ventas entre las siete tiendas de mil trescientas once libras y cuatro chelines, con un beneficio de doscientas diecinueve libras y once chelines, el diecisiete por ciento de las ventas totales. Nuestra deuda actual con el banco se eleva a doscientas setenta y una libras, incluyendo la carga fiscal del año, pero el valor de las siete tiendas sigue reflejado en los libros como de mil doscientas noventa libras, el precio exacto que pagamos por ellas. Por lo tanto, no se refleja su valor actual en el mercado.

»He separado las cifras correspondientes a cada tienda para que las podáis examinar —dijo Becky, entregando las copias a Charlie y al coronel.

Ambos las examinaron con atención durante varios minutos antes de hablar.

—El colmado continúa siendo el número uno en ventas, según veo —dijo el coronel, recorriendo con su monóculo la columna de beneficios y pérdidas—. La ferretería se mantiene nivelada, y la sastrería se está comiendo nuestros beneficios.

—Sí —dijo Charlie—. Me metí en un buen vendaval cuando compré esa.

—¿Vendaval? —preguntó el coronel, perplejo.

—Berenjenal —dijo Becky, sin levantar la vista del libro.

—Me temo que sí —siguió Charlie—, pagué un ojo de la cara por la propiedad, una barbaridad por las existencias y, para colmo, descubrí que el personal no servía de mucho. Sin embargo, las cosas han cambiado desde que su mayor Arnold llegó.

El coronel sonrió al saber que el fichaje de uno de sus antiguos oficiales se había

saldado con éxito inmediato. Tom Arnold había vuelto a Savile Row nada más terminada la guerra, para descubrir que su antiguo puesto como subdirector de «Gieves y Hawkes» había sido ocupado por alguien desmovilizado unos meses antes que él. Se le intentó contentar con la categoría de empleado superior. No fue así. Cuando el coronel le ofreció la oportunidad de dirigir una tienda en Chelsea, Arnold no la desaprovechó.

—Debo decir —continuó Becky, examinando las cifras—, que la gente parece adoptar una actitud moral muy diferente en lo referente a pagar al sastre de la que aplica en otros ámbitos. Basta echar un vistazo a la columna de morosos.

—Estoy de acuerdo —dijo Charlie—, pero creo que la mejora no se hará notar hasta que el mayor Arnold logre sustituir a tres miembros, como mínimo, de la actual plantilla. No abrigo la esperanza de que alcance beneficios durante los próximos doce meses, aunque confío en que ganancias y pérdidas queden equilibradas hacia finales de 1923.

—Bien —dijo el coronel—. ¿Qué pasa con la ferretería? Veo que el 129 alcanzó unos beneficios decentes el año pasado. ¿Por qué han bajado tan en picado las cifras? Existe un descenso de sesenta libras sobre 1920, y se declaran pérdidas por primera vez.

—Me temo que la explicación es muy sencilla —indicó Becky—. Robaban el dinero.

—¿Robaban?

—Temo que sí —contestó Charlie—. Becky empezó a darse cuenta en octubre del año pasado que la facturación semanal menguaba, un poco al principio y después en mayores cantidades.

—¿Hemos descubierto quién es el culpable?

—Sí, resultó muy sencillo. Enviamos a Bob Makins cuando un empleado de la ferretería se hallaba de vacaciones, y enseguida descubrió al chorizo.

—Basta, Charlie —dijo Becky—. Lo siento, coronel, el ladrón.

—Resultó que el director, Reg Larkins, es adicto al juego —continuó Charlie—, y utilizaba nuestro dinero para cubrir sus deudas. Cuanto mayores eran, más necesitaba robar.

—Despediste a Larkins, por supuesto —dijo el coronel.

—El mismo día. Se puso un poco desagradable y trató de negar que hubiera robado ni un penique, pero no hemos vuelto a saber de él desde entonces, y en las últimas semanas hemos obtenido de nuevo pequeños beneficios. Sin embargo, continúo buscando un nuevo gerente, para que empiece lo antes posible. Le he echado el ojo a un joven que trabaja en «Cudsons», muy cerca de Charington Cross Road.

—Bien —aprobó el coronel—. Hasta ahí los problemas del último año, Charlie. Ahora, ya puedes asustarnos con tus planes para el futuro.

Charlie abrió el elegante maletín de piel que Becky le había regalado el 20 de

enero y sacó el último informe de John D. Wood. Carraspeó teatralmente y Becky se llevó la mano a la boca para contener su risa.

—El señor Sanderson ha redactado un conciso informe sobre todas las propiedades de Chelsea Terrace.

—Por el cual nos ha cobrado veinte guineas, por cierto —dijo Becky, consultando el libro de cuentas.

—No me molesta, siempre que sea una buena inversión —terció el coronel.

—Ya lo ha sido —indicó Charlie. Les entregó copias del informe de Sanderson—. Como todos sabemos, hay treinta y seis tiendas en Chelsea Terrace, de las que ya poseemos siete. En opinión de Sanderson, otras cinco estarán disponibles a lo largo de los próximos doce meses. Sin embargo, como se encarga de subrayar, todos los tenderos de Chelsea Terrace conocen bien mis intenciones, y eso no contribuye precisamente a que los precios bajen.

—Imagino que debía suceder tarde o temprano.

—Estoy de acuerdo —dijo Charlie—, pero ha sucedido más pronto de lo que esperábamos. De hecho, Syd Wrexall, el presidente de la Asociación de Tiendas, está muy preocupado por nuestra causa.

—¿Por qué el señor Wrexall en particular?

—Es el dueño de la taberna «El Mosquetero», en la otra esquina de Chelsea Terrace, y ha empezado a decir a sus clientes que mi objetivo a largo plazo es comprar todas las propiedades de la manzana y expulsar a los pequeños tenderos.

—Tiene razón —dijo Becky.

—Tal vez, pero no me esperaba que fundara una cooperativa con el único propósito de vigilarnos. Confiaba en que «El Mosquetero» pasara a mis manos a su debido tiempo, pero cuando se suscita el tema se limita a decir: «Tendrá que pasar sobre mi cadáver».

—Eso es un golpe para tus proyectos —dijo el coronel.

—De ningún modo —contestó Charlie—, siempre hay un momento de crisis en la vida. El secreto consistirá en verlo venir y actuar con rapidez. En todo caso, significa que, a partir de ahora, tendré que pagar más de la cuenta cuando un tendero decida que ha llegado el momento de vender.

—Sospecho que no podemos hacer mucho al respecto —dijo el coronel.

—Excepto desenmascarar a los farsantes de vez en cuando.

—¿Desenmascarar a los farsantes? No estoy seguro de haberte entendido.

—Bien, hace poco hemos recibido ofertas de dos tiendas interesadas en vender, pero las rechacé.

—¿Por qué?

—Pues porque pedían precios ofensivos.

—¿Han reconsiderado su oferta?

—Sí y no. Uno ya ha vuelto con una oferta mucho más realista, pero el otro sigue aferrándose al precio que pidió.

—¿Quién sigue aferrándose?

—La licorería del número 101. De momento no hace falta precipitarse, pues Sanderson dice que el propietario ha estado mirando varias propiedades en Pimlico, y nos tendrá informados de cualquier progreso que se produzca en ese sentido. Entonces, cuando se haya comprometido, le haremos una oferta sensata.

—Bien por Sanderson. Por cierto, ¿de dónde sacas toda tu información? —preguntó el coronel.

—Del señor Bales, que trabaja en la agencia de noticias, y del propio Syd Wrexall.

—Si no recuerdo mal, dijiste que el señor Wrexall estaba en nuestra contra.

—Y lo está, pero sigue dando su opinión sobre cualquier cosa por el precio de una pinta, así que Bob Makins se ha convertido en uno de sus clientes habituales. Tengo una copia de lo que se dice en la Asociación de Tiendas antes que los mismos socios.

El coronel lanzó una carcajada.

—¿Y los subastadores del número 1? ¿Aún los tenemos bajo vigilancia?

—Desde luego, coronel. El señor Fothergill, el propietario, sigue hundiéndose en deudas, un año malo tras otro. Se las arregla para mantener la cabeza fuera del agua, por los pelos, pero le vaticino que el año que viene, a más tardar el otro, se hundirá por completo. Nosotros estaremos esperando en el muelle, dispuestos a lanzarle un salvavidas. Sobre todo si, para entonces, Becky ya se siente preparada para marcharse de Sotheby's.

—Estoy aprendiendo mucho —confesó Becky—, me gustaría continuar hasta que sea posible. He pasado un año en Maestros Clásicos, y ahora intento trasladarme al departamento que ahora llaman Moderno o Impresionista. Como ve, creo que necesito acumular la mayor experiencia posible antes de que descubran mis intenciones. Asisto a todas las subastas que puedo, desde vajillas de plata a libros antiguos, pero preferiría que me concedierais más tiempo.

—Pero si Fothergill se hunde por tercera vez, tú eres nuestro bote salvavidas, Becky. ¿Y si la tienda se pone en venta?

—Supongo que podría encargarme de ella. Ya le he echado el ojo al hombre que podría ser nuestro director general, Simón Matthews. Lleva en Sotheby's doce años, y está harto de que le dejen de lado en los ascensos. También hay un aprendiz joven muy brillante, empleado desde hace tres años, que será el as de la próxima generación de subastadores, en mi opinión. Solo es dos años más joven que el hijo del presidente, así que se sentiría muy feliz de trabajar para nosotros si le hiciéramos una oferta atractiva.

—Por otra parte, nos va muy bien que Becky se quede al menos un año más en Sotheby's —indicó Charlie—, porque el señor Sanderson ha puesto de relieve un problema con el que deberemos enfrentarnos en un futuro no muy lejano.

—¿O sea? —dijo el coronel.

—Sanderson señala en la página nueve de su informe que los números del

veinticinco al noventa y nueve, un bloque de treinta y siete pisos en plena Chelsea Terrace, uno de los cuales compartieron Daphne y Becky hasta hace un par de años, se pondrán a la venta dentro de algún tiempo. Los administra una institución de caridad que no está satisfecha con lo que reciben a cambio de su inversión, y Sanderson opina que se van a desembarazar de ellos. Si recordamos nuestro plan a largo plazo, sería prudente comprar el bloque lo antes posible, en lugar de esperar más años, porque deberíamos pagar un precio más alto o, en el peor de los casos, quedarnos sin nada.

—Treinta y siete pisos —dijo el coronel—, ¿qué precio global calcula Sanderson?

—Cree que rondaría las dos mil libras. Solo rinden un beneficio de doscientas diez libras al año, y si tenemos en cuenta las reparaciones y el mantenimiento, es posible que ese beneficio se desvanezca. Si la propiedad sale a la venta, y podemos adquirirla, Sanderson también recomienda que fijemos alquileres por un máximo de diez años, y tratemos de llenar las casas vacías con personal de embajadas o visitantes extranjeros, que nunca protestan por tener que marcharse inopinadamente.

—De modo que los beneficios de las tiendas servirían para pagar las casas —dijo Becky.

—Me temo que sí —contestó Charlie—, pero con un poco de suerte solo ocurriría durante dos años. En cualquier caso, el trato tardará en cerrarse, si los miembros de la junta de caridad se meten por medio.

—De todos modos, una exigencia a nuestros recursos como esta puede requerir otro almuerzo con Hadlow —dijo el coronel—. En fin, ya veo que, si necesitamos apoderarnos de esas casas, me quedan pocas alternativas. —El coronel hizo una pausa—. Para ser justo con Hadlow, también ha aportado un par de ideas interesantes, merecedoras de nuestra consideración. Por tanto, constituyen el punto siguiente de mi orden del día.

Becky dejó de escribir y levantó la vista.

—Empezaré diciendo que Hadlow está muy satisfecho con las cifras de nuestros dos primeros años, pero abriga la fuerte convicción de que, por razones fiscales, deberíamos dejar de ser una sociedad y fundar una empresa.

—¿Por qué? —preguntó Charlie—, ¿qué ventajas nos reportaría?

—Es por la nueva ley de presupuestos que se acaba de presentar en la Cámara de los Comunes —explicó Becky—, el cambio en las leyes fiscales podría redundar en nuestro beneficio, porque en este momento funcionamos como siete negocios diferentes, gravados con los impuestos correspondientes, mientras que si fundiésemos nuestras tiendas en una sola empresa podríamos enfrentar las pérdidas de, digamos, la sastrería y la ferretería a las ganancias del colmado y la carnicería, reduciendo así la carga fiscal. Sería especialmente beneficioso en un mal año.

—Me parece sensato —admitió Charlie—. ¿Por qué no lo hacemos?

—Bueno, no es tan sencillo —dijo el coronel, aplicándose el monóculo al ojo bueno—. Para empezar, si nos convertimos en una empresa, el señor Hadlow

aconseja que contratemos directores nuevos para cubrir aquellas áreas en las que tenemos poca o ninguna experiencia profesional.

—¿Por qué quiere Hadlow que hagamos eso? —preguntó Charlie con aspereza—. Nunca hemos necesitado intrusos en nuestro negocio.

—Porque estamos creciendo con mucha rapidez, Charlie. En el futuro, es posible que necesitemos a gente con la experiencia de la que nosotros carecemos para que nos aconseje. La compra de los inmuebles es un buen ejemplo.

—Para eso tenemos al señor Sanderson.

—Y tal vez sentiría una mayor responsabilidad hacia nuestra causa si estuviera a bordo. —Charlie frunció el ceño—. Entiendo tu postura —continuó el coronel—. Es tu empresa, y crees que no necesitas a extraños que te digan cómo administrar «Trumper's». Bien, aunque fundemos una empresa seguirá siendo tuya, porque todas las acciones irían a tu nombre y al de Becky, y todas las propiedades continuarían bajo vuestro control. Sin embargo, contarías con la ventaja de pedir consejo a directores no ejecutivos.

—Que gastarían nuestro dinero y anularían nuestras decisiones —gruñó Charlie—. No me gusta que ningún extraño me diga lo que he de hacer.

—No tiene por qué ser así —dijo Becky.

—Estoy convencido de que saldrá mal.

—Charlie, tendrías que escucharte a veces. Hablas como un reaccionario.

—Tal vez deberíamos votar —sugirió el coronel, intentando apaciguar los ánimos—, para definirnos todos.

—¿Votar? ¿Sobre qué? ¿Por qué? La tienda me pertenece a mí.

—A los dos, Charlie —saltó Becky—, y el coronel se ha ganado de sobra el derecho a dar su opinión.

—Lo siento, coronel. No quería decir...

—Lo sé, Charlie, pero Becky tiene razón. Si quieres realizar tus proyectos a largo plazo, necesitarás alguna ayuda exterior. Tú solo no puedes materializar ese sueño.

—Pero sí con intrusos.

—Piensa en ellos como asesores internos —dijo el coronel.

—Bien, ¿qué vamos a votar? —preguntó Charlie, irritado.

—Bien —empezó Becky—, alguien debería presentar una resolución para convertirnos en empresa. Si es aprobada, invitaremos al coronel a ser presidente, y él, a su vez, te nombrará director gerente y a mí secretaria. Creo que deberíamos invitar al señor Sanderson a formar parte de la junta, junto con un representante del banco.

—Veo que has pensado mucho en esto —dijo Charlie.

—Esa era mi parte del trato, si te da la gana refrescar la memoria, señor Trumper —replicó Becky.

—No somos Marshall Fields, ¿sabes?

—No —sonrió el coronel—. Recuerda que fuiste tú, Charlie, quien nos enseñó a pensar así.

—Sabía que al final todo sería culpa mía.

—Bien, presento la resolución de que formemos una empresa —dijo Becky—. ¿Quiénes están a favor?

Becky y el coronel levantaron la mano. Charlie les secundó de mala gana unos segundos después.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó.

—Mi segunda propuesta —continuó Becky— es que el coronel *sir* Danvers Hamilton sea nuestro primer presidente.

Esta vez, la mano de Charlie se alzó con firmeza.

—Gracias —dijo el coronel—. Y mi primera decisión como presidente es nombrar al señor Trumper director gerente, y a la señora Trumper secretaria de la empresa. Y, con vuestro permiso, tantearé al señor Sanderson, y creo que también al señor Hadlow, para pedirles que se unan a nosotros.

—De acuerdo —aprobó Becky, que escribía furiosamente para no dejarse ni una palabra.

—¿Algún otro tema? —preguntó el coronel.

—Me atrevería a sugerir, señor presidente —dijo Becky, y el coronel no pudo contener una sonrisa—, que fijemos una fecha para nuestra primera asamblea mensual de toda la junta.

—Cualquier día me va bien —indicó Charlie—, pero es seguro que no conseguiremos reunirlos a todos alrededor de esta mesa al mismo tiempo, a menos que proponga celebrar las asambleas a las cuatro y media de la mañana. Al menos, de esta manera averiguaremos si son trabajadores de verdad.

—Bien —rio el coronel—, es un buen método de garantizar que todas tus resoluciones serán aprobadas sin tener que consultarnos, Charlie. Debo advertirte, sin embargo, que con una sola persona no hay *quorum*.

—¿*Quorum*? —preguntó Charlie.

—El número mínimo de personas necesarias para aprobar una resolución —explicó Becky.

—Conmigo bastaba hasta hoy —dijo Charlie, en tono añorante.

—También le pasaba eso al señor Marshall antes de encontrarse con el señor Field —señaló el coronel—, así que fijemos nuestra próxima asamblea para el mes que viene, en tal día como hoy.

Becky y Charlie asintieron con la cabeza.

—Bien, si no hay más temas, declaro concluida la asamblea.

—Hay otro —dijo Becky—, pero no creo que esta información deba constar en el acta.

—Tienes la palabra —contestó el presidente, desconcertado.

Becky estrechó la mano de Charlie.

—El epígrafe reza «gastos fortuitos». Sepan que voy a tener otro niño.

Charlie, por una vez, se quedó sin habla, hasta que el coronel preguntó si había

alguna botella de champagne a mano.

—Temo que no —dijo Becky—. Charlie no me deja comprar nada en la licorería hasta que seamos dueños de la tienda.

—Muy comprensible —aprobó el coronel—. Bien, en ese caso tendremos que acercarnos a mi casa —añadió, levantándose y cogiendo su paraguas—. Así, Elizabeth podrá celebrarlo con nosotros. Declaro concluida la asamblea.

Salieron a la calle justo cuando el cartero entraba en la tienda. Al ver a Becky le entregó una carta.

—Con tantos sellos solo puede ser de Daphne —les dijo, mientras abría el sobre y empezaba a leer su contenido.

—Vamos, ¿qué dice? —preguntó Charlie, en el camino hacia Tregunter Road.

—Ha recorrido América y China, y su próximo objetivo es la India —anunció Becky—, también ha engordado tres kilos y ha conocido al señor Calvin Coolidge, sea quien sea.

—El vicepresidente de los Estados Unidos —dijo Charlie.

—¿De veras? ¡Y todavía confían en volver para agosto! ¿Qué te parece? —Becky levantó la vista y descubrió que solo el coronel seguía a su lado—, ¿dónde está Charlie?

Ambos se volvieron y le vieron mirando una pequeña casa que tenía el letrero «En venta» clavado a la pared. Se reunieron con él.

—¿Qué opinas? —preguntó él, sin apartar los ojos de la casa.

—¿Qué quiere decir «qué opinas»?

—Sospecho, querida, que Charlie está preguntando tu parecer sobre la casa.

Becky contempló la casa. Tenía tres pisos y estaba cubierta de enredaderas.

—Es maravillosa, absolutamente maravillosa.

—Mejor aún —dijo Charlie—. Es nuestra, ideal para alguien que tiene esposa y tres hijos y es director gerente de un floreciente negocio en Chelsea.

—Pero aún no tengo un segundo hijo, ni mucho menos un tercero.

—Planificaba por anticipado. Tú me lo enseñaste.

—¿Nos lo podemos permitir?

—No, claro que no, pero estoy seguro de que el valor de la propiedad subirá pronto en esta zona, cuando la gente pueda ir andando a sus grandes almacenes. En cualquier caso, ahora ya es demasiado tarde, porque esta mañana entregué el depósito.

Sacó una mano del bolsillo y enseñó una llave.

—¿Por qué no me consultaste antes? —preguntó Becky.

—Porque sabía que tu respuesta sería «no nos lo podemos permitir», al igual que hiciste con la segunda, tercera, cuarta, quinta y demás tiendas.

Se dirigió hacia la puerta principal. Becky le seguía a un metro de distancia.

—Pero...

—Me adelantaré para hacer los preparativos —dijo el coronel—. Venid a casa a

tomar esa copa de champagne en cuanto hayáis acabado de admirar vuestro nuevo hogar.

El coronel siguió andando por Tregunter Road, haciendo girar el paraguas bajo el sol de la mañana, complacido consigo mismo y con el mundo. Llegó a la hora justa de tomar su primer *whisky* del día.

Comunicó todas las noticias a Elizabeth, que se mostró mucho más interesada por el bebé y la casa que por el estado actual de las cuentas de la empresa o el nombramiento de presidente recaído en su marido. Tras desempeñar su papel lo mejor posible, el coronel pidió a su criado que pusiera una botella de champagne en un cubo con hielo. Después, fue a su estudio para examinar el correo de la mañana, mientras aguardaba la llegada de los Trumper.

Había tres cartas sin abrir sobre su escritorio: una factura de su sastre (que le recordó las críticas de Becky sobre el tema), una invitación a la carrera de Ashburton, un acontecimiento anual que siempre disfrutaba, a celebrar en Ashburton, y una carta de Daphne. Suponía que se limitaría a repetir las noticias que Becky ya le había comunicado.

El sobre llevaba matasellos de Delhi. Lo abrió, nervioso. Daphne repetía lo mucho que estaba disfrutando su viaje, pero eliminaba cualquier mención a su problema de peso. Seguía diciendo que tenía nuevas e inquietantes noticias sobre Guy Trentham. Por lo visto, mientras se hallaban alojados en Poona, Percy se topó con él una noche en el club de oficiales, vestido de civil. Había adelgazado tanto que casi no le reconoció. Le dijo que se había visto obligado a presentar la renuncia y que solo había un culpable de su ruina. Un cabo que había sembrado mentiras sobre él en el pasado. Un hombre al que complacía asociarse con delincuentes y que había llegado a robarle. En cuanto volviera a Inglaterra, Trentham tenía la intención de...

El timbre de la puerta sonó.

—¿Puedes abrir, Danvers? —dijo Elizabeth, inclinándose sobre la balaustrada—. Estoy arriba arreglando las flores.

El coronel se hallaba todavía presa de rabia cuando abrió la puerta y encontró a Charlie y Becky esperando.

—Champagne, coronel —tuvo que decir Becky, al observar su aspecto sorprendido—, ¿o ya se ha olvidado de mi estado físico?

—Ah, sí, lo siento. Estaba distraído. —El coronel hundió la carta de Daphne en el bolsillo de la chaqueta—. El champagne ya debe estar a la temperatura perfecta —añadió, acompañando a sus invitados a la sala de estar.

—Acaban de llegar dos Trumper y medio —ladró a su esposa.

CAPÍTULO 18

Al coronel siempre le divertía ver a Charlie pasar tanto tiempo corriendo de tienda en tienda, intentando vigilar a todo su personal mientras trataba de concentrar sus energías en cualquier establecimiento que no rindiera beneficios. Fueran cuales fuesen los variados problemas a los que hacía frente, el coronel sabía muy bien que Charlie no podía resistir la tentación de atender en la verdulería, la niña de sus ojos. Sin chaqueta, las mangas subidas y su peor acento de clase baja, Charlie, con el permiso de Bob Makins, fingía una hora al día que volvía a estar en la esquina de la calle Whitechapel Road, vendiendo en el carretón de su abuelo.

—Un cuarto de tomates, unas cuantas judías y el habitual medio kilo de zanahorias, señora Symonds, si no recuerdo mal.

—Muchas gracias, señor Trumper. ¿Cómo está la señora Trumper?

—Mejor que nunca.

—¿Para cuándo espera el bebé?

—Para dentro de tres meses, según el médico.

—Ya no se le ve mucho por la tienda últimamente.

—Solo cuando acuden las clientas importantes, cielo. Al fin y al cabo, usted fue una de las primeras.

—Ya lo creo. ¿Ya ha cerrado el trato de los inmuebles, señor Trumper?

Charlie se quedó mirando a la señora Symonds mientras le entregaba el cambio, incapaz de disimular su sorpresa.

—¿Los inmuebles?

—Sí, señor Trumper, ya sabe: los números del 25 al 99.

—¿Por qué lo pregunta, señora Symonds?

—Porque no es usted la única persona interesada en ellos.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo sé porque vi al agente de Savill's esperando a un cliente delante del edificio el domingo pasado por la mañana.

Charlie recordó entonces que los Symonds vivían en una casa situada al otro lado de la avenida, enfrente de la entrada principal a los pisos.

—¿Y lo reconoció?

—No. Vi que se detenía un coche, pero mi marido consideró que su desayuno era más importante que mi curiosidad, y no vi quién salía.

Charlie continuó mirando a la señora Symonds mientras esta cogía su bolsa, se despedía con un alegre gesto y salía de la tienda.

A pesar de la revelación de la señora Symonds y los esfuerzos de Syd Wrexall por pararle los pies, Charlie siguió planeando su próxima adquisición. Gracias a la diligencia del mayor Arnold, los conocimientos del señor Sanderson y los préstamos

del señor Hadlow, Charlie se aseguró la propiedad de otra tienda (número 38, prendas de mujer) a finales de julio. Durante la siguiente asamblea de la junta que se celebró en agosto, Becky recomendó que el mayor Arnold fuera ascendido a director gerente suplente de la empresa, con el encargo de vigilar todo cuanto sucediera en Chelsea Terrace.

Charlie necesitaba con desesperación desde hacía tiempo un par de ojos y oídos suplementarios, y como Becky seguía trabajando todo el día en Sotheby's, Arnold cumplió su cometido a la perfección. Al coronel le complació solicitar a Becky que constara en el acta el nombramiento del mayor. La asamblea mensual continuó sin problemas hasta que el coronel preguntó:

—¿Algún otro tema?

—Sí —dijo Charlie—. ¿Qué pasa con los pisos?

—Hice una oferta de dos mil libras, tal como se me había indicado —dijo Sanderson—, Savill's dijo que recomendaría a sus clientes aceptar la oferta, pero hasta el momento no he podido cerrar el trato.

—¿Por qué? —preguntó Charlie.

—Porque Savill's me ha telefoneado esta mañana para informarme de que han recibido otra oferta mucho más generosa de lo que esperaban por esta propiedad. Me dijeron que llamara la atención de esta asamblea acerca del tema.

—Hicieron bien —dijo Charlie—, ¿a cuánto asciende esta otra oferta? Eso es lo que quiero saber.

—Dos mil quinientas —dijo Sanderson.

Pasaron varios segundos antes de que alguien volviera a hablar.

—¿Cómo demonios esperan obtener beneficios con tal inversión? —preguntó por fin Hadlow.

—Es imposible —señaló Sanderson.

—Ofrézcales tres mil libras.

—¿Qué has dicho? —preguntó el presidente.

Todos se volvieron para mirar a Charlie.

—Ofrézcales tres mil —repitió Charlie.

—Pero Charlie, estuvimos de acuerdo hace unas semanas en que dos mil eran más que suficientes —indicó Becky—. ¿Cómo es posible que los pisos se hayan revalorizado de repente en un treinta y tres por ciento?

—Valen lo que alguien quiera pagar por ellos —replicó Charlie—. De modo que no nos queda elección.

—Pero señor Trumper... —empezó Hadlow.

—Si llegamos a ser dueños de toda la manzana, pero se nos escapan esos pisos, todos mis esfuerzos se irán al carajo. No quiero correr ese riesgo por tres mil libras o, tal como lo veo yo, quinientas.

—Sí, pero ¿podemos permitirnos ese desembolso en este preciso momento? —preguntó el coronel.

—Siete tiendas rinden beneficios ya —dijo Becky, examinando su inventario—. Dos se mantienen igualadas y solo una sufre pérdidas importantes.

—Entonces, hemos de tener la valentía de seguir adelante —dijo Charlie—. Compremos los pisos, derrumbémoslos y construyamos inedia docena de tiendas en su lugar. Obtendremos beneficios antes de que alguien pueda decir «Bob es tu tío».

Sanderson les concedió unos momentos para asimilar la estrategia de Charlie.

—Bien, ¿cuáles son las instrucciones de la junta? —preguntó.

—Propongo que ofrezcamos tres mil libras —dijo el coronel—, como ha señalado el director gerente, hemos de planear a largo plazo, siempre que el banco se sienta dispuesto a respaldarnos. ¿Señor Hadlow?

—A duras penas pueden permitirse ese desembolso en el momento actual —dijo el director del banco, examinando las cifras—. Estiraría su crédito hasta el límite máximo, lo cual significa que no podrán comprar más tiendas en el futuro.

—No nos queda otra elección —dijo Charlie, mirando a Sanderson—. Hay alguien que va detrás de esos pisos, y no podemos permitir que ningún rival nos los arrebatte.

—Bien, si esas son las instrucciones de la junta, intentaré cerrar el trato hoy por tres mil libras.

—Creo que eso es, precisamente, lo que la junta desea que haga —confirmó el presidente, paseando la mirada alrededor de la mesa—. Bien, si no hay más temas, declaro concluida la asamblea.

Una vez terminado el encuentro, el coronel se llevó a Sanderson y Hadlow a un lado.

—No me gusta ni un pelo este asunto de los pisos. Una oferta salida de la nada exige una explicación más detallada.

—Estoy de acuerdo —dijo Sanderson—, mi instinto me dice que Syd Wrexall y su asociación de tiendas tratan de impedir que Charlie se apodere de toda la manzana antes de que sea demasiado tarde.

—No —dijo Charlie, que se había acercado a ellos—. No puede ser Syd, porque no tiene coche —añadió, en tono misterioso—. En cualquier caso, el límite de Wrexall y su pandilla no llega a las dos mil quinientas libras.

—Por lo tanto, usted cree que se trata de un comprador de fuera —dijo Hadlow—, que cuenta con planes propios para explotar Chelsea Terrace.

—Lo más probable es que se trate de un inversor con ganas de aguantar hasta que le paguemos un dineral por ello —argumentó Sanderson.

—No sé quién o qué se esconde detrás de todo ello —dijo Charlie—. Lo único que sé es que debemos pujar más alto.

—Estoy de acuerdo —dijo el coronel—. Sanderson, en cuanto cierre el trato hágamelo saber. He de irme. Voy a comer en el club con una dama muy especial.

—¿La conocemos? —inquirió Charlie.

—Daphne Wiltshire.

—Dele un abrazo de mi parte —dijo Becky—, dígale que los dos la esperamos a cenar el próximo miércoles.

El coronel saludó con el sombrero a Becky y se marchó. Dejó a sus cuatro colegas enfrascados en la discusión de sus diferentes teorías sobre quién podía estar interesado en los pisos.

El coronel solo pudo tomar un *whisky* antes de encontrarse con Daphne en el reservado para señoras, pues la asamblea de la junta había terminado más tarde de lo que sospechaba. Había engordado un poco, pero estaba tan hermosa como siempre.

El coronel pidió un *gin tonic* para su invitada. Después, charlaron sobre la alegría de Estados Unidos y el calor de África, aunque él estaba seguro de que Daphne deseaba hablar sobre un continente muy distinto.

—¿Cómo va la India? —preguntó el coronel.

—Bastante mal, me temo —dijo Daphne, haciendo una pausa para beber su *gin tonic*—. Fatal, para ser exacta.

—Qué curioso, los nativos siempre me parecieron muy cordiales —comentó el coronel.

—El problema no reside en los nativos —replicó Daphne.

—¿Trentham?

—Eso me temo.

—¿No recibió tu carta?

—Oh, sí, pero los acontecimientos la superaron, coronel. Ahora, me arrepiento de no haber seguido su consejo y escrito la carta al pie de la letra, advirtiéndole de que, si me lo preguntaban, diría toda la verdad sobre Daniel.

—¿Por qué? ¿Qué le ha hecho cambiar de opinión?

Daphne vació su vaso de un solo trago.

—Perdone, coronel, pero lo necesitaba. Bien, lo primero que nos dijo Ralph Forbes, el coronel del regimiento, cuando llegamos a Poona, fue que Trentham había presentado la dimisión.

—Sí, lo mencionabas en tu carta —exclamó el coronel. Dejó sobre la mesa el cuchillo y el tenedor y meditó sobre esta información—, pero lo que quiero saber es por qué.

—Percy descubrió que hubo algún problema con la mujer de su ayudante, pero nadie deseaba entrar en detalles. Es un tema tabú, de esos en los que nadie quiere entremeterse.

—Maldito bastardo. Si pudiera...

—Estoy absolutamente de acuerdo con usted, coronel, pero le advierto que aún queda lo peor.

El coronel ordenó otro *gin tonic* para su invitada y un *whisky* para él, antes de que Daphne continuara.

—Al llegar a Ashurst el pasado fin de semana, el mayor Trentham me enseñó una carta que Guy había enviado a su madre, explicando los motivos por los que se había

visto obligado a presentar su dimisión de los Fusileros. Afirmaba que la culpa era de usted, porque había escrito al coronel Forbes informándole de que él era el responsable de haber dejado embarazada a «ese pendón de Whitechapel». Reproduzco la frase exacta de su carta.

La rabia tiñó de púrpura las mejillas del coronel.

—Mientras tanto, el tiempo ha demostrado que Trentham era el padre del niño. En cualquier caso, esa es la historia que Trentham va pregonando por todas partes.

—¿Es que ese hombre carece de moral?

—En efecto, por lo que parece. La carta continuaba insinuando que Charlie Trumper le había comprado a usted para que mantuviera la boca cerrada. «Treinta monedas de plata» era la expresión exacta que utilizaba.

—Merece ser azotado.

—Hasta el mayor Trentham le daría la razón. Sin embargo, la persona que me preocupa más no es usted o Becky, sino Charlie.

—¿Qué quiere decir?

—Antes de que partiéramos de la India, Trentham advirtió a Percy, cuando estaban solos en el club Overseas, que Charlie lo lamentaría durante el resto de su vida.

—¿Y por qué le echa las culpas a Charlie?

—Percy le hizo la misma pregunta. La respuesta fue que Trumper le había informado a usted para saldar una vieja cuenta.

—Pero eso no es cierto.

—Percy también se lo dijo, pero no le escuchó.

—En cualquier caso, ¿qué quería decir con lo de «saldar una vieja cuenta»?

—Ni idea; excepto que aquella noche, Guy no paró de hacerme preguntas sobre un cuadro de la Virgen y el Niño.

—¿No será el que está en la sala de estar de Charlie?

—Sí. Y cuando, por fin, admití que lo había visto, cambió de tema bruscamente.

—Ese hombre se ha vuelto completamente loco.

—Lo mismo me pareció a mí.

—Bien, menos mal que no puede salir de la India; aún tenemos tiempo para pensar en lo que debemos hacer.

—Me temo que no nos queda mucho tiempo —dijo Daphne.

—¿Por qué?

—El mayor Trentham me dijo que Guy volverá el mes que viene.

Después de almorzar con Daphne, el coronel volvió a Tregunter Road. Seguía encolerizado cuando el mayordomo le abrió la puerta, pero aún no sabía qué debía hacer. El mayordomo le comunicó que un tal señor Sanderson le esperaba en el estudio.

—¿Sanderson? ¿Qué querrá ahora? —masculló el coronel, antes de entrar en el estudio.

—Buenas tardes, señor presidente —dijo Sanderson, levantándose de la silla del coronel—. Me dijo que le informara en cuanto tuviera noticias sobre los pisos.

—Ah, sí. ¿Ha cerrado el trato?

—No, señor. Hice una oferta de tres mil libras a Savill's, tal como me habían indicado, pero me llamaron una hora después para decirme que la otra parte había ofrecido cuatro mil libras.

—Cuatro mil —repitió el coronel, incrédulo—. Pero ¿quién...?

—Dije que no podíamos igualar esa cantidad, y hasta pregunté con toda discreción quién era el cliente. Me informaron que la identidad de su cliente no era ningún secreto. Pensé que debía comunicárselo de inmediato, señor presidente, porque el nombre de Gerald Trentham carece de significado para mí.

CHARLIE

1919 - 1926

CAPÍTULO 19

Sentado a solas en aquel banco de Chelsea Terrace, mirando la tienda que llevaba el apellido «Trumper» pintado en el toldo, un millar de preguntas cruzaron su mente. Después, vi a Rebecca Salmon; para ser preciso, pensé que debía ser Becky, por si se había transformado en una hermosa joven. ¿Qué había sido de aquel pecho plano, de aquellas piernas larguiruchas, por no mencionar el rostro martirizado por el acné? Habría dudado, de no ser por aquellos ojos pardos relampagueantes.

Entró sin vacilar en la tienda y habló con el hombre que actuaba como si fuera el director, le vi menear la cabeza; ella se volvió a continuación hacia las dos chicas situadas detrás del mostrador, que reaccionaron de la misma forma. Becky se encogió de hombros, antes de inclinarse sobre la caja, sacar la gaveta y examinar los ingresos del día.

Había observado el comportamiento del director durante una hora, antes de que Becky llegara, y era bastante bueno, para ser justo, aunque ya había echado en falta algunos pequeños detalles que servirían para mejorar las ventas; uno de los más importantes consistía en desplazar el mostrador al otro extremo de la tienda, sacando algunos productos en cajas a la acera, para que los clientes pudieran ver lo que se les ofrecía. «Has de poner a la vista los artículos; no confíes en que la gente se tope con ellos», solía decir mi abuelo. Sin embargo, tuve la paciencia de quedarme en el banco, antes de que los empleados procedieran a vaciar los estantes antes de cerrar la tienda.

Poco después, Becky salió a la calle y miró en ambas direcciones de la calle, como si esperase a alguien. Después, el joven que sostenía un candado y una llave se reunió con ella y movió la cabeza en mi dirección. Becky miró el banco por primera vez.

En cuanto me vio, salté del banco y me dirigí hacia ella. Los dos tardamos un poco en hablar. Yo quería abrazarla, pero terminamos estrechándonos las manos con cierta formalidad.

—¿Qué ha sido de «Posh Porky»? —pregunté después.

—No encontré a nadie que me proveyera de bollos de crema —me dijo, y luego explicó por qué había vendido la panadería y comprado el número 147 de Chelsea Terrace.

Cuando los empleados se marcharon, me enseñó el piso. No podía dar crédito a mis ojos: un cuarto de baño con váter, una cocina con vajilla y cubertería, una sala de estar con sillas y una mesa, y un dormitorio, aparte de una cama que no tenía aspecto de venirse abajo cuando te tendieras en ella.

Quise abrazarla de nuevo, pero me limité a preguntarle si quería quedarse a cenar, pues necesitaba hacerle montones de preguntas.

—Esta noche no puedo —dijo, mientras yo abría mi maleta y empezaba a sacar

las cosas—, porque voy a un concierto con un amigo.

Después de hacer algunos comentarios sobre el cuadro de Tommy sonrió y se marchó. Me quedé solo de nuevo.

Me quité la chaqueta, me subí las mangas, volví a la tienda y cambié las cosas de sitio durante una hora, hasta colocar todo donde quería que estuviera. Cuando terminé de apartar la última caja estaba tan agotado que solo me detuve para desplomarme sobre la cama y dormirme, completamente vestido. Descorrí las cortinas para asegurarme de que me despertaría a las cuatro.

Me vestí a toda prisa al despertarme, excitado por la idea de volver al mercado, que no veía desde hacía casi dos años. Llegué al Garden pocos minutos antes que Bob Makins. Pronto descubrí que sabía desenvolverse, pero sin tener idea del negocio. Me resigné a pasar unos días descubriendo qué intermediarios recibían productos de los granjeros más fiables, quién tenía los mejores contactos con muelles y puertos, quién ofrecía el precio más sensato a diario y, sobre todo, quién se preocupaba de ti cuando escaseaba el producto. Ninguno de estos problemas parecía preocupar a Bob, pues describía un círculo ininterrumpido y poco exigente por el mercado para obtener sus artículos.

Me enamoré de la tienda desde el momento en que abrimos aquella primera mañana, mi primera mañana. Tardé un poco en acostumbrarme a que Bob y las chicas me llamaran «señor», pero ellos también tardaron casi tanto tiempo en acostumbrarse al nuevo emplazamiento del mostrador y a colocar las cajas en la acera, antes de que los clientes se despertaran. Sin embargo, hasta Becky aceptó que había sido una idea inspirada poner los productos ante las narices de los compradores en potencia, aunque no estaba muy segura de cuál sería la reacción de las autoridades municipales al descubrirlo.

—¿Es que en Chelsea nunca ha habido venta ambulante? —le pregunté.

Al cabo de un mes, sabía el nombre de todos los clientes habituales que compraban en la tienda, y al cabo de dos conocía sus gustos, aversiones, pasiones y hasta el capricho concreto que consideraban exclusivo de ellos. Cuando los empleados se marchaban, al finalizar la jornada, solía sentarme en el banco situado frente a mi tienda y contemplar las idas y venidas que tenían lugar en Chelsea Terrace SW10. No tardé en comprender que una manzana era una manzana, independientemente de quién deseara comerla, y que Chelsea Terrace no se diferenciaba de Whitechapel en lo concerniente a las necesidades de los clientes. Supongo que en aquel momento empecé a pensar en comprar una segunda tienda. ¿Por qué no? «Trumper's» era el único establecimiento de Chelsea Terrace ante el que se formaban colas a diario.

Becky, en el ínterin, continuó sus estudios en la universidad e insistió repetidas veces en que yo cenara con su acompañante habitual. Para ser sincero, yo hacía cuanto podía por evitar a Trentham, ya que no deseaba ver de nuevo al hombre que, en mi opinión, había asesinado a Tommy.

Por fin, no me quedaron más excusas y tuve que cenar con ellos.

Cuando Becky entró en el restaurante con su compañera de piso y Trentham, tuve ganas de no haber aceptado jamás la invitación a cenar con ellos. Trentham debía compartir el mismo sentimiento, pues su rostro expresaba el mismo desprecio que yo sentía hacia él, aunque la amiga de Becky, Daphne, intentaba ser cordial. Era una bella muchacha y no me sorprendió descubrir que muchos hombres adoraban aquella risa burbujeante. Sin embargo, las rubias de ojos azules y cabello rizado nunca habían sido mi tipo. Fingí, para guardar las formas, que Trentham y yo no nos conocíamos. Pasé una de las veladas más horribles de mi vida, deseando contarle a Becky todo lo que sabía sobre aquel hijo de puta, pero descubrí, al verles juntos, que nada de lo que yo dijera influiría en ella. No ayudó el hecho de que Becky me regañara sin ningún motivo. Bajé la cabeza y pinché más guisantes con la punta de mi cuchillo.

La compañera de piso de Becky, Daphne no-sé-qué, se esforzó cuanto pudo, pero ni Charlie Chaplin hubiera logrado arrancar una sonrisa al público formado por nosotros tres.

Pedí la cuenta poco después de las once, y algunos minutos después salimos del restaurante. Dejé que Becky y Trentham se adelantaran, con la esperanza de poder escabullirme sin ser visto, pero Daphne, para mi sorpresa, se pegó a mí, afirmando que quería ver los cambios que yo había introducido en la tienda.

La pregunta a bocajarro que me hizo mientras abría la puerta me dio a entender que no iba muy errada.

—Estás enamorado de Becky, ¿verdad? —preguntó sin pestañear.

—Sí —contesté sinceramente, y revelé mis sentimientos hacia ella de una forma que jamás me había permitido con nadie que conociera bien.

Su segunda pregunta me pilló todavía más desprevenido.

—¿Desde cuándo conoces a Guy Trentham?

Mientras subíamos a mi piso le dije que habíamos servido juntos en el frente occidental, pero nuestros caminos se habían cruzado en raras ocasiones, a causa de nuestra diferencia de rango.

—Entonces, ¿por qué le odias tanto? —preguntó, después de sentarse frente a mí.

Vacilé otra vez, pero luego, movido por un súbito arranque de rabia incontrolada, expliqué lo que nos había sucedido a Tommy y a mí cuando intentábamos llegar a la seguridad de nuestras líneas, y mi convicción de que él había asesinado a mi mejor amigo.

Cuando terminé, ambos permanecimos un rato en silencio.

—No le cuentes nunca a Becky lo que te he dicho, porque carezco de pruebas —hablé por fin.

Ella asintió con la cabeza y admitió que era la responsable de la relación entre Becky y Trentham, y que estaba arrepentida de su equivocación.

—Para ser sincera —continuó—, jamás se me ocurrió que una persona tan sensata como Becky se enamorara de un crápula como Guy.

Me habló a continuación del único hombre de su vida, como si intercambiar secretos cimentara nuestra amistad. Su amor por aquel hombre era tan transparente que me sentí conmovido. Cuando Daphne se marchó, alrededor de la medianoche, prometió que haría todo lo que pudiera para acelerar el fallecimiento de Guy Trentham. Recuerdo que empleó la palabra «fallecimiento» porque tuve que preguntarle su significado. Me lo dijo, y así recibí mi primera lección, junto con la advertencia de que Becky me llevaba una cierta ventaja, pues no había desperdiciado los últimos diez años.

Mi segunda lección fue descubrir que Becky me había regañado. Podía haber protestado por su descaro, pero sabía que tenía razón.

Vi con mucha frecuencia a Daphne durante los siguientes meses, sin que Becky se enterase de nuestra verdadera relación. Me enseñó muchísimo sobre el mundo de mis nuevos clientes y terminó llevándome a tiendas de ropa, cines y a un teatro del West-End, para ver obras como *El abanico de lady Windermere* y *Volpone*. Ninguna obra sacaba chicas bailando en el escenario, pero me gustaron. Solo le paré los pies cuando intentó que dejara de acudir los sábados por la tarde a ver los partidos del West Ham, en favor de otro equipo llamado los Arlequines. Sin embargo, lo que dio comienzo a una historia de amor que resultó tan cara como cualquier mujer fue su introducción a la Galería Nacional y a sus cinco mil lienzos. Pocos meses después la arrastré yo a las últimas exhibiciones: Renoir, Manet, y un joven español muy de moda llamado Picasso. Estos pintores estaban empezando a atraer la atención de la sociedad elegante de Londres. Tenía la esperanza de que Becky notara el cambio obrado en mí, pero sus ojos nunca se apartaban del capitán Trentham.

A instancias de Daphne empecé a leer dos periódicos al día. Eligió el *Daily Express* y el *News Chronicle*, y cuando me invitaba a visitarla en Lowndes Square ojeaba algunas de sus revistas, *Punch* o *Strand*. Empecé a descubrir quién era quién, quién hacía qué, y a quién. Fui a Sotheby's por primera vez y vi cómo se subastaba un Constable de la primera época por el precio récord de novecientas guineas. Más dinero del que representaban «Trumper's», sus luces y accesorios juntos. Confieso que ni aquella magnífica escena campestre, ni cualquier cuadro de los que vi en galerías y subastas podía compararse con el orgullo que sentía por el retrato de la Virgen María y el Niño que había pertenecido a Tommy, y que seguía colgado sobre mi cama.

Cuando Becky presentó el balance del primer año en enero de 1920, empecé a darme cuenta de que mi ambición de comprar una segunda tienda ya no era un sueño. Sin previa advertencia, dos locales se pusieron a la venta aquel mismo mes. Indiqué a Becky al instante que se las arreglara para conseguir el dinero necesario para comprarlos.

Daphne me advirtió más tarde que Becky encontraba serios problemas para obtener el dinero, y aunque yo no dije nada estaba esperando el comentario de que iba a ser imposible, sobre todo porque su mente parecía totalmente absorta en

Trentham y en su inminente partida hacia la India. Cuando anunció el día de su marcha que se habían prometido de forma oficial, le hubiera cortado la cabeza (y también la mía) de buena gana, pero Daphne me aseguró que varias damas de Londres habían padecido la ilusión, en uno u otro momento, de que iban a casarse con el capitán Trentham. No obstante, Becky confiaba tanto en las intenciones de Trentham que yo no sabía a cuál de las dos mujeres creer.

Mi antiguo comandante en jefe apareció en la tienda la semana siguiente para completar la lista de compras de su mujer. Nunca olvidaré el momento en que sacó un monedero del bolsillo de la chaqueta y buscó sueltos. Hasta entonces, no se me había ocurrido que un coronel viviera en el mundo real. Sin embargo, se marchó con la promesa de enviarme dos entradas de diez chelines para el baile del regimiento; se mostró a la altura de su palabra.

Mi euforia (otra palabra Harcourt-Browne) por la decisión del coronel duró unas veinticuatro horas. Entonces, Daphne me dijo que Becky estaba embarazada. Mi primera reacción fue desear haber matado a Trentham en el frente occidental, en lugar de contribuir a salvar la vida de aquel hijo de puta. Sin embargo, supuse que volvería cuanto antes de la India para casarse con Becky antes de que el crío naciera. Detestaba la idea de que volviera a entremeterse en nuestras vidas, pero era la única medida que un caballero podía tomar. Pocos días después, Becky admitió que iba a tener un hijo.

Fue por esta época cuando Daphne explicó que si esperábamos sacar dinero a los bancos necesitábamos definitivamente un testaferrero. El sexo de Becky militaba (otra palabreja de Daphne) contra ella, si bien fue lo bastante cortés para no mencionar que mi acento «militaba» contra mí.

Becky informó a Daphne, al volver a casa del baile, que había elegido al coronel como hombre idóneo para representarnos cuando fuera a solicitar, con la gorra en la mano, préstamos a uno de los bancos. Yo no era optimista, pero Becky insistió, después de conversar con la esposa del coronel, que deberíamos ir a verle y exponerle nuestro caso, como mínimo.

Obedecí y, para mi sorpresa, recibimos una carta diez días después, comunicándonos que era nuestro hombre.

Desde aquel momento, mi interés se centró en averiguar cuanto antes las intenciones de Trentham. Me quedé horrorizado al descubrir que Becky no había escrito al tipo para darle la noticia, aunque estaba embarazada de casi cuatro meses. La obligué a jurar que enviaría una carta aquella misma noche, pero se negó a amenazarle con arruinar su carrera. Daphne me aseguró al día siguiente que había visto, desde la ventana de la cocina, cómo Becky echaba la carta al correo. Quedé con el coronel, y le informé sobre el estado de Becky antes de que todo el mundo se enterara.

—Déjame a mí a Trentham —dijo en tono misterioso.

Seis semanas después, Becky me dijo que continuaba sin tener noticias de

Trentham, y presentí por primera vez que sus sentimientos hacia el sujeto empezaban a desfallecer.

—Bien —le dije—. Es posible que nunca volvamos a oír hablar de Guy Trentham.

Llegué a pedirle que se casara conmigo, pero no se tomó mi propuesta muy en serio, aunque nunca había sido más sincero en toda mi vida. Me pasé la noche en vela, preguntándome cómo iba a hacerla comprender que yo era digno de ella.

A medida que pasaban las semanas, Daphne y yo la cuidábamos cada vez más, pues empezaba a parecerse a una ballena varada. Continuaba sin recibir noticias de la India, pero Becky dejó de mencionar el nombre de Trentham mucho antes de que el niño naciera.

La primera vez que vi a Becky sosteniendo a Daniel en sus brazos, quise ser su padre, y me sentí lleno de dicha cuando ella me preguntó si todavía la amaba.

Si todavía la amaba.

Nos casamos una semana después. El coronel, Bob Makins y Daphne accedieron a ser los padrinos. Percy y Daphne se casaron el verano siguiente, pero no en la oficina del registro de Chelsea, sino en la iglesia de Santa Margarita, en Westminster. Aceché la presencia de la señora Trentham para ver cuál era su aspecto, pero luego recordé que no la habían invitado.

Daniel creció como la maleza. Una de las primeras palabras que repetía sin cesar fue «papá», lo cual me emocionó sobremanera. A pesar de ello, me pregunté cuánto tiempo pasaría antes de que tuviéramos que sentarnos y contar al niño la verdad. «Bastardo» es una mancha demasiado fuerte para que un niño inocente deba soportarla hasta el fin de sus días.

—De momento, no tenemos por qué preocuparnos —insistía Becky, pero no por ello dejaba yo de temer el resultado final, si guardábamos silencio sobre el tema demasiado tiempo. Al fin y al cabo, casi toda la gente de Chelsea Terrace sabía la verdad.

Sal escribió para felicitarme, informándome de paso de que había dejado de tener niños. Dos chicas (Maureen y Babs) y dos chicos (David y Rex) le parecían suficientes, hasta para una buena católica. Su marido había sido ascendido de representante de la sección de ventas de E. P. Taylor, así que todo les iba bastante bien. Jamás mencionaba Inglaterra en sus cartas, o algún deseo de volver al país que la vio nacer. Como sus únicos recuerdos auténticos del hogar debían limitarse a dormir tres en una cama, un padre borracho y una constante escasez de comida, no la culpaba.

Proseguía riñéndome por permitir que Grace escribiera más cartas que yo. No podía aducir la excusa del trabajo, añadía, porque ser enfermera de pabellón en un hospital clínico de Londres robaba a Grace casi todo su tiempo. Becky también me amonestó, así que durante los siguientes meses me esforcé un poco más.

Kitty visitaba periódicamente Chelsea Terrace, pero solo con el propósito de

sacarme más dinero; sus exigencias aumentaban a cada ocasión. Siempre se las componía para no encontrarse con Becky. Las cantidades que obtenía, aunque exorbitantes, siempre eran razonables.

Le supliqué que buscara trabajo, hasta le ofrecí uno, pero se limitó a explicarme que ella y el trabajo estaban reñidos. Nuestras conversaciones no solían exceder de unos contados minutos, pues en cuanto le daba el dinero salía pitando. Comprendí que, a cada tienda que abriera, me resultaría más difícil convencer a Kitty de que sentara la cabeza. Después de mudarnos a nuestra nueva residencia de Gilston Road, la frecuencia de sus visitas aumentó.

A pesar de los esfuerzos de Syd Wrexall por frustrar mi ambición de comprar todas las tiendas disponibles de la avenida (conseguí apoderarme de siete antes de toparme con una oposición real), le había echado el ojo encima a los números 25-99, una manzana de pisos que procuré adquirir sin que Wrexall se enterase. No hace falta mencionar mi deseo de echarle el guante a Chelsea Terrace, 1, pues dada su ubicación en la calle era crucial para mi proyecto a largo plazo de poseer toda la manzana.

Todas las piezas fueron encajando en su sitio a lo largo de 1922, y empecé a tener ganas de que Daphne volviera, para contarle con todo detalle lo que había hecho durante su ausencia.

La semana después de que Daphne regresara a Inglaterra de su prolongada luna de miel, nos invitó a cenar a su nueva casa de Eaton Square. Estaba ansioso por escuchar sus noticias, y también confiaba en que se quedara impresionada al averiguar que ahora poseíamos nueve tiendas, una casa nueva en Gilston Road y que, de un momento a otro, un bloque de pisos engrosaría la cartera Trumper. No obstante, sabía qué pregunta me haría en cuanto pusiera el pie en su casa, así que ya había preparado la respuesta: «Tardaré otros diez años en poseer toda la manzana..., siempre que me puedas inmunizar contra inundaciones, peste o el estallido de una guerra».

Una carta fue introducida en el buzón de Gilston Road, 11, justo antes de que Becky y yo nos dirigiéramos a la cena.

Reconocí al instante la firme letra. La abrí y empecé a leer las palabras del coronel. Cuando terminé la carta no comprendí por qué querría él...

CAPÍTULO 20

Charlie se quedó solo en el vestíbulo y decidió no mencionar la carta del coronel a Becky hasta volver de cenar con Daphne. Becky llevaba tanto tiempo aguardando el acontecimiento que temió amargarle el resto de la velada si se negaba a ir.

—¿Te encuentras bien, querido? —preguntó Becky al llegar al pie de la escalera—. Estás un poco pálido.

—Estoy bien —contestó Charlie, ocultando nerviosamente la carta en el bolsillo interior—. Vamos o llegaremos tarde, y eso no puede ser. —Miró a su esposa y reparó por primera vez en que llevaba el vestido de baile rosa, curvado por delante—. Estás arrebatadora. Ese vestido hará que Daphne palidezca de envidia.

—Tú tampoco tienes mal aspecto.

—Siempre que me pongo este traje de pingüino, me siento como el jefe de camareros del Ritz —admitió, mientras Becky le enderezaba la corbata blanca.

—¿Cómo lo sabes, si nunca has ido al Ritz?

—Al menos, el traje ha salido de mi propia tienda esta vez —dijo Charlie, abriendo la puerta para que su esposa pasara.

—Ah, pero ¿ya has pagado la factura?

Mientras conducía hacia Eaton Square, a Charlie le costaba concentrarse en la animada conversación de su mujer, y trataba de adivinar por qué el coronel quería dimitir cuando todo marchaba tan bien.

—Bien, ¿qué crees que debo hacer? —preguntó Becky.

—Lo que consideres mejor.

—No has escuchado ni una palabra de lo que he dicho desde que salimos de casa, Charlie Trumper. Pensar que solo llevamos casados dos años.

—Lo siento —dijo Charlie, aparcando su pequeño Austin Siete junto al Silver Ghost que apuntaba a la fachada de Eaton Square, 17—. No me importaría vivir aquí —comentó, mientras abría la puerta del coche para que su mujer bajara.

—Todavía no —insinuó Becky.

—¿Por qué no?

—Porque tengo el presentimiento de que el señor Hadlow no podría autorizar el préstamo necesario.

Un mayordomo les abrió la puerta antes de que pisaran el último peldaño.

—Tampoco me importaría tener uno de estos —susurró Charlie.

—Compórtate.

—Desde luego. He de procurar mantenerme en mi lugar.

El mayordomo les condujo a la sala de estar. Allí encontraron a Daphne, bebiendo un martini seco.

—Queridos —exclamó.

Becky corrió hacia ella, le lanzó los brazos al cuello y ambas se fundieron en un

abrazo.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó Becky.

—Mi pequeño secreto. —Daphne se dio unas palmaditas sobre el estómago—. Bien, veo que me llevas la delantera, para variar.

—No tanto. ¿Para cuándo está previsto?

—El doctor Gould ha pronosticado que será para enero. Clarence si es un chico, Clarissa si es una niña. —Sus dos invitados estallaron en carcajadas—. Ni se os ocurra burlaros. Son los nombres de los más distinguidos antepasados de Percy —les dijo, justo cuando su marido entraba en la sala.

—Muy cierto —dijo Percy—, pero que me zurzan si recuerdo lo que hicieron.

—Bienvenido a casa. —Charlie le estrechó la mano.

—Gracias, Charlie —contestó Percy. Besó a Becky en las dos mejillas—. No me importa decirlo que estoy muy contento de volver a verlos. —Un criado le tendió un *whisky* con soda—. Bien, Becky, cuéntame todo lo que habéis hecho, y no ahorres detalles.

Ambos se sentaron en el sofá. Daphne se reunió con Charlie que paseaba lentamente por la sala, examinando los cuadros que colgaban de todas las paredes.

—Los antepasados de Percy —explicó Daphne—. Todos pintados por artistas de segunda fila. Los cambiaría todos por esa reproducción de la Virgen María que tienes en tu salón.

—Este no —dijo Charlie, parándose frente al segundo marqués de Wiltshire.

—Ah, sí, el Holbein. Tienes razón. Pero me temo que se ha desvalorizado mucho desde entonces.

—No sabría decirle, señora —sonrió Charlie—, sepa usted que mis antepasados no entendían ni jota de cuadros. Pensándolo bien, no creo que el Holbein fuera encargado por los vendedores ambulantes del East End.

Daphne lanzó una carcajada.

—Por cierto, Charlie, ¿dónde has dejado tu acento de los barrios bajos?

—¿Qué desea la señora marquesa, medio kilo de tomates y un cuarto de pomelos, o una noche de cachondeo?

—Eso está mejor. No dejes que unas cuantas clases nocturnas se te suban a la cabeza.

—Shhh —dijo Charlie, mirando a su mujer, que seguía sentada en el sofá—. Becky aún no sabe nada de las clases nocturnas, y no diré nada hasta que...

—Entiendo. Te prometo que yo no le diré nada. Ni siquiera se lo he contado a Percy. —Desvió la mirada hacia Becky, enfrascada en una animada conversación con Percy—, a propósito, ¿cuánto falta para que...?

—Yo diría que unos diez años —dijo Charlie, preparando su respuesta ensayada.

—Ah, pues yo pensaba que estas cosas suelen durar unos nueve meses.

Charlie sonrió, comprendiendo que había entendido mal la pregunta, pero continuó sin cambiar de tema.

—No se agobie, señora, todavía tenemos a punto el carretón más grande del mundo para que Clarence o Clarissa compren todo lo que se les antoje.

—Tal como va el mundo últimamente, no me sorprendería que terminaran trabajando como empleados a tus órdenes.

Charlie prosiguió la conversación, pero no podía apartar los ojos del Holbein. Por fin, Daphne rompió el hechizo.

—Ven, Charlie, vamos a comer algo. Siempre estoy hambrienta de un tiempo a esta parte.

Percy y Becky se levantaron, y siguieron a Daphne y Charlie hacia el comedor.

Daphne guió a sus invitados por un largo pasillo. Después, atravesaron otra sala, del mismo tamaño y proporción que la anterior. Los seis lienzos que colgaban de las paredes eran de Reynolds.

—En este caso, el único pariente es la fea —les aseguró Percy, sentándose en un extremo de la mesa y señalando la larga figura gris de una dama, que colgaba en la pared situada detrás de él—. Y le habría costado lo suyo establecerse en Wiltshire, de no ir acompañada de una hermosísima dote.

Charlie parecía más interesado en el cuadro que en la historia de la familia de Percy.

Se sentaron a la mesa. Estaba dispuesta para cuatro, pero albergaría con toda comodidad a ocho. La cena de cuatro platos habría alimentado hasta la saciedad a dieciséis. Criados con libreas se situaron detrás de cada silla, a fin de complacer el menor deseo de los comensales.

—Cada casa debería tener uno —susurró Charlie a su esposa, que se hallaba sentada frente a él.

La conversación que ocupó la cena les dio ocasión a los cuatro de averiguar todo lo ocurrido durante los pasados dos años. Al terminar el banquete, cuando Daphne y Becky se marcharon para dejar a los hombres disfrutar de un puro, Charlie pensó que era como si los Wiltshire no se hubieran ausentado ni un día.

—Me alegro de que las chicas nos hayan dejado solos —empezó Percy—, pues me temo que deberíamos tocar un tema mucho menos agradable.

Charlie lanzó una bocanada de humo de su primer puro, preguntándose cómo sería padecer cada día el mismo suplicio.

—Cuando Daphne y yo estuvimos en la India, nos topamos con ese crápula de Trentham —Charlie tosió cuando el humo se le atragantó, y prestó toda su atención a las explicaciones que su invitado le daba sobre la conversación sostenida entre él y Trentham—. Su amenaza de que te iba a «destruir», fuera como fuese, puede ser una simple fanfarronada, por supuesto —continuó Percy—, pero Daphne creyó conveniente que te pusiéramos al corriente.

—¿Y qué puedo hacer yo? —Charlie dejó caer en el cenicero de plata que habían colocado frente a él justo a tiempo un largo trozo de ceniza.

—Sospecho que no mucho, excepto recordar que quien avisa no es traidor.

Llegará a Inglaterra en cualquier momento, y su madre va contando a todo el mundo que le han hecho una oferta tan irresistible en la City que ha decidido sacrificar su carrera. Me parece imposible que nadie la crea y, de cualquier modo, la gente honrada piensa que la City es el lugar adecuado para la gentuza como Trentham.

—¿Crees que debería decírselo a Becky?

—No. De hecho, no le he hablado a Daphne de mi segundo encuentro con Trentham en el club Overseas. No hace falta que tortures a Becky con los detalles. Por lo que he oído esta noche, está más feliz que unas pascuas.

—Sin contar que está a punto de dar a luz.

—Exacto. El tiempo dirá la última palabra. Bien, ¿vamos a reunimos con las damas?

Mientras tomaba un generoso coñac en otra sala llena de antepasados, que incluía un pequeño óleo del príncipe Charlie, Becky escuchó a Daphne describir a los norteamericanos, a los que adoraba, si bien consideraba que nunca debimos menospreciarlos; a los africanos, que le parecían muy agradables, aunque se les debería devolver su tierra lo más pronto posible; y a los indios, que ya no podían esperar a recuperar su independencia, según el hombrecillo que continuaba llegando a la residencia oficial del gobernador en andrajos.

—¿Te refieres, por casualidad, a Gandhi? —preguntó Charlie, lanzando bocanadas de humo con mayor confianza—. Me parece un hombre impresionante.

De regreso a Gilston Road, Becky le contó a Charlie todas las habladurías que Daphne le había revelado. Sin embargo, resultó obvio para Charlie que las dos mujeres no habían tocado el tema de Trentham, o la amenaza que había formulado.

Charlie pasó la noche sin dormir, en parte por haber abusado de la comida y el alcohol, pero sobre todo porque su mente saltaba de la dimisión del coronel al problema del inminente regreso de Trentham a Inglaterra.

A las cuatro de la mañana se levantó, se puso su ropa vieja y se fue al mercado, algo que procuraba hacer al menos una vez a la semana, convencido de que ningún empleado de «Trumper's» podía manejárselas en el Garden mejor que él. En fecha reciente, un comerciante del mercado llamado Ned Denning había logrado colarle un par de aguacates excesivamente maduros, y al día siguiente le animó a comprar una caja de naranjas que Charlie no quería para nada. Este decidió levantarse muy temprano al tercer día para intentar que despidieran al tipo de su trabajo.

El lunes siguiente, Ned Denning fue nombrado primer director general del colmado «Trumper's».

Charlie aprovechó bien la mañana, comprando provisiones para los números 131 y 147, y Bob Makins llegó una hora más tarde para conducirlo a él y a Ned de regreso a Chelsea Terrace, en la furgoneta adquirida unos días antes.

En cuanto se detuvieron frente a la verdulería, Charlie ayudó a descargar y guardar los artículos, para después ir a desayunar a casa unos minutos antes de las siete. Consideró que todavía era demasiado temprano para llamar por teléfono al

coronel.

La cocinera le sirvió huevos con *bacon*, que compartió con Daniel y la niñera. Becky no bajó, pues aún no se había recuperado de la cena.

En cuanto la niñera salió de la cocina para llevar al niño al cuarto de jugar, Charlie consultó la hora en su reloj de cadena. Aunque faltaban solo unos minutos para las ocho, no pudo esperar más, se dirigió al vestíbulo, descolgó el teléfono y pidió a la operadora que le pusiera con Flaxman, 172. La comunicación se realizó al cabo de pocos segundos.

—¿Puedo hablar con el coronel?

—Le diré que ha llamado, señor Trumper —fue la respuesta.

El pensamiento de que nunca sería capaz de disimular su acento por teléfono divirtió a Charlie.

—Buenos días, Charlie —dijo otro acento que reconoció de inmediato.

—¿Puedo ir a verle, señor?

—Por supuesto, pero espera hasta las diez, camarada. Elizabeth ya se habrá marchado a visitar a su hermana en Camden Hill.

—Estaré ahí a las diez en punto —prometió Charlie.

Después de colgar, decidió emplear las dos horas que le restaban en hacer una gira por las tiendas. Por segunda vez en aquella mañana, y sin que Becky se hubiera despertado, se marchó a Chelsea Terrace.

Charlie sacó al señor Arnold de la ferretería y comenzó la inspección de las once tiendas. Explicó con todo lujo de detalles a su subdirector los planes que tenía para instalar en el edificio seis nuevas tiendas.

Después de dejar el 129, Charlie confesó a Arnold su preocupación por la licorería, que aún no daba la talla, a pesar del nuevo servicio de reparto, que se utilizaba solo para la verdulería. Charlie se sentía orgulloso de que su tienda fuera una de las primeras de Londres en tomar pedidos por teléfono y entregarlos el mismo día a los clientes que habían abierto una cuenta. Otra idea que les había robado a los norteamericanos, y cuanto más leía sobre sus competidores de Estados Unidos, más deseaba visitar el país y estudiar sus innovaciones sobre el terreno.

—Aún recordaba su primer servicio de reparto, cuando utilizaba el carretón del abuelo para el transporte y a Kitty para efectuar las entregas. Ahora, conducía una elegante furgoneta azul de tres caballos, con la inscripción «Trumper, el comerciante honrado. Fundado en 1823», escrita con letras azules en ambos lados.

Se detuvo en la esquina de Chelsea Terrace y contempló la tienda que siempre dominaría Chelsea, con su enorme ventana salediza y la gran puerta doble. Sabía que casi había llegado el momento oportuno de entrar y ofrecer al señor Fothergill un generoso talón que cubriera las deudas del subastador; un antiguo empleado del número 1 le había asegurado recientemente que la cantidad ascendía ya a unas dos mil libras.

Charlie entró en el número 1 para pagar una factura mucho menor y preguntó a la

chica que atendía detrás del mostrador si ya habían terminado de poner el marco nuevo a la Virgen María y el Niño. Llevaba un retraso de tres semanas.

No lamentaba el retraso, pues así tenía otra excusa para chafardear. Se fijó en que el papel de la pared situada tras la zona de recepción seguía desprendiéndose, y en la única empleada sentada ante el escritorio. Su aspecto le convenció de que no siempre recibía la paga semanal.

El señor Fothergill apareció con el cuadro recién enmarcado y entregó el pequeño óleo a Charlie.

—Gracias —dijo Charlie, examinando una vez más las enérgicas pinceladas rojas y azules que daban forma al retrato.

Se dio cuenta de cuánto lo había echado de menos.

—¿Sabe cuánto vale? —preguntó a Fothergill, tendiéndole un billete de diez chelines.

—Unas libras, a lo sumo —contestó el experto, tocándose la corbata de lazo—. Al fin y al cabo, se pueden encontrar a lo largo y ancho de Europa multitud de versiones del tema, ejecutado por artistas desconocidos.

—Me sorprende —dijo Charlie, mientras consultaba su reloj y guardaba la factura en el bolsillo. Le quedaba tiempo de sobra para pasear sin prisa por los jardines de la Princesa y llegar a la residencia del coronel un par de minutos antes de las diez—. Buenos días —se despidió del señor Fothergill.

Aunque aún era muy temprano, las aceras de Chelsea bullían de gente, y Charlie levantó su sombrero en varias ocasiones para saludar a los clientes que reconocía.

—Buenos días, señor Trumper.

—Buenos días, señora Symonds —contestó Charlie.

Cruzó la calle para atajar por el parque.

Empezó a ensayar mentalmente lo que diría al coronel una vez descubierta la razón por la que consideraba necesario presentar la dimisión. Fuera cual fuese esa razón, Charlie estaba decidido a no perder a su presidente. Dejó atrás la puerta del parque y caminó por el sendero artificial.

Se apartó a un lado para dejar pasar a una dama que empujaba un carrito de niño y saludó burlescamente a un viejo soldado. Se hallaba sentado en el banco del parque y hacía rodar una Woodbine. Después de atravesar el pequeño parque salió a Gilston Road, y cerró la puerta a su espalda.

Charlie se encaminó hacia Tregunter Road y aceleró el paso. Sonrió al pasar frente a su pequeña casa, olvidando que llevaba el cuadro bajo el brazo. Su mente continuaba preocupada por la dimisión del coronel.

Giró sobre sus talones al oír un grito y una puerta que se cerraba detrás de él. Fue más un reflejo que el deseo de averiguar qué ocurría. Se quedó paralizado al observar que una figura desaliñada bajaba corriendo los escalones de su casa y se precipitaba hacia él.

Petrificado, vio acercarse al supuesto vagabundo, hasta que el hombre se detuvo

de repente a unos pasos de distancia. Los dos hombres se miraron fijamente durante unos segundos. Tanto caballero como vagabundo exhibían un afeitado impecable. El reconocimiento dio paso a la incredulidad.

Charlie se negó a creer que aquella figura desaliñada y de cabello alborotado, ataviada con un gabán viejo y un sombrero raído, fuera el mismo hombre que había visto por primera vez en la estación de Edimburgo seis años antes.

El detalle de aquel momento que Charlie jamás olvidaría serían los tres círculos que se destacaban en las hombreras de Trentham, la señal de los galones de capitán arrancados recientemente.

Trentham bajó la vista hacia el cuadro durante un segundo, y luego, de improviso, se abalanzó sobre Charlie y le arrebató el grabado. Se volvió y empezó a correr en dirección contraria. Charlie se lanzó al instante en su persecución y no tardó en ganar terreno a Trentham, estorbado por su grueso gabán y el peso del cuadro.

Charlie estaba a punto de agarrar a Trentham por la cintura, cuando oyó el grito. Vaciló un momento al pensar que provenía de su casa. Cambió de dirección y corrió hacia los peldaños de su casa, sabiendo que le concedía a Trentham la ocasión de huir. Entró como una exhalación en la sala de estar y encontró a la cocinera y a la niñera inclinadas sobre Becky. Estaba tendida en el sofá y chillaba de dolor.

Los ojos de Becky se iluminaron al ver a Charlie.

—Voy a tener el niño —fue todo cuanto dijo.

—Cójala con suavidad y ayúdeme a transportarla hacia el coche —dijo Charlie a la cocinera.

Sacaron a Becky de la casa, mientras la niñera corría a abrir la puerta del coche para que la acomodaran en el asiento posterior. Charlie miró a su esposa. Estaba pálida y tenía los ojos vidriosos. Pareció perder la conciencia después de cerrar la puerta del coche.

Charlie se sentó al volante y gritó a la cocinera, que estaba girando la manivela para poner el motor en marcha.

—Llame a mi hermana y dígame que vamos para allá. Que esté preparada para cualquier emergencia.

El motor se encendió y la cocinera saltó a un lado para no ser atropellada. Charlie aceleró y trató de evitar a peatones, bicicletas, tranvías, caballos y otros vehículos, camino del hospital.

Se volvía incesantemente para mirar a su esposa, dudando de que siguiera con vida.

—¡Quiero que los dos vivan! —gritó, con toda la fuerza de sus pulmones.

Bajó por el Embankment a toda velocidad, chillando a la gente que cruzaba la calle y que desconocía su apuro. Al atravesar el puente de Southwark oyó gemir a Becky por primera vez.

—Pronto llegaremos, querida —prometió—. Resiste un poco más.

Tras salir del puente se desvió por la primera calle a la izquierda y mantuvo la

velocidad hasta divisar las enormes puertas de hierro del hospital. Cuando dio la vuelta al macizo de flores circular vio que Grace y dos hombres vestidos con batas blancas largas esperaban, con una camilla al lado. Charlie frenó el coche a pocos centímetros del grupo.

Los dos hombres alzaron a Becky y la depositaron en la camilla. Después, subieron corriendo los escalones y entraron en el hospital. Charlie les siguió. Grace corría a su lado, explicándole que el señor Armitage, el ginecólogo jefe del hospital, ya había dispuesto un quirófano en la primera planta.

Becky se encontraba en el interior del quirófano cuando Charlie llegó a la puerta. Le dejaron solo en el pasillo. Se puso a pasear arriba y abajo, indiferente a los empleados que se dirigían a su trabajo.

Grace salió pocos minutos después y le aseguró que el señor Armitage lo tenía todo bajo control, y que Becky no podía estar en mejores manos. El bebé nacería de un momento a otro. Apretó la mano de su hermano y volvió al quirófano. Charlie siguió paseando, pensando únicamente en su mujer y en su primer hijo. La visión de Trentham se había hecho borrosa. Rezó para que Daniel tuviera un hermano, que tal vez un día tomaría las riendas de «Trumper's». Rezó a Dios para que Becky no padeciera mucho durante el parto. Paseó arriba y abajo de aquel largo pasillo de paredes verdes, y hasta pensó en algunos nombres: George, Charlie..., Tommy.

Pasó otra hora antes de que un hombre alto y corpulento saliera del quirófano, seguido de Grace. Charlie se volvió para escrutar su rostro, pero como una bata blanca cubría al médico de pies a cabeza no consiguió adivinar el resultado de la operación. El señor Armitage se quitó la máscara: la expresión de su rostro contestó a la silenciosa plegaria de Charlie.

—Conseguí salvar la vida de su esposa —dijo el médico—, pero no pude hacer nada por el niño, señor Trumper. Lo siento mucho.

CAPÍTULO 21

Becky no salió de su habitación hasta pasados varios días de la operación. Charlie averiguó después, por mediación de Grace, que aún tardaría varias semanas en recobrarle por completo, pese a los esfuerzos del doctor Armitage, sobre todo al saber que nunca más podría tener hijos sin poner en peligro su vida.

Iba a verla cada mañana y cada noche, pero pasaron quince días antes de que pudiera contarle a Charlie que Trentham había entrado en su casa por la fuerza y amenazado con matarla si no le decía dónde estaba el cuadro.

—¿Por qué? No lo entiendo —dijo Charlie.

—¿Ha aparecido el cuadro?

—Ni rastro, hasta el momento —contestó Charlie, justo cuando Daphne entraba con una enorme cesta llena de provisiones.

Besó a Becky en la mejilla y confirmó que había comprado la fruta en «Trumper's» aquella mañana. Becky forzó una sonrisa mientras mordisqueaba un melocotón. Daphne se sentó en el extremo de la cama y les puso al corriente de las últimas noticias.

Les informó de que, a raíz de una visita a los Trentham, había averiguado que Guy se hallaba en Australia, y su madre afirmaba que no había puesto el pie en Inglaterra, sino que había viajado directamente a Sidney desde la India.

—Vía Gilston Road —comentó Charlie.

—La policía no piensa así —dijo Daphne—, están convencidos de que abandonó Inglaterra en 1920 y no hay pruebas de que haya regresado.

—Bien, nosotros no vamos a allanarles el camino —dijo Charlie, cogiendo la mano de Becky.

—¿Por qué no? —preguntó Daphne.

—Porque considero que Australia está lo bastante lejos para dejar en paz a Trentham; no ganaremos nada persiguiéndole. Si los australianos le dan la cuerda suficiente, terminará colgándose él mismo.

—¿Y por qué Australia? —se interesó Becky.

—La señora Trentham va diciendo a todo el mundo que le ofrecieron entrar como socio en una empresa dedicada a la venta de ganado. Una oferta difícil de rechazar, aun a costa de renunciar a su carrera militar. El vicario es la única persona que se ha creído la historia.

Sin embargo, Daphne tampoco tenía respuesta a la pregunta de por qué Trentham había robado el óleo.

El coronel y Elizabeth visitaron a Becky en diversas ocasiones, pero como no mencionó en ningún momento su carta de dimisión, Charlie sacó a colación el tema.

Seis semanas después, Charlie y Becky regresaron a casa, sin abusar de la velocidad,

pues el señor Armitage le había recomendado un mes de reposo antes de volver a trabajar. Charlie prometió al médico que su esposa no haría nada hasta que se sintiera plenamente recobrada.

La mañana en que Becky regresó a casa, Charlie la dejó acostada y se dirigió a Chelsea Terrace, directamente a la joyería que había adquirido durante la ausencia de su mujer.

Ya en la tienda, dedicó un tiempo considerable a elegir un collar de perlas cultivadas, un brazalete de oro y un reloj Victoriano de señora. Después, ordenó que fueran enviados a Grace, a la jefa de enfermeras y a la enfermera que había atendido a Becky durante su estancia en el hospital. Se detuvo a continuación en la verdulería, donde pidió a Bob que preparara una cesta con la fruta más selecta. También escogió una botella de vino de calidad en el 101 para acompañarla.

—Envíalos al señor Armitage, plaza Cadogan, 7, SW1 Londres, de mi parte —añadió.

—Ahora mismo —contestó Bob—. ¿Algo más?

—Sí. Quiero que realices esa entrega cada lunes, hasta el fin de sus días.

Durante su encuentro semanal con Tom Arnold, posterior a la vuelta de Becky a Gilston Road aquel noviembre de 1922, Charlie se refirió a los problemas con que Arnold se enfrentaba por el simple hecho de sustituir a un dependiente. De hecho, seleccionar el personal era uno de los mayores dolores de cabeza que afligían a Arnold, pues encontraba de cincuenta a cien personas disponibles por cada puesto vacante. Arnold confeccionó una lista restringida, pues Charlie insistió en entrevistarse con los candidatos definitivos antes de tomar la decisión final.

Aquel lunes en particular, Arnold había sopesado ya a varias chicas para el puesto de ayudante en la floristería, tras la jubilación de una empleada que llevaba muchos años en la casa.

—He seleccionado tres para el puesto —dijo—, pero he pensado que una de las candidatas rechazadas le podría interesar. No contaba con las cualificaciones requeridas para este puesto en concreto, pero...

Charlie echó un vistazo a la hoja de papel que Arnold le había entregado.

—Joan Moore. ¿Por qué debería yo...? —empezó Charlie, examinando rápidamente la solicitud—. Ah, ya entiendo. Es usted muy observador, Tom. —Leyó unas cuantas líneas más—. Pero yo no necesito... Bueno, por otra parte, tal vez sí. —Levantó la vista—. Cítela la semana que viene y hablaré con ella.

Charlie entrevistó el martes siguiente a la señorita Moore por espacio de una hora en su casa de Gilston Road, y su primera impresión fue que se trataba de una muchacha alegre, bien educada y algo inmadura. Sin embargo, antes de ofrecerle el puesto de doncella personal de la señora Trumper, le hizo un par más de preguntas.

—¿Solicitó este trabajo porque conocía la relación existente entre mi esposa y su

antigua patrona? —preguntó Charlie.

La muchacha le miró sin pestañear.

—Sí, señor.

—¿Su antigua patrona la despidió?

—No exactamente, señor, pero cuando me fui se negó a darme referencias.

—¿Qué razón adujo?

—Yo salía con el segundo criado, sin decírselo al mayordomo, que se halla al frente de la casa.

—¿Sigue saliendo con el segundo criado?

La chica vaciló.

—Sí, señor. Esperamos casarnos en cuanto ahorremos lo suficiente.

—Bien. Preséntese a trabajar el próximo lunes por la mañana. El señor Arnold tomará las medidas oportunas.

Becky lanzó una carcajada cuando Charlie le dijo que había contratado una doncella personal para ella.

—¿Y qué haré yo con una de esas? —preguntó después.

Charlie le explicó exactamente qué haría con «una de esas».

Cuando terminó, Becky se limitó a decir:

—Eres muy malo, Charlie Trumper, te lo aseguro.

Durante la primera asamblea de la junta de 1925, Sanderson advirtió a sus socios de que el número 1 de Chelsea Terrace se pondría a la venta antes de lo que imaginaban.

—¿Por qué? —preguntó Charlie, un poco nervioso.

—Su estimación de que no resistiría más de dos años está empezando a parecer profética —continuó Sanderson.

—¿Cuánto quiere?

—El tema se ha complicado un poco.

—¿Por qué?

—Porque ha decidido subastar la propiedad en persona.

—¿Subastarla? —inquirió Becky.

—Sí —contestó Sanderson—. Así se ahorra pagarle la comisión a un agente.

—Entiendo. ¿A cuánto opina que ascenderá el precio? —preguntó el coronel.

—No es una pregunta fácil de responder —dijo Sanderson—, es cuatro veces más grande que cualquier tienda de la avenida, tiene cinco pisos y es aún mayor que la taberna de Syd Wrexall, en la otra esquina. Posee también la fachada más grande de Chelsea y otra entrada por la esquina que da a Fulham Road. Por todos estos motivos, es difícil estimar su valor.

—Aun así, ¿podría calcular una cifra? —preguntó el presidente.

—Si insiste, yo diría que alrededor de las dos mil, pero podría llegar a las tres, en el caso de que alguien demostrara mucho interés.

—¿Y las existencias? —preguntó Becky—. ¿Sabemos qué va a hacer con ellas?

—Sí, van incluidas en el lote.

—¿Y cuál es su valor, más o menos? —se interesó Charlie.

—Creo que eso es competencia de la señora Trumper —dijo Sanderson.

—Se ha devaluado bastante —intervino la aludida—. Muchas de las mejores obras de Fothergill han ido a parar a Sotheby's, y sospecho que Christie's tampoco se ha quedado atrás. Sin embargo, lo que queda puede cotizarse por el precio total de mil libras.

—Por lo tanto, el valor conjunto del edificio y las existencias asciende a unas tres mil libras —dijo Hadlow.

—Pero el número 1 superará ese precio —dijo Charlie.

—¿Por qué? —preguntó Hadlow.

—Porque la señora Trentham se encontrará entre los pujadores.

—¿Por qué estás tan seguro? —preguntó el presidente.

—Porque nuestra doncella todavía sale con su segundo criado.

El resto de la junta estalló en carcajadas, pero el presidente no se unió a sus risas.

—Otra vez no —dijo—. Primero los pisos, y ahora esto. ¿Cuándo acabará?

—Sospecho que cuando esté muerta y enterrada —dijo Charlie, alzando la voz a cada palabra.

—Ni siquiera entonces, quizás —remachó Becky.

—Si te refieres a su hijo —dijo el coronel—, no creo que nos cause muchos problemas desde dieciséis mil kilómetros de distancia. En cuanto a su madre, el infierno no posee la furia...

—La cita es errónea —dijo Charlie.

—¿Cómo es? —preguntó el coronel.

—Es de Congreve, coronel. Los versos dicen: «El cielo no posee la rabia del amor transformado en odio, ni el infierno la furia de una mujer despreciada». —Charlie había dejado en silencio a la junta muchas veces, pero nunca como en aquel momento—. Sin embargo —continuó—, y ciñéndonos al tema, necesito saber qué límite me impondrá la junta para pujar por el número 1.

—Considero que cinco mil será la cifra necesaria, aunque escandalosa —dijo Becky.

—Pero no más —observó Hadlow, estudiando la hoja de balance que tenía frente a él.

—¿Tal vez una puja más? —insinuó Becky.

—Lo siento, pero no comprendo —dijo Hadlow—. ¿Qué quiere decir «una puja más»?

—Las pujas nunca alcanzan la cantidad exacta que uno supone, señor Hadlow. La mayoría de la gente que acude a una subasta lo hace con una cantidad redonda en la cabeza; por lo tanto, si se supera esta cifra es fácil apoderarse del lote.

Hasta Charlie aprobó con la cabeza.

—Entonces, accedo a una puja más —dijo Hadlow admirado.

—Sugiero que la señora Trumper se encargue de la puja —dijo el coronel—, porque con su experiencia...

—Le agradezco su amabilidad, coronel, pero necesitaré la ayuda de mi marido —sonrió Becky—, y de toda la junta, en realidad. Debo decirles que ya he preparado un plan.

Contó a sus colegas lo que había pensado.

—Muy divertido —dijo el coronel cuando ella terminó—. ¿Se me permitirá asistir a la subasta?

—Oh, sí —dijo Becky—. Todos ustedes deben estar presentes, pero, a excepción de Charlie y yo, se quedarán sentados en silencio en la fila situada directamente detrás de la señora Trentham, pocos minutos antes de que la subasta empiece.

—Maldita mujer —exclamó el coronel—. Lo siento.

—Cierto, pero no hemos de olvidar en ningún momento que es una aficionada —añadió Becky.

—¿Qué significa esa afirmación? —preguntó Hadlow.

—A veces, los aficionados se dejan arrastrar por la ocasión, y cuando eso ocurre los profesionales no tienen nada que hacer, porque el aficionado suele terminar pujando más alto. No debemos olvidar que tal vez sea la primera subasta en que participa la señora Trentham, y como desea tanto como nosotros esa propiedad y posee recursos superiores, tendremos que poner en juego toda nuestra astucia para apoderarnos del lote.

Sus colegas asintieron, expresando el acuerdo con su opinión.

Una vez terminada la asamblea, Becky explicó su plan con todo detalle a Charlie, e incluso le hizo acudir a Sotheby's una mañana con la orden de pujar por tres piezas de plata holandesa. Obedeció las instrucciones de su mujer, pero terminó adquiriendo un bote de mostaza de Georgia por el que no sentía el menor interés.

—Es la mejor manera de aprender —le aseguró a Becky—. Agradece que no pujaras por un Rembrandt.

Aquella noche, durante la cena, continuó explicando a Charlie las sutilezas de las subastas, con mayor detalle que durante la asamblea. Aprendió que se hacían diferentes señas al subastador, para seguir pujando sin que los demás lo supieran, pero también formas de descubrir quién pujaba contra ti.

—Pero ¿no va la señora Trentham para competir contigo? —preguntó Charlie—. Al fin y al cabo, seréis las únicas dos que aguantéis hasta el final —dijo, pasándole a su mujer una rebanada de pan.

—No, si habéis conseguido sacarla de sus casillas antes de que yo entre en liza.

—Pero la junta accedió a que tú...

—Entonces, se me permitirá que puje por encima de las cinco mil libras.

—Pero...

—Nada de peros, Charlie —sirviendo a su marido otra ración de estofado irlandés—. La mañana de la subasta te quiero listo, vestido con tu mejor traje y sentado en la

séptima fila, junto al pasillo, con aspecto de extrema complacencia. Después, procederás a pujar de forma ostentosa por encima de las tres mil libras. Cuando la señora Trentham supere tu oferta, cosa que hará sin duda alguna, te pondrás de pie y saldrás de la sala, con cara de decepción, mientras yo sigo pujando en tu ausencia.

—No está mal —dijo Charlie, cortando una patata por la mitad—, pero la señora Trentham adivinará tus intenciones.

—Ni hablar, porque estableceré un código de señales con el subastador que será incapaz de descifrar.

—Pero ¿entenderé yo lo que hagas? —Charlie se levantó y empezó a quitar los platos de la mesa.

—Oh, sí, porque sabrás exactamente lo que hago cuando utilice el truco de las gafas.

—¿El truco de las gafas? Pero si ni siquiera llevas gafas.

—Las llevaré el día de la subasta, y mientras las lleve sabrás que continúo pujando. Si me las quito, es que he terminado de pujar. Así, cuando salgas de la sala, el subastador solo se fijará en que yo sigo llevando las gafas puestas. La señora Trentham pensará que has abandonado, y permitirá alegremente que otra persona siga pujando, siempre que crea que no te representa.

—Eres fantástica, señora Trumper —dijo Charlie, sirviéndole café—, pero ¿qué pasará si te ve charlando con el subastador, o peor aún, descubre tu código antes de que el señor Fothergill empiece la subasta?

—No podrá. Acordaré el código con Fothergill pocos minutos antes de que empiece la subasta. En cualquier caso, será en este momento cuando hagas tu gran entrada, momentos después de que los demás miembros de la junta tomen /asiento detrás de la señora Trentham. Con un poco de suerte, estará tan distraída por todo lo que ocurre a su alrededor que ni siquiera reparará en mí.

—Me he casado con una chica muy inteligente.

—No decías lo mismo cuando íbamos a la escuela elemental de la calle Jubilee.

La mañana de la subasta, Charlie admitió durante el desayuno que estaba muy nervioso, a pesar de la calma aparente de Becky, sobre todo después de que Joan informó a su señora que el segundo criado había oído de labios de la cocinera que la señora Trentham se había puesto un límite de cuatro mil libras para pujar.

—Me pregunto... —empezó Charlie.

—¿Si lo dijo a propósito? Es posible. Al fin y al cabo, es tan astuta como tú. Mientras nos ciñamos al plan acordado... Y recuerda que todo el mundo, incluida la señora Trentham, tiene un límite... Todavía podemos derrotarla.

Estaba previsto que la subasta diera comienzo a las diez en punto. La señora Trentham entró en la sala veinte minutos antes y se contoneó pasillo adelante. Se sentó en el centro de la tercera fila. Colocó su bolso en una silla y sus papeles en la

otra para asegurarse de que nadie se sentaría a su lado. El coronel y sus dos socios entraron en la sala semillena a las 9.50 y, siguiendo las instrucciones, ocuparon los asientos situados detrás de su adversario. La señora Trentham no aparentó el menor interés por su presencia. Charlie hizo aparición cinco minutos después. Avanzó por el pasillo central, saludó con el sombrero a una dama que reconoció, estrechó la mano de una clienta habitual y se sentó en el extremo de la séptima fila. Habló en voz alta con su vecino sobre la gira del equipo inglés de *cricket* por Australia, mientras el minuterero del reloj de péndulo se acercaba lentamente a la hora señalada.

Aunque la sala no era mucho más grande que la sala de estar de Daphne, habían conseguido apretujar cien sillas de diferentes formas y tamaños. Las paredes estaban cubiertas de un tapete verde descolorido que exhibía marcas de ganchos, en los puntos donde habían colgado cuadros en el pasado. La alfombra estaba tan raída que Charlie distinguió por los huecos las tablas del suelo. Presintió que dotar al número 1 de la pulcritud que distinguía a las tiendas Trumper le iba a costar mucho más de lo que imaginaba.

Paseó la vista a su alrededor y calculó que habría unas setenta personas en la sala; se preguntó cuántas habían venido sin intención de pujar, solo por el placer de presenciar el enfrentamiento entre los Trumper y la señora Trentham.

Syd Wrexall, como representante de la Asociación de Tiendas, se hallaba ya en la primera fila, los brazos cruzados y una expresión de serenidad forzada en el rostro. Su amplio volumen ocupaba casi dos sillas. Charlie sospechó que no aguantaría más allá de la segunda o tercera puja. No tardó en localizar a la señora Trentham, sentada en la tercera fila, y con la vista clavada en el reloj de péndulo.

A falta de dos minutos para el comienzo, Becky entró en el número 1. Charlie estaba ansioso por seguir sus instrucciones al pie de la letra. Se levantó de su silla y avanzó con determinación hacia la salida. Esta vez, la señora Trentham se volvió para observar los movimientos de Charlie. Este, con semblante inocente, recogió otro contrato de compra y venta en la parte posterior de la sala, volvió a su asiento con parsimonia y se detuvo para charlar con otro tendero que, evidentemente, se había tomado una hora libre para presenciar la subasta.

Cuando Charlie volvió a su sitio no miró a su mujer, que estaba sentada algo más atrás. Tampoco miró a la señora Trentham, aunque su instinto le advirtió de que tenía los ojos clavados en él.

El reloj dio las diez. El señor Fothergill, un hombre alto y delgado que llevaba impecablemente peinadas sus guedejas plateadas, subió los cuatro peldaños que conducían a su palco circular de madera. Charlie pensó que tenía un aspecto impresionante. Se acomodó, apoyó una mano en el borde del palco y sonrió al público apiñado.

—Buenos días, damas y caballeros—saludó, cogiendo su mazo.

El silencio descendió sobre la sala. El señor Fothergill se acarició la corbata de lazo antes de proseguir.

—Vamos a proceder a la venta de la propiedad conocida como Chelsea Terrace, número 1, sus instalaciones, accesorios y contenido, que han estado abiertos al público en general durante las dos últimas semanas. A quien puje más alto se le exigirá un depósito del diez por ciento, apenas concluida la subasta, para completar la transacción en un plazo máximo de noventa días. Así rezan los términos de sus contratos de compra y venta, y lo repito únicamente para que no surjan malos entendidos *a posteriori*.

Carraspeó. El corazón de Charlie se aceleró. Vio que el coronel cerraba los puños. Becky sacó unas gafas del bolso y las dejó sobre su regazo.

—La subasta se abre con una postura de mil libras —dijo Fothergill al silencioso público. Muchos espectadores se congregaban en un lado de la sala o se recostaban contra la pared, pues ya no quedaban sillas libres. Charlie clavó la mirada en el subastador. El señor Fothergill sonrió al señor Wrexall, que seguía con los brazos cruzados, en una actitud de decidida resolución—, ¿alguien ofrece más de mil?

—Mil quinientas —dijo Charlie, en voz demasiado alta.

Aquellos que ignoraban la intriga se volvieron para ver quién hacía la oferta. Algunos hicieron comentarios con sus vecinos.

—Mil quinientas —dijo el subastador—, ¿alguien ofrece dos mil?

El señor Wrexall descruzó los brazos y levantó una mano, como un niño decidido a demostrar que sabe la respuesta a una pregunta formulada por el profesor.

—Dos mil quinientas en el centro de la sala. ¿Alguien ofrece tres mil?

La mano del señor Wrexall se elevó unos centímetros de su rodilla y volvió a caer. Profundas arrugas se marcaron en su frente.

—¿Alguien ofrece tres mil? —preguntó por segunda vez el señor Fothergill.

Charlie apenas podía dar crédito a su suerte. Iba a conseguir el número 1 por dos mil quinientas libras. Mientras esperaba a que el martillo se abatiera, los segundos parecieron transformarse en minutos.

—¿Alguien en la sala ofrece tres mil? —preguntó el señor Fothergill, algo decepcionado—. En tal caso, ofrezco el número 1 de Chelsea Terrace por dos mil quinientas libras a la una... —Charlie contuvo el aliento—, a las dos. —El subastador levantó su martillo...—. Tres mil libras —anunció el señor Fothergill con un suspiro audible, cuando la mano enguantada de la señora Trentham descansó de nuevo en su regazo.

—Tres mil quinientas —dijo Charlie cuando el señor Fothergill sonrió en su dirección, pero en cuanto volvió la vista hacia la señora Trentham esta cabeceó afirmativamente a la petición de cuatro mil libras elevada por el subastador.

Charlie dejó que pasaran unos segundos antes de levantarse, enderezarse la corbata y caminar con semblante lúgubre por el centro del pasillo hasta salir a la calle. No vio a Becky ponerse las gafas, o la expresión de triunfo que invadió el rostro de la señora Trentham.

—¿Alguien ofrece cuatro mil quinientas libras? —preguntó el subastador. Desvió

la vista un breve instante hacia el asiento de Becky y añadió—: Sí. —Se volvió hacia la señora Trentham y preguntó—: ¿Cinco mil libras, señora?

Los ojos de la mujer inspeccionaron a toda prisa la sala, pero todo el mundo comprendió que ignoraba la identidad del último lidiador. Los murmullos aumentaron de volumen, pues todo el público de la subasta empezó a practicar el juego de localizar al lidiador. Solo Becky, a salvo en su asiento de atrás, no movió ni un músculo.

—Silencio, por favor —pidió el subastador—. Hay una oferta de cuatro mil quinientas libras. ¿He oído cinco mil libras? —Su mirada volvió a la señora Trentham. Esta levantó la mano poco a poco, pero mientras lo hacía se giró en redondo para ver quién pujaba contra ella. Nadie se movió cuando el subastador dijo —: Cinco mil quinientas. Tengo una oferta de cinco mil quinientas. —El señor Fothergill paseó la vista por el público—, ¿alguien ofrece más?

Miró a la señora Trentham. La mujer parecía desconcertada, y sus manos descansaban inmóviles sobre su regazo.

—Cinco mil quinientas a la una —dijo el señor Fothergill—. Cinco mil quinientas a las dos. —Becky se humedeció los labios para reprimir una amplia sonrisa—. Y cinco mil quinientas a las tres.

El subastador levantó el martillo.

—Seis mil —dijo la señora Trentham con voz clara, casi agitando la mano.

El público se quedó sin aliento. Becky se quitó las gafas con un suspiro, comprendiendo que su minucioso plan había fracasado, a pesar de que la señora Trentham había pagado hasta el triple de lo que una tienda en Chelsea Terrace había costado hasta el momento.

Los ojos del subastador escrutaron la parte posterior de la sala, pero Becky aferraba con firmeza las gafas, así que desvió la mirada hacia la señora Trentham, que no podía disimular una mirada de triunfo.

—Seis mil a la una —dijo el subastador, paseando la vista por la sala—. Seis mil a las dos. Si nadie ofrece más, seis mil a las tres...

Alzó el martillo de nuevo.

—Diez mil libras —dijo una voz desde atrás.

Todo el mundo se volvió. Charlie había regresado y se hallaba de pie en el pasillo, la mano derecha alzada en el aire.

El coronel empezó a sudar, algo que no solía hacer en público, al ver que el licitador era Charlie. Se sacó un pañuelo del bolsillo superior y se secó la frente.

—Hay una oferta de diez mil libras —dijo un sorprendido señor Fothergill.

—Once mil —exclamó la señora Trentham, mirando a Charlie con belicosidad.

—Doce mil —ladró Charlie.

El tono de las conversaciones alcanzó un volumen ensordecedor. Becky tuvo ganas de levantarse y echar a su marido de la sala.

—Silencio, por favor —pidió el señor Fothergill—. ¡Silencio!

El coronel continuaba secándose la frente, el señor Sanderson tenía la boca lo bastante abierta para facilitar el acceso de un enjambre de moscas y la cabeza del señor Hadlow se hallaba firmemente sepultada entre sus manos.

—Trece mil —dijo la señora Trentham.

Becky observó que la mujer, al igual que su marido, había perdido los papeles por completo.

—¿Alguien ofrece catorce mil? —preguntó el subastador.

Charlie, con semblante preocupado, se limitó a arrugar la frente, menear la cabeza y hundir las manos en los bolsillos.

Becky suspiró aliviada, despegó sus manos y volvió a ponerse las gafas, nerviosa.

—Catorce mil —dijo el señor Fothergill, mirando hacia Becky.

Se desató una nueva algarabía cuando ella se quitó rápidamente las gafas y se levantó para protestar. Charlie parecía absorto. Los ojos de la señora Trentham estaban clavados en Becky, a la que había localizado por fin.

—Quince mil libras —anunció, con una sonrisa de triunfo.

El subastador miró a Becky, que había guardado las gafas en el bolso, cerrándolo con un chasquido. También miró a Charlie, que continuaba con las manos hundidas en los bolsillos.

—En la parte delantera de la sala se ofrecen quince mil libras. ¿Alguien da más? —Los ojos del subastador escrutaron sucesivamente a Becky, Charlie y la señora Trentham—, quince mil a la una. —Miró a su alrededor de nuevo—. Quince mil a las dos... Quince mil a las tres. —El martillo se abatió con un golpe sordo—. Declaro vendida la propiedad por quince mil libras a la señora de Gerald Trentham.

Becky corrió hacia la puerta, pero Charlie ya se hallaba en la acera.

—¿A qué estabas jugando, Charlie? —preguntó, aun antes de alcanzarle.

—Sabía que pujaría hasta las trece mil libras, porque esa es la cantidad que todavía tiene en el banco.

—¿Cómo lo sabes?

—El segundo criado de la señora Trentham me pasó la información esta mañana. Por cierto, le he contratado como mayordomo.

El coronel se reunió en aquel momento con ellos.

—Debo reconocer, Rebecca, que tu plan era brillante —dijo—. Me engañó por completo.

—Y a mí también —dijo Charlie.

—Corriste un peligro espantoso, Charlie Trumper —insistió Becky a su marido.

—Tal vez, pero al menos sabía cuál era su límite. No tenía ni idea de cuál era tu juego.

—Cometí un gigantesco error —dijo Becky—. Cuando volví a ponerme las gafas... ¿De qué te ríes, Charlie Trumper?

—Loado sea Dios por los auténticos aficionados.

—¿Qué quieres decir?

—La señora Trentham se creyó de veras que estabas pujando y se pasó de rosca. De hecho, ella no fue la única que se dejó arrastrar por la emoción. Empiezo a sentir pena por...

—¿Por la señora Trentham?

—Desde luego que no —dijo Charlie, con cierta vehemencia—. Por el señor Fothergill. Va a pasar noventa días en el cielo, pero luego caerá a tierra de morros.

LA SEÑORA TRENTAJA

1919 - 1927

CAPÍTULO 22

No creo que nadie pueda tildarme de presuntuosa, pero creo en la máxima «Un lugar para todo, y todo en su lugar», aplicada también a los seres humanos.

Nací en Yorkshire en pleno apogeo del imperio Victoriano, y me considero capacitada para afirmar que, durante aquel período de la historia de nuestra isla, mi familia jugó un papel considerable.

Mi padre, *sir* Raymond Hardcastle, no era solo un inventor e industrial de gran imaginación y talento, sino que fundó una de las empresas más prósperas de la nación. Al mismo tiempo, siempre trató a sus trabajadores como si formaran parte de la familia, e impuso este ejemplo, siempre que trataba con aquellos menos afortunados que él. He tratado de conducir mi vida por el mismo camino.

No tengo hermanos, pero sí una hermana mayor, Amy. Aunque solo existe una diferencia de dos años entre nosotras, no voy a pretender que estuviéramos muy unidas, quizás porque yo era una niña extravertida, incluso vivaz, y ella era más bien tímida y reservada, y se mostraba retraída, sobre todo cuando entraba en contacto con miembros del sexo opuesto. Padre y yo intentamos buscarle un marido adecuado, pero la empresa se demostró imposible, y hasta padre se rindió cuando Amy cumplió cuarenta años. A cambio, desde la prematura muerte de mi madre, ha dedicado eficazmente su tiempo a cuidar de mi adorado padre en su vejez, un acuerdo, debería añadir, que les cuadra a ambos de una forma admirable.

Yo, por mi parte, no tuve problemas para encontrar marido. Si no recuerdo mal, Gerald fue el cuarto, o quizás quinto, pretendiente que se postró de hinojos para solicitar mi mano en matrimonio. Nos conocimos cuando me hallaba invitada en la casa de campo de lord y *lady* Fanshaw, en Norfolk. Los Fanshaw eran viejos amigos de mi padre, y yo me veía con su hijo menor Anthony desde hacía mucho tiempo. Al enterarme de que no iba a heredar las tierras o el título de su padre, como yo suponía, decidí frustrar sus expectativas de mantener una relación duradera conmigo. Si no recuerdo mal, a padre no le alegró mi conducta, y hasta es posible que me castigara en aquel momento, pero como intenté explicarle más adelante, Gerald no era el más deslumbrante de mis galanes, pero procedía de una familia que poseía tierras cultivables en tres condados, aparte de una finca en Aberdeen.

Nos casamos en la iglesia de Santa María, Great Ashton, en julio de 1894, y nuestro primer hijo, Guy, fue concebido un año más tarde; es conveniente tardar un período de tiempo pertinente en dar a luz el primer hijo, para no dar lugar a torpes habladurías.

Mi padre siempre nos trató por igual a mí y a mi hermana, aunque a menudo me dio a entender que yo era su favorita. De no ser por su sentido de la justicia me lo habría dejado todo a mí, porque idolatraba a Guy, pero Amy heredará, cuando fallezca mi padre, la mitad de su enorme fortuna. Dios sabe qué uso dará a tanta riqueza; sus únicos intereses en la vida se limitan a la jardinería, el ganchillo y alguna

visita ocasional a Scarborough.

Pero, volviendo a Guy, todo el mundo que le conoció durante aquellos años de formación comentó, invariablemente, su hermosura, y, si bien nunca le consentí, consideré pura y simplemente mi deber tomar las medidas oportunas para que se educara en orden a prepararle para el papel que, sin duda, llegaría a jugar en la vida. Impulsada por esta idea, y antes aún de bautizarlo, lo inscribimos en la escuela primaria Asgarth, y después en Harrow, desde donde ingresaría, supuse, en la Real Academia Militar. Su abuelo no escatimó gastos en su educación y, en el caso de su nieto mayor, fue más que generoso.

Seis años después di a luz a un segundo hijo, Nigel, que nació algo prematuramente, lo cual explicaría por qué le costó más progresar que a su hermano mayor. Guy, entretanto, tuvo varios profesores particulares, uno o dos de los cuales le encontraron demasiado travieso. Al fin y al cabo, ¿qué niño no te pone sapos en el baño o te corta los cordones de los zapatos por la mitad?

A la edad de nueve años ingresó en Asgarth, y de allí pasó a Harrow. El reverendo Anthony Wood era el director en aquel tiempo, y yo le recordé que Guy era la séptima generación de Trenthams que asistía a aquel colegio.

Guy destacó en la fuerza combinada de cadetes, llegando a sargento mayor de la compañía el último año, y en el cuadrilátero de boxeo, donde derrotó a todos sus oponentes, con la notable excepción del combate contra Radley, en que se enfrentó con un nigeriano. Después me enteré de que tenía más de veinte años.

Me entristeció que no le nombraran prefecto durante su último curso. Comprendí que, inmerso en tantas otras actividades, no consideraba aquello excesivamente interesante. Aunque yo habría deseado que las notas de los exámenes fueran un poco más satisfactorias, siempre he pensado que era uno de esos niños que poseen inteligencia innata, más que aptitud para los estudios. A pesar de un informe poco parcial del director, insinuando que algunas notas de los exámenes finales habían sorprendido en primer lugar al propio Guy, este logró asegurarse una plaza en Sandhurst.

Guy demostró ser un cadete de primera clase; en la academia encontró tiempo para seguir boxeando y llegó a ser el campeón de peso medio de los cadetes. Dos años después, en julio de 1916, pasó en la mitad superior del Cuadro de Honor, antes de integrarse en el antiguo regimiento de su padre.

Debería señalar que Gerald abandonó los Fusileros al morir su padre, para volver a Berkshire y tomar las riendas de las propiedades familiares. Era coronel honorario en la época de su retiro forzoso, y muchos le consideraban el sucesor natural del coronel del regimiento. Le pasó por delante un hombre que ni siquiera estaba en el primer batallón, un tal Danvers Hamilton. Aunque yo no conocía en persona a ese caballero, varios oficiales expresaron la opinión de que su nombramiento había sido una burla de la justicia. Sin embargo, confiaba plenamente en que Guy redimiría el honor de la familia y, con el tiempo, llegaría a mandar el regimiento.

Si bien Gerald no se vio implicado directamente en la Gran Guerra, sirvió a su país durante aquellos duros años permitiendo que su nombre se presentara como candidato al parlamento por Berkshire West, un distrito electoral al que su abuelo, a mediados del siglo pasado, había representado por el partido Liberal, bajo el mandato de Palmerston. Fue reelegido en tres ocasiones sin encontrar oposición y trabajó denodadamente por su partido desde su escaño, dejando claro a todo el mundo que no deseaba perpetuarse en el poder.

Después de ser nombrado oficial, Guy fue destinado a Aldershot como segundo teniente, y continuó su instrucción para unirse al regimiento en el frente occidental. Al serle concedida su segunda estrella en menos de un año, fue trasladado a Edimburgo, para trabajar con el quinto batallón pocas semanas antes de partir hacia Francia.

Nigel, en el ínterin, había ingresado en Harrow y trataba de seguir los pasos de su hermano, con desigual fortuna, me temo. De hecho, durante una de esas interminables vacaciones que conceden ahora a los niños, me confesó que sus compañeros le atormentaban. Le dije al muchacho que se aplicara al trabajo, recordándole que estábamos en guerra. También subrayé que Guy nunca me había venido con tales quejas.

Observé con gran atención a mis dos hijos aquel largo verano de 1917, y no puedo pretender que Guy considerase a Nigel un compañero agradable mientras se hallaba de permiso. De hecho, apenas toleraba su compañía. Yo no cesaba de decirle a Nigel que debía luchar por ganarse el respeto de su hermano mayor, pero solo conseguí que Nigel corriera a esconderse en el jardín durante horas seguidas.

Durante aquel permiso le recomendé a Guy que visitara a su abuelo en Yorkshire, y hasta encontré una primera edición de *Canciones de inocencia*, un libro que mi padre deseaba añadir a su colección desde hacía muchos años. Guy volvió una semana después y me confirmó que, al entregarle el volumen de William Blake, el anciano «se había puesto más contento que unas pascuas».

Como cualquier madre en aquel fortificante período de nuestra historia, sentí la ansiedad de que Guy se condujera con valor frente al enemigo y, Dios mediante, volviera a casa de una pieza. Creo poder afirmar que ninguna madre, por más orgullo que posea, podría pedir más de un hijo.

Guy fue ascendido al empleo de capitán a una edad muy temprana, y le fue concedida la Cruz Militar después de la segunda batalla del Marne. Algunas personas que leyeron la citación alegaron cierta mala suerte al no haber sido propuesto para la Cruz Victoria. Tuve que abstenerme de subrayar que tal recomendación tendría que haber sido rubricada por su oficial en jefe, y como este era un tal Danvers Hamilton, la injusticia ya estaba explicada.

Al poco de firmarse el armisticio, Guy volvió a casa para servir una temporada en el cuartel del regimiento sito en Hounslow. Mientras se hallaba de permiso hice que Spinks grabara sus iniciales en ambas cruces militares. Su hermano Nigel, gracias a la

influencia de Gerald, fue aceptado por fin como cadete en la Real Academia Militar.

Estaba segura de que Guy se corría juergas mientras se encontraba en Londres (¿qué joven de su edad no lo hace?), pero sabía muy bien que casarse antes de los treinta solo serviría para perjudicar sus posibilidades de ascender.

Aunque traía algunas muchachas a Ashurst los fines de semana, sabía que ningún asunto era serio, y además yo ya me había fijado en una chica del pueblo vecino, conocida de la familia desde hacía mucho tiempo. Pese a carecer de título, su familia se remontaba a los tiempos de la conquista normanda. Lo más importante es que podían ir de Ashurst a Hastings caminando sobre terreno propio.

Por ello, me resultó particularmente desagradable que Guy se presentara un fin de semana acompañado de una muchacha llamada señorita Salmon, quien, para mi incredulidad, compartía un piso en aquel tiempo con la hija de Harcourt-Browne.

Como ya he dejado bastante claro, no soy presuntuosa, pero la señorita Salmon es, me temo, el tipo de chica que siempre consigue despertar lo peor que hay en mí. No me malinterpreten. No tengo nada contra nadie por el simple hecho de que desee aumentar su cultura. De hecho, me siento a favor de tales iniciativas, hasta cierto punto, pero de forma que el implicado no se crea con derecho automáticamente a un lugar en la sociedad. Como verán, no soporto que alguien aparente lo que no es, y presentí, incluso antes de conocer a la señorita Salmon, que veía a Ashurst con un único propósito en su mente.

Todos nos dimos cuenta de que Guy había hecho una de las suyas mientras se encontraba en Londres. Al fin y al cabo, la señorita Salmon era ese tipo de chica. La verdad es que, cuando estuve un rato a solas con Guy el siguiente fin de semana, le aconsejé que jamás permitiera a mujeres como la señorita Salmon echarle el lazo; debía comprender que él iba a ser una magnífica pesca para cualquiera de la condición de ella.

Guy rio al oír el comentario y me aseguró que no tenía planes a largo plazo para la hija del panadero. En cualquier caso, me recordó, pronto partiría con los «Colores» hacia Poona, así que el matrimonio estaba descartado. Debió darse cuenta, sin embargo, de que no había mitigado del todo mis temores, porque al cabo de un momento añadió:

—Tal vez te interese saber, madre, que la señorita Salmon está saliendo con un sargento del regimiento, con el que sostiene relaciones.

De hecho, Guy apareció en Ashurst dos semanas después con una tal señorita Victoria Berkeley, a cuya madre conocía yo desde hacía años, y que me pareció una elección mucho más conveniente; si la chica no hubiera tenido cuatro hermanas y por padre un archidiácono arruinado, con el tiempo le habría convenido admirablemente.

Para ser justa, Guy no volvió a mencionar el nombre de Rebecca Salmon en mi presencia desde aquella desafortunada ocasión, y cuando zarpó para la India unas

semanas más tarde, di por sentado que nunca más volvería a oír hablar del asunto.

Cuando Nigel abandonó Sandhurst no se integró en el regimiento de Guy, pues había quedado muy claro durante su período de dos años en la Academia que no tenía madera de soldado. No obstante, Gerald le consiguió un puesto en una firma de agentes de bolsa de la City, donde uno de sus primos era socio mayoritario. Los informes que llegaban a mis oídos de vez en cuando no eran muy alentadores, pero en cuanto mencioné al primo de Gerald que pronto necesitaría a alguien para encargarse de la cartera de acciones de su abuelo, Nigel empezó a escalar puestos poco a poco.

Unos seis meses después, el coronel *sir* Danvers Hamilton dejó aquella nota a Gerald en el buzón de Chester Square, 19. Cuando Gerald me dijo que Hamilton deseaba entrevistarse con él en privado, intuí problemas. Con los años había conocido a muchos oficiales compañeros de Gerald, de modo que sabía muy bien cómo manejarlos. Gerald, por otra parte, es muy ingenuo en lo concerniente a la naturaleza humana, y siempre concede al otro el beneficio de la duda. Repasé de inmediato los compromisos que tenía mi marido en la Cámara de los Comunes la semana siguiente y cité a *sir* Danvers el lunes a las seis de la tarde, sabiendo perfectamente que Gerald, a causa de sus compromisos, se vería obligado a cancelar la cita en el último momento.

Gerald telefoneó el día en cuestión algo después de las cinco, diciendo que no podría escaparse y que le representara en su lugar. Una hora después, *sir* Danvers llegó a Chester Square. Tras disculpar la ausencia de mi marido le convencí de que me comunicara su mensaje. Cuando el coronel me informó de que la señorita Salmon estaba embarazada, yo le pregunté, por supuesto, qué nos importaba eso a Gerald o a mí. Vaciló solo un momento e insinuó que Guy era el padre. Comprendí al instante que, si permitía la propagación de tales rumores, no tardarían en llegar a oídos de sus hermanos de armas en Poona, y que perjudicarían gravemente las posibilidades de ascenso de mi hijo. Deseché tal insinuación como ridícula, y despedí al coronel sin más.

Durante una partida de *bridge* celebrada la semana siguiente en casa de Celia Littlechild, esta confesó que había contratado a un detective privado llamado Harris para espiar a su primer marido, pues sospechaba que le era infiel. Después de oír esto, no logré concentrarme en el juego, lo que provocó el enfado de mi compañera.

Al volver a casa busqué el nombre en el listín de Londres. Allí estaba: «Max Harris, detective privado. Ex Scotland Yard. Se atiende toda clase de problemas». Me quedé unos minutos mirando el teléfono. Por fin, descolgué y pedí a la operadora que me pusiera con Flaxman 3720. Pasaron unos segundos antes de que respondieran.

—Harris —dijo una voz brusca, sin más explicaciones.

—¿Es la agencia de detectives? —pregunté, casi colgando el teléfono antes de que el hombre pudiera responder.

—Sí, señora, en efecto —dijo la voz, con un poco más de entusiasmo.

—Es posible que necesite su ayuda... para un amigo, por supuesto —dije,

sintiéndome bastante estúpida.

—Un amigo. Sí, claro. En ese caso, lo mejor sería concertar una entrevista.

—Pero no en su oficina —insistí.

—Lo entiendo muy bien, señora. ¿Le va bien en el hotel St. Agnes, de la calle Bury, South Kensington, mañana a las cuatro de la tarde?

—Sí —contesté, y colgué el teléfono, dándome cuenta de que él no sabía mi nombre y yo no conocía su aspecto.

Cuando llegué al St. Agnes, un lugar espantoso al lado de Brompton Road, South Kensington, di varias vueltas a la manzana antes de decidirme a entrar en el vestíbulo. Un hombre de unos treinta o treinta y cinco años se hallaba apoyado en el mostrador de recepción. Dio un salto en cuanto me vio.

—¿Busca al señor Harris, por casualidad? —inquirió.

Asintió y, sin perder tiempo, me condujo al salón de té y me ofreció un asiento en el rincón más apartado. Se sentó frente a mí y le examiné con toda atención. Debía medir alrededor de un metro setenta y era corpulento, de cabello castaño oscuro y bigote aún más castaño. Vestía una chaqueta de *tweed* Harris a cuadros sobre fondo marrón, una camisa crema y una estrecha corbata amarilla. Cuando empecé a explicarle mi propósito, se puso a chasquear los nudillos, uno a uno, primero de la mano izquierda y luego de la derecha, distrayéndome. Tuve ganas de levantarme y marcharme, y lo habría hecho de haber creído por un momento que me resultaría fácil encontrar a alguien menos repugnante para realizar mis deseos.

Tardé bastante en convencer al señor Harris de que no buscaba un divorcio. Le expliqué mi problema con todo lujo de detalles en aquella primera entrevista. Me quedé de piedra cuando solicitó la exorbitante cantidad de cinco chelines a la hora, solo para iniciar las investigaciones. Sin embargo, presentí que no tenía muchas alternativas al alcance de mi mano. Convine con él en que empezara al día siguiente, y que nos volveríamos a encontrar una semana después.

El primer informe del señor Harris corroboró que, según la opinión de los que pasaban la mayor parte de sus horas de trabajo en una taberna de Chelsea llamada «El Mosquetero», Charlie Trumper era el padre del hijo de Rebecca Salmon, y que, cuando se le preguntaba directamente, no lo negaba. Como para demostrar esta aseveración, la señorita Salmon y él se casaron a los pocos días de nacer el niño, en la oficina del registro y a hurtadillas.

El señor Harris no tuvo problemas para conseguir una copia del certificado de nacimiento del niño. Confirmaba que Daniel George Trumper era hijo de Rebecca Salmon y Charlie George Trumper, que residían en Chelsea Terrace, 147. Observé que los nombres del niño correspondían a los de ambos abuelos. En mi siguiente carta a Guy incluí una copia de la partida de nacimiento, junto con un par de detalles que Harris me había proporcionado, relativos a la boda y al nombramiento del coronel Hamilton como presidente del consejo de administración de los Trumper. Supuse que aquello daba carpetazo al tema.

No obstante, dos semanas después recibí una carta de Guy; imagino que se cruzó con la mía. Explicaba que *sir* Danvers se había puesto en contacto con su oficial en jefe, el coronel Forbes. La insistencia de este en que se celebrara una investigación oficial dio lugar a que Guy tuviera que presentarse ante un grupo de oficiales para explicar su relación con la señorita Salmon.

Me senté de inmediato a escribir una larga carta al coronel Forbes. Guy no estaba en condiciones de presentar todas las pruebas que yo había logrado encontrar. Incluí también otra copia de la partida de nacimiento para que no le quedara ninguna duda de que mi hijo no tenía nada que ver con la señorita Salmon. Añadí, sin mala voluntad, que el coronel Hamilton era ahora presidente de la junta de administración de los Trumper, un cargo del que obtenía cierta remuneración. Las largas hojas informativas que Harris me enviaba cada semana me resultaban de considerable utilidad, he de admitirlo.

Durante un corto tiempo las cosas volvieron a la normalidad. Gerald se dedicó a sus tareas parlamentarias, mientras yo me concentraba en ocupaciones poco absorbentes, como el nombramiento del nuevo capillero del vicario y mi círculo de *bridge*.

El problema, sin embargo, se agudizó más de lo que yo había imaginado, pues por pura casualidad descubrí que ya no estábamos incluidos en la lista de invitados de Daphne Harcourt-Browne, con motivo de su boda con el marqués de Wiltshire. Cabe decir que Percy jamás se habría convertido en el duodécimo marqués de no ser porque su padre y su hermano sacrificaron sus vidas en el frente occidental. Sin embargo, averigüé por otras personas presentes en la ceremonia que tanto el coronel Hamilton como los Trumper fueron vistos en Santa Margarita y en la recepción posterior.

Durante este período, el señor Harris siguió proporcionándome informes sobre las idas y venidas de los Trumper, y sobre su floreciente imperio comercial. Debo confesar que no tenía el menor interés en ninguna de sus transacciones comerciales; era un mundo totalmente ajeno a mí, pero no por ello dejé de informarme, pues así obtenía un perfil útil de los adversarios de Guy.

Pocas semanas después recibí una nota del coronel Forbes, comunicándome que había recibido mi carta, y no volví a escuchar nada más sobre el infortunado equívoco concerniente a Guy. Asumí que las aguas habían vuelto a su cauce y que las patrañas del coronel Hamilton habían recibido el desprecio que merecían. Al año siguiente, una mañana de junio, llamaron a Gerald desde el ministerio de la Guerra, para lo que él imaginó un asunto relacionado con el parlamento.

Cuando mi marido volvió a Chester Square aquella tarde, me hizo sentar y beber un *whisky* antes de explicarme que traía desagradables noticias. Nunca le había visto tan serio. Guardé silencio, preguntándome qué podía ser tan importante para obligarle a volver a casa por la tarde.

—Guy ha presentado la dimisión —anunció con gravedad—. Volverá a Inglaterra

en cuanto se hayan resuelto los trámites burocráticos.

—¿Por qué? —pregunté estupefacta.

—No ha dado ninguna explicación. Me convocaron en el ministerio de la Guerra esta mañana —prosiguió Gerald— y fui recibido por Billy Cuthbert, un camarada de los Fusileros. Me informó en privado de que si Guy no hubiera dimitido, le habrían expulsado.

Durante el tiempo que esperé el regreso de Guy, examinaba todos los informes que el señor Harris me entregaba sobre el creciente imperio de los Trumper, por insignificante que me pareciera. Entre las numerosas páginas que el detective me hizo llegar, sin duda para justificar sus exagerados honorarios, reparé en un tema que debía ser tan importante para los Trumper como la reputación de mi hijo para mí.

Procedí a investigarlo por mi cuenta, y tras examinar la propiedad un domingo por la mañana telefoneé a Savill's el lunes para ofrecer dos mil quinientas libras por la propiedad en cuestión. Me llamaron a finales de semana para decir que alguien les había ofrecido tres mil.

—Entonces, ofrezca cuatro mil —dije, antes de colgar el teléfono.

Los agentes de bienes inmuebles me confirmaron por teléfono aquella tarde que ya era la propietaria de Chelsea Terrace, 25-99, un bloque de pisos. Les di permiso para comunicar al representante de los Trumper quién iba a ser su nueva vecina.

CAPÍTULO 23

Guy Trentham llegó a la puerta de Chester Square, 19, una fría tarde de 1922, a finales de septiembre, justo después de que Gibson retirase el servicio de té. Su madre nunca olvidaría aquel momento, porque cuando Guy entró en la sala de estar casi no le reconoció. La señora Trentham estaba redactando una carta en su escritorio, cuando Gibson anunció:

—El capitán Guy.

Se volvió y vio a su hijo entrar en la sala, encaminarse directamente a la chimenea y quedarse de pie, las piernas separadas, de espaldas al fuego. Tenía los ojos vidriosos fijos en algún punto situado frente a él, pero no dijo nada.

La señora Trentham agradeció interiormente que Gerald se encontrara tomando parte en un debate que se celebraba en los Comunes aquella tarde; su vuelta no estaba prevista hasta que terminara la votación, a las diez de la noche.

Era obvio que Guy llevaba varios días sin afeitarse. Tampoco le hubiera ido mal un cepillo, y nadie reconocería el traje que vestía como aquel confeccionado por Gieves tres años antes. La desaliñada figura se erguía dando la espalda al fuego. Su cuerpo temblaba. Llevaba un paquete envuelto en papel marrón bajo el brazo.

—¿Qué te han dicho, madre? —preguntó por fin Guy, con voz temblorosa y vacilante.

—Nada importante. —Ella le miró con aire interrogativo—. Dejando aparte que has renunciado, y que de no haberlo hecho te habrían expulsado del ejército.

—Sí, todo eso es verdad —dijo, colocando el paquete sobre la mesa que había a su lado—. Y todo porque conspiraron contra mí.

—¿Quiénes?

—El coronel Hamilton, Trumper y la chica.

—¿El coronel Forbes se decantó por la palabra de la señorita Salmon, a pesar de la carta que le escribí?

—Sí... Sí, así es. Después de todo, el coronel Hamilton todavía tiene muchos amigos en el regimiento, y algunos se alegraron mucho de apoyarle, sobre todo si eso suponía la eliminación de un rival.

Ella le contempló durante un largo momento, mientras Guy desplazaba el peso de su cuerpo de un pie al otro.

—Yo creía que el tema se había aclarado. Al fin y al cabo, la partida de nacimiento...

—Y así habría sido de estar firmada también por Charlie Trumper, pero la partida solo llevaba una firma: la de ella. Para empeorar las cosas, el coronel Hamilton aconsejó a la señorita Salmon que amenazara con denunciarme por incumplimiento de palabra. Si lo hubiera hecho, a pesar de mi inocencia, el buen nombre del regimiento se habría visto perjudicado irremediablemente. Por lo tanto, creí que mi única elección era apelar a mi honor y dimitir al instante. —Su voz adquirió un tono

más amargo—. Y todo porque Trumper tuvo miedo de que la verdad saliera a la luz.

—¿A qué te refieres, Guy?

Evitó la mirada de su madre y se dirigió hacia el bar, donde se sirvió un generoso *whisky*, sin soda. Tomó un largo sorbo. Su madre aguardó en silencio a que continuara.

—Después de la segunda batalla del Mame, el coronel Hamilton me ordenó que abriera una investigación sobre la cobardía de Trumper en el campo de batalla —dijo Guy, volviendo junto a la chimenea—. Muchos opinaron que debía ser llevado ante un consejo de guerra, pero el único otro testigo, el soldado Prescott, resultó muerto por una bala perdida a pocos metros de nuestras trincheras. Yo había guiado estúpidamente a Prescott y Trumper hasta nuestras líneas, y cuando Prescott cayó me volví y distinguí una sonrisa en el rostro de Trumper. Se limitó a decir: «Mala suerte, capitán, ahora se ha quedado sin testigo, ¿eh?».

—¿Se lo contaste a alguien?

Guy volvió al bar para llenarse el vaso.

—¿A quién se lo podía decir, después de perder a mi único testigo? Con Prescott muerto, hice cuanto pude para que le concedieran la Medalla Militar, aunque eso supusiera sacar a Trumper del apuro. Después, descubrí que ni siquiera había confirmado mi versión de los hechos. Casi me impidieron recibir la Cruz Militar.

—Y ahora que ha logrado obligarte a abandonar tu carrera, solo es tu palabra contra la de él.

—Ese sería el caso, si Trumper no hubiera cometido un estúpido error en el campo de batalla que todavía puede causar su ruina...

—¿De qué estás hablando?

—Bien —continuó Guy, con voz algo más serena—, fui al rescate de esos dos hombres en plena batalla. Les encontré escondidos en una iglesia bombardeada. Tomé la decisión de quedarnos allí hasta que anoheciera, con la intención de conducirles de vuelta a nuestras trincheras. Mientras esperábamos en el tejado a que anoheciera, Trumper creyó que me había dormido. Le vi bajar a la sacristía y coger un magnífico cuadro de la Virgen María de detrás del altar. Continué observándole y vi que ocultaba el pequeño óleo en su mochila. No dije nada en aquel momento, porque comprendí que esa era la prueba que necesitaba para demostrar su doblez; al fin y al cabo, el cuadro bien podía ser devuelto posteriormente. Una vez en nuestras líneas registré de inmediato el equipo de Trumper, para poder arrestarle por robo, pero no encontré nada.

—¿Y de qué te puede servir ahora?

—La pintura ha reaparecido.

—¿Reaparecido?

—Sí —dijo Guy, alzando la voz—. Daphne Harcourt-Browne me dijo que había visto la pintura en la sala de estar de Trumper, e incluso me la describió en detalle. No tuve la menor duda de que era el mismo cuadro de la Virgen María y el Niño que

él había robado de la iglesia.

—No hay nada que hacer, mientras el cuadro siga en su casa.

—Ya no está allí. Por eso voy disfrazado de esta forma.

—Deja de hablar en clave. Sé más explícito, Guy.

—Esta mañana visité la casa de los Trumper y le dije al ama de llaves que había servido en el frente occidental con su amo.

—¿Crees que fue una decisión inteligente, Guy?

—Le dije que mi nombre era Fowler, cabo Denis Fowler, y que deseaba ver a Charlie. Sabía que no estaba, porque le había visto entrar en una de sus tiendas de Chelsea Terrace unos minutos antes. La criada, que me miró con suspicacia, me pidió que esperase en el vestíbulo, mientras subía la escalera para informar a la señora Trumper de mi presencia. Eso me dio tiempo suficiente para deslizarme en la sala de estar y coger el cuadro, siguiendo las indicaciones de Daphne. Salí de la casa antes de que se dieran cuenta.

—Informarán del robo a la policía y te detendrán.

—Ni hablar —dijo Guy. Levantó el paquete de la mesa y empezó a desenvolverlo —, Trumper no querrá que la policía encuentre esto.

Entregó el cuadro a su madre.

La señora Trentham contempló el pequeño óleo.

—A partir de ahora, deja de mi cuenta al señor Trumper —dijo ella, sin más explicaciones. Guy sonrió por primera vez desde que había puesto el pie en su casa —. Sin embargo, debemos concentrarnos en el inmediato problema de tu futuro. Todavía confío en encontrarte un empleo en la City. Ya he hablado con...

—Eso no saldrá bien, madre, y tú ya lo sabes. No hay futuro para mí en Inglaterra. Al menos, hasta que mi nombre quede limpio. En cualquier caso, no quiero instalarme en Londres para explicar a tu círculo de *bridge* por qué no estoy en la India con mi regimiento. No, me iré al extranjero hasta que la situación se haya calmado un poco.

—En ese caso, necesitaré algo de tiempo para meditar —replicó la madre de Guy —, entretanto, sube a bañarte. Buscaré ropa limpia y pensaré en lo que se debe hacer.

En cuanto Guy salió de la sala, la señora Trentham volvió a su escritorio y guardó bajo llave el cuadro en el cajón inferior del lado izquierdo. Introdujo la llave en su bolso y se concentró en lo que debía hacerse cuanto antes para salvaguardar el buen nombre de los Trentham.

Un plan empezó a forjarse en su mente mientras miraba por la ventana. Si bien le exigiría utilizar sus ya menguados recursos económicos, le concedería el respiro necesario para demostrar que Trumper era un ladrón y un mentiroso, y para humillarle públicamente cuando llegara el momento.

La señora Trentham sabía que solo tenía unas cincuenta libras en la caja fuerte de su dormitorio, pero aún le quedaban seis mil de las veinte mil que su padre le había entregado el día en que se casó.

—Por si se produce una emergencia imprevista —le había profetizado.

La señora Trentham sacó una hora de papel de la gaveta y empezó a tomar notas. Sabía que tardaría mucho en volver a ver a su hijo, una vez se marchara aquella noche de Chester Square. Cuarenta minutos después estudió sus resultados:

50 libras (en metálico)

Sydney

Max Harris

Gabán

5000 libras (cheque)

Bentley's

Cuadro

Policía (comisaría de la zona)

Sus pensamientos fueron interrumpidos por el regreso de Guy. Se parecía más al hijo que recordaba. Una chaqueta cruzada y pantalones de franela sustituían al traje arrugado. Dobló la hoja de papel, tras haber decidido exactamente qué iniciativa iba a tomar.

—Siéntate y escucha con atención —dijo la mujer.

Guy Trentham abandonó Chester Square pocos minutos después de las diez, la hora en que su padre debía regresar de los Comunes. Llevaba en el bolsillo cincuenta y tres libras en metálico y un cheque por cinco mil. Había accedido a escribir a su padre, explicándole por qué se había trasladado a Australia, en cuanto desembarcara en Sydney. Su madre también prometió que, durante su ausencia, haría todo lo que pudiera por limpiar su nombre, a fin de que pudiera volver a Inglaterra libre de culpas y ocupara el lugar que le correspondía, como cabeza de familia.

La señora Trentham ordenó a los dos únicos criados que habían visto aquella noche a Guy que no mencionaran su visita a nadie, so pena de perder su empleo.

La última acción de la señora Trentham antes de que su marido regresara fue telefonar a la policía. El agente Wrigley tomó nota del robo denunciado.

La señora Trentham no se mantuvo ociosa durante las semanas que esperó la llegada de la carta que su hijo había prometido escribir. El día posterior a la partida de Guy hacia Australia realizó una de sus visitas periódicas al hotel St. Agnes, con un paquete cuidadosamente envuelto bajo el brazo. Entregó el paquete al señor Harris y procedió a darle una serie de minuciosas instrucciones.

Dos días más tarde, el detective le confirmó que el retrato de la Virgen María y el Niño había sido confiado a Bentley's, los prestamistas, y no podría ser vendido hasta pasados cinco años, cuando la papeleta de empeño expirase. Le dio una foto del cuadro y el recibo para demostrarlo. La señora Trentham se guardó la foto en el

bolso, pero no se molestó en preguntarle a Harris qué había hecho de las cinco libras que le habían pagado por el cuadro.

—Bien —dijo, colocando el bolso junto a la silla—. Muy satisfactorio.

—¿Quiere que encauce al hombre adecuado de Scotland Yard en dirección a Bentley's? —preguntó Harris.

—Por supuesto que no —replicó la señora Trentham—, la próxima vez que alguien vea ese cuadro lo hará en una subasta de Sotheby's.

CAPÍTULO 24

— **B**uenos días, señora. Lamento molestarla.
—No es ninguna molestia —dijo la señora Trentham al oficial de policía que Gibson había anunciado como inspector Richards.

—La verdad es que no es a usted a quien quería ver, sino a su hijo, el capitán Trentham.

—En ese caso, le espera un largo viaje, inspector.

—No estoy seguro de comprenderla, señora.

—Mi hijo se está ocupando de los intereses familiares en Australia, como socio de una importante firma de tratantes de ganado.

Richards fue incapaz de disimular su sorpresa.

—¿Y cuánto tiempo estará ausente, señora?

—Durante mucho tiempo, inspector.

—¿Podría ser más precisa?

—El capitán Trentham dejó Inglaterra con destino a la India en febrero de 1920, a fin de completar su servicio con el regimiento. Ganó una Cruz Militar en la segunda batalla del Marne. —Indicó con la cabeza la repisa de la chimenea. El inspector pareció muy impresionado—. Por supuesto, su intención nunca fue quedarse en el ejército, pero había proyectado pasar una temporada en las colonias antes de volver para ocuparse de nuestras propiedades en Berkshire.

—¿Y volvió a Inglaterra antes de tomar posesión de su cargo en Australia?

—Por desgracia no, inspector. Se desplazó a Australia en cuanto hubo presentado la renuncia. Mi marido, al que estoy segura conocerá como miembro del Parlamento por Berkshire West, le confirmará las fechas exactas.

—No creo que sea necesario molestarle, señora.

—¿Puedo preguntarle por qué deseaba ver a mi hijo?

—Estamos realizando investigaciones relativas al robo de un cuadro en Chelsea. —La señora Trentham no hizo el menor comentario. El inspector continuó—: Alguien cuya descripción coincide con la de su hijo fue visto en las cercanías, vistiendo un viejo sobretodo del ejército. Esperábamos que nos ayudara en nuestras pesquisas...

—¿Cuándo se cometió el delito?

—A principios de septiembre, señora, y como el cuadro aún no ha sido recuperado seguimos en el caso... —La señora Trentham mantenía la cabeza algo inclinada, mientras continuaba escuchando con toda atención—..., pero ahora se nos ha dado a entender que el propietario no desea presentar cargos, por lo que es de esperar que el caso se cierre muy pronto. ¿Es este su hijo? —El inspector señaló una foto de Guy en uniforme, que descansaba sobre una mesita auxiliar.

—En efecto, inspector.

—No se ajusta mucho a la descripción que nos han proporcionado —dijo el

policía, visiblemente desconcertado—. De todos modos, como usted ha dicho, estaría en Australia en aquel momento. Una coartada indestructible.

El inspector sonrió, pero la expresión de la señora Trentham no se alteró.

—No estará insinuando que mi hijo tuvo algo que ver con el robo, ¿verdad? —preguntó con frialdad.

—Por supuesto que no, señora, pero hemos encontrado un gabán que Gieves, la sastrería de Saville Row, ha identificado, porque fue confeccionado para el capitán Trentham. La llevaba un antiguo soldado, el cual...

—Entonces, también habrán encontrado al ladrón —dijo la señora Trentham con desdén.

—No, señora. El caballero en cuestión solo tiene una pierna.

La señora Trentham no demostró la menor señal de consternación.

—En tal caso, sugiero que telefoneen a la comisaría de policía de Chelsea —aconsejó—, pues estoy segura de que esclarecerán los hechos.

—Pero es que yo vengo de la comisaría de Chelsea —replicó el inspector, con una sonrisa afectada.

La señora Trentham se levantó del sofá y se encaminó con parsimonia hacia su escritorio; abrió un cajón y sacó una hoja de papel. Se la entregó al inspector. Este se sonrojó al leer su contenido. Al terminar de leer la hoja se la devolvió a la mujer.

—Le ruego que me perdone, señora. Ignoraba que hubiera denunciado el robo el mismo día. Hablaré con el joven agente Wrigley en cuanto vuelva a la comisaría. —La señora Trentham se mostró indiferente ante la turbación del policía—. Bien, no la molestaré más. Conozco la salida.

La señora Trentham esperó a que la puerta se cerrara para descolgar el teléfono y pedir un número de Flaxman.

Dirigió una única petición al detective. Harris hizo crujir sus nudillos, mientras meditaba en la forma de complacer la última solicitud de su cliente.

La señora Trentham supo que Guy había llegado a Australia cuando su cheque fue cobrado por Coutts & Co. en un banco de Sydney. La carta dirigida a su padre llegó, tal como había prometido, seis semanas después. Cuando Gerald le informó del contenido, ella fingió sorpresa, pero su marido no demostró excesivo interés por la extraña decisión de Guy.

Los informes que Harris le entregó durante los sucesivos meses dieron a entender que la nueva empresa de los Trumper se robustecía día a día, pero una sonrisa se formaba en los labios de la señora Trentham cuando pensaba que le había parado los pies a Charlie por la módica cantidad de cuatro mil libras.

La misma sonrisa iluminó su rostro cuando, algunas semanas después, recibió una carta de Savill's, ofreciéndole la oportunidad de infligir una frustración similar a la señora Trumper, aunque el costo, en esta ocasión, sería un poco más elevado. La

señora Trentham verificó el saldo de su cuenta bancaria, y se sintió satisfecha al ver que era suficiente para sus propósitos.

Savill's había informado regularmente a la señora Trentham sobre las tiendas que salían a la venta en Chelsea Terrace, pero jamás trató de impedir a Trumper que las comprara, razonando que la posesión de los pisos bastaría para arruinar los proyectos a largo plazo de Charlie. Sin embargo, al examinar los detalles concernientes a Chelsea Terrace número 1, comprendió que las circunstancias eran muy diferentes. No solo era la tienda de la esquina, encarada hacia Fulham Road, y la mayor propiedad de la manzana, sino que pertenecía a un excelente, aunque algo en decadencia, marchante de arte y tasador. Era el premio obvio a los años de preparación en el colegio Bedford y, más recientemente, en Sotheby's que la señora Trumper había dedicado.

Una carta que acompañaba a la factura de venta preguntaba si la señora Trentham deseaba ser representada en la subasta que el señor Fothergill, el actual propietario, pensaba conducir en persona.

Respondió a la carta el mismo día, dando las gracias a Savill's pero explicando que prefería pujar sin intermediarios; solicitaba, asimismo, su opinión sobre la cantidad máxima que podía alcanzar la propiedad.

La respuesta de Savill's incluía varios «aunques» y «peros», ya que, en su opinión, la propiedad era única. También indicaban que no se hallaban en condiciones de tasar el valor de las existencias. Sin embargo, calculaban que el coste total se elevaría a unas cuatro mil libras.

La señora Trentham acudió de forma regular a las subastas de Christie's que se realizaron durante las siguientes semanas; tomaba asiento en la última fila y observaba el procedimiento. Nunca movió la cabeza o levantó la mano. Quería estar segura de que, cuando llegara el momento de pujar, estaría familiarizada con el mecanismo habitual.

La mañana en que se puso a la venta el número 1 de Chelsea Terrace, la señora Trentham entró en el local ataviada con un vestido rojo oscuro largo que arrastraba por el suelo. Eligió un asiento en la tercera fila y estuvo sentada veinte minutos, antes de que la subasta comenzara. Sus ojos escrutaban a los diferentes participantes que entraban en la sala y se sentaban. El señor Wrexall llegó unos minutos después que ella, y se sentó en la mitad de la primera fila. Su aspecto era sombrío, aunque decidido. Se ajustaba perfectamente a la descripción del señor Harris: unos cuarenta y cinco años, calvo y grueso. Pensó que el exceso de peso le hacía parecer mucho mayor. Su piel era de un tono aceitunado, y cada vez que bajaba la cabeza aparecían varias papadas nuevas. La señora Trentham decidió en aquel instante que, si fracasaba su empeño en apoderarse de Chelsea Terrace, 1, tendría que entrevistarse con el señor Wrexall.

El coronel avanzó por el pasillo, seguido de sus dos otros directores, a las nueve y cincuenta, ocupando los asientos libres situados detrás de la señora Trentham.

Aunque miró al coronel este no hizo el menor esfuerzo por reparar en su presencia.

Las nueve y cincuenta y cinco y no se veía aún ni rastro de los Trumper.

Savill's había advertido a la señora Trentham que, tal vez, un agente representara a Trumper, pero a tenor de las informaciones que había recogido a lo largo de los años sobre el hombre, este no permitiría que nadie pujara por él. No la decepcionó, porque entró en la sala cuando faltaban cuatro minutos en el reloj situado detrás del estrado. Aunque unos años más viejo que en la fotografía que sostenía en la mano, no cabía duda de que era Charlie Trumper. Llevaba un traje elegante y bien cortado, que disimulaba su incipiente gordura. La sonrisa casi nunca abandonaba sus labios, pero ella tenía planes para borrarla. Daba la impresión de querer alertar a todo el mundo sobre su llegada, pues estrechó las manos y charló con varias personas, antes de ocupar un asiento reservado junto al pasillo, unas cuatro filas detrás de ella. La señora Trentham movió un poco su silla para poder observar a Trumper y al subastador sin necesidad de volverse constantemente.

De súbito, el señor Trumper se levantó, encaminándose a la parte posterior de la sala para coger otro contrato de compraventa. Después, volvió a su asiento reservado. La señora Trentham tuvo la convicción de que lo había hecho a propósito. Sus ojos escudriñaron todas las filas, y empezó a sentirse inquieta.

Cuando el señor Fothergill entró, la sala estaba llena. A pesar de que casi todos los asientos se hallaban ocupados, la señora Trentham no vio a la señora Trumper.

Desde el momento en que el señor Fothergill anunció la primera puja, la subasta no procedió como la señora Trentham había imaginado, e incluso planeado. Su experiencia del mes anterior en Sotheby's no la había preparado para el resultado final, el anuncio que el señor Fothergill efectuó apenas seis minutos después.

—Vendido a la señora Trentham por quince mil libras.

Frunció el ceño al pensar en el espectáculo que había dado en público, a pesar de haber adquirido la tienda de objetos de arte y el golpe asestado a Rebecca Trumper. El coste había sido considerable, y ya no estaba segura de contar con el dinero suficiente para cubrir la cantidad que debía pagar.

Después de ocho días de meditación, durante los cuales llegó a pensar en pedir a su marido, e incluso a su padre, que cubrieran el déficit, decidió sacrificar las mil quinientas libras del depósito, replegarse y lamer sus heridas. La alternativa consistía en confesar a su marido lo que había ocurrido aquel día en Chelsea Terrace, I.

Con todo, existía una compensación. Ya no necesitaría acudir a Sotheby's cuando llegara el momento de vender el cuadro robado.

Con el transcurso de los meses, la señora Trentham recibió cartas periódicas de su hijo, primero desde Sydney y después desde Melbourne, informándola de sus progresos. Solicitaba dinero con frecuencia. Cuanto más se expandía la sociedad, explicaba Guy, más capital suplementario precisaba para proteger su inversión. Unas

seis mil libras cruzaron el océano Pacífico, en un lapso de cuatro años, para acabar en un banco de Sydney; ninguna le dolió a la señora Trentham, pues parecía que Guy estaba triunfando en su nueva profesión. También albergaba la seguridad de que, cuanto más pronto descubriera públicamente que Charles Trumper era un ladrón y un mentiroso, antes volvería su hijo a Inglaterra con la reputación intacta, incluso ante los ojos de su padre.

Un día, justo cuando la señora Trentham pensaba que había llegado el momento de poner su plan en acción, recibió un telegrama de Melbourne. La dirección desde la que había sido enviado el telegrama no dejó otra alternativa a la señora Trentham que zarpar de inmediato hacia Melbourne.

Aquella noche, después de cenar, cuando comunicó a Gerald que iba a partir hacia las antípodas lo antes posible, la noticia fue recibida con educado desinterés. No la sorprendió, pues su marido no pronunciaba el nombre de Guy desde el día en que había acudido al ministerio de la Guerra, cuatro años atrás. De hecho, la única huella que daba testimonio de su existencia, tanto en Ashurst Hall como en Chester Square, era la fotografía en uniforme que descansaba sobre la mesa del dormitorio de la señora Trentham, y la Cruz Militar, que continuaba sobre la repisa de la chimenea, con permiso de Gerald.

En lo que a él concernía, Nigel era su único hijo.

Gerald Trentham sabía muy bien que su mujer iba diciendo a todos sus amigos y amigas que Guy era socio de una floreciente empresa de tratantes de ganado, con delegaciones en toda Australia. Sin embargo, no creía en tales patrañas desde hacía mucho tiempo, y ya ni siquiera les prestaba oídos. Cuando encontraba el sobre, escrito con la conocida letra, en el buzón de Chester Square, Gerald Trentham no preguntaba por los progresos de su primogénito.

El próximo barco con destino a Australia era el *SS Orontes*, que zarparía de Southampton el siguiente lunes. La señora Trentham mandó un telegrama a una dirección de Melbourne, anunciando el día y la hora aproximados de su llegada.

A la señora Trentham se le antojó interminable el viaje de cinco semanas a través de dos océanos, en especial porque pasaba casi todo el tiempo en su camarote, sin ganas de entablar amistades a bordo..., o aún peor, toparse con alguien que la conociera. Declinó varias invitaciones del capitán para cenar con él.

Cuando el barco amarró en Sydney, la señora Trentham solo pasó una noche en la ciudad, y se desplazó a continuación a Melbourne. Al llegar a la estación de la calle Flinders, tomó un taxi y fue directamente al hospital Royal Victoria, donde la enfermera jefe la informó de que a su hijo solo le quedaba una semana de vida.

La autorizaron a verle enseguida, y un oficial de policía la escoltó al ala de aislamiento. Permaneció de pie junto a la cama, contemplando incrédula el rostro que apenas reconocía. Al ver el cabello ralo y gris y las profundas arrugas de su cara, la señora Trentham se creyó por un momento junto al lecho de muerte de su esposo.

Un médico le dijo que ese estado solía darse en las personas informadas de que su

destino ya estaba decidido. Se quedó junto a la cama casi una hora y se fue sin haber arrancado ni una palabra a su hijo. En ningún momento permitió que nadie del hospital adivinara sus auténticos sentimientos.

Aquella noche, la señora Trentham se alojó en un tranquilo club de campo, situado en los alrededores de Melbourne. Hizo una sola pregunta al joven propietario, un expatriado llamado Sinclair-Smith, antes de retirarse a su habitación.

Al día siguiente se presentó en las oficinas de la firma legal más antigua de Melbourne, Asgarth, Jenkins & Cía. Un joven, cuyos modales le parecieron poco respetuosos, le preguntó qué deseaba.

—Quiero hablar con el socio mayoritario.

—Tome asiento en la sala de espera.

La señora Trentham esperó hasta que el señor Asgarth pudo recibirla.

El socio mayoritario, un hombre de edad avanzada que, a juzgar por su atavío, podría estar ejerciendo en Lincoln's Inn Fields, y no en la calle Victoria de Melbourne, escuchó en silencio su relato y accedió a solventar todos los problemas que pudieran surgir al hacerse cargo de los bienes de Guy Trentham. A este fin, prometió presentar una solicitud de permiso para que el cuerpo fuera trasladado a Inglaterra cuanto antes.

La señora Trentham visitó a su hijo todos los días de la semana anterior a su muerte. Aunque no hablaron mucho, tuvo conocimiento de un problema que debería solucionar antes de regresar a Inglaterra.

La señora Trentham volvió el miércoles por la mañana a las oficinas de Asgarth, Jenkins & Cía., para que su abogado la aconsejara acerca de su último descubrimiento. El abogado la invitó a sentarse y escuchó con suma atención sus revelaciones. Tomaba notas de vez en cuando en un cuaderno. Cuando la señora Trentham concluyó, el hombre estuvo callado durante bastante rato.

—Habría que cambiar el apellido —sugirió—, si quiere que nadie se entere de sus planes.

—Hay que asegurarse también de que nadie pueda averiguar quién fue el padre de la niña —dijo la señora Trentham.

El anciano abogado frunció el ceño.

—Eso le exigirá depositar una enorme confianza en... —consultó el nombre escrito frente a él—... la señorita Benson.

—Pague a la señorita Benson lo que pida por su silencio. Coutts, en Londres, se ocupará de todos los detalles financieros.

El abogado asintió con la cabeza. A fuerza de quedarse ante su escritorio hasta medianoche durante los cuatro días siguientes, logró completar toda la documentación necesaria para satisfacer las demandas de su clienta, horas antes de que la señora Trentham regresara a Londres.

El médico de guardia certificó el fallecimiento de Guy Trentham a las seis y tres minutos del día 23 de abril de 1927. A la mañana siguiente, la señora Trentham inició

su viaje de regreso a Inglaterra, acompañada del ataúd. Se sintió tranquilizada al pensar que solo dos personas en aquel continente sabían tanto como ella: un anciano caballero que se jubilaría al cabo de escasos meses y una mujer que, a partir de ahora y hasta el fin de sus días, viviría de una forma que nunca habría creído pocos días antes.

La señora Trentham zarpó para Southampton con el mismo sigilo de la ida, y se dirigió directamente a su domicilio de Chester Square en cuanto pisó suelo inglés. Informó a su marido sobre los detalles de la tragedia y aceptó a regañadientes que se publicara un anuncio en el *Times* del día siguiente. Rezaba así:

«El capitán Guy Trentham, MC, ha fallecido trágicamente de tuberculosis, después de padecer una larga enfermedad. El funeral tendrá lugar en la iglesia de Santa María, Ashurst, Berkshire, el martes 8 de junio de 1927».

El vicario del pueblo celebró la ceremonia por el querido desaparecido. Su muerte, aseguró a los fieles, era una tragedia para todos aquellos que le conocían.

Guy Trentham fue enterrado en el lugar destinado a su padre. Parientes, amigos de la familia, feligreses y criados abandonaron el cementerio con la cabeza gacha.

La señora Trentham recibió, durante los días siguientes, un centenar de cartas de condolencia; una o dos hacían hincapié en que podía consolarse con el pensamiento de que un segundo hijo ocuparía el lugar de Guy.

Al día siguiente, la fotografía de Nigel sustituyó a la de su hermano en la mesilla de noche.

CHARLIE

1926 - 1945

CAPÍTULO 25

Hacía mi ronda habitual de los lunes por Chelsea Terrace, en compañía de Tom Arnold, cuando me dio su opinión.

—Nunca ocurrirá —afirmé.

—Tal vez tenga razón, señor, pero de momento muchos tenderos se están asustando.

—Una pandilla de cobardes. Con un millón de parados, solo unos cuantos estarían tan locos como para lanzarse a una huelga general.

—Es posible, pero la Asociación de Tiendas continúa aconsejando a sus miembros que protejan con tablas los escaparates.

—Syd Wrexall aconsejaría a sus miembros que protegieran con tablas los escaparates si un pequinés levantara una pata sobre la puerta de «El Mosquetero». Es más, lo haría aunque el animal no fuera a mearse.

Una sonrisa cruzó los labios de Tom.

—¿Así que está dispuesto a luchar, señor Trumper?

—Ya lo creo. Pienso dar mi total apoyo al señor Churchill en este tema. —Me detuve para echar un vistazo al escaparate de «Sombreros y Bufandas»—. ¿Cuántos empleados tenemos?

—Setenta y uno.

—¿Y cuántos piensas que pueden secundar la huelga?

—Media docena, diez a lo sumo... y solo los afiliados al sindicato de dependientes. De todos modos, algunos empleados no podrán venir a trabajar si se paralizaran los transportes públicos.

—Bien. Dame esta misma noche los nombres de los que dudas, y hablaré con todos ellos durante la semana. Al menos, podré convencer a uno o dos de que tienen futuro en la empresa.

—¿Y qué pasará con ese futuro si la huelga sigue adelante?

—¿Cuándo vas a meterte en la cabeza, Tom, que nada de lo que ocurra afectará a «Trumper's»?

—Syd Wrexall piensa que...

—Te aseguro que eso es lo único que no hace.

—... piensa que tres tiendas, como mínimo, saldrán a la venta el mes que viene, y que si hay una huelga general quedarán disponibles muchas más. Los mineros están persuadiendo...

—No están persuadiendo a Charlie Trumper. Si te enteras de alguien que quiera vender, Tom, dímelo, porque yo todavía quiero comprar.

—¿Aunque todos los demás vendan?

—Ese es el momento exacto en que hay que comprar. El momento ideal de subir a un tranvía es cuando todo el mundo baja. Dame esos nombres, Tom. Ahora, me voy al banco.

Me desvié en dirección a Knightsbridge. Hadlow me informó en su despacho de que el saldo de «Trumper's» ascendía a doce mil libras; un buen sostén, en el caso de que se produjera una huelga general, añadió.

—¿Tú también? —me exasperé—. No habrá huelga. Y si la hay, te pronostico que solo durará unos días.

—¿Como la última guerra? —dijo Hadlow, mirándome por encima de sus gafas—. Soy precavido por naturaleza, señor Trumper...

—Bien, pues yo no —le interrumpí—. Prepárate para hacer un buen uso de esa cantidad.

—Ya he apartado la mitad, por si la señora Trentham no logra abonar la cantidad que pujó por el número 1 —me recordó—. Todavía le quedan —se volvió para consultar el calendario colgado en la pared— treinta y dos días para hacerlo.

—Pues sugiero que no perdamos la calma en ningún momento del mes.

—Por si el mercado cae en picado, sería mejor no arriesgarlo todo, ¿no cree, señor Trumper?

—No, no lo creo, pero por eso estoy... —empecé callándome para ocultar mis auténticas sentimientos.

—Es cierto —replicó Hadlow, desconcertándose un poco—, pero por ese mismo motivo le he apoyado con tanto entusiasmo hasta el momento —añadió, magnánimamente.

A medida que pasaban los días, fui admitiendo la posibilidad de que se produjera la huelga general. La sensación de incertidumbre y la falta de confianza en el futuro motivaron que algunas tiendas salieran a la venta.

Compré las primeras dos a precio de saldo, con la condición de pagarlas al contado, y gracias a la rapidez con que Sanderson tuvo lista la documentación y Hadlow entregó el dinero, conseguí añadir la zapatería y la farmacia a mi monopolio.

El jueves 4 de mayo de 1926, día en que se declaró la huelga general, el coronel y yo salimos a la calle con las primeras luces del alba. Echamos un vistazo a nuestras propiedades, de norte a sur. Todos los miembros del comité de Syd Wrexall habían protegido con tablones sus tiendas; yo consideré que su iniciativa significaba rendirse a los huelguistas. Accedí, no obstante, al plan de «cierre» del coronel, que permitió a Tom Arnold, mediante una señal previamente acordada conmigo, cerrar bajo llave las trece tiendas en tres minutos. Tom había realizado el sábado anterior varios «ensayos», ante el asombro de los transeúntes.

Aunque la primera mañana de la huelga hizo buen tiempo y las calles estaban llenas de gente, la única concesión que hice a las masas fue quitar de la acera todos los productos de la 147 y la 131.

A las ocho, Tom Arnold me comunicó que tan solo cinco empleados habían faltado al trabajo, a pesar de los espectaculares embotellamientos de tráfico que paralizaban los transportes públicos, y uno de ellos se encontraba realmente enfermo.

Mientras el coronel y yo paseábamos arriba y abajo de Chelsea Terrace nos

dedicaron algunos insultos, pero no percibí que la multitud perdiera el control y, dentro de todo, la mayor parte de la gente demostraba un buen humor sorprendente. Algunos se pusieron a jugar al fútbol en plena calle.

La primera señal de auténticos desórdenes apareció el segundo día por la mañana, cuando fue lanzado un ladrillo contra el escaparate del número 5, «Joyería y Relojería». Vi a dos o tres jovencitos coger todo lo que podían del expositor y huir avenida abajo. La muchedumbre dio muestras de inquietud y empezó a gritar consignas; entonces, hice la señal a Tom Arnold, que se hallaba a unos cincuenta metros de distancia, y tocó seis veces su silbato. El coronel comprobó, al cabo de tres minutos, que todas las tiendas estaban cerradas a cal y canto. No me moví de mi sitio mientras la policía hacía acto de presencia y detenía a varios individuos. Aunque el ambiente estaba muy caldeado, ordené a Tom Arnold, pasada una hora, que procediera a abrir las tiendas y que se atendiera a los clientes como si no hubiera pasado nada. El cristal de la quincallería fue repuesto antes de tres horas..., si bien no era la mañana más adecuada para comprar joyas.

El martes solo faltaron tres trabajadores a su puesto, pero conté hasta cuatro tiendas más de la avenida que habían sido protegidas con tablones. Las calles tenían un aspecto mucho más tranquilo. Becky me dijo mientras desayunábamos que el *Times* no había salido porque los impresores se hallaban en huelga, pero, en respuesta, el gobierno había sacado su propio periódico, la *British Gazette*, una idea de Churchill, informando a sus lectores que los empleados del ferrocarril y los transportes habían vuelto en masa a trabajar. A pesar de esto, el pescadero del número 11, Norman Cosgrave, me dijo que estaba harto, y me preguntó cuánto había pensado ofrecerle por su establecimiento. Acordamos el precio por la mañana y nos dirigimos al banco por la tarde para cerrar el trato. Una llamada telefónica bastó para confirmar que Sanderson ya tenía los documentos mecanografiados, y Hadlow había preparado el cheque; lo único que faltaba era mi firma. Lo primero que hice al volver a Chelsea Terrace fue poner a Tom Arnold al frente de la pescadería, hasta encontrar al director adecuado para el local de Cosgrave. De momento no dijo nada, pero no se quitó el olor hasta varias semanas después de contratar a un muchacho de Billingsgate.

La huelga general concluyó de forma oficial la novena mañana, y yo ya había adquirido siete tiendas más el último día del mes. Parecía ir y venir como un loco del banco, pero las adquirí todas, excepto una, por un precio que satisfizo incluso a Hadlow.

En la siguiente asamblea general informé al consejo que «Trumper's» poseía ya veinte tiendas en Chelsea Terrace, una menos de las que agrupaba la Asociación de Tiendas. Sin embargo, Hadlow expresó la opinión de que ahora debíamos concentrarnos en un largo período de consolidación, si queríamos que todas y cada una de nuestras propiedades recién adquiridas estuvieran a la misma altura que las trece primeras. Hice una sola propuesta interesante más, recibida con unánime aprobación por mis colegas: que Tom Arnold fuera invitado a formar parte del

consejo.

Nunca resistía la tentación de pasar una hora sentado en el banco situado frente al número 147, observando las transformaciones que Chelsea Terrace experimentaba ante mis ojos. Por primera vez, era capaz de diferenciar mis tiendas de las que aún necesitaba adquirir, que incluían las catorce del comité de Wrexall, sin olvidar el prestigioso número 1 o «El Mosquetero».

Habían pasado setenta y dos días desde la subasta, y aunque el señor Fothergill continuaba comprando las frutas y verduras en el 147, nunca me confirmaba si la señora Trentham había liquidado o no su deuda. Joan Moore informó a mi mujer que su antigua patrona había recibido en fecha reciente la visita del señor Fothergill, y aunque la cocinera no había podido escuchar toda la conversación captó voces airadas.

Daphne acudió a la tienda la semana siguiente. Le pregunté si sabía algo sobre las actividades de la señora Trentham.

—Deja de preocuparte por esa maldita mujer —fue todo cuanto Daphne dijo sobre el tema—. En cualquier caso, los noventa días pronto terminarán y, francamente, creo que deberías preocuparte más por tu Segunda Parte que por los problemas económicos de la señora Trentham.

—Tienes toda la razón. Si sigo a este paso, no habré completado el trabajo necesario antes del año próximo —dije, tras elegir una docena de ciruelas impecables y pesarlas.

—Siempre vas con prisas, Charlie. ¿Por qué es preciso terminarlo todo en una fecha concreta?

—Porque eso me mantiene en movimiento.

—Pero Becky se quedará igualmente impresionada por tu éxito si logras tu propósito un año más tarde.

—No sería lo mismo. Tendré que trabajar con más ahínco.

—El día tiene un número limitado de horas —me recordó Daphne—, incluso para ti.

—Bien, no es culpa mía.

Daphne lanzó una carcajada.

—¿Cómo va la tesis sobre Luini que prepara Becky?

—Ya ha terminado ese rollo. Está a punto de corregir el borrador final de treinta mil palabras, así que me lleva una buena delantera. De todas formas, con la huelga general y la adquisición de las nuevas propiedades, dejando aparte a la señora Trentham, tengo la impresión de haber estado ocupado todos los minutos de los últimos tiempos.

—¿Becky aún no ha adivinado tus propósitos?

—No, y procuro estar ausente cuando se queda a trabajar hasta tarde en Sotheby's o se va a catalogar alguna colección importante. Aún no se ha dado cuenta de que me levanto cada mañana a las cuatro y media, cuando me dedico al verdadero trabajo.

Le pasé la bolsa de ciruelas y siete chelines con diez peniques de cambio.

—Igual que un pequeño Trollop, ¿eh? A propósito, aún no le he contado a Percy nuestro secreto, pero ardo en deseos de ver la expresión de su rostro cuando...

—Shhh, ni una palabra...

Como tantas cosas que había perseguido durante mucho tiempo, descubrí que el premio final te cae del cielo cuando menos lo esperas.

Aquella mañana estaba atendiendo en el 147. A Bob Makins siempre le molestaba que me arremangara, pero me gusta charlar con mis clientes de toda la vida, y era la única oportunidad que tenía de hacerlo, así como de descubrir qué opinaban de mis demás tiendas. Sin embargo, confieso que cuando le llegó el turno al señor Fothergill, la cola se alargaba casi hasta el colmado, al que Bob Makins consideraba como un rival.

—Buenos días —saludé, cuando el señor Fothergill se paró frente al mostrador—. ¿Qué le apetece hoy, señor? Tengo unos magníficos...

—¿Podríamos hablar un momento en privado, señor Trumper?

Mi sorpresa fue tanta que no le contesté al instante. Sabía que a la señora Trentham todavía le quedaban nueve días para cumplir el contrato, y yo había dado por sentado que no sabría nada hasta aquel momento. Al fin y al cabo, sus propios Hadlows y Sandersons se encargarían de la documentación.

—Me temo que el almacén es el único sitio libre —le advertí. Me quité la bata verde, me bajé las mangas y cogí la chaqueta—. Mi director ocupa ahora el piso de arriba —expliqué, mientras guiaba al subastador a la parte posterior de la tienda.

Le invité a sentarse en una caja de naranjas vuelta del revés, y yo me acomodé en otra caja frente a él. Nos miramos, a solo unos pasos de distancia, como dos jugadores de ajedrez. Un lugar extraño para discutir el negocio más importante de mi vida, pensé. Intenté mantener la calma.

—No iré con rodeos —empezó Fothergill—. Hace varias semanas que no veo a la señora Trentham, y últimamente se niega a contestar a mis llamadas telefónicas. Además, Savill's me ha dejado bastante claro que no han recibido instrucciones de completar la transacción en representación suya. Han llegado a decirme que, en su opinión, a esa mujer ya no le interesa la propiedad.

—De todas maneras, usted todavía conserva el depósito de mil quinientas libras —le recordé, tratando de reprimir una sonrisa.

—Es posible, pero desde entonces he tenido otros compromisos, y con la huelga general...

—Son tiempos duros, estoy de acuerdo.

Las palmas de mis manos empezaron a sudar.

—Pero jamás ha ocultado su deseo de ser el propietario del número 1.

—Es cierto, pero desde la subasta me he dedicado a comprar varias otras

propiedades con el dinero que había reservado para su tienda.

—Lo sé, señor Trumper, pero ahora desearía acordar un precio mucho más razonable...

—Y yo deseaba pujar hasta tres mil quinientas libras, si lo recuerda.

—Su última oferta ascendió a doce mil libras, si no recuerdo mal.

—Estrategia, señor Fothergill, pura estrategia. No tenía la intención de pagar doce mil libras, como usted sabrá sin duda.

—Pero la señora Trumper pujó hasta cinco mil quinientas libras, olvidando que su última oferta había sido de catorce mil.

—No puedo contradecirle —le dije, adoptando mi acento barriobajero—, pero si se hubiera casado, señor Fothergill, sabría muy bien por qué en el East End siempre se refieren a ellas como «Problemas y conflictos».

—Cedería la propiedad por siete mil libras, pero solo a usted.

—La cedería por cinco mil a cualquiera que se las pagara.

—Nunca.

—En un plazo de nueve días, diría yo, pero le voy a decir lo que haré —añadí. Me incliné hacia adelante y estuve a punto de caer—. Me mantendré fiel a la oferta de mi esposa, cifrada en cinco mil quinientas libras, el límite que mi junta nos había autorizado, pero solo si tiene todos los documentos preparados para la firma antes de medianoche. —El señor Fothergill abrió la boca para protestar—. Por supuesto —añadí, antes de que me diera su opinión—, no le costará mucho trabajo. Al fin y al cabo, el contrato está en su escritorio desde hace ochenta y un días. Solo ha de cambiar el nombre. Bien, si me perdona, debo atender a mis clientes.

—Nunca me habían tratado de una forma tan arrogante, señor —declaró el señor Fothergill, poniéndose en pie de un furioso salto.

Se volvió y desapareció, dejándome solo en la trastienda.

—Nunca pensé que yo era arrogante —le dije a la caja de naranjas—. Más bien un puritano, diría yo.

Después de acostar a Daniel le conté a Becky toda la conversación durante la cena.

—Qué pena —fue la inmediata reacción de mi mujer—. Ojalá hubiera hablado antes conmigo. Ahora, es posible que el número 1 nunca sea nuestro.

Repitió esta idea antes de irse a la cama. Cerré la luz de gas, pensando que Becky podía tener razón. Empezaba a adormecerme cuando sonó el timbre de la puerta.

—Son más de las once y media —dijo Becky—. ¿Quién será?

—¿Tal vez un hombre que sabe lo que son los ultimátums? —sugerí, mientras encendía de nuevo la luz.

Salí de la cama, me puse la bata y bajé a abrir.

—Acompáñeme al estudio, Peregrine —dijo, después de dar la bienvenida al señor Fothergill.

—Gracias, Charles —respondió él.

Me detuve un momento para reír y aparté el ejemplar de *Matemáticas, Segunda Parte* del escritorio, para coger el talonario de la empresa.

—Cinco mil quinientas libras, si no me equivoco —dije, destapando la pluma y mirando el reloj que descansaba sobre la repisa de la chimenea.

A las once y treinta y siete entregué al señor Fothergill la cantidad definitiva, a cambio de la propiedad de Chelsea Terrace, I.

Nos estrechamos la mano para cerrar el trato y me despedí del antiguo subastador. Subí al dormitorio y me quedé sorprendido al ver a Becky sentada ante su escritorio.

—¿Qué haces? —pregunté.

—Redacto la carta de dimisión para Sotheby's.

Tom Arnold limpió a fondo el número 1, preparando el momento en que Becky se convertiría, un mes después, en director gerente de «Subastadores y Especialistas en Bellas Artes Trumper». Me di cuenta de que consideraba ya nuestra nueva adquisición como el buque insignia de todo el imperio Trumper..., a pesar de que los gastos empezaban a competir con los de un navío de guerra.

Becky anunció su despedida de Sotheby's el viernes 16 de julio de 1926. Entró en «Trumper's», antes «Fothergill's», a las siete de la mañana del día siguiente para asumir la responsabilidad de restaurar el local, mientras al mismo tiempo liberaba a Tom Arnold para que regresara a sus tareas habituales. Transformó de inmediato el sótano del número 1 en un almacén; la recepción continuó en la planta baja, y la sala de subastas en el primer piso.

Becky y su equipo de especialistas ocuparon la segunda y tercera plantas; el último piso, en el que había vivido antes el señor Fothergill, se convirtió en las oficinas administrativas de la empresa, y aún quedó un despacho libre para las futuras asambleas del consejo.

La asamblea plenaria se celebró por primera vez en Chelsea Terrace, I, el 17 de octubre de 1926.

Al cabo de tres meses de dejar Sotheby's, Becky había «robado» siete de los empleados que quería, y sacó otros cuatro de Bonham's y Phillips. En la primera asamblea general nos advirtió que podríamos tardar cuatro años en pagar las deudas producidas por la compra y la remodelación del número 1, y tal vez pasarían otros tres antes de que la nueva adquisición contribuyera de una forma seria a los beneficios del grupo.

—No será como mi primera tienda —informé a la asamblea—. Logró beneficios a las tres semanas, como usted ya sabe, presidente.

—Deja de parecer tan complacido contigo mismo, Charlie Trumper, y trata de recordar que no vendo manzanas y peras —me recordó mi mujer.

—Ah, no lo sé —repliqué, y el 21 de octubre de 1926, para celebrar nuestro sexto aniversario de boda, le regalé a mi mujer un óleo de Van Gogh llamado *Los*

comedores de patatas.

El señor Reed, de la galería Reed-Léfevre, que había sido amigo personal del artista, aseguró que era casi tan bueno como el que colgaba en el Rijksmuseum. Le di la razón, aunque consideré el precio algo excesivo. Pero tras un cierto regateo, fijamos un precio de seiscientas guineas.

Durante mucho tiempo no hubo novedad en el frente Trentham. Esta situación me preocupaba, porque intuía que no significaba nada bueno. Cuando una tienda salía a la venta siempre esperaba que ella me hiciera la competencia, y si surgía algún problema en la avenida me preguntaba quién lo alentaba. Becky le dio la razón a Daphne y afirmó que me estaba volviendo paranoico, hasta que Arnold me dijo que, tomando una copa en la taberna, el señor Wrexall recibió una llamada de la señora Trentham. No pudo contarnos nada significativo, porque el tabernero respondió a la llamada desde el piso de arriba. Después de esto, mi mujer admitió que el paso del tiempo no había mitigado el deseo de venganza de la mujer.

En marzo, Joan nos informó de que su anterior patrona había pasado dos días haciendo las maletas antes de partir hacia Southampton, donde embarcaría con destino a Australia. Daphne lo confirmó, cuando fue a cenar a Gilston Road la semana siguiente.

—Debemos concluir, queridos, que ha ido a visitar a ese espantoso hijo suyo.

—Antes siempre hacía lo posible por informar a diestro y siniestro sobre los progresos de ese maldito. ¿Por qué no ha dicho nada esta vez?

—A mí que me registren —dijo Daphne.

—¿Crees que Guy proyecta volver a Inglaterra, ahora que las cosas se han calmado un poco?

—Lo dudo. —Daphne frunció el ceño—. De lo contrario, el barco navegaría en otra dirección, ¿no? En cualquier caso, si debo fiarme de los sentimientos de su padre, cuando se atreva a presentarse en Ashurst Hall no le tratarán como al hijo pródigo.

—Algo no marcha bien —le dije—. Este secreto que la rodea últimamente me preocupa.

Tres meses después, en junio de 1927, el coronel llamó mi atención sobre el anuncio de la muerte de Guy Trentham, aparecido en el *Times*.

—Una horrible forma de morir —fue su único comentario.

Daphne asistió al funeral en la iglesia parroquial de Ashurst porque, como explicó después, quería ver cómo sepultaban el ataúd para convencerse de que Guy Trentham ya no estaba en el mundo de los vivos.

Percy me confesó más tarde que apenas había podido reprimir sus ansias de

ayudar a los sepultureros a llenar el agujero de buena tierra inglesa. No obstante, Daphne nos dijo que mantenía sus dudas sobre las causas de su muerte, a pesar de la ausencia de pruebas que demostraran lo contrario.

—Al menos, ese sujeto ya no te causará más problemas —fueron las palabras finales de Percy sobre el asunto.

—Tendrán que enterrar a la señora Trentham con él antes de que me lo crea —contesté, frunciendo el ceño.

CAPÍTULO 26

Los Trumper se mudaron a un a casa más grande de Little Boltons en 1929. Daphne les aseguró que, a pesar de ser en «Little^[17]», habían dado un paso adelante.

—De todos modos —añadió, mirando a Becky—, todavía está muy lejos de ser Eaton Square, queridos.

La fiesta de inauguración tuvo un doble significado para Becky, porque al día siguiente iba a recibir el título de doctorada en Arte. Cuando Percy bromeó sobre el tiempo que había tardado en terminar la tesis sobre su amor no correspondido, Bernardino Luini, ella dijo que Charlie tenía tanta culpa como ella.

Charlie no intentó defenderse; le sirvió otro coñac a Percy y cortó el extremo de un puro.

—Hoskins nos llevará en coche a la ceremonia —anunció Daphne—, así que nos veremos allí, suponiendo que se nos conceda el honor de sentarnos en las primeras treinta filas.

Charlie se sintió complacido al descubrir que Daphne y Percy se hallaban en la fila de atrás; estaban lo bastante cerca del escenario como para no perderse ni un detalle de la ceremonia.

—¿Quiénes son esos? —preguntó Daniel, cuando catorce dignos caballeros de avanzada edad subieron al estrado, ataviados con togas negras y mucetas púrpuras, y se acomodaron en las sillas correspondientes.

—El senado —explicó Becky a su hijo de ocho años—. Proponen a los nuevos doctores, pero no debes hacer demasiadas preguntas, Daniel, porque molestarás a la gente que está sentada a nuestro alrededor.

En aquel momento, el vicescanciller se levantó para entregar los diplomas.

—Me temo que tendremos que sentarnos entre todos los licenciados en Artes antes de que llegue mi turno —dijo Becky.

—No seas tan presumida, querida —dijo Daphne—. Algunos todavía recordamos que consideraste el día en que recibiste el título de graduada como el más feliz de tu vida.

—¿Por qué no se ha graduado papá? —preguntó Daniel, recogiendo el programa de Becky del suelo—. Es tan listo como tú, mamá.

—Es verdad —admitió Becky—, pero su padre no le obligó a pasar tanto tiempo en el colegio como el mío.

—Pero su abuelo, a cambio, le enseñó a vender frutas y verduras —intervino Charlie, inclinándose hacia adelante—, para que hiciera algo útil hasta el fin de sus días.

Daniel guardó silencio unos momentos, como si sopesara la validez de aquellas dos afirmaciones opuestas.

—La ceremonia durará mucho tiempo, si sigue a este paso —dijo Becky, cuando

al cabo de media hora solo habían llegado a las pes.

—Esperaremos —dijo Daphne—. Percy y yo no hemos hecho planes hasta dentro de unos meses.

—Oh, mirad —exclamó Daniel—. En mi lista he encontrado otro Moore, otro Arnold y hasta otro Trumper.

—Son apellidos bastante vulgares —señaló Becky, sin molestarse en mirar el programa.

Acomodó a Daniel sobre sus rodillas.

—Me gustaría saber cómo es —insistió Daniel—. ¿Todos los Trumper se parecen, mami?

—No, tonto, son de todas las formas y tamaños.

—Pero su primera inicial es la misma de papá —continuó Daniel en voz lo bastante alta para que todos los espectadores de las tres primeras filas se sintieran partícipes de la conversación.

—Shhh —dijo Becky, cuando dos o tres personas se volvieron a mirarles.

—Licenciado en Artes —anunció el vicescanciller—, matemáticas de Segunda Clase, Charles George Trumper.

—Y hasta se parece a tu papá —dijo Charlie, levantándose para recibir su título de manos del vicescanciller.

Los aplausos aumentaron de intensidad cuando el público advirtió la edad de aquel licenciado en concreto. Becky se quedó boquiabierta y Percy se limpió las gafas. Daphne no demostró la menor sorpresa.

—¿Desde cuándo lo sabes? —preguntó Becky, apretando los dientes.

—Se matriculó en el colegio Birkbeck al día siguiente de tu graduación.

—¿Y de dónde ha sacado el tiempo?

—Le ha costado casi ocho años y un montón de madrugones, mientras tú dormías a pierna suelta.

Al final de segundo año, las predicciones económicas de Becky para el número 1 empezaron a ser más optimistas. El paso de los meses no daba muestras de hacer mella en la deuda. La disminución solo se notó al cabo de veintisiete meses.

Se quejó ante la junta de que, pese a los esfuerzos del director gerente por invertir, no conseguía aumentar los beneficios, pues siempre daba por sentado que podría comprar los objetos más codiciados pagando un precio mayor.

—Pero al mismo tiempo estamos reuniendo una colección de arte importantísima, señora Trumper —le recordó él.

—Y ahorrando impuestos también realizamos una inteligente inversión —señaló Hadlow—. Más adelante, es posible que se demuestre su utilidad.

—Tal vez, pero, mientras tanto, que el director gerente especule siempre con nuestras existencias más apetecibles no contribuye a mejorar el balance general, ni

tampoco que haya averiguado el código del subastador, de modo que siempre sabe cuál es nuestro precio mínimo.

—Usted no debe considerarse un individuo, señora Trumper, sino parte de la empresa —sonrió Charlie—, aunque confieso que nos habría salido mucho más barato dejarla en Sotheby's.

—No debemos menospreciar este punto —dijo el presidente con gravedad—. Por cierto, ¿cuál es el código del subastador?

—Una serie de letras de una palabra o palabras elegidas que indican números. Por ejemplo, Charlie sería C-1, H-2, A-3, etc., de manera que, una vez averiguadas las palabras que estamos sustituyendo por cifras del 1 al 10, siempre se sabrá el precio mínimo que hemos adjudicado a cada cuadro.

—¿Por qué no cambia las palabras de vez en cuando?

—Porque, una vez averiguado el código, no cuesta nada saber las palabras nuevas. En cualquier caso, lleva horas de aprendizaje mirar Q, N, HHH, y saber al instante su...

—Mil trescientas libras —dijo Charlie, con una sonrisa de satisfacción.

Mientras Becky intentaba tirar adelante el número 1, Charlie capturó cuatro tiendas más, incluyendo la barbería y la agencia de noticias, sin que la señora Trentham se interpusiera.

—Creo que ya no cuenta con los recursos económicos necesarios para oponernos resistencia —solía decir a sus directores.

—Hasta que su padre fallezca —le recordó Becky—. Cuando herede esa fortuna, podría desafiar al propio señor Selfridge, y Charlie no podrá hacer nada al respecto.

Charlie estuvo de acuerdo con ella, pero aseguró al consejo que tenía planes para apoderarse del resto de la manzana antes de que se produjera tal eventualidad.

—No existen motivos para creer que ese hombre está en las últimas.

—Lo cual me recuerda —dijo el coronel— que cumpliré sesenta y cinco en mayo, momento que considero apropiado para dimitir.

Charlie y Becky se quedaron estupefactos ante este inesperado anuncio, pues ninguno de ambos había pensado en que el coronel se retirara.

—¿No puede aguantar hasta cumplir los setenta? —preguntó Charlie en voz baja.

—No, Charlie, aunque es muy amable de tu parte sugerirlo. He prometido a Elizabeth que pasaremos nuestros últimos años en su querida isla de Skye. En cualquier caso, creo que ha llegado el momento de que asumas la presidencia.

El coronel se retiró oficialmente en mayo. Charlie celebró una fiesta en su honor en el Savoy, a la que invitó a todos los empleados, así como a sus maridos o esposas. Encargó una cena de cinco platos, con tres vinos, para una velada que el coronel nunca olvidaría.

Cuando la cena terminó, Charlie se levantó y brindó por el primer presidente de

«Trumper's». Después, le ofreció un carretón de plata que contenía una botella de Glenlivet, el *whisky* favorito del coronel. Los empleados comenzaron a golpear las mesas, solicitando que el presidente saliente hiciera uso de la palabra.

El coronel se puso en pie, tieso como un palo, y dio las gracias a todos los presentes por sus buenos deseos. Prosiguió recordando que, cuando accedió a formar equipo con el señor Trumper y la señorita Salmon, solo poseían una tienda, en Chelsea Terrace, 147. Vendía frutas y verduras, y la habían adquirido por la cuantiosa suma de cien libras. Charlie paseó la mirada en torno suyo y comprobó que los empleados más jóvenes (incluyendo a Daniel, que llevaba los primeros pantalones largos de su vida) no creían al anciano.

—Ahora —continuó el coronel—, tenemos veinticuatro tiendas y una plantilla de 172 personas. Al principio, le dije a mi esposa que viviría para ver a Charlie —se produjo un estallido de carcajadas—, al señor Trumper, ser el dueño de toda la manzana, y construir el carretón más grande del mundo. Ahora, estoy convencido de que será así. —Se volvió hacia Charlie y alzó su copa—. Le deseo mucha suerte, señor.

Le aclamaron cuando, por última vez como presidente, ocupó su silla.

Charlie se puso en pie para contestar.

—Presidente, quiero asegurar a todos los presentes que Becky y yo no habríamos podido levantar «Trumper's» sin su ayuda. De hecho, para ser sincero, ni siquiera habríamos podido adquirir las tiendas dos y tres. Me siento orgulloso de sucederle y ser el segundo presidente de la empresa, y siempre que tome una decisión importante imaginaré que usted me está mirando por encima del hombro. La última propuesta que usted hizo como presidente de la empresa surtirá efecto desde mañana. Tom Arnold será nombrado director gerente, y tanto Ned Denning como Bob Makins se integrarán en el consejo. La política de «Trumper's» siempre será fomentar la promoción desde el seno de la empresa.

»Sois la nueva generación —siguió Charlie, mirando a sus empleados—, y por primera vez nos hallamos todos reunidos bajo el mismo techo. Esta noche, fijaremos la fecha en que todos trabajaremos bajo el mismo techo, el “Trumper's” de Chelsea Terrace. Se la voy a decir: 1940.

Todos los empleados se levantaron como un solo hombre, gritaron «1940» y vitorearon al nuevo presidente. Cuando Charlie se sentó, el director de orquesta alzó la batuta para indicar que el baile iba a empezar.

El coronel se puso en pie y pidió a Becky que bailara con él el primer vals. La acompañó a la pista de baile vacía.

—¿Se acuerda de la primera vez que me invitó a bailar? —preguntó Becky.

—Por supuesto. Para emplear las palabras del señor Hardy, «en menudo lío nos metió».

—La culpa es de él —dijo Becky, cuando Charlie sacó a Elizabeth Hamilton a bailar.

El coronel sonrió.

—Menudo discurso harán cuando Charlie se retire —comentó con aire melancólico—. No sé quién se atreverá a sucederle.

—Tal vez una mujer.

CAPÍTULO 27

Todos los empleados de «Trumper's» celebraron las bodas de plata del rey Jorge V y la reina María en 1935. Se colgaron fotos y carteles de la pareja real en todos los escaparates, y Tom Arnold organizó un concurso para premiar al expositor más imaginativo que conmemorara la ocasión.

Charlie se encargó del número 147, al que todavía consideraba su feudo y, ayudado por la hija de Tom Arnold, que cursaba el primer año en la Escuela de Arte de Chelsea, construyeron un modelo del rey y la reina con todas las frutas y verduras procedentes del imperio británico.

Charlie se quedó pálido cuando los jueces, el coronel y los marqueses de Wiltshire, relegaron al segundo puesto al número 147, detrás de la floristería, que hacía un buen negocio vendiendo ramos de crisantemos rojos, blancos y azules. Sin embargo, ganó el primer premio por un enorme mapa del mundo hecho de flores, con el imperio británico compuesto de rosas rojas.

Charlie concedió el día libre a todo el personal. Se marchó al Mall a las cuatro y media de la mañana, acompañado de Becky y Daniel, para presenciar desde un puesto privilegiado el recorrido de los reyes desde el palacio de Buckingham a la catedral de San Pablo, donde se iba a celebrar la ceremonia de acción de gracias.

Llegaron al Mall y descubrieron que miles de personas ocupaban ya cada centímetro cuadrado de la acera con sacos de dormir, mantas e incluso tiendas de campaña. Algunas estaban desayunando o permanecían clavadas en su sitio, sin moverse un milímetro.

Las horas de espera transcurrieron con rapidez, pues Charlie se puso a trabar amistad con visitantes llegados de todas partes del imperio. Cuando el desfile comenzó, Daniel se quedó maravillado al ver los diferentes soldados de la India, África, Australia, Canadá y treinta y seis otras naciones. Cuando el rey y la reina pasaron en la carroza real, Charlie se puso firme y se quitó el sombrero, repitiendo el gesto cuando desfilaron los Fusileros Reales a los acordes de su himno. Una vez desaparecieron de la vista, pensó con envidia en Daphne y Percy, que habían sido invitados a asistir a la ceremonia en San Pablo.

Cuando el rey y la reina regresaron al palacio de Buckingham —justo a tiempo de comer, como explicó Daniel a todos los que le rodeaban—, los Trumper volvieron a casa. Pasaron de camino por Chelsea Terrace. Daniel reparó en la enorme inscripción «2.º Premio» en el escaparate del 147.

—¿Qué quiere decir eso, papá? —quiso saber al instante.

A su madre le complació en extremo explicar a su hijo el mecanismo del concurso.

—¿Tú cómo quedaste, mamá?

—La decimosexta entre veintiséis —dijo Charlie—, y gracias a que los tres jueces son amigos suyos desde hace mucho tiempo.

El rey murió ocho meses más tarde. Charlie creyó que una nueva era daría comienzo con el ascenso al trono de Eduardo VIII, y decidió que había llegado el momento de peregrinar a Estados Unidos.

Anunció su intención al consejo durante la siguiente asamblea.

—¿Algún problema en perspectiva? —preguntó el presidente a Arnold.

—Sigo buscando un nuevo director para la joyería y un par de dependientas para la tienda de ropa femenina; por lo demás, ningún problema.

Confiado en que Tom Arnold y el consejo se encargarían del trabajo durante el mes de ausencia, Charlie se convenció por fin de que debía marcharse cuando leyó los preparativos para botar el *Queen Mary*. Reservó un camarote doble para el viaje inaugural.

Becky pasó cinco días gloriosos en el *Queen* durante la travesía, y observó con satisfacción que su marido empezaba a relajarse, una vez consciente de que no tenía forma de comunicarse con Tom Arnold o con Daniel, que se hallaba por primera vez en un internado. De hecho, en cuanto Charlie comprendió que no podía molestar a nadie pareció aceptar el hecho, y se divirtió al ir descubriendo las diferentes distracciones que el transatlántico ofrecía a un hombre maduro, de salud delicada y cierto exceso de peso.

El gran *Queen* entró en el puerto de Nueva York el lunes por la mañana; allí fue recibido por miles de personas. Charlie pensó en cuán diferente habría sido para los pioneros, a bordo del *Mayflower*, sin comité de bienvenida y sin saber qué esperar de los nativos. En el fondo, Charlie tampoco estaba muy seguro de qué le depararían los nativos.

A instancias de Daphne, había reservado habitación en el hotel Waldorf Astoria, pero en cuanto deshicieron las maletas decidieron que no había motivos para sentarse y relajarse. Se levantó a las cuatro y media de la mañana siguiente y, mientras leía por encima los periódicos de la mañana, se fijó por primera vez en el nombre de la señora Simpson^[18]. Devorados los diarios, salió del hotel y paseó por la Quinta Avenida, examinando los escaparates de las tiendas. La inventiva y originalidad que desplegaban los comerciantes de Manhattan, comparadas con lo que se veía en la calle Oxford, le fascinaron.

Las tiendas abrieron a las nueve y tomó nota de todos los detalles. Paseó por los pasillos de los almacenes de moda, situados sobre todo en las esquinas, examinó las existencias, observó a los dependientes y siguió a algunos clientes por el almacén para saber qué compraban. Las tres primeras noches que pasó en Nueva York llegó a la cama exhausto.

No fue hasta la cuarta mañana, después de terminar con la Quinta Avenida y Madison, cuando Charlie se desplazó a Lexington, donde descubrió «Bloomingdales», y Becky comprendió en aquel momento que había perdido a su

marido por el resto de su estancia.

Charlie se concentró las cuatro primeras horas en subir y bajar por las escaleras automáticas, hasta hacerse una idea global de la distribución del edificio. Procedió después a estudiar cada planta, departamento por departamento, tomando copiosas notas. Compraron perfumes, artículos de piel y joyas en la planta baja; bufandas, sombreros, guantes y objetos de escritorio en la primera planta; prendas para caballero en la segunda, y para señora en la tercera. Artículos de hogar en la cuarta, y continuaron subiendo hasta descubrir que las oficinas de la empresa se hallaban en la duodécima planta, ocultas discretamente tras un letrero de «Prohibido entrar». Charlie ardía en deseos de conocer la distribución de aquella planta, pero carecía de medios para averiguarlo.

El cuarto día llevó a cabo un detenido estudio de la ubicación de los mostradores, y empezó a dibujar los planos individuales. Aquella mañana, cuando se encaminó a la escalera automática, que conducía a la tercera planta, dos fornidos jóvenes le cerraron el paso.

—¿Pasa algo?

—No estamos seguros, señor —dijo uno de los gorilas—, pero somos detectives de los almacenes y queremos preguntarle si tiene la bondad de acompañarnos.

—Será un placer —contestó Charlie, incapaz de adivinar cuál era el problema.

Subieron en el ascensor a la planta que nunca había visto y le guiaron por un largo pasillo hasta una habitación desnuda que había al final. No había cuadros en las paredes ni alfombras en el suelo; el único mobiliario consistía en tres sillas de madera y una mesa. Le dejaron solo. Momentos después, entraron dos hombres de mayor edad en la habitación.

—¿Le importaría contestar a unas preguntas, señor? —preguntó el más alto.

—No, en absoluto —contestó Charlie, asombrado por el extraño trato que le estaban dispensando.

—¿De dónde es usted? —preguntó el primero.

—De Inglaterra.

—¿Y cómo llegó aquí? —inquirió el segundo.

—En el viaje inaugural del *Queen Mary*.

Observó que ambos expresaban perplejidad al escuchar su respuesta.

—En ese caso, señor, ¿por qué lleva dos días recorriendo los almacenes y tomando nota, sin comprar ni un solo artículo?

Charlie estalló en carcajadas.

—Porque soy el dueño de veinticuatro tiendas en Londres. Comparaba, simplemente, sus métodos norteamericanos con los míos.

Los dos hombres cuchichearon nerviosamente entre sí.

—¿Puedo preguntarle su nombre, señor?

—Trumper, Charlie Trumper.

Uno de los hombres se puso en pie y abandonó la habitación. Charlie intuyó que

no habían terminado de creerse su historia. Le recordó lo que había ocurrido cuando le habló a Tommy de su primera tienda. El otro hombre permaneció en silencio, de modo que los dos estuvieron sentados frente a frente sin decir nada durante varios minutos, hasta que la puerta se abrió y entró un caballero alto y elegante, que vestía un traje marrón oscuro, zapatos del mismo color y una corbata de tonos dorados. Casi se precipitó con los brazos extendidos para abrazar a Charlie.

—Le presento mis disculpas, señor Trumper —fueron sus primeras palabras—. Ignorábamos que se encontraba en Nueva York, ni que estuviera visitando los almacenes. Me llamo John Bloomingdale, y soy el dueño de este humilde local que, según mis noticias, se ha dedicado usted a examinar.

—Ya lo creo —empezó Charlie, pero el señor Bloomingdale le interrumpió al instante.

—Estamos a la par, porque yo también eché un vistazo a sus famosas tiendas de Chelsea Terrace, que me dieron una o dos ideas.

—¿Habla en serio? —preguntó Charlie, incrédulo.

—Oh, desde luego. ¿No ha visto la bandera de Estados Unidos en nuestro escaparate principal, con los cuarenta y ocho estados representados con flores de diferentes colores?

—Bueno, sí, pero...

—Se los robamos en el viaje que mi esposa y yo hicimos para asistir a las bodas de plata. Considéreme a su servicio, señor.

Los dos detectives exhibieron amplias sonrisas.

Aquella noche, Becky y Charlie fueron a cenar a la residencia particular de los Bloomingdale, en la encrucijada de la Sesenta y Una y Madison. John Bloomingdale respondió a todas las preguntas de Charlie hasta altas horas de la madrugada.

Al día siguiente, el propietario del «humilde local» ofreció una gira oficial a Charlie por los almacenes, mientras Patty Bloomingdale acompañaba a Becky al museo de Arte Metropolitano y al Frick, bombardeando a Becky con preguntas relativas a la señora Simpson, a las que Becky no sabía contestar, pues jamás había oído hablar de ella hasta que llegaron de Inglaterra.

Después, viajaron a Chicago en tren; allí se alojaron en el Stevens. Al llegar descubrieron que la habitación se había transformado en una *suite*. El señor Joseph Field, de «Marshall Field's», había dejado una nota de su puño y letra, invitándoles a cenar la noche siguiente.

Durante la cena, que se celebró en la mansión de Lake Shore Drive, Charlie recordó al señor Field el anuncio en que describía sus grandes almacenes como situados entre los mayores del mundo, y le advirtió que Chelsea Terrace era dos metros más larga.

—Ah, pero ¿le dejarán construir un edificio de veintiuna plantas, señor Trumper?

—Veintidós —rectificó Charlie, ignorando si el ayuntamiento de Londres le iba a conceder el permiso.

Al día siguiente, Charlie aumentó sus conocimientos sobre grandes almacenes visitando «Marshall Field's» por dentro. Admiró en especial el sentido de equipo que poseían los empleados. Todas las chicas vestían elegantes uniformes verdes, con las letras MF bordadas en oro en las solapas, traje gris los encargados de cada planta, y chaquetas cruzadas de tonos oscuros los directores.

—Eso permite a los clientes localizar a un miembro de mi plantilla cuando necesitan que alguien les ayude, sobre todo cuando se producen aglomeraciones —explicó el señor Field.

Mientras Charlie dedicaba todo su interés a la organización de «Marshall Field's», Becky pasaba interminables horas en el Instituto de Arte, admirando en especial las obras de Wyeth y Remington que, en su opinión, debían hacer exposiciones en Londres. Volvió a Inglaterra con una muestra de cada artista embalada en maletas recién adquiridas, pero el público de Inglaterra no vio ni el óleo ni la escultura hasta pasados unos años, porque, una vez sacados de las maletas, Charlie no permitió que salieran de la casa.

Al acabar el mes se hallaban agotados, y seguros de una sola cosa: querían volver a Estados Unidos infinidad de veces, aunque temían que jamás podrían ponerse a la altura de la hospitalidad recibida, tanto si los Field como los Bloomingdale decidían presentarse un día en Chelsea Terrace. Con todo, John Field le pidió un pequeño favor a Charlie, y este se comprometió a ocuparse de ello personalmente en cuanto volviera a Londres.

Los rumores de la relación sentimental entre el rey y la señora Simpson, que Charlie había seguido con todo detalle en la prensa norteamericana, comenzaban a llegar a oídos de los ingleses, y Charlie se sintió entristecido cuando el rey consideró necesario anunciar su abdicación. La inesperada e imprevista responsabilidad recayó sobre los hombros del duque de York, que se convirtió en el rey Jorge VI.

La otra noticia que Charlie había seguido con gran nerviosismo fue la subida al poder en la Alemania nazi de Adolf Hitler; era incapaz de entender por qué el primer ministro hacía caso omiso de la sabiduría popular y no aceptaba que la única solución era atizarle un buen mamporro en la nariz al tipo.

—No es un pilluelo del East End —explicó Becky a su marido durante el desayuno—, sino el jefe del estado.

—Peor aún —replicó Charlie—, porque eso es exactamente lo que le ocurriría a *herr* Hitler si se atreviera a asomar la jeta por Whitechapel.

Pocas novedades comunicó el señor Arnold a Charlie después de su vuelta, pero enseguida percibió los efectos que la visita a la costa este de Estados Unidos había causado en su patrón, pues durante los días sucesivos padeció un bombardeo incesante de órdenes e ideas.

—La Asociación de Tiendas —advirtió Arnold al presidente durante la asamblea

general del lunes por la mañana, después de que Charlie terminara de elogiar las virtudes de los norteamericanos por enésima vez— ya está hablando muy en serio de los efectos que una guerra con Alemania provocarían en los negocios.

—Bastarían para apaciguar a cualquier hombre —dijo Charlie, sentándose tras su escritorio—. De todos modos, Alemania no nos declarará la guerra... No se atreverán. Al fin y al cabo, no pueden haber olvidado lo que sucedió la última vez. Bien, ¿a qué otros problemas nos enfrentamos?

—Descendiendo a un nivel más terrenal —intervino Tom, desde el otro lado del escritorio—, todavía no he encontrado a la persona idónea para dirigir la joyería, desde que Norman Slade se jubiló.

—Pon anuncios en las revistas del ramo y comunícame tus adelantos. ¿Algo más?

—Sí, un tal Ben Schubert quiere verle.

—¿Qué quiere?

—Es un judío alemán refugiado, pero se ha negado a decir por qué quiere verle.

—Pues cítale cuando vuelva a llamarte.

—En este momento está sentado en la sala de espera del despacho.

—¿En la sala de espera? —preguntó Charlie, sin dar crédito a sus oídos.

—Sí. Viene cada mañana y se sienta sin decir nada.

—¿No le explicaste que estaba en Inglaterra?

—Sí, pero creo que no sirvió de nada.

—«El sufrimiento es el distintivo de nuestra tribu» —murmuró Charlie—. Hazle pasar.

Una figura encorvada, diminuta y con aspecto de cansancio entró en la oficina del presidente y esperó a que le ofrecieran un asiento. Charlie sospechó que el hombre no era mucho mayor que él. Se levantó y rogó al visitante que se acomodara en una butaca. Después, le preguntó qué deseaba.

El señor Schubert dedicó algún tiempo a explicar cómo había escapado de Hamburgo con su mujer y sus dos hijas, después de que muchos amigos fueran enviados a campos de concentración, sin que nunca más se supiera de ellos.

Charlie escuchó las experiencias del señor Schubert en manos de los nazis sin pronunciar palabra. La fuga del hombre y su descripción de lo que estaba sucediendo en Alemania eran dignas de una novela de John Buchan^[19], y eran mucho más intensas que cualquier reportaje reciente de los periódicos.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó Charlie.

El refugiado sonrió por primera vez, exhibiendo dos dientes de oro. Cogió el portafolios que guardaba a su lado, lo depositó sobre el escritorio de Charlie y lo abrió poco a poco. Charlie contempló la más hermosa colección de piedras preciosas que había visto en su vida, diamantes y amatistas, algunas en magníficos engastes. Su visitante quitó lo que resultó ser, nada más y nada menos, que una delgada bandeja bajo la que aparecieron piedras sueltas, más rubíes, topacios, diamantes, perlas y jades, que llenaban la caja hasta el fondo.

—Esto es un modesto ejemplo de lo que he dejado atrás, los restos de un negocio fundado por mi padre, y por su padre antes que él. Ahora, debo vender lo que ha quedado para asegurar la supervivencia de mi familia.

—¿Se dedicaba al negocio de la joyería?

—Veintiséis años —contestó el judío—. Desde muy joven.

—¿Cuánto confía en obtener por este lote? —Charlie señaló el maletín abierto.

—Tres mil libras —contestó sin vacilar el señor Schubert—, mucho menos de su valor auténtico, pero ya no tengo tiempo ni voluntad para regatear.

Charlie abrió el cajón de la derecha, sacó un talonario y escribió las palabras «Páguese al señor Schubert la cantidad de tres mil libras». Lo empujó hacia el judío.

—No ha verificado su valor —dijo el señor Schubert.

—No es necesario —replicó Charlie, poniéndose en pie—, porque las venderá como nuevo director de mi joyería. Eso significa también que deberá rendir cuentas ante mí si no alcanzan el valor que usted proclama. Cuando haya pagado el préstamo, hablaremos de su comisión.

Una astuta sonrisa deformó las facciones del señor Schubert.

—Le enseñaron bien en el East End, señor Trumper.

—Ustedes son nuestro ejemplo viviente —sonrió Charlie—, no olvide que mi suegro era de los suyos.

Ben Schubert se levantó y abrazó a su nuevo patrón.

Lo que Charlie no había previsto era que muchos refugiados judíos se precipitarían hacia la joyería «Trumper's», y cerrarían tal cantidad de tratos con el señor Schubert que Charlie nunca más tendría que preocuparse por el negocio.

Una semana más tarde, aproximadamente, Tom Arnold entró en el despacho del presidente sin llamar a la puerta. Charlie observó que su director gerente se encontraba muy agitado.

—¿Cuál es el problema? —se limitó a preguntar.

—Un robo.

—¿Dónde?

—En el 133, ropa de señora.

—¿Qué han robado?

—Dos pares de zapatos y un vestido.

—En ese caso, sigue los procedimientos habituales especificados en las ordenanzas de la empresa. Empieza por llamar a la policía.

—No es tan sencillo.

—Claro que es sencillo. Un ladrón es un ladrón.

—Pero ella afirma...

—Que su madre tiene noventa años y se está muriendo de cáncer, dejando aparte el hecho de que todos sus hijos son subnormales.

—No, que es su hermana.

Charlie hizo girar la silla, calló un momento y exhaló un largo suspiro.

—¿Qué has hecho?

—Todavía nada. Le dije al director que la retuviera hasta que yo hablara con usted.

—Bien, vamos a ello —dijo Charlie.

Se levantó y avanzó hacia la puerta. Ninguno de los dos volvió a hablar hasta que llegaron al 133, donde un nervioso Jim Grey les esperaba en la puerta.

—Lo sentó, señor presidente —fueron sus primeras palabras.

—No has de sentir nada, Jim —contestó Charlie, dirigiéndose a la trastienda.

Encontró a Kitty sentada a una mesa, la polvera en la mano, aplicándose carmín a los labios.

En cuanto vio a Charlie cerró la polvera y la dejó caer en su bolso. Sobre la mesa, frente a ella, había dos pares de zapatos y un vestido. Charlie pensó que a Kitty todavía le gustaba lo mejor, porque había elegido los artículos de precio más elevado. Kitty sonrió a su hermano, pero el lápiz de labios no la favorecía.

—Ahora que ha llegado el gran jefe, te vas a enterar de quién soy yo —dijo Kitty, mirando a Jim Grey.

—Eres una ladrona —dijo Charlie—, eso es lo que eres.

—Vamos, Charlie, ahórratelo. —Su voz no expresó el menor remordimiento.

—Esa no es la cuestión, Kitty. Si yo...

—Si me llevas ante la ley diciendo que soy una *choriza*, la prensa se lo va a pasar en grande. No te atreverás a permitir que me detengan, Charlie, y tú lo sabes.

—Esta vez no, tal vez, pero es la última, te lo prometo. Si esta dama —continuó, volviéndose hacia el director— intenta otra vez irse sin pagar, llame a la policía y ocúpese de que la acusen sin hablar de mí para nada. ¿Me he expresado con claridad, señor Grey?

—Sí, señor.

—Sí, señor, no, señor, bla bla bla. No te preocupes, Charlie, no volveré a molestarte.

Charlie no pareció muy convencido.

—La semana que viene me voy a Canadá, donde vive un miembro de la familia que todavía se preocupa por mí.

Charlie iba a protestar, pero Kitty cogió los zapatos y el vestido y los guardó en el bolso. Pasó sin pestañear frente a los tres hombres.

—Un momento —dijo Tom Arnold.

—Vete a tomar por el culo —dijo Kitty, saliendo de la tienda.

Tom se volvió hacia el presidente, que contemplaba a su hermana. Esta se alejó sin mirar atrás ni una vez.

—Tranquilo, Tom. Aún nos ha salido barato.

El 30 de septiembre de 1938, Chamberlain regresó de Múnich, donde había sostenido conversaciones con el canciller alemán. A Charlie no le convenció el documento «Paz en nuestros días, paz con honor» que agitaba ante las cámaras, porque después de escuchar las descripciones de primera mano que Ben Schubert le había proporcionado sobre los acontecimientos en el Tercer Reich, estaba seguro de que la guerra con Alemania era inevitable. El reclutamiento forzoso para los mayores de veinte años ya se había debatido en el Parlamento. Daniel cursaba el último año en San Pablo, a la espera de solicitar el ingreso en la universidad, y Charlie no podía soportar la idea de perder a un hijo en otra guerra con los alemanes. La beca en Cambridge conseguida por Daniel solo hacía que aumentar sus temores.

Cuando Hitler invadió Polonia, el uno de septiembre de 1939, Charlie comprendió que Ben Schubert no había exagerado. Dos días después, Inglaterra declaró la guerra.

Durante las primeras semanas posteriores a la declaración de hostilidades se produjo una calma pasajera, casi un anticlímax, y de no haber sido por el creciente número de hombres uniformados que desfilaban en ambas direcciones de Chelsea Terrace, Charlie casi habría olvidado que Gran Bretaña se hallaba comprometida en una guerra.

Durante este período solo se puso a la venta el restaurante, y Charlie ofreció al señor Scallini un precio justo, que el hombre aceptó sin dudarlo, antes de regresar a su Florencia natal. Tuvo más suerte que otros, internados por el simple motivo de poseer un apellido alemán o italiano. Charlie cerró de inmediato el local (pues no estaba seguro de lo que iba a hacer con el edificio). Comer fuera ya no era una prioridad para los londinenses. Una vez transferida la propiedad de Scallini, solo la librería de viejo y la agrupación presidida por el señor Wrexall seguían en manos de otros comerciantes, pero el significado del bloque de pisos vacíos propiedad de la señora Trentham se hacía más evidente a cada día que pasaba.

El 6 de septiembre de 1940 finalizó la falsa tregua, cuando las primeras bombas cayeron sobre la capital. Después de aquello, los londinenses emigraron en oleadas al campo. Charlie se negó a trasladarse, y llegó a ordenar que se colocaran letreros de «El negocio continúa» en todos los escaparates de sus tiendas. De hecho, las únicas concesiones que hizo a *herr* Hitler fue cambiar su dormitorio al sótano y encontrar alojamiento en Cambridge para Daniel, con el fin de que no necesitara regresar a Londres para pasar las largas vacaciones.

Dos meses después, en plena noche, un agente de policía despertó a Charlie para comunicarle que la primera bomba había caído en Chelsea Terrace. Corrió en bata y zapatillas a Gilston Road para inspeccionar los daños.

—¿Han matado a alguien? —preguntó, sin dejar de correr.

—Creemos que no —respondió el agente, intentando no quedarse atrás.

—¿Sobre qué tienda ha caído la bomba?

—No sabría decírselo, señor Trumper. Solo sé que todo Chelsea Terrace parece

estar ardiendo.

Charlie dobló la esquina de Fulham Road y vio espesas llamaradas rojas y humo negro que se elevaban hacia el cielo. La bomba había caído sobre los pisos de la señora Trentham, destruyéndolos por completo, destrozando al mismo tiempo los escaparates de tres tiendas pertenecientes a Charlie y derrumbando el tejado de «Sombreros y Bufandas».

Cuando los bomberos abandonaron la avenida, solo quedaba de los pisos un esqueleto humeante y gris, justo en mitad del bloque. A medida que transcurrían los días, Charlie comprendió lo que era obvio: la señora Trentham no tenía la menor intención de hacer nada hasta que la guerra terminara.

En mayo de 1940, el señor Churchill sustituyó a Chamberlain como primer ministro. Charlie cobró más confianza sobre el futuro. Incluso comentó con Becky la posibilidad de alistarse otra vez.

—¿Hace mucho tiempo que no te miras en el espejo? —preguntó su mujer, lanzando una carcajada.

—Sé que podría ponerme en forma de nuevo —dijo Charlie, metiendo el estómago—. En cualquier caso, no solo necesitan tropas para la primera línea.

—Serás mucho más útil manteniendo abiertas al público las tiendas.

—Arnold lo haría tan bien como yo. Además, es quince años mayor que yo.

Sin embargo, Charlie llegó de mala gana a la conclusión de que Becky estaba en lo cierto cuando Daphne se presentó para comunicarles que Percy se había alistado en su antiguo regimiento.

—Le han dicho que, esta vez, es demasiado viejo para servir en el extranjero, gracias a Dios —les confió—. Le han destinado a un puesto burocrático en el ministerio de la Guerra.

La tarde siguiente, mientras Charlie inspeccionaba las reparaciones, tras otro bombardeo nocturno, Tom Arnold le avisó de que el comité de Syd Wrexall empezaba a comentar la posibilidad de vender las once tiendas restantes, así como el propio «El Mosquetero».

—No hay prisa —contestó Charlie—. Se las quitarán de encima antes de un año.

—Para entonces, cabe la posibilidad de que la señora Trentham las haya comprado por un precio ridículo.

—No lo hará mientras siga la guerra. De todos modos, esa maldita mujer sabe muy bien que estaré atado de pies y manos mientras ese maldito cráter continúe en mitad de Chelsea Terrace.

—Oh, mierda —exclamó Tom, cuando las sirenas de alarma volvieron a sonar—. Ya vuelven a la carga.

—No lo dudes —dijo Charlie, escudriñando el cielo—. Será mejor que hagas bajar al sótano a los empleados... y rápido.

Charlie salió corriendo a la calle. Un hombre de la ARP^[20] pasaba en bicicleta por la calle, gritando que todo el mundo se dirigiera lo antes posible al metro más próximo. Tom Arnold había instruido a sus directores para que cerraran las tiendas y pusieran a salvo a los trabajadores en el sótano en menos de cinco minutos, lo cual trajo reminiscencias a Charlie de la huelga general. Sentados en el almacén del número 1, esperando la señal de que había pasado el peligro, Charlie observó a los conciudadanos londinenses que le rodeaban y se dio cuenta de que sus mejores hombres jóvenes ya se habían ido de «Trumper's» para alistarse, y que le quedaban menos de las dos terceras partes de su plantilla fija, la mayoría mujeres.

Algunas mecían a niños pequeños en sus brazos, otras trataban de dormir. En una esquina, dos empleados proseguían una partida de ajedrez, como si la guerra no fuera más que un inconveniente. En el centro del sótano, un par de muchachas practicaban el último paso de baile, en el estrecho espacio que aún no había sido ocupado.

Todos oyeron las bombas cuando cayeron sobre ellos. Becky aseguró a Charlie que una había caído en las cercanías.

—¿Sobre la taberna de Syd Wrexall, tal vez? —preguntó Charlie, intentando disimular una sonrisa—. Eso le enseñará a no servir más licor de la cuenta.

La sirena que indicaba la desaparición del peligro sonó por fin. Cuando salieron, cenizas y polvo llenaban el aire nocturno.

—Acertaste respecto a la taberna de Syd Wrexall —dijo Becky, mirando a la esquina más alejada de la manzana, pero los ojos de Charlie no se hallaban fijos en «El Mosquetero».

Becky siguió la mirada de Charlie. Una bomba había caído de lleno sobre su verdulería.

—Los muy cabrones —masculló él—. Esta vez se han pasado. Voy a alistarme.

—¿Y de qué servirá?

—No lo sé, pero al menos me sentiré más involucrado en esta guerra, en lugar de seguir sentado como un idiota.

—¿Y las tiendas? ¿Quién se hará cargo de ellas?

—Arnold me sustituirá en mi ausencia.

—Pero ¿y Daniel y yo? ¿Se cuidará de nosotros mientras tú estés fuera? —preguntó Becky, alzando la voz.

Charlie guardó silencio unos instantes, meditando sobre los razonamientos de Becky.

—Daniel es lo bastante mayor para cuidarse de sí mismo, y tú procurarás que «Trumper's» siga a flote. Ni una palabra más, Becky, porque ya he tomado mi decisión.

Nada de lo que dijo o hizo Becky a continuación evitó que Charlie se alistara. Ante su sorpresa, los Fusileros se sintieron encantados por el regreso a sus filas de su antiguo sargento, y le enviaron de inmediato a un campamento de reclutas, cerca de Cardiff.

Charlie, ante la mirada ansiosa de Tom Arnold, besó a su esposa, abrazó a su hijo y estrechó la mano de su director gerente. Después, se despidió de los tres agitando la mano.

Mientras viajaba hacia Cardiff en un tren abarrotado de juveniles reclutas, no mucho mayores que Daniel (la mayoría de los cuales insistían en llamarle «señor»), Charlie se sintió viejo. Un destartalado camión les recogió en la estación, conduciéndoles después a los barracones.

—Me alegro de que haya vuelto, Trumper —dijo una voz cuando se detuvo en el terreno de instrucción por primera vez en veinte años.

—Stan Russell. Santo Dios, ¿ahora es usted el sargento de la compañía? Solo era cabo interino cuando...

—Lo soy, señor. —La voz de Russell se convirtió en un susurro—. Me ocuparé de que no reciba el mismo trato que los demás, camarada.

—No, no lo hagas, Stan. Necesito un trato todavía peor —dijo Charlie, colocando las manos sobre su estómago.

Aunque los suboficiales trataron a Charlie con mayor gentileza que a los reclutas, la primera semana de entrenamiento básico le recordó el escaso ejercicio que había hecho durante los últimos veinte años, y cuando se sintió hambriento descubrió enseguida que lo ofrecido por el NAAFI no podía considerarse de ningún modo apetitoso. Intentar dormir cada noche en una cama de muelles, sobre un colchón de cinco centímetros de espesor, aumentó su desagrado hacia *herr* Hitler.

Al finalizar la segunda semana, Charlie ya había ascendido a cabo, y le dijeron que si deseaba quedarse en Cardiff como instructor, le nombrarían oficial de instrucción, con el grado de capitán.

—¿Es que esperamos la visita de los alemanes en Cardiff, chaval? —preguntó Charlie—, no tenía ni idea de que jugaran al rugby.

Transmitieron a sus superiores estas palabras, de modo que Charlie continuó de cabo, hasta completar el entrenamiento básico. A las ocho semanas ya era sargento, al mando de un pelotón que se encargó de adiestrar y preparar para su siguiente destino. A partir de aquel momento, prohibió a sus hombres que perdieran cualquier tipo de concurso, desde tiro con rifle a boxeo, y los «Terriers de Trumper» se convirtieron en el ejemplo a seguir por el resto del batallón durante las cuatro semanas restantes.

Diez días antes de completar su entrenamiento, Stan Russell comunicó a Charlie que el batallón marcharía con destino a África, donde se uniría a Wavell en el desierto. A Charlie le encantó la noticia, pues admiraba desde hacía mucho tiempo la reputación del coronel poeta.

El sargento Trumper empleó los últimos días de la semana en ayudar a sus chicos a escribir cartas a la familia y a las novias. No les imitó hasta el último momento. Confesó a Stan que solo se sentía preparado para librar una batalla verbal con los alemanes.

Se hallaba con su pelotón, en plena demostración de cómo funcionaba un Bren,

cuando un sofocado teniente se acercó a él.

—Trumper.

—Señor. —Charlie se cuadró.

—El jefe del batallón quiere verle inmediatamente.

—Sí, señor —dijo Charlie.

Encargó al cabo que continuara la clase y corrió detrás del teniente.

—¿Por qué vamos tan aprisa? —preguntó Charlie.

—Porque el jefe del batallón vino corriendo a buscarme.

—Entonces, se tratará de alta traición, como mínimo.

—Dios sabe de qué se trata, sargento, pero no tardará en averiguarlo —dijo el teniente, deteniéndose ante la puerta del jefe del batallón.

El teniente, con Charlie pisándole los talones, entró en la oficina del coronel sin llamar.

—Se presenta el sargento Trumper, 7312087...

—Ahórrese toda esa mierda, Trumper —dijo el coronel, mientras Charlie le veía pasear de un lado a otro, y palmearse la pierna con una fusta—. Mi coche le espera en la puerta. Se marcha ahora mismo a Londres.

—¿A Londres, señor?

—Sí, a Londres, Trumper. El señor Churchill acaba de telefonar. Desea verle lo antes posible.

CAPÍTULO 28

El chófer del coronel hizo todo cuanto pudo por llegar a Londres con la mayor rapidez posible. Hundió el pie en el acelerador hasta que la aguja rebasó los ciento veinte kilómetros por hora. No obstante, retenidos continuamente en ruta por convoyes de tropas, camiones de transporte y, en cierto momento, por tanques Warrior, resultó una empresa difícil. Cuando por fin llegaron a Chiswick, en los alrededores de Londres, se produjo un apagón, seguido de un ataque aéreo, seguido del cese de la alarma, seguido por incontables embotellamientos en el trayecto hasta Downing Street.

A pesar de que contó con seis horas para preguntarse por qué deseaba verle el señor Churchill, cuando el coche frenó ante el número 10 Charlie sabía tanto como cuando salió del cuartel de Cardiff, a primera hora de la tarde.

Se identificó ante el policía que montaba guardia en la puerta. Este consultó su agenda, golpeó la aldaba de metal y permitió que Charlie entrara en el vestíbulo. La primera reacción de Charlie al cruzar el umbral del número 10 fue de sorpresa, al descubrir que la casa era muy pequeña, comparada con la residencia de Daphne en Eaton Square.

Una joven oficial se acercó para recibirle y le condujo a una antesala.

—El primer ministro se halla reunido en este momento con el embajador de Estados Unidos —explicó la muchacha—, pero no creo que la entrevista con el señor Kennedy se prolongue demasiado.

—Gracias —contestó Charlie.

—¿Le apetece una taza de té?

—No, gracias.

Charlie estaba demasiado nervioso para pensar en beber té. Cuando la oficial cerró la puerta, cogió un ejemplar de *Lilliput* de una mesilla auxiliar y hojeó las páginas, sin molestarse en asimilar las palabras.

Tras mirar por encima todas las revistas de la mesa, algunas incluso atrasadas, concentró su interés en los cuadros de la pared. Wellington, Palmerston y Disraeli, cuadros inferiores que Becky no habría vendido en el número 1. Becky. Dios bendito, pensó, ni siquiera sabe que estoy en Londres. Se encaminó al teléfono que descansaba sobre el aparador, pero se arrepintió de la idea al instante. Frustrado, se puso a dar zancadas por la habitación, con la misma sensación de un paciente aguardando a que el médico le confirmara si el diagnóstico era terminal. De pronto, la puerta se abrió y la oficial apareció.

—El primer ministro le recibirá ahora, señor Trumper —dijo.

Después, le precedió por una estrecha escalera, flanqueada por cuadros de anteriores primeros ministros. Cuando llegó a Chamberlain, se encontró en el rellano ante un hombre de un metro setenta y cinco de estatura, los brazos en jarras y las piernas separadas, que le miraba con aire desafiante.

—Trumper —dijo Churchill, extendiendo la mano—. Me alegro de que haya acudido con tanta rapidez. Confío en no haber interrumpido nada importante.

Una clase, pensó Charlie, pero decidió no mencionar el hecho, y siguió al primer ministro al interior de su estudio. Churchill le indicó con un ademán que tomara asiento en una cómoda butaca de orejas, cerca del fuego. Charlie contempló los troncos que se quemaban y recordó las severas instrucciones que el primer ministro había dictado a la nación, recomendando el ahorro de carbón.

—Se estará preguntando qué ocurre —dijo el primer ministro, encendiendo un puro y abriendo una carpeta que descansaba sobre sus rodillas y empezó a leer.

—Sí, señor —contestó Charlie, sin recibir ninguna explicación.

Churchill continuaba leyendo las numerosas notas desplegadas frente a él.

—Veo que tenemos algo en común.

—¿De veras, primer ministro?

—Ambos servimos en la Gran Guerra.

—La guerra que terminaría con todas las guerras.

—Sí, volvió a equivocarse, ¿eh? Pero era un político. —El primer ministro rio por lo bajo antes de seguir leyendo. De pronto, levantó la vista—. Sin embargo, los dos hemos de jugar papeles mucho más importantes en esta guerra, Trumper, y no puedo permitir que pierda su tiempo dando clases a los reclutas en Cardiff.

El maldito lo sabe todo, pensó Charlie.

—Cuando una nación está en guerra, Trumper —dijo el primer ministro, cerrando la carpeta—, la gente imagina que la victoria está garantizada, siempre que tengamos más tropas y mejor equipamiento que el enemigo. No obstante, pueden perderse batallas por culpa de algo que los generales no controlan. Una pieza se estropea y paraliza las ruedas. Caramba, hoy mismo he tenido que disponer un nuevo departamento en el ministerio de la Guerra para descifrar mensajes en clave. He robado a Cambridge sus dos mejores profesores, junto con sus ayudantes, para intentar resolver el problema. Piezas de incalculable valor, Trumper.

—Sí, señor —contestó Charlie, sin saber de qué estaba hablando aquel hombre.

—Tengo un problema con otra de esas piezas, Trumper, y mis consejeros me han dicho que usted es el hombre más indicado para aportar la solución.

—Gracias, señor.

—Comida, Trumper, y lo más importante, su distribución. Según me ha dado a entender el ministro responsable, las provisiones empiezan a escasear con gran rapidez. Ni siquiera nos llegan las suficientes patatas de Irlanda. Uno de los mayores problemas con el que me enfrento en este momento es mantener lleno el estómago de la nación, sufragando una guerra en las costas enemigas y, al mismo tiempo, impidiendo que nuestras rutas de aprovisionamiento queden cerradas. El ministro me ha comentado que, con frecuencia, pasan semanas antes de que se trasladen los alimentos que llegan a los puertos, y a veces terminan donde no es debido.

»Además, nuestros granjeros se quejan de que no pueden realizar su trabajo a

plena satisfacción porque reclutamos a sus mejores hombres para las fuerzas armadas, y no reciben ninguna subvención del gobierno como compensación. —Hizo una pausa para volver a encender el puro—. Lo que estoy buscando, pues, es un hombre que se haya pasado la vida comprando, vendiendo y distribuyendo comida, alguien que haya vivido en la plaza del mercado y al que tanto granjeros como proveedores respeten. En suma, señor Trumper, le necesito a usted. Quiero que se convierta en la mano derecha de Woolton, se encargue de que recibamos los suministros y de que sean distribuidos a los lugares adecuados. No se me ocurre un trabajo más importante, y confío en que desee aceptar el reto.

El deseo de comenzar cuanto antes debió reflejarse en los ojos de Charlie, porque el primer ministro no se molestó en esperar su respuesta.

—Bien, veo que ha captado la idea básica. Preséntese en el ministerio de Alimentación a las ocho de la mañana. Un coche le recogerá en su casa a las ocho menos cuarto.

—Gracias, señor —dijo Charlie, sin explicarle al primer ministro que si un coche se hubiera presentado sin avisar a las ocho menos cuarto, habría llegado con un retraso de tres horas.

—Ah, Trumper, voy a nombrarle general de brigada, para darle ánimos.

—Prefiero seguir siendo Charlie Trumper, nada más.

—¿Por qué?

—Es posible que en algún momento deba tratar con dureza a un general.

El primer ministro se quitó el puro de la boca y lanzó una estentórea carcajada. Después, acompañó a su invitado hasta la puerta.

—Trumper —dijo, apoyando la mano en el hombro de Charlie—, si lo considera necesario, no dude en venir a verme, si considera que vale la pena. De día o de noche. Ya sabe que no pierdo el tiempo durmiendo.

—Gracias, señor —contestó Charlie, empezando a bajar la escalera.

—Buena suerte, Trumper, y dele de comer a la gente.

La oficial acompañó a Charlie al coche y le saludó cuando se sentó en el asiento delantero. Charlie se quedó sorprendido, porque aún llevaba el uniforme de sargento.

Pidió al chófer que le condujera a Little Boltons, pasando por Chelsea Terrace. Le entristeció ver las calles del West End devastadas por las bombas, y comprendió que ninguna parte de Londres había escapado a los incesantes bombardeos aéreos alemanes.

Cuando llegó a casa, Becky abrió la puerta y le echó los brazos al cuello.

—¿Qué quería el señor Churchill? —fue su primera pregunta.

—¿Cómo sabes que he ido a ver al primer ministro?

—Llamaron del número 10 para preguntar dónde te podían localizar. Bien, ¿qué quería?

—Alguien que reparta frutas y verduras regularmente.

A Charlie le cayó bien James Woolton desde el primer momento. Aunque lord Woolton había llegado al ministerio de Alimentación con fama de ser un brillante hombre de negocios, admitió que no era un experto en el campo de Charlie, pero su departamento se encargaría de que Charlie recibiera toda la ayuda necesaria.

Destinaron a Charlie una amplia oficina en el mismo pasillo del ministro, así como un equipo de catorce personas, encabezado por un joven ayudante personal llamado Arthur Selwyn, recién salido de Oxford.

Charlie no tardó en descubrir que Selwyn tenía un cerebro agudísimo y, aunque carecía de experiencia en el ramo de Charlie, solo necesitaba escuchar las cosas una vez.

La Marina le proporcionó una secretaria personal llamada Jessica Allen, la cual, al parecer, tenía ganas de trabajar las mismas horas que Charlie. Este se preguntó por qué una chica tan atractiva e inteligente carecía de vida social, hasta que, repasando el expediente de la muchacha, descubrió que su prometido se había ahogado cuando los alemanes hundieron el *Hood*.

Charlie pronto recobró su vieja costumbre de presentarse en el despacho a las cuatro y media, antes de que llegaran las mujeres de la limpieza. Así podía leer los papeles hasta las ocho sin que nadie le molestara.

Dada la naturaleza especial de su misión, y el obvio apoyo del ministro, todas las puertas se abrían cuando él aparecía. Al cabo de un mes, casi todos los miembros de su equipo llegaban a las cinco, aunque solo Selwyn se quedaba con él por las noches.

Durante aquel primer mes, Charlie se limitó a leer informes y escuchar las detalladas explicaciones de Selwyn sobre los problemas a que se habían enfrentado durante casi todo el año; de vez en cuando, iba a ver al ministro para que le aclarara un punto que no terminaba de comprender.

Al iniciarse el segundo mes, Charlie decidió visitar todos los puertos importantes del reino para averiguar quién retenía la distribución de comida, comida que, en ocasiones, se quedaba pudriéndose durante días en los almacenes de los muelles de toda la nación.

Al llegar a Liverpool descubrió que los alimentos no tenían prioridad sobre tanques u hombres en lo tocante a desplazamientos. Solicitó al ministerio que dispusiera una flota de vehículos propios, con el único propósito de distribuir los alimentos por todo el país.

Woolton logró conseguir setenta camiones, muchos de ellos, admitió, rechazados como excedentes de guerra.

—Nunca se me ocurriría algo semejante —dijo Charlie.

Sin embargo, el ministro aún no podía pedir hombres para que los condujeran.

—Si no hay hombres disponibles, señor ministro, necesito doscientas mujeres —pidió Charlie, y a pesar de las discretas burlas de los caricaturistas respecto al tema, la comida empezó a salir de los muelles a las pocas horas de su llegada.

Los estibadores reaccionaron positivamente ante las conductoras, y los líderes

sindicales jamás se enteraron de que Charlie utilizaba un acento para hablar con ellos y otro cuando volvía al ministerio.

Una vez resuelto el problema de la distribución, Charlie tuvo que enfrentarse a dos dilemas más. Por una parte, los granjeros se quejaban de que no podían hacer repartos, porque las fuerzas armadas requisaban sus mejores hombres; por otra, Charlie averiguó que no recibía la suficiente comida del exterior a causa del éxito alcanzado por los submarinos alemanes.

Presentó dos soluciones a la consideración de Woolton.

—Me ha proporcionado chicas para conducir camiones —le dijo—. Esta vez necesito cinco mil para trabajar en las granjas.

Al día siguiente, la BBC entrevistó a Woolton, quien solicitó a la nación muchachas para trabajar la tierra. Se inscribieron quinientas durante las primeras veinticuatro horas, y el ministro consiguió las cinco mil que Charlie había pedido al cabo de diez semanas. Charlie dejó que prosiguieran las solicitudes hasta tener siete mil, y distinguió una amplia sonrisa en el rostro del presidente de los sindicatos agrícolas.

En cuanto a la falta de suministros, Charlie aconsejó a Woolton que comprara arroz, como dieta básica sustitutoria, a causa de la escasez de patatas.

—¿Y de dónde sacamos el producto? —preguntó Woolton—. Los viajes a China y el Extremo Oriente son tan peligrosos que están fuera de toda consideración.

—Lo sé —contestó Charlie—, pero conozco a un proveedor de Egipto que nos proporcionará un millón de toneladas al mes.

—¿Es de confianza?

—Por supuesto que no, pero su hermano aún trabaja en el East End, y si le internáramos durante unos meses, creo que podría llegar a un acuerdo con la familia.

—Si la prensa se entera de lo que vamos a hacer, Charlie, harán ligas con mis intestinos.

—Yo no se lo voy a decir, señor ministro.

Al día siguiente, Eli Calil se encontró internado en la cárcel de Brixton, mientras Charlie volaba a El Cairo para acordar con su hermano la entrega de un millón de toneladas de arroz al mes, arroz que había sido destinado previamente a los italianos.

Charlie accedió a que Nasim Calil recibiera la mitad del pago en libras esterlinas y la otra mitad en piastras, sin necesidad de documentación alguna, siempre que los cargamentos llegaran a tiempo. De lo contrario, el gobierno de Calil recibiría información detallada de la transacción.

—Eres muy justo, Charlie, como siempre. ¿Qué pasará con mi hermano Eli? —preguntó Nasim Calil.

—Le pondremos en libertad al finalizar la guerra, pero solo si los cargamentos llegan a tiempo.

—Casi tan considerado como justo —replicó Nasim—. Un par de años en la cárcel no perjudicarán a Eli. Al fin y al cabo, es uno de los escasos miembros de mi

familia que todavía no ha pasado por tal experiencia.

Charlie procuraba pasar un par de horas al día, como mínimo, con Tom Arnold, para estar al corriente de lo que ocurría en Chelsea Terrace. Arnold admitió que «Trumper's» se las iba arreglando para mantenerse a flote, si bien había considerado necesario cerrar cinco comercios y proteger con tablones otros cuatro. La noticia deprimió a Charlie, pues Syd Wrexall le había escrito para ofrecerle su agrupación de tiendas y la bombardeada taberna de la esquina por solo seis mil libras, una suma que, según Wrexall, Charlie le había ofrecido en firme tiempo atrás. Lo único que Charlie debía hacer, aseguraba a Arnold en una carta, era firmar el talón.

Charlie estudió el contrato que Wrexall incluía.

—Le hice esa oferta antes de que la guerra estallara —dijo—. Devuélvame los documentos. Estoy seguro de que el año que viene, para estas fechas, cederá las tiendas por cuatro mil libras. De todos modos, trata de mantenerle animado, Tom.

—No será muy difícil —contestó Tom—. Desde que la bomba cayó sobre «El Mosquetero», Syd vive en Cheshire. Es dueño de una taberna en un pueblecito llamado Hatherton.

—Mejor aún —comentó Charlie—. Nunca le volveremos a ver. Aún estoy más convencido de que dentro de un año accederá a nuestra oferta, así que hagamos como si la carta no hubiera llegado. Al fin y al cabo, el correo no funciona muy bien en estos tiempos.

Charlie tuvo que dejar a Tom y viajar a Southampton, donde había llegado el primer cargamento de Calil. Sus camioneras habían acudido a recoger los sacos, pero el director del puerto se negaba a entregarlos sin una documentación debidamente firmada. Charlie podría haberse ahorrado el viaje, y no tenía la menor intención de repetirlo cada mes.

Cuando llegó al puerto descubrió enseguida que no existían problemas con los sindicatos, que deseaban descargar los sacos, o con sus chicas, que se hallaban sentadas en los guardabarros de sus camiones, a la espera de empezar la distribución.

Mientras tomaban una pinta en la taberna, Alf Redwood, el líder de los estibadores, advirtió a Charlie que el señor Simkins, director general de la Junta Portuaria, era muy meticuloso en lo concerniente al papeleo, y quería que todo se hiciera según las reglas.

—¿De veras? —dijo Charlie—. En ese caso, tendré que proceder de acuerdo con las reglas, ¿verdad?

Pagó su ronda y se dirigió al edificio de la administración, donde solicitó ver al señor Simkins.

—Está bastante ocupado en este momento —contestó la recepcionista, absorta en pintarse las uñas.

Charlie pasó de largo y entró en el despacho de Simkins. Descubrió a un hombre

calvo y delgado sentado detrás de un enorme escritorio, mojando un biscote en una taza de té.

—¿Quién es usted? —preguntó el director del puerto, tan sorprendido que dejó caer el biscote dentro del té.

—Charlie Trumper. He venido a averiguar por qué no me entrega el arroz.

—Carezco de la autoridad pertinente —respondió Simkins, intentando rescatar el biscote que flotaba en la bebida—. Falta la documentación oficial procedente de El Cairo, y sus formularios de Londres son muy inadecuados, muy inadecuados.

Dedicó a Charlie una sonrisa de satisfacción.

—Tardaría días en conseguir la documentación necesaria.

—Ese no es mi problema.

—Pero estamos en guerra, señor.

—Por eso es fundamental respetar las ordenanzas. Estoy seguro de que los alemanes lo hacen.

—Me importa una mierda lo que hagan los alemanes. Tengo un millón de toneladas de arroz que entran por este puerto cada mes, y quiero distribuir hasta el último grano lo antes posible. ¿Me he expresado con claridad?

—En efecto, señor Trumper, pero yo necesito la documentación oficial, debidamente cumplimentada, antes de entregarle su arroz.

—Le ordeno que me entregue ese arroz de inmediato —gritó Charlie.

—No hace falta que eleve la voz, señor Trumper porque, como ya le he explicado, carece de autoridad para darme órdenes. Esto es la Junta Portuaria y no se halla, como usted sin duda sabrá, bajo la autoridad del ministerio de Alimentación. Vuelva a Londres y procure que la próxima vez nos entreguen los formularios debidamente cumplimentados.

Charlie pensó que era demasiado viejo para golpear al hombre, de modo que descolgó el teléfono del escritorio y pidió un número.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Simkins—. Ese es mi teléfono... Carece de autoridad para utilizar mi teléfono.

Charlie aferró el teléfono con determinación y dio la espalda a Simkins.

—Soy Charlie Trumper —dijo, cuando oyó la voz al otro lado de la línea—. ¿Puede ponerme con el primer ministro?

Las mejillas de Simkins se tiñeron de rojo y después de blanco, cuando la sangre abandonó su rostro a gran velocidad.

—No creo que sea necesario... —empezó.

—Buenos días, señor —dijo Charlie—. Estoy en Southampton. Es por el problema del arroz que le comenté anoche. Parece que existen ciertos impedimentos. Tengo problemas...

Simkins agitó las manos frenéticamente para llamar la atención de Charlie, mientras cabeceaba con insólita energía.

—Tengo un millón de toneladas de arroz que llegan cada mes, primer ministro, y

las chicas están sentadas en sus...

—Todo irá bien —susurró Simkins—, todo irá bien, le doy mi palabra.

—¿Quiere hablar con el responsable, señor?

—No, no —farfulló Simkins—, no será necesario. Tengo todos los formularios, todos los formularios que usted necesita, todos los formularios.

—Se lo comunicaré, señor —dijo Charlie, haciendo una pausa—, volveré a Londres esta noche. Sí, señor, sí, le informaré en cuanto llegue. Adiós, primer ministro.

—Adiós —contestó Becky, colgando el teléfono—. Ya me dirás de qué va esto cuando vuelvas a casa esta noche.

El ministro estalló en carcajadas cuando Charlie le contó lo sucedido aquella noche. Jessica Allen le imitó.

—¿Sabe una cosa? Al primer ministro le habría encantado hablar con ese hombre si usted se lo hubiera pedido —dijo Woolton.

—En ese caso, Simkins habría sufrido un infarto —contestó Charlie—. Y entonces, mi arroz y mis conductoras se habrían quedado atascados en ese puerto para siempre. En cualquier caso, dada la escasez de comida, no me habría gustado que el pobre hombre echara a perder otro de sus biscotes.

Charlie se hallaba en Carlisle, asistiendo a una conferencia de granjeros, cuando le llamaron urgentemente desde Londres.

—¿Quién es? —preguntó, mientras intentaba concentrarse en las explicaciones que daba un delegado sobre los problemas de aumentar la plantación de nabos.

—La marquesa de Wiltshire —dijo Arthur Selwyn.

—Voy —dijo Charlie.

Abandonó la sala de conferencias y volvió a la habitación del hotel, mientras la operadora le pasaba la llamada.

—Daphne, ¿qué puedo hacer por ti, mi amor?

—No, querido, soy yo la que va a hacer algo por ti, como de costumbre. ¿Has leído el *Times* esta mañana?

—Eché un vistazo a los titulares. ¿Por qué?

—Será mejor que leas con detenimiento la página de las necrológicas. En particular, la última línea de una. No te haré perder más tiempo, querido, pues el primer ministro no deja de recordarme el papel vital que estás jugando en la victoria.

Charlie rio cuando se cortó la comunicación.

—¿Puedo ayudarle en algo? —preguntó Arthur Selwyn.

—Sí, Arthur, tráeme un ejemplar del *Times*.

Arthur volvió con el periódico y Charlie pasó las páginas hasta llegar a las necrológicas: almirante *sir* Alexander Dexter, comandante de sobresaliente habilidad táctica durante la Primera Guerra Mundial; J. T. Macpherson, el aeronauta y autor

teatral, y *sir* Raymond Hardcastle, el industrial...

Charlie repasó los escuetos detalles de la carrera de *sir* Raymond: nacido y educado en Yorkshire. Fortaleció la empresa de ingeniería fundada por su padre, que, de una empresa incipiente, se transformó durante los años veinte, en una de las mayores fuerzas industriales del norte de Inglaterra. En 1937 vendió su parte de las acciones a John Brown y Cía. por setecientos ochenta mil libras. Pero Daphne tenía razón: la última línea era la única que le interesaba.

«A *sir* Raymond, cuya esposa murió en 1934, le sobreviven dos hijas, la señorita Amy Hardcastle y la señora Gerald Trentham».

Charlie descolgó el teléfono del escritorio y pidió que le pusieran con un número de Chelsea. Pocos momentos después, habló con Tom Arnold.

—¿Dónde coño dijiste que podía encontrar a Wrexal? —fue la única pregunta que formuló.

—Ya le he dicho, presidente, que es el propietario de una taberna. «El Cazador Alegre», en un pueblo de Cheshire llamado Hatherton.

Charlie dio las gracias a su director gerente y colgó el auricular sin decir nada más.

—¿Puedo ayudarle? —preguntó Selwyn con sequedad.

—¿Qué programa me espera hasta terminar el día, Arthur?

—Bien, todavía no han acabado con el tema de los nabos; eso quiere decir que deberá asistir a diferentes sesiones a lo largo de la tarde. Esta noche hablará sobre la fortaleza económica del gobierno en la cena que clausurará la conferencia, y mañana por la mañana presentará los premios anuales que conceden los granjeros.

—Pues empieza a rezar para que llegue a tiempo a la cena —dijo Charlie.

Se levantó y se puso el abrigo.

—¿Quiere que le acompañe? —preguntó Selwyn, intentando seguir a su patrón.

—No, gracias, Arthur, es un asunto personal. Sustitúyeme si no vuelvo a tiempo.

Charlie bajó corriendo la escalera y salió al patio. Su chófer dormitaba beatíficamente tras el volante.

Charlie saltó al interior del coche y le despertó.

—Lléveme a Hatherton.

—¿Hatherton, señor?

—Sí, Hatherton. Salga de Carlisle por el sur y yo le guiaré después.

Charlie desplegó el plano, echó un vistazo a la parte de atrás y recorrió con el dedo las haches. Había cinco Hathertons en la lista, pero solo uno en Cheshire, por suerte. La única otra palabra que pronunció durante el viaje fue «Deprisa», y la repitió varias veces. Atravesaron Lancaster, Preston y Warrington, antes de detenerse frente al «Cazador Alegre» media hora antes de que la taberna cerrara.

Los ojos de Syd Wrexall casi se salieron de sus órbitas cuando Charlie entró como una exhalación.

—Un huevo escocés^[21] y una pinta de su mejor amarga, tabernero, y no escatime

nada —sonrió Charlie, dejando el maletín a su lado.

—Me alegro de verle por estos andurriales, señor Trumper —dijo Syd—. ¡Hilda, un huevo escocés, y ven a ver quién está aquí!

—Me dirigía a una conferencia de granjeros en Carlisle —explicó Charlie—, cuando se me ocurrió pasar y tomar un refrigerio con un viejo amigo.

—Muy gentil de su parte —dijo Syd, colocando una pinta de cerveza amarga frente a él—. Hemos leído muchas cosas sobre usted en los periódicos últimamente, acerca del trabajo que está realizando con lord Woolton. Se está convirtiendo en una celebridad.

—Es un trabajo fascinante que el primer ministro me ha concedido. Solo rezo para hacerlo bien.

Intentó darle un tono presuntuoso a sus palabras.

—¿Y sus tiendas, Charlie? ¿Quién se ocupa de ellas en su ausencia?

—Arnold ha vuelto a la base y hace lo que puede, dadas las circunstancias, pero me temo que hay cuatro o cinco cerradas, para no mencionar las que están protegidas con tablones. Se lo digo en confianza, Syd —Charlie bajó la voz—, si las cosas no mejoran pronto yo también buscaré un comprador.

La mujer de Wrexall apareció con una bandeja llena de comida.

—Hola, señora Wrexall —saludó Charlie. La mujer colocó ante él un huevo escocés y un plato de ensalada—. Me alegro de volver a verla. ¿Por qué no beben una copa a mi salud?

—Es muy amable por su parte, Charlie. ¿Te encargas tú, Hilda? —añadió, inclinándose sobre el mostrador con aire de conspirador—, ¿conoce a alguien interesado en comprar las tiendas de la asociación y la taberna?

—No se me ocurre. Si la memoria no me falla, Syd, usted pedía una cantidad escandalosa por «El Mosquetero», que ahora es un simple cráter producido por las bombas. No quiero ni mencionar el estado de las pocas tiendas que la cooperativa mantiene todavía protegidas con tablones.

—Accedí a su propuesta de seis mil libras. Creía que ya solo bastaba estrecharnos las manos, pero Arnold me dijo que usted había perdido el interés.

Hilda Wrexall dejó dos pintas sobre el mostrador y se alejó para servir a otro cliente.

—¿Eso le dijo? —preguntó Charlie, fingiendo sorpresa.

—Oh, sí. Yo acepté su oferta de seis mil, incluso envié el contrato firmado para que usted diera su aprobación, pero Arnold me devolvió los documentos sin más, coincidiendo con su partida.

—No lo creo. Yo le había dado mi palabra, Syd. ¿Por qué no habló directamente conmigo?

—No es tan fácil hoy en día. Ocupa una privilegiada posición y no creía que estuviera accesible para la gente como yo.

—Arnold no tenía derecho a hacer eso. No tuvo en cuenta que la relación entre

usted y yo se remonta a muchos años atrás. Le pido disculpas, Syd, y recuerde que para usted siempre estoy accesible. ¿Guardó el contrato, por casualidad?

—Desde luego, y demostraré que le he dicho la verdad.

Wrexall desapareció, mientras Charlie comía el huevo y probaba el estofado de la casa.

El tabernero regresó al cabo de unos minutos y dejó un fajo de documentos sobre el mostrador.

—Aquí lo tiene, Charlie, tan cierto como que estoy vivo.

Charlie estudió el contrato que Arnold le había enseñado nueve meses antes. Todavía llevaba la firma de Sydney Wrexall, con la cifra «seis mil» escrita a continuación de las palabras «como pago por...».

—Lo único que faltaba era la fecha y su firma —explicó Syd—, nunca pensé que me haría eso, Charlie, después de tantos años.

—Como bien sabe, Syd, soy un hombre de palabra. Lamento mucho que mi director gerente no conociera a fondo nuestro acuerdo personal.

Charlie sacó una cartera del bolsillo, sacó el talonario y escribió las palabras Syd Wrexall en la línea superior y seis mil libras en la de abajo, firmando al pie.

—Es usted un caballero, Charlie, siempre lo he dicho. ¿No es verdad, Hilda?

La señora Wrexall asintió con entusiasmo. Charlie sonrió, cogió el contrato, guardó todos los papeles en su maletín y estrechó las manos del tabernero y su mujer.

—¿Cuánto le debo? —preguntó, tras vaciar hasta la última gota del vaso.

—Va por cuenta de la casa —contestó Wrexall.

—Pero, Syd...

—No, insisto, no se me ocurriría tratar a un viejo amigo como a un cliente, Charlie. Paga la casa —repitió.

El teléfono sonó y Hilda fue a contestar.

—Bien, debo irme —dijo Charlie—. De lo contrario, llegaré tarde a la conferencia, y se supone que he de pronunciar otro discurso esta noche. Me encanta hacer negocios con usted, Syd.

Había llegado a la puerta de la taberna, cuando la señora Wrexall volvió precipitadamente al mostrador.

—Una dama pregunta por ti, Syd. Es una llamada de larga distancia. Dice que es la señora Trentham.

A medida que transcurrían los meses, se convirtió en un maestro de su oficio. Ningún director de puerto estaba seguro de cuándo entraría como una tromba en su despacho, ningún proveedor se sorprendía cuando deseaba examinar las facturas en persona, y el presidente del Sindicato de Granjeros ronroneaba cuando el nombre de Charlie surgía en alguna conversación.

Charlie nunca consideró necesario telefonear al primer ministro, aunque el señor Churchill lo hizo en una ocasión. Eran las cuatro y media de la mañana. Charlie descolgó el teléfono de su escritorio.

—Buenos días —dijo.

—¿Trumper?

—Sí, ¿quién es?

—Churchill.

—Buenos días, primer ministro. ¿Qué puedo hacer por usted, señor?

—Nada. Solo estaba comprobando que lo que dicen de usted es cierto. A propósito, gracias.

La comunicación se cortó.

Charlie se las arreglaba para comer de vez en cuando con Daniel. El chico trabajaba ahora para el ministerio de la Guerra, pero nunca hablaba de lo que llevaba entre manos. Cuando le ascendieron a capitán, Charlie solo se preocupó por la reacción de Becky, si alguna vez le veía de uniforme.

Cuando Charlie visitó a Tom Arnold a final de mes, se enteró de que el señor Hadlow se había jubilado como director del banco y su sustituto, un tal Paul Merrick no se estaba mostrando muy cordial.

—Dice que su descubierto está alcanzando niveles inaceptables y que ya es hora de hacer algo al respecto —explicó Tom.

—¿De veras? —dijo Charlie—. Entonces tendré que ir a ver a ese señor Merrick y decirle unas cuantas verdades.

Aunque Trumper ya abarcaba todas las tiendas de Chelsea Terrace, a excepción de la librería, Charlie seguía enfrentándose con el problema de la señora Trentham y sus pisos bombardeados, por no mencionar la preocupación adicional de *herr* Hitler y su guerra inacabable: solía situar estos problemas en una misma categoría y casi siempre en el mismo orden. La guerra con *herr* empezó a enderezarse hacia finales de 1942, con la victoria del 8.º Ejército en El Alamein. Charlie creyó que Churchill tenía razón al afirmar que la marea se había invertido, cuando primero África, seguida de Italia, Francia y por fin Alemania fueron invadidas.

Pero, para entonces, era el señor Merrick el que insistía en ver a Charlie.

Cuando Charlie entró en el despacho del señor Merrick por primera vez, le sorprendió ver lo joven que era el sustituto del señor Hadlow; también tardó unos momentos en acostumbrarse a un director de banco que no llevaba chaleco ni corbata negra. Paul Merrick era un poco más alto que Charlie, e igual de ancho, excepto en la sonrisa. Charlie descubrió enseguida que el señor Merrick no se paraba en barras.

—¿Se da usted cuenta, señor Trumper, de que el descubierto de su empresa asciende a unas cuarenta y siete mil libras y de que sus ingresos actuales ni siquiera cubren...?

—Pero la propiedad debe equivaler a cuatro o cinco veces esa cantidad.

—Si encontramos a alguien que desee comprarla.

—Pero yo no quiero vender.

—Tal vez no le quede otra alternativa si el banco decide ejecutar la hipoteca.

—Entonces, tendré que cambiar de banco.

—Es obvio que no ha tenido tiempo de leer las últimas actas de las reuniones de la junta, porque, en la más reciente, el señor Arnold, su director gerente, informó que había visitado seis bancos el pasado mes y ninguno había demostrado el menor interés en hacerse cargo de la cuenta de «Trumper's». —Merrick esperó la respuesta de su cliente, pero como Charlie guardaba silencio, continuó—: El señor Sanderson también explicó a la junta en dicha ocasión que la causa del problema al que usted se enfrenta ahora reside en que los precios de las propiedades son los más bajos desde 1930.

—Pero eso cambiará de la noche a la mañana en cuanto la guerra termine.

—Es posible, pero pueden pasar varios años y usted será insolvente mucho antes...

—Yo diría que unos doce meses.

—... En especial si usted continúa firmando cheques por valor de seis mil libras a cambio de propiedades que valen la mitad.

—Pero si no lo hiciera...

—No se hallaría en una situación tan precaria.

Charlie permaneció un rato en silencio.

—¿Qué espera entonces de mí? —preguntó por fin.

—Le ruego que me garantice el descubierto con todas sus propiedades, incluidas las existencias. Ya he redactado los documentos necesarios.

Merrick le volvió un documento que descansaba en el centro del escritorio.

—Si es tan amable de firmar —añadió, señalando una línea de puntos en la parte inferior de la hora—, prorrogaré su crédito por doce meses más.

—¿Y si me niego?

—No me quedará otra alternativa que declararle insolvente dentro de veintiocho días.

Charlie miró el documento y vio que Becky ya había firmado. Ambos hombres permanecieron en silencio un rato, mientras Charlie sopesaba su decisión. Después, sin pronunciar palabra, sacó su pluma, garabateó su firma, dio vuelta al documento y salió del despacho sin una palabra.

La rendición de Alemania fue firmada por el general Jodl y aceptada en nombre de los aliados por el general *sir* Bernard Montgomery el 7 de mayo de 1945.

Charlie habría participado en las celebraciones el día de la Victoria, que tenían lugar en Trafalgar Square, si Becky no le hubiera recordado que su descubierto se elevaba casi a sesenta mil libras y que Merrick les amenazaba de nuevo con la bancarrota.

—Se ha apoderado de todas nuestras propiedades y existencias. ¿Qué más quiere que haga?

—Sugiere que vendas lo único que puede saldar la deuda, y que incluso nos

dejaría un remanente para ir tirando durante dos años.

—¿Qué es?

—Los comedores de patatas *de Van Gogh*.

—¡Jamás!

Charlie fue a ver a lord Woolton a la mañana siguiente. Le explicó que estaba acuciado por graves problemas. Le preguntó si, ahora que la guerra en Europa había terminado, podía liberarle de sus responsabilidades.

Lord Woolton entendió a la perfección su dilema y expresó la tristeza, suya y de todo el departamento por su partida. Cuando Charlie dejó su despacho al mes siguiente, se llevó consigo a Jessica Allen.

Los problemas de Charlie no se solucionaron durante 1945, pues los precios de las propiedades siguieron cayendo y la inflación continuó aumentando. De todos modos, sintió una gran emoción cuando, tras declararse la paz con Japón, el primer ministro celebró una fiesta en su honor en el número 10 de Downing Street.

Daphne admitió que nunca había entrado en el edificio y confesó a Becky que no estaba segura de desear hacerlo. Percy dijo que le gustaría ir y que la envidia le corroía.

Estuvieron presentes varios ministros importantes del gabinete. Becky se sentó entre Churchill y la prometedor estrella Rap Butler, mientras Charlie tomaba asiento entre la señora Churchil y *lady Woolton*. Becky observó a su marido charlar de manera relajada con el primer ministro y lord Woolton, y sonrió cuando Charlie tuvo la sangre fría de ofrecer al anciano un puro que había elegido especialmente aquella tarde en el 139; nadie en aquella sala habría adivinado que se hallaban al borde de la bancarrota.

Al finalizar la velada, Becky dio las gracias al primer ministro, que le respondió de forma idéntica.

—¿Por qué? —le preguntó Becky.

—Por recibir llamadas telefónicas en mi nombre y tomar excelentes decisiones por mí —dijo Churchill, acompañándoles por el largo pasillo hasta el vestíbulo.

—No tenía ni idea de que usted lo supiera —dijo Charlie enrojeciendo.

—¿Saberlo? Woolton se lo contó a todo el gabinete al día siguiente. Nunca les había visto reír de tan buena gana.

Ya en la puerta del número 10, el primer ministro se inclinó ante Becky.

—Buenas noches... *lady Trumper* —dijo.

—¿Sabes lo que eso significa, verdad? —dijo Charlie, mientras salía de Downing Street y doblaba por Whitehall.

—Que vas a ser nombrado caballero.

Sí. Pero lo más importante es que tendremos que vender el *Van Gogh*.

DANIEL

1931 - 1947

CAPÍTULO 29

«**B**astardo, bastardo, bastardo» sigue siendo todavía mi primer recuerdo. Faltaban tres meses para que cumpliera los seis años, y lo gritó una niña desde el otro extremo del patio de recreo, señalándome mientras bailaba de un lado a otro. El resto de la clase se quedó quieta y observó, hasta que corrí hacia ella y la empujé contra la pared.

—¿Qué significa eso? —pregunté, estrujándole los brazos.

—No lo sé —contestó, estallando en lágrimas—. Oí a mi mamá decirle a mi papá que eras un pequeño bastardo.

—Yo sé lo que significa esa palabra —dijo una voz detrás de mí. Me volví y descubrí que los demás alumnos de la clase me rodeaban, pero no sabía quién había hablado.

—¿Qué significa? —pregunté de nuevo, en voz más alta.

—Dame seis peniques y te lo diré. —Miré a Neil Watson, el chulo de la clase, que siempre se sentaba detrás de mí.

—Solo tengo tres peniques.

—Muy bien, te lo diré por tres peniques —dijo, después de reflexionar unos momentos.

Se acercó a mí, extendió la palma de la mano y esperó hasta que yo desdoblé mi pañuelo y le entregué toda mi semanada. Ahuecó las manos y susurró en mi oído:

—No tienes padre.

—¡Eso no es verdad! —grité, y empecé a golpearle en el pecho, pero era mucho más grande que yo y se rio de mis débiles esfuerzos. Sonó el timbre que indicaba el fin del recreo y todos corrimos a la clase. Varios niños rieron y chillaron al unísono «Bastardo, bastardo, bastardo».

La niñera vino a buscarme al colegio aquella tarde, y en cuanto nos distanciamos de mis compañeros le pregunté qué quería decir la palabra.

—Es una pregunta muy desagradable, Daniel —se limitó a responder—, y solo espero que no te enseñen ese tipo de cosas en el Oratorio. Nunca más vuelvas a mencionarme esa palabra, por favor.

Después de tomar el té en la cocina, y cuando la niñera salió para prepararme el baño, le pregunté a la cocinera qué quería decir bastardo.

—Le aseguro que no lo sé, amo Daniel, y le aconsejo que no se lo pregunte a nadie —me contestó.

No me atreví a preguntárselo a mis padres por temor a que Neil Watson hubiera dicho la verdad, y pasé toda la noche despierto, pensando en cómo podría averiguarlo.

Al día siguiente, mi madre ingresó en el hospital, y no volvió a casa en mucho tiempo. Menciono esto porque papá estaba tan preocupado que no me dio dinero durante las tres semanas siguientes, y para entonces debí perder todo el interés en

averiguar qué significaba la palabra. Sin embargo, me preocupó la posibilidad de que llamarme bastardo y el ingreso de mi madre en el hospital, sin volver con el bebé prometido, todo en el mismo día, pudieran ser hechos relacionados entre sí.

Una semana después, la niñera me llevó a visitar a mamá al hospital de San Guido, pero no recuerdo casi nada, excepto que estaba muy blanca. Le prometí que trabajaría aún más cuando volviera al colegio. Recuerdo la alegría que sentí cuando por fin regresó a casa.

El siguiente episodio de mi vida con recuerdo con toda claridad fue ir al colegio de San Pablo a la edad de once años. Allí me hicieron trabajar de verdad por primera vez en mi vida. En la escuela preparatoria había destacado en casi todas las asignaturas sin necesidad de esforzarme más que cualquier otro niño, y no me preocupaba que me llamaran «empollón». En San Pablo había montones de chicos inteligentes, pero ninguno me llegaba a la suela del zapato en *mates*. No solo me gustaba la asignatura tanto como parecía aterrorizar a mis compañeros, sino que las notas de los exámenes finales siempre ponían muy contentos a mamá y papá. Apenas podía esperar a la siguiente ecuación de álgebra, un rompecabezas geométrico o el desafío de resolver una prueba aritmética en mi cabeza, en tanto los demás necesitaban llenar una página con cifras.

Me iba bastante bien en las demás materias y, aunque no descollaba en los juegos, me aficioné al violoncelo y me invitaron a tocar más adelante en la orquesta del colegio; sin embargo, mi maestro decía que todo esto carecía de importancia, pues estaba claro que iba a ser matemático durante toda la vida. No supe lo que quería decir en aquel momento, pues sabía que papá había dejado el colegio a los catorce años para encargarse del puesto de frutas y verduras de mi bisabuelo en Whitechapel, y aunque mamá había ido a la universidad de Londres todavía tenía que trabajar en Chelsea Terrace, 1, para que papá no perdiera «el estilo al que se había acostumbrado». Al menos, eso le decía mamá durante el desayuno de vez en cuando.

Fue por aquel entonces cuando descubrí lo que realmente significaba la palabra «bastardo». Estábamos en clase, leyendo en voz alta *King John*, y se lo pregunté al señor Quilter, mi profesor de inglés, sin llamar demasiado la atención sobre la pregunta. Uno o dos chicos volvieron la cabeza y rieron con disimulo, pero esta vez no me señalaron con el dedo ni susurraron y, cuando me revelaron el significado, pensé que Neil Watson no había errado tanto. Al menos, comprendí que la acusación no me concernía, pues papá y mamá siempre habían estado juntos, por lo que yo recordaba. Siempre habían sido el señor y la señora Trumper.

Supongo que habría olvidado aquel temprano incidente, de no haber bajado una noche a la cocina para beber un vaso de leche. Escuché una conversación entre Joan Moore y Harold, el mayordomo.

—El pequeño Daniel va muy bien en el colegio —dijo Harold—. Habrá heredado el cerebro de su madre.

—Es verdad, pero recemos para que nunca averigüe la verdad sobre su padre. —

Estas palabras me dejaron petrificado en la escalera. Seguí escuchando con suma atención.

—Bien, una cosa es segura —dijo Harold—. La señora Trentham nunca admitirá que el chico es su nieto. Dios sabe a quién irá a parar todo ese dinero.

—Al capitán Guy ya no, seguro —dijo Joan—, es posible que ese inútil de Nigel se haga con todo el lote.

Después, la conversación se centró en quién prepararía el desayuno, así que volví con sigilo a mi habitación, pero no logré dormir.

Aunque me senté en aquellos peldaños durante muchos meses, esperando obtener una información vital de sus labios, nunca volvieron a tocar el tema.

La siguiente vez que oí el apellido «Trentham» fue años después, cuando la marquesa de Wiltshire, una amiga íntima de mi madre, vino a tomar el té. Aunque ya tenía doce años, me enviaron a jugar, pero me quedé en el vestíbulo cuando escuché una pregunta de mi madre.

—¿Asististe al funeral de Guy?

—Sí, pero no fue bien recibido por los bondadosos feligreses de Ashurst —le aseguré a la marquesa—. Los que se acordaban bien de él se comportaron como si les hubieran quitado un peso de encima.

—¿Estaba presente *sir* Raymond?

—No, brilló por su ausencia —fue la respuesta—. La señora Trentham proclamó que estaba demasiado viejo para viajar, un triste recordatorio para todos de que todavía aspira a heredar una considerable fortuna en un futuro no muy lejano.

Estos nuevos datos carecieron de sentido para mí.

La única ocasión posterior en que el apellido Trentham se mentó en mi presencia fue durante una conversación entre mi padre y el coronel Hamilton. Este se iba de casa después de una entrevista privada celebrada en el estudio.

—Por más que le ofrezcamos a la señora Trentham —se limitó a decir mi padre—, nunca nos venderá esos pisos.

El coronel cabeceó furiosamente, pero solo farfulló:

—Maldita mujer.

Cuando mis padres se fueron de casa, busqué en el listín el apellido Trentham. Solo localicé uno: el mayor G. H. Trentham, MP, Chester Square, 14. No supe más que antes.

Cuando el colegio Trinity me ofreció en 1938 la beca Newton de matemáticas, pensé que papá iba a estallar de orgullo. Fuimos a pasar el fin de semana a la ciudad universitaria para examinar mi futura residencia. Después, paseamos por los claustros del colegio y el Gran Patio.

La única nube que ensombreció este despejado horizonte fue la Alemania nazi. Se discutía en el parlamento el reclutamiento obligatorio de los jóvenes mayores de veinte años, y yo ardía en deseos de alistarme, si Hitler osaba poner el pie en suelo polaco.

Mi primer año en Cambridge fue bien, sobre todo porque Horace Bradford me dio clases. Su esposa Victoria y él eran considerados la flor y nata del grupo de capacitados profesores que enseñaban matemáticas en la universidad. Aunque se rumoreaba que la señora Bradford había ganado el premio Wrangler por ser la primera de su curso, nos explicó que no le habían concedido el prestigioso galardón por el hecho de ser mujer. Se concedió el premio al hombre que había quedado en segundo lugar. Esta información motivó que mi madre se estremeciera de rabia.

La señora Bradford celebraba que a mi madre le hubieran concedido el título de la universidad de Londres en 1921, mientras Cambridge todavía se negaba a reconocer el suyo en 1939.

Cuando terminé mi primer curso, yo, como muchos jóvenes estudiantes de Cambridge, solicité alistarme en el ejército, pero mi profesor me pidió que trabajara con él y su mujer en el ministerio de la Guerra, encuadrado en un nuevo departamento que se iba a especializar en descifrar mensajes en código.

Acepté la oferta sin pensarlo dos veces, y saboreé la perspectiva de pasar el tiempo sentado en una cochambrosa habitación de Bletchley Park, intentando descifrar códigos. Llegué a sentirme culpable por ser una de las pocas personas uniformadas que extraían cierto placer de la guerra. Papá me dio dinero para comprar un MG de segunda mano; así podría desplazarme a Londres de vez en cuando para verles.

Logré en ocasiones arrancarle una hora de sus ocupaciones en el ministerio de la Guerra, pero él solo comía pan y queso, regados con un vaso de leche, para dar ejemplo al resto del equipo. Podría considerarse el dato edificante, pero muy poco nutritivo, como me advirtió el señor Selwyn, añadiendo que hasta el ministro estaba en contra.

—¿Y el señor Churchill? —pregunté.

—Me han dicho que es el siguiente de la lista.

Me nombraron capitán en 1943, un simple reconocimiento por parte del ministerio de la Guerra del trabajo que estábamos llevando a cabo. A mi padre le encantó, por supuesto, pero yo lamenté no poder contar a mis padres la alegría experimentada cuando desciframos el código empleado por los submarinos alemanes. Todavía me asombra que siguieran utilizándolo hasta mucho tiempo después de nuestro descubrimiento. El código era como el sueño de un matemático, que desciframos por fin en el reverso de un menú que tomamos en Lyon's Comer House, muy cerca de Piccadilly. La camarera que nos servía me describió como un vándalo. Yo reí y pensé que me iba a tomar el resto del día libre para sorprender a mi madre, presentándome en uniforme de capitán. Consideraba mi aspecto elegante, pero su reacción al abrir la puerta me sobrecogió. Me miró como si viera un fantasma. Se recobró al instante, pero esa reacción al verme de uniforme se convirtió en una pieza más del rompecabezas, un rompecabezas que nunca se alejaba de mis pensamientos.

La siguiente pista apareció en la última línea de una necrológica, a la que no

presté excesiva atención hasta descubrir que una tal señora Trentham heredaría una fortuna. En sí, no era una pista importante, pero al fin comprendí que era la hija de alguien llamado *sir* Raymond Hardcastle. Un nombre que me permitió llenar varias casillas que encajaban en ambas direcciones. Lo que más me sorprendió fue la falta de mención a Guy Trentham entre los parientes supervivientes.

En ocasiones, deseaba no haber nacido con la clase de mente que disfruta descifrando códigos y fórmulas matemáticas, pero, de todos modos, «bastardo», «Trentham», «hospital», «capitán Guy», «pisos», «*sir* Raymond», «ese inútil de Nigel», «funeral» y la palidez de mi madre al verme vestido de capitán parecían poseer una estrecha relación. Presentí también que necesitaba resolver otras incógnitas, antes de que la lógica me condujera a la solución correcta.

Entonces, comprendí a quién se había referido la marquesa años antes, cuando le dijo a mi madre que había asistido al funeral de Guy. Fue al capitán Guy a quien enterraron. Aun así, ¿por qué era ese dato tan significativo?

El siguiente sábado por la mañana me levanté a una hora intempestiva y viajé a Ashurst, el pueblo en donde había residido antes la marquesa de Wiltshire. Había llegado a la conclusión de que no era una coincidencia. Llegué a la iglesia parroquial poco después de las seis y, como había imaginado, a esa hora no había nadie en el cementerio. Paseé entre las lápidas, mirando los nombres: Yardley, Baxter, Flood, Harcourt-Browne. Malas hierbas cubrían algunas tumbas, otras estaban engalanadas con flores frescas. Me detuve para contemplar la tumba del abuelo de mi madrina. Me alejé. Debía haber un centenar de feligreses enterrados alrededor de la torre del reloj, pero aun así no tardé mucho en localizar el bien cuidado panteón familiar de los Trentham, a pocos metros de la sacristía de la iglesia.

Cuando localicé la lápida más reciente de la familia, un sudor frío cubrió mi cuerpo.

GUY TRENTHAM, MC
1896-1927
TRAS UNA LARGA ENFERMEDAD
TODA SU FAMILIA LE ECHA EN FALTA

De esta forma, el misterio llegaba, literalmente, a un punto muerto, en la tumba de un hombre que, sin lugar a dudas, habría podido responder a todas las preguntas de seguir con vida.

Cuando la guerra terminó volví al Trinity y me concedieron un año suplementario para obtener el título. Aunque mis padres consideraban como hecho más sobresaliente del año el que hubiera logrado el máximo galardón de mi promoción en matemáticas, junto con una beca para realizar investigaciones, yo pensaba que la

investidura de papá en el palacio de Buckingham no era moco de pavo.

La ceremonia constituyó un doble placer, pues tuve la oportunidad de ver a mi antiguo profesor, el señor Bradford, ser nombrado caballero por el papel desempeñado en el campo del descifrado de mensajes en clave (si bien, como mi madre señaló, no hubo nada para su mujer). Recuerdo que también me sentí ofendido, en nombre del doctor Bradford. Papá había hecho su parte, llenando los estómagos de los británicos, pero, como Churchill había afirmado en la Cámara de los Comunes, nuestro pequeño equipo había acertado en un año, probablemente, la duración de la guerra.

Todos nos encontramos después para tomar el té en el Ritz y, por supuesto, en algún momento de la tarde la conversación derivó hacia la carrera que yo me proponía seguir, ahora que la guerra había terminado. Para hacer justicia a mi padre, en ningún momento insinuó que me integrara en «Trumper's», y yo sabía muy bien cuánto había anhelado tener otro hijo para que, algún día, le sustituyera. De hecho, durante las vacaciones de verano, fui cada vez más consciente de mi buena suerte, pues mi padre parecía exclusivamente interesado por los negocios y mi madre era incapaz de ocultar su angustia sobre el futuro de «Trumper's», y siempre que le preguntaba en qué podía ayudarles, se limitaba a contestar: «No te preocupes. Al final todo saldrá bien».

Una vez de vuelta a Cambridge, me convencí de que jamás volvería a preocuparme por el apellido Trentham, si alguna vez me topaba con él. De todas maneras, sospecho que no llegué a olvidarlo del todo porque nunca se pronunciaba con espontaneidad en mi presencia. Mi padre era tan extravertido que carecía de explicación su discreción sobre este tema en particular..., hasta tal punto que me resultaba imposible comentarlo con él.

Habría podido pasarme años sin hacer nada por resolver el enigma, si una mañana no hubiera descolgado un teléfono supletorio de Little Boltons y escuchado a Tom Arnold, la mano derecha de mi padre, decir:

—Bien, al menos podemos felicitarnos de que haya localizado a Syd Wrexall antes que la señora Trentham.

Colgué de inmediato el auricular, con la sensación de que debía llegar al fondo del misterio de una vez por todas... y sin que mis padres lo averiguaran. ¿Porqué se piensa siempre lo peor en estas situaciones? Sin duda, la solución final sería de lo más inocente y sencilla.

Si bien no conocía en persona a Syd Wrexall, le recordaba como patrón del «Mosquetero», una taberna que se alzó orgullosamente en el otro extremo de Chelsea Terrace hasta ser bombardeada. Mi padre adquirió la propiedad durante la guerra, y convirtió más tarde el edificio en departamento de muebles de un supermercado.

A Dick Barton no le costó descubrir que el señor Wrexall había abandonado Londres durante la guerra y se había convertido en el dueño de una taberna, situada en un soñoliento pueblo llamado Hatherton, oculto en el Cheshire.

Dediqué tres días a trazar la estrategia a seguir con el señor Wrexall, y solo cuando estuve convencido de saber todas las preguntas que necesitaban ser contestadas reuní las fuerzas necesarias para viajar a Hatherton. Era preciso formular todos los interrogantes de manera que no parecieran preguntas. Esperé otro mes para desplazarme a Hatherton, y me dejé crecer una barba lo bastante larga para asegurarme de que Wrexall no me reconocería. Aunque yo no recordaba haberle visto en el pasado, cabía la posibilidad de que Wrexall se hubiera cruzado conmigo tres o cuatro años antes, reconociéndome en cuanto entrara en la taberna. Incluso me compré un par de gafas modernas, en lugar de las proporcionadas por la Seguridad Social.

Elegí un lunes para efectuar el viaje, pues sospechaba que sería el día más tranquilo de la semana para comer en una taberna. Antes de salir llamé al «Cazador Alegre», para estar seguro de que el señor Wrexall trabajaba ese día. Su esposa me confirmó este extremo, y colgué antes de que inquiriera por el motivo de mi curiosidad.

Ensayé una y otra vez la serie de no-preguntas durante el trayecto al Cheshire. Llegué a Hatherton, aparqué mi coche en una calle lateral, algo lejos de la taberna, y me dirigí al «Cazador Alegre». Vi a tres o cuatro personas charlando en la barra, y a otra media docena tomando una copa alrededor del insignificante fuego. Me senté en el extremo de la barra y pedí una ración de pastel de pastor^[22], y media pinta de la mejor amarga a una dama rolliza y entrada en años que, como descubrí más tarde, era la esposa del patrón. Solo tardé unos segundos en averiguar quién era el dueño, porque los demás parroquianos le llamaban Syd. De todas maneras, sabía que debía contener mi impaciencia, mientras le escuchaba hablar de todo y de todos, desde *lady Docker* hasta Richard Murdoch, como si fueran íntimos amigos suyos.

—¿Otro de lo mismo? —preguntó, acercándose a mí y cogiendo mi vaso.

—Sí, por favor —contesté, tranquilizado al ver que no me había reconocido.

Cuando me trajo la cerveza, solo quedaban dos o tres clientes en la barra.

—Es usted de por aquí, ¿verdad? —preguntó, apoyándose en el mostrador.

—No. He venido un par de días para realizar una inspección. Trabajo en el ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.

—¿Y qué le trae por Hatherton?

—Comprobar el número de dolencias de pies y boca que aquejan a las granjas.

—Ah, sí. Lo he leído en los periódicos —dijo, jugueteando con el vaso vacío.

—Tome un trago a mi salud —le invité.

—Oh, gracias, señor. Tomaré un *whisky*, con su permiso.

Introdujo el vaso de cerveza vacío en el agua de la pila y se sirvió un doble. Me cobró media corona y me preguntó cómo iban mis pesquisas.

—Hasta el momento, todo bien —contesté—, pero debo inspeccionar unas granjas más en el norte del condado.

—Yo conocía a alguien de su departamento —dijo.

—Ah, ¿sí?

—*Sir Charles Trumper.*

—Es anterior a mi época, pero todavía se habla de él en el ministerio. Si la mitad de las historias que cuentan sobre él son ciertas, habrá sido un tipo duro.

—Ya lo creo. Y de no ser por él, ahora yo sería rico.

—Vaya.

—Sí. Yo poseía una pequeña propiedad en Londres antes de venir aquí. Una taberna, además de cierta participación en varias tiendas de Chelsea Terrace, para ser exactos. Me lo compró durante la guerra por solo seis mil libras. Si hubiera esperado veinticuatro horas más, lo habría vendido todo por veinte mil, quizás incluso treinta mil.

—Pero la guerra no terminó en veinticuatro horas.

—Oh, no, no estoy insinuando ni por un momento que hiciera algo deshonesto, pero siempre me pareció algo más que una coincidencia su aparición en esta taberna aquella precisa mañana.

El vaso de Wrexall volvía a estar vacío.

—¿Repetimos? —le pregunté, con la esperanza de que invertir media corona más continuaría soltándole la lengua.

—Es usted muy generoso, señor —contestó. Regresó al cabo de un momento—, ¿por dónde iba?

—Por aquella precisa mañana —le recordé.

—Oh, sí, *sir Charles*... Charlie, como siempre le llamaba yo. Bien, cerró el trato en esta misma barra, en menos de diez minutos, y justo después llamó otra persona, preguntando si las propiedades seguían a la venta. Tuve que decirle a la dama en cuestión que ya había firmado el contrato.

Me ahorré preguntarle quién era «la dama», porque ya lo sospechaba.

—Eso no demuestra que ella le hubiera pagado veinte mil libras por el lote.

—Oh, sí, ya lo creo. La señora Trentham me habría ofrecido cualquier cosa con tal de evitar que *sir Charles* se apoderase de esas tiendas.

—Santo Dios —exclamé, reprimiendo la pregunta «¿por qué?».

—Oh, sí, hace años que los Trumper y los Trentham no se pueden ni ver. Ella aún es la propietaria de un bloque de pisos en pleno Chelsea Terrace. Es lo único que le impide a Charlie erigir su gran mausoleo. Además, cuando ella, en un momento dado, intentó comprar el número 1 de Chelsea Terrace, Charlie la dejó en el ridículo más total. Nunca he visto nada igual en mi vida.

—Eso debió suceder hace años. Me asombra que la gente siga en sus trece durante tanto tiempo.

—Tiene razón, porque, por lo que yo sé, esto viene sucediendo desde los años veinte, desde que el petimetre de su hijo fue visto saliendo con la señorita Salmon.

Contuve el aliento.

—La señora Trentham no lo aprobó, ya lo creo que no. Todos los de «El

Mosquetero» lo sabíamos, y cuando el hijo se larga a la India, la chica Salmon va y se casa de repente con Charlie.

—Ocurrió hace muchísimo tiempo. Me sorprende que alguien se preocupe todavía —concluí, antes de vaciar mi vaso.

—Muy cierto. Siempre ha sido un misterio para mí también, pero con la gente nunca se sabe. Bien, debo cerrar ya, señor, o la ley caerá sobre mí.

—Por supuesto, y yo debo regresar con esas ovejas antes de que se escapen a las colinas.

Antes de volver a Cambridge me senté en el coche y escribí todo lo que pude recordar de mi conversación con el tabernero. En el trayecto de vuelta intenté unir y ordenar las nuevas pistas. Aunque Wrexall me había proporcionado gran cantidad de información, también me había suministrado varias preguntas sin respuesta. Lo único que sabía con certeza después de abandonar la taberna era que ya no podía detenerme.

A la mañana siguiente decidí volver al ministerio de la Guerra y preguntar a la vieja secretaria de *sir* Horace si existía alguna manera de averiguar los antecedentes de un antiguo oficial.

—¿Nombre? —preguntó la estirada dama, que llevaba el pelo recogido en un moño, un estilo de antes de la guerra.

—Guy Trentham.

—¿Graduación y regimiento?

—Capitán de los Fusileros Reales, diría yo.

La mujer desapareció tras una puerta cerrada, pero volvió al cabo de diez minutos con una pequeña carpeta marrón. Extrajo una sola hoja de papel y la leyó en voz alta.

—Capitán Guy Trentham, MC. Sirvió en la Primera Guerra Mundial, fue destinado posteriormente a la India y dimitió en 1923. No dio explicaciones. No consta ninguna dirección.

—Es usted un genio —dije y, ante su consternación, la besé en la frente antes de marcharme.

Cuanto más descubría, más necesitaba saber, aunque durante un tiempo tuve la impresión de encontrarme en otro punto muerto. Dedicué las semanas siguientes a concentrarme en mi trabajo de tutor, hasta que mis pupilos se fueron al empezar las vacaciones de Navidad.

Volví a Londres y pasé unas espléndidas vacaciones con mis padres en Little Boltons. Mi padre parecía mucho más relajado que en verano, y mi madre, aparentemente, había dejado de lado sus inexplicadas angustias. Sin embargo, durante aquellas vacaciones surgió un nuevo misterio y, como yo estaba convencido de que guardaba relación con los Trentham, no dudé en preguntar a mi madre.

—¿Qué ha pasado con el cuadro favorito de papá?

Su respuesta me entristeció sobremanera. Me suplicó que jamás mencionara *Los comedores de patatas* delante de él. La semana antes de volver a Cambridge,

mientras me dirigía por la calle Beaufort hacia Little Boltons, vi a un inválido de Chelsea, con su uniforme de estameña azul, que intentaba cruzar la calle.

—Permítame que le ayude —dije.

—Gracias, señor —contestó, mirándome con una sonrisa legañosa.

—¿Con quién sirvió usted?

—Con el propio príncipe de Gales —replicó—. ¿Y usted?

—Con los Fusileros Reales —atravesamos la calle juntos—. ¿Conoce a alguno?

—Los *Fuzzies*. Oh, sí, a Banger Smith, que sirvió durante la Gran Guerra, y a Sammy Tomkins, que ingresó después, en el veintidós o veintitrés, si no recuerdo mal, y quedó inválido después de Tobruk.

—¿Banger Smith?

—Sí —replicó el inválido. Habíamos llegado a la otra acera—. Un gandul de cuidado. —Rio por lo bajo—. Todavía se pasa un día a la semana por el museo del regimiento, si hay que creerle.

Me presenté en el pequeño, museo, del regimiento, sito en la Torre de Londres, al día siguiente. El director me dijo que Banger Smith solo venía los jueves, aunque no todos. Paseé por una sala llena de recuerdos del regimiento, banderas raídas que desplegaban condecoraciones militares, un aparador donde, se exhibían uniformes, anticuados instrumentos bélicos de una era periclitada y grandes mapas cubiertos de alfileres de colores que señalaban cómo, dónde y cuándo se habían ganado aquellas condecoraciones.

Como el director solo era unos años mayor que yo, no le agobié con preguntas sobre la Primera Guerra Mundial, pero regresé el jueves siguiente y encontré a un viejo soldado sentado en un rincón del museo, fingiendo que realizaba su trabajo del día.

—¿Banger Smith?

El vil anciano no debía medir ni un centímetro más de metro y medio, y no hizo el menor intento de levantarse de la silla. Me miró con aire suspicaz.

—¿Y qué?

Saqué del bolsillo interior un billete de diez chelines.

Miró primero el billete, y después a mí, con ojos suspicaces.

—¿Qué quiere?

—¿Se acuerda de un tal capitán Trentham, por casualidad?

—¿Es usted de la policía?

—No, soy abogado y me ocupo de su herencia.

—Apostaría a que ese cabrón no le dejó nada a nadie.

—No estoy autorizado a hablar de eso. Supongo que no sabe qué fue de él después de abandonar los Fusileros. Los datos que constan en los registros del regimiento sobre él acaban en 1923.

—No es extraño. Cuando se fue de los Fusileros, la banda del regimiento no le despidió con canciones en el terreno de instrucción. En mi opinión, tendrían que

haber descuartizado entre cuatro caballos a ese cabrón.

—¿Por qué?

—No me sacará ni una palabra. Secreto del regimiento —añadió, tocándose un lado de la nariz.

—¿No sabe qué hizo después de marcharse de la India?

—Eso le costará más de diez chelines —rio el viejo.

—¿Qué quiere decir?

—Se largó a Australia, ¿sabe? Murió allí, y su madre trajo el cadáver en barco. En mala hora, es lo único que puedo decir. Arrancaría su jodida fotografía de la pared, si pudiera.

—¿Su foto?

—Sí, Los MC están al lado de DSO^[23], en la esquina superior izquierda —dijo, consiguiendo levantar un brazo para señalar en aquella dirección.

Me acerqué lentamente a la esquina que Banger Smith había indicado. Dejé atrás los VC de los Fusileros, varios DSO y llegué a los MC. Estaban en orden cronológico: 1914, tres; 1915, trece; 1916, diez; 1917, once; 1918, diecisiete. El capitán Guy Trentham había ganado la MC después de la segunda batalla del Marne, el 21 de julio de 1918, según constaba en la inscripción.

Miré la foto del joven oficial uniformado de capitán y supe al instante que debía viajar a Australia.

CAPÍTULO 30

—¿Cuándo piensas marcharte?

—En verano.

—¿Tienes dinero suficiente para pagarte el viaje?

—Aún me quedan casi todas las quinientas libras que me regalaste cuando me gradué. En realidad, solo he gastado en el MG; ciento ochenta libras, si no recuerdo mal. En cualquier caso, un soltero que se hospeda en el colegio no necesita muchos ingresos. —Daniel levantó la vista cuando su madre entró en la sala de estar.

—Daniel piensa ir a Estados Unidos este verano —dijo Charlie.

—Qué divertido —comentó Becky, poniendo flores sobre una mesilla auxiliar, al lado del Remington—. Ve a ver a los Fields en Chicago y los Bloomingdale en Nueva York, y si tienes tiempo también podrías...

—Para ser sincero —la interrumpió Daniel, apoyándose contra la repisa de la chimenea—, me parece que iré a ver a Waterston en Princeton y a Stinstead en Berkeley.

—¿Les conozco? —preguntó Becky, frunciendo el ceño.

—No creo, madre. Los dos son profesores universitarios que enseñan matemáticas, o matemática, como ellos dicen.

Charlie rio.

—Bien, escríbenos a menudo —dijo su madre—. Siempre me gusta saber dónde estás y qué haces.

—Claro que lo haré, madre —contestó Daniel, intentando controlar su tono de voz—, si prometes acordarte de que ya tengo veintiséis años.

Becky le dirigió una sonrisa.

—¿De veras, querido?

Daniel volvió aquella noche a Cambridge, tratando de imaginar cómo podría mantenerse en contacto desde Estados Unidos, cuando en realidad su auténtico destino era Australia. No soportaba la idea de engañar a su madre, pero sospechaba que a ella le dolería mucho más contarle la verdad sobre el capitán Trentham.

No contribuyó a mejorar la situación que Charlie le enviara un pasaje en primera clase para Nueva York a bordo del *Queen Mary*, con la fecha que había citado. Costaba ciento tres libras, incluyendo la vuelta abierta.

Daniel alcanzó un compromiso consigo mismo. Averiguó que si embarcaba en el *Queen Mary* con destino a Nueva York la semana siguiente al fin de curso, y proseguía el viaje en el 20th Century Limited hasta San Francisco, atravesando todo el país, aún podría subir al SS *Aorangi* que zarpaba hacia Sydney con un día de antelación. De esta forma aún podría permitirse cuatro semanas en Australia antes de repetir el viaje de sur a norte, y llegaría a Southampton pocos días antes de que diera comienzo el primer trimestre.

Como en todo lo que emprendía, dedicó horas de investigación y preparación.

Asignó tres días al departamento de Información del Alto Comisariado Australiano, con sede en el Strand, y procuró en todo momento sentarse cerca del doctor Marcus Winter, un profesor visitante de Adelaida, cuando cenaba en la mesa de autoridades del Trinity. Aunque el primer secretario y el bibliotecario suplente de la Casa de Australia quedaban desconcertados ante algunas preguntas de Daniel, y el doctor Marcus sentía curiosidad por las atenciones del joven matemático, a finales del tercer trimestre Daniel ya había recabado la suficiente información como para estar seguro de que no iba a perder el tiempo en el subcontinente. Sin embargo, aceptaba que toda la empresa era una gigantesca apuesta, en caso de que la primera pregunta recibiera como respuesta «No hay forma de averiguarlo».

Daniel hizo las maletas y lo tuvo todo dispuesto cuatro días después de que los estudiantes se marcharan y completara los informes para su departamento. Su madre llegó la tarde del día siguiente al colegio para acompañarle en coche a Southampton. Durante el trayecto a la costa del sur, le explicó que Charlie había pedido permiso al Consejo Municipal de Londres para transformar Chelsea Terrace en unos grandes almacenes inmensos.

—¿Y aquellos pisos bombardeados?

—El Consejo ha concedido tres meses a los propietarios para reconstruirlos, o los expropiarán para ponerlos a la venta.

—Es una pena que no podamos comprarlos nosotros —dijo Daniel, ensayando una de sus no-preguntas, con la esperanza de obtener alguna respuesta de su madre, pero esta siguió conduciendo por la A30.

No dejaba de ser irónico, pensó, que si su madre le hubiera confesado la razón por la cual la señora Trentham se negaba a cooperar con su padre, podrían haber regresado tranquilamente a Cambridge.

Pisó terreno más seguro.

—¿De dónde piensa sacar el dinero papá para un proyecto tan enorme?

—No acababa de decidirse entre pedir un préstamo bancario o convertirse en sociedad anónima.

—¿De qué cantidad estás hablando?

—El señor Merrick calcula alrededor de ciento cincuenta mil libras.

Daniel lanzó un silbido.

—El banco se sentiría encantado de prestarnos esa suma —continuó Becky—, pero piden como garantía todas nuestras posesiones, incluyendo los inmuebles de Chelsea Terrace, la casa, nuestra colección de arte y, para colmo, quieren que firmemos un aval personal, cargando a la empresa el cuatro por ciento del descubierto.

—Entonces, lo mejor será transformarse en sociedad anónima.

—No es tan fácil. Si nos decidimos por esa solución, la familia solo se quedará con el cincuenta y uno por ciento de las acciones.

—El cincuenta y uno por ciento significa tener el control de la compañía.

—De acuerdo, pero si algún día necesitamos reunir más capital, es posible que no logremos controlar la mayoría de las acciones. En cualquier caso, sabes muy bien cuánto le molesta a tu padre dar explicaciones a los extraños. Si Charlie se viera obligado a informar regularmente a más directores no ejecutivos, por no mencionar a los accionistas, nos veríamos abocados a un desastre. Siempre dirige los negocios por instinto, y es posible que el banco de Inglaterra prefiera métodos más ortodoxos.

—¿Cuándo ha de tomar la decisión?

—Se habrá decidido en un sentido u otro cuando vuelvas de Estados Unidos.

—¿Cómo ves el futuro del número 1?

—Se me ha presentado una oportunidad excelente de renovarlo. Tengo el personal idóneo y suficientes contactos, de manera que, si nos conceden el permiso solicitado, creo que, a su debido tiempo, le haremos una seria competencia a Sotheby's y Christie's.

—Si papá deja de robar los mejores cuadros...

—Es verdad —sonrió Becky—, pero si persevera, nuestra colección privada valdrá más que el negocio. Pues revender el Van Gogh a la galería Lefèvre sería una crueldad excesiva. Para ser un aficionado, posee la mejor intuición que he visto en mi vida..., pero no le comentas nunca que te lo he dicho.

Becky siguió todas las flechas que indicaban la dirección del muelle y frenó junto al transatlántico, pero no tan cerca como Daphne lo había hecho tiempo atrás, si no recordaba mal.

Daniel zarpó de Southampton aquella noche a bordo del *Queen Mary*. Su madre le despidió desde el muelle.

Ya a bordo del gran transatlántico, Daniel escribió una larga carta a sus padres, que envió desde la Quinta Avenida. Después, compró un billete a la 20th. Century Limited para el coche-cama de Chicago. El tren salió de la estación Penn a las ocho de aquella misma noche. Daniel había pasado tan solo seis horas en Manhattan, y su única compra se limitó a una guía de Estados Unidos.

Al llegar a Chicago, el coche-cama fue agregado al *Super Chief*, que le condujo a Los Ángeles.

Durante la travesía de cuatro días por tierras norteamericanas, empezó a lamentar tener que irse a Australia. Cada ciudad le parecía más interesante que la anterior. Atravesó Kansas City, Newton City, La Junta, Albuquerque y Barstow. Daniel bajaba siempre que el tren paraba en una estación, compraba una postal en colores que indicaba exactamente dónde estaba, y llenaba el espacio en blanco con más información obtenida de la guía turística, antes de que el tren llegara a la siguiente estación. Luego, echaba la postal escrita en la parada posterior, y volvía a iniciar el proceso. Cuando el expreso llegó a la estación de Oakland, ya había enviado veintisiete postales diferentes a Little Boltons.

En cuanto el autobús le depositó en San Francisco, Daniel se instaló en un pequeño hotel cerca del puerto, tras comprobar que los precios estaban al alcance de

su bolsillo. Como aún faltaban treinta y seis horas para que el SS *Aorangi* zarpara, se desplazó a Berkeley y pasó todo el segundo día con el profesor Stinstead. Le fascinaron hasta tal punto sus investigaciones sobre los cálculos terciarios que empezó a arrepentirse todavía más de no poder alargar su estancia; sospechaba que saldría ganando quedándose en Berkeley.

La noche antes de zarpar, Daniel compró veinte postales más y estuvo escribiéndolas hasta la una de la madrugada. Al llegar a la vigésima, su cerebro ya había dado todo de sí. Por la mañana pagó la cuenta y pidió al conserje mayor que enviara una cada tres días hasta que regresara. Le dio diez dólares, prometiéndole que habría otros diez a su vuelta, siempre que quedara por enviar el número de postales correcto, pues no sabía con precisión la fecha de su retorno.

El portero expresó cierta confusión, pero se guardó en el bolsillo los diez dólares. En un aparte, comentó con su joven colega del escritorio que, en el pasado, le habían pedido cosas más extrañas por menos dinero.

La barba de Daniel había crecido bastante cuando abordó el SS *Aorangi*. Tenía un plan preparado gracias a toda la información recogida al otro lado del globo. Durante el viaje, Daniel se sentó a una gran mesa circular que compartía con una familia australiana. Regresaba a su casa después de pasar las vacaciones en Estados Unidos. Contribuyeron con generosidad a ampliar el bagaje de conocimientos de Daniel a lo largo de las tres semanas siguientes, sin darse cuenta de que el joven escuchaba con inusual interés hasta la última palabra que pronunciaban.

Daniel entró en Sydney el primer lunes de agosto en 1947. Subió a la cubierta y vio el sol ponerse tras el Sydney Harbour Bridge, mientras el práctico guiaba lentamente el transatlántico al interior del puerto. Se sintió de repente muy mareado. Deseó con todas sus fuerzas no haberse embarcado en el viaje (no era la primera vez). Bajó del barco una hora más tarde y se alojó en una casa de huéspedes que le había recomendado el cabeza de la familia con la que había compartido la mesa durante la travesía.

La propietaria de la casa de huéspedes, que se presentó como señora Snell, era una mujer enorme, de enorme sonrisa y enormes carcajadas, que le alojó en lo que ella llamaba su mejor habitación. Daniel se tranquilizó al saber que no había caído en una habitación normal, porque cuando se estiró sobre el colchón la cama doble se hundió en el centro, y cuando se dio la vuelta los muelles le siguieron e insistieron en lacerar sus riñones. Los dos grifos del lavabo producían agua fría en diferentes tonos de color pardo, y era imposible leer a la luz de la única bombilla que colgaba en el centro de la habitación, a menos que se pusiera de pie sobre una silla bajo ella. La señora Snell no le había proporcionado ninguna silla.

Cuando, a la mañana siguiente, tras un desayuno compuesto de huevos, *bacon*, patatas y pan tostado, le preguntó a Daniel si comería allí o fuera, él respondió con firmeza «fuera», ante el evidente desagrado de la patrona.

Hizo la primera —y crítica— llamada a la Oficina de Inmigración. Si no obtenía

ninguna información, ya podía volver al SS *Aorangi* aquella misma noche. Daniel presintió que no sufriría una cruel decepción si esto ocurría.

El enorme edificio de la calle Market, construido con piedra parda, que albergaba el expediente de todas las personas llegadas a la colonia desde 1823, abría a las diez de la mañana. Aunque llegó media hora antes, Daniel tuvo que engrosar una de las ocho colas de gente que intentaba averiguar algún dato sobre los inmigrantes registrados, lo cual le aseguró otro retraso de cuarenta minutos hasta llegar al mostrador.

Cuando lo consiguió se encontró frente a un hombre de cara rubicunda, vestido con una camisa azul de cuello abierto, derrumbado detrás del mostrador.

—Busco a un inglés que llegó a Australia entre 1923 y 1925.

—¿Tienes algún dato más, amigo?

—Me temo que no.

—Teme que no, ¿eh? —dijo el empleado, pero Daniel no perdió la calma—. ¿Sabe el nombre?

—Oh, sí. Guy Trentham.

—Trentham. ¿Cómo se deletrea?

Daniel deletreó el nombre poco a poco.

—Bien, amigo, serán dos libras. —Daniel sacó la cartera de su chaqueta deportiva y le tendió el billete—. Firme aquí —dijo el empleado, dándole la vuelta a un impreso y posando el índice sobre la línea final—. Vuelva el jueves.

—¿El jueves? Pero si aún faltan tres días.

—Me alegro de que todavía les enseñen a contar en Inglaterra —replicó el funcionario—. El siguiente.

Daniel se marchó del edificio sin información, pero con un recibo por sus dos libras. Compró un ejemplar del *Morning Herald* de Sydney y buscó un restaurante cerca del puerto para comer. Eligió un pequeño restaurante abarrotado de gente joven. Un camarero le condujo a una ruidosa y atestada sala, acomodándole en una mesa pequeña del rincón. Casi había terminado de leer el periódico cuando el camarero volvió con la ensalada que había pedido.

Mientras masticaba una hoja de lechuga meditaba en la forma más constructiva de emplear la inesperada demora. Entonces, una joven de la mesa vecina se inclinó hacia él y le preguntó si podía pasarle el azúcar.

—Por supuesto, permítame —dijo Daniel, dándole el azucarero. No se habría fijado más en la chica, pero reparó en que estaba leyendo *Principia Mathematica*, de A. N. Whitehead y Bertrand Russell.

—¿Estudia matemáticas, por casualidad? —preguntó, después de pasarle el azúcar.

—Sí —dijo ella sin mirarle.

—Se lo pregunto —insistió Daniel, pensando que tal vez podía tacharse a su pregunta poco educada—, porque doy clases de esa asignatura.

—Claro —dijo ella, sin darse la vuelta—. Oxford, seguro.

—Cambridge, en realidad.

La noticia logró que la chica se volviera y mirara a Daniel con más atención.

—¿Puede explicarme los detalles de la regla de Simpson? —preguntó ella.

Daniel desdobló la servilleta de papel, sacó una pluma y dibujó una gráfica que explicaba la regla, paso a paso, algo que no había hecho desde dejar San Pablo.

La joven comparó su obra con el diagrama del libro y sonrió.

—Bingo, es verdad que enseña matemáticas.

Esto cogió a Daniel por sorpresa, pero aún se quedó más sorprendido cuando la chica levantó su plato de ensalada y se sentó a su lado.

—Me llamo Jackie —dijo—. Soy una leñadora de Perth.

—Yo soy Daniel, y vengo de...

—Cambridge. Ya me lo has dicho, ¿recuerdas?

Ahora fue Daniel quien tuvo ocasión de mirar con más detenimiento a la joven, sentada frente a él. Jackie aparentaba unos veinte años. Tenía cabello rubio corto y nariz respingona. Su ropa consistía en unos ceñidos vaqueros cortados a la altura del muslo y una camiseta amarilla con la leyenda «¡PERTH! Detente aquí y nunca volverás a dormir». No se parecía a ninguna estudiante que hubiera pasado por el Trinity.

—¿Vas a la universidad? —preguntó Daniel.

—Sí. Perth, segundo año. ¿Qué te ha traído a Sydney, Dan?

A Daniel no se le ocurrió ninguna respuesta, pero tampoco tuvo mucha importancia, porque Jackie ya le estaba explicando por qué se hallaba ella en la capital de Nueva Gales del Sur, sin darle tiempo a contestar. De hecho, Jackie llevó casi todo el peso de la conversación, hasta que les trajeron la cuenta. Daniel insistió en pagar.

—Estupendo —dijo Jackie—. Bien, ¿qué haces esta noche?

—No he pensado en nada concreto.

—Fantástico, porque pensaba ir al Teatro Real. ¿Quieres venir conmigo?

—Oh, ¿qué obra representan? —preguntó Daniel, incapaz de ocultar su sorpresa al haber sido escogido por primera vez en su vida.

—*Esta noche a las ocho y media*, de Noel Coward, con Richard y Madge Elliott.

—Parece prometedor —dijo Daniel, sin comprometerse.

—Fantástico. Nos encontraremos en el vestíbulo a las ocho menos diez, Dan. No te retrases.

La joven cogió su mochila, se la tiró a la espalda, sujetó la hebilla y se marchó.

Daniel la vio salir del restaurante antes de poder pensar en una excusa para evadir la invitación. Decidió que sería grosero no presentarse en el teatro y, además, tenía que admitir que le gustaba la compañía de Jackie. Consultó su reloj y tomó la decisión de pasar el resto de la tarde paseando por la ciudad.

Cuando Daniel llegó al Teatro Real aquella noche, antes de las ocho menos

veinte, compró dos butacas de primera fila a seis chelines cada una; después, deambuló por el vestíbulo, esperando a su acompañante... ¿o era él quien la acompañaba? Al sonar el timbre, indicando que faltaban cinco minutos para empezar, la joven aún no había llegado y Daniel se dio cuenta de que tenía muchas más ganas de verla de lo que se permitía admitir. No se veía ni rastro de su compañera de comida cuando sonó de nuevo el timbre: faltaban dos minutos. Daniel asumió que iba a ver la obra solo. Un minuto antes de que se levantara el telón sintió que una mano le apretaba el brazo y oyó una voz decir:

—Hola, Dan. Pensaba que no vendrías.

Daniel sonrió. Aunque disfrutó la obra, descubrió que disfrutaba todavía más de su compañía durante el descanso, después del espectáculo y a lo largo de la cena en «Romano's», un pequeño restaurante italiano que ella parecía conocer bien. Nunca había conocido a nadie que, sin apenas conocerle, se mostrara tan abierto y cordial. Hablaron de todo, desde matemáticas a Clark Gable, y Jackie siempre tenía una opinión contundente, fuera cual fuese el tema.

—¿Puedo acompañarte a tu hotel? —preguntó Daniel cuando salieron del restaurante.

—No tengo —replicó Jackie con una sonrisa, y se echó la mochila al hombro—, pero puedo acompañarte al tuyo.

—¿Por qué no? Espero que la señora Snell tenga otra habitación libre para esta noche.

—Esperemos que no.

Jackie apretó el timbre nocturno y la señora Snell abrió la puerta.

—No me había fijado en que eran dos —dijo la mujer—. Esto significará un suplemento, por supuesto.

—Pero nosotros no... —empezó Daniel.

—Gracias —dijo Jackie, cogiendo la llave mientras la patrona guiñaba el ojo a Daniel.

Al llegar a la pequeña habitación de Daniel, Jackie se quitó la mochila.

—No te preocupes por mí, Dan, dormiré en el suelo.

Incapaz de contestar, y sin pronunciar una palabra, Daniel entró en el cuarto de baño, se puso el pijama y se lavó los dientes. Salió del baño y corrió hacia la cama, sin mirar en dirección a Jackie. Oyó que la puerta del cuarto de baño se cerraba unos momentos después. Salió de la cama, se acercó de puntillas a la puerta, cerró la luz y se deslizó de nuevo bajo las sábanas. Unos minutos después oyó que la puerta del cuarto de baño se abría otra vez. Cerró los ojos y fingió que dormía. Nada más pasado un momento sintió que un cuerpo se acomodaba junto al suyo y unos brazos le rodeaban.

—Oh, Daniel. —La voz de Jackie, en la oscuridad, adoptó un exagerado acento inglés—. Quitémonos estos horribles pijamas.

Daniel se volvió para protestar cuando ella tiró del cordón de lana, pero en lugar

de ello se apretó contra el cuerpo desnudo de la chica. Daniel ya no volvió a hablar y se quedó tendido, los ojos cerrados, si hacer casi nada cuando Jackie empezó a mover lentamente las manos por todo su cuerpo. Experimentó un enorme júbilo y, enseguida, un gran agotamiento, sin saber muy bien qué había ocurrido. Sin embargo, había disfrutado de cada momento.

—¿Sabes una cosa? Creo que eres virgen —dijo Jackie, cuando volvió a abrir los ojos.

—No —la corrigió él—. Era virgen.

—Me temo que lo sigues siendo —contestó Jackie—, estrictamente hablando. Pero no te preocupes por eso; te prometo que lo habremos solucionado antes de que amanezca. Por cierto, Dan, la próxima vez estás invitado a participar.

Daniel se pasó la mayor parte de los tres días siguientes en la cama, recibiendo las clases impartidas por una estudiante de segundo año de la universidad de Perth. La segunda mañana descubrió la incomparable belleza del cuerpo de una mujer. La tercera noche ella exhaló un gemido, lo cual le llevó a creer que, pese a no haberse graduado, había merecido, al menos, un aprobado.

Se sintió triste cuando Jackie le anunció su regreso a Perth. La joven se echó la mochila al hombro por última vez. La acompañó a la estación y contempló la partida del tren que la conduciría al oeste de Australia.

—Si alguna vez voy a Cambridge, Dan, te buscaré —fueron las últimas palabras de Jackie.

—Eso espero —contestó Daniel, pensando que varios miembros de la mesa que compartía en el Trinity saldrían beneficiados tras unos días como alumnos de Jackie.

Daniel volvió el jueves por la mañana a la Oficina de Inmigración y, tras una hora de espera en la inevitable cola, entregó su recibo al funcionario, que seguía derrumbado sobre el mostrador.

—Ah, sí, Guy Trentham, ya me acuerdo. Descubrí sus datos poco después de que usted se marchara. Es una pena que no volviera aquella misma tarde.

—Le estoy muy agradecido.

—¿Por qué? —preguntó el funcionario con suspicacia.

Daniel cogió la tarjetita verde que el funcionario le tendió.

—Por los tres días más felices de mi vida.

—¿Qué quiere decir, amigo? —preguntó el funcionario, pero Daniel ya se había marchado.

Se sentó en la escalinata exterior del alto edificio colonial y examinó la tarjeta oficial. Como temía, no revelaba gran cosa:

Nombre: Guy Trentham (registrado como inmigrante)

18 de noviembre de 1922

Ocupación: administrador de finca agrícola
Dirección: Manley Drive, 117
Sydney

Daniel localizó enseguida Manley Drive en el plano de la ciudad que Jackie le había dado. Cogió el autobús que llevaba a la parte norte de Sydney y bajó en un poblado suburbano que dominaba el puerto. Las casas, aunque bastante grandes, parecían en mal estado. Daniel tuvo la impresión de que el suburbio, en otros tiempos, había sido una zona residencial.

Cuando tocó el timbre de lo que tal vez habría sido una antigua casa de huéspedes de tipo colonial, un joven vestido con téjanos y camiseta abrió la puerta. Daniel comenzó a pensar que se trataba del atavío nacional.

—Sé que es algo aventurado —empezó Daniel—, pero estoy tratando de localizar a un hombre que tal vez viviera aquí en 1923.

—Un poco antes de mi época —sonrió el joven—. Lo mejor será que entre y hable con mi tía Sylvia... Puede que haya suerte.

Daniel siguió al joven hasta una sala de estar bastante sucia; luego, salieron al porche posterior, que todavía conservaba huellas de haber estado pintado de blanco en tiempos remotos. Vio sentada frente a él en una mecedora a una mujer que aparentaba menos de cincuenta años, pero el cabello teñido y el excesivo maquillaje imposibilitaron a Daniel calcular su auténtica edad. Estaba sentada en una silla de mimbre, gozando del sol matutino con los ojos cerrados.

—Lamento molestarla...

—No estaba dormida —dijo la mujer, abriendo los ojos para examinar al intruso. Le miró con suspicacia—, ¿quién es usted? Me resulta familiar.

—Me llamo Daniel Trumper. Estoy intentando localizar a alguien que pudo vivir aquí en 1923.

—Hace más de veinte años —rió la mujer—. Debo decirle que es un poco optimista.

—Su nombre era Guy Trentham.

Ella se incorporó de pronto y le miró con fijeza.

—Es usted su hijo, ¿verdad? —Daniel se quedó helado—. No olvidaría las facciones de aquel farsante adulator ni que viviera cien años.

Ni siquiera él podía negar ya la verdad.

—¿Ha vuelto después de tanto tiempo para pagar sus deudas?

—No comprendo...

—Se largó dejando por pagar casi un año de alquiler. Siempre escribía a su madre para que le mandara más dinero, pero yo nunca vi ni un céntimo. Supongo que consideraba suficiente pago acostarse conmigo, por eso es probable que me olvide de ese bastardo, ¿verdad? Sobre todo, después de lo que le pasó.

—¿Significa eso que sabe adónde fue cuando se marchó de esta casa?

La mujer vaciló unos instantes, como si tratara de tomar una decisión. Miró por la ventana, mientras Daniel aguardaba.

—Lo último que supe —dijo, después de una larga pausa— fue que trabajaba como corredor de apuestas de caballos en Melbourne, pero eso fue antes...

—¿Antes...?

La mujer le contempló con curiosidad.

—No, es mejor que lo averigüe por sus propios medios. No quiero cargar con la responsabilidad de decírselo. Si quiere un consejo, tome el primer barco para Inglaterra y olvídense de Melbourne.

—Tal vez sea usted la única persona que pueda ayudarme.

—Su padre me estafó una vez, y no permitiré que su hijo también me tome el pelo, se lo aseguro. Kevin, acompáñale a la puerta.

A Daniel le dio el corazón un vuelco. Dio las gracias a la mujer por recibirle y se marchó sin decir nada más. Cogió el autobús de vuelta a Sydney y recorrió a pie la distancia que le separaba de la casa de huéspedes. Aquella noche echó en falta a Jackie, mientras se estrujaba el cerebro para imaginar las tropelías cometidas por su padre en Sydney, y se preguntaba si debía seguir el consejo de la mujer.

A la mañana siguiente, Daniel abandonó a la señora Snell y a su enorme sonrisa, pero no antes de que le presentara una enorme factura. La pagó sin rechistar y se dirigió a la estación de tren.

Cuando el tren de Sydney se detuvo en la estación de la calle Spencer, en Melbourne, la primera decisión de Daniel fue consultar la guía telefónica y buscar el apellido Trentham, pero no había ninguno. Telefonó después a todos los corredores de apuestas registrados en la ciudad, pero solo al noveno le sonó el apellido.

—Me dice algo —explicó una voz al otro extremo de la línea—, pero no recuerdo por qué. Llame a Brad Morris. Dirigía esta oficina en aquel tiempo, y es posible que pueda ayudarle. Encontrará su número en la guía.

Daniel encontró el número, pero su conversación con el señor Morris fue tan breve que ni siquiera necesitó una segunda moneda.

—¿Significa algo para usted el nombre de Guy Trentham? —preguntó una vez más.

—¿El inglés?

—Sí —contestó Daniel, notando que su pulso se aceleraba.

—¿El que hablaba con acento elegante y decía a todo el mundo que era mayor del ejército?

—Es muy posible.

—Pues pruebe en la cárcel, porque allí es donde terminó. —Daniel iba a preguntar el motivo, pero la comunicación ya se había cortado.

Aún temblaba de pies a cabeza cuando sacó su baúl de la estación y se inscribió en el hotel Railway, al otro lado de la calle. Le dieron una habitación pequeña y oscura. Se tendió en la cama individual y trató de decidir si iba a continuar sus

pesquisas, o pasaría de la verdad y regresaría a Inglaterra, siguiendo el consejo de Sylvia.

Se durmió pronto, pero despertó en plena noche, descubriendo que estaba vestido por completo. Había tomado la decisión cuando las primeras luces del amanecer se colaron por la ventana. No quería saber, no necesitaba saber, volvería a Inglaterra de inmediato.

Decidió tomar primero un baño y después cambiarse de ropa. Al terminar, había cambiado de idea.

Daniel bajó al vestíbulo media hora más tarde y preguntó al recepcionista dónde estaba la comisaría de policía principal. El hombre sentado detrás del mostrador le dirigió hacia la calle Bourke.

—¿Tan mala era la habitación? —preguntó.

Daniel lanzó una falsa carcajada. Luego, tomó la dirección que le habían indicado, lleno de aprensiones. Solo tardó unos minutos en llegar a la calle Bourke, pero dio varias vueltas a la manzana antes de subir los escalones de piedra y entrar en la comisaría de policía.

El joven sargento de guardia no reconoció el apellido Trentham, y solo preguntó quién se interesaba por él.

—Un familiar suyo de Inglaterra —contestó Daniel.

El sargento le dejó en el mostrador y se encaminó al otro extremo de la sala para cambiar unas palabras con un oficial superior, que se hallaba sentado tras un escritorio, examinando fotografías. El oficial interrumpió su tarea y le escuchó con atención, haciendo alguna pregunta. En respuesta, el sargento señaló a Daniel. Bastardo, pensó Daniel. Bastardo, bastardo, bastardo. El sargento volvió al mostrador un momento después.

—El caso Trentham está cerrado —dijo—. Deberá encaminar sus pesquisas al departamento de prisiones.

—¿Dónde está? —preguntó Daniel, casi sin voz.

—En la séptima planta de este mismo edificio.

Cuando salió del ascensor a la séptima planta, se topó con un cartel de gran tamaño clavado en la pared opuesta, que exhibía el rostro cordial de un hombre llamado Héctor Watts, inspector general de prisiones.

Daniel se acercó al mostrador de información y preguntó si podía ver al señor Watts.

—¿Está citado?

—No.

—En ese caso, dudo...

—¿Sería tan amable de explicar al inspector general que he viajado desde Inglaterra solo para verle?

La espera duró apenas unos segundos. Le indicaron que subiera a la octava planta. La misma sonrisa cordial que aparecía en la foto le sonrió en persona, aunque las

arrugas del rostro eran algo más pronunciadas. Daniel juzgó que Héctor Watts tendría unos sesenta años y, aunque algo grueso, aún daba la impresión de que podía cuidarse de sí mismo.

—¿De qué parte de Inglaterra viene usted? —preguntó Watts.

—De Cambridge. Enseño matemáticas en la universidad.

—Yo soy de Glasgow, lo cual no le sorprenderá, por mi apellido y acento. Bien, tome asiento y dígame qué puedo hacer por usted.

—Sigo la pista de un tal Guy Trentham, y el departamento de policía me dirigió a usted.

—Oh, sí, recuerdo ese nombre. Pero ¿por qué? —El escocés se levantó y se acercó a unos ficheros alineados contra la pared del fondo. Abrió el correspondiente a las letras «STV»—. Trentham —repitió, pasando las hojas, antes de sacar dos. Volvió al escritorio, colocó las hojas frente a él y se puso a leer. Tras hacerse una idea de los detalles fundamentales, levantó la vista y estudió a Daniel con curiosidad—, ¿lleva mucho tiempo aquí, muchacho?

—Llegué a Sydney hace menos de una semana —contestó Daniel, desconcertado por la pregunta.

—¿Había visitado antes Melbourne?

—No, nunca.

—¿Cuál es el motivo de su interés?

—Quería averiguar todo lo que pudiera sobre el capitán Guy Trentham.

—¿Por qué? ¿Es usted periodista?

—No, soy profesor, pero...

—Ha debido tener buenos motivos para hacer un viaje tan largo.

—Curiosidad, supongo. Aunque nunca le conocí, Guy Trentham era mi padre.

El responsable del servicio de prisiones miró en la hoja la lista de los parientes próximos: esposa, Anna Helen (fallecida), una hija, Margaret Ethel. Ni la menor mención a su hijo. Miró a Daniel y, tras reflexionar unos momentos, tomó una decisión.

—Lamento decirle, señor Trentham, que su padre murió mientras se hallaba bajo la custodia de la policía.

Daniel se quedó estupefacto, y los temblores se reprodujeron de nuevo. Watts no apartaba la vista de él.

—Lamento darle tan desagradables noticias, teniendo en cuenta que se ha desplazado desde tan lejos.

—¿Cuál fue la causa de su muerte? —susurró Daniel.

El inspector general volvió la página y echó un vistazo a la última línea de la hoja de alegaciones que tenía frente a él. Leyó las palabras: «Colgado por el cuello hasta morir». Miró a Daniel.

—Un ataque al corazón —se limitó a decir.

CAPÍTULO 31

Daniel cogió el coche-cama de regreso a Sydney, pero no durmió. Solo deseaba alejarse de Melbourne tanto como le fuera posible. Se fue tranquilizando a medida que pasaban los kilómetros, y al cabo de un tiempo se sintió con fuerzas para comer un bocadillo en el vagón restaurante. Cuando el tren se detuvo en la estación de la mayor ciudad de Australia bajó, cargó el baúl en un taxi y se dirigió al puerto. Compró un pasaje en el primer barco que zarpaba hacia cualquier ciudad de la costa oeste de Estados Unidos.

El pequeño carguero, autorizado a llevar tan solo cuatro pasajeros, zarpó a medianoche con dirección a San Francisco, y Daniel no obtuvo permiso para subir a bordo hasta pagarle en metálico al capitán toda la tarifa. Le quedó lo suficiente para regresar a Inglaterra..., si no sufría ningún accidente en el camino.

Durante aquella movida, oscilante e interminable travesía, Daniel pasó muchas horas estirado en una litera. Tuvo tiempo más que sobrado para pensar en lo que haría con la información obtenida. También trató de comprender las angustias que habrían sufrido sus padres durante todos aquellos años. Si le hubieran otorgado su confianza desde el primer momento, habría dedicado todos sus esfuerzos en ayudar, y no en desperdiciar tantas energías buscando la verdad. Era consciente de que no podía contarles lo que había descubierto, porque, probablemente, sabía más que ellos.

Daniel dudaba que su madre conociera el desdichado final de Guy Trentham, dejando un rosario de deudores en Victoria y Nueva Gales del Sur. La lápida de Ashurst no decía nada de todo esto.

Empezó a forjar un plan cuando el pequeño carguero pasó bajo el Golden Gate y enfiló rumbo a la bahía.

Tras pasar los trámites de inmigración, Daniel fue en autobús al centro de San Francisco y se alojó en el mismo hotel de la ida. El portero le enseñó las dos postales que quedaban por enviar, y Daniel le entregó los diez dólares prometidos. Echó las dos a la vez antes de subir al Transcontinental Express con destino a Nueva York.

Cada hora y día de soledad colaboraban en desarrollar sus ideas, aunque le seguía preocupando la información adicional que poseía su madre, sobre la cual no se atrevía a preguntarle. Al menos, estaba seguro de que su padre era Guy Trentham y de que había abandonado Inglaterra en desgracia. Por lo tanto, la señora Trentham era su abuela, y por alguna razón desconocida culpaba a Charlie de lo sucedido a su hijo.

Al llegar a Nueva York comprobó con desagrado que el *Queen Mary* había zarpado hacia Inglaterra el día anterior; tuvo que cambiar su billete al *Queen Elizabeth*, quedándose con unos pocos dólares en el bolsillo. Lo último que hizo en suelo norteamericano fue telegrafiar a su madre, comunicándole la hora aproximada de llegada a Southampton.

Aunque Daniel empezó a recuperar la serenidad en cuanto perdió de vista la estatua de la Libertad, la señora Trentham no se apartó de sus pensamientos durante

los cinco días de travesía. No podía pensar en ella como en su abuela, y al desembarcar en Southampton, se hallaba plenamente convencido de que su madre debía contestarle a unas cuantas preguntas antes de llevar a cabo su plan.

Mientras bajaba por la pasarela se dio cuenta de que las hojas de los árboles habían pasado de ser verdes a doradas durante su ausencia. Resolvió solucionar el problema de la señora Trentham antes de que empezaran a caer.

Su madre había venido a recibirle, y Daniel nunca se había sentido más feliz de verla. La abrazó con tanta ternura que ella fue incapaz de disimular su sorpresa. Daniel respondió a todas las preguntas sobre Norteamérica y los norteamericanos durante el trayecto hacia Londres, y descubrió que sus numerosas postales la habían complacido en extremo.

—Sospecho que aún quedan algunas por llegar —dijo Daniel, sintiéndose culpable por primera vez.

—¿Te quedará tiempo para pasar unos días con nosotros antes de regresar a Cambridge?

—Sí. He vuelto un poco antes de lo previsto, o sea que me quedará un par de semanas.

—Oh, tu padre estará muy contento —le dijo Becky. Daniel se preguntó cuánto tiempo pasaría antes de poder oír las palabras «tu padre» sin que se formara en su mente una visión de Guy Trentham.

—¿Qué decisión habéis tomado sobre la forma de financiar el nuevo edificio?

—Hemos decidido transformarnos en sociedad anónima. Un simple problema de matemáticas, en último extremo. El arquitecto ha terminado los planos, y como tu padre, naturalmente, quiere lo mejor de lo mejor, temo que la cifra final se acercará al medio millón de libras.

—¿Y aún podréis asegurarnos el cincuenta y uno por ciento de la nueva empresa?

—Por los pelos, si hemos de fiarnos de esas cifras. Quizá terminemos empeñando el carretón de tu bisabuelo.

—¿Alguna noticia acerca de... los pisos? —Daniel miraba por la ventanilla del coche, pero vigiló su reacción en el reflejo del cristal. Ella pareció vacilar un momento.

—Los propietarios han seguido las instrucciones del consejo municipal y ya han empezado a derruir lo que queda de ellos.

—¿Quiere decir eso que papá también obtendrá el permiso que solicitó?

—Espero que sí, pero sospecho que tardará un poco más de lo que creíamos, porque un vecino, un tal señor Crowe, en nombre de la Sociedad de Pequeños Comerciantes, ha presentado una objeción al consejo. Por lo tanto, no menciones el problema delante de tu padre. Solo oír hablar de los pisos le pone al borde de la apoplejía.

«Supongo que la señora Trentham está detrás del tal señor Crowe», quiso decir Daniel, pero se limitó a preguntar:

—¿Y nuestra perversa Daphne?

—Empeñada en casar a Clarissa con el hombre adecuado y en alistar a Clarence en el regimiento adecuado.

—Nada menos que un duque de sangre real para ella y un puesto en la Guardia Escocesa para él, diría yo.

—Lo has adivinado. También confía en que Clarissa dé a luz una niña cuanto antes para que se case con el futuro príncipe de Gales.

—Pero la princesa Isabel acaba de anunciar su compromiso.

—Lo sé, pero todos sabemos lo mucho que le gusta a Daphne hacer planes por anticipado.

Daniel respetó los deseos de su madre y no habló de los pisos cuando, durante la cena, comentó con sus padres el lanzamiento de la nueva empresa. También observó que un cuadro titulado *Manzanas y guisantes*, de un artista llamado Courbet, había sustituido al Van Gogh que colgaba en el vestíbulo. No hizo el menor comentario.

Daniel pasó el día siguiente en el departamento de planificación del Consejo Municipal de Londres (Consultas). Si bien le facilitaron toda la documentación pertinente, subrayaron, para su frustración, que no podía sacar los originales del edificio.

En consecuencia, ocupó la mañana en examinar los papeles una y otra vez, tomando copiosas notas de las cláusulas fundamentales y aprendiéndolas de memoria, para evitar trasladarlas al papel. No deseaba en modo alguno que sus padres las descubrieran por accidente. A las cinco de la tarde, cuando cerraron la puerta, Daniel estaba seguro de que podría recordar todos los detalles importantes.

Salió del edificio, se sentó en un parapeto cerca del río y repitió para sí los detalles sobresalientes varias veces.

Descubrió que «Trumper's» había solicitado construir unos grandes almacenes que abarcarían toda la manzana conocida como Chelsea Terrace. Habría dos torres de doce plantas de altura. Cada torre poseería 24 000 metros cuadrados de espacio utilizable. Sobre ellas se alzarían cinco plantas más de oficinas y pasos elevados que conectarían los dos edificios y las estructuras gemelas. El Consejo Municipal había dado luz verde a las obras, pero un tal Martin Crowe, de la «Sociedad por la Salvaguardia de las Tiendas» había presentado una apelación contra las cinco plantas que enlazarían las dos estructuras principales sobre un espacio vacío, en el centro de Chelsea Terrace. No hacía falta mucha imaginación para conjeturar quién aportaba todo el apoyo financiero que el señor Crowe necesitaba.

Al mismo tiempo, la señora Trentham había recibido autorización para construir un bloque de pisos que se destinarían exclusivamente a familias de bajo poder adquisitivo. Recreó en su mente la detallada solicitud de permiso, explicando que los pisos serían construidos en hormigón desbastado, con las mínimas comodidades internas o externas. La expresión «chapuza» acudió de inmediato a su mente. A Daniel no le costó nada imaginar que la señora Trentham se proponía construir el

edificio más feo que el consejo le permitiera, justo en medio del palacio propuesto por Charlie.

Consultó sus notas. No había olvidado nada, así que rompió la hoja en pedacitos y los echó a una papelería situada en la esquina del puente de Westminster. Después, volvió a Little Boltons.

La siguiente iniciativa de Daniel fue telefonar a David Oldcrest, el profesor de Derecho del Trinity especializado en urbanismo. Su colega dedicó una hora a explicarle que, teniendo en cuenta las apelaciones y contra apelaciones que se presentarían a la Cámara de los Lores, el permiso para construir un edificio como las Torres Trumper podría tardar varios años en concederse. El doctor Oldcrest concluyó que, cuando se tomara la decisión, los únicos que saldrían ganando algún dinero serían los abogados.

Daniel dio las gracias a su amigo. Tras meditar sobre el problema al que se enfrentaba, llegó a la inevitable conclusión de que el éxito o fracaso de las ambiciones de Charlie dependían por completo de la señora Trentham. A menos que él pudiera...

Durante toda la semana siguiente pasó una gran cantidad de tiempo en la cabina telefónica situada en la esquina de Chester Square, pero sin hacer ni una sola llamada. El resto del día lo empleó en seguir por la capital a una dama impecablemente vestida, de obvia autoconfianza y presencia, intentando no ser visto pero tratando a menudo de echar un vistazo a su aspecto, a sus maneras y al mundo en que vivía.

Pronto descubrió que solo tres cosas parecían ser sagradas para la ocupante de Chester Square, 14. Primero, las entrevistas con sus abogados de Lincoln's Inn Fields, que solían tener lugar cada dos o tres días, pero nunca de forma regular. Segundo, sus partidas de *bridge*, celebradas siempre a la misma hora, tres días a la semana: los lunes en Cadogan Place, 9; los miércoles en la avenida Sloane, 117, y los viernes en su casa de Chester Square. El mismo grupo de mujeres maduras parecía acudir a los tres domicilios. Tercero, las ocasionales visitas a un mugriento hotel de South Kensington, donde se sentaba en el rincón más oscuro del salón de té y sostenía conversaciones con un hombre que, en opinión de Daniel, era el acompañante menos adecuado para la hija de *sir* Raymond Hardcastle. No le trataba como a un amigo, desde luego, ni siquiera como a un socio, y jamás averiguó de qué hablaban.

Al cabo de dos semanas decidió que el mejor momento para llevar a cabo su plan sería el viernes anterior a su regreso a Cambridge. Con este fin, pasó una mañana en una sastrería especializada en uniformes militares; por la tarde redactó un guión, y por la noche ensayó lo que había escrito. A continuación, hizo varias llamadas telefónicas, incluyendo una a Spinks, el especialista en medallas, quien le garantizó que cumpliría a tiempo su encargo. Las dos últimas mañanas, una vez seguro de que sus padres se hallaban ausentes, efectuó un completo ensayo, con atavío incluido, en la intimidad de su dormitorio.

Daniel necesitaba estar seguro de que no solo pillaría por sorpresa a la señora Trentham, sino de que seguiría confusa durante los veinte minutos que, según sus cálculos, necesitaría para rematar su plan.

Durante el desayuno del viernes, Daniel confirmó que sus padres no volverían a casa hasta pasadas las seis de la tarde. Accedió a cenar los tres juntos por la noche, antes de volver a Cambridge. Esperó pacientemente a que su padre se marchara hacia Chelsea Terrace, pero aún tuvo que aguardar media hora más a irse porque una llamada telefónica retuvo a su madre, cuando ya iba a salir.

La conversación terminó y se fue a trabajar. Daniel salió de la casa veinte minutos más tarde, con un maletín en el que guardaba el uniforme comprado el día anterior en Johns & Pegg. Recorrió tres manzanas en dirección contraria, y paró un taxi.

Entró en el museo de los Fusileros Reales y examinó la foto de su padre durante unos minutos. Tenía el cabello más ondulado que el suyo, y parecía algo más rubio. Daniel esperó a que el director del museo le diera la espalda y después, con cierta sensación de culpa, cogió la foto y la guardó en el maletín.

Cogió un taxi y acudió a un peluquero de Kensington, el cual aclaró con mucho gusto el pelo del caballero, creando un duplicado lo más fiel posible de la fotografía sepia que utilizaba como modelo. Daniel comprobaba cada pocos minutos en el espejo los cambios introducidos, y en cuanto creyó que se había logrado el efecto pagó la cuenta y se fue. El siguiente taxi le dejó en Spinks, los especialistas en medallas de la calle King, St. James. Nada más llegar compró las cuatro bandas que había encargado por teléfono. El joven empleado no le preguntó si tenía autorización para llevarlas. Otro taxi le condujo de St. James al hotel Dorchester. Pidió una habitación individual e informó a la recepcionista que marcharía del hotel a las seis de la tarde. Ella le tendió la llave 309. Daniel se negó con educación a que el portero le subiera el maletín a la habitación y se limitó a preguntar dónde estaba el ascensor.

Cerró la puerta de la habitación con llave, abrió el maletín, sacó su contenido y lo extendió sobre la cama. Después de cambiarse, fijó la fila de condecoraciones sobre el bolsillo izquierdo, exactamente igual que en la foto, y comprobó el efecto en el espejo de cuerpo entero asegurado a la puerta del cuarto de baño. Era el vivo retrato de un capitán de los Fusileros Reales de la Primera Guerra Mundial; la cinta púrpura y plateada de la MC y las tres medallas constituían el toque final.

Tras contrastar hasta el último detalle con la fotografía robada, Daniel empezó a sentirse inseguro por primera vez, y hasta temió por el éxito de su proyecto. Pero si no lo hacía... Respiró hondo antes de ponerse la larga trinchera, casi la única prenda que tenía derecho a llevar, cerró la puerta con llave y bajó al vestíbulo. Atravesó las puertas batientes y detuvo a un taxi, que le condujo a Chester Square. Pagó al chófer y consultó su reloj. Las tres y cuarenta y siete minutos. Estimó que le quedaban unos veinte minutos hasta que la partida de *bridge* terminara.

Desde la cabina telefónica que se alzaba en la esquina de la plaza vio a las damas que empezaban a marcharse del 14. Después de contar hasta once tuvo la seguridad de que la señora Trentham se había quedado sola, criados aparte. Sabía ya, tras consultar el horario de las sesiones parlamentarias aparecido en el *Telegraph*, que el marido de la señora Trentham no volvería a Chester Square hasta pasadas las diez de la noche. Esperó otros cinco minutos, salió de la cabina y cruzó la calle a toda prisa. Sabía que si vacilaba un solo momento su decisión flaquearía. Golpeó la puerta con la aldaba y esperó, durante lo que le parecieron horas, a que el mayordomo apareciera.

—¿Qué se le ofrece, señor?

—Buenas tardes, Gibson. Tengo una cita con la señora Trentham a las cuatro y cuarto.

—Sí, señor, por supuesto —dijo Gibson. Como Daniel había pensado, nadie que no tuviera una cita podía saber el nombre del mayordomo—. Por aquí, señor —añadió, antes de coger su trinchera—. ¿Es tan amable de decirme su nombre? —preguntó Gibson, cuando llegaron a la puerta de la sala de estar.

—Capitán Daniel Trentham.

El mayordomo aparentó perplejidad unos momentos, pero abrió la puerta de la sala de estar y anunció:

—El capitán Daniel Trentham, señora.

La señora Trentham se hallaba de pie junto a la ventana cuando Daniel entró en la sala. Se giró en redondo, miró al joven, avanzó un par de pasos, titubeó y se desplomó sobre el sofá.

«No te desmayes, por el amor de Dios», fue lo primero que pensó Daniel, inmóvil en el centro de la sala.

—¿Quién es usted? —musitó ella por fin.

—Dejémonos de tonterías, abuela. Sabes muy bien quién soy —dijo Daniel, confiando en que su voz trasluciera seguridad.

—Ella te ha enviado, ¿verdad?

—Si te refieres a mi madre, no. De hecho, ignora por completo que estoy aquí.

La señora Trentham abrió la boca para protestar, pero no habló. Daniel se balanceó sobre sus pies durante un período de silencio que juzgó insoportable. Ensayó la siguiente línea de su guión.

—¿Qué quieres? —preguntó la mujer.

—He venido a hacer un trato contigo, abuela.

—¿Qué clase de trato? —La mujer se había recobrado un poco—. No estás en condiciones de hacer ningún trato.

—Yo creo que sí, abuela. Acabo de regresar de Australia. —Hizo una pausa—. Un viaje muy fructífero y revelador.

La señora Trentham retrocedió, sin apartar los ojos de él.

—No vale la pena repetir lo que averigüé sobre mi padre allí. No entraré en detalles, pues sospecho que sabes tanto como yo.

La señora Trentham no le quitaba los ojos de encima, a medida que se iba recuperando.

—A menos, por supuesto, que quieras saber dónde habían pensado enterrar su cuerpo en un principio, porque desde luego no era en el panteón familiar de Ashurst.

—¿Qué quieres? —repitió ella.

—Como ya te he dicho, abuela, he venido a hacer un trato.

—Te escucho.

—Quiero que abandones tus planes de construir esos espantosos edificios de Chelsea Terrace, y que al mismo tiempo renuncies a tus objeciones hacia el detallado permiso de construcción solicitado por «Trumper's».

—Jamás.

—En ese caso, me temo que ha llegado el momento de informar al mundo sobre los auténticos motivos de tu venganza contra mi padre.

—Eso perjudicaría a tu madre tanto como a mí —insistió la señora Trentham, acomodándose sobre los almohadones del sofá.

—Oh, yo no pienso lo mismo, abuela, en especial cuando la prensa se entere de que mi padre abandonó el ejército sin una honrosa despedida, y que murió en Melbourne más tarde en circunstancias aún menos afortunadas..., a pesar de que se le permitió descansar en un tranquilo pueblecito del Berkshire, después de que transportaras su cadáver en barco a Inglaterra, diciendo a tus amigos que se dedicaba con éxito al comercio de ganado y que murió trágicamente de tuberculosis.

—Pero eso es un chantaje.

—Oh, no, abuela, tan solo un preocupado y desconcertado hijo, desesperado al descubrir lo que le sucedió realmente a su añorado padre, y conmocionado al descubrir la verdad oculta tras el secreto de los Trentham. Sospecho que la prensa describiría el incidente como una «sucia rivalidad familiar». Lo único seguro es que mi madre saldría oliendo a rosas, aunque no estoy seguro de cuánta gente querría seguir jugando al *bridge* contigo después de conocer los detalles más relevantes.

La señora Trentham se levantó al instante, apretó los puños y avanzó hacia él con aire amenazador. Daniel no retrocedió ni un paso.

—Ahórrate la histeria, abuela. No olvides que lo sé todo sobre ti.

Era muy consciente de que no sabía casi nada.

La señora Trentham se detuvo, retrocedió un poco y se hundió de nuevo en el sofá.

—¿Y si accedo a tus demandas?

—Saldré de esta sala y nunca más volverás a saber de mí. Te doy mi palabra.

La mujer exhaló un largo suspiro y permaneció un rato en silencio.

—Tú ganas —dijo por fin, con voz notablemente serena—, pero exijo una condición a cambio de mi aceptación.

Sus palabras cogieron a Daniel por sorpresa. No había pensado que exigiría condiciones.

—¿Cuál es? —preguntó, con aire suspicaz.

Escuchó con suma atención su petición y, aunque desconcertado, no la consideró alarmante.

—Acepto tus condiciones —dijo por fin.

—Por escrito —puntualizó ella en voz baja—. Y ahora.

—En tal caso, también exijo que nuestro acuerdo conste por escrito —replicó Daniel, intentando no perder terreno.

—De acuerdo —se limitó a decir ella.

La señora Trentham se levantó del sofá y caminó con paso inseguro hacia su escritorio. Se sentó y sacó dos hojas de papel del cajón central. Escribió los diferentes acuerdos en tinta púrpura y se los entregó a Daniel para que los examinara. Este leyó las hojas lentamente. La mujer había reflejado todos los puntos que él le había exigido, sin dejarse nada, incluyendo la prolija cláusula sobre la que había insistido. Daniel asintió con la cabeza y le devolvió las hojas.

Ella firmó las dos copias y le pasó a Daniel su pluma. Él, a su vez, estampó su firma bajo la de ella en las dos hojas. La señora Trentham entregó uno de los acuerdos a Daniel y agitó la campanilla que colgaba junto a la repisa de la chimenea. El mayordomo reapareció un momento después.

—Gibson, necesitamos que firme como testigo en dos documentos. En cuanto lo haya hecho, el caballero se marchará —anunció.

El mayordomo firmó en ambas hojas sin hacer comentarios ni cambiar la expresión de su cara.

Daniel se encontró en la calle momentos más tarde; tenía la inquietante sensación de que las cosas no habían ido exactamente de la forma que esperaba. Una vez en el taxi que le conducía de vuelta al hotel Dorchester, releyó la hoja que ambos habían firmado. No podía pedir más, pero la cláusula que la señora Trentham había insistido en añadir le desconcertaba, porque carecía de sentido para él. Desechó la sensación de inquietud y pensó en otras cosas.

Llegó al hotel Dorchester, subió a la habitación 309, cerró con llave la puerta, se quitó el uniforme y adoptó de nuevo sus ropas normales. Se sintió limpio por primera vez aquel día. Guardó el uniforme y la gorra en el maletín, bajó a recepción, entregó la llave, pagó la factura y se marchó.

Otro taxi le devolvió a Kensington, donde el peluquero se sintió decepcionado cuando su nuevo cliente le dijo que hiciera desaparecer toda señal de aclarado, le enderezara las ondulaciones y volviera a cambiar la raya de lado.

Daniel se detuvo en un edificio abandonado de Pimlico antes de regresar a casa. Allí se desembarazó del uniforme y la gorra y prendió fuego a la fotografía.

Se estremeció mientras veía desaparecer a su padre en una llamarada púrpura.

SEÑORA TRENTAJA

1938 - 1948

CAPÍTULO 32

— Mi propósito al invitarte este fin de semana a Yorkshire es informarte con todo detalle de la decisión que he tomado respecto a ti en mi testamento.

Mi padre estaba sentado detrás de su escritorio, en tanto yo me había acomodado en una butaca de piel frente a él, la que mi madre siempre había utilizado. Le observé mientras introducía con gran cuidado un poco de tabaco en la cazoleta de su pipa de brezo, y me pregunté qué iba a decir. Tardó bastante en volverme a mirar de nuevo.

—He decidido legar todas mis propiedades a Daniel Trumper —anunció.

Me quedé tan estupefacta ante sus palabras que tardé algunos segundos en poder hablar.

—Pero, padre, ahora que Guy ha muerto, Nigel es el legítimo heredero.

—Daniel habría sido el legítimo heredero si tu hijo se hubiera comportado como un caballero. Guy tenía que haber regresado de la India para contraer matrimonio con la señorita Salmon en cuanto recibió la noticia de que estaba embarazada.

—Pero Trumper es el padre de Daniel —protesté yo—. Siempre lo ha admitido. La partida de nacimiento...

—Nunca lo ha negado, lo admito, pero no me tomes por idiota, Ethel. La partida de nacimiento solo demuestra que, al contrario que mi nieto, Charlie Trumper posee cierto sentido de la responsabilidad. En cualquier caso, aquellos de nosotros que vimos a Guy en sus años de formación y hemos seguido también los progresos de Daniel no podemos albergar dudas sobre la auténtica relación entre los dos hombres.

Yo no estaba segura de haber escuchado bien las palabras de mi padre.

—¿Quieres decir que has visto a Daniel Trumper?

—Oh, sí —replicó, cogiendo una caja de cerillas que había sobre el escritorio—. Procuré visitar San Pablo en dos ocasiones diferentes. Una, cuando el chico tocaba en un concierto. Le estuve observando de cerca durante dos horas... Era bastante bueno, de hecho. Y la segunda vez, un año después, el Día de los Fundadores, en que recibió el galardón de matemáticas Newton. Le observé durante toda la tarde, mientras acompañaba a sus padres en una recepción que tenía lugar en el jardín del rector. Te aseguro que no solo se parece a Guy, sino que ha heredado algunos gestos de su padre.

—Nigel, en cualquier caso, merece ser tratado por igual —insinué, intentando pensar en algo que hiciera cambiar de opinión a mi padre.

—Nigel no es su igual y nunca lo será —replicó mi padre, encendiendo una cerilla antes de proceder a las interminables chupadas con las que atacaba siempre la pipa en los primeros instantes—. No nos engañemos, Ethel. Ambos sabemos desde hace tiempo que el chico no se merece ni un puesto en la junta directiva de «Hardcastle's» ni, mucho menos, ser considerado mi sucesor natural.

Mientras mi padre lanzaba bocanadas de humo, clavé la vista en el cuadro de

Stubbs que colgaba en la pared detrás de él, y traté de ordenar mis ideas.

—Estoy seguro de que no habrás olvidado, querida, que Nigel ni siquiera logró aprobar en Sandhurst, pues, al parecer, exige cierto esfuerzo actualmente. También me han informado hace poco de que conserva su empleo actual en Kitcat & Aitken porque hiciste creer al socio mayoritario que, en su momento, administrarían la cartera de «Hardcastle's». Te doy mi palabra de que no será así. —Puntuaba cada afirmación con una bocanada de humo.

Me sentía incapaz de mirarle a la cara. En lugar de ello, mis ojos vagaban del cuadro situado detrás de él a las interminables hileras de libros que había ido coleccionando a lo largo de su vida. Todas las primeras ediciones de Dickens, Henry James, un autor moderno al que admiraba, e incontables Blakes de todas clases, desde valiosas cartas escritas de su puño y letra hasta ediciones conmemorativas.

—Como no existe ningún miembro de la familia que pueda reemplazarme al frente de la firma —continuó—, he llegado de mala gana a la conclusión de que, ahora que la guerra es cada día más probable, debo reconsiderar el futuro de «Hardcastle's».

—¿Vas a permitir que el negocio caiga en manos extrañas? —pregunté, incrédula—. Tu padre se...

—Mi padre habría hecho lo más pertinente para todos los interesados, y no cabe duda de que los parientes expectantes ocuparían los últimos lugares en su lista de prioridades. —Su pipa se negó a continuar encendida, de modo que una segunda cerilla entró en acción. Dio algunas chupadas más y una expresión satisfecha inundó su rostro. Prosiguió hablando—. Me siento en el consejo de administración de Harrogate Haulage y el banco de Yorkshire desde hace varios años, y también en la de John Brown Engineering, donde me parece que he encontrado por fin a mi sucesor. El hijo de *sir* John tal vez no sea un presidente de la empresa muy inspirado, pero es competente y, sobre todo, es de Yorkshire. De cualquier forma, he llegado a la conclusión de que una fusión con esa empresa será lo mejor para todos.

Intentaba asimilar todo cuanto decía, pero todavía no era capaz de mirarle a la cara.

—Me han hecho una generosa oferta por mis acciones —añadió—, que con el tiempo os proporcionarán a ti y a Amy unos ingresos más que suficientes para cubrir todas vuestras necesidades cuando yo ya no esté.

—Pero, padre, las dos confiamos en que vivirás muchos años más.

—Es inútil que pierdas el tiempo, Ethel, en tratar de camelar a un viejo que presiente su cercana muerte. Es posible que sea anciano, pero senil todavía no.

—Padre —volví a protestar pero él se limitó a chupar su pipa, demostrando un total desinterés hacia mis opiniones, así que jugué otra baza.

—¿Significa eso que Nigel no recibirá nada?

—Nigel recibirá lo que yo considere justo y adecuado, dadas las circunstancias.

—Creo que no te entiendo bien, padre.

—En ese caso, te lo explicaré. Le he dejado cinco mil libras, con las cuales podrá hacer lo que le dé la gana cuando yo me muera. —Hizo una pausa, como si dudara en añadir algo más—. Te he ahorrado, al menos, una vergüenza. Aunque Daniel Trumper herede todos mis bienes después de tu fallecimiento, no tendrá noticia de su buena suerte hasta el día en que cumpla treinta años, cuando tú tengas bastantes más de setenta y, tal vez, te hayas acostumbrado a vivir con mi decisión.

Doce años más, pensé, mientras una lágrima caía de mi ojo y resbalaba sobre mi mejilla.

—No te molestes en llorar, Ethel, o en ponerte histérica, o en discutirme. —Lanzó una larga bocanada de humo—. He tomado mi decisión, y nada de lo que hagas o digas logrará cambiarla.

Su pipa echaba humo como un tren expreso cuando sale de la estación. Saqué un pañuelo de mi bolso, con la esperanza de que me diera tiempo para pensar.

—Y si se te pasa por la cabeza intentar revocar el testamento más adelante, sobre la base de que estoy loco —le miré horrorizada—, de lo cual eres muy capaz, debo decirte que mi testamento definitivo ha sido redactado por el señor Harrison, y actuaron como testigos un juez retirado, un ministro del gabinete y, lo más importante, un especialista en enfermedades mentales de Sheffield.

Iba a protestar cuando sonó un golpe suave en la puerta y Amy entró en la habitación.

—Lamento interrumpirte, papá, pero ¿quieres que sirva el té en la sala de estar o prefieres tomarlo aquí?

Mi padre sonrió a su hija mayor.

—La sala de estar me parece muy bien, querida —dijo, en un tono mucho más cariñoso que el que solía adoptar conmigo. Se levantó con movimientos inseguros, vació la pipa en el cenicero más cercano y, sin más palabras, siguió a mi hermana hasta salir de la habitación.

Apenas dije nada durante el té, intentando pensar en las implicaciones de lo que mi padre me había revelado. Amy, por su parte, parloteaba alegremente sobre el efecto de la reciente falta de lluvia sobre las petunias del macizo de flores situado bajo la habitación de mi padre.

—No les llega el sol a todas horas del día —nos confió en tono preocupado, mientras su gato saltaba sobre el sofá y se acomodaba en su regazo. El maldito animal, cuyo nombre nunca era capaz de recordar, siempre me había crispado los nervios, pero nunca lo admití abiertamente porque sabía que, después de Amy, la persona que quería más al bicho era mi padre. Amy se puso a acariciarlo, ignorante de la tensión causada por la conversación que acababa de tener lugar en el estudio.

Aquella noche me retiré pronto a la cama, pero no pude dormir, pensando en lo que iba a hacer. Confieso que no había esperado nada sustancial del testamento para Amy o para mí, ya que ambas teníamos más de sesenta años y no precisábamos grandes ingresos suplementarios. Sin embargo, siempre había dado por sentado que

heredaríamos la casa y las propiedades, mientras que la empresa quedaría en manos de Guy y, tras su muerte, en las de Nigel.

Por la mañana había llegado a la reacia conclusión de que poco podía hacer contra la decisión de mi padre. Si el testamento había sido redactado por el señor Harrison, su abogado y amigo desde hacía mucho tiempo, ni siquiera F. E. Smith sería capaz de descubrir un fallo. Empecé a comprender que mi única esperanza de que Nigel recibiera la herencia que le correspondía por derecho consistía en involucrar al mismísimo Daniel Trumper.

Al fin y al cabo, mi padre no viviría eternamente.

Se puso a chasquear los nudillos de la mano derecha uno a uno.

—¿Dónde se encuentra en este momento? —pregunté, mirando al hombre a quien había pagado miles de libras desde nuestro primer encuentro, veintipico años antes. Aún seguía acudiendo a nuestra entrevista semanal en el St. Agnes con la misma chaqueta de *tweed* marrón y la chillona corbata amarilla, aunque, por lo visto, había adquirido recientemente una o dos camisas nuevas. Nos sentábamos en el rincón más oscuro de la sala. Dejó sobre la mesa su *whisky*, sacó un paquete envuelto en papel marrón de debajo de su silla y me lo tendió.

—¿Cuánto tuvo que pagar para recuperarlo?

—Cincuenta libras.

—Le dije que no le ofreciera más de veinte libras sin consultarme.

—Lo sé, pero en aquel momento había un comerciante del West End metiendo las narices en la tienda. No podía correr el riesgo, ¿verdad?

No creí ni por un momento que le hubiera costado cincuenta libras. Sin embargo, acepté que él intuía la importancia del cuadro para mis futuros planes.

—¿Quiere que le entregue a la policía el cuadro desaparecido? —me preguntó—. Podría insinuar algo que tal vez...

—Por supuesto que no —contesté sin vacilar—. La policía es demasiado discreta en estos asuntos. Además, lo que tengo en mente para el señor Trumper será mucho más humillante que una entrevista privada en la intimidad de Scotland Yard.

El señor Harris se reclinó en la vieja butaca de cuero y empezó a chasquear los nudillos de su mano izquierda.

—¿Alguna información más?

—Daniel Trumper ha tomado posesión de su plaza de profesor en el colegio Trinity. Se le puede encontrar en la escalera B, aula siete.

—Eso ya constaba en su último informe.

Ambos dejamos de hablar cuando un huésped de avanzada edad cogió una revista de una mesa próxima.

—También sale mucho con una chica llamada Marjorie Carpenter. Estudia tercer año de matemáticas en el colegio Girton.

—¿Eso es cierto? Bien, si continúa en serio comuníquemelo al instante y abra un expediente sobre la chica. —Paseé la mirada por la sala para asegurarme de que nadie escuchaba nuestra conversación. Aparté la vista y descubrí que Harris me miraba con cierta intensidad.

—¿Le preocupa algo? —pregunté, sirviéndome otra taza de té.

—Bien, para ser sincero con usted, señora Trentham, sí. Creo que ha llegado el momento de solicitarle un pequeño aumento en mi tarifa por horas. Después de todo, se espera de mí que guarde muchos secretos... —vaciló un momento—... secretos que podrían...

—¿Podrían qué?

—Ser de incalculable valor para otras partes igualmente interesadas.

—¿Me está amenazando, señor Harris?

—Desde luego que no, señora Trentham, solo que...

—Se lo diré una vez y no volveré a repetirlo, señor Harris, Si alguna vez le cuenta a alguien lo que nos llevamos entre manos, no va a preocuparse por la tarifa, sino por la cantidad de tiempo que pasará en la cárcel. Porque yo también guardo un expediente sobre usted, y sospecho que alguno de sus antiguos colegas podrían estar interesados en leerlo; en especial, lo de haber empeñado un cuadro robado y de disponer de un chaquetón del Ejército. ¿Me he expresado con claridad?

Harris no replicó; se limitó a chasquear de nuevo los dedos uno por uno.

Algunas semanas más tarde estalló la guerra, y me enteré de que Daniel Trumper había eludido ser llamado a filas. Por lo visto, servía tras un escritorio de Brechtley Park y no era probable que experimentara la ira del enemigo, a menos que una bomba le cayera en la cabeza.

Los alemanes consiguieron dejar caer una bomba, justo en medio de mis pisos, destruyéndolos por completo. Mi cólera inicial ante este desastre en cuanto vi el caos que había provocado en Chelsea Terrace se desvaneció al ver, durante varios días, la obra de los alemanes desde el otro lado de la calle.

A las pocas semanas le tocó al «Mosquetero» y a la verdulería de Trumper experimentar la fuerza de la Luftwaffe. El único resultado de este segundo bombardeo fue que Trumper se alistara en los Fusileros a la semana siguiente. Por más deseos que albergara de ver a Daniel derribado por una bala perdida, necesitaba que Charlie Trumper continuara con vida; yo había planeado para él una ejecución pública.

No fue preciso que Harris me informara sobre el nuevo cargo de Trumper en el ministerio de Alimentación, porque todos los periódicos nacionales lo airearon. Sin embargo, no intenté aprovecharme de su prolongada ausencia, pues razoné que carecía de sentido adquirir más propiedades en Chelsea Terrace mientras la guerra continuara y Trumper siguiera perdiendo dinero.

Entonces, cuando estaba menos preparada, mi padre murió de un ataque al corazón. Lo dejé todo enseguida y me dirigí a Yorkshire para supervisar los

preparativos del entierro.

Dos días después conduje a los miembros de la comitiva fúnebre al funeral, que se celebró en la iglesia parroquial de Watherby. Como cabeza de familia oficial ocupé el extremo izquierdo del banco delantero, con Gerald y Nigel a mi derecha. A la ceremonia asistieron la familia, los amigos y los socios del negocio, incluyendo al solemne señor Harrison, con el cual logré evitar toda conversación. Amy, sentada en la fila anterior a la mía, se mostró tan afligida durante el sermón del archidiácono que no habría logrado reponerse en todo el día si yo no hubiera estado a su lado para consolarla.

Acabada la ceremonia, decidí quedarme unos días en Yorkshire, mientras Gerald y Nigel volvían a Londres. Amy se pasó casi todo el tiempo en su habitación, y eso me permitió examinar la casa de arriba abajo y comprobar si podía rescatar algo de valor antes de regresar a Ashurst. Al fin y al cabo, ambas íbamos a compartir la propiedad.

Encontré las joyas de mi madre, que nadie había tocado desde su muerte, y el Stubbs que aún colgaba en el estudio de mi padre. Me llevé las joyas del dormitorio de mi padre y Amy accedió, mientras tomábamos una cena ligera en su cuarto, a que el cuadro colgara en Ashurst en lo sucesivo. El único objeto de valor que quedaba era la magnífica biblioteca de mi padre. Sin embargo, ya había forjado planes para la colección, que no comportaba la venta de un solo libro.

A primeros de mes se desplazó a Londres para visitar las oficinas de Harrison, Dickens & Cobb, a fin de que la informaran oficialmente sobre el contenido del testamento.

El señor Harrison pareció lamentar que Amy se hubiera sentido incapaz de hacer el viaje, pero aceptó el hecho de que mi hermana aún no se hubiera recuperado lo suficiente de la conmoción sufrida por la muerte de mi padre. Varios parientes, la mayoría de los cuales solo veía en bautizos, bodas y funerales, se hallaban sentados con aire esperanzado. Yo sabía exactamente lo que les aguardaba.

El señor Harrison ejecutó durante una hora lo que me pareció una ceremonia bastante sencilla, aunque, para ser justa, consiguió con notable destreza no revelar el nombre de Daniel Trumper cuando explicó lo que iba a ocurrir con las propiedades. Mi mente se distrajo mientras informaba a los parientes lejanos de las inesperadas mil libras que les habían tocado en suerte, y solo volvió al presente cuando la voz monótona del señor Harrison pronunció mi nombre.

—Tanto la señora de Gerald Trentham como la señorita Amy Hardcastle recibirán durante el resto de su vida una parte igual de los ingresos derivados del consorcio. — El abogado hizo una pausa para volver una página y posó las palmas de las manos sobre el escritorio—, lego la casa, la finca de Yorkshire con todo lo que contiene y veinte mil libras —continuó— a mi hija mayor, la señorita Amy Hardcastle.

CAPÍTULO 33

— **B**uenas noches, señor Sneddles.

El viejo bibliófilo se quedó tan sorprendido de que la mujer conociera su nombre que, por un momento, permaneció inmóvil, mirándola.

Por fin, se precipitó a saludar a la mujer, inclinándose ante ella. Al fin y al cabo, era el primer cliente que tenía en una semana, sin contar al doctor Halcomber, el rector jubilado que se pasaba horas curioseando en la tienda, pero que no había comprado un libro desde 1937.

—Buenos días, señora. ¿Busca algún volumen en particular? —Miró a la dama, que vestía un traje largo de encaje y un gran sombrero de ala ancha, con un velo que imposibilitaba ver su rostro.

—No, señor Sneddles —dijo la señora Trentham—. No he venido a comprar ningún libro, sino a recabar sus servicios. —Contempló al encorvado anciano, ataviado con chaqueta de lana, abrigo y mitones. La señora Trentham supuso que llevaba tal indumentaria porque ya no podía pagarse la calefacción de la tienda. Aunque su espalda parecía adoptar un perpetuo semicírculo y su cabeza sobresalía del abrigo como la de una tortuga, sus ojos brillaban de inteligencia y su mente aparentaba conservar toda su lucidez y agudeza.

—¿Mis servicios, señora? —repitió el anciano.

—Sí. He heredado una inmensa biblioteca que debe ser catalogada y valorada. Me han hablado muy bien de usted.

—Es muy amable por su parte, señora.

La señora Trentham se sintió muy tranquilizada cuando el señor Sneddles no le preguntó quién le había recomendado.

—¿Me permite preguntarle dónde se halla esta biblioteca?

—Algunos kilómetros al este de Harrogate. Enseguida comprobará que se trata de una colección extraordinaria. Mi difunto padre, *sir* Raymond Hardcastle, de quien sin duda habrá oído hablar, dedicó una gran parte de su vida a reuniría.

—¿Harrogate? —preguntó Sneddles, como si ella hubiera dicho Bangkok.

—Pagaré todos sus gastos, desde luego, independientemente del tiempo que tarde.

—Pero eso significaría tener que cerrar la tienda —murmuró el hombre, como hablando para sí.

—Le compensaré por sus pérdidas, naturalmente.

El señor Sneddles sacó un libro del contador y examinó el lomo.

—Temo que es imposible, señora, absolutamente imposible...

—Mi padre se especializó en William Blake. Comprobará que consiguió adquirir todas las primeras ediciones; algunas están como nuevas. Incluso logró obtener un original manuscrito de...

Amy Hardcastle se fue a la cama antes de que su hermana regresara a Yorkshire aquella noche.

—Últimamente está muy cansada —explicó el ama de llaves.

A la señora Trentham no le quedó otro remedio que cenar a solas y retirarse a su alcoba, pocos minutos después de las diez. Nada había cambiado: la vista de los valles de Yorkshire, las nubes negras, el cuadro de York Minster que colgaba sobre la cama con marco de nogal. Durmió bastante bien y bajó a las ocho de la mañana. La cocinera le explicó que la señorita Amy aún no se había levantado, así que desayunó sola.

Una vez que recogieron la mesa, la señora Trentham se sentó en la sala de estar y leyó el *Yorkshire Post*, mientras esperaba a que su hermana apareciera. El gato entró una hora después, y la señora Trentham lo ahuyentó con un extravagante movimiento de su brazo. El reloj de péndulo del vestíbulo ya había dado las once cuando Amy entró por fin en la sala. Caminó lentamente hacia su hermana con la ayuda de un bastón.

—Me sabe muy mal no haberte recibido anoche, Ethel —empezó—, creo que la artritis me la está jugando de nuevo.

La señora Trentham no se molestó en responder, pero observó los pasos vacilantes de su hermana, incapaz de creer en el cambio producido en menos de tres meses.

Aunque Amy siempre había parecido débil, ahora era frágil. Y si antes hablaba en voz baja, ahora resultaba inaudible. Su palidez había virado a un tono grisáceo, y sus arrugas eran tan pronunciadas que aparentaba muchos más años de los sesenta y nueve que en realidad tenía.

Amy se sentó en la silla situada junto a su hermana y respiró pesadamente durante varios segundos, como para dejar bien claro que desplazarse desde el dormitorio hasta la sala de estar había constituido una especie de proeza.

—Has sido muy amable al abandonar a tu familia y venirte a Yorkshire conmigo —dijo Amy, mientras el gato saltaba sobre su regazo—. Debo confesar que desde la muerte de papá estoy como perdida.

—Es muy comprensible, querida —sonrió la señora Trentham—, pero consideré mi deber estar contigo..., tanto como un placer, por supuesto. En cualquier caso, padre me advirtió que esto podía ocurrir después de su fallecimiento. Me dio instrucciones específicas para obrar en tales circunstancias.

—Me alegra mucho saberlo. —El rostro de Amy se iluminó por primera vez—, dime lo que papá había pensado, por favor.

—Padre se empeñó en que vendieras la casa lo antes posible y vinieras a vivir con Gerald y conmigo en Ashurst...

—Oh, nunca se me ocurriría causarte tal molestia, Ethel.

—... o bien mudarte a uno de esos agradables hotelitos de la costa, dedicados especialmente a parejas jubiladas y solteros. Pensaba que, de esta forma, podrías hacer nuevas amistades y volver a disfrutar de la vida. Yo preferiría que te reunieras con nosotros en Buckingham, pero con las bombas...

—Nunca me habló de vender la casa —murmuró Amy, angustiada—. De hecho, me suplicó...

—Lo sé, querida, pero sabía muy bien cuánto te afectaría su muerte y me pidió que te diera la noticia con delicadeza. Recordarás, sin duda, la larga entrevista que mantuvimos en su estudio la última vez que vine a Yorkshire.

Amy asintió, pero la expresión de perplejidad no abandonó su rostro.

—Recuerdo cada palabra que dijo —prosiguió la señora Trentham—. Haré cuanto esté en mi poder para que sus deseos se respeten, naturalmente.

—Pero yo no sabría por dónde empezar o cómo.

—No hace falta que pienses más querida. —Palmeó el brazo de su hermana—. Para eso estoy aquí.

—¿Y qué pasará con los criados y mi querido Garibaldi? —preguntó Amy con nerviosismo, mirando al gato—. Padre nunca me perdonaría que los tratara de cualquier manera.

—No puedo estar más de acuerdo. Sin embargo, pensó en todo como siempre, y me dio instrucciones explícitas sobre lo que debía hacerse con toda la servidumbre.

—Papá era muy considerado. Aun así, no estoy muy segura...

La señora Trentham todavía tardó dos días en convencer a Amy de que sus planes para el futuro redundarían en beneficio de todos y, además, solo se limitaba a cumplir la voluntad de su padre.

Desde aquel momento, solo bajaba por las tardes a dar un breve paseo por el jardín y cuidar de las petunias. Siempre que la señora Trentham se encontraba con su hermana, le rogaba que no se agotara.

Tres días después, Amy renunció a su paseo de las tardes. El lunes siguiente, la señora Trentham anunció a la servidumbre que tenía una semana para marcharse, a excepción de la cocinera, que se quedaría hasta que la señorita Amy se trasladara a otro sitio. Aquella misma tarde buscó un agente de bienes raíces y puso en venta la casa y el terreno de treinta y cinco hectáreas.

La señora Trentham se entrevistó el martes con el señor Althwaite, un abogado de Harrogate. Durante una de las raras apariciones de Amy, le explicó que no había sido necesario molestar al señor Harrison. Al fin y al cabo, estaba segura de que cualquier problema relativo a la propiedad lo llevaría mejor un hombre del lugar.

Tres semanas más tarde, la señora Trentham logró trasladar a su hermana, junto con sus escasas pertenencias, a un hotelito residencial que dominaba la costa este, a pocos kilómetros al norte de Scarborough. Coincidió con el propietario en que era lamentable no aceptar animales domésticos, pero estaba segura de que su hermana lo comprendería. La orden final de la señora Trentham consistió en que enviaran las

facturas mensuales a Coutts & Cía, en el Strand, que las abonarían de inmediato.

Antes de despedirse de su hermana, la señora Trentham le hizo firmar tres documentos.

—Así ya no tendrás que preocuparte por nada, querida —explicó cariñosamente la señora Trentham.

Amy firmó los tres papeles colocados frente a ella sin molestarse en leerlos. La señora Trentham se apoderó enseguida de los tres documentos redactados por el abogado de la localidad y los guardó en su bolso.

—Hasta pronto —se despidió de su hermana, y besó a Amy en la mejilla. Pocos minutos después emprendió el viaje de regreso a Ashurst.

La campanilla situada sobre la puerta sonó ruidosamente en el polvoriento silencio cuando la señora Trentham entró en la tienda. Al principio no percibió el menor movimiento, hasta que el señor Sneddles salió de la pequeña habitación de atrás, con tres libros bajo el brazo.

—Buenos días, señora Trentham —dijo—. Ha sido muy amable al responder a mi nota con tanta rapidez. Consideré necesario hablar con usted, pues ha surgido un problema.

—¿Un problema? —La señora Trentham retiró el velo que ocultaba su rostro.

—Sí. Como ya sabrá, casi he terminado mi trabajo en Yorkshire. Lamento haber tardado tanto, señora, pero creo que he sido muy indulgente con mi tiempo, porque...

La señora Trentham indicó con un ademán que no estaba disgustada.

—Y temo que, a pesar de solicitar los buenos servicios del doctor Halcombe para que me ayudara, y teniendo en cuenta el tiempo que ocupa ir y venir de Yorkshire, es posible que aún nos lleve a los dos varias semanas más catalogar y valorar una colección tan excelente..., sin olvidar que su difunto padre empleó toda su vida en reuniría.

—No hay problema —le aseguró la señora Trentham—. No tengo prisa. Tómese su tiempo, señor Sneddles, y llámeme cuando haya terminado el trabajo.

El anticuario sonrió ante la idea de poder continuar la catalogación.

Acompañó a la señora Trentham a la puerta y la abrió para que saliera. Nadie que les viera pensaría que tenían la misma edad. La mujer miró en ambas direcciones de Chelsea Terrace y ocultó el rostro con el velo.

El señor Sneddles cerró la puerta y se frotó los mitones; luego, volvió a su habitación para reunirse con el doctor Halcombe.

Cada vez le molestaba más que un cliente entrara en la tienda.

—Después de treinta años, no tengo la menor intención de cambiar de corredores de bolsa —dijo con firmeza Gerald Trentham, antes de servirse el segundo café.

—¿No te das cuenta, querido, del impulso que daría a Nigel conseguir que pasaras tu cuenta a su empresa?

—¿Y el golpe que supondría para David Cartwright y Vickers da Costa perder un cliente al que han servido con tanta honradez durante cien años? No, Ethel, ya es hora de que Nigel haga su trabajo sucio sin delegarlo en nadie. Maldita sea, cumplirá cuarenta dentro de unos meses.

—No se me ocurre un regalo de cumpleaños mejor —insinuó su esposa, untando con mantequilla una segunda tostada.

—No, Ethel. Te repito que no.

—¿No ves que una de las responsabilidades de Nigel es conseguir nuevos clientes para la firma? Es muy importante en este momento, porque, ahora que ha terminado la guerra, no tardarán en hacerle socio.

El mayor Trentham no intentó disimular su incredulidad ante esta noticia.

—Si ese es el caso, será mejor que utilice sus propios contactos, en especial los que hizo en el colegio y en Sandhurst. Supongo que no pretenderá seguir apoyándose en los amigos de su padre.

—Eres injusto, Gerald. Si no puede confiar en los de su sangre, ¿cómo va a esperar que le ayuden los extraños?

—¿Que le ayuden? Esto es el colmo. —Gerald fue alzando la voz a cada palabra—. Eso es exactamente lo que has hecho desde el día que nació; quizá sea ese el motivo que le impide andar por su propio pie.

—Gerald —dijo la señora Trentham, sacándose un pañuelo de la manga—, jamás pensé...

—En cualquier caso —replicó el mayor, intentando recobrar la serenidad—, mi cartera no es tan importante como todo eso. Como tú y el señor Attlee sabéis bien, todo nuestro capital está invertido en tierras, y así ha sido durante generaciones.

—No es la cantidad lo que importa —le increpó la señora Trentham—, sino el ejemplo.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo —dijo Gerald. Dobló la servilleta, se levantó de la mesa y salió del comedor antes de que su esposa pudiera pronunciar una palabra más.

La señora Trentham cogió el periódico y recorrió con el dedo la lista de cumpleaños de celebridades. Su dedo tembloroso se detuvo a llegar a las «tes».

Según Max Harris, Daniel Trumper se embarcó en el *Queen Mary* con rumbo a Estados Unidos, el segundo verano después del armisticio. Sin embargo, el detective privado fue incapaz de responder a la siguiente pregunta de la señora Trentham: ¿por qué? Lo único que Harris le pudo asegurar es que el colegio esperaba el regreso del joven profesor a principios del nuevo curso.

Durante las semanas que Daniel estuvo en Estados Unidos, la señora Trentham

pasó gran cantidad de tiempo reunida con sus abogados en Lincoln's Field Inn, preparando la solicitud de construcción.

Ya había contratado a tres arquitectos, todos recién titulados. Les ordenó que preparasen los planos para un bloque de pisos que se construiría en Chelsea. El ganador se haría cargo del proyecto, en tanto los otros dos recibirían cien libras cada uno de compensación. Los tres aceptaron sus condiciones, muy complacidos.

Unas doce semanas después los tres presentaron sus trabajos, pero solo uno aportó lo que la señora Trentham buscaba.

En opinión del socio mayoritario del bufete, la propuesta del más joven de los tres, Justin Talbot, lograría que la central eléctrica de Battersea se pareciera al palacio de Versalles. Sin embargo, la señora Trentham no admitió al abogado que en su decisión había influido el hecho de que el tío del señor Talbot era miembro del Comité Urbanístico del Consejo Municipal de Londres.

Aunque el tío de Talbot la apoyara, la señora Trentham aún no veía claro que la mayoría del Comité votara a favor de un proyecto tan insultante. Recordaba a un búnker, y hasta el propio Hitler lo hubiera rechazado. No obstante, los abogados sugirieron que hiciera constar en la solicitud, como principal propósito, que el nuevo edificio se destinaría a viviendas de bajo coste, para ayudar a estudiantes y a hombres solteros en situación de desempleo, necesitados de alojamiento temporal. En segundo lugar, cualquier ingreso derivado de los pisos sería destinado a una organización de caridad, para ayudar a familias que padecieran el mismo problema. Por último, llamaría la atención del Comité sobre el detalle de haber buscado jóvenes talentos, merecedores de una oportunidad para trabajar de arquitectos.

La señora Trentham no supo si alegrarse u horrorizarse cuando el Consejo Municipal de Londres le aseguró la aprobación. Tras largas deliberaciones que ocuparon varias semanas, insistieron en que introdujeran pequeñas modificaciones en los planos del joven Talbot. Ordenó de inmediato a su arquitecto que despejara el solar bombardeado, para empezar a construir sin más demora.

La petición que *sir* Charles Trumper presentó al CML para erigir unos nuevos grandes almacenes en Chelsea Terrace recibió una considerable publicidad a nivel nacional, en su mayor parte favorable. Sin embargo, la señora Trentham observó que, en varios artículos escritos a propósito del nuevo edificio, se mencionaba a un tal Martin Rutheford, que se autodenominaba Presidente de la Federación por la Salvaguardia de las Pequeñas Tiendas, una organización que se oponía al proyecto de «Trumper's». El señor Rutheford afirmaba que, a la larga, perjudicaría a los pequeños comercios; su medio de vida se encontraba en peligro. Continuaba haciendo hincapié en la injusticia de que ninguno de los comerciantes del barrio podía enfrentarse a un hombre tan poderoso y rico como *sir* Charles Trumper.

—Oh, sí, ya lo creo que pueden —dijo la señora Trentham, durante el desayuno de aquella mañana.

—¿Pueden qué?

—No tiene importancia —tranquilizó a su marido, pero por la tarde proporcionó al señor Harris los medios económicos necesarios para que el señor Rutheford presentara una objeción oficial al proyecto de Trumper. La señora Trentham también accedió a sufragar todos los gastos que el señor Rutheford efectuara para la consecución de su objetivo.

Siguió en la prensa diaria los resultados logrados por el señor Rutheford. Confesó a Harris que no le importaría pagar al hombre una recompensa adicional por los servicios que le prestaba, pero, como casi todos los activistas, solo estaba interesado en la causa.

En cuanto los *bulldozers* penetraron en el solar de la señora Trentham y los trabajos de «Trumper's» se paralizaron, la mujer volvió su atención a Daniel y al problema de su herencia.

Sus abogados le confirmaron que no existía forma de revocar el testamento, a menos que Daniel Trumper renunciara voluntariamente a todos sus derechos. Incluso le entregaron un borrador de las frases que debería firmar en tal circunstancia, y dejaron a la señora Trentham la ingente tarea de lograr que firmara el documento.

A la señora Trentham no le cabía en la cabeza que Daniel y ella llegaran a encontrarse alguna vez, pero, por si acaso, guardó el borrador en el cajón inferior de su escritorio.

—Me alegro de volver a verla, señora —dijo el señor Sneddles—. No encuentro excusas para mi tardanza en finalizar su encargo. Le cobraré únicamente la cantidad que acordamos en nuestra primera entrevista, por supuesto.

El librero no pudo distinguir la expresión de la señora Trentham, pues no se había quitado el velo. Siguió al hombre, dejando atrás interminables estanterías de libros cubiertos de polvo, hasta llegar a la pequeña habitación de atrás. Allí fue presentada al doctor Halcombe que, como el señor Sneddles, llevaba un grueso sobretodo. Declinó tomar asiento cuando observó que la silla estaba cubierta por una fina capa de polvo.

El viejo señaló con orgullo las ocho cajas que descansaban sobre su escritorio. Tardó casi una hora en explicarle, con ocasionales intervenciones del doctor Halcombe, cómo habían catalogado toda la biblioteca de su difunto padre, primero por orden alfabético de autores, después por temas y, finalmente, por títulos. En la esquina inferior izquierda de cada ficha habían añadido el valor aproximado de cada uno.

La señora Trentham demostró una sorprendente paciencia con el señor Sneddles, haciendo de vez en cuando preguntas cuya respuesta la tenía sin cuidado, pero consciente de que daría pie al hombre para entregarse a largas y complicadas explicaciones sobre cómo había empleado su tiempo en los últimos cinco años.

—Ha llevado a cabo un trabajo notabilísimo, señor Sneddles —dijo, tras echar un

vistazo a la última ficha, «Zola, Emile (1840-1902)»—. No podía pedir más.

—Es usted muy amable, señora —dijo el viejo, haciendo una reverencia— pero siempre he demostrado un auténtico interés por este tema. Su padre no pudo encontrar a nadie más adecuado para hacerse cargo del trabajo de su vida.

—Convinimos unos honorarios de cincuenta guineas, si no recuerdo mal —dijo la señora Trentham, sacando un cheque del bolso y entregándolo al librero.

—Gracias, señora —contestó el señor Sneddles. Cogió el cheque y lo puso distraído, en un cenicero. Se abstuvo de añadir «Le habría pagado con gusto el doble por el privilegio de efectuar este trabajo».

—Veo que ha valorado toda la colección por una cantidad ligeramente inferior a cinco mil libras —dijo la señora Trentham, examinando con atención los papeles que acompañaban a las cajas.

—En efecto, señora. Debo advertirla, sin embargo de que he sido un poco conservador. Algunos de estos volúmenes son tan peculiares que cuesta calcular el precio que obtendrían en el mercado.

—¿Significa eso que estaría dispuesto a ofrecerme esa cantidad por la biblioteca si yo quisiera venderla? —preguntó la señora Trentham, mirándole sin pestañear.

—Nada me proporcionaría mayor placer, señora, pero temo que no puedo permitírmelo.

—¿Cómo reaccionaría usted si le encargara la responsabilidad de su venta? —insistió la señora Trentham sin apartar la vista del anciano.

—Lo consideraría un enorme privilegio, señora, pero quizás tardaría meses, o tal vez años, en coronar la empresa.

—Es posible que podamos llegar a un acuerdo, señor Sneddles.

—¿Algún acuerdo? No estoy seguro de entenderla bien, señora.

—¿Qué le parecería una sociedad, señor Sneddles?

CAPÍTULO 34

La señora Trentham dio su aprobación a la novia elegida por Nigel, pero porque había sido ella la primera en seleccionarla.

Verónica Berry poseía todos los atributos que su futura suegra consideraba necesarios para convertirse en un Trentham. Era de buena familia; su padre era un vicealmirante que aún no había pasado a la reserva, y su madre, la hija de un obispo sufragáneo. Vivían bien sin ser ricos y, sobre todo, de sus tres hijas, Verónica era la mayor.

La boda se celebró en la iglesia parroquial de Kimmeridge, en Dorset, donde Verónica había sido bautizada por el vicario, confirmada por el obispo sufragáneo y, ahora, casada por el obispo de Bath y Wells. La ceremonia fue espléndida, pero sin exagerar, y «los niños», como la señora Trentham les llamaba, pasarían la luna de miel en la finca de Aberdeen, antes de regresar a la casa de Cadogan Place que ella les había elegido. Era lo más conveniente para Chester Square explicaba cuando se lo preguntaban.

Todos los treinta y un socios de Kitcat & Aitken, los corredores de bolsa para quienes trabajaba Nigel, fueron invitados al banquete nupcial, pero solo cinco aceptaron la amable invitación.

Durante la recepción, que tuvo lugar en el jardín que rodeaba la casa del vicealmirante, la señora Trentham se propuso hablar con todos los socios presentes. Para su consternación, ninguno fue muy optimista sobre el futuro de Nigel.

La señora Trentham confiaba en que su hijo se convertiría en socio de la firma antes de cumplir los cuarenta y cinco años, pues todo el mundo sabía que varios hombres más jóvenes habían visto sus nombres impresos en el ángulo superior izquierdo del papel de carta a pesar de haber ingresado en la firma después que su hijo.

Poco antes de que empezaran los discursos, la lluvia obligó a los invitados a refugiarse bajo la marquesina. La señora Trentham lamentó que el discurso del novio fuera recibido con bastante frialdad. No obstante, decidió que era bastante difícil aplaudir mientras se sujetaba una copa de champagne en una mano y un emparedado de espárragos en la otra. A decir verdad, el padrino de boda de Nigel, Hugh Folland, no lo había hecho mucho mejor.

La señora Trentham localizó a Miles Renshaw, el socio mayoritario, después de los discursos. Le confesó en un aparte que tenía la intención de invertir una cantidad considerable de dinero en una empresa que se iba a convertir en pública. Por lo tanto, necesitaría que la aconsejara respecto a lo que ella describió como su estrategia a largo plazo.

Tal información no produjo ninguna respuesta concreta del caballero en cuestión, pues este todavía recordaba las promesas de la mujer sobre la cartera de «Hardcastle», una vez que su padre muriera. Pese a todo, el señor Renshaw sugirió

que se pasara por las oficinas de la City y le comunicara los detalles de la transacción en cuanto el delicado documento oficial hubiera sido redactado.

La señora Trentham dio las gracias al señor Renshaw y continuó atendiendo a los congregados, como si fuera ella la anfitriona.

No se dio cuenta de que Verónica manifestó en diversas ocasiones su desaprobación.

Fue el último viernes de setiembre de 1947 cuando Gibson llamó a la puerta de la sala de estar, entró y anunció:

—El capitán Daniel Trentham.

Cuando la señora Trentham vio al joven vestido con el uniforme de capitán de los Fusileros Reales, sus piernas le fallaron. El joven avanzó y se detuvo en el centro de la alfombra. La mente de la señora Trentham recordó de inmediato la entrevista que había tenido lugar en la misma habitación veinticinco años antes. Consiguió recorrer unos metros antes de desplomarse sobre el sofá.

La señora Trentham, aferrándose al brazo del sofá para no perder el sentido por completo, contempló a su nieto. Habría jurado por un momento que le había visto anteriormente.

La primera reacción de la señora Trentham, después de serenarse, fue ordenar a Gibson que le echara, pero decidió esperar unos instantes, pues ardía en deseos de saber qué quería el joven. Mientras Daniel recitaba sus frases aprendidas, empezó a sospechar que el encuentro podía redundar en su favor.

El joven empezó diciendo que había estado en Australia aquel verano, y no en Estados Unidos, como ella había supuesto. A continuación, demostró que sabía muy bien cómo había adquirido ella los pisos e intentado paralizar el permiso para construir los grandes almacenes. También manifestó que conocía la inscripción que constaba en la tumba de Ashurst y detalles de sus encuentros en el hotel St. Agnes. Terminó afirmando que sus padres ignoraban que había ido a visitarla aquella tarde.

La señora Trentham concluyó que había averiguado la verdad sobre la muerte de su hijo en Melbourne. De lo contrario, ¿por qué habría recalcado que, si esa información caía en manos de la prensa, el resultado sería, por decirlo en términos suaves, muy embarazoso para todos los implicados?

La señora Trentham no hizo nada por impedir que Daniel siguiera hablando, y aguardó pacientemente a que terminara. Mientras desarrollaba sus pronósticos sobre el futuro de Chelsea Terrace, se preguntó cuánto sabía en realidad el joven erguido frente a ella. Decidió que solo había una forma de averiguarlo, una forma que la obligaría a correr un gran riesgo.

—Con una condición —replicó la señora Trentham, cuando Daniel terminó su discurso con una exigencia específica.

—¿Qué condición?

—Que renuncies a todos tus derechos sobre las propiedades de Hardcastle.

Daniel pareció vacilar por primera vez. No era lo que él esperaba. La señora

Trentham se sintió segura en aquel momento de que ignoraba los detalles de la herencia. Al fin y al cabo, su padre había ordenado al señor Harrison que no informara al joven de su contenido hasta que cumpliera treinta años. El señor Harrison no era hombre que incumpliera su palabra.

—En primer lugar, no creo que tuvieras intención de legarme nada —respondió Daniel.

Ella no contestó. Esperó a que Daniel diera su consentimiento.

—Ha de ser por escrito —añadió la mujer.

—Y también mi parte del trato —exigió él con brusquedad. La señora Trentham se sintió segura de que ya no dependía de un guión preparado, sino que estaba reaccionando a tenor de los acontecimientos.

La mujer se levantó, caminó con parsimonia hacia su escritorio y abrió un cajón. Daniel se quedó en el centro de la sala, balanceándose sobre sus pies.

La señora Trentham localizó las dos hojas de papel, sacó el borrador preparado por el abogado del cajón inferior y procedió a escribir dos pactos idénticos, incluyendo la renuncia a construir los pisos y las objeciones al permiso de construir las Torres Trumper que había solicitado el padre de Daniel. También incluyó las frases exactas redactadas por el abogado, a fin de que Daniel renunciara a los derechos conferidos por el testamento de su abuelo.

Tendió el primer borrador a su nieto para que lo examinara. Temió que, en cualquier momento, descubriera lo que iba a sacrificar al firmar aquel documento.

Daniel terminó de leer la primera copia del pacto y después comprobó que ambos borradores fueran idénticos hasta el menor detalle. Aunque no dijo nada, la señora Trentham siguió temiendo que averiguara el motivo de su petición. De hecho, si le hubiera pedido que vendiera a su padre el terreno de Chelsea Terrace a precio de coste, habría accedido de muy buen grado, con tal de que la firma de Daniel constara al pie del acuerdo escrito.

En cuanto Daniel hubo firmado ambos documentos, la señora Trentham tocó la campanilla y llamó a Gibson para que actuara como testigo.

—Acompaña a este caballero, Gibson —ordenó, en cuanto hubo terminado el procedimiento.

Después de que la figura uniformada abandonase la sala, se preguntó cuánto tiempo tardaría el muchacho en darse cuenta de que había hecho un mal negocio.

Al día siguiente, los abogados de la señora Trentham examinaron el acuerdo, y la simplicidad de la transacción les dejó estupefactos. Sin embargo, la mujer no entró en explicaciones. Un leve cabeceo del socio mayoritario dio a entender que el trato estaba cerrado.

Todo hombre tiene su precio, y cuando Martin Crowe advirtió que su fuente de ingresos se había reducido a cincuenta libras, se convenció de que debería renunciar a sus objeciones hacia las Torres Trumper.

A partir del día siguiente, la señora Trentham dedicó su atención a otro asunto: el

problema de comprender documentos de oferta.

Verónica se quedó embarazada demasiado pronto, en opinión de la señora Trentham. Su nuera dio a luz un hijo, Giles Raymond, en mayo de 1948, solo nueve meses y tres semanas después de contraer matrimonio con Nigel. El niño, al menos, no nació prematuramente. Ya había observado en más de una ocasión que los criados contaban los meses con los dedos.

La señora Trentham sostuvo su primera discusión con Verónica cuando esta volvió del hospital.

Verónica y Nigel llevaron a Giles a Chester Square para que su orgullosa abuela lo admirara. Tras dirigir al niño una mirada superficial, Gibson sacó el cochecito de la sala y entró el carrito de té.

—Querréis, sin duda, que el niño sea inscrito en Asgarth y Harrow cuanto antes —dijo la señora Trentham, antes de darles tiempo a elegir un emparedado—. Al fin y al cabo, hay que asegurar la plaza.

—De hecho, Nigel y yo ya hemos decidido qué clase de educación recibirá nuestro hijo —contestó Verónica—, y no hemos tenido en consideración ninguno de esos colegios.

La señora Trentham dejó la taza sobre el platillo y miró a Verónica como si hubiera anunciado la muerte del rey.

—Lo siento, pero creo que no te he oído bien, Verónica.

—Vamos a enviar a Giles a una escuela primaria de Chelsea, y después a Bryanston.

—¿Bryanston? ¿Puedo preguntar dónde está eso?

—En Dorset. Es la escuela donde se educó mi padre —añadió Verónica, cogiendo un emparedado de salmón.

Nigel miró con nerviosismo a su madre, acariciándose la corbata a rayas azules y plateadas.

—Es posible —contestó la señora Trentham—. Sin embargo, estoy segura de que necesitamos reflexionar un poco más sobre la forma de iniciar al joven Raymond en la vida.

—No, no será necesario —puntualizó Verónica—. Nigel y yo ya hemos pensado bastante en cómo ha de ser educado Raymond. De hecho, le inscribimos en Bryanston la semana pasada. Al fin y al cabo, hay que asegurarse de que tenga la plaza garantizada.

Se inclinó hacia delante y cogió otro emparedado de salmón.

El pequeño reloj que descansaba sobre la repisa de la chimenea, al otro lado de la habitación, dio tres campanadas.

Max Harris se levantó de la butaca que quedaba en un rincón del salón cuando vio entrar a la señora Trentham. Hizo una reverencia y esperó a que su cliente tomara

asiento en la silla situada frente a él.

Pidió té para la mujer y otro *whisky* doble para él. La señora Trentham no ocultó su desaprobación y frunció el ceño cuando el camarero se marchó. Devolvió su atención a Max Harris en cuanto oyó los inevitables chasquidos.

—Imagino, señor Harris, que me ha hecho venir porque tiene algo importante que decirme.

—Creo que puedo afirmar, sin temor a equivocarme, que soy portador de excelentes noticias. Una señora apellidada Bennet ha sido detenida recientemente por robar en una tienda. Una chaqueta de piel y un cinturón de cuero en Harvey Nicholls, para ser exacto.

—¿Y cuál puede ser mi interés en esa dama? —preguntó la señora Trentham, mirando hacia atrás y comprobando con irritación que había empezado a llover.

—Resulta que mantiene una interesante relación con *sir* Charles Trumper.

—¿Relación? —El desconcierto de la señora Trentham aumentó.

—Sí. La señora Bennet es, ni más ni menos, la hermana de *sir* Charles.

—Si no recuerdo mal, Trumper solo tiene tres hermanas. Sal, que vive en Toronto y está casada con un vendedor de seguros; Grace, que acaba de ser nombrada jefe de enfermeras en el hospital de San Guido, y Kitty, que abandonó Inglaterra hace un tiempo para ir a vivir con su hermana en Canadá.

—Y que ahora ha regresado.

—¿Regresado?

—Sí, como la señora Kitty Bennet.

—No acabo de entenderle —dijo la señora Trentham, exasperada al ver que Harris disfrutaba jugando al gato y al ratón con ella.

—Mientras estaba en Canadá —continuó Harris, indiferente a la irritación de su cliente—, se casó con un tal Bennett, un estibador. Igual que su padre, por cierto. El matrimonio duró casi un año, hasta terminar en un turbulento divorcio, en el que salieron a relucir varios hombres. Volvió a Inglaterra hace escasas semanas, después de que su hermana Sal se negara a acogerla de nuevo.

—¿Cómo ha conseguido esta información?

—Un amigo mío de la prisión de Wandsworth me guio en la dirección correcta. Cuando levó la hoja de cargos contra la señora Bennett, nacida Trumper, decidió investigar un poco más. La clave fundamental fue el nombre «Kitty». Me personé de inmediato para asegurarme de que teníamos a la mujer que nos convenía. Harris se interrumpió para beber su *whisky*.

—Siga —le urgió la señora Trentham.

—Cantó como un canario por cinco libras. Si pudiera ofrecerle cincuenta, tengo el presentimiento de que trinaría como un ruiseñor.

Cuando «Trumper's» anunció los detalles de su emisión de acciones en la prensa nacional, la señora Trentham se hallaba de vacaciones en la finca de Aberdeenshire propiedad de su esposo. Se dio cuenta al instante de que, a pesar de que ahora

controlaba los ingresos combinados de ella y de su hermana, más la cantidad inesperada de veinte mil libras, aún necesitaba todo el capital producido por la venta de la propiedad de Yorkshire si quería adquirir una participación voluminosa de la nueva empresa. Aquella mañana hizo tres llamadas telefónicas.

A principios de año había dado instrucciones para que su cartera de acciones fuera transferida a Kitcat & Aiken, y tras varios meses de acosar a su marido le había convencido de que hiciera lo mismo. A pesar de esta maniobra, a Nigel aún no le habían ofrecido ser socio de la firma. La señora Trentham le habría aconsejado presentar la renuncia si hubiera confiado en que encontraría mejores ofertas en otro sitio.

Pese a este revés, continuó invitando a cenar por turnos a los socios de Kitcat. Gerald dejó bien claro a su mujer que no aprobaba esa táctica, convencido de que no ayudaban a la causa de su hijo. No obstante, sabía muy bien que sus opiniones no impresionaban a su esposa. En cualquier caso, había alcanzado una edad en la que se sentía demasiado agotado para oponer otra cosa que no fuera una resistencia simbólica.

La señora Trentham estudió los detalles fundamentales del proyecto de «Trumper's» en la edición del *Times* que había comprado su marido, y dio instrucciones a Nigel de que adquiriera el cinco por ciento de las acciones de la nueva empresa bajo varios nombres falsos. Él cumplió sus deseos al pie de la letra.

Sin embargo, uno de los párrafos finales de un artículo aparecido en el *Daily Mail*, firmado por Vincent Mulcross y titulado «Los triunfantes Trumper», le recordó que todavía se hallaba en posesión de un cuadro que necesitaba ser vendido por un precio adecuado.

Siempre que el señor Harrison solicitaba una entrevista a la señora Trentham, esta consideraba que se trataba más de una requisitoria que de una invitación. Tal vez se debiera al hecho de que había trabajado para su padre durante más de veinte años.

Sabía muy bien que, como albacea testamentario de su padre, el señor Harrison aún ejercía una influencia considerable, a pesar de que le había cortado las alas hacía poco con la venta de la propiedad.

El señor Harrison la invitó a sentarse frente a su escritorio, volvió a su silla, acomodó las gafas en el extremo de su nariz y abrió una de sus inevitables carpetas grises.

Daba la impresión de que se ocupaba de toda su correspondencia, por no mencionar sus entrevistas, de una forma que solo podía ser descrita como distante. La señora Trentham se preguntaba a menudo si trataba a su padre de la misma manera.

—Señora Trentham —empezó, posando las palmas de las manos frente a él y repasando las notas que había escrito la noche anterior—, debo agradecerle en primer lugar que se haya tomado la molestia de acudir a mi despacho, y manifestarle mi tristeza por el hecho de que su hermana haya declinado mi invitación. Sin embargo, en una breve carta que recibí la semana pasada, expresaba con toda claridad su

satisfacción porque usted la representara en esta y en cualquier otra futura ocasión.

—La querida Amy. Esa pobre criatura acusó mucho la muerte de mi padre, aunque he hecho todo lo posible por suavizar el golpe.

Los ojos del anciano abogado retornaron al expediente, que contenía una nota del señor Althwaite, de Bird Collingwood & Althwaite, de Harrogate, ordenándoles que, en el futuro, enviaran el cheque mensual de la señorita Amy a Coutts & Cía, del Strand, a un número de cuenta que solo difería un dígito de aquella a la que el señor Harrison enviaba la otra mitad de los ingresos mensuales.

—Si bien su padre legó a usted y a su hermana las ganancias derivadas de su monopolio —continuó el abogado—, el grueso de su capital será entregado a su debido tiempo, como usted ya sabe, al doctor Daniel Trumper.

La señora Trentham asintió con la cabeza.

—Como también sabe, el monopolio se compone de valores, acciones y bonos del estado que nos administra la banca mercantil Hambros & Cía. Siempre que consideren prudente realizar una inversión considerable a favor del monopolio, nosotros consideramos igualmente importante mantenerla informada de sus intenciones, a pesar de que *sir* Raymond nos concedió plena libertad de maniobra en estos temas.

—Es usted muy considerado, señor Harrison.

El abogado consultó otra nota. Procedía en esta ocasión de un agente de bienes raíces de Bradford. La propiedad, la casa y contenido del difunto *sir* Raymond Hardcastle habían sido vendidos en fecha reciente por la cantidad de cuarenta y una mil libras. Tras deducir comisiones y honorarios, el agente había enviado la suma restante a la misma cuenta de Coutts que recibía la paga mensual de la señorita Amy.

—Teniendo esto presente —continuó el abogado de la familia—, considero mi deber informarla de que nuestros consejeros nos han recomendado una inversión considerable en una empresa que no tardará en salir al mercado.

—¿Y qué empresa es esa? —inquirió la señora Trentham.

—«Trumper's» —dijo Harrison, atento a la reacción de su cliente.

—¿Y por qué «Trumper's» en concreto? —preguntó la mujer, sin alterar la expresión de su rostro.

—Principalmente, porque Hambros considera inteligente y prudente la inversión, pero, y tal vez es lo más importante, el grueso del capital perteneciente a la empresa, cuando llegue el momento, pasará a manos de Daniel Tumper, cuyo padre, como sin duda usted sabrá, es el presidente de la junta directiva.

—Lo sabía —dijo la señora Trentham sin hacer más comentarios. Se dio cuenta de que su serenidad preocupaba al señor Harrison.

—Es obvio que si usted y su hermana opusieran serios reparos a una inversión tan enorme, hecha en nombre del monopolio, es posible que nuestros consejeros reconsiderasen su postura.

—¿Cuánto piensan invertir?

—Unas doscientas mil libras, lo cual permitiría al monopolio adquirir, aproximadamente, el diez por ciento de las acciones que se ofrecen.

—¿No es una participación demasiado elevada en una sola empresa?

—Lo es, por supuesto, pero el presupuesto del monopolio se lo puede permitir.

—En este caso, acepto la decisión de Ambros, y estoy segura de que hablo también en nombre de mi hermana.

El señor Harrison miró una vez más el expediente y estudió una declaración jurada, firmada por la señorita Amy Hardcastle, concediendo virtualmente *carte blanche* a su hermana en todas las decisiones relacionadas con las propiedades del difunto *sir* Raymond Hardcastle, incluyendo la transferencia de veinte mil libras de su cuenta personal. El señor Harrison esperaba que la señorita Amy fuera feliz en el hotel residencia Cliff Top, como mínimo. Miró a la otra hija de *sir* Raymond.

—Entonces —concluyó, solo me queda comunicar a Hambros su punto de vista acerca del tema e informarla a usted cuando «Trumper's» reparta sus acciones.

El abogado cerró el expediente, se levantó y caminó hacia la puerta. La señora Trentham le siguió, satisfecha de saber que tanto el monopolio Hardcastle como sus propios consejeros trabajaban en equipo para ayudarla a realizar su proyecto a largo plazo, sin que ninguna de ambas partes supiera lo que ella estaba tramando. Aún la complació más pensar que, el día en que «Trumper's» se convirtiera en empresa pública, obtendría el control del quince por ciento de las acciones.

Cuando llegaron a la puerta, el señor Harrison se volvió para estrechar la mano de la señora Trentham.

—Buenos días, señora Trentham.

—Buenos días, señor Harrison. Ha sido usted muy amable, como siempre.

Se encaminó al coche. El chófer le abrió la puerta. Mientras arrancaba, se volvió a mirar por la ventanilla trasera. El viejo abogado continuaba de pie ante la puerta de su oficina, con una expresión preocupada en el rostro.

—¿A dónde, señora? —preguntó el chófer, zambulléndose en el tráfico de la tarde.

Consultó su reloj: la entrevista con Harrison no había durado tanto como había sospechado, y le quedaba algo de tiempo libre antes de su siguiente cita.

—Al hotel St. Agnes —ordenó, pese a todo, apoyando la mano sobre el paquete envuelto en papel marrón que descansaba en el asiento de al lado.

Había indicado a Harris que alquilara una habitación en el hotel e introdujera a Kitty en el ascensor cuando nadie se fijara en ellos.

Cuando llegó al hotel, aferrando el paquete, advirtió con desagrado que Harris no la esperaba como de costumbre en su lugar habitual. Detestaba profundamente aguardar sola en el pasillo. Se acercó de mala gana al portero del vestíbulo para preguntar el número de la habitación que Harris había alquilado.

—Catorce —contestó un hombre ataviado con un brillante uniforme azul, aunque los botones no brillaban—. Pero usted no puede...

La señora Trentham no estaba acostumbrada a que nadie le dijera «usted no puede». Dio media vuelta y empezó a subir con parsimonia la escalera que conducía a las habitaciones de la primera planta. El portero del vestíbulo se apresuró a descolgar el teléfono del mostrador.

La señora Trentham tardó varios minutos en localizar el número 14, casi el mismo tiempo que empleó Harris en responder a su llamada. Cuando la señora Trentham entró en la habitación se quedó sorprendida al ver lo pequeña que era; solo había sitio para la cama, una silla y un lavabo. Sus ojos se clavaron en la mujer tendida en la cama. Llevaba una blusa de seda roja y un falda de cuero negra..., demasiado corta en opinión de la señora Trentham, por no mencionar el hecho de que los botones superiores de la blusa estaban desabrochados.

Como Kitty no hizo el menor movimiento para quitar un viejo impermeable tirado sobre la silla, a la señora Trentham no le quedó otro remedio que permanecer de pie.

Miró a Harris, que se estaba anudando la corbata. El hombre, obviamente, había decidido que cualquier presentación era superflua.

La única reacción de la señora Trentham consistió en ir directamente al grano para poder regresar a la civilización lo antes posible. No esperó a que Harris abriera el fuego.

—¿Ha explicado a la señora Bennet lo que se espera de ella?

—Desde luego —contestó el detective, poniéndose la chaqueta—. Y Kitty se halla más que dispuesta a cumplir su parte del trato.

—¿Podemos confiar en ella? —La señora Trentham miró a la mujer tendida en la cama.

—Claro que sí, mientras haya dinero de por medio —fueron las primeras palabras de Kitty—. Lo único que quiero saber es cuánto voy a sacar en limpio.

—El precio de la venta, más cincuenta libras —contestó la señora Trentham.

—Entonces, espero veinte libras de entrada.

La señora Trentham vaciló un momento, y luego asintió.

—Bien, ¿cuál es el truco?

—Solo que su hermano intentará disuadirla —explicó la señora Trentham—, hasta es posible que trate de sobornarla a cambio de...

—Ni lo sueñe. Por mí, puede hablar por los codos, porque no me convencerá. ¿Sabe una cosa? Odio a Charlie casi tanto como usted.

Depositó el paquete envuelto en papel marrón en el borde de la cama. La señora Trentham sonrió por primera vez.

Harris también sonrió.

—Sabía que las dos tenían algo en común.

BECKY

1947 - 1950

CAPÍTULO 35

Noche tras noche yacía dormida, temiendo que Daniel averiguara algún día que Charlie no era su padre.

Siempre que estaban juntos (Daniel, alto y delgado, de ondulado cabello rubio y profundos ojos azules; Charlie, unos ocho centímetros más bajo, como mínimo, corpulento, de cabello fuerte y oscuro y ojos pardos), pensaba que Daniel no tardaría en observar la diferencia. No ayudaba en absoluto que mi tez también fuera oscura. Las diferencias resultarían cómicas, de no ser tan serias las implicaciones. Con todo, Daniel jamás se ha referido a las diferencias físicas o de carácter que existen entre él y Charlie.

Charlie quiso que le contáramos a Daniel la verdad sobre Guy desde el primer momento, pero yo le convencí de que esperásemos a que el chico fuera lo bastante mayor para comprender todas las implicaciones. Cuando Guy murió, nos pareció que ya no tenía sentido agobiar a Daniel con hechos del pasado.

Después, tras años de angustia y continuas protestas de Charlie, accedí finalmente a contarle la verdad a Daniel. Telefoneé al Trinity la semana antes de que zarpara hacia Estados Unidos y le pregunté si podía llevarle en coche a Southampton; de esta manera sabía que pasaríamos a solas varias horas, sin temor a ser interrumpidos. Añadí que debía decirle algo importante.

Salí hacia Cambridge un poco antes de lo necesario y llegué a tiempo de ayudar a Daniel a hacer el equipaje. Hacia las once nos dirigimos a la Al. Durante la primera hora charlamos sobre su trabajo en Cambridge (demasiados estudiantes, poco tiempo para la investigación), pero en cuanto la conversación derivó hacia el problema de los pisos, supe que se me presentaba por fin la oportunidad de decirle la verdad acerca de su padre. De pronto, cambió de tema, y mi determinación se esfumó. Juro que habría abordado el problema sin ambages, pero el momento había pasado.

A causa de los disgustos que nos ocasionó la señora Trentham durante el viaje de Daniel por Estados Unidos, consideré que la mejor oportunidad de sincerarme con mi hijo no había sido aprovechada. Supliqué a Charlie que olvidáramos el asunto para siempre. Tengo un marido estupendo. Me dijo que yo estaba equivocada, que Daniel era lo bastante maduro para asumir la verdad, pero que aceptaba mi decisión. Nunca volvió a hablar del tema.

Cuando Daniel regresó de Estados Unidos, fui a buscarle a Southampton. No sé qué había ocurrido, pero el chico parecía cambiado. Parecía diferente, más sereno, y me dio un gran abrazo nada más verme, lo cual me sorprendió. Durante el trayecto de vuelta a Londres hablamos de los Estados Unidos, que le habían gustado mucho, y le informé, sin entrar en detalles, de los problemas que acuciaban a nuestra solicitud de permiso para construir en Chelsea Terrace. No aparentó excesivo interés por mis noticias, pero, para ser justa, Charlie nunca le había tenido al corriente de los progresos de «Trumper's», en cuanto ambos se dieron cuenta de que Daniel estaba

destinado a una carrera universitaria.

Daniel pasó con nosotros las dos semanas siguientes, antes de volver a Cambridge, y hasta Charlie, que no era el más observador de los hombres, comentó que lo encontraba muy cambiado. Seguía siendo tan serio y tranquilo, e incluso introvertido, como siempre, pero nos trataba con tanta ternura que me pregunté si habría conocido a una chica durante su ausencia. Así lo esperé, pero Daniel no mencionó a nadie en particular, a pesar de las trampas que le tendí. Pocas veces había traído chicas a casa en el pasado, y siempre se comportaba con timidez cuando le presentábamos a las hijas de nuestros amigos. De hecho, desaparecía sin dejar rastro cuando Clarissa Wiltshire hacía acto de presencia, lo que ocurría con bastante frecuencia en los últimos tiempos, pues durante las vacaciones del colegio los gemelos trabajaban detrás del mostrador del número 1.

Un mes después del regreso de Daniel, Charlie me dijo que la señora Trentham había retirado todas sus objeciones a nuestro proyecto de enlazar las dos torres. Salté de alegría. Cuando añadió que tampoco iba a reconstruir los pisos, me negué a creerle y supuse al instante que se trataba de una trampa.

—Esta vez, no tengo ni idea de lo que se propone —admitió el propio Charlie. Ninguno de los dos compartíamos la teoría de Daphne de que, con la vejez, se estaba reblandeciendo.

El CML confirmó dos semanas más tarde que todas las objeciones a nuestro proyecto habían sido retiradas y que podíamos iniciar el programa de construcción. Esta era la señal que Charlie esperaba para informar al mundo exterior de que íbamos a convertirnos en empresa pública.

Charlie convocó una asamblea plenaria para que se aprobaran las resoluciones necesarias.

El señor Merrick, a quien Charlie no había perdonado que le obligara a vender el van Gogh, nos aconsejó que, a fin de reflotar la deuda, eligiésemos el banco mercantil Robert Fleming. El banquero expresó su esperanza de que la empresa recién formada seguiría utilizando Child y Compañía como banco de liquidación. Charlie le hubiera mandado a la mierda de buena gana, pero sabía muy bien que, si cambiaba de banco diez semanas antes de convertirse en sociedad anónima, provocaría inquietud en la City. La junta aceptó por unanimidad ambos consejos, e invitó a Tim Newman, del banco Robert Fleming, a engrosar el consejo de administración. Newman llevó una bocanada de aire puro a la empresa: representaba a la nueva generación de banqueros. Sin embargo, aunque Tim Newman me cayó bien desde el primer momento, no ocurría lo mismo con Paul Merrick.

A medida que se acercaba el día de emitir las obligaciones, Charlie pasaba más tiempo con el banquero mercantil. Entretanto, Tom Arnold asumió la responsabilidad de controlar todas las tiendas, así como de supervisar la construcción del edificio, a excepción del número 1, que aún era mi dominio personal.

Yo había decidido, varios meses antes del anuncio definitivo, que quería montar

una gran venta en la casa de subastas, coincidiendo con la declaración de Charlie anunciando que nos convertíamos en empresa pública, y confiaba ciegamente en que la colección italiana, a la que había dedicado gran parte de mi tiempo, sería la oportunidad ideal para que Chelsea Terrace, 1, cobrara la importancia que merecía.

Mi jefe de investigaciones, Francis Lawson, había tardado casi dos años en reunir cincuenta y nueve lienzos, pintados entre 1519 y 1768. Nuestra mejor pieza era un Canaletto (*La basílica de San Marcos*), un cuadro que una anciana tía de Daphne, residente en Cumberland, le había legado.

—No es tan bueno como los dos que Percy tiene en Lanarkshire —nos dijo, con su estilo inimitable—. De todos modos, confío en que el cuadro alcance un precio justo, querida. Si no es así, en el futuro tendré que visitar Sotheby's con más asiduidad.

Fijamos un precio mínimo para el cuadro de treinta mil guineas. Insinué a Daphne que se trataba de una cifra muy sensata, recordándole que el precio máximo obtenido por un Canaletto se elevaba a treinta y ocho mil guineas, subastado en Christie's el año anterior.

Mientras ultimaba los preparativos de la venta, Charlie y Tim Newton dedicaban casi todo su tiempo a visitar instituciones, bancos, compañías financieras y grandes inversores, informándoles de por qué arriesgaban su dinero en «el carretón más grande del mundo».

Tim se sentía optimista sobre el desenlace y creía que el número de peticiones superaría al de las acciones en venta. Aun así, consideraba que Charlie y él debían ir a Nueva York para despertar el interés de los inversores norteamericanos. Charlie calculó que debía volver del viaje a los Estados Unidos el día anterior a la subasta, y tres semanas antes de que nuestra oferta de obligaciones se abriera al público.

Sucedió un lunes de enero por la mañana. Es posible que no me encontrara en mi mejor momento, pero habría podido jurar que reconocí a una clienta que charlaba animadamente con una de nuestras empleadas nuevas. Lamenté no conseguir ubicar a aquella mujer madura, cuyo aspecto indicaba que se encontraba en dificultades de índole económica, y que tal vez se vería obligada a vender parte de su herencia.

En cuanto se marchó me acerqué al escritorio y pregunté a Cathy quién era.

—Una tal señora Bennett —contestó la muchacha. Como el nombre no significó nada para mí, le pregunté qué deseaba.

Cathy me tendió un pequeño óleo de la Virgen María y el Niño.

—La señora me preguntó si esta pintura podía aún incluirse en la subasta de piezas italianas. Ignoraba su procedencia, y por su aspecto pensé si no se trataría de una obra robada.

Miré el pequeño óleo y comprendí al instante que la mujer era la hermana menor de Charlie.

—Yo me ocuparé de esto.

—Por supuesto, señora Trumper.

Subí en ascensor a la última planta, pasé junto a Jessica Allen y entré en el despacho de Charlie. Le di el cuadro para que lo examinara y le expliqué cómo había venido de nuevo a parar a nuestras manos.

Apartó los papeles del escritorio a un lado y contempló el cuadro durante un rato, sin decir una palabra.

—Bien, una cosa es cierta —dijo por fin—. Kitty nunca nos dirá cómo o dónde lo consiguió, pues de lo contrario habría acudido directamente a verme.

—¿Qué vamos a hacer?

—Ponerlo a la venta, tal como ha dicho, porque te aseguro que nadie va a pujar por él más que yo.

—Pero si lo único que quiere es algo de dinero, ¿por qué no le haces una oferta justa por el cuadro?

—Si Kitty quisiera dinero, habría acudido directamente a mí. No, nada le gustaría más que verme de rodillas ante ella, para variar.

—¿Y si robó el cuadro?

—¿A quién? Y aunque lo haya hecho, nada nos impide indicar en el catálogo la procedencia auténtica. Al fin y al cabo, la policía guardará todavía los detalles del robo en sus expedientes.

—¿Y si Guy se lo dio?

—Guy está muerto —me recordó concisamente.

El interés que la prensa y el público dedicaban a la venta me complajo en extremo. Se produjo otro buen augurio cuando algunos conocidos críticos de arte y coleccionistas fueron vistos la semana anterior, examinando los cuadros que se exhibían en la galería principal.

Empezaron a aparecer artículos, primero en las secciones económicas, y después en las principales columnas, que también hablaban de Charlie y de mí. No me entusiasmó mucho el titular «Los triunfantes Trumper», pero Tim Newman nos explicó la importancia de las relaciones públicas, cuando se trata de obtener grandes cantidades de dinero. A medida que nuevos artículos aparecían en diarios y revistas, nuestro joven director se fue convenciendo de que el lanzamiento de la nueva empresa iba a constituir un enorme éxito.

Francis Lawson y su nueva ayudante, Cathy Ross, trabajaron durante varias semanas en el catálogo, redactando concienzudamente la historia de cada cuadro, de sus anteriores dueños y de las galerías y exhibiciones por las que habían pasado antes de terminar en la subasta de «Trumper's». Ante nuestra sorpresa, lo que causó sensación entre el público no fueron los cuadros en sí, sino la presentación de nuestro catálogo, el primero que incluía láminas en color. Costó una fortuna imprimirlo, pero

como tuvimos que reimprimirlo dos veces antes del día de la venta y vendimos todos los catálogos a cinco chelines, no tardamos en amortizar los gastos. Durante la siguiente asamblea del consejo, tuve el placer de informar que, tras dos reimpresiones más, ya habíamos obtenido unos modestos beneficios.

—Tal vez deberías cerrar la galería de arte y abrir una editorial —fue el comentario constructivo de Charlie.

La nueva sala de subastas del número 1 tenía capacidad para doscientas veinte personas. Nunca habíamos conseguido llenarla, pero ahora, a juzgar por las demandas de entradas que nos llegaban por correo, nos vimos forzados a eliminar a los curiosos para dejar paso a los auténticos interesados.

A pesar de cortar, podar, improvisar y hasta tratar con rudeza a uno o dos individuos persistentes, nos encontramos con casi trescientas personas que confiaban en lograr un asiento. Había varios periodistas entre ellos, pero el golpe final se produjo cuando el director de la sección de arte del Tercer Programa llamó para preguntar si podían retransmitir la subasta por radio.

Charlie volvió de Estados Unidos dos días antes de la venta y me confirmó, durante los breves momentos que estuvimos a solas, que el viaje se había saldado de forma muy satisfactoria... No me aclaró el significado de estas palabras. Añadió que Daphne le acompañaría a la subasta. «Hay que tener contentos a los clientes fieles». No dije que había olvidado por completo reservarle un asiento, pero Simón Matthews encajó un par de sillas suplementarias en la octava fila, rezando para que ningún miembro del cuerpo de bomberos se encontrara entre los postores.

Decidimos celebrar la venta a las tres de la tarde del martes. Tim Newman nos había advertido que, si queríamos conseguir la máxima publicidad en los periódicos del día siguiente, la hora era de importancia capital.

Simón y yo pasamos en pie toda la tarde anterior a la subasta con nuestro personal, quitando los cuadros de las paredes y colocándolos en el orden correcto. Después, comprobamos la iluminación del caballete donde se exhibirían y, por fin, situamos las sillas, lo más juntas posible. Empujamos hacia atrás el estrado desde el que Simón dirigiría la subasta y conseguimos añadir una fila más. Quedó menos espacio para los observadores, que siempre permanecían de pie junto al subastador, localizando a los postores, pero nos solucionó catorce otros problemas.

Por la mañana efectuamos un ensayo: los porteros colocaban cada cuadro en el caballete cuando Simón anunciaba el número del lote, y lo quitaban cuando bajaba el martillo y anunciaba el siguiente lote. Por fin, izaron el Canaletto al caballete; el cuadro exhibía toda la técnica refinada y minuciosa observación que constituían la marca del maestro. Sonreí cuando, un momento después, la obra maestra fue sustituida por el cuadro de la Virgen y el Niño que pertenecía a Charlie. A pesar de las intensas investigaciones efectuadas por Cathy no había conseguido rastrear sus antecedentes, de modo que nos limitamos a cambiar el marco de la pintura y atribuirlo en el catálogo a la escuela del siglo xvii. Consigné en mi libro un precio

aproximado de doscientas guineas, aunque sabía muy bien que Charlie tenía la intención de volver a adquirir el óleo al precio que fuera. Seguía preocupándome la forma en que Kitty lo había conseguido, pero Charlie me repitió varias veces que «dejara de comerme el coco». En cualquier caso, tenía problemas más importantes en su cabeza que el de saber cómo había llegado a manos de su hermana el regalo de Tommy.

A las dos y cuarto ya había algunas personas sentadas en la sala de subastas. Reconocí a más de un comprador importante y propietario de galería que nunca se había encontrado con una sala tan repleta, y acabó de pie en la parte de atrás o apoyado contra una pared lateral.

A las tres menos cuarto solo quedaban algunos asientos libres, y las personas que habían llegado a última hora se hallaban apretujadas contra las paredes laterales; una o dos estaban en cuclillas en la fila central. Daphne entró a las tres menos cinco, vistiendo un elegante traje de cachemira azul oscuro que yo había visto anunciado en *Vogue* el mes pasado. Charlie, con aspecto de cansancio, la seguía a un paso de distancia. Tomaron asiento en el extremo de la octava fila. Daphne parecía muy satisfecha consigo misma, y Charlie se removía inquieto.

A las tres en punto ocupé mi sitio, junto al estrado del subastador, en tanto Simón subía los escalones de su pequeño palco, se detenía un momento para buscar con la mirada a los compradores importantes y daba varios golpes de martillo.

—Buenas tardes, damas y caballeros. Bienvenidos a «Trumper's», los subastadores de obras de arte, logrando subrayar el «los» de una forma muy agradable. Cuando anunció el lote número 1, un murmullo recorrió la sala. Consulté mi catálogo, aunque me sabía de memoria los detalles de los cincuenta y nueve lotes. Era una obra de Giovanni Battista Crespi, fechada en 1617, que plasmaba a San Francisco de Asís. El pequeño óleo estaba marcado en nuestro código con QIHH libras, de modo que cuando Simón lo adjudicó por dos mil doscientas, setecientas libras más de lo que yo esperaba, no pude ocultar mi alegría.

El Canaletto ocupaba el número 37 de las cincuenta y nueve obras en venta, pues yo deseaba crear una atmósfera de excitación mucho antes de que subiera al estrado, pero evitando que saliera a última hora, cuando los clientes empezaban a marcharse. Cuarenta y siete mil libras se lograron en la primera hora, antes del Canaletto. Cuando el lienzo de un metro y veinte de ancho se situó a la luz del foco, los espectadores que veían por primera vez la obra maestra jadearon.

—Una pintura de la basílica de San Marcos, obra de Canaletto —dijo Simón—, fechada en 1741 —como si tuviéramos media docena más guardadas en el sótano—. Esta pieza ha despertado un considerable interés, y abro la puja con diez mil libras.

Sus ojos exploraron la sala, mientras mis observadores y yo vigilábamos la procedencia de la segunda puja.

—Quince mil —dijo Simón, mirando a un representante del gobierno italiano, sentado en la quinta fila.

—Veinte mil libras en la parte de atrás.

Tenía que ser el representante de la colección Mellon. Siempre se sentaba en la segunda fila empezando por atrás, con un cigarrillo colgando de los labios para indicarnos que continuaba pujando.

—Veinticinco mil —dijo Simón, mirando de nuevo al representante del gobierno italiano.

—Treinta mil. —El cigarrillo seguía desprendiendo humo. Mellon continuaba la caza.

—Treinta y cinco mil.

Localicé a un nuevo postor, sentado en la cuarta fila a mi derecha: el señor Randall, el director de la galería Wildenstein, de la calle Bond.

—Cuarenta mil —anunció Simón, cuando otra nube de humo se elevó de la parte trasera. Habíamos sobrepasado las estimaciones de Daphne, aunque ninguna emoción se reflejó en su rostro.

—Cincuenta mil.

En mi opinión, era una puja difícil de superar. Miré al palco y vi que la mano izquierda de Simón temblaba.

—Cincuenta mil —repitió, con cierto nerviosismo, cuando un nuevo postor de la primera fila, al que no reconocí, empezó a cabecear furiosamente.

El cigarrillo echó otra nube de humo.

—Cincuenta y cinco mil.

—Sesenta mil. —Simón concentró su atención en el postor desconocido, quien confirmó su insistencia con un brusco asentimiento.

—Sesenta y cinco mil.

El representante de Mellon continuaba echando humo, pero cuando Simón miró al postor de la primera fila recibió una vigorosa sacudida de cabeza.

—Sesenta y cinco mil, en la parte de atrás. Sesenta y cinco mil, ¿alguien ofrece más? —Simón miró al postor de la primera fila—. Ofrezco el Canaletto por sesenta y cinco mil libras, sesenta y cinco mil libras a las dos, vendido por sesenta y cinco mil libras. —Simón dio el martillazo definitivo antes de que hubieran transcurrido dos minutos desde la primera oferta, y yo marqué ZIHHS en mi catálogo, mientras una espontánea salva de aplausos brotaba del público..., lo nunca visto en el número 1.

Todo el mundo se puso a hablar en voz alta. Simón se volvió hacia mí.

—Lamento la equivocación, Becky —susurró. Entonces comprendí que el salto de cuarenta a cincuenta mil se debía a que los nervios habían traicionado al subastador.

Reflexioné sobre los posibles titulares de los periódicos que aparecerían al día siguiente: «Precio récord por un Canaletto en la subasta celebrada en Trumper's». A Charlie le gustaría.

—No creo que el cuadro de Charlie alcance esa cantidad —añadió Simón con una sonrisa. La Virgen María y el Niño reemplazó al Canaletto en el estrado, y Simón se dirigió al público de nuevo.

—Silencio, por favor. La siguiente pieza, número 38 del catálogo, es de la escuela de El Bronzino. —Paseó la mirada por la sala—. Inicio la subasta con ciento cincuenta —hizo una breve pausa— libras por este lote. ¿Quién da ciento setenta y cinco? —Daphne, que debía ser el señuelo de Charlie, levantó la mano. Intenté contener una carcajada—. Ciento setenta y cinco guineas. ¿Quién ofrece doscientas? —Simón escudriñó al público, pero nadie se movió—. En tal caso, la ofrezco, a la una, por ciento setenta y cinco libras, a las dos, a las tres y...

Pero antes de que Simón bajara el mazo, un hombre corpulento, de bigote pardusco, vestido con una chaqueta de *tweed*, camisa a cuadros y corbata amarilla, se levantó y gritó:

—Esa pintura no es de la escuela de, sino del propio Bronzino, y fue robada de la iglesia de St. Augustine, cerca de Reims, durante la Primera Guerra Mundial.

Se produjo una gran confusión. La gente miró primero al hombre de la corbata amarilla, y después se volvió para examinar el cuadro. Simón descargó repetidas veces su mazo, incapaz de recuperar el control, mientras los lápices de los periodistas corrían frenéticamente sobre el papel. Vi a Charlie y a Daphne que, con la cabeza gacha, sostenían una intensa conversación.

Una vez dominado el clamor, la atención se concentró en el hombre que había lanzado la acusación y que seguía de pie en su sitio.

—Creo que está en un error, señor —dijo Simón con firmeza—. Le aseguro que la galería conoce esta pintura desde hace años.

—Le aseguro, señor —contestó el hombre— que el cuadro es un original, y aunque no acuso a su dueño anterior de ser un ladrón, puedo demostrar que fue robado.

Muchos espectadores consultaron en su catálogo el nombre del antiguo propietario. En la primera línea, impreso en negrita, se leía: «De la colección privada de *sir* Charles Trumper».

El griterío se recrudeció, pero el hombre continuó de pie. Me incliné hacia adelante y tiré a Simón de la pernera del pantalón. Se agachó y le susurré mi decisión al oído. Dio varios golpes de mazo y el público se fue callando. Miré a Charlie, que estaba blanco como la cera, y a Daphne, que continuaba serena y le apretaba la mano. Como yo estaba convencida de que debía existir una explicación sencilla, me sentía curiosamente indiferente.

—Me han indicado que este lote será retirado hasta nuevo aviso —anunció Simón, después de restaurar el orden—. Lote número 3 —se apresuró a añadir, cuando el hombre de la chaqueta de *tweed* salió de la sala, perseguido por una nube de periodistas.

Ninguna de las restantes veintiuna piezas alcanzaron el precio mínimo fijado, y

cuando Simón bajó el martillo por última vez, y aún a pesar de que habíamos roto todos los récords de cualquier subasta por una obra italiana, sabía muy bien lo que dirían los periódicos al día siguiente. Miré a Charlie, quien hacía lo posible por aparentar calma. Me giré de forma instintiva hacia la silla que había ocupado el hombre de la chaqueta de *tweed* marrón. La sala empezaba a vaciarse, y reparé por primera vez en la mujer sentada directamente detrás de aquella silla, muy erguida, inclinada hacia adelante, con las dos manos descansando sobre el pomo de un parasol. Me estaba mirando.

En cuanto la señora Trentham estuvo segura de que yo la había visto, se levantó con serenidad y salió sin prisa de la galería.

La prensa del día siguiente obtuvo un gran éxito. A pesar de que ni Charlie ni yo habíamos hecho declaración alguna, nuestra foto ocupaba todas las portadas, excepto la del *limes*. Apenas se mencionaba al Canaletto en los diez primeros párrafos de todos los artículos.

El hombre que había lanzado la acusación se había esfumado sin dejar rastro, y el episodio se habría olvidado de no ser porque monseñor Pierre Guichot, obispo de Reims, había accedido a ser entrevistado por Freddie Barker, el corresponsal especializado en salas de subastas del *Daily Telegraph*. Había sacado a la luz el hecho de que Guichot era el párroco de la iglesia donde había colgado el cuadro original. El obispo confirmó a Barker que el cuadro había desaparecido de forma misteriosa durante la Gran Guerra, y que, en su momento, había denunciado el robo a la sección correspondiente de la Sociedad de Naciones, responsable de velar, atendiendo a la convención de Ginebra, por la devolución a sus legítimos propietarios tras el cese de las hostilidades de las obras de arte robadas. El obispo continuaba diciendo que reconocería la pintura si la viera de nuevo; los colores, los trazos, la serenidad del rostro de la Virgen, todo el genio de la composición de El Bronzino seguirían grabados en su memoria hasta el día de su muerte. Barker le citó textualmente.

El corresponsal del *Telegraph* llamó a mi oficina el día que apareció la entrevista y me informó de que su diario tenía la intención de trasladar al distinguido sacerdote, corriendo con los gastos, para que examinara la pintura y se aclarara el misterio de una vez por todas. Nuestros consejeros legales nos advirtieron de que sería poco inteligente por nuestra parte impedir al obispo que viera el cuadro; negarle el acceso sería tanto como reconocer que intentábamos ocultar algo. Charlie accedió sin vacilar.

—Dejemos que vea el cuadro —se limitó a añadir—. Estoy seguro de que lo único que se llevó Tommy de aquella iglesia fue un casco alemán.

Al día siguiente, en la intimidad de su despacho, Tim Newman nos advirtió que, si el obispo de Reims identificaba el cuadro como el Bronzino original, se debería retrasar un año, como mínimo, el lanzamiento de «Trumper's» como empresa pública, y la sala de subastas jamás se recuperaría de aquel escándalo.

El obispo de Reims llegó en avión a Londres el jueves. Fue recibido por una hilera de fotógrafos que dispararon sin cesar sus *flashes* antes de que se trasladara en coche a Westminster, donde se alojaría como huésped del arzobispo.

El obispo accedió a visitar la galería a las cuatro de aquella misma tarde, y podía disculparse a cualquiera que paseara por Chelsea Terrace si creía que Frank Sinatra estaba a punto de aparecer en persona. Tres filas de gente esperaban ya en el bordillo la llegada del sacerdote.

Recibí al obispo en la entrada de la galería y le presenté a Charlie, quien se inclinó y le besó el anillo episcopal. Creo que el obispo se quedó algo sorprendido al averiguar que Charlie era católico. Dedicué una sonrisa al obispo, cuyo rostro parecía brillar... Un rostro enrojecido por los efectos del vino, no del sol, sospeché. Se deslizó por el pasillo con su larga sotana púrpura. Cathy le guio hasta mi despacho, donde la pintura le aguardaba. Barker, el reportero del *Telegraph*, se presentó a Simón y le trató como si fuera un personaje del hampa. Me abstuve de ser cordial cuando Simón trató de entablar conversación con él.

El obispo entró en mi pequeño despacho y aceptó un café. Yo había dispuesto la pintura sobre un caballete y, a instancias de Charlie, había repuesto el antiguo marco negro. Todos nos sentamos alrededor de la mesa en silencio, mientras el sacerdote contemplaba a la Virgen María.

—¿Me permiten? —preguntó, extendiendo los brazos.

—Desde luego —contesté, y le acerqué el pequeño óleo.

Clavé la vista en sus ojos, mientras el hombre sostenía el cuadro frente a él. Al principio, dedicó el mismo interés a Charlie, al que nunca había visto tan nervioso. También echó un vistazo a Barker, cuyos ojos, en contraste, brillaban de esperanza. Después, el obispo concentró su interés en el cuadro, sonrió y pareció quedar fascinado por la Virgen María.

—¿Y bien? —preguntó el periodista.

—Bellísima. Una inspiración para cualquier no creyente.

Barker también sonrió y copió las palabras.

—Este cuadro me trae muchos recuerdos —añadió el sacerdote. Vaciló un momento y yo creí que mi corazón iba a dejar de latir—, pero debo decirle, señor Barker, que no es el auténtico. Una simple copia de la pintura que yo conocía tan bien.

El periodista dejó de escribir.

—¿Una copia?

—Sí, eso temo. Una copia excelente, pintada probablemente por un joven discípulo del maestro, pero una copia, en fin de cuentas.

Barker, incapaz de ocultar su decepción, dejó el cuaderno sobre la mesa. Parecía que tuviera ganas de protestar.

El obispo se puso en pie e inclinó la cabeza en mi dirección.

—Lamento que le hayan causado tantos problemas, *lady* Trumper.

Yo también me levanté y le acompañé a la puerta, donde se enfrentó de nuevo a la prensa congregada. Los periodistas guardaron silencio, a la espera de que el obispo hiciera alguna revelación. Pensé por un momento que se lo estaba pasando en grande.

—¿Es auténtica, obispo? —gritó un periodista.

—Es un retrato de la Santísima Virgen, en efecto —sonrió el obispo—, pero temo que se trata de una copia de escaso valor. —Subió a su coche sin decir nada más y desapareció.

—Qué alivio —exclamé, cuando el coche se perdió de vista. Me volví, pero no vi a Charlie por ninguna parte. Corrí a mi despacho y le encontré allí, sujetando el cuadro con ambas manos. Cerré la puerta para estar solos.

—Qué alivio —repetí—. Ahora, la vida recobrará la normalidad.

—Te habrás dado cuenta, por supuesto, de que este es el Bronzino —dijo Charlie, mirándome a los ojos.

—No seas tonto. El obispo...

—¿Te fijaste en cómo lo cogía? Nadie acaricia una falsificación de esa forma. Además, observé sus ojos mientras tomaba la decisión.

—¿La decisión?

—Sí, la de arruinar o no nuestras vidas, a cambio de su amado Bronzino.

—¿Quieres decir que hemos poseído una obra maestra durante veinte años sin saberlo?

—Eso parece, pero no estoy seguro de quién se llevó la pintura de la capilla.

—No pensarás que Guy...

—Convengo en que Tommy es más plausible, aunque estoy convencido de que ignoraba el auténtico valor del cuadro...

—¿Y cómo descubrió Guy dónde estaba, aparte de su valor?

—Tal vez mediante los registros de la compañía, o puede que una conversación casual con Daphne le pusiera sobre la pista.

—Eso no explica cómo descubrió que se trataba de un original.

—Estoy de acuerdo. Sospecho que no lo descubrió, sino que vio en la pintura otra manera de desacreditarme.

—Entonces, ¿cómo...?

—La señora Trentham ha tenido varios años para averiguarlo.

—Santo Dios. ¿Qué papel ha jugado Kitty?

—Una mera distracción que la señora Trentham utilizó para perjudicarnos.

—¿Hasta dónde llegará esa mujer con tal de destruirnos?

—Lo único que sé es que no se alegrará cuando descubra que su gran proyecto se ha ido al traste.

Me derrumbé en la silla, al lado de mi marido.

—¿Qué haremos ahora?

Charlie continuaba aferrando la pequeña obra de arte como si temiera que alguien se la fuera a quitar.

—Solo podemos hacer una cosa.

Aquella noche nos dirigimos en coche a casa del arzobispo y aparcamos frente a la puerta de servicio.

—Es más apropiado —indicó Charlie, antes de llamar a la vieja puerta de roble. Un sacerdote nos abrió y, sin pronunciar una palabra, nos condujo a presencia del arzobispo, que estaba tomando una copa de vino con el obispo de Reims.

—*Sir Charles* y *lady Trumper* —anunció el sacerdote.

—Bienvenidos, hijos míos —dijo el arzobispo, levantándose para recibirnos—. Es un placer inesperado —añadió, después de que Charlie le besara el anillo—, ¿qué os trae a mi casa?

—Tenemos un pequeño regalo para el obispo —dijo, tendiéndole un paquete envuelto en papel a su Excelencia.

La sonrisa del obispo fue idéntica a la que había aparecido en su rostro cuando afirmó que la pintura era una copia. Abrió el paquete poco a poco, como un niño que recibe un regalo sin ser su cumpleaños. Sostuvo la pequeña obra maestra en sus manos durante un rato, antes de ofrecerla a la consideración del arzobispo.

—Verdaderamente magnífica —comentó el arzobispo, examinándola con atención. Después, la devolvió al obispo—. ¿Dónde la colgará?

—Creo que el lugar apropiado será sobre la cruz de la capilla de St. Augustine. Dentro de un tiempo, alguien mucho más versado que yo en estas materias declarará que el cuadro es un original. —Levantó la vista y sonrió, una sonrisa demasiado perversa para venir de un obispo.

El arzobispo se volvió hacia mí.

—¿Les apetece a usted y a su marido quedarse a cenar con nosotros?

Le agradecí su amabilidad, pero aduje un compromiso previo. Los dos nos despedimos de ellos y salimos de la casa en silencio.

Cuando la puerta se cerró a nuestras espaldas, me pareció oír decir al arzobispo.

—Has ganado la apuesta, Pierre.

CAPÍTULO 36

—¿Veinte mil libras? —preguntó Becky, parándose frente al número 141 —, estás bromeando.

—Es el precio que pide el agente —dijo Tim Newman.

—Pero si la tienda no puede valer más de tres mil libras —dijo Charlie, contemplando el único edificio de la manzana que aún no le pertenecía—. En cualquier caso, firmé un acuerdo con el señor Sneddles...

—Pero no por los libros —señaló el banquero.

—Pero si no queremos los libros —protestó Becky, advirtiendo por primera vez que una pesada cadena y un cerrojo impedían el paso al local.

—En ese caso, no podrá entrar en posesión de la tienda, pues su acuerdo con el señor Sneddles no entrará en vigor hasta que se venda el último libro.

—¿Tanto valen esos libros? —preguntó Becky.

—El señor Sneddles, con su estilo habitual, ha escrito el precio a lápiz en cada uno de ellos —explicó Tim Newman—, su colega, el doctor Halcombe, me ha dicho que el total asciende a unas cinco mil libras, a excepción...

—Pues compra el lote —intervino Charlie—, porque conociendo a Sneddles, es probable que los haya tasado a la baja. Becky subastará toda la colección a finales de año. Así, el déficit no sobrepasará las mil libras.

—A excepción de un conjunto de primeras ediciones de Blake —añadió Newman—. Encuadernadas en pergamino y valoradas en el inventario de Sneddles en quince mil libras.

—Quince mil libras en un momento en que debo contar hasta el último penique. ¿Quién se imagina que...?

—Alguien muy consciente de que usted no puede llevar adelante la construcción de los grandes almacenes hasta ser el propietario de esta tienda en particular —insinuó Newman.

—¿Cómo pudo ella...?

—Porque las obras de Blake fueron adquiridas previamente en la librería Heywood Hill de la calle Curzon por la principesca suma de cuatro libras y diez chelines, y sospecho que la dedicatoria aclara la mitad del misterio.

—La señora Ethel Trentham, si no me equivoco —dijo Charlie.

—No, pero casi. Las palabras exactas que constan en la guarda, si no recuerdo mal, dicen: De tu nieto que te quiere, Guy. 9 de mayo de 1917.

Charlie y Becky se quedaron mirando a Tim Newman durante unos instantes.

—¿Qué quiere decir, la mitad del misterio? —preguntó Charlie.

—También sospecho que ella necesita el dinero —dijo el banquero.

—¿Para qué? —preguntó Becky, incrédula.

—Para adquirir acciones del «Trumper's» de Chelsea.

El 19 de marzo de 1948, dos semanas después de que el obispo regresara a Reims, la emisión de acciones de «Trumper's» fue aireada en la prensa, junto con anuncios a toda página en el *Times* y el *Financial Times*. Lo único que podían hacer Charlie y Becky era sentarse y aguardar la respuesta del público. Al cabo de tres días del anuncio, la suscripción de bonos había superado la emisión y, pasada una semana, el banco mercantil había recibido el doble de las peticiones necesarias. Después de contar las solicitudes, un solo problema se planteó a Charlie y a Tim Newman: cómo distribuir las acciones. Ambos estuvieron de acuerdo en aceptar de entrada a las instituciones que habían solicitado un paquete sustancioso, pues eso facilitaría al consejo de administración conseguir la mayoría de las acciones, si se producían problemas en el futuro.

La única solicitud que intrigó a Tim provenía de Hambros & Cía., que, sin explicación alguna, deseaba adquirir cien mil acciones, que significaba controlar el diez por ciento de la empresa. Tim, no obstante, recomendó al presidente que aceptara la solicitud, ofreciéndoles al mismo tiempo un puesto en el consejo. Charlie accedió a ello, pero solo después de que Hambros confirmara que la propuesta no procedía de la señora Trentham o alguno de sus allegados. Dos instituciones más solicitaron el cinco por ciento: Prudential Life, que había trabajado al servicio de la empresa desde el principio, y una fuente de los Estados Unidos. Becky no tardó en descubrir que era una tapadera de un monopolio familiar de los Field. Charlie aceptó con agrado ambas peticiones, y el resto de las acciones fue dividido entre otros mil setecientos inversores ordinarios, incluyendo cien acciones, el mínimo permitido, que pasaron a manos de una viuda residente en Chelsea. La señora Symonds había escrito una nota a Charlie, recordándole que había sido una cliente habitual desde que abrió su primera tienda.

Una vez distribuidas las acciones, Tim Newman creyó conveniente que Charlie pensara en nuevos nombramientos para el consejo. Hambros propuso al señor Robert Harrison, un socio mayoritario de los abogados Harrison, Dickens & Cobb, a quien Charlie aceptó sin más. Becky sugirió que se nombrara a Simón Matthews, que dirigía la sala de subastas durante sus ausencias. Charlie aceptó también, hasta conformar una junta de nueve miembros.

Un par de semanas más tarde, Becky dio una fiesta para celebrar la inauguración de la casa de Eaton Square. Unos cien invitados acudieron a la cena, que fue necesario servir en cinco salas diferentes.

Daphne llegó tarde, aduciendo un embotellamiento de tráfico, pero el coronel llegó desde Skye sin el menor problema. Daniel vino de Cambridge acompañado de Marjorie Carpenter y, ante la sorpresa de Becky, Simón Matthews apareció con Cathy Ross del brazo.

Después de la cena, Daphne pronunció un breve discurso y ofreció a Charlie una caja de plata para puros que representaba a escala «Trumper's».

Becky consideró que el regalo había sido un éxito porque, cuando el último invitado se marchó, Charlie se llevó la caja al dormitorio y la depositó sobre la mesilla de noche.

Charlie se acostó y echó un último vistazo a su nuevo juguete, mientras Becky salía del cuarto de baño.

—¿Has considerado la posibilidad de nombrar a Percy director?

Charlie la miró con escepticismo.

—A los accionistas les gustará que conste un marqués en el papel impreso de la empresa. Les dará sensación de confianza.

—Eres tan presuntuosa, Rebecca Salmon. Siempre lo has sido y siempre lo serás.

—No dijiste eso cuando sugerí, hace veinticinco años, que el coronel fuera nuestro primer presidente.

—Muy cierto, pero estaba seguro de que se negaría. En cualquier caso, prefiero invitar a Daphne a formar parte del consejo. De esta manera, tendremos el apellido y su particular sentido común.

—Tenía que haberlo pensado, pero no estoy segura de cómo responderá a la sugerencia.

Cuando Becky invitó a Daphne a incorporarse a la junta de «Trumper's» como director no ejecutivo, se sintió abrumada y, ante la sorpresa general, asumió sus nuevas responsabilidades con inmensa energía y entusiasmo. Nunca se perdía una asamblea, siempre leía los periódicos de cabo a rabo y, cuando consideraba que Charlie no había abordado en profundidad alguno de los temas tratados o, aún peor, intentaba dar largas sobre algún asunto, le asediaba hasta que explicaba en detalle sus proyectos.

—¿Todavía confías en construir «Trumper's» por el precio que recomendaste en tu primer documento de propuesta, señor presidente? —le preguntó una y otra vez durante los siguientes dos años.

—No estoy seguro de que tuvieras una buena idea cuando ofreciste una participación a Daphne —gruñía Charlie a Becky después de cada asamblea tumultuosa en que la marquesa le había vencido con creces.

—No me eches a mí la culpa —contestaba Becky—. Yo habría invitado a Percy, pero tú dijiste que era una presuntuosa.

Fue Daphne quien reveló a Becky que el 17 de Eaton Square se ponía a la venta. Charlie solo necesitó ver una vez la casa de ocho habitaciones para decidir que allí quería pasar el resto de su vida. No pensó en que alguien debía supervisar la mudanza, paralelamente a la construcción de «Trumper's». Becky no se quejó porque también se había prendado de la casa.

Los arquitectos tardaron casi dos años en terminar las torres gemelas de «Trumper's», el pasadizo colgante que las comunicaba y las cinco plantas de oficinas

que se elevaban sobre el solar de la señora Trentham. La tarea no resultó sencilla, pero Charlie confiaba en que el negocio continuaría en las demás tiendas como si nada ocurriera a su alrededor. Todos los implicados quedaron maravillados cuando, durante el período de transición, las pérdidas de «Trumper's» fueron mínimas.

Charlie se propuso supervisar todo, desde el emplazamiento exacto de los ciento dieciocho departamentos hasta el color de las catorce hectáreas de alfombra, desde la velocidad de los doce ascensores hasta el voltaje de las cien mil bombillas, desde los expositores de los noventa y seis escaparates hasta los uniformes de los setecientos empleados, cada uno de los cuales llevaba un pequeño carretón de plata en la solapa.

Los costes sobrepasaron en mucho el presupuesto inicial cuando Charlie calculó la cantidad de espacio que necesitaría para el almacén, sin contar el aparcamiento subterráneo, ahora que tantos clientes poseían su propio automóvil. Sin embargo, los contratistas lograron concluir el edificio el 1 de septiembre de 1949, en especial porque Charlie aparecía en las obras a las cuatro y media de la mañana, y no solía regresar a casa antes de la medianoche.

La marquesa de Wiltshire, acompañada de su marido, celebró la ceremonia oficial de inauguración el 18 de octubre de 1949.

Un millar de personas alzaron sus gafas cuando Daphne declaró inaugurado el edificio. Los invitados hicieron lo que pudieron por dilapidar los beneficios de la empresa correspondientes al primer año a base de comer y beber. Charlie no aparentó darse cuenta. Se desplazaba de una planta a otra lleno de alegría, comprobando que todo estuviera exactamente como él quería, mientras vigilaba que los principales proveedores fueran debidamente atendidos.

Amigos, parientes, accionistas, compradores, vendedores, periodistas, curiosos, gorriones y hasta clientes celebraban el acontecimiento en todas las plantas. A la una, Becky se sintió tan cansada que decidió ir en busca de su marido, con la esperanza de que consintiera en volver a casa. Encontró a su hijo en la sección de electrodomésticos, examinando un frigorífico que era demasiado grande para su habitación del Trinity. Daniel le dijo a su madre que había visto a Charlie salir del edificio media hora antes.

—¿Salir del edificio? —preguntó Becky, incrédula—. ¿Es posible que tu padre haya vuelto a casa sin mí? —Cogió el ascensor hasta la planta baja y se dirigió a toda prisa hacia la entrada principal. El portero la saludó, abriendo una de las enormes puertas dobles que daban a Chelsea Terrace.

—¿Ha visto a *sir* Charles, por casualidad? —le preguntó Becky.

—Sí, señora. —Señaló con un movimiento de cabeza al otro extremo de la calle.

Becky vio a Charlie sentado en su banco, acompañado de un anciano. Ambos charlaban animadamente, contemplando «Trumper's». El anciano señaló algo que había atraído su atención y Charlie sonrió. Becky atravesó la calle, pero el coronel ya se había puesto firmes mucho antes de que llegara a su lado.

—Cuánto me alegro de verte, querida —dijo el hombre, inclinándose para besar a Becky en la mejilla—. Ojalá Elizabeth hubiera vivido para verlo.

—En mi opinión, se trata de un chantaje —dijo Charlie—. Quizá ha llegado la hora de someter el tema a votación.

Becky paseó la mirada por la mesa, preguntándose cuál sería el resultado. La junta había trabajado al completo durante tres meses, desde que «Trumper's» había abierto las puertas al público, pero este era el primer tema de importancia que ocasionaba disensiones graves.

Charlie se sentaba a la cabecera de la mesa y parecía particularmente irritado por la idea de que no iba a salirse con la suya. A su derecha se hallaba la secretaria de la empresa, Jessica Allen. Jessica no tenía voto, pero estaba presente para el recuento de votos. Arthur Selwyn, que había trabajado con Charlie en el ministerio de Alimentación, había dejado la administración pública en fecha reciente para sustituir al ya jubilado Tom Arnold como director gerente. Selwyn había demostrado ser una elección inspirada; perspicaz y minucioso, era el contraste ideal del presidente, pues siempre intentaba evitar la confrontación. Tim Newman, el joven banquero mercantil de la empresa, era sociable, cordial y casi siempre apoyaba a Charlie, aunque no desdeñaba ofrecer un punto de vista contrario si creía que peligraban las finanzas de la empresa. Paul Merrick, el nuevo director financiero, no era sociable ni cordial, y no dejaba de afirmar que debía su lealtad al banco Child y a su inversión. En cuanto a Daphne, pocas veces votaba como se esperaba de ella, y no seguía la corriente a Charlie..., ni a nadie. El señor Harrison, un abogado silencioso y de edad avanzada, que representaba el diez por ciento de la empresa en nombre de Hambros, hablaba muy poco, pero cuando lo hacía todo el mundo escuchaba, incluida Daphne.

Ned Denning y Bob Makins, que llevaban casi treinta años al servicio de Charlie, no solían contradecir los deseos de su presidente, mientras Simón Matthews exhibía a menudo rasgos de independencia que confirmaban la alta opinión que Becky tuvo de él desde el principio.

—Lo último que necesitamos ahora es una huelga —dijo Merrick—. Justo cuando parece que hemos superado el punto crítico.

—Pero las exigencias del sindicato son insultantes —intervino Tim Newman—. Un aumento de diez chelines, una semana laboral de cuarenta y cuatro horas antes de que se instauren las horas extras... Repito, es insultante.

—La mayoría de los grandes almacenes han accedido a sus peticiones —recalcó Paul Merrick, revisando un artículo del *Financial Times* que tenía frente a él.

—Tirar la toalla sería un error —insistió Newman—, debo advertir a la junta que significaría incrementar nuestros gastos de personal en veinte mil libras, para este año..., y eso antes de tener en cuenta las horas extras. A la larga, los que padecerán las consecuencias serán nuestros accionistas.

—¿Cuánto gana actualmente un dependiente? —preguntó el señor Harrison en voz baja.

—Doscientas cincuenta libras al año —dijo Arthur Selwyn de memoria—. Teniendo en cuenta los aumentos, si han cumplido quince años de servicios en la empresa, esa cantidad puede ascender a cuatrocientas libras al año.

—Hemos repasado las cifras en incontables ocasiones —dijo Charlie con aspereza—. Ha llegado el momento de tomar una decisión: ¿nos mantenemos firmes, o accedemos a las exigencias del sindicato?

—Es posible que estemos exagerando, señor presidente —intervino por primera vez Daphne—, es posible que la situación no sea tan grave como usted imagina.

—¿Ha pensado en una alternativa? —Charlie no intentó ocultar su incredulidad.

—Quizás, señor presidente. En primer lugar, pensemos en las consecuencias de aumentar el sueldo a nuestro personal. Una obvia disminución de nuestros recursos, dejando aparte lo que los japoneses llaman «prestigio». Por otra parte, si no accedemos a sus demandas es posible que perdamos algunos de nuestros mejores empleados, y no descarto que los más débiles se pasen a la competencia.

—¿Qué sugiere, pues, *lady Wiltshire*? —preguntó Charlie, que siempre se dirigía a Daphne por su título cuando deseaba demostrarle que no estaba de acuerdo con ella.

—Tal vez un compromiso —contestó Daphne, sin enfadarse—, si el señor Selwyn lo considera todavía posible a estas alturas. Por ejemplo, ¿aceptarían los sindicatos negociar directamente con nuestro director gerente una propuesta alternativa sobre salarios y horario?

—Podría hablar con Don Short, el dirigente de la U. S. D. A. W., si así lo desea la junta —dijo Arthur Selwyn—. Siempre le he considerado un hombre honrado e imparcial, y ha demostrado una constante lealtad a «Trumper's» durante todos estos años.

—¿Que el director gerente negocie directamente con los representantes de los sindicatos? —ladró Charlie—. La próxima vez querrás que se incorpore a la junta.

—El señor Selwyn podría hacerle una propuesta informal —dijo Daphne—, estoy segura de que podrá manejar al señor Short con suma habilidad.

—Estoy de acuerdo —intervino el señor Harrison. Daba su opinión tan pocas veces que, cuando lo hacía, todo el mundo le prestaba atención.

—Propongo, pues, que autoricemos al señor Selwyn a negociar en nuestro nombre —continuó Daphne—, confiemos en que halle una forma de evitar la huelga general, sin acceder a todas las exigencias del sindicato.

—Me gustaría intentarlo —dijo Selwyn—, informaré a la junta en la siguiente reunión. —Becky admiró una vez más la pericia con que Daphne y Arthur Selwyn habían desmontado una bomba de relojería que el presidente habría dejado estallar alegremente sobre la mesa de conferencias.

—Gracias, Arthur —dijo Charlie, algo a regañadientes—. Adelante con ello. ¿Algún otro tema?

—Sí —contestó Becky—. Deseo informar a la junta de que celebraré una subasta de plata georgiana a final de mes. Los catálogos se enviarán dentro de un par de días, y espero la asistencia de todos los directores que estén libres en esa fecha.

—¿Cómo se saldó la última venta de antigüedades? —preguntó el señor Harrison. Becky consultó su carpeta.

—La subasta recaudó cuarenta y cuatro mil setecientas libras, de las que el siete y medio por ciento corresponden a «Trumper's».

Solo tres objetos no alcanzaron el precio mínimo fijado, y fueron devueltos.

—Mi curiosidad por el éxito de la subasta —indicó el señor Harrison— se debe a que mi querida esposa compró un aparador Carlos II.

—Uno de los objetos más bellos que se subastaban —comentó Becky.

—Mi esposa pensó lo mismo, porque pujó mucho más alto de lo que pensaba en un principio. Le estaré muy agradecido si no le envía el catálogo de la subasta de plata.

Los demás miembros de la junta estallaron en carcajadas.

—He leído en algún sitio —dijo Tim Newman— que «Sotheby's» está considerando la idea de elevar al diez por ciento su comisión por cada venta.

—Lo sé —contestó Becky—. Por eso me niego a imitarles hasta dentro de un año, como mínimo. Si quiero seguir robándoles sus mejores clientes, he de mostrarme competitiva a corto plazo.

Newman asintió con la cabeza.

—Sin embargo —prosiguió Becky—, si mantengo el siete y medio durante 1950, mis beneficios no serán tan altos como había pensado, pero mientras los principales vendedores sigan acudiendo a nosotros, seguiré haciendo frente al problema.

—¿Y los compradores? —preguntó Paul Merrick.

—No constituyen ningún problema. Si tenemos el producto que desean, los compradores no dejarán de llamar a nuestra puerta. Son los vendedores el fluido vital de nuestra sala de subastas y, por lo tanto, tienen tanta importancia como los compradores.

—Menudo negocio te has montado —sonrió Charlie—. ¿Algún otro tema?

Como nadie habló, Charlie agradeció a todos los miembros de la junta su asistencia.

—La reunión de la junta se celebrará a las diez, seguida de la asamblea general a las doce. —Se levantó de su asiento, la señal habitual de que la reunión había concluido.

Becky recogió sus papeles y volvió a la galería en compañía de Simón.

—¿Has hecho el recuento para la subasta de la plata? —preguntó ella, entrando en el ascensor.

—Sí. Terminé anoche. Ciento treinta y dos objetos en total. Calculo que obtendremos unos beneficios aproximados de siete mil libras.

—He visto el catálogo esta mañana —dijo Becky—. Me da la impresión de que

Cathy ha hecho un trabajo excelente. Solo descubrí uno o dos errores, pero me gustaría examinar las pruebas definitivas antes de enviarlo a la imprenta.

—Por supuesto. Le diré que le lleve las hojas sueltas a su despacho esta tarde.

Salieron del ascensor.

—Esa chica es un auténtico hallazgo —comentó Becky—, Dios sabe lo que hacía trabajando en ese hotel antes de acudir a nosotros. La echaré mucho de menos cuando vuelva a Australia.

—Corren rumores de que piensa quedarse.

—Una buena noticia. Creía que pensaba pasar un solo año en Londres, antes de regresar a Melbourne.

—Es lo que ella había planeado en un principio. Sin embargo, es posible que la haya convencido de prolongar su estancia.

Becky quiso pedirle más detalles a Simón, pero cuando puso el pie en la galería se vio rodeada de empleados, ansiosos de llamar su atención.

Tras solucionar varias dudas, Becky preguntó a una de las chicas que atendían en el mostrador que localizara a Cathy y la enviara a su despacho.

—No está aquí en este momento, *lady* Trumper. La vi salir hace una hora.

—¿Sabes adónde fue?

—Ni idea, lo siento.

—Bien, dile que vaya a mi despacho en cuanto vuelva. Entretanto, ¿puedes enviar estas pruebas del catálogo de la plata?

Becky se paró varias veces para hablar de algunos problemas surgidos en su ausencia, de modo que cuando se sentó ante su escritorio las pruebas ya la estaban esperando. Pasó las páginas poco a poco, examinando la foto de cada objeto y la detallada descripción. Estuvo de acuerdo con Simón: Cathy Ross había realizado un trabajo excelente. Estaba estudiando la fotografía de un bote de mostaza georgiano, adquirido por Charlie en «Christie's», cuando una joven llamó a la puerta y asomó la cabeza.

—¿Quería verme?

—Sí. Entra, Cathy. —Becky miró a la muchacha alta, delgada, de rubio cabello rizado y un rostro que aún no había perdido todas sus pecas. Le gustaba pensar que, en otro tiempo, su silueta había sido tan esbelta como la de Cathy, pero el espejo del cuarto de baño le recordaba sin piedad que se estaba acercando a su cincuenta cumpleaños. Solo quería examinar las pruebas definitivas del catálogo de la plata antes de enviarlas a la imprenta.

—Siento no haber estado aquí cuando volvió de la reunión. Sucedió algo que me preocupó. Tal vez exagere, pero creo que debo contárselo.

Becky se quitó las gafas, las dejó sobre el escritorio y la miró con gravedad.

—Te escucho.

—¿Se acuerda de aquel hombre que provocó tanto alboroto durante la subasta italiana acerca del Bronzino?

—¿Crees que puedo olvidarle?

—Bien, esta mañana volvió a la galería.

—¿Estás segura?

—Bastante. Corpulento, cabello castaño, bigote pelirrojo y tez cetrina. Hasta tuvo la cara dura de llevar otra vez aquella espantosa chaqueta de *tweed* y la corbata amarilla.

—¿Qué quería esta vez?

—No estoy segura, aunque le vigilé todo el rato. No habló con ningún empleado, pero se interesó mucho por algunos objetos de la subasta de plata... El lote 19, en particular.

Becky volvió a calarse las gafas y pasó las páginas del catálogo hasta localizar el objeto en cuestión: «Servicio de té georgiano compuesto de cuatro piezas, tetera, azucarero, colador y tenacillas para el azúcar, *circa* 1820. Valor estimado, setenta libras».

Becky reparó en las letras «AH» impresas en el margen.

—Uno de nuestros mejores artículos.

—Y él está de acuerdo con usted, por lo visto, porque pasó mucho tiempo examinando cada pieza por separado y tomando gran cantidad de notas antes de irse. Incluso comparó la tetera con una fotografía que había traído.

—¿Nuestra fotografía?

—No, la trajo él.

—¿De veras? —Becky estudió de nuevo la foto del catálogo.

—Y la razón por la que yo no estaba cuando usted llegó de la reunión es que decidí seguirle cuando se marchó de la galería.

—Buenos reflejos —sonrió Becky—, ¿Adonde se dirigió nuestro hombre misterioso?

—A Chester Square. Una casa grande situada a mano derecha. Dejó un paquete en el buzón, pero no entró.

—¿El número diecinueve?

—Exacto —se sorprendió Cathy—. ¿Le conoce?

—En persona no —contestó Becky, sin más explicaciones.

—¿Puedo ayudarla en algo más?

—Sí. ¿Te acuerdas algo del cliente que trajo ese lote en concreto para la subasta?

—Desde luego, porque me llamaron al mostrador principal para atender a esa dama. —Hizo una pausa—. No me acuerdo del nombre, pero era mayor..., «muy fina». —Cathy vaciló antes de continuar—, si no recuerdo mal, había viajado desde Nottingham. La dama me dijo que había heredado de su madre el servicio de té. Explicó que no le gustaba vender un recuerdo familiar, pero «las circunstancias mandan». Recuerdo la expresión, porque nunca la había oído.

—¿Y qué opinó el señor Fellowes cuando le enseñaste el servicio?

—El mejor ejemplo del período que había visto en una subasta, sobre todo porque

cada pieza está en perfectas condiciones. Peter está convencido de que el lote alcanzará un buen precio, y así lo ha estimado en el catálogo.

—Lo mejor será que llamemos a la policía ahora mismo —dijo Becky—. No deseo que nuestro hombre misterioso se levante otra vez para anunciar que este artículo también ha sido robado.

Descolgó el teléfono del escritorio y pidió que la comunicaran con Scotland Yard. Momentos después, el inspector Deakins del C. I. D.^[24] habló con ella y, tras enterarse de lo ocurrido aquella mañana, accedió a visitar la galería por la tarde.

El inspector llegó poco después de las tres, acompañado por un sargento. Becky les condujo ante Peter Fellowes, el cual señaló la raya diminuta de una bandeja de plata que estaba examinando, Becky frunció el ceño. Fellowes se interrumpió y se acercó al centro de la mesa, donde ya se hallaba el servicio de té.

—Muy hermoso —dijo el inspector, inclinándose para estudiar las piezas—. Debe datar de 1820, aproximadamente.

Becky enarcó una ceja.

—Es mi afición favorita —explicó el inspector—. Por eso siempre me acaban adjudicando este tipo de trabajos.

Sacó una carpeta de su maletín y estudio varias fotografías, junto con detalladas descripciones de objetos de plata desaparecidos en fecha reciente del área londinense. Una hora después se mostró de acuerdo con Fellowes: ninguna de ellas concordaba con la descripción del servicio de té georgiano.

—Bien, no nos han informado de nada robado que coincida con este lote en particular —admitió—. Los ha pulido de una forma tan admirable —dijo, volviéndose hacia Cathy— que es imposible identificar ninguna huella.

—Lo siento —dijo Cathy, enrojeciendo un poco.

—No, señorita, no es culpa suya. Ha hecho un trabajo excelente. Ojalá mis humildes piezas tuvieran ese aspecto. De todos modos, me pondré en contacto con la policía de Nottingham, no sea que encuentren algo en sus archivos. Si no es así, enviaré una descripción a todas las fuerzas del Reino Unido, por si acaso. Y también les pediré que investiguen a la señora...

—Dawson —dijo Cathy.

—Señora Dawson. Tardarán un poco, por supuesto, pero la informaré en cuanto sepa algo.

—La subasta tendrá lugar dentro de tres semanas, a partir del próximo martes —le recordó Becky.

—Bien, traté de que todo esté aclarado para ese momento —prometió el inspector.

—¿Dejamos la página en el catálogo, o prefiere que retiremos las piezas? —preguntó Cathy.

—Oh, no, no retiren nada. Dejen el catálogo exactamente como está, por favor. Alguien podría reconocer el servicio y ponerse en contacto con nosotros.

Alguien ya ha reconocido el servicio, pensó Becky.

—A propósito —continuó el inspector—, le agradecería que me diera una copia de la foto del catálogo, así como los negativos.

Cuando Charlie se enteró de lo ocurrido, mientras cenaban, su consejo fue retirar el servicio de té georgiano de la subasta... y ascender a Cathy.

—Tu primera sugerencia no es tan fácil de llevar a cabo —contestó Becky—. El catálogo estará a disposición del público mañana. ¿Qué explicación le daríamos a la señora Dawson por haber retirado la reliquia familiar de su querida madre?

—Que, en primer lugar, no era de su querida madre, y que lo retiraste por estar convencida de que es un objeto robado.

—Si lo hiciéramos, nos podría acusar de incumplimiento de contrato, cuando se descubriera más tarde que la señora Dawson era inocente de la acusación. Si nos llevara a los tribunales, no tendríamos a dónde cogernos.

—Si esta tal señora Dawson es tan inocente como tú piensas, ¿por qué demuestra la señora Trentham tanto interés por el dichoso servicio de té? Me cuesta creer que no tenga uno.

—Claro que lo tiene —rio Becky—, lo sé, porque lo he visto, aunque jamás me sirvieron la taza de té prometida.

El inspector Deakins telefoneó tres días después a Becky para comunicarle que en los archivos de la policía de Nottingham no constaba ninguna referencia a un servicio de té que se ajustara a la descripción del que se iba a subastar. También le confirmaron que la señora Dawson no constaba en sus archivos. Ya había dado aviso a todas las comisarías del país.

—Pero —añadió— las fuerzas ajenas no cooperan mucho con la metropolitana en lo referente a intercambiar información.

Cuando Becky colgó el teléfono, decidió dar luz verde y enviar los catálogos, pese a los temores de Charlie. Se mandaron el mismo día, junto con invitaciones a la prensa y a ciertos clientes elegidos.

Un par de periodistas solicitaron entradas para la subasta. Una Becky inusualmente suspicaz ordenó que les investigaran, solo para averiguar que trabajaban para periódicos nacionales, y que habían cubierto las subastas de «Trumper's» en ocasiones anteriores.

Simón Matthews consideró que Becky se estaba pasando de la raya, en tanto Cathy daba la razón a *sir* Charles, reforzando la opinión de que la alternativa más inteligente era retirar el servicio de té de la subasta hasta que Deakins les confirmara que no había problemas.

—Si retiráramos un lote cada vez que un hombre se interesa en alguna de nuestras subastas, lo mejor sería cerrar las puertas y dedicarnos a la astrología —comentó Simón.

El inspector Deakins telefoneó el lunes anterior a la subasta para preguntar si podía ver a Becky cuanto antes. Llegó a la galería media hora después, acompañado de su sargento. Lo único que sacó de su maletín esta vez fue un ejemplar del *Aberdeen Evening Express* correspondiente al 15 de octubre de 1949.

Deakins solicitó examinar de nuevo el servicio de té georgiano. Comparó minuciosamente cada pieza con una fotografía reproducida en una página interior del diario.

—No cabe duda, son estas —dijo, después de verificarlo por segunda vez. Enseñó a Becky la foto.

Cathy y Peter Fellowes compararon cada pieza con la foto del periódico, y convinieron en que el parecido era asombroso.

—El servicio fue robado del Museo de la Plata de Aberdeen hace tres meses —dijo el inspector—. La maldita policía local no se molestó en informarnos. Consideraron, sin duda, que no era asunto nuestro.

—¿Qué haremos ahora? —inquirió Becky.

—La policía de Nottingham ha visitado ya a la señora Dawson, y encontraron en su casa otras piezas de plata y joyas ocultas en diversos escondrijos. La han conducido a la comisaría para que, como diría la prensa, ayude a la policía en sus pesquisas. —Guardó el periódico en el maletín—. Después de que les llame para darles la noticia, espero que la acusen formalmente antes de que termine el día. Sin embargo, temo que tendré que llevarme el servicio de té a Scotland Yard a efectos del proceso.

—Por supuesto —dijo Becky.

—Mi sargento le entregará un recibo, *lady* Trumper, y yo quisiera darle las gracias por su cooperación. —El inspector vaciló, mirando con ternura el servicio de té—. Dos meses de sueldo —suspiró—, y robado por nada. —Saludó con el sombrero y los dos policías salieron de la galería.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Cathy.

—No podemos hacer gran cosa —contestó Becky—, seguir adelante con la subasta como si no hubiera pasado nada, explicando que el lote ha sido retirado cuando le toque el turno.

—Y nuestro hombre saltará y dirá: «¿No es un ejemplo de que están anunciando artículos robados, que esperan a retirar en el último momento?». Más que una sala de subastas, pareceremos una casa de empeños —comentó Simón, enfurecido—, ¿por qué no ponemos frente a la puerta tres globos, y hasta una verja, para indicar el tipo de gente que deseamos atraer?

Becky no reaccionó.

—Si tan mal te sabe, Simón, ¿por qué no tratamos de darle la vuelta a la situación en beneficio nuestro? —sugirió Cathy.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Becky. Simón y ella miraron a la joven empleada.

—Hemos de conseguir el apoyo de la prensa, para variar.

—No estoy segura de entenderte.

—Telefonee a aquel periodista del *Telegraph*... ¿Cómo se llamaba? Barker..., y concédale la exclusiva de la historia.

—¿En qué nos puede beneficiar? —preguntó Becky.

—Esta vez le daremos nuestra versión de los hechos, y estará muy contento de ser el único periodista que tenga la exclusiva, sobre todo después del fiasco del Bronzino.

—¿Crees que le va a interesar un servicio de té valorado en setenta libras?

—¿Estando mezclados un museo escocés y una perista profesional detenida en Nottingham? Se interesará en el acto. En especial, si no se lo decimos a nadie más.

—¿Te apetece encargarte en persona del señor Barker, Cathy? —preguntó Becky.

—Deme la oportunidad.

A la mañana siguiente, el *Daily Telegraph* publicaba un breve —pero destacado artículo en la página tres, anunciando que «Trumper's», los subastadores de bellas artes, habían llamado a la policía después de tener dudas sobre la propiedad de un servicio de le georgiano que, posteriormente, resultó haber sido robado del museo de la Plata de Aberdeen. La policía de Nottingham había detenido a una mujer, a la que acusaron después de traficar con bienes robados. El artículo continuaba diciendo que el inspector Deakins de Scotland Yard había declarado al *Telegraph*—, «Ojalá todas las salas de subastas y galerías de Londres fueran tan concienzudas como Trumper's».

Acudió numeroso público a la subasta de aquella tarde y, pese a la pérdida de una pieza fundamental de la subasta, «Trumper's» logró superar el precio estimado de varios lotes. El hombre de la chaqueta de *tweed* y la corbata amarilla no hizo acto de presencia.

—¿Así que no seguiste mi consejo? —preguntó Charlie aquella noche, cuando leyó el *Telegraph* en la cama.

—Sí y no —contestó Becky—, no retiré de inmediato el servicio de té, pero ascendí a Cathy.

CAPÍTULO 37

L 9 de noviembre de 1950 «Trumper's» celebró su segunda asamblea general. Los directores se encontraron a las 10 de la mañana en la sala de juntas para que Arthur Selwyn les explicara el procedimiento que iba a seguir en la asamblea general.

A las doce en punto guio a los siete directores a la sala principal, como escolares conducido en fila india al recreo de la mañana.

Charlie presentó cada miembro de la junta a los accionistas congregados, cuyo número se elevaba a ciento veinte: una concurrencia respetable para tal ocasión, susurró Tim Newman al oído de Becky. Charlie pasó revista al orden del día sin que Arthur Selwyn precisara recordarle nada, y solo se le formuló una pregunta embarazosa.

—¿Por qué, durante el primer año de ejercicio, los gastos han superado tanto el presupuesto?

Arthur Selwyn explicó que el coste del edificio había sobrepasado la primera estimación, y los gastos de puesta en marcha incluían ciertas facturas que no volverían a repetirse en el futuro. También señaló que, en un plano puramente económico, «Trumper's» había logrado igualar costes y beneficios en el primer trimestre del segundo año. Añadió que tenía plena confianza en el año actual, sobre todo gracias al aumento previsto de turistas que acudirían a Londres con motivo del Festival de Gran Bretaña. No obstante, advirtió a los accionistas de que la compañía necesitaría pedir prestado más capital, si esperaban aumentar sus servicios.

Cuando Charlie declaró clausurada la asamblea general, permaneció sentado, porque la junta recibió una breve ovación, que pilló desprevenido al presidente.

Becky estaba a punto de volver al número 1, para continuar trabajando en la subasta de impresionistas que proyectaba para la primavera, cuando el señor Harrison se acercó y la cogió por el codo.

—¿Puedo hablar con usted en privado, *lady* Trumper?

—Por supuesto. —Becky buscó un sitio tranquilo donde pudieran conversar.

—Creo que mi despacho de High Holborn sería más apropiado —sugirió el hombre—. Es un asunto bastante delicado. ¿Le va bien mañana, a las tres de la tarde?

Daniel telefoneó desde Cambridge aquella mañana. Becky no recordaba haberle oído nunca tan sereno y reconciliado con el mundo. Ella, por su parte, no estaba serena ni en paz con nadie. Aún no se le ocurría por qué el socio mayoritario de Harrison, Dickens & Cobb quería hablar con ella sobre «un asunto bastante delicado».

Se negaba a creer que la esposa del señor Harrison quisiera devolver el aparador Carlos II o precisara más detalles sobre la próxima subasta de impresionistas, pero, como en su caso la angustia privaba siempre sobre el optimismo, Becky se pasó las veintiséis horas siguientes temiendo lo peor.

No quiso comunicarle sus preocupaciones a Charlie, porque lo poco que sabía del señor Harrison la inducía a creer que si su marido tuviera algo que ver, el abogado habría solicitado verles a ambos. En cualquier caso, Charlie ya tenía bastantes problemas para cargarle, además, con los de ella.

El señor Harrison la recibió con una sonrisa cordial, como si fuera una pariente lejana de su extensa familia. Le ofreció la silla opuesta a su amplio escritorio de roble.

El señor Harrison debía tener unos cincuenta y cinco años, quizá sesenta, un rostro redondo y amistoso y unas pocas guedejas de cabello gris que se peinaba con la raya en medio. Su atavío, compuesto de chaqueta, chaleco, pantalones a rayas grises y corbata negra, podía ser el de cualquier abogado en diez kilómetros a la redonda. El hombre ocupó su silla, estudió los documentos amontonados frente a él y se quitó las gafas.

—*Lady Trumper*, ha sido muy amable al venir a verme. —Aunque se conocían desde hacía tres años, nunca la había tuteado.

—Iré directamente al grano. Uno de mis clientes era el difunto *sir* Raymond Hardcastle. —Becky se preguntó por qué no se lo había dicho nunca, y estuvo a punto de protestar—. Me apresuraré a decir que la señora Trentham no es y nunca ha sido cliente de esta firma.

Becky no hizo el menor esfuerzo para reprimir un suspiro de alivio.

—También debo informarla de que tuve el privilegio de trabajar para *sir* Raymond durante treinta años, y me consideraba no solo su consejero legal, sino, hacia el final de su vida, un amigo íntimo. Se trata de una información complementaria, *lady* Trumper, porque usted tal vez considere importantes estos datos cuando haya oído todo lo que voy a decirle.

Becky asintió, esperando que el señor Harrison fuera al grano.

—Años antes de que muriera —continuó el abogado—, *sir* Raymond redactó un testamento. En él dividía los ingresos derivados de sus propiedades entre sus dos hijas... Unos ingresos, debería añadir, que han aumentado de forma considerable desde su muerte, gracias a algunas prudentes inversiones efectuadas a su nombre. Su hija mayor era la señorita Amy Hardcastle, y la menor, como usted ya sabe muy bien, la señora de Gerald Trentham. Los ingresos de las propiedades han sido suficientes para dotar a ambas damas de un nivel de vida equiparable, aunque no mayor, al que tenían antes de su muerte. No obstante...

¿Irá al grano de una vez el querido señor Harrison?, empezó a preguntarse Becky.

—... *sir* Raymond decidió, con gran clarividencia, que el capital en acciones continuaría intacto, tras permitir que la firma fundada por su padre y desarrollada por él con tanto éxito, se fusionara con uno de sus mayores rivales. Como comprenderá, *lady* Trumper, *sir* Raymond pensaba que ningún miembro de su familia podía sucederle como presidente de Hardcastle's. Ninguna de sus dos hijas, o nietos, sobre los cuales me extenderé más en su momento, eran lo suficientemente competentes

como para llevar las riendas de una empresa pública.

El abogado se quitó las gafas, las limpió con un pañuelo que sacó del bolsillo superior de la chaqueta, examinó las gafas con aire crítico y entró en materia de nuevo.

—*Sir* Raymond no se hacía ilusiones sobre sus descendientes. Su hija mayor, Amy, era una dama bondadosa y tímida que cuidó a su padre durante sus últimos años. Cuando *sir* Raymond murió, se mudó a un hotelito de la costa, falleciendo escasos años después, como si ya hubiera terminado su papel en la vida.

»Su hija menor, Ethel Trentham... Se lo diré con la máxima delicadeza posible: *sir* Raymond consideraba que ella había perdido el contacto con la realidad y que ya no sentía el menor afecto por sus raíces. En cualquier caso, el hombre lamentaba muchísimo no haber tenido un hijo varón, de modo que cuando nació Guy, sus esperanzas en el futuro se concentraron en el joven nieto. Desde aquel día, fue muy generoso con él. Más tarde, se atribuyó la culpa de su desgracia. No cometió el mismo error con Nigel, un niño por el que jamás sintió afecto ni respeto.

»Sin embargo, *sir* Raymond ordenó a esta empresa que le mantuviéramos informado en todo momento sobre los miembros más cercanos de la familia. Así, cuando el capitán Trentham abandonó el ejército en 1923, de una manera inexplicable, nos ordenó que averiguáramos el motivo real que subyacía. *Sir* Raymond no aceptó la historia de su hija, en el sentido de que Guy había entrado como socio en una empresa australiana de tratantes de ganado. De hecho, se preocupó tanto que estuvo a punto de enviarme a Australia para descubrir la verdad. Entonces, Guy murió.

Becky tenía ganas de darle vueltas al señor Harrison como a un microsuro y hacerle superar las 78 revoluciones por minuto, pero también había llegado a la conclusión de que nadie podía apartar al hombre del sendero que se había fijado.

—El resultado de nuestras investigaciones —continuó Harrison— nos indujo a creer... *lady* Trumper, debo pedirle disculpas si incurro en alguna falta de delicadeza, pero no tengo intención de ofenderla... Nos indujo a creer que Charles Trumper no era el padre de su hijo, sino Guy Trentham.

Becky agachó la cabeza y el señor Harrison se disculpó de nuevo antes de proseguir.

—*Sir* Raymond, no obstante, necesitaba convencerse de que Daniel era su nieto, y con este fin efectuó dos visitas a San Pablo, después de que el muchacho ganara la beca para ese colegio.

Becky levantó la cabeza y miró al viejo abogado.

—En la primera ocasión vio tocar al muchacho en un concierto del colegio, Brahms, si no recuerdo mal, y en la segunda vio a Daniel recibir el premio Newton de matemáticas. Creo que usted también se encontraba presente. Después de la segunda visita, *sir* Raymond se convenció por completo de que Daniel era su nieto. Temo que todos los Hardcastle son agraciados con ese mentón, aparte de la propensión a

balancearse de un pie al otro cuando están nerviosos. Por lo tanto, cambió su testamento al día siguiente.

El abogado cogió un documento atado con una cinta rosa, que desató poco a poco.

—Recibí las instrucciones, señora, de leerle las cláusulas importantes de este testamento en el momento que yo considerara apropiado, pero no antes de que el muchacho celebrara su trigésimo aniversario. Daniel cumplió treinta años hace unas semanas, si no me equivoco.

Becky asintió con la cabeza.

Harrison desdobló lentamente las rígidas hojas de pergamino.

—Ya le he explicado las disposiciones concernientes a las propiedades de *sir* Raymond. Sin embargo, desde la muerte de la señorita Amy, la señora Trentham recibe todos los beneficios de cualquier interés devengado del monopolio, y que ahora se elevan a unas cuarenta mil libras al año. Por lo que yo sé, *sir* Raymond no tomó disposiciones relativas a su nieto mayor, el señor Guy Trentham, pero como ya ha fallecido ese punto es irrelevante. Posteriormente, asignó una pequeña dote a su otro nieto, el señor Nigel Trentham. —Hizo una pausa—. Ahora, debo citar las palabras exactas de *sir* Raymond. —El abogado miró el documento y carraspeó—. «Después de cumplir los compromisos establecidos y pagar las facturas, lego los bienes residuales de mi patrimonio al señor Daniel Trumper del colegio Trinity, Cambridge». Adquirirá la plena posesión de su disfrute a la muerte de su abuela, la señora de Gerald Trentham.

Ahora que el abogado había ido por fin al grano, el estupor dejó sin palabras a Becky. El señor Harrison se calló por si Becky deseaba decir algo, pero como ella sospechaba que aún se producirían más revelaciones siguió en silencio. Los ojos del abogado se posaron en los papeles desplegados sobre el escritorio.

—Creo que debería añadir, llegados a este punto, que sé muy bien, como lo sabía *sir* Raymond, el trato que usted ha recibido a manos de su nieto y su hija, por lo que debo informarla de que, si bien este legado será considerable, no incluye la granja de Ashurst, en Berkshire, ni la casa de Chester Square. Ambas propiedades, desde la muerte de su esposo, pertenecen a la señora Trentham. Tampoco incluye, y sospecho que esto le interesará más, el terreno de Chelsea Terrace, que no forma parte de las propiedades de *sir* Raymond. Sin embargo, todo lo demás será heredado por Daniel, si bien, como ya le he explicado, no ocurrirá hasta que la señora Trentham fallezca.

—¿Ella lo sabe?

—La señora Trentham conocía muy bien las cláusulas del testamento de su padre. Incluso pidió asesoramiento para averiguar si podía invalidar las que introdujo después de las dos visitas de *sir* Raymond a San Pablo.

—¿Inició alguna acción legal?

—No. Al contrario, de repente, y debo confesar que inexplicablemente, ordenó a sus abogados que retirasen todas las objeciones. De todos modos, *sir* Raymond

estipuló con la mayor claridad que el capital nunca podría ser utilizado o controlado por sus hijas. Este era privilegio de su descendiente directo.

Calló y posó las palmas de las manos sobre el papel secante colocado frente a él.

—Ahora tendré que decírselo —murmuró Becky para sí.

—Creo que así debe ser, *lady* Trumper. De hecho, el propósito de este encuentro era proporcionarle toda la información. *Sir* Raymond nunca estuvo seguro de que usted hubiera confesado a su hijo quién era exactamente su padre.

—No, nosotros nunca hemos...

Harrison se quitó las gafas y las puso sobre el escritorio.

—Tómese su tiempo, mi querida señora, y hágame saber cuándo tendré permiso para ponerme en contacto con su hijo y comunicarle su buena suerte.

—Gracias —dijo Becky en voz baja, pensando al mismo tiempo que había elegido unas palabras muy poco apropiadas.

—Por último —dijo el señor Harrison—, debo informarla también de que *sir* Raymond llegó a ser un gran admirador de su marido y de su trabajo, e incluso de la sociedad que forman ustedes dos. Hasta el punto de recomendar a esta firma que, si alguna vez «Trumper's» se convertía en sociedad anónima, debíamos comprar un buen paquete de acciones de la nueva empresa. Estaba convencido de que un proyecto de tal calibre sería rentable y llegaría a ser una inversión de primer orden.

—Por eso el banco Hambros invirtió el diez por ciento cuando nos hicimos sociedad anónima —dijo Becky—. Siempre nos intrigó.

—Precisamente —añadió el señor Harrison con una sonrisa, casi de satisfacción—. Nuestro banco cliente, Hambros, nos dio instrucciones específicas de solicitar acciones en nombre del monopolio. No hay motivos para que recelen de una compra de acciones tan importante.

»El total, de hecho, fue considerablemente menor que los dividendos obtenidos durante el año. Sin embargo, los documentos de oferta nos hicieron ver que la intención de *sir* Charles consistía en controlar el cincuenta y uno por ciento de la empresa y, por tanto, consideramos que se sentiría aliviado al saber que nosotros poseeríamos otro diez por ciento bajo su control indirecto, por si surgieran problemas en el futuro. Tengo la esperanza de que comprenderán que hemos actuado en pro de sus intereses, pues siempre fue el deseo de *sir* Raymond que fueran informados en profundidad cuando yo lo considerase oportuno. La única condición era que dicha información no fuera revelada a su hijo hasta que cumpliera treinta años.

—Ha sido usted muy considerado, señor Harrison. Sé que Charlie querrá darle las gracias personalmente.

—Es usted muy amable, *lady* Trumper. Permítame añadir que este encuentro ha significado un auténtico placer para mí. Al igual que *sir* Raymond, he obtenido una enorme satisfacción siguiendo los progresos de ustedes tres a lo largo de los años, y me siento encantado de haber jugado un pequeño papel en el futuro de la empresa.

El señor Harrison, terminada su tarea, se levantó y acompañó a Becky en silencio

a la puerta del edificio. Becky se preguntó si el abogado hablaba únicamente cuando tenía algo que comunicar.

—*Lady Trumper*, espero que me haga saber cuándo podré ponerme en contacto con su hijo.

CAPÍTULO 38

Charlie y Becky fueron a Cambridge para ver a Daniel cuatro días después de la visita al señor Harrison. Charlie había insistido en que no podían retrasarlo más, y había telefoneado a Daniel aquella misma noche para avisarle de que irían al Trinity, pues necesitaban hablar con él de algo importante.

—Estupendo, porque yo también tengo algo importante que anunciaros —fue la contestación de Daniel.

De camino a Cambridge, Becky y Charlie ensayaron lo que dirían y cómo lo dirían, pero llegaron a la conclusión de que, por más que intentaran explicarle lo ocurrido en el pasado, no sabían cómo iba a reaccionar Daniel.

—Me pregunto si nos perdonará algún día —dijo Becky—. Teníamos que habérselo dicho hace años.

—Pero no lo hicimos.

—Y se lo decimos justo cuando puede repercutir en nuestro beneficio económico.

—Y en el suyo, a la postre. Después de todo, heredará en su momento el diez por ciento de la empresa, dejando aparte todos los bienes de Hardcastle. Veremos cómo reacciona ante las noticias. —Daniel aceleró cuando llegó a un tramo de dos carriles, pasado Rickmansworth—. Las reacciones de Daniel siempre han sido impredecibles, así que es inútil hacer cábalas. Repasemos el guión de nuevo. Tú empiezas contándole cómo conociste a Guy...

—Tal vez ya lo sabe —dijo Becky.

—En ese caso, habría preguntado...

—No necesariamente. Siempre ha sido muy reservado, sobre todo en lo tocante a nosotros.

El ensayo prosiguió hasta que llegaron a las afueras de la ciudad.

Charlie condujo a escasa velocidad por los Backs, dejó atrás el colegio Queens, esquivando a un grupo de estudiantes que caminaba por la calle y dobló a la derecha para entrar en el Trinity. Detuvo el coche en el patio de los profesores, se dirigieron a la entrada C y subieron una gastada escalera de piedra hasta llegar a la puerta señalada con el letrero «doctor Daniel Trumper». Siempre divertía a Becky recordar que no fue consciente del doctorado de su hijo hasta que alguien le llamó «doctor Trumper» en su presencia.

Charlie aferró la mano de su mujer.

—No te preocupes, Becky. Todo irá bien, ya lo verás. —Le apretó los dedos una vez más antes de llamar con firmeza a la puerta de Daniel.

—Adelante —gritó una voz que solo podía ser la de Daniel.

Al cabo de un momento abrió la pesada puerta de roble para darles la bienvenida. Abrazó a su madre antes de guiarle hacia su desordenado estudio, donde ya estaba servido el té en una mesa situada en el centro de la habitación.

Charlie y Becky se sentaron en dos de las enormes y estropeadas sillas de cuero

que el colegio le había proporcionado. Habrían pertenecido a los seis ocupantes anteriores de la habitación, y recordaron a Becky la silla que había sacado de la casa de Charlie en Whitechapel Road.

Daniel les sirvió el té y tostó un bollo en la chimenea. Nadie habló durante un rato, y Becky se preguntó dónde habría comprado su hijo un jersey de cachemira tan bonito.

—¿Habéis tenido un buen viaje? —preguntó Daniel por fin.

—Normal —contestó Charlie.

—¿Qué tal va el nuevo coche?

—Bien.

—¿Y «Trumper's»?

—Podría ir peor.

—No estás muy locuaz, ¿eh, papá? Deberías solicitar la plaza vacante de profesor de inglés.

—Lo siento, Daniel —dijo su madre—. Es que tiene muchas cosas en la cabeza en este momento, sobre todo el tema que queremos hablar contigo.

—Es el momento perfecto —dijo Daniel, dándole vuelta al bollo.

—¿Por qué? —preguntó Charlie.

—Porque, como ya os avisé, quiero hablar con vosotros de algo importante. Así que... ¿quién empieza primero?

—Oigamos tus noticias —se apresuró a contestar Becky.

—No, creo que lo más oportuno es lidiar primero con nuestro problema —intervino Charlie.

—Por mí, perfecto. —Daniel dejó caer un bollo tostado en el plato de su madre—. Mantequilla, mermelada y miel —añadió, señalando tres platitos que descansaban sobre la mesa, frente a ella.

—Gracias —dijo Becky.

—Adelante, papá. No puedo soportar esta tensión. —Dio vuelta al segundo bollo.

—Bien, quiero hablarte de algo que debimos contarte hace muchos años, y lo habríamos hecho de no ser...

—¿Un bollo, papá?

—Gracias —dijo Charlie, sin hacer caso del pastel caliente y humeante que Daniel dejó caer en su plato—... por ciertas circunstancias y una cadena de acontecimientos que nos impidieron abordarlo.

Daniel colocó un tercer bollo en el extremo de su larga tostadera.

—Come, mamá, o se te va a enfriar. En cualquier caso, enseguida te preparo otro.

—No tengo hambre —admitió Becky.

—Bien, como iba diciendo —continuó Charlie—, ha surgido un problema concerniente a una gran herencia que, en su momento...

Alguien llamó a la puerta. Becky miró con desesperación a Charlie, confiando en que la interrupción se tratara de un mensaje sin importancia. Lo último que

necesitaban ahora era un estudiante con un problema interminable. Daniel se levantó y acudió a la puerta.

—Entra, querida —le oyeron decir. Charlie se puso en pie cuando la invitada de Daniel entró en la habitación.

—Me alegro de verte, Cathy —saludó Charlie—. No tenía ni idea de que hoy ibas a estar en Cambridge.

—No, es muy típico de Daniel —contestó Cathy—, yo quería avisarles a ambos, pero él no me dejó. —Dirigió una nerviosa sonrisa a Becky y se sentó en una silla libre.

Becky les miró a ambos. Observó con asombro su enorme parecido. Deseaba hacer tres preguntas a la vez.

—Sírvete un poco de té, querida —dijo Daniel—. Llegas a tiempo del siguiente bollo y en el momento más excitante. Papá iba a comunicarme cuánto me va a dejar en su testamento. ¿Voy a heredar el imperio Trumper o tendré que conformarme con el abono anual para el West Ham F. C.?

—Oh, lo siento mucho —dijo Cathy, empezando a levantarse.

—No, no. —Charlie le indicó que no se moviera—. No seas tonta, no es tan importante. Lo dejaremos para más tarde.

—Están muy calientes, así que ten cuidado —dijo Daniel, dejando caer un bollo en el plato de Cathy—, bien, si mi herencia es de una insignificancia tan monumental, daré yo mi noticia. Redoble de tambores, arriba el telón, primera línea. —Daniel alzó la tostadera como si fuera una batuta—. Cathy y yo nos vamos a casar.

—No me lo creo —exclamó Becky, saltando de la silla y abrazando a Cathy—, es una noticia maravillosa.

—¿Desde cuándo os conocéis? —preguntó Charlie—, debo de haber estado ciego.

—Desde hace más de un año —admitió Daniel—, para ser justos, papá, ni siquiera tú tienes un telescopio capaz de enfocar Cambridge todos los fines de semana. Te revelaré otro pequeño secreto: Cathy no me permitió decíroslo hasta que mamá la invitó a integrarse en el comité directivo.

—Como comerciante desde hace una eternidad, muchacho —dijo Charlie, resplandeciente—, debo decirte que te llevas lo mejor del negocio. —Daniel sonrió—. De hecho, creo que Cathy sale perdiendo. ¿Cuándo empezó todo esto?

—Nos conocimos durante la inauguración de su casa, hace casi dieciocho meses. Usted no se acordará, *sir* Charles, pero nos trompeamos en la escalera —dijo Cathy, jugueteando nerviosamente con la cruz que colgaba de su cuello.

—Claro que me acuerdo; pero haz el favor de llamarme Charlie.

—¿Ya habéis decidido la fecha? —preguntó Becky.

—Pensamos casarnos durante las vacaciones de Pascua —dijo Daniel—, ¿os va bien a los dos?

—La próxima semana me va bien —contestó su padre—. Nada podría hacerme

más feliz. ¿Dónde queréis que se celebre la boda?

—En la capilla del Trinity —contestó Daniel sin vacilar—. Cathy, por desgracia, ya no tiene familia, y pensamos que casarnos en Cambridge sería lo mejor, dadas las circunstancias.

—¿Y dónde viviréis? —preguntó Becky.

—Ah, eso depende —dijo Daniel con aire de misterio.

—¿De qué? —preguntó Charlie.

—He solicitado la cátedra de matemáticas en el King's de Londres... y me han confirmado que su decisión será anunciada al mundo dentro de dos semanas.

—¿Tantas esperanzas tienes? —preguntó Becky.

—Bien, te lo explicaré —dijo Daniel—, el rector me ha invitado a cenar con él el próximo jueves en sus aposentos, y como nunca he visto al caballero en cuestión... —Se interrumpió cuando sonó el teléfono.

—Vaya, ¿quién será? Los monstruos no me suelen molestar los domingos. —Daniel descolgó el teléfono y escuchó unos momentos—, sí, está aquí —dijo al cabo de unos segundos—, ¿quién la llama? Se lo diré. —Miró a su madre—. El señor Harrison pregunta por ti, mamá.

Becky se levantó y cogió el teléfono. Charlie tenía aspecto de temer algo.

—¿Es usted, *lady* Trumper?

—Sí, soy yo.

—Soy Harrison. Seré breve. Antes de nada, ¿ha informado a Daniel de los detalles relativos al testamento de *sir* Raymond?

—No. Mi marido estaba a punto de hacerlo.

—En ese caso, no mencione el tema hasta que nos veamos de nuevo, por favor.

—Pero... ¿por qué? —Becky comprendió que ahora iba a ser necesario disimular.

—Prefiero no discutirlo por teléfono, *lady* Trumper. ¿Cuándo volverá a la ciudad?

—Esta noche.

—Creo que deberíamos vernos lo antes posible.

—Si lo considera necesario... —Becky seguía desconcertada.

—¿Le va bien a las siete?

—Sí, estoy segura de que ya habremos regresado a esa hora.

—En ese caso, acudiré a su casa a las siete. Le ruego que, haga lo que haga, no mencione para nada el testamento de *sir* Raymond a Daniel, Le pido disculpas por tanto misterio, pero temo que no me queda otra elección. Adiós, querida señora.

—Adiós —dijo Becky, colgando el teléfono.

—¿Problemas? —preguntó Charlie, enarcando una ceja.

—No lo sé. —Becky miró a Charlie a los ojos—, el señor Harrison quiere verme otra vez sobre aquellos papeles que me comentó el otro día. —Charlie hizo una mueca—. Y no quiere que hablemos de ello con nadie más, de momento.

—Eso sí que suena misterioso —comentó Daniel, volviéndose hacia Cathy—. El señor Harrison, querida, está en la junta del carretón. Es un hombre que consideraría

llamar a su esposa en horas de oficina una violación del contrato.

—Parece que reúne todas las cualidades para sentarse en la junta directiva de «Trumper's».

—Le viste una vez, de hecho —dijo Daniel—, su esposa y él también acudieron a la fiesta de la inauguración, pero me temo que sus rasgos son fáciles de olvidar.

—¿Quién pintó ese cuadro? —preguntó Charlie de repente, mirando una aguamarina del Cam que colgaba sobre el escritorio de Daniel.

Becky confió en que el cambio de tema no hubiera sido demasiado descarado.

Durante el viaje de regreso a Londres, Becky se debatió entre la alegría de tener a Cathy por futura nuera y el nerviosismo que le producía la llamada del señor Harrison.

Cuando Charlie le pidió por enésima vez más detalles, Becky trató de repetir la conversación mantenida con Harrison, palabra por palabra, pero no por ello dedujeron algo más.

—Pronto lo sabremos —dijo Charlie. Salió de la A1, atravesó Whitechapel y entró en la ciudad. Siempre que pasaba frente a los carretones que exhibían sus artículos y el club juvenil donde había recibido su primera lección de boxeo, experimentaba un escalofrío.

Frenó el coche de repente y miró por la ventanilla.

—¿Por qué te paras? —preguntó Becky—, no tenemos tiempo que perder.

Charlie señaló el club juvenil masculino de Whitechapel: parecía todavía más ruinoso y abandonado que de costumbre.

—Has visto el club mil veces, Charlie. No podemos llegar tarde a nuestra cita con el señor Harrison.

Charlie sacó su agenda y desenroscó el capuchón de la pluma.

—¿Qué vas a hacer?

—Becky, ¿cuándo aprenderás a ser más observadora? —Charlie copió el número de la inmobiliaria que constaba en el cartel de «En venta».

—¿No pensarás abrir un segundo «Trumper's» en Whitechapel?

—No, pero quiero averiguar por qué van a cerrar mi antiguo club juvenil —contestó Charlie. Guardó la pluma y puso la primera.

Los Trumper llegaron a Eaton Square, 17, media hora antes de que el señor Harrison se presentara; ambos sabían que el señor Harrison era implacablemente puntual.

Becky se puso enseguida a quitar el polvo de las mesas y a disponer los almohadones de la sala de estar.

—Todo está en orden —dijo Charlie—. Deja de preocuparte por tonterías. En cualquier caso, para eso he contratado un ama de llaves.

—Pero es una noche de domingo —le recordó Becky. Continuó ordenando

objetos que no tocaba desde hacía meses, y luego encendió la chimenea.

A las siete en punto sonó el timbre de la puerta. Charlie fue a recibir a su invitado.

—Buenas noches, *sir* Charles —saludó el señor Harrison, quitándose el sombrero.

Ah, sí, pensó Charlie, hay otro conocido mío que nunca me llama Charlie. Cogió el abrigo, la bufanda y el sombrero del señor Harrison y los colgó en el perchero del vestíbulo.

—Lamento molestarles un domingo por la noche —dijo el señor Harrison, siguiendo a su anfitrión hasta la sala de estar—, pero espero que cuando me haya escuchado se dé cuenta de que he tomado la decisión correcta.

—Por supuesto. A los dos nos intrigó su llamada. Permítame ofrecerle algo de beber. ¿Un *whisky*?

—No, gracias, pero aceptaría con gusto un jerez seco.

Becky sirvió un Tío Pepe al señor Harrison y un *whisky* a su marido. Después, se reunió con los dos hombres alrededor del fuego y aguardó a que el abogado explicara los motivos de su extraña llamada.

—No me resulta fácil, *sir* Charles.

Charlie asintió con la cabeza.

—Lo comprendo. Tómese su tiempo.

—¿Me confirma que no reveló a su hijo los detalles concernientes al testamento de *sir* Raymond?

—No lo hicimos. Nos salvó del mal rato el anuncio del futuro matrimonio de Daniel y, después, su afortunada llamada.

—Bien, es una buena noticia —dijo el señor Harrison— para la encantadora señorita Ross, sin duda. Felicítela de mi parte, por favor.

—¿Usted ya estaba enterado? —preguntó Becky.

—Oh, sí. Era obvio para todo el mundo, ¿no?

—Para todo el mundo, excepto nosotros —confesó Charlie.

El señor Harrison se permitió una sonrisa irónica y sacó una carpeta de la cartera Gladstone.

—No les haré perder más tiempo —continuó el señor Harrison—, durante una conversación que sostuve hace unos días con los abogados de la otra parte, salió a relucir que, tiempo atrás, Daniel visitó a la señora Trentham en su residencia de Chester Square.

Charlie y Becky fueron incapaces de ocultar su sorpresa.

—Lo que yo pensaba —dijo el señor Harrison—. Ustedes, al igual que yo, ignoraban por completo que tal encuentro se hubiera producido.

—Pero ¿cómo pudieron encontrarse, si...? —empezó Charlie.

—Nunca lo sabremos, *sir* Charles. No obstante, sí sé que, en ese encuentro, Daniel llegó a un acuerdo con la señora Trentham que, por desgracia, me temo que es legal.

—¿Y cuál fue la naturaleza de ese acuerdo? —preguntó Charlie.

El viejo abogado sacó una hoja de la carpeta y releyó las palabras escritas por la señora Trentham de su puño y letra: «A cambio de que la señora Trentham retire su oposición a la solicitud de construcción del edificio conocido como Torres Trumper, y por renunciar a la reconstrucción de los pisos de Chelsea Terrace, Daniel Trumper renunciará a los derechos sobre los bienes de la familia Hardcastle que se le acrediten ahora o en el futuro». En aquel momento, por supuesto, no tenía ni idea de que era el principal beneficiario del testamento de *sir* Raymond.

—¿Por eso se rindió sin luchar? —preguntó Charlie.

—Eso parece.

—Daniel lo hizo todo a nuestras espaldas —dijo Becky, mientras su marido leía el documento.

—¿Y dice que es legal? —fueron las primeras palabras de Charlie después de leer la hoja.

—Sí, me temo que así es, *sir* Charles.

—¿Aunque él ignorase los detalles de la herencia? —inquirió Charlie.

—Es un contrato entre dos personas. Los tribunales asumirán que Daniel renunció a todos sus derechos sobre los bienes de los Hardcastle, pues la señora Trentham cumplió su parte del trato.

—¿Se podría aducir coerción?

—¿De un hombre de veintiséis años por una mujer que rebasa los setenta? Difícilmente, *sir* Charles.

—¿Cómo es posible que esa entrevista tuviera lugar?

—Lo ignoro —respondió el abogado—. Por lo visto, ella no entró en detalles ni con sus propios abogados. Sin embargo, supongo que ahora comprenderán por qué consideré que este no era el momento más indicado para sacar a relucir el tema de la herencia de *sir* Raymond.

—Tomó la decisión correcta —aprobó Charlie.

—Y ahora el tema se ha cerrado para siempre —susurró Becky.

—¿Por qué? —preguntó Charlie, rodeando con el brazo a su mujer.

—Porque no quiero que Daniel se pase el resto de su vida pensando que traicionó a su bisabuelo, cuando su único propósito al firmar aquel acuerdo era ayudarnos. — Las lágrimas resbalaban por las mejillas de Becky cuando se volvió para mirar a su marido.

—Quizá debería hablar con Daniel, de hombre a hombre.

—Charlie, no quiero que nunca más saques a relucir el tema de Guy Trentham delante de mi hijo. Te lo prohíbo.

Él apartó su brazo y la miró como un niño al que hubieran regañado injustamente.

—Solo me alegro de que sea usted quien nos haya comunicado esta infortunada noticia —dijo Becky—. Siempre ha sido muy considerado con nosotros.

—Gracias, pero me temo que aún me quedan más noticias que comunicarles, *lady*

Trumper.

Becky aferró la mano de Charlie.

—Debo informarles de que la señora Trentham no se ha quedado satisfecha con asestarles ese golpe.

—¿Qué más nos puede hacer? —preguntó Charlie.

—Por lo visto, ahora desea desprenderse del solar de Chelsea Terrace.

—No lo creo —dijo Becky.

—Yo sí —afirmó Charlie—. Pero ¿a qué precio?

—Ese es el verdadero problema —dijo el señor Harrison, que se inclinó para sacar otra carpeta de su vieja cartera de piel.

Charlie y Becky intercambiaron una rápida mirada.

—La señora Trentham le ofrecerá el solar de Chelsea Terrace por el diez por ciento de las acciones de «Trumper's» —hizo una pausa— y un puesto en el consejo de administración para su hijo Nigel.

—Jamás —dijo Charlie.

—Si rechaza su oferta —añadió el abogado—, venderá la propiedad al mejor postor..., sea quien sea.

—Muy bien —dijo Charlie—, en cualquier caso, acabaremos adquiriendo el terreno.

—A un precio mucho más elevado que el diez por ciento de nuestras acciones, sospecho —dijo Becky.

—Vale la pena pagar ese precio después de todo lo que nos ha hecho.

—La señora Trentham también ha exigido que su oferta sea presentada en la próxima reunión de la junta y sometida a votación.

—Carece de autoridad para exigir eso —protestó Charlie.

—Si usted rehúsa acceder a esta exigencia, tiene la intención de informar de la oferta por carta a todos los accionistas y convocar después una asamblea general extraordinaria, en la que presentará personalmente su caso y pedirá que se vote el tema.

—¿Puede hacerlo? —Charlie parecía preocupado por primera vez.

—A juzgar por todo lo que sé acerca de esa dama, sospecho que no habría lanzado tal desafío sin haberse asesorado legalmente con anterioridad.

—Da la impresión de que adivina nuestros movimientos por anticipado —se quejó Becky.

La voz de Charlie reveló la misma angustia.

—No tendría que preocuparse por nuestros siguientes movimientos si su hijo estuviera en la junta. Se lo diría todo después de cada reunión.

—Por lo tanto, parece que tendremos que acceder a sus exigencias —dijo Becky.

—Estoy de acuerdo con usted, *lady* Trumper —dijo el señor Harrison—. No obstante, consideré justo informarles con todo detalle sobre las intenciones de la señora Trentham, porque en la reunión del próximo martes tendré el penoso deber de

poner al corriente a la junta.

En la siguiente reunión de la junta, celebrada el martes siguiente, solo se produjo una ausencia «justificada»: Simón Matthews se encontraba en Ginebra para dirigir una subasta de joyas raras. Charlie le había asegurado que su presencia no sería vital. Cuando el señor Harrison terminó de explicar las condiciones de la oferta lanzada por la señora Trentham, todo el mundo quiso hablar a la vez.

—Quiero dejar clara mi postura desde el principio —dijo Charlie, cuando logró establecer un poco de orden—. Soy contrario a esta oferta al cien por cien. No confío en esa dama, y nunca lo he hecho. Aún más, creo que, a la larga, su propósito es perjudicar a la empresa.

—Señor presidente —intervino Paul Merrick—, si ella piensa vender el terreno de Chelsea Terrace al mejor postor, no le costaría nada utilizar el dinero de la venta en adquirir otro diez por ciento de acciones de la empresa cuando le conviniera. ¿Qué otra alternativa nos queda?

—No tener que convivir con su hijo —dijo Charlie—. Recuerde que en el lote va incluido ofrecerle un puesto en la junta.

—Pero si poseyera el diez por ciento de la empresa, o más, sería nuestro deber aceptarle como director, nos gustara o no.

—No necesariamente, sobre todo si creyéramos que su único propósito, al integrarse en la junta, es apoderarse de la empresa.

Se hizo el silencio cuando todos los presentes reflexionaron sobre esta posibilidad.

—Imaginemos por un momento —dijo Tim Newman— que no aceptamos las condiciones de la señora Trentham, sino que entramos en competencia para adquirir el solar. No sería la solución más barata, porque le puedo asegurar, *sir* Charles, que Sears, Boots, la Casa Fraser y la Sociedad John Lewis, por citar solo cuatro, se sentirían muy satisfechas de abrir unos nuevos grandes almacenes en pleno «Trumper's».

—Independientemente de su opinión sobre esa dama, señor presidente, rechazar su oferta nos podría salir mucho más caro, a la larga —dijo Paul Merrick—. En cualquier caso, debo informar a la junta de algo que me parece importante a efectos de esta discusión.

—¿Qué es? —preguntó Charlie, preocupado.

—Tal vez interese saber a mis colegas directores —empezó Merrick, con cierta pomposidad— que Kitcat & Aitken ha rescindido el contrato a Nigel Trentham, que es lo mismo que decir que ha sido despedido por incompetente. No puedo imaginar que su presencia en esta mesa nos cause problemas, ahora o en el futuro.

—Informaría a su madre de todos nuestros movimientos —observó Charlie.

—¿Tal vez le interese saber cómo va la venta de bragas en la séptima planta? —

bromeó Merrick—. Y no olvidemos el escape de agua en el lavabo de caballeros, ocurrido el mes pasado. No, presidente, sería absurdo, e incluso irresponsable, no aceptar esa oferta.

—A propósito, señor presidente, ¿qué haría usted con el espacio disponible, si «Trumper's» entrara en posesión, repentinamente, del solar de la señora Trentham? —preguntó Daphne, desconcertando a todo el mundo.

—Ampliaciones —respondió Charlie—, nuestras costuras empiezan a descoserse. Ese trozo de tierra significa, como mínimo, tres mil metros cuadrados. Si le pusiera las manos encima, abriría veinte departamentos más.

—¿Ya cuánto se elevaría el proyecto de construcción? —continuó Daphne.

—A muchísimo dinero —intervino Paul Merrick—, del que tal vez no dispongamos si hemos de pagar por ese solar mucho más de lo que vale.

—Me permito recordarle que las cosas marchan viento en popa este año —dijo Charlie, dando un puñetazo sobre la mesa.

—Estoy de acuerdo, señor presidente, pero nos debemos antes que nada a nuestros accionistas —continuó Paul Merrick, sin levantar la voz—. Si llegaran a enterarse de que habíamos pagado una cantidad excesiva por el solar, a causa de, y se lo diré con la mayor delicadeza posible, un ajuste de cuentas personal entre los dos principales implicados, recibiríamos severas censuras en la próxima asamblea general, y es posible que pidieran su dimisión.

—Me da igual —casi gritó Charlie.

—Bien, a mí no —dijo Merrick, sin perder la calma—. Le diré más: si no aceptamos su oferta ya sabemos que la señora Trentham convocará una asamblea general extraordinaria para exponer su caso a los accionistas, y no albergo muchas dudas sobre su decisión. Creo que deberíamos poner a votación este tema, en lugar de proseguir esta discusión inútil.

—Espere un momento... —empezó Charlie.

—No, no esperaré, señor presidente, y propongo que aceptemos la generosa oferta de la señora Trentham, consistente en ceder su terreno a cambio del diez por ciento de las acciones de la empresa.

—¿Y qué propone que hagamos con su hijo? —preguntó Charlie.

—Invitarle a integrarse en la junta, al mismo tiempo.

—Pero...

—Basta de peros. Gracias, señor presidente. Ha llegado el momento de votar. No hemos de permitir que prejuicios personales nublen nuestro juicio.

—Puesto que se ha presentado una propuesta —dijo Arthur Selwyn, tras un momento de silencio—, ¿será tan amable de contar los votos, señorita Allen? —Jessica cabeceó y miró a los nueve miembros de la junta.

—¿Señor Merrick?

—A favor.

—¿Señor Newman?

—A favor.

—¿Señor Denning?

—En contra.

—¿Señor Makins?

—En contra.

—¿Señor Harrison?

El abogado posó las palmas de las manos sobre la mesa y pareció vacilar, como si se encontrara en un terrible dilema.

—A favor —dijo por fin.

—¿*Lady Trumper*?

—En contra —dijo Becky sin titubear.

—¿*Lady Wiltshire*?

—A favor —dijo Daphne con calma—. Prefiero que el enemigo esté dentro, causando problemas, que fuera, provocando aún más.

Becky no dio crédito a sus oídos.

—Supongo que usted está en contra, *sir Charles*.

Charlie cabeceó vigorosamente.

El señor Selwyn alzó la mirada.

—¿Debo entender que hay empate a cuatro votos? —preguntó a Jessica.

—Así es, señor Selwyn.

Todo el mundo miró al director gerente. Dejó a su lado el bolígrafo que había utilizado.

—En ese caso, debo apoyar lo que considero más beneficioso para los intereses de la empresa a largo plazo. Voto a favor de aceptar la oferta de la señora Trentham.

Todos los miembros de la junta se pusieron a hablar, excepto Charlie.

—La moción ha sido aprobada, *sir Charles*, por cinco votos a favor y cuatro en contra —dijo el señor Selwyn, al cabo de unos instantes—, en consecuencia, daré instrucciones a nuestro banco mercantil y a nuestros abogados de que tomen las medidas económicas y legales necesarias para asegurar que la transacción se efectúe sin problemas y de acuerdo con las normas de la empresa.

Charlie no dijo nada, y continuó con la mirada fija al frente.

—Si no hay más temas, presidente, tal vez debería declarar concluida la reunión.

Charlie asintió con la cabeza, pero no se movió cuando los otros directores se levantaron para abandonar la sala. Solo Becky siguió en su sitio, en mitad de la larga mesa. Momentos después se quedaron a solas.

—Tendría que haberle metido mano a esos pisos hace treinta años, ¿sabes?

Becky no contestó.

—Y no deberíamos haber impulsado una sociedad anónima mientras esa jodida mujer continuara viva.

Charlie se levantó y caminó lentamente hacia la ventana, pero su esposa siguió en silencio mientras él contemplaba el banco vacío de la acera opuesta.

—Al menos, ya he descubierto lo que trama para Nigel Trentham.
Becky enarcó una ceja cuando su marido se volvió para mirarla.
Su plan consiste en que él me suceda como próximo presidente de «Trumper's».

САМЫ

1947 - 1950

CAPÍTULO 39

La única pregunta que no sabía contestar de niña era: «¿Cuándo fue la última vez que viste a tu padre?».

Al contrario que el joven caballero, no sabía la respuesta. De hecho, no tenía ni la menor idea de quién era mi padre, ni mi madre. La gente normal ignora cuántas veces al día, al mes o al año se formula esa pregunta. Y si una responde siempre «No lo sé, porque ambos murieron antes de que yo pudiera recordarles» se te dedican miradas de sorpresa o suspicacia... aún peor, incredulidad. Al final, aprendes a levantar una cortina de humo o a cambiar de tema rápidamente. No existen variaciones en esa cuestión, y no he desarrollado una vía de escape.

El único recuerdo de mis progenitores es el de un hombre que se pasaba casi todo el tiempo chillando y el de una mujer tan tímida que apenas hablaba. También tengo la sensación de que se llamaba Margaret. Por lo demás, solo permanece de ellos una mancha borrosa.

Cuánto envidiaba a aquellos niños que podían hablarme sin vacilar de sus padres, hermanos, hermanas, e incluso primos segundos y tías lejanas. Lo único que sabía de mí era que había sido educada en el orfanato St. Hilda para chicas, Park Hill, Melbourne. Rectora: señorita Rachel Benson.

Muchas de las niñas tenían padres y algunas recibían cartas, hasta visitas ocasionales. La única visita que yo recuerdo fue la de una señora mayor, de aspecto bastante severo, ataviada con un vestido largo de color negro, guantes de encaje blancos hasta los codos, y que hablaba con un acento extraño. No tengo ni idea de qué relación nos unía.

La señorita Benson trataba a esta dama con considerable respeto, y recuerdo que hacía una reverencia cuando se marchaba. Nunca supe su nombre, y cuando fui lo bastante mayor para preguntar quién era, la señorita Benson afirmó que no tenía ni idea de lo que yo le estaba diciendo. Siempre que intentaba interrogarla sobre mis orígenes, respondía con aire de misterio «Quizás es mejor que no lo sepas, niña». No se me ocurre una frase más convincente de la lengua inglesa que aquella que repetía la señorita Benson *ad nauseam*, pues me impulsó con mayor ardor a descubrir la verdad sobre mis padres.

A medida que pasaban los años, empecé a formular lo que yo consideraba preguntas sutiles sobre el tema de mis padres; a la vicerrectora, a la enfermera, al personal de la cocina, incluso al portero..., pero siempre me estrellaba contra el mismo muro. Cuando cumplí catorce años solicité una entrevista especial con la señorita Benson para hacerle una pregunta directa. Aunque había despachado el tema mucho tiempo atrás con «Quizás es mejor que no lo sepas, niña», lo sustituyó en esta ocasión por «En verdad, Cathy, ni yo misma lo sé». Si bien no rebatí esta explicación, no la creí, pues algunos de los miembros más antiguos del personal me miraban a veces de una forma extraña y, al menos en dos ocasiones, susurraron a mis espaldas,

creyendo que no les oía.

No tenía fotos ni recuerdos de mis padres, ni siquiera pruebas de su existencia anterior, a excepción de una pequeña joya que yo consideraba de plata. Recuerdo que mi padre me había dado la crucecita, que siempre colgaba en mi cuello. La señorita Benson reparó una noche en el objeto, mientras yo me estaba desvistiendo en el dormitorio, y me preguntó de dónde había salido el colgante. Le contesté que Betsy Compton me lo había cambiado por una docena de canicas, lo cual pareció calmar su curiosidad. No obstante, desde aquel día procuré ocultar mi tesoro a las miradas curiosas.

Debo de haber sido uno de esos raros niños que adoran ir al colegio desde el primer día que les abren sus puertas. El aula era una bendita escapatoria de mi prisión y sus carceleros. Cada minuto de más que pasaba en el colegio era un minuto menos en St. Hilda, y pronto descubrí que, cuanto más trabajaba, más horas me permitían quedarme. Aún lo tuve más fácil cuando, a la edad de once años, conseguí una plaza en la escuela en el Instituto Femenino de la Iglesia de Inglaterra, en Melbourne, donde se realizaban tantas actividades extraacadémicas, desde primera hora de la mañana hasta bien entrada la noche, que St. Hilda se convirtió meramente en el lugar donde dormía y desayunaba.

Me dediqué a pintar, lo cual me facilitaba pasar varias horas en el aula de arte, sin supervisión o interferencias excesivas; al tenis, que gracias a mis esfuerzos me condujo a ganar un puesto en el segundo equipo del instituto (proporcionándome la oportunidad de practicar hasta que oscurecía), y al *cricket*, para el que carecía de talento, pero, como máxima anotadora del equipo, no me permitían abandonar mi puesto hasta que la última bola había entrado, y cada dos sábados me escapaba en un autobús para jugar contra otro colegio. Era una de las escasas niñas que preferían jugar partidos a las tareas domésticas.

A los dieciséis años empecé sexto y trabajé con más ahínco todavía. Le notificaron a la señorita Benson que me iban a conceder una beca para la universidad de Melbourne, un acontecimiento inusitado entre las internas de St. Hilda.

Siempre que recibía distinciones o reprimendas académicas (aunque las últimas fueron disminuyendo de número desde que descubrí el colegio), tenía que presentarme ante la señorita Benson en su estudio, donde me dedicaba unas palabras de aliento o desaprobación, según el caso. Después, guardaba la hoja de papel en que anotaba estas ocasiones en una carpeta, que luego introducía en el armario situado detrás de su escritorio. Yo siempre observaba con gran atención este ritual. Primero, sacaba una llave del cajón superior izquierdo de su escritorio, se acercaba al armario, buscaba mi carpeta en el epígrafe «QRS», anotaba mi falta o mérito en la columna correspondiente, cerraba con llave el armario y guardaba de nuevo la llave en el escritorio. Era una rutina invariable.

Otra costumbre fija de la señorita Benson eran sus vacaciones anuales, cada septiembre, cuando iba a visitar a «su gente» de Adelaida.

Cuando estalló la guerra temí que no se ciñera a su hábito, sobre todo después de comunicarnos que todo el mundo debería sacrificarse.

La señora Benson no hizo ningún sacrificio y se marchó hacia Adelaida el mismo día de cada verano, a pesar de las restricciones a los viajes y el racionamiento. Esperé cinco días hasta estar segura de poder llevar adelante el plan que me había trazado.

El sexto día permanecí despierta en la cama hasta después de la una de la madrugada, sin mover un músculo hasta asegurarme de que las dieciséis chicas del dormitorio se habían dormido. Me levanté, cogí una linterna del cajón de la chica que dormía a mi lado y me dirigí hacia la escalera. Si alguien me descubría *en route* ya tenía una excusa preparada; diría que no me sentía bien, y como había entrado muy pocas veces en la enfermería durante los trece años de estancia en St. Hilda, confiaba en que me creerían.

Me deslicé con sigilo hacia la escalera sin necesidad de la linterna. Desde que la señorita Benson se había ido a Adelaida había practicado la maniobra cada mañana, y también cada noche, con los ojos cerrados. Cuando llegué al estudio de la rectora, abrí la puerta y me deslicé en el interior, encendiendo la linterna. Me acerqué de puntillas al escritorio de la señorita Benson y abrí el cajón superior izquierdo, pero no estaba preparada para encontrarme con unas veinte llaves distintas, algunas agrupadas en anillas y otras sueltas, sin ninguna indicación. Intenté recordar el tamaño y la forma de la que la señorita Benson utilizaba para abrir el armario, pero no sirvió de nada y, con el único auxilio de la linterna, necesité hacer varios viajes entre el armario y el escritorio para localizar la que giró ciento ochenta grados.

Empujé hacia afuera el cajón superior del archivador con la mayor lentitud posible, pero las guías chirriaron escandalosamente. Paré, contuve el aliento y esperé a oír algún movimiento. Miré incluso por debajo de la puerta, para asegurarme de que no se había encendido alguna luz de repente. Una vez convencida de que no había despertado a nadie, comencé a examinar los nombres del fichero «QRS»: Roberts, Rose, Ross... Saqué mi ficha personal y deposité la abultada carpeta sobre el escritorio de la rectora. Me senté en la silla de la señorita Benson y, con la ayuda de la linterna, leí las páginas con todo cuidado. Como casi tenía quince años, y llevaba trece en St. Hilda, como mínimo, mi expediente era bastante grueso. Recordé travesuras y meadas en la cama, así como premios por mis cuadros, incluyendo un premio doble por una de mis aguamarinas, que todavía colgaba en el comedor. Pero, por más que investigué, no hallé nada sobre mí, anterior a los tres años. Me pregunté si sería una regla general, aplicada a todas las chicas que iban a vivir a St. Hilda. Eché un rápido vistazo al expediente de Jennie Ross. Con gran decepción, encontré los nombres de su padre (Ted, fallecido) y de su madre (Susan). Una nota añadida explicaba que la señora Ross tenía otros tres hijos que cuidar, y desde la muerte de su marido, producida por un infarto, no había podido salir adelante con un cuarto.

Cerré el armario, devolví la llave al escritorio de la señorita Benson, apagué la linterna y subí a toda prisa por la escalera hacia mi dormitorio. Puse la linterna en su

sitio y me deslicé en la cama. Me planteé qué debía hacer a continuación.

Era como si mis padres no hubieran existido y mi vida hubiese empezado a los tres años. Como la única alternativa era haber nacido por obra del Espíritu Santo, cosa que yo no aceptaba ni de la Virgen María, mi deseo de averiguar la verdad se hizo más perentorio. Debí quedarme dormida, porque todo lo que recuerdo es que me despertó la campana del instituto al día siguiente.

Cuando me concedieron la plaza en la universidad de Melbourne, me sentí como un presidiario puesto en libertad tras una larga condena. Tuve una habitación para mí sola por primera vez, y ya no tuve que llevar uniforme..., si bien la indumentaria que me podía permitir no habría maravillado a las *boutiques* de Melbourne. Recuerdo que trabajaba más horas que en el instituto, pues estaba convencida de que si no aprobaba el primer curso, pasaría el resto de mi vida en St. Hilda.

En el segundo años me especialicé en Historia del Arte e Inglés, y continué pintando por pura diversión, pero ignoraba qué carrera me gustaría seguir después de la universidad. Mi profesor sugirió que me dedicara a la enseñanza, pero eso me pareció una prolongación de St. Hilda, y que podía acabar como la señorita Benson.

No tuve muchos novios antes de ir a la universidad. Hasta los quince años pensé que los bebés eran frutos de besar a un hombre, y siempre tenía miedo de quedarme embarazada, sobre todo después de mi experiencia de hacerme mayor sin amigos. Mi primer novio de verdad fue Mel Nicholls, capitán del equipo de fútbol de la universidad. Cuando consiguió, por fin, llevarme a la cama, me dijo que yo era la única chica de su vida y, lo más importante, la primera. Después de hacer el amor, empezó a interesarse en lo único que yo llevaba puesto.

—Nunca había visto nada igual —dijo, cogiendo la cruz entre sus dedos.

—Y van dos primeras veces —me burlé.

—No del todo —rio—, porque he visto una parecida.

—¿Qué quieres decir?

—Es una medalla. Mi padre ganó tres o cuatro, pero ninguna estaba hecha de plata.

Cuando pienso en ello, considero que por esta información valió la pena perder la virginidad.

En la biblioteca de la universidad de Melbourne hay una extensa selección de libros que tratan de la Primera Guerra Mundial, abarcando además Gallípoli y la campaña del Extremo Oriente, pero sin dar mucha importancia al día D y a El Alamein. Sin embargo, encajado entre las páginas dedicadas a las hazañas realizadas por los soldados de infantería australianos, hay un capítulo sobre las gestas de los británicos, completado con varias láminas en colores.

Descubrí que había VCs, DSOs, DSCs, CBEs, OBEs... Las variaciones parecían interminables, hasta que en la página cuatrocientas nueve encontré lo que estaba buscando: la Cruz Militar, una cinta de seda blanca, con franjas horizontales de color púrpura y una medalla forjada en plata, con la corona imperial en cada uno de los

cuatro brazos. Era concedida a los oficiales de graduación inferior a mayor «por valor sobresaliente en el combate». Empecé a preguntarme si mi padre era un héroe de guerra y había muerto en plena juventud a consecuencia de terribles heridas. Al menos, la explicación de sus constantes gritos residiría en los sufrimientos que padecía.

Mi siguiente labor detectivesca consistió en visitar una tienda de antigüedades de Melbourne. El hombre que atendía el mostrador estudió la medalla y me ofreció por ella cinco libras. No me molesté en explicarle por qué no me habría desprendido del objeto ni por quinientas libras; al menos, me informó que el único comerciante de Australia especializado en medallas auténticas era el señor Clive Jennings, al que localizaría en la calle Mafeking, número 47, de Sydney.

En aquel tiempo pensaba que Sydney estaba al otro lado del mundo, y mi escasa subvención me impedía realizar tal viaje. Tuve que armarme de paciencia y esperar al trimestre de verano, cuando solicité ser la anotadora del equipo universitario de *cricket*. Me rechazaron por razón de mi sexo. Las mujeres no podían aspirar a comprender por completo la mecánica del juego, me explicó un chico que solía sentarse detrás de mí para copiar mis apuntes. No me quedó otra alternativa que pasar horas practicando como una loca, hasta que fui seleccionada para el segundo equipo femenino de tenis. No lo consideré un gran éxito, pero había un encuentro en el calendario que me interesaba: Sydney (A).

La mañana que llegamos a Sydney me encaminé directamente a la calle Mafeking y me quedé sorprendida al ver la cantidad de jóvenes uniformados. El señor Jennings en persona examinó la medalla con mucho más interés que el comerciante de Melbourne.

—Es una MC en miniatura, en efecto —me dijo, mirando el objeto con una lupa—. Se lleva en los uniformes de gala. Estas tres iniciales grabadas bajo el borde de un brazo, apenas discernibles a simple vista, nos darán una pista de la persona que mereció la condecoración.

Miré por la lupa del señor Jennings algo que nunca había visto hasta entonces, pero distinguí claramente las iniciales «G. F. T.».

—¿Hay alguna forma de averiguar quién es G. G. T.? —pregunté esperanzada.

—Oh, sí —contestó el señor Jennings. Sacó un libro encuadernado en piel de una estantería situada detrás de él y pasó las páginas hasta encontrar un Godfrey St. Thomas y un George Víctor Taylor, pero no localizó a nadie con las iniciales G. F. T.—. Lo siento, pero no puedo ayudarla. Esta medalla en particular no ha sido concedida a ningún australiano; si no, estaría catalogada aquí. —Palmeó el volumen—. Tendrá que escribir a Londres, al ministerio de la Guerra, si desea más información. Tienen los expedientes de todos los miembros de las fuerzas armadas que han recibido alguna condecoración por su valor.

Le di las gracias por su ayuda, pero no antes de que me ofreciera diez libras por la medalla. Sonreí y fui a reunirme con el equipo de tenis, para preparar el partido

contra la universidad. Perdí por 6-0 y 6-1, incapaz de concentrarme en nada. Aquella temporada no fui seleccionada para el equipo de tenis.

Al día siguiente, atendiendo al consejo del señor Jennings, escribí al ministerio de Guerra. La respuesta tardó en llegar varios meses, cosa que no me sorprendió, porque en 1944 todo el mundo tenía otras cosas en qué pensar. Sin embargo, recibí por fin un sobre de color amarillo, informándome de que el propietario de la medalla podía ser, o bien Graham Frank Turnbull, del regimiento del duque de Wellington, o Guy Francis Trentham, de los Fusileros Reales. ¿Cuál era, pues, mi apellido auténtico, Turnbull o Trentham?

Aquel mismo día escribí a la oficina del alto comisario británico en Canberra, solicitando las direcciones a las que podía dirigirme para recabar información sobre los dos regimientos mencionados en la carta. Recibí la respuesta un par de semanas más tarde. A tenor de los nuevos datos envié dos cartas más a Inglaterra, una a Halifax y la otra a Hounslow, en Middlesex. Después, me resigné a otra larga espera. Cuando ya has empleado quince años de tu vida en tratar de descubrir tu verdadera identidad, unos cuantos meses más no parecen tan importantes. En cualquier caso, ahora que había empezado mi último curso, tenía muchísimo trabajo por hacer.

El regimiento del duque de Wellington fue el primero en responder, informándome de que el teniente Graham Frank Turnbull había muerto en Passchendaele el 6 de noviembre de 1917. Como yo sabía que había nacido en 1924, descarté al teniente Turnbull. Recé por Guy Francis Trentham.

Varias semanas después recibí la respuesta de los Fusileros Reales, informándome de que el capitán Guy Francis Trentham había sido condecorado el 18 de julio de 1918, tras la segunda batalla del Marne. Obtendría más detalles en la biblioteca del museo del Regimiento, en Hounslow, pero tenía que hacerlo en persona, pues carecían de autorización para revelar información por correo de los miembros del regimiento.

Inicié otra línea de investigación, con resultados nulos. Pasé toda una mañana buscando el apellido Trentham en los registros de nacimiento de Melbourne, cuya oficina se encontraba en la calle Queen. No había ningún Trentham, aunque sí varios Ross, pero ninguno concordaba con mi fecha de nacimiento. Empecé a darme cuenta de que alguien se había tomado mucho trabajo para borrar las huellas de mi origen. Pero ¿por qué?

De pronto, mi único propósito en la vida consistió en ir a Inglaterra, a pesar de que no tenía dinero y la guerra acababa de terminar. Examiné todos los cursos de graduado y pregraduado que se ofrecían; mi tutor consideró que solo valía la pena solicitar una beca para la escuela de arte Slade, que concedía tres plazas cada año a los estudiantes que residieran en cualquier país de la Commonwealth. Empecé a ser consciente de horas que ni siquiera sabía que existían. Por fin, me adjudicaron una plaza en una lista de seis, a falta de una entrevista final en Canberra.

Pensé que la entrevista había ido bien, Los examinadores me dijeron que mi

trabajo teórico sobre Historia del Arte era muy meritorio, si bien mi trabajo práctico no alcanzaba el mismo nivel.

El sobre de Slade llegó un mes después. Lo abrí con nerviosismo y extraje una carta que empezaba:

*«Querida señorita Ross:
Lamentamos comunicarle...».*

La única recompensa a tantos esfuerzos fue superar los exámenes finales con matrícula de honor, pero no me había acercado ni un centímetro más a Inglaterra.

Desesperada, telefoneé al alto comisariado británico y me pusieron con el agregado de trabajo. Una dama me informó que, dadas mis calificaciones, podía aspirar a varios puestos de enseñante. Añadió que debería firmar un contrato por tres años y responsabilizarme de los preparativos para el viaje... Una frase exquisita, pues si no podía pagarme el viaje a Sydney, mucho menos al Reino Unido. En cualquier caso, pensé que solo necesitaría pasar un mes en Inglaterra para encontrar la pista de Guy Francis Trentham.

La segunda vez que llamé, la misma dama informó de que los únicos trabajos disponibles se conocían como «traficantes de esclavos». Eran empleos en hoteles, hospitales u hogares de ancianos. No se recibía, prácticamente, paga alguna, a cambio de pasaje de ida y vuelta. Como aún no me había decantado por ninguna carrera en particular y me daba cuenta de que esta era mi única oportunidad de trasladarme a Inglaterra y localizar algún pariente, llamé al departamento del agregado de trabajo y firmé el contrato. Casi todos mis amigos de la universidad abrigaron la convicción de que yo padecía una aberración mental temporal, pero ignoraban el auténtico propósito de mi viaje a Inglaterra.

El barco en el que zarpamos hacia Southempton no debía diferenciarse mucho de las cáscaras de nuez en que llegaron los primeros inmigrantes, ciento setenta años antes. Nos alojaron a tres «tratantes de esclavos» en un camarote no mayor que mi habitación del campus universitario, y si el barco escoraba más de diez grados todos terminábamos en el suelo. A los tres nos habían destinado al hotel Ayres de Earl's Court, y nos aseguraron que se hallaba en el centro de Londres. Yo no tenía ni idea de lo que nos esperaba allí. Tras seis semanas de viaje, fuimos recibidos en el muelle por una destartada camioneta del ejército que nos llevó a Londres y nos depositó ante los peldaños del hotel Ayres.

La dueña nos acomodó a las tres en la misma habitación. Me sorprendió descubrir que era tan pequeña como el camarote que habíamos padecido en el barco. Al menos, esta vez no te caías de la cama cuando menos lo esperabas.

Pasaron dos semanas antes de que me concedieran un auténtico descanso, y me lo pasé en la oficina de correos de Kensington, consultado el listín telefónico de Londres. No había ningún Trentham.

—Puede que no conste en el listín —me explicó la empleada—. Eso quiere decir que no cogerán su llamada.

—O que en Londres no vive ningún Trentham —contesté. Acepté que el museo del regimiento era mi última oportunidad.

Pensaba que había trabajado duro en la universidad de Melbourne, pero las horas que nos obligaban a bregar en el Ayres habrían derrumbado a cualquier soldado. Por mi parte, no pensaba admitirlo ni por un momento, sobre todo cuando mis dos compañeras de cuarto tiraron la toalla al cabo de un mes, telegrafieron a sus padres en Sydney pidiendo dinero y regresaron a Australia en el primer barco disponible. Al menos, tuve una habitación para mí sola durante unos días. Para ser sincera, me habría gustado hacer las maletas y volverme con ellas, pero no tenía a nadie en Australia a quien poder telegrafiar pidiendo dinero.

El primer día libre completo que no me sentí completamente agotada me marché en tren a Hounslow, en Middlesex. Al salir de la estación, el revisor me indicó la dirección del cuartel y museo de los Fusileros Reales. Después de caminar un par de kilómetros llegué al edificio que estaba buscando. A excepción de un recepcionista, parecía deshabitado.

Llevaba un uniforme kaki, con tres galones en cada brazo. Dormitaba tras el mostrador. Me acerqué y fingí que no quería despertarle.

—¿Puedo ayudarla, señorita?

—Eso espero.

—¿Australiana?

—¿Tanto se nota?

—Luché con sus chicos en África del Norte. Unos soldados magníficos, se lo aseguro. ¿En qué puedo ayudarla, señorita?

—Les escribí desde Melbourne —dije, sacando una copia de la carta—. Sobre el dueño de esta medalla. —Pasé la cadena por encima de la cabeza y le tendí la medalla—. Se llamaba Guy Francis Trentham.

—Una MC en miniatura —dijo el sargento sin vacilar, sosteniendo la medalla en la mano—. ¿Ha dicho Guy Francis Trentham?

—Exacto.

—Bien. Le buscaremos en el libro mayor. 1914-1918, ¿verdad?

Asentí con la cabeza.

Se acercó a una maciza estantería que casi cedía bajo el peso de gruesos volúmenes y sacó un enorme libro encuadernado en piel. Lo dejó sobre el mostrador con un golpe sordo, lanzando polvo en todas direcciones. En la cubierta, impresas en oro, se leían las palabras: «Reales Fusileros, Condecoraciones, 1914-1918».

—Echemos un vistazo, pues —dijo, pasando las páginas. Espero impaciente—. Aquí está nuestro hombre —anunció en tono triunfal—. Guy Francis Trentham, capitán. —Dio la vuelta al libro para que yo viera el epígrafe.

La citación del capitán Trentham ocupaba veintidós líneas. Le pregunté si podía

copiarlo todo.

—Por supuesto, señorita. Considérese como en su casa. Me dio una hoja grande de papel rayado y un lápiz despuntado del ejército. Empecé a escribir:

La mañana del 18 de julio de 1918, el capitán Guy Trentham, del Tercer Batallón de los Fusileros Reales, condujo a una compañía de hombres desde las trincheras aliadas a las líneas enemigas, matando a varios soldados alemanes antes de alcanzar sus trincheras, donde eliminó a una unidad enemiga por sí solo. El capitán Trentham siguió en persecución de otros tres soldados alemanes y, pese a quedarse sin municiones, logró matar a dos de ellos antes de atrapar a un capitán en el bosque cercano.

La misma noche, a pesar de estar rodeado de enemigos, rescató a dos hombres de su compañía, el soldado T. Prescott y el cabo C. Trumper, que se habían extraviado del campo de batalla y buscado refugio en una iglesia próxima. Cuando cayó la noche, les condujo de vuelta por terreno descubierto, mientras el enemigo disparaba intermitentemente en su dirección.

Una bala perdida disparada desde el bando alemán mató al soldado Prescott antes de que lograra llegar a nuestras trincheras. El cabo Trumper sobrevivió, a pesar del intenso fuego procedente de las líneas enemigas.

Por este acto de heroísmo frente al enemigo, el capitán Trentham fue recompensado con la MC.

Escribí palabra por palabra la citación, cerré el pesado libro y lo devolví al sargento.

—Trentham —dijo él—. Si no recuerdo mal, señorita, hay una foto de él colgada de la pared.

El sargento cogió sus muletas, salió de detrás del mostrador y cojeó lentamente hacia el extremo más alejado del museo. No me di cuenta hasta aquel momento de que el pobre hombre solo tenía una pierna.

—Por aquí, señorita —dijo—. Sígame.

Las palmas de mis manos se cubrieron de sudor y me sentí un poco mareada al pensar que iba a ver por fin el rostro de mi padre. ¿Nos pareceríamos en algo?

El sargento dejó atrás las VCs y llegamos a la fila de MCs. Eran fotografías antiguas, en color sepia, mal enmarcadas. Las recorrió con el dedo: Stevens, Thomas, Tubbs.

—Qué raro. Juraría que la foto estaba aquí. Bien, que me cuelguen. Debió perderse cuando nos trasladamos desde la Torre.

—¿Podría estar su foto en otra parte?

—No sin que yo lo supiera, señorita. Tendría que habérmelo imaginado, pero juraría que había visto su foto en el museo cuando estaba en la Torre. Bien, que me cuelguen —repitió.

Le pregunté si podía proporcionarme más detalles sobre el capitán Trentham y si sabía lo que había sido de él después de 1918. Volvió al mostrador y buscó su nombre en la guía del regimiento.

—Entró en el servicio activo en 1915, ascendido a teniente primero en 1916, capitán en 1917, India 1920-1922, abandonó el ejército en 1922. No se sabe nada de él desde entonces, señorita.

—¿Podría seguir vivo, pues?

—Desde luego, señorita. Tendría unos cincuenta años, cincuenta y cinco, como máximo.

Le di las gracias y me marché a toda prisa, consciente de que había pasado mucho tiempo en el museo y temerosa de perder el tren de vuelta a Londres. Mi turno empezaba a las cinco.

Me senté en el tren y contemplé por la ventanilla la campiña inglesa. Me complació pensar que mi padre había sido un héroe de la Primera Guerra Mundial, pero no conseguía adivinar por qué la señorita Benson se negaba a contarme nada sobre él. ¿Por qué había ido a Australia? ¿Se había cambiado el apellido por el de Ross? Presentí que debería volver a Melbourne para averiguar qué le había ocurrido exactamente a Guy Francis Trentham. De haber tenido dinero para pagarme el pasaje, habría partido aquella misma noche, pero acepté la realidad de que debería trabajar otros nueve meses en el hotel antes de que me adelantaran el dinero necesario para pagarme el billete de vuelta a casa. Resolví cumplir mi sentencia.

En 1947, Londres era una ciudad excitante para una chica de veintitrés años y, pese al duro trabajo, había muchas compensaciones. Siempre que tenía tiempo libre visitaba una galería de arte, un museo, o iba al cine con una chica del hotel. En un par de ocasiones fui a bailar al Hammersmith Palais con un grupo de amigas. Una noche, cuando mi contrato con el Ayres estaba a punto de expirar, recuerdo que un tipo de la RAF bastante atractivo me preguntó si quería bailar con él. A los pocos momentos de empezar intentó besarme. Cuando le aparté se enardeció aún más, y tan solo una fuerte patada en el tobillo, seguida de una breve carrerilla por la pista de baile, hizo posible que me escapara. Minutos después me encontré en la acera, y me dirigí de vuelta al hotel.

Paseé por Chelsea en dirección a Earl's Court y me detuve de vez en cuando a admirar los artículos inasequibles que se exhibían en todos los escaparates. Me fijé especialmente en un chal largo de seda azul que cubría los hombros de un elegante y esbelto maniquí. Dejé de mirar tiendas un momento y reparé en el letrero situado sobre la puerta: «Trumper's». El nombre me sonó familiar, pero no supe por qué. Regresé sin prisas hacia el hotel, pero el único Trumper que recordaba era el legendario jugador australiano de *cricket*, muerto antes de que yo naciera. Después, en plena noche, me acordé. Trumper, C., era el cabo mencionado en la citación de mi padre. Repasé enseguida las palabras que había copiado durante mi visita al museo de los Fusileros Reales.

Era la primera vez que me topaba con aquel apellido desde mi llegada a Inglaterra, y me pregunté si el propietario de la tienda estaría relacionado de alguna forma con el cabo, y podría ayudarme a encontrarle. Decidí volver al museo de Hounslow al día siguiente y ver si mi amigo cojo podía prestarme de nuevo su concurso.

—Me alegro de volver a verla, señorita —dijo, cuando me acerqué al mostrador. Me conmovió que se acordara de mí—, ¿busca más información?

—Exacto. El cabo Trumper, ¿no es él...?

—Charlie Trumper, el comerciante honrado. Desde luego, señorita, pero ahora es *sir* Charles y dueño del mayor grupo de tiendas de Chelsea Terrace.

—Eso pensé.

—Iba a decírselo el día anterior, pero se marchó antes de que pudiera hacerlo, señorita. —Sonrió—, se podría haber ahorrado un viaje en tren y seis meses de su tiempo.

La noche siguiente, en lugar de ir a ver a Greta Garbo al cine Gate de Notting Hill Gate, me senté en un banco en la acera opuesta a Chelsea Terrace y me dediqué a contemplar una fila de escaparates. Por lo visto, *sir* Charles era el dueño de casi todas las tiendas de la calle. Me pregunté por qué habría permitido que un solar tan grande continuara ocupando el centro de la manzana.

Mi siguiente problema era encontrar la forma de verle. Lo único que se me ocurrió fue que tal vez podía llevar la medalla al número 1 para que la tasaran... y después, rezar.

La semana siguiente me tocó el turno de día en el hotel, así que no pude volver al número 1 de Chelsea Terrace hasta el otro lunes por la tarde. Enseñé mi medalla a la dependienta y pregunté si podía tasarla. Ella la examinó, y después llamó a otra persona. Un hombre alto, de aspecto diligente, pasó cierto tiempo estudiando la pieza antes de darme su opinión.

—Una MC en miniatura, a veces conocida como MC de gala porque se lleva en determinadas celebraciones del regimiento, como reuniones o cenas. Su valor aproximado es de diez libras. —Vaciló un momento—. De todos modos, Spink's en la calle King número 5, SW1, la asesorará más detalladamente, si usted lo solicita.

—Gracias —dije, sin averiguar nada nuevo e incapaz de pensar en cómo formular una pregunta directa sobre el historial bélico de *sir* Charles.

—¿Puedo ayudarla en algo más? —preguntó el hombre, al verla inmóvil en su sitio.

—¿Cómo puedo entrar a trabajar aquí? —pregunté de sopetón, sintiéndome bastante estúpida.

—Presente una solicitud por escrito, adjuntando su curriculum y experiencia. Nos pondremos en contacto con usted dentro de unos días.

—Gracias —respondí, y me fui sin decir nada más.

Aquella noche redacté una larga carta, especificando mi curriculum. Me pareció

un poco endeble cuando repasé lo escrito.

A la mañana siguiente reescribí la carta en el mejor papel del hotel; puse en el sobre «Solicitudes de trabajo» (pues ignoraba a qué nombre enviarlo, a excepción de «Trumper's»), Chelsea Terrace, número 1, Londres, SW7.

La tarde siguiente entregué la misiva en mano a una empleada de la sala de subastas, sin la menor esperanza de recibir contestación. En cualquier caso, no estaba muy segura de qué iba a hacer si me ofrecían un empleo, pues pensaba regresar a Melbourne dentro de escasas semanas, y no se me ocurría cómo me ayudaría a entrevistarme con *sir* Charles trabajar en «Trumper's».

Diez días después recibí una carta del jefe de personal, indicando que deseaban entrevistarme. Gasté cuatro libras y quince chelines de mi salario, ganado a costa de penosos esfuerzos, en un vestido nuevo que apenas podía permitirme, y llegué a la cita con una hora de antelación. Tuve que dar varias vueltas a la manzana. Durante aquella hora descubrí que *sir* Charles vendía todo lo que un ser humano podía desear, siempre que tuviera el dinero necesario para pagarlo.

La hora terminó por fin, entré y me presenté ante el mostrador principal. Me acompañaron hasta un despacho de la última planta. La señora que me entrevistó dijo no entender qué hacía yo trabajando de criada en un hotel, teniendo en cuenta mi curriculum, y yo le expliqué que trabajar en un hotel era lo único que podían hacer las personas que no tenían dinero para pagarse el billete de vuelta.

Ella sonrió y me advirtió que, si quería trabajar en el número 1, debería empezar en el mostrador principal. Si demostraba aptitudes no tardarían en ascenderme.

—Yo empecé en el mostrador principal de «Sotheby's» —explicó.

Estuve a punto de preguntarle cuánto había durado.

—Me encantaría trabajar en «Trumper's» —respondí—, pero me temo que aún he de cumplir dos meses de contrato para marcharme del hotel Ayres.

—En ese caso, nos veremos obligados a esperarla —replicó sin vacilar la mujer—. Empezará el 1 de setiembre en el mostrador principal, señorita Ross. Le comunicaré el acuerdo por escrito la semana que viene.

Su oferta me entusiasmó hasta tal punto que olvidé el motivo de haber solicitado el trabajo por completo, hasta que mi entrevistadora me envió la carta prometida y conseguí descifrar la firma de la señora que había garrapateado su nombre al final de la página.

CAPÍTULO 40

Cathy trabajó en el mostrador principal de la sala de subastas «Trumper's» durante once días justos, hasta que Simón Matthews le pidió que le ayudara a preparar el catálogo de la subasta italiana. Fue el primero en observar, como primera línea defensiva de la sala de subastas, cómo se manejaba la joven con la miríada de problemas que le caían constantemente encima, sin solicitar jamás una segunda opinión. Trabajó en «Trumper's» con tanto ardor como en el hotel Ayres, pero con una diferencia: ahora, acudía al trabajo con ilusión y entrega.

Cathy, por primera vez en su vida, se sintió parte de una familia, porque Rebecca Trumper siempre trataba a los empleados con cordialidad y dulzura, de igual a igual. Su sueldo era muchísimo más generoso que el salario mínimo recibido de su anterior patrón, y la habitación que le asignaron sobre las carnicería del número 135 era palaciega en comparación con el cubículo situado en la parte trasera del hotel.

Averiguar más cosas sobre su padre perdió importancia en cuanto empezó a demostrar que se merecía su puesto en Chelsea Terrace, 1. Lo primero que hizo Cathy para preparar el catálogo de la subasta italiana fue estudiar la historia de los cincuenta y nueve cuadros que iban a participar. A este fin, se desplazó de biblioteca en biblioteca y telefoneó a todas las galerías para rastrear sus orígenes. Al final, solo un cuadro se le resistió, el de la Virgen María y el Niño, carente de firma o antecedentes históricos, aparte de que procedía de la colección particular de *sir* Charles Trumper y era propiedad ahora de una tal señora Kitty Bennett. Cathy preguntó a Becky si podía ayudarla, y descubrió que su patrona sospechaba que pertenecía a la escuela de Bronzino.

Simón, que iba a dirigir la subasta, sugirió que examinara los volúmenes de recortes de periódicos.

—Casi todo lo que necesitas saber sobre los Trumper está ahí. Cathy salió al instante del mostrador principal y preguntó dónde guardaban los archivos.

—Los archivos están en la cuarta planta, en esa pequeña habitación que hay al final del pasillo —le dijeron.

Cuando encontró el cuarto que albergaba los ficheros tuvo que eliminar una capa de polvo y una telaraña, a fin de echar un vistazo a los anuarios. Se sentó en el suelo, las piernas dobladas bajo el cuerpo, y siguió pasando las páginas, cada vez más absorta en la ascensión de Charles Trumper desde los días en que tenía un carretón en Whitechapel hasta los planes de «Trumper's» para Chelsea. Aunque las referencias periodísticas de los primeros años eran bastante breves, un pequeño artículo en el *Evening Standard* llamó la atención de Cathy. El paso del tiempo había teñido de amarillo la hoja, y en la esquina superior derecha, apenas discernible, se leía la fecha: 8 de septiembre de 1922.

Un hombre alto de casi treinta años, sin afeitar y

vestido con un viejo gabán del ejército, irrumpió en el hogar del señor Charles Trumper, sito en Gilston Road, 11, Chelsea, ayer por la mañana. Aunque el intruso escapó sin nada, la señora Trumper, embarazada de siete meses de su segundo hijo, se desmayó a causa del sobresalto, siendo conducida al hospital de San Guido por su marido.

Nada más llegar se llevó a cabo una operación de emergencia, a cargo del señor Armitage, cirujano jefe, pero el niño nació muerto. Se espera que la señora Trumper permanezca en observación durante varios días.

La policía desearía entrevistarse con cualquier persona que se encontrara en las inmediaciones en aquel momento.

Los ojos de Cathy se desviaron hacia el segundo recorte, fechado nueve semanas más tarde.

La policía ha encontrado un gabán del ejército abandonado, que tal vez pertenezca al hombre que irrumpió en Gilston Road, 11, Chelsea, domicilio de los señores Trumper, la mañana de 7 de septiembre. Se sabe que el propietario del gabán es un antiguo capitán de los Fusileros Reales llamado Trentham, que sirvió con el regimiento en la India hasta hace poco, pero que, al parecer, se halla actualmente en Australia.

Cathy releyó los recortes una y otra vez. ¿Era en realidad la hija de un hombre que había intentado robar a *sir* Charles Trumper y era responsable de la muerte de su segundo hijo? ¿Dónde encajaba el cuadro? ¿Cómo había llegado a manos de la señora Bennet? Y, lo más importante, ¿por qué se había tomado tanto interés *lady* Trumper en un óleo insignificante de un artista desconocido? Incapaz de responder a estas preguntas, Cathy cerró el libro de recortes y lo puso en su sitio. Tenía ganas de bajar y formularle todas sus preguntas, una por una, a *lady* Trumper, pero sabía que no era posible.

Cuando el catálogo estuvo terminado y llevaba vendiéndose una semana, *lady* Trumper quiso ver a Cathy en su despacho. Cathy confió en no haber cometido ningún error garrafal. Tal vez alguien había descubierto la autoría auténtica de la Virgen María y el Niño, que no constaba en el catálogo.

—Te felicito —dijo Becky, en cuanto Cathy entró en su despacho.

—Gracias —contestó la joven, sin saber a qué atenerse—. Tu catálogo ha sido un éxito y hemos tenido que reimprimirlo.

—Solo lamento no haber averiguado más datos sobre el cuadro de su marido —dijo Cathy, más tranquila. Aún confiaba en que su patrona le revelaría cómo había llegado el cuadro a manos de *sir* Charles, arrojando de paso alguna luz sobre la relación entre los Trumper y el capitán Trentham.

—No me sorprende —respondió Becky, sin dar más explicaciones.

«Encontré un artículo en los archivos que hacía mención de un tal capitán Trentham, y me pregunté...», quiso decir Cathy, pero guardó silencio.

—¿Te gustaría hacer de observadora durante la subasta de la semana que viene? —preguntó Becky.

Simón Matthews acusó a Becky el día de la subasta italiana de estar «llena de energías», aunque no había probado bocado.

La subasta dio comienzo. Todos los cuadros superaron el precio mínimo adjudicado, y Cathy sintió una gran alegría cuando *La basílica de San Marcos*, de Canaletto, batió todos los récords anteriores del pintor.

Cuando el pequeño óleo de *sir* Charles reemplazó al Canaletto, experimentó cierta inquietud. Tal vez se debía a la forma de iluminar el lienzo, pero ahora no cabía duda de que se trataba también de una obra maestra. Su pensamiento instantáneo fue que, de haber tenido quinientas libras, habría pujado por él.

El clamor que se elevó después de retirar el cuadro aumentó el nerviosismo de Cathy. Pensó que el acusador tal vez estaba en lo cierto cuando afirmó que la pintura era de Bronzino. Nunca había visto un ejemplo mejor de sus clásicos halos bañados por el sol. *Lady* Trumper y Simón no echaron las culpas a Cathy, y continuaron asegurando a todo el mundo que la galería conocía la obra desde hacía varios años.

Cuando terminó la subasta, Cathy examinó las etiquetas para comprobar que estuvieran en su correcto orden y, sobre todo, para que no cupieran dudas sobre quién había comprado cada artículo. Simón estaba informando al dueño de una galería, cuyos cuadros no habían alcanzado el precio mínimo y deberían venderse de forma privada. Se quedó helada cuando oyó que *lady* Trumper le decía a Simón, después de que el marchante se fuera:

—Otra vez esa maldita Trentham con sus trucos. ¿La viste en la parte de atrás?

Simón asintió, pero no hizo ningún comentario.

Una semana después de que el obispo de Reims emitiera su veredicto, Simón invitó a Cathy a cenar en su piso de Pimlico.

—Una pequeña celebración —añadió, explicando que había invitado a todos los implicados en la subasta italiana.

Cathy llegó aquella noche y encontró a varios miembros del departamento de Maestros Clásicos disfrutando ya de una copa de vino. Cuando se sentaron a cenar,

solo faltaba Rebecca Trumper. Advirtió de nuevo la atmósfera familiar que los Trumper creaban, aun en su ausencia, y todos los invitados disfrutaron de una cena excelente, compuesta de ensalada de aguacates con *bacon*, seguida de pato salvaje, que Simón les había preparado. Un joven llamado Julián, que trabajaba en el departamento de libros curiosos, y ella se quedaron para ayudar a despejar la mesa cuando todos los demás se marcharon.

—Ni se os ocurra lavarlos —dijo Simón—. La mujer de la limpieza se encargará por la mañana.

—Una típica actitud machista —comentó Cathy, poniéndose a lavar los platos—. Sin embargo, debo admitir que me he quedado por otro motivo.

—¿Y cuál es? —preguntó él, cogiendo un paño en un débil intento de ayudar a Julián a secarlos.

—¿Quién es la señora Trentham? —preguntó Cathy de sopetón. Simón se volvió para mirarla—. Oí que Becky te mencionaba el nombre después de la subasta, y cuando aquel hombre de la chaqueta de *tweed* que había montado el número desapareció.

Simón tardó un poco en contestar, como si sopesara sus palabras. Se decidió después de secar los platos.

—Se remonta a mucho tiempo atrás, incluso antes de mi época. No olvides que trabajé con Becky en «Sotheby's» durante cinco años antes de que me ofreciera un empleo en «Trumper's». Para ser sincero, no estoy seguro de por qué la señora Trentham y ella se odian tanto, pero sé que el hijo de la señora Trentham y *sir* Charles sirvieron en el mismo regimiento durante la Primera Guerra Mundial, y que Guy Trentham tuvo algo que ver con el cuadro de la Virgen y el Niño que nos vimos obligados a retirar de la subasta. Lo único que he podido averiguar durante estos años es que el hijo se largó a Australia poco después... Esa era una de mis mejores tazas de té.

—Lo siento muchísimo —dijo Cathy—, qué torpe soy. —Se agachó y recogió los pedazos de porcelana esparcidos sobre el suelo de la cocina—, ¿dónde puedo encontrar una igual?

—En el departamento de porcelana de «Trumper's» —contestó Simón—, cuestan unos dos chelines cada una. —Cathy lanzó una carcajada—. Sigue mi consejo. Recuerda que los empleados más antiguos observan una regla estricta sobre la señora Trentham. —Cathy dejó de recoger los fragmentos y le miró—. No la mencionan delante de *lady* Trumper si ella no saca a relucir el tema, y nunca pronuncian el apellido Trentham delante de *sir* Charles. Si lo hicieras, creo que te despediría en el acto.

—No correré ese riesgo —dijo Cathy—. Ni siquiera le conozco. De hecho, lo más cerca que he estado de él fue en la subasta italiana, cuando le vi en la octava fila.

—Estupendo. ¿Te gustaría acompañarme a una fiesta para celebrar la inauguración de la casa de los Trumper? Tendrá lugar el próximo jueves en su casa de

Eaton Square.

—¿Hablas en serio?

—Por supuesto. De todos modos, no creo que *sir* Charles aprobara que me presentara en compañía de Julián.

El joven se sonrojó.

—¿No considerarían un poco presuntuoso que un miembro tan joven de la plantilla se presentara del brazo del jefe del departamento?

—*Sir* Charles, no. No sabe lo que quiere decir «presuntuoso».

Cathy se pasó muchas horas, aprovechando los descansos para comer, recorriendo las *boutiques* de Chelsea, hasta elegir lo que ella consideraba apropiado para la fiesta de los Trumper. Se decidió por un vestido de color girasol, con un cinturón ancho que la dependienta describió como ideal para una fiesta. Cathy temió en el último minuto que su largo, o escaso largo, fuera demasiado atrevido para una ocasión tan señalada. Sin embargo, cuando Simón la recogió, solo hizo un comentario.

—Vas a causar sensación, te lo prometo.

Esta vehemente afirmación la tranquilizó..., al menos hasta que llegaron al último peldaño de la mansión de Eaton Square.

Cuando Simón llamó a la puerta, Cathy confió en que no se notara demasiado que nunca la habían invitado a una mansión tan bella. No obstante, sus inhibiciones se desvanecieron en cuanto el mayordomo les abrió la puerta. Se regaló la vista al instante con el espectáculo que se ofrecía a sus ojos. Mientras otros invitados vaciaban las, al parecer, interminables botellas de champagne y se atracaban de canapés, ella concentró su atención en los cuadros y empezó a subir la escalera, saboreando aquellas raras exquisiteces una a una.

Primero había un Courbet, un bodegón realizado con magníficos rojos, naranjas y verdes; después, dos palomas de Picasso, rodeadas de flores rosadas, y cuyos picos casi se tocaban; un escalón más y se encontró ante un Picasso, que plasmaba a una anciana llevando un haz de heno y en el que destacaban diferentes tonos de verde. Se quedó boquiabierta al ver el Sisley, un tramo del Sena en el que predominaban los tonos pastel.

—Ese es mi favorito —dijo una voz detrás de ella. Cathy se volvió y vio a un joven alto, de cabello revuelto, sonriéndole de una forma encantadora. Su esmoquin no le caía muy bien, su pajarita necesitaba un ajuste y se apoyaba en la balaustrada como si, sin su sostén, fuera a derrumbarse.

—Muy hermoso —admitió ella—. Cuando era más joven pintaba un poco, pero un Sisley me convenció de que debía dejarlo.

—¿Por qué?

Cathy suspiró.

—Sisley pintó aquel cuadro cuando tenía diecisiete años y aún iba al colegio.

—Vaya, vaya —dijo el joven—. Una experta entre nosotros. —Cathy sonrió a su nuevo acompañante—, ¿te apetece echar una ojeada a otras obras de *sir Charles* que se exhiben en el pasillo de arriba?

—¿Crees que le molestará?

—Yo no diría eso. Después de todo, ¿de qué sirve ser coleccionista si no dejas que los demás admiren lo que has comprado?

Cathy, más confiada, subió otro peldaño.

—Santo Dios —exclamó—. Un Sickert de la primera época. Muy pocos se han puesto en venta.

—Es obvio que trabajas en una galería de arte.

—Trabajo en «Trumper's» —dijo Cathy con orgullo—. Chelsea Terrace, número 1. ¿Y tú?

—También trabajo para «Trumper's», más o menos —admitió.

Cathy advirtió por el rabillo del ojo que *sir Charles* aparecía en el descansillo... Su primer encuentro con el presidente. Al igual que Alicia, quiso desaparecer por el ojo de una cerradura, pero su acompañante se mantuvo impertérrito, como si estuviera en su casa.

Su anfitrión sonrió a Cathy y bajó la escalera.

—Hola. Soy Charlie Trumper y he oído hablar mucho de usted, jovencita. La vi en la subasta italiana, por supuesto, y Becky me dijo que había hecho un trabajo soberbio. A propósito, felicidades por el catálogo.

—Gracias, señor —contestó Cathy, sin saber qué decir, mientras el presidente continuaba disparando frases como una ametralladora, ignorando a su acompañante.

—Veo que ya ha conocido a mi hijo —indicó *sir Charles*, mirándola—. No se deje engañar por su falsa pedantería; es tan bribón como su padre. Enséñale el Bonnard, Daniel. —*Sir Charles* entró en la sala de estar.

—Ah, sí, el Bonnard. El orgullo y la alegría de papá —dijo Daniel—. No se me ocurre una manera mejor de llevar a una chica al dormitorio.

—¿Eres Daniel Trumper?

—No, Raffles, el conocido ladrón de obras de arte —dijo Daniel, cogiendo la mano de Cathy y guiándola hasta la habitación de sus padres.

—Bien... ¿Qué te parece? —preguntó él.

—Magnífico —fue el único comentario de Cathy cuando vio el enorme desnudo de Bonnard (Michelle, su amante, secándose) que colgaba sobre la cama de matrimonio.

—Mi padre está inmensamente orgulloso de esta dama —explicó Daniel—, como nunca deja de recordarnos, pagó solo trescientas guineas por ella.

—Tiene un gusto excelente.

—El mejor ojo inexperto del mercado, como dice siempre mamá. Y como ha elegido cada cuadro que cuelga en esta casa, ¿quién le va a llevar la contraria?

—¿Tu madre no ha elegido ninguno?

—Ni hablar. Mi madre es, por naturaleza, una vendedora, mientras que mi padre es un comprador, una combinación inigualable desde que Duveen y Bernstein monopolizaron el mercado artístico.

—Los dos habrían merecido dar con sus huesos en la cárcel —dijo Cathy.

—A este respecto, me parece que mi padre terminará en el mismo sitio que Duveen. —Cathy rio—. Creo que ahora deberíamos bajar y apoderarnos de un poco de comida antes de que todo desaparezca.

Cuando entraron en el comedor, Cathy observó que Daniel cambiaba de sitio dos tarjetas.

—Bien, que me cuelguen, señorita Ross —dijo Daniel, ofreciéndole una silla, mientras los demás invitados buscaban sus lugares—. Después de tantos esfuerzos, descubro que nos han sentado juntos.

Cathy sonrió cuando se sentó a su lado, observando a otra chica que buscaba desesperadamente su tarjeta. Daniel contestó a todas sus preguntas sobre Cambridge y, a su vez, quiso saberlo todo acerca de Melbourne, una ciudad que nunca había visitado. Por fin, surgió la pregunta inevitable.

—¿A qué se dedican tus padres?

—No lo sé —respondió Cathy sin vacilar—. Soy huérfana.

—Estamos hechos el uno para el otro —sonrió Daniel.

—¿Por qué?

—Soy hijo de un verdulero y de la hija de un panadero de Whitechapel. ¿Una huérfana de Melbourne, has dicho? Ocupas un peldaño superior al mío en la escala social, te lo aseguro.

Cathy rio cuando Daniel rememoró las primeras ocupaciones de sus padres. A medida que avanzaba la velada, Cathy pensó que aquel hombre era el único con el que desearía hablar sobre sus orígenes inexplicados e inexplicables.

Mientras tomaban café, Cathy reparó en una chica bastante tímida que se hallaba de pie detrás de su silla. Daniel se levantó y le presentó a Marjorie Carpenter, una estudiante postgraduada de Girton. No cabía duda de que era la invitada de Daniel, y que se había quedado sorprendida, por no decir decepcionada, cuando la vio sentada junto a él durante la cena.

Los tres charlaron sobre la vida en Cambridge, hasta que Daphne Wiltshire golpeó la mesa con una cuchara y, tras conseguir atraer la atención de todos, pronunció un discurso, en apariencia improvisado, pero que, en opinión de Cathy, lo tenía cuidadosamente preparado desde hacía días. Cuando brindó, los invitados se pusieron en pie y alzaron sus copas por «Trumper's». La marquesa, a continuación, hizo obsequio a *sir* Charles de una réplica en plata del 147. A juzgar por la expresión de su rostro, Charlie se sintió muy complacido. Tras un discurso muy ingenioso, tampoco improvisado, sospechó Cathy, su anfitrión tomó asiento.

—Debo irme —anunció Cathy unos minutos después—. He de levantarme pronto. Encantada de conocerte, Daniel —añadió, adoptando una repentina

formalidad. Se estrecharon las manos como extraños.

—Nos veremos pronto —dijo Daniel.

Cathy fue a despedirse de sus anfitriones y les agradeció la maravillosa velada. Se marchó sola, después de comprobar que Simón mantenía una animada conversación con un joven rubio que trabajaba desde hacía poco en «Alfombras y Tapices».

Volvió paseando sin prisas a Chelsea Terrace, disfrutando de la noche, y llegó a su piso de 135 pocos minutos después de la medianoche, sintiéndose un poco como Cenicienta.

Mientras se desnudaba, pensó en lo agradable que había sido la velada, sobre todo por la compañía de Daniel y el placer de ver tantas obras de sus artistas favoritos. Se preguntó si... Sus pensamientos fueron interrumpidos por el timbre del teléfono.

Como ya era muy tarde, pensó que alguien se había equivocado de número.

—Te dije que nos veríamos pronto —dijo una voz.

—Vete a la cama, bobo.

—Ya estoy en la cama. Te llamaré por la mañana.

Cathy oyó un «clic».

Daniel telefoneó de nuevo pocos minutos después de las ocho.

—Acabo de salir del baño —anunció.

—Pues debes tener el mismo aspecto que Michelle. Tal vez sería mejor que me acercara para darte una toalla.

—Ya estoy envuelta en una toalla, gracias —rio Cathy.

—Qué pena. Soy un experto en secar, pero dejando aparte esto —añadió, antes de que ella pudiera contestar—, ¿por qué no te reúnes conmigo al Trinity el sábado? Hay una fiesta en el colegio. Solo se celebra una por trimestre, de modo que si me das calabazas no nos veremos hasta dentro de tres meses.

—En ese caso, acepto, pero solo porque no he ido a una fiesta desde que salí del colegio.

Cathy fue en tren a Cambridge y Daniel la esperó en la estación. Aunque la mesa de autoridades del Trinity intimidaba a los invitados más seguros de sí mismos. Cathy se sintió muy cómoda, sentada entre los profesores. No obstante, se preguntó cuántos alcanzarían una edad avanzada, comiendo y bebiendo de aquella manera cada día.

—No solo de pan vive el hombre —fue la única explicación de Daniel durante la cena de siete platos.

Cathy imaginó que la orgía había terminado cuando les invitaron a casa del director, pero se quedó de piedra cuando le ofrecieron más dulces, acompañados de una botella de Oporto que circuló interminablemente, sin vaciarse jamás. Consiguió escapar, pero no antes de que el reloj del Trinity diera la una. Daniel la acompañó a una habitación para invitados, al otro lado del patio cuadrangular, y sugirió que asistiesen a los maitines del King's por la mañana.

—Me alegro de que no me hayas recomendado asistir al desayuno —dijo Cathy. Daniel la besó en la mejilla antes de despedirse.

El pequeño cuarto de invitados que Daniel había destinado a Cathy no era mucho más grande que su piso del 135, pero se quedó dormida en cuanto apoyó la cabeza sobre la almohada, despertándose cuando repicaron unas campanas. Supuso que provenían de la capilla del Colegio Real.

Daniel y Cathy llegaron a la capilla momentos antes de que el coro desfilara por la nave. El cántico resultaba mucho más emotivo que en el disco de Cathy, pues solo la foto del coro en la solapa daba una leve idea de cómo sería la experiencia.

Después de la bendición, Daniel sugirió que pasearan por los jardines para desembarazarse de las últimas legañas. Cogió la mano de Cathy y no la soltó hasta que volvieron una hora después al Trinity para tomar un modesto almuerzo.

Por la tarde la llevó al museo Fitzwilliam, donde Cathy se quedó fascinada al ver el *Saturno devorando a sus hijos* de Goya.

—Es un poco como la mesa de autoridades del Trinity —fue el único comentario de Daniel. Después se acercaron al Queen's College, donde asistieron a un recital de fugas de Bach, interpretado por un cuarteto de cuerda formado por estudiantes. Cuando salieron, ya habían encendido las luces de gas que flanqueaban la calle Queen.

—Más cenas no, por favor —se burló Cathy, mientras paseaban por el puente de las Matemáticas.

Daniel rio y, tras recoger su maleta, la condujo de regreso a Londres en su pequeño MG.

—Gracias por este fin de semana memorable —dijo Cathy, cuando se detuvieron frente al 135—. De hecho, «memorable» no es la palabra adecuada para describir estos dos últimos días.

Daniel le dio un breve beso en la mejilla.

—Repitámoslo el próximo fin de semana —sugirió él.

—Si hablabas en serio cuando dijiste que te gustaban las mujeres delgadas, ni hablar.

—Muy bien, probémoslo de nuevo sin la comida; tal vez incluiremos una partida de tenis esta vez. Quizá sea la única forma de descubrir el nivel del segundo equipo femenino de la universidad de Melbourne.

Cathy lanzó una carcajada.

—¿Le darás las gracias a tu madre por la maravillosa fiesta del jueves pasado? Ha sido una semana en verdad memorable.

—Lo haré, pero es muy probable que la veas antes de que yo tenga la oportunidad de transmitirle tu mensaje.

—¿No vas a quedarte esta noche en casa de tus padres?

—No, debo volver a Cambridge... Tengo que dar una clase a las nueve de la mañana.

—Si me lo hubieras dicho, habría cogido el tren.

—Y yo me habría privado de dos horas de tu compañía —replicó Daniel,

despidiéndose con un ademán.

CAPÍTULO 41

La primera vez que durmieron juntos, en su incómoda cama individual, Cathy supo que quería pasar el resto de su vida con Daniel. Deseó únicamente que no fuera el hijo de *sir* Charles Trumper.

Le rogó que no hablara a sus padres de la relación que les unía. Estaba decidida a demostrar su valía en «Trumper's», explicó, y no quería recibir favores porque salía con el hijo del jefe.

Sin embargo, después de la subasta de plata, su descubrimiento sobre el hombre de la corbata amarilla y su informe bajo mano al periodista del *Telegraph*, no le importó tanto que los Trumper se enteraran de la situación.

El lunes posterior a la subasta de plata, Becky invitó a Cathy a integrarse en la junta directiva de la sala de subastas, formada hasta entonces por Simón, Peter Fellowes, responsable de investigaciones, y la propia Becky.

Becky también pidió a la joven que preparase el catálogo para la subasta de impresionistas que se celebraría en otoño y asumiera otras responsabilidades, incluyendo la supervisión del mostrador principal.

—Paso siguiente, directora de la empresa —comentó Simón.

Telefonó a Daniel aquella mañana para darle la noticia.

—¿Significa eso que podemos dejar de engañar a mis padres?

Cuando Charlie telefoneó a Daniel al día siguiente para anunciarle que su madre y él querían ir a Cambridge, para hablar de algo importante, Daniel les invitó a tomar el té en sus aposentos el domingo, advirtiéndoles de que él también tenía algo «importante» que comunicarles.

Daniel y Cathy hablaron por teléfono cada día de aquella semana, y ella empezó a preguntarse si no sería mejor avisar a los padres de Daniel de que acudiría también a tomar el té. Daniel no quiso ni oírla, afirmando que no tenía muchas ocasiones de ganarle la delantera a su padre, y no tenía la menor intención de perderse la satisfacción de ver la sorpresa reflejada en sus rostros.

—Y te contaré otro secreto —añadió Daniel—. He solicitado el puesto de profesor de matemáticas en el King's College, en Londres.

—Vas a hacer un gran sacrificio, doctor Trumper, pues cuando vivas en Londres no pienso alimentarte como lo hacen en el Trinity.

—Excelente noticia. Eso significará menos visitas al sastre.

La reunión que tuvo lugar en los aposentos de Daniel fue maravillosa, en opinión de Cathy, aunque Becky pareció un poco nerviosa al principio, y se mostró muy agitada después de la misteriosa llamada telefónica de un tal señor Harrison.

La alegría de *sir* Charles al saber que Daniel y ella pensaban casarse durante las vacaciones de Pascua fue auténtica, y Becky manifestó su entusiasmo ante la idea de tener como nuera a Cathy. Charlie se olvidó de Cathy cuando cambió de tema bruscamente y preguntó quién había pintado la acuarela que colgaba sobre el

escritorio de Daniel.

—Cathy —dijo Daniel—, por fin un artista en la familia.

—¿Pintas así de bien, jovencita? —preguntó Charlie, incrédulo.

—Claro que sí —insistió Daniel mirando la acuarela—. Mi regalo de compromiso. Además, es el único original que Cathy ha pintado desde que llegó a Inglaterra, de modo que no tiene precio.

—¿Pintarás uno para mí? —preguntó Charlie, tras estudiar la pequeña acuarela con más atención.

—Me encantaría —contestó Cathy—, pero ¿dónde lo va a colgar? ¿En el garaje?

Después del té, los cuatro pasearon por los jardines, pero Becky se sintió decepcionada, porque los padres de Daniel parecían ansiosos por volver a Londres antes del concierto vespertino en la capilla.

Cuando volvieron de las vísperas, hicieron el amor en la estrecha cama de Daniel. Cathy le advirtió que la fecha fijada para la boda tal vez se había retrasado en exceso.

—¿Qué quieres decir?

—Aún no me ha venido la regla. Me tocaba la semana pasada.

Daniel se alegró tanto que quiso llamar a sus padres para que compartieran su alborozo.

—No seas tonto —dijo Cathy—. Todavía no hay nada confirmado. Solo espero que tus padres no se horroricen demasiado cuando se enteren.

—¿Horroricen? Me extrañaría mucho. No se casaron hasta un mes después de nacer yo.

—¿Cómo lo sabes?

—Comparé la fecha de mi partida de nacimiento con la del certificado de matrimonio. Muy sencillo. Por lo visto, durante varias semanas nadie quiso admitir mi procedencia.

Aquel descubrimiento convenció a Cathy de que, antes de casarse, debía dar por descartada toda posibilidad de estar relacionada con la señora Trentham. Aunque Daniel había logrado hacerle olvidar el problema de sus padres durante varios meses, no podía mirar a la cara a los Trumper pensando que, algún día, les iba a defraudar y, aún peor, que tenía un parentesco con la mujer que más detestaban. Como Cathy había descubierto, sin quererlo, donde vivía la señora Trentham, decidió escribirle una carta nada más volver a Londres.

Redactó un esbozo el domingo por la noche y se levantó muy temprano al día siguiente para escribir un segundo:

Chelsea Terrace, 135

LONDRES

SW10

20 de noviembre de 1950

Apreciada señora Trentham:

Soy una completa desconocida para usted, pero le escribo con la esperanza de que pueda ayudarme a solucionar un dilema con el que me enfrento desde hace varios años.

Nací en Melbourne (Australia) y nunca he sabido quiénes fueron mis padres, pues me abandonaron a una edad muy temprana. En realidad, fui educada en un orfanato llamado St. Hilda. La única prueba que poseo de su existencia es una Cruz Militar en miniatura que mi padre me dio cuando era muy pequeña. Bajo un lado están grabadas las iniciales «G. F. T.».

El director del museo de los Fusileros Reales de Hounslow me ha confirmado que la medalla fue concedida al capitán Guy Francis Trentham el 22 de julio de 1918, por su valentía en la segunda batalla del Marne.

¿Es usted pariente de Guy, quien tal vez sea mi padre? Le agradecería cualquier información que pudiera proporcionarme al respecto, y le pido disculpas por irrumpir en su intimidad.

Espero recibir cuanto antes sus noticias.

Sinceramente

Cathy Ross

Cathy echó la carta en el buzón situado en la esquina de Chelsea Terrace antes de ir a trabajar. Tras años de esperar localizar a un pariente, Cathy consideró irónico que, al mismo tiempo, deseara el rechazo de esa persona.

El anuncio del compromiso de Cathy con Daniel Trumper fue publicado en los ecos de sociedad del *Times* a la mañana siguiente. Todo el personal del número 1 pareció encantado con la noticia. Simón brindó con champagne por la prosperidad de Cathy a la hora de comer.

—Es un complot de los Trumper para asegurarse de que ni «Sotheby's» ni «Christie's» se la llevarán —añadió. Todo el mundo aplaudió, excepto Simón, que susurró en su oído—: Eres la persona adecuada para impedir que a nosotros nos pase lo mismo.

No dejaba de ser curioso, pensó ella, que algunas personas le adjudicaran posibilidades en las que jamás había pensado.

El jueves por la mañana, Cathy encontró ante el felpudo de la puerta principal un sobre azul, con su nombre escrito en tinta púrpura. Abrió la carta con nerviosismo y descubrió dos hojas de papel grueso del mismo color. El contenido la desconcertó, pero al mismo tiempo la tranquilizó considerablemente.

Chester Square, 19

LONDRES

SW1

29 de noviembre de 1950

Apreciada señorita Ross:

Le agradezco su carta del pasado lunes, pero temo que no puedo serle de gran ayuda. Tuve dos hijos, el menor de los cuales es Nigel, que se ha separado recientemente. Su anterior esposa reside ahora en Dorset con mi único nieto, Giles Raymond, de tres años de edad.

Mi hijo mayor era Guy Francis Trentham, que fue condecorado con la Cruz Militar tras la segunda batalla del Marne, pero murió de tuberculosis en 1922, tras una larga enfermedad. Nunca se casó y no dejó descendencia.

El modelo en miniatura de su MC se perdió después de que mi hijo visitara a unos parientes lejanos de Melbourne. Me alegra saber que ha reaparecido después de tantos años, y le estaría muy agradecida si me devolviera la medalla en cuanto le sea posible. Estoy convencida de que ya no desea retener una reliquia familiar, ahora que ya conoce su procedencia.

Sinceramente

Ethel Trentham

Cathy sintió una gran alegría al descubrir que Guy Trentham había muerto un año antes de que ella naciera. Ello significaba que era prácticamente imposible estar relacionada con un hombre que había causado a su futuro suegro tantas desdichas. Concluyó que la MC habría caído en manos de su padre, quienquiera que fuera; de mala gana, pensó que debía devolver la medalla a la señora Trentham sin más dilación.

Las revelaciones contenidas en la carta de la señora Trentham hicieron dudar a Cathy de que algún día descubriría quiénes eran sus padres, pues no pensaba regresar a Australia ahora que Daniel formaba parte de su futuro. Empezó a alimentar la creencia de que insistir en averiguar la identidad de su padre era absurdo e impropio.

Como Cathy ya había revelado a Daniel el día que se conocieron su ignorancia acerca de la identidad de sus padres, viajó a Cambridge el viernes por la noche con un definido propósito. La irrupción de su regla también la había tranquilizado. Mientras el tren traqueteaba hacia la ciudad universitaria, Cathy no pudo recordar un momento de mayor felicidad. Jugueteeó con la crucecita que colgaba alrededor de su cuello, entristecida al saber que llevaba aquel recuerdo por última vez: ya había tomado la decisión de enviársela a la señora Trentham después del fin de semana que iba a pasar con Daniel.

El tren se detuvo en Cambridge con un retraso de algunos minutos.

Cathy cogió su maleta y salió a la acera, esperando divisar el MG aparcado de Daniel; nunca había llegado tarde desde que se conocían. Se sintió decepcionada al no verlo, y aún más sorprendida cuando, al cabo de media hora, no había dado señales de vida.

Volvió al vestíbulo de la estación, depositó dos peniques en la cabina telefónica y marcó el número directo de la habitación de Daniel. La señal sonó interminablemente, pero no necesitó apretar el botón A, porque nadie respondió.

Confusa, Cathy salió de la estación y pidió a un taxista que la llevara al colegio Trinity.

Cuando el taxi frenó en el patio de los Profesores, la sorpresa de Cathy aumentó al ver el MG aparcado en su sitio habitual. Pagó al conductor y se dirigió hacia la ya familiar escalera.

Cathy consideró su deber regañar a Daniel por no acudir a la cita. ¿Iba a tratarla así cuando estuvieran casados? ¿La había rebajado al mismo nivel de un estudiante que no presentaba su trabajo de la semana? Subió los desgastados escalones de piedra hasta su habitación y llamó con suavidad a la puerta, por si estuviera reunido con uno de tales estudiantes. Al no recibir respuesta, abrió la pesada puerta de madera, tras decidir que esperaría hasta que él apareciera.

Todos los residentes en la escalera C debieron de oír su chillido. El primer estudiante que llegó al lugar encontró el cuerpo de una joven, derrumbado de bruces sobre el suelo. El estudiante cayó de rodillas, dejó caer los libros que llevaba y vomitó sobre ella. Respiró hondo, dio media vuelta en cuanto se sintió con fuerzas y salió a gatas del estudio, dejando atrás una silla caída. Fue incapaz de mirar por segunda vez el espectáculo que había presenciado nada más entrar en la habitación.

El doctor Trumper continuaba meciéndose suavemente de una viga, en el centro de la habitación.

CHARLIE

1950 - 1964

CAPÍTULO 42

Tres días después, junto con muchos amigos, colegas y estudiantes de Daniel, asistí al funeral que se celebró en la capilla del Trinity. Conseguí sobrevivir a aquella prueba y al resto de la semana, gracias en especial a Daphne, que lo organizó todo con gran calma y eficacia. Cathy no pudo asistir al funeral, pues todavía se hallaba bajo observación en el hospital de Addenbrooke.

Estuve de pie al lado de Becky mientras el coro cantaba *Fast Falls the Eventide*. Mi mente vagaba, intentando reconstruir los hechos acaecidos durante los últimos tres días y extraer alguna explicación de ellos. Cuando Daphne me dijo que Daniel se había quitado la vida (quien la eligiera para darme la noticia conocía muy bien el significado de la palabra compasión), me dirigí de inmediato en coche a Cambridge, tras rogarle que no dijera nada a Becky hasta que yo hubiera averiguado algo más acerca de lo ocurrido. Al llegar al Gran Patio del Trinity, dos horas más tarde, ya habían retirado el cadáver de Daniel y trasladado a Cathy al hospital de Addenbrooke, donde continuaba en estado de *shock*. El inspector de policía encargado del caso fue muy considerado. Luego, visité el depósito e identifiqué el cadáver, agradeciendo a Dios que Becky se ahorrara la experiencia de estar a solas por última vez con su hijo en aquella habitación fría como el hielo.

«*Lord, with me abide...*».

Explicué a la policía que no se me ocurría ninguna razón que hubiera impulsado a Daniel a quitarse la vida..., que, en realidad, nunca le había visto más feliz. Entonces, el inspector me enseñó la nota del suicida: una hoja de papel de oficio que contenía un solo párrafo escrito a mano.

—Siempre suelen escribir una, ¿sabe? —dijo.

Yo no lo sabía.

Leí la nota escrita con la letra académica de Daniel: «Ahora que Cathy y yo ya no podemos casarnos, la vida carece de sentido para mí. Ocúpense del niño, por el amor de Dios. Daniel».

Debí repetir para mis adentros aquellas veinticinco palabras un centenar de veces, pero sin lograr extraerles un sentido. Una semana después, el médico confirmó en su informe dirigido al forense que Cathy no estaba embarazada y, por tanto, no había sufrido ningún aborto. Seguí rememorando aquellas palabras una y otra vez. ¿Habría pasado por alto alguna sutil deducción, o debería resignarme a no comprender jamás su mensaje final?

«*When other helpers fail...*».

Un experto de la policía judicial descubrió más tarde un papel escrito en la

chimenea, pero se había quemado hasta reducirse a cenizas; los restos carbonizados no aportaban ninguna pista. Después, me enseñaron un sobre en cuyo interior la policía creía que iba la carta quemada. Me preguntaron si podía identificar la letra. Estudié la letra menuda y vertical con la que estaban escritas las palabras «doctor Daniel Trumper» en tinta púrpura.

No, mentí. El detective me dijo que la carta había sido entregada en mano por un hombre de bigote castaño y chaqueta de *tweed*, a primera hora de aquella tarde. Eso era lo único que recordaba de él el estudiante que le había visto, aparte de que parecía conocer bien el camino.

Me pregunté qué habría escrito en su carta aquella vieja malvada, capaz de impulsar a Daniel al suicidio. Estaba seguro de que el descubrimiento de su verdadero padre no bastaba para tomar una decisión tan drástica, sobre todo cuando sabíamos que la señora Trentham y él habían llegado a un acuerdo tres años antes.

La policía encontró otra carta sobre el escritorio de Daniel. Era del rector del King's College de Londres, ofreciéndole formalmente la cátedra de matemáticas.

«And comforts flee...».

Tras salir del depósito me dirigí al hospital de Addenbrooke, donde me permitieron pasar un rato junto al lecho de Cathy. Aunque tenía los ojos abiertos, no me reconoció. Durante una hora se limitó a mirar al techo con la mirada perdida, mientras yo aguardaba. Cuando comprendí que no podía hacerse nada, me marché en silencio. El jefe de psiquiatría, doctor Stephen Miller, salió de su despacho y me preguntó si podía dedicarle unos minutos.

Explicó que Cathy padecía una amnesia psicógena, también llamada a veces amnesia histérica, y que pasaría algún tiempo antes de saber hasta qué punto iba a recuperarse. Le di las gracias y añadí que permanecería en constante contacto con él. Después, regrese lentamente a mi despacho de Londres.

«Help of the helpless, O abide with me...».

Daphne me esperaba y no hizo ningún comentario sobre mi tardanza. Intenté agradecerle su infinita bondad, pero le expliqué que debía ser yo quien le diera la noticia a Becky. Solo Dios sabe cómo asumí aquella responsabilidad sin mencionar el sobre escrito con la letra tan conocida, pero lo hice. Si le hubiera contado a Becky toda la verdad, creo que habría matado a la mujer en el acto con sus propias manos... y creo que yo la habría ayudado.

Le enterraron entre los suyos. El capellán del colegio, que habría asumido esta responsabilidad muchas veces en el pasado, tuvo que interrumpirse para recobrar la compostura en tres ocasiones diferentes.

«In life, in death, o Lord, abide with me...».

Becky y yo fuimos juntos a Addenbrooke cada día de aquella se mana, pero el doctor Miller se limitó a confirmar que el estado de Cathy no había variado; ni siquiera había hablado. No obstante, solo pensar en la joven que yacía en su habitación, necesitada de nuestro amor, conseguía que nos preocupáramos de alguien más que de nosotros mismos.

Cuando volvimos a Londres a última hora de la tarde, Arthur Selwyn estaba paseando de un lado a otro, ante la puerta de mi despacho.

—Alguien ha irrumpido en el piso de Cathy, han forzado la cerradura —dijo, antes de que pudiera abrir la boca.

—¿Qué iría a buscar un ladrón allí?

—La policía tampoco lo entiende. Por lo visto, no se han llevado nada.

Sin saber todavía qué había escrito la señora Trentham a Daniel, ahora se añadía el misterio de qué pertenencia de Cathy podía desear. Tras examinar yo mismo el piso, seguí tan a oscuras como antes.

Seguimos desplazándonos a Cambridge cada dos días hasta que a mediados de la segunda semana Cathy habló por fin, vacilante al principio y sin parar después, aferrada a mi mano. Luego, de súbito, se sumió en el silencio de nuevo. A veces, se frotaba el índice con el pulgar, justo debajo de la barbilla.

Esto desconcertó incluso al doctor Miller.

Este, sin embargo, había conseguido entablar extensas conversaciones con ella en varias ocasiones, y la había sometido a juegos de palabras para comprobar el estado de su memoria. En su opinión, había anulado todos los recuerdos concernientes a Daniel o a su vida anterior en Australia. Nos aseguró que era frecuente en estos casos, y nos dijo el hermoso nombre griego de este estado mental concreto.

—¿Quiere que intente ponerme en contacto con su preceptor de la universidad de Melbourne, o que hable con el personal del hotel Ayres, por si pueden arrojar alguna luz sobre el problema?

—No —contestó—. No la fuerce demasiado y esté preparado, porque es posible que esa parte de su mente tarde mucho tiempo en recobrase.

Asentí con la cabeza.

«Domínese, reprima su agresividad innata», parecía ser la expresión favorita del doctor Miller.

Siete semanas después nos dieron permiso para trasladar a Cathy a nuestra casa de Londres, donde Becky le había preparado una habitación. Yo ya había retirado todas las pertenencias de Cathy del piso situado sobre la carnicería, ignorante todavía de si faltaba algo después del escaló.

Becky había guardado toda la ropa de Cathy en el armario ropero y en los cajones, e intentó dotar a la habitación del aspecto más alegre posible. Unos días antes había sacado su acuarela del Cam que colgaba sobre el escritorio de Daniel y la

había colocado en la escalera, entre el Courbet y el Sisley. Cuando Cathy subió la escalera, camino de su nueva habitación, pasó frente a su cuadro sin el menor atisbo de reconocimiento.

Pregunté de nuevo al doctor Miller si debíamos escribir a la universidad de Melbourne y averiguar algo sobre el pasado de Cathy, pero volvió a manifestarse en contra de tal decisión, aduciendo que; debía ser ella la que nos proporcionara tal información, y solo si se sentía con fuerzas para hacerlo, sin presiones externas.

—¿Cuánto tiempo cree que pasará antes de que recobre por completo la memoria?

—Tanto pueden ser catorce días como catorce años, según mi experiencia.

Recuerdo que aquella noche volví a la habitación de Cathy, mi senté en el borde de su cama y le cogí la mano. Por primera vez, observé que el color había vuelto a sus mejillas. Sonrió y me preguntó cómo marchaba el «gran carretón».

—Hemos obtenido beneficios récord, pero lo más importante es que todo el mundo quiere verte otra vez en el número 1.

Reflexionó sobre mis palabras durante unos instantes.

—Ojalá fuera usted mi padre —dijo por fin.

En febrero de 1951 Nigel Trentham se integró en la junta. Se sentó al lado de Paul Merrick, que le dirigió una leve sonrisa. Fui incapaz de mirarle. Aunque algunos años más joven que yo, me satisfizo observar que tuviera un problema de obesidad mayor que el mío.

La junta aprobó un desembolso de casi medio millón de libras para «llenar el hueco», como Becky denominaba al solar plantado en mitad de Chelsea Terrace desde hacía diez años. Por fin, «Trumper's» se alojaría bajo un solo techo. Trentham no hizo ningún comentario. También aceptaron una asignación de cien mil libras para reconstruir el club juvenil masculino de Whitechapel, que pasaría a denominarse «Centro Dan Salmon». Trentham susurró algo al oído de Merrick.

El coste final de «Trumper's», por culpa de la inflación, las huelgas y la escalada de precios de los constructores, pasó del medio millón de libras estimado en un principio a cerca de setecientas treinta mil. Como resultado, la empresa consideró necesario emitir más acciones para cubrir los gastos extraordinarios.

De nuevo las peticiones superaron la oferta, algo muy halagador, pero yo temía que la señora Trentham acaparara la mayoría de cualquier nueva emisión, pero no tenía forma de demostrarlo. Esta dispersión de mis acciones significó que, por primera vez, mi paquete personal descendió por debajo del cuarenta por ciento.

Fue un verano muy largo, pero Cathy iba recobrando fuerzas a cada día que pasaba. Por fin, el médico le permitió que volviera al número 1. Se reintegró al día siguiente, y dio la impresión de que nunca se hubiera ausentado, en opinión de Becky, aunque nadie volvió a mencionar en su presencia el nombre de Daniel.

Un mes después, volví a casa una noche y encontré a Cathy paseando arriba y abajo del vestíbulo.

—Llevas una política de personal equivocada —dijo, en cuanto yo cerré la puerta.

—¿Perdón, jovencita? —aún no había tenido tiempo de quitarme el gabán.

—Es errónea —repitió—. Los norteamericanos ahorran miles de dólares en sus almacenes gracias a estudios de eficacia, mientras en «Trumper's» nos comportamos como si aún estuviéramos correteando por el arca.

—El personal del arca se hallaba prisionero —le recordé.

—Hasta que dejó de llover. Charlie, has de comprender que podríamos ahorrar ochenta mil libras al año solo en salarios, como mínimo. No he estado ociosa estas últimas semanas. De hecho, he preparado un informe para demostrar que tengo razón.

Dejó una caja de cartón en mis brazos y salió del vestíbulo como una exhalación.

Después de cenar revolví durante una hora en la caja y leí los hallazgos preliminares de Cathy. Había detectado un exceso de personal que todos habíamos pasado por alto, y explicaba con gran lujo de detalles cómo podíamos capear la situación sin enfurecer a los sindicatos.

Durante el desayuno de la mañana siguiente, Cathy continuó explicándome sus teorías, como si yo no me hubiera ido a la cama.

—¿Me escuchas, presidente? —preguntó. Siempre me llamaba «presidente» cuando estaba decidida a demostrarme algo. Supuse que le había robado el truco a Daphne.

—Soy todo oídos —respondí, y hasta Becky levantó la vista de su plato de huevos con *bacon*.

—¿Quieres que te demuestre que tengo razón?

—Te lo ruego.

Desde aquel día, siempre que llevaba a cabo mis rondas matutinas, encontraba inevitablemente a Cathy en una planta diferente, haciendo preguntas, observando o tomando copiosas notas, a menudo con un cronómetro en la otra mano. Nunca le pregunté qué hacía, y si alguna vez me veía se limitaba a decir «Buenos días, presidente».

Los fines de semana oía a Cathy escribir a máquina en su habitación hora tras hora. Una mañana, sin previo aviso, encontré en la mesa del desayuno una gruesa carpeta, en lugar del plato de huevos fritos con dos lonjas de *bacon*.

Aquella tarde leí en la cama lo que Cathy había escrito. A la una de la madrugada había llegado a la conclusión de que la junta debía llevar a la práctica la mayoría de sus recomendaciones sin más dilación.

Yo sabía exactamente lo que quería hacer, pero necesitaba la bendición del doctor Miller. Telefoneé al hospital de Addenbrooke aquella noche. La enfermera jefe me dio el número de su domicilio. Hablamos durante una hora por teléfono. Dijo que no temía por el futuro de Cathy, sobre todo ahora que recordaba pequeños incidentes del pasado e incluso tenía ganas de hablar sobre Daniel.

A la mañana siguiente, cuando bajé a desayunar, encontré a Cathy esperándome. No pronunció ni una palabra mientras yo devoraba mi tostada con mermelada, fingiendo estar absorto en el *Financial Times*.

—Muy bien, me rindo —dijo.

—Será mejor que no —la previne, sin levantar la vista del diario—, porque eres el punto siete en el orden del día de la reunión que celebrará la junta el mes que viene.

—¿Y quién va a presentar mi caso? —preguntó Cathy con nerviosismo.

—Yo no, desde luego. Y no se me ocurre nadie más que pueda hacerlo.

Durante las noches siguientes, siempre que me iba a la cama reparaba en que el tecleo de la máquina de escribir había cesado. Sentí tanta curiosidad que, en cierta ocasión, atisé por la puerta entreabierta de su dormitorio. Cathy se hallaba de pie ante el espejo, con un gran tablero blanco, montado sobre un caballete, cubierto por una masa de alfileres de colores y flechas formadas por puntos.

—Lárgate —dijo, sin darse la vuelta. Comprendí que no tenía más remedio que esperar hasta que se reuniera la junta.

Stephen Miller me advirtió que la prueba de tener que presentar su caso ante la junta podía ser excesiva para la joven, y que yo debería llevarla a casa en cuanto empezara a mostrar señales de tensión.

—No la fuerce demasiado —fueron sus últimas palabras.

—No permitiré que eso ocurra —contesté.

Aquel jueves por la mañana todos los miembros de la junta estaban sentados en sus puestos tres minutos antes de las diez. La reunión empezó con tranquilidad. Se leyeron las disculpas por ausencia y se aprobó el acta de la reunión anterior. Conseguimos hacer esperar una hora a Cathy, pues en el punto número 3 del orden del día (la rutinaria decisión de renovar la póliza de seguros de la empresa con la «Prudential»), Nigel Trentham aprovechó la oportunidad como una excusa para irritarme, con la esperanza, sospeché, de que perdiera los nervios. Lo habría hecho, de no ser tan obvios sus propósitos.

—Creo que ha llegado el momento de realizar un cambio, señor presidente —dijo—. Sugiero que traslademos la póliza a «Legal & General» —anunció.

Desvié mis ojos hacia la parte izquierda de la mesa y los enfoqué en el hombre cuya presencia siempre me traía el recuerdo de Guy Trentham y del aspecto que tendría en su madurez. Llevaba un elegante traje cruzado de impecable corte, que disimulaba su problema de peso. Sin embargo, nada podía disimular la doble papada o la calvicie prematura.

—Debo recordar a la junta —empecé— que «Trumper's» trabaja con la «Prudential» desde hace treinta años. Aún más, nunca nos ha fallado. Por otra parte, es muy improbable que «Legal & General» nos ofrezca condiciones más favorables.

—Pero poseen el dos por ciento de las acciones de la empresa —indicó Trentham.

—La «Prudential» todavía posee el cinco por ciento —recordé a mis directores,

sabiendo que Trentham se había olvidado de hacer los deberes una vez más. La discusión se habría prolongado durante horas interminables, como un encuentro de tenis entre Dobney y Fraser, de no haber intervenido Daphne para solicitar la votación.

Aunque Trentham perdió por siete a tres, el altercado sirvió para recordar a todos los presentes cuáles eran sus intenciones a largo plazo. Durante los últimos dieciocho meses, Trentham se había dedicado, con la ayuda del dinero de su madre, a aumentar su caudal de acciones de la empresa, hasta alcanzar una cota que yo estimaba del catorce por ciento. Eso era fácil de controlar, pero yo era muy consciente de que el fideicomiso Hardcastle poseía también un diecisiete por ciento de las acciones... Un paquete que habría pertenecido a Daniel, pero que, tras la muerte de la señora Trentham, pasaría automáticamente al pariente más cercano de *sir* Raymond. Aunque Nigel Trentham perdió la votación, no demostró decepción mientras ordenaba sus papeles. ¿Pensaba acaso que el tiempo obraba a su favor?

—Punto siete —dije. Me incliné hacia Jessica y le pedí que invitara a Cathy a reunirse con nosotros. Cuando la joven entró en la sala, todos los hombres se pusieron en pie. Hasta Nigel Trentham hizo ademán de levantarse.

Cathy colocó dos tableros en el caballete que ya le habían dispuesto, uno lleno de planos y el otro cubierto de estadísticas. Se volvió hacia nosotros. Le dediqué una cálida sonrisa.

—Buenos días, damas y caballeros. —Hizo una pausa y consultó sus notas—. Me gustaría comenzar con...

Se mostró vacilante al principio, pero enseguida recuperó su seguridad y procedió a explicar, planta por planta, por qué la política de personal de la empresa estaba obsoleta, y los pasos que debíamos dar para rectificar la situación lo antes posible. Incluían la jubilación anticipada de los hombres de sesenta años y las mujeres de cincuenta y cinco; el alquiler de estantes, incluso de secciones enteras, a marcas famosas, que comportaría unos ingresos garantizados sin el menor riesgo económico para «Trumper's», pues cada empresa sería responsable de aportar sus propios empleados; y una reducción mayor del porcentaje a las firmas que desearan colocarnos sus productos por primera vez. La presentación se prolongó durante cuarenta minutos, y se produjeron unos momentos de silencio cuando Cathy concluyó.

Si su presentación fue buena, la forma en que se enfrentó con las preguntas que siguieron fue aún mejor. No se arredró ante los problemas bancarios que tanto Tim Newman como Paul Merrick le plantearon, y lo mismo hizo con la preocupación ante la reacción de los sindicatos que manifestó Arthur Selwyn. En cuanto a Nigel Trentham, le manejó con la serena eficiencia que a mí me hacía falta. Cuando Cathy abandonó la sala una hora después todo el mundo se puso en pie de nuevo, excepto Trentham, que clavó la vista en la mesa.

Cathy me estaba esperando aquella noche en la puerta de casa.

—¿Y bien?

—¿Y bien?

—No me tomes el pelo, Charlie —me reconvino.

—Has sido nombrada nueva directora de personal —le dije, sonriente. Se quedó sin habla unos instantes.

—Ahora que has abierto la caja de los truenos, jovencita, la junta confía en que soluciones el problema.

Cathy experimentó una emoción tan enorme que, por primera vez, pensé que estábamos dejando atrás la muerte de Daniel. Telefoneé aquella misma noche al doctor Daniels para decirle que Cathy no solo había superado la prueba, sino que, como resultado de su exposición, había sido elegida para integrarse en la junta. Sin embargo, lo que no les dije a ninguno de los dos fue que me había visto obligado a aceptar otra nominación para la junta presentada por Trentham, a fin de que el nombramiento de Cathy fuera aprobado sin un voto en contra.

Desde el día que Cathy llegó a la junta, todo el mundo comprendió que ya no era, simplemente, una brillante muchacha del rebaño de Becky, sino una firme candidata a sucederme como presidente. No obstante, yo sabía muy bien que el éxito de Cathy dependía de que Trentham no lograra controlar el cincuenta y uno por ciento de las acciones de «Trumper's». También sabía que la única manera de hacerlo era presentando una oferta pública de compra, algo muy posible cuando se apoderase del dinero que todavía obraba en manos del fideicomiso Hardcastle. Por primera vez en mi vida deseé que la señora Trentham viviera lo suficiente para fortalecer la empresa hasta el punto de que el dinero del fideicomiso no le bastara para vencer en la contienda.

El 2 de junio de 1953 la reina Isabel fue coronada y dos hombres de diferentes países de la Commonwealth conquistaron el Everest. Winston Churchill fue quien mejor resumió el acontecimiento: «Aquellos que han leído la historia de la primera era isabelina, arderán en deseos de participar en la segunda».

Entretanto, Cathy se dedicó con todas sus fuerzas al proyecto que la junta le había confiado. Consiguió un ahorro en salarios de cuarenta y nueve mil libras durante 1953, y de veintiuna mil libras más en la primera mitad de 1954. A finales del año fiscal tuve la impresión de que sabía más sobre la dirección del personal de «Trumper's» que cualquiera de la mesa, incluido yo.

Durante 1955, las ventas al extranjero cayeron en picado, y como Cathy ya había cumplido su cometido y yo quería que ganara experiencia en otros departamentos, le pedí que resolviera el problema de nuestras ventas internacionales.

Asumió su nuevo cargo con el mismo entusiasmo que dedicaba a todo, pero durante los dos años siguientes empezó a chocar con Trentham en bastantes temas, incluyendo la política de devolver el dinero a cualquier cliente capaz de demostrar que había pagado menos por un artículo corriente en otra tienda. Trentham arguyó que a los clientes de «Trumper's» no les interesaban las diferencias de precio

imaginarias con almacenes menos conocidos, sino tan solo la calidad y el servicio.

—No es responsabilidad de los clientes preocuparse por la hoja de balance, sino de la junta, en beneficio de sus accionistas —con testó Cathy.

En otra ocasión casi acusó a Cathy de ser comunista, cuando ella sugirió un «proyecto para que los trabajadores participasen como accionistas», pensando que daría lugar a una lealtad que solo los japoneses comprendían plenamente, un país, explicó, en que las empresas solían conservar el noventa y ocho por ciento de su plantilla durante toda su vida. Ni siquiera yo vi con buenos ojos esa idea, pero Becky me advirtió en privado de que ya empezaba a hablar como un «carroza». Sospeché que se trataba de una expresión moderna, y que no podía tomarla de ninguna manera como un cumplido.

Cuando «Legal & General» fracasó en su intento de ser nuestra compañía aseguradora, vendió el dos por ciento de sus acciones a Nigel Trentham. Desde aquel momento, hasta yo temí que consiguiera las acciones necesarias para apoderarse de la empresa. También propuso otra nominación para la junta que, gracias al respaldo de Brian Hurst, fue aceptada.

—Tendría que haberme quedado ese solar hace treinta y cinco años por cuatro mil libras de nada —le dije a Becky.

—Estoy de acuerdo. Lo peor es que ahora nos resulta más peli grossa muerta que viva —me recordó mi mujer.

La llegada de Elvis Presley, los *teddy boys*, las tarjetas de crédito y la sociedad permisiva fue salvada sin excesivos problemas por «Trumper's».

—Puede que los clientes cambien, pero no permitiremos que ocurra lo mismo con nuestro nivel de calidad —dije a la junta.

La empresa declaró unos beneficios netos de setecientos cincuenta y siete mil libras, un catorce por ciento de rendimiento sobre el capital, y superamos este éxito un año después cuando la reina nos concedió la Autorización Real.^[25] Di instrucciones de que colgara sobre la puerta principal, para indicar al público que la reina había comprado en el carretón de manera regular.

No podía pretender haber visto a Su Majestad cargada con una de nuestras conocidas bolsas azules, decoradas con el motivo en plata de un carretón, o bajando y subiendo por la escalera automática en una hora punta, pero todavía recibíamos llamadas telefónicas regulares desde palacio siempre que iban cortos de provisiones. Ello confirmaba la teoría de mi abuelo, en el sentido de que una manzana siempre es una manzana, independientemente de quién la coma.

El momento culminante de 1961 llegó cuando Becky inauguró el Centro Dan Salmon en Whitechapel Road, otro edificio que había superado notablemente los costes

previstos. Sin embargo, no me arrepentí ni de un solo penique del gasto, pese a las críticas de Trentham, cuando contemplé a la nueva generación de chicos y chicas del East End nadando, boxeando, alzando pesas y jugando al squash, un deporte que me resultaba absurdo.

Todos los sábados por la tarde que acudía al campo del West Ham, me dejaba caer por el club camino de casa, y observaba a los niños africanos, hindúes y asiáticos (los nuevos habitantes del East End) peleándose entre ellos al igual que nosotros habíamos hecho contra los irlandeses y los inmigrantes del este de Europa.

«El viejo orden cede el paso al nuevo, y los caminos del Señor son inescrutables, por temor a que una buena costumbre corrompa al mundo». Las palabras de Tennyson, cinceladas en la piedra situada sobre la arcada del Centro, me recordaron a la señora Trentham, cuya presencia siempre parecía estar entre nosotros, sobre todo cuando sus tres representantes se sentaban a la mesa de la junta, aguardando el momento de cumplir sus propósitos. Nigel vivía ahora en Chester Square, a la espera de que todo estuviera dispuesto para ordenar a sus tropas que atacaran.

Recé por primera vez para que la señora Trentham viviera hasta una edad muy avanzada, pues necesitaba tiempo para poner a punto un plan que impidiera a su hijo apoderarse de la empresa.

Daphne fue la primera en avisarme de que la mujer estaba en cama y recibía frecuentes visitas del médico de la familia. Nigel Trentham consiguió mantener una sonrisa inamovible en su rostro durante todos aquellos meses de espera.

La señora Trentham murió inesperadamente el 7 de marzo de 1962, a los ochenta y nueve años de edad.

—Mientras dormía, sin el menor dolor —me comunicó Daphne.

CAPÍTULO 43

Daphne asistió a los funerales de la señora Trentham, «Únicamente para estar segura de que en realidad enterraban a la malvada mujer —explicaría después a Charlie—, aunque no me sorprendería que encontrara la forma de levantarse de entre los muertos». Después advirtió a Charlie que habían oído decir a Nigel, incluso antes de que bajaran el cuerpo a la fosa, que tendríamos que prepararnos para lo peor tan pronto se reuniera de nuevo el consejo. Solo tuvo que esperar doce días.

Ese primer martes del mes siguiente, Charlie paseó la vista por la mesa de la sala de consejo para ver si estaban presentes todos los directores. Percibió en el ambiente que todos estaban a la espera de ver quién atacaría primero. Nigel Trentham y sus dos colegas llevaban corbatas negras, como distintivo oficial de su función, recordando con ello al consejo su recién adquirido rango. El señor Harrison, por el contrario, y por primera vez desde que Charlie tenía memoria, llevaba una llamativa corbata en tonos pastel.

Charlie ya había calculado que Trentham esperaría hasta el punto número seis para hacer cualquier jugada. Se trataba de una propuesta para ampliar los servicios bancarios de la planta baja. El proyecto original era una de las ideas de Cathy, la cual, al regreso de uno de sus viajes mensuales a Estados Unidos, había presentado su detallado proyecto al consejo. Aunque el nuevo departamento había experimentado algunos problemas de crecimiento, estaba a punto de comenzar a caminar solo al cumplir su segundo año.

La primera media hora transcurrió bastante tranquila mientras Charlie presentaba al consejo los puntos del uno al cinco. Pero cuando anunció:

—Punto número seis, la ampliación de...

—Cerremos el banco y reduzcamos nuestras pérdidas —fueron las palabras de apertura de la intervención de Trentham, incluso antes de que Charlie hubiera abierto el tema para la discusión.

—¿Por qué motivo? —preguntó desafiante Cathy.

—Porque no somos banqueros —dijo Trentham—. Somos tenderos... o carretoneros, como tan a menudo le gusta recordarnos a nuestro presidente. En todo caso nos ahorraría un gasto de casi treinta mil libras al año.

—Pero si el banco está solo comenzando a rendir beneficios —alegó Cathy—, deberíamos pensar en aumentar los servicios, no a restringirlos. Y si tenemos presente los beneficios, ¿quién sabe cuánto dinero cobrado en el local se gasta en él?

—Sí, pero tenga en cuenta la cantidad de espacio aprovechable para tienda que ocupa el local destinado al banco.

—A cambio le ofrecemos un valioso servicio a nuestros clientes.

—Y perdemos dinero a manos llenas por no ocupar ese espacio con una línea más comercial —contraatacó Trentham.

—¿Como qué, por ejemplo? —preguntó Cathy—, dígame un solo departamento

de otra cosa que ofrezca un servicio más útil a nuestros clientes y que al mismo tiempo nos dé un mejor rédito a nuestra inversión. Dígamelo y seré la primera en estar de acuerdo en que cerremos el banco.

—No somos una empresa de servicios. Nuestro deber es conseguir un rendimiento del capital que sea decente para nuestros accionistas —dijo Trentham—, exijo que esto se vote —añadió, sin molestarse en rebatir los argumentos de Cathy.

Trentham perdió la votación por seis contra tres. Charlie supuso que después de este resultado pasarían al punto número siete, que era la proposición de una salida del personal a ver la película *West Side Story* en el cine Odeon de Leicester Square. Sin embargo, tan pronto como Jessica Allen hubo anotado los nombres para el acta, Nigel Trentham se levantó rápidamente de su silla y dijo:

—Tengo algo que anunciar, señor presidente.

—¿No sería más apropiado hacerlo cuando llegemos al punto «Otros asuntos»? —preguntó inocentemente Charlie.

—Ya no estaré aquí cuando se empiecen a discutir otros asuntos, señor presidente —repuso fríamente Trentham. Entonces procedió a sacar de su bolsillo interior un trozo de papel, lo desdobló y comenzó a leer lo que evidentemente era un discurso preparado:

—Me siento en el deber de informar al consejo —declaró—, que dentro de unas semanas estaré en posesión del treinta y tres por ciento de las acciones de «Trumper's». La próxima vez que nos reunamos, voy a insistir en que se hagan varios cambios en la estructura de la empresa, el menos importante de los cuales no será el de la representación de aquellos sentados alrededor de esta mesa en estos momentos. —Hizo una pausa para mirar directamente a Cathy, y prosiguió—. Es mi intención marcharme ahora con el fin de que ustedes puedan discutir las implicaciones de mi exposición.

Retiró su silla a la vez que intervenía Daphne:

—Me parece que no entiendo muy bien lo que sugiere, señor Trentham.

Trentham titubeó un momento antes de responder:

—Entonces tendré que explicar mi posición con más detenimiento, *lady* Wiltshire.

—Qué amable.

—En la próxima reunión del consejo —continuó él sin alterarse—, aceptaré que se proponga y se secunde mi nombre para presidente de «Trumper's». En el caso de no resultar elegido, dimitiré inmediatamente del consejo y emitiré una declaración a la prensa sobre mi intención de comprar las restantes acciones de la empresa. Tengan todos la seguridad de que ahora dispongo de los medios necesarios para realizar esta operación. Como solo necesito un dieciocho por ciento más de las acciones para ser el accionista mayoritario, sugiero que sería muy prudente por parte de todos aquellos de ustedes que son actualmente consejeros, que se enfrentaran a lo inevitable y presentaran sus dimisiones para evitar la vergüenza de ser despedidos. Espero con

ilusión ver a uno o dos de ustedes en la reunión de consejo del mes que viene.

Él y sus dos colegas abandonaron la sala. El silencio que siguió fue interrumpido solo por otra pregunta de Daphne:

—¿Cuál es el nombre colectivo para designar un grupo de mierdas?

Todos se rieron excepto Harrison que dijo a media voz:

—Un montón.

—Bueno, pues. Ahora ya hemos recibido nuestras órdenes para la batalla —dijo Charlie—, esperemos que todos tengamos el valor para una pelea. —Volviéndose al señor Harrison preguntó—: ¿Puede usted asesorar al consejo sobre cómo está la presente situación en lo relativo a esas acciones actualmente en posesión del fideicomiso Hardcastle?

El anciano levantó lentamente la cabeza y miró a Charlie.

—No, señor presidente, no puedo. En realidad, lamento tener que informar al consejo que yo también debo presentar mi dimisión.

—Pero ¿por qué? —preguntó Becky horrorizada—. Usted siempre nos ha apoyado en el pasado, contra viento y marea.

—Le ruego me disculpe, *lady Trumper*, pero no estoy en libertad de revelar mis motivos.

—¿No puede de ninguna manera reconsiderar su posición? —preguntó Charlie.

—No, señor —replicó con firmeza Harrison.

Inmediatamente Charlie levantó la sesión, a pesar de que todo el mundo trataba de hablar a la vez, y siguió rápidamente a Harrison fuera de la sala del consejo.

—¿Qué es lo que lo ha hecho dimitir? —preguntó Charlie—. ¡Después de todos estos años!

—¿Podríamos tal vez reunirnos mañana y discutir mis motivos, *sir Charles*?

—Ciertamente. Pero dígame solo por qué le ha parecido necesario abandonarnos en el momento en que más le necesitamos.

El señor Harrison detuvo sus pasos.

—*Sir Raymond* previo que podría suceder esto —dijo en voz baja—. Por lo tanto me dio sus instrucciones al respecto.

—No comprendo.

—Por ese motivo nos reuniremos mañana, *sir Charles*.

—¿Desea que vaya con Becky?

El señor Harrison consideró la sugerencia durante un rato y luego dijo:

—Creo que no. Si voy a revelar una confidencia por primera vez en cuarenta años, preferiría no tener otro testigo.

A la mañana siguiente, cuando Charlie llegó a Dickens & Cobb, bufete de Harrison, encontró al antiguo socio de pie en la puerta esperando para saludarle. Aunque jamás, en los siete años que hacía que se conocían, había llegado con retraso a una entrevista

con el señor Harrison, Charlie se conmovía ante la arcaica cortesía que el abogado siempre mostraba con él.

—Buenos días, *sir* Charles —dijo Harrison procediendo enseguida a guiar a su huésped por el corredor hacia su oficina.

Charlie se sorprendió de que le invitaran a sentarse junto a la chimenea, apagada, en vez de en su acostumbrado lugar al otro lado del escritorio del socio. No había escribano ni secretario en el despacho para tomar nota de la reunión. También se fijó en que el teléfono del escritorio del señor Harrison estaba descolgado. Se sentó comprendiendo que esta no iba a ser una reunión corta.

—Hace muchos años, cuando yo era joven —comenzó Harrison—, y hacía mis exámenes, me juré guardar un código de confidencialidad cuando tratara de los asuntos personales de mis clientes, como usted muy bien sabe, fue *sir* Raymond Hardcastle y... —llamaron a la puerta y entró una chica portando una bandeja con dos tazas de café caliente y un azucarero.

—Gracias, señorita Burrows —dijo Harrison cuando la chica le colocó una taza delante. No continuó su exposición hasta que se hubo cerrado la puerta tras ella—. ¿Dónde estaba, querido amigo? —preguntó dejando caer un terrón de azúcar en su taza.

—Su cliente, *sir* Raymond.

—Ah, sí. Ahora bien, *sir* Raymond dejó un testamento del cual usted muy bien puede considerarse conocedor. Pero lo que usted no sabe, sin embargo, es que él acompañó una carta con ese testamento. No tiene valor legal, ya que iba dirigida a mí a título personal.

El café de Charlie estaba allí sin tocar mientras él escuchaba con suma atención lo que tenía que decirle Harrison.

—Debido a que esta carta no es un documento legal sino una comunicación personal entre viejos amigos, he decidido que usted tenga conocimiento de su contenido.

Harrison se inclinó hacia la mesa que tenía delante y abrió una carpeta. Sacó una sola hoja de papel escrita con letra firme y enérgica.

—Antes de leerle esta carta, me gustaría aclarar que fue escrita en una época en que *sir* Raymond suponía que su propiedad sería heredada por Daniel y no por su pariente más próximo.

El señor Harrison se reacomodó las gafas sobre el caballete de la nariz, se aclaró la garganta y comenzó a leer:

Estimado Ernest:

A pesar de todo lo que he hecho para asegurarme de que mis últimos deseos se cumplan al pie de la letra, aún podría ser posible que Ethel encontrara alguna forma de conseguir que Daniel, mi bisnieto, no fuera mi heredero principal. Si se presentaran tales circunstancias, por favor, haz uso de

tu sentido común y permite que aquellos más afectados por las decisiones de mi testamento entren en conocimiento de sus más sutiles detalles.

Mi viejo amigo, sabes exactamente a quién y a qué me refiero.

Siempre tuyo

Ray

Harrison volvió a colocar la carta sobre la mesa y dijo:

—Me temo que conocía las flaquezas de su hija tan bien como las mías.

Charlie sonrió al considerar el dilema ético ante el que evidentemente se encontraba el anciano abogado.

—Ahora bien, antes de remitirme al testamento mismo, debo hacerle otra confidencia. Charlie asintió.

—Usted tiene dolorosa conciencia, *sir* Charles, de que el señor Nigel Trentham es ahora el pariente más próximo. En verdad, no debe pasar inadvertido que el testamento está de tal modo redactado que *sir* Raymond ni siquiera fue capaz de poner su nombre como beneficiario. Supongo que esperaba que Daniel tuviera su propia prole que habría pasado automáticamente delante de su nieto.

»La situación actual es que el señor Nigel Trentham, como el descendiente más cercano vivo, tendrá derecho a las acciones de “Trumper’s” y al legado principal de los bienes de Hardcastle, una fortuna inmensa, la cual, puedo confirmar, le proporcionará los fondos adecuados para comprar en su totalidad las acciones de su empresa. Sin embargo, no es para esto que le he pedido verlo esta mañana. No, la razón es que hay una cláusula en el testamento de la cual usted no puede haber tenido conocimiento anteriormente. Después de tomar en consideración la carta de *sir* Raymond creo que tengo nada menos que el deber de informarle de su objetivo.

Harrison buscó en su carpeta y sacó un fajo de papeles sellados con lacre y atados con una cinta rosa.

—La redacción de las once primeras cláusulas del testamento de *sir* Raymond me llevó un tiempo considerable. Sin embargo, su sustancia no es pertinente para el problema que tenemos entre manos. Hacen referencia a legados de menor cuantía dejados por mi cliente a sobrinos, sobrinas y primos que ya han recibido las sumas asignadas.

»Las cláusulas siguientes, de la doce a la veintiuna, pasan a nombrar instituciones de beneficencia, clubes e instituciones académicas con las que estuvo asociado mucho tiempo *sir* Raymond, y estas también han recibido los beneficios de su generosidad. Pero es la cláusula veintidós la que yo considero crucial.

Harrison se aclaró la garganta una vez más antes de mirar el testamento y pasar algunas páginas.

«Dejo el remanente de mis bienes al señor Daniel Trumper de Trinity College, Cambridge, pero en caso de que él no sobreviviera a mi hija Ethel Trentham, entonces esa suma deberá dividirse entre sus hijos. Si no hubiera prole a considerar,

entonces la propiedad pasará a mi descendiente más próximo vivo». Ahora, al párrafo pertinente, *sir* Charles. «Por favor, haga todo lo que considere necesario para encontrar a alguien que tenga derecho a reclamar mi herencia. El pago definitivo del remanente de la propiedad no se cumplirá hasta que hayan pasado dos años desde la muerte de mi hija».

Charlie iba a hacer una pregunta cuando el señor Harrison levantó la mano.

—Ahora veo claro —continuó— que el objetivo de *sir* Raymond al incluir la cláusula veintidós fue simplemente darle a usted tiempo suficiente para organizar sus fuerzas y luchar contra cualquier OPA que Nigel Trentham pudiera intentar.

»*Sir* Raymond también dejó instrucciones para que pasado un tiempo conveniente después de la muerte de su hija colocara un anuncio en *The Times*, el *Telegraph* y el *Guardian* o en cualquier otro periódico que yo considerara apropiado o pertinente para tratar de descubrir si había algún otro familiar que pudiera reclamar algún derecho sobre la propiedad. Si ese fuera el caso, podrían hacerlo poniéndose en comunicación directamente con esta firma. Trece familiares ya han recibido la suma de mil libras, pero es muy posible que haya otros primos o parientes lejanos, y *sir* Raymond estaría más que feliz de dejar otras mil libras a algún pariente desconocido si al mismo tiempo le daba a usted una tregua. Y por cierto —añadió Harrison—, he decidido añadir el *Yokshire Post* y el *Huddersfield Daily Examiner* a la lista que aparece en el testamento, debido a las conexiones familiares en ese condado.

—¡Qué zorro viejo más astuto tiene que haber sido! —comentó Charlie—, ojalá le hubiera conocido.

—Creo que puedo decir con confianza, *sir* Charles, que le habría gustado.

—Ha sido extraordinariamente amable de su parte haberme puesto al corriente de todo esto, querido amigo.

—No hay de qué. Estoy seguro —dijo Harrison— que si *sir* Raymond hubiera estado en mi situación, hubiera hecho más o menos lo mismo.

—Es una lástima no haberle dicho a Daniel la verdad acerca de su padre...

—Si ahorra sus energías para los vivos —dijo Harrison—, todavía es posible que no se desperdicie la previsión de *sir* Raymond.

El 7 de marzo de 1962, el día de la muerte de la señora Trentham, las acciones de «Trumper's» estaban a 1 libra y 2 chelines en el índice bursátil del *Financial Times*; pasadas solo cuatro semanas habían subido otros tres chelines.

El primer consejo que dio Tim Newman a Charlie fue aferrarse a toda acción que aún poseyera y bajo ninguna circunstancia durante los dos años siguientes acceder a ninguna emisión gratuita de acciones. Si durante estos dos años Charlie y Becky podían echar mano de algún dinero disponible, deberían comprar acciones en cuanto aparecieran en el mercado.

La dificultad de seguir este consejo radicaba en que cada vez que salía al mercado

algún paquete de acciones de importancia, inmediatamente lo compraba un agente de bolsa desconocido, que evidentemente tenía órdenes de hacerlo a cualquier precio. El agente de Charlie se las arregló para adquirir unas pocas acciones, pero solo de aquellos reacios a vender en mercado abierto. A finales del año, las acciones de «Trumper's» ya estaban a 1 libra y 17 chelines. Quedaron aún menos vendedores en la bolsa después de que el *Financial Times* advirtiera a sus lectores de una posible batalla por la adquisición de la empresa. La noticia pronosticaba incluso que esto sucedería dentro de los dieciocho meses siguientes.

—Ese maldito diario parece estar tan bien informado como cualquiera de los miembros del Consejo —se quejó Daphne a Charlie en la reunión siguiente, añadiendo que ya no se molestaba en leer las actas de las pasadas reuniones, ya que podía leer un excelente resumen de lo que pasaba en ellas en la primera página del *Financial Times* al que obviamente se le había dictado palabra por palabra. Daphne no despegó sus ojos de Brian Hurst al decir esto.

El último artículo del diario era inexacto solo en un pequeño detalle, porque la batalla por «Trumper's» ya no se libraba en la sala del consejo. Tan pronto como se enteraron de que en el testamento de *sir* Raymond había una cláusula de retención de dos años, Nigel Trentham y sus candidatos dejaron de asistir a las reuniones mensuales.

La ausencia de Trentham ofendía particularmente a Cathy, ya que trimestre tras trimestre el nuevo banco incrementaba sus beneficios. Se encontró con que estaba leyendo sus informes a tres sillas desocupadas, aunque también sospechaba que Hust pasaba los informes con todo detalle a Chester Square. Para complicar aún más las cosas, en 1963 Charlie informó a los accionistas que la empresa nuevamente había batido el récord de beneficios durante el año.

—Es posible que te hayas pasado toda la vida levantando «Trumper's» solo para pasársela en bandeja a los Trentham —reflexionó Tim Newman.

—Ciertamente no hay ninguna necesidad de que la señora Trentham se revuelva en su tumba —admitió Charlie—. Es irónico, después de todo lo que manipuló en vida, que solo con su muerte haya tenido la oportunidad de dar el golpe de gracia.

Cuando volvieron a subir las acciones a comienzos de 1964, esta vez a más de 2 libras, Tim Newman informó a Charlie de que Nigel Trentham continuaba en el mercado con instrucciones de comprar.

—¿Pero de dónde saca todo el dinero necesario para financiar una operación de este calibre, sin tener todavía acceso al dinero de su abuelo?

—Un excolega me dio a entender —repuso Tim Newman—, que un importante banco mercantil le ha concedido un crédito al descubierto en previsión de su conquista del control del fideicomiso Hardcastle. Ojalá hubieras tenido un abuelo que te dejara una fortuna —añadió.

—Lo tuve —dijo Charlie.

El día en que Charlie cumplió sesenta y cuatro años fue elegido por Nigel Trentham para dar a conocer al mundo su intención de hacer una oferta por el total de las acciones de Trumper, al precio de 2 libras y cuatro chelines la acción, a solo siete semanas del día en que tendría el derecho de reclamar su herencia. Charlie aún confiaba en que con la ayuda de amigos y de instituciones como la Prudential, así como de algunos accionistas que aún esperaban que subieran más las acciones, podría hacerse con casi el cuarenta por ciento de los valores. Según los cálculos de Tim Newman, Trentham tendría ahora como mínimo el veinte por ciento, pero una vez entrara en posesión del diecisiete por ciento del trust, su cuota alcanzaría el cuarenta y dos o cuarenta y tres por ciento, y no le resultaría difícil hacerse con el ocho o nueve por ciento más requerido para conquistar el control sobre la empresa.

Esa noche Daphne ofreció una cena en su casa de Eaton Square para celebrar el cumpleaños de Charlie. Nadie mencionó el nombre de Trentham hasta después de la segunda ronda de Oporto. Charlie se puso sentimental y les contó lo de la cláusula en el testamento de *sir* Raymond, la cual, les explicó, había sido añadida con el único propósito de salvarle a él.

—Brindemos por *sir* Raymond Hardcastle —dijo Charlie levantando su copa—. Un hombre bueno para nuestro equipo.

—Por *sir* Raymond —repitieron todos alzando sus copas, con la excepción de Daphne.

—¿Qué pasa, chica? —preguntó Percy—. ¿Es que el oporto no está a la altura de las circunstancias?

—No; como siempre, sois vosotros, chicos, quienes no estáis a la altura de las circunstancias. No habéis comprendido en absoluto lo que *sir* Raymond esperaba de vosotros.

—¿Qué quieres decir, chiquilla?

—Yo me habría imaginado que era algo evidente para todo el mundo, especialmente para ti, Charlie —dijo ella volviéndose de su marido hacia el invitado de honor.

—Estoy con Percy, no tengo la menor idea de lo que quieres decir.

Todos los comensales se habían callado, centrando su atención en lo que iba a decir Daphne.

—En realidad es bastante sencillo —continuó esta—. Es evidente que *sir* Raymond no consideraba probable que la señora Trentham sobreviviera a Daniel.

—¿Y? —dijo Charlie.

—Y también dudo de que se le ocurriera por un momento que Daniel fuera a tener hijos antes de que ella muriera.

—Es posible —admitió Charlie.

—Y todos nos damos cuenta muy bien de que Nigel Trentham era el último recurso; de otra forma *sir* Raymond lo habría nombrado tranquilamente como el siguiente beneficiario y no habría pasado su fortuna a un hijo de Guy Trentham, a

quien ni siquiera conoció. Tampoco habría añadido las palabras: «Si no hubiera prole a considerar, entonces la propiedad pasará a mi descendiente más próximo».

—¿Adónde nos conduce todo eso? —preguntó Becky.

—De vuelta a la cláusula que acaba de citar Charlie: «Por favor haga todo lo necesario para encontrar a alguien que tenga derecho a reclamar mi herencia» —dijo Daphne leyendo las palabras que había garabateado en el mantel—. ¿Son esas las palabras correctas, señor Harrison? —preguntó.

—Lo son, *lady* Wiltshire, pero aún no veo...

—Porque usted está tan ciego como Charlie —dijo ella—. Gracias a Dios uno de nosotros está aún sobrio. Señor Harrison, por favor, recuérdenos las instrucciones de *sir* Raymond para publicar los anuncios.

El señor Harrison se limpió la boca con la servilleta, la dobló cuidadosamente y la colocó en la mesa delante de él.

—Poner un anuncio en *The Times*, en el *Telegraph* y en el *Guardian*, o en cualquier otro periódico que yo considerara apropiado o pertinente.

—«Que yo considerara apropiado o pertinente» —repitió Daphne lentamente pronunciando bien cada palabra—. Una indicación tan inconfundible como cabría esperar de un hombre sobrio, creo yo. —Todos los ojos estaban fijos en ella y nadie hizo siquiera el amago de interrumpir—, ¿no veis ahora que esas son las palabras cruciales? —preguntó—. Porque si Guy Trentham hubiera tenido en realidad otro hijo, ciertamente no encontraríais a ese descendiente poniendo un anuncio en el *Times* de Londres, ni en el *Telegraph*, el *Guardian*, el *Yorkshire Post* ni en el *Huddersfield Daily Examiner*.

Charlie dejó caer su rodaja de tarta de cumpleaños en el plato y miró al señor Harrison a través de la mesa.

—Cielo santo, tiene razón, sabe.

—Ciertamente es posible que no esté equivocada —admitió Harrison revolviéndose incómodo en su silla—. Y pido perdón por mi falta de imaginación, porque, como apunta con toda razón *lady* Wiltshire, he sido un tonto ciego y no he obedecido a mi señor cuando me aconsejaba que usara mi sentido común. Es tan evidente que él se imaginó que Guy bien podría haber tenido otro hijo, que era muy poco probable que ese niño apareciera por Inglaterra.

—Puede que todavía haya tiempo. Después de todo aún faltan siete semanas para que finalmente se haga entrega de la herencia, de modo que volvamos inmediatamente a la tarea —dijo Charlie.

Se levantó de la mesa y se encaminó al teléfono más cercano.

—Lo primero que voy a necesitar es al abogado más listo de Australia —Charlie consultó su reloj—, y preferiblemente que no le importe levantarse de madrugada.

Durante las dos semanas siguientes aparecieron grandes anuncios en recuadro en

todos los periódicos de Australia con tirada superior a los cincuenta mil ejemplares. A cada respuesta seguía una entrevista llevada a cabo por un bufete de Sydney que el señor Harrison había recomendado. Todas las noches Charlie recibía la llamada telefónica de Trevor Roberts, el socio principal, que permanecía al teléfono durante horas informando a Charlie de las últimas noticias reunidas en sus despachos en Sydney, Melbourne, Perth, Brisbane y Adelaida. Después de tres semanas de clasificar chiflados y verdaderos interesados, Roberts acabó con solo tres candidatos que se ceñían a los criterios necesarios. Pero una vez entrevistados por un socio de la firma, tampoco lograron demostrar ningún parentesco directo con ningún miembro de la familia Trentham.

Robert había descubierto a diecisiete personas de apellido Trentham en el registro nacional, la mayoría de ellos de Tasmania, pero ninguno de ellos pudo probar parentesco directo con Guy Trentham o con su madre, aunque una señora de Hobart que había emigrado de Ripon después de la guerra pudo reclamar mil libras, ya que resultó ser prima en quinto grado de *sir* Raymond.

Charlie agradeció su diligencia y perseverancia al señor Roberts pero le dio instrucciones de continuar con la pesquisa, sin poner reparos en el número de personas que tuviera que emplear en el caso, de noche o de día.

En la última reunión de consejo antes de que Nigel Trentham entrara oficialmente en posesión de su herencia, Charlie informó a sus colegas acerca de las últimas novedades procedentes de Australia.

—No me parece demasiado esperanzador —dijo Newman—. Después de todo, si es que hubiera otro Trentham por allí, ya tendría más de treinta años y seguramente se habría presentado a reclamar sus derechos.

—De acuerdo, pero Australia es un lugar tremendamente grande, e incluso es posible que hayan abandonado el país.

—No te das por vencido, ¿verdad? —comentó Daphne.

—Sea como fuere —intervino Arthur Selwyn—, creo que ya es tarde para que intentemos llegar a un acuerdo con Trentham, si es que va a haber una adquisición responsable de la empresa. En interés de «Trumper's» y de sus clientes, me gustaría ver sí es posible que los directivos implicados lleguen a un arreglo amistoso...

—¿Arreglo amistoso? —exclamó Charlie—, el único arreglo que satisfaría a Trentham sería estar él sentado en esta silla con la mayoría calculada en el consejo, mientras a mí me envían a sentarme ocioso en un asilo.

—Puede que así sea —dijo Selwyn—, pero debo hacer notar, presidente, que aún tenemos un deber para con nuestros accionistas.

—Tiene razón —dijo Daphne—, tendrás que intentarlo, Charlie, por el bien a largo plazo de la empresa que fundaste. Por mucho que duela —añadió a media voz.

Becky movió la cabeza en señal de asentimiento y entonces Charlie pidió a Jessica que concertara una entrevista con Trentham tan pronto como a este le viniera bien. A los pocos minutos regresó Jessica para informar al consejo que el señor

Trentham no tenía el menor interés en ver a ninguno de ellos hasta el 7 de marzo, día en que tendría sumo placer en aceptar sus dimisiones personalmente.

—Siete de marzo, dos años justos desde el día de la muerte de su madre —recordó Charlie al consejo.

—Y el señor Roberts pregunta por usted por la otra línea —informó Jessica.

Charlie se incorporó y se dirigió a grandes zancadas hacia el teléfono. Lo cogió como se agarra un marinero náufrago a un salvavidas.

—Roberts, ¿tiene usted algo para mí?

—Guy Trentham.

—Pero si yace enterrado en una tumba en Ashurst.

—Pero no antes de que sacaran su cuerpo de una cárcel de Melbourne.

—¿Una cárcel? Yo creía que había muerto de tuberculosis.

—No creo que se pueda morir de tuberculosis mientras se está colgado del extremo de una cuerda de dos metros, *sir* Charles.

—¿Colgado?

—Por asesinar a su esposa, Anna Helen —dijo el abogado.

—¿Pero tuvieron algún hijo? —preguntó desesperado Charlie.

—No hay forma de saber eso.

—¿Por qué demonios no?

—La ley prohíbe que los Servicios de Prisiones den el nombre de los parientes más próximos de nadie.

—¿Pero por qué, por el amor de Dios?

—Por su propia seguridad.

—Pero esto solo le reportaría beneficios.

—Ya han escuchado el mismo cuento antes. En realidad, se me ha hecho notar que en este caso en particular ya hemos puesto anuncios de costa a costa en busca de interesados. Y hay algo peor aún; si el hijo o hija de Trentham se hubiera cambiado el apellido por motivos comprensibles, tenemos muy pocas posibilidades de seguirle la pista. Pero tenga la seguridad que sigo trabajando de lleno en esto, *sir* Charles.

—Consígame una entrevista con el comisario de policía.

—No cambiará nada, *sir* Charles. Él...

Pero Charlie ya había cortado la comunicación.

—Estás loco —dijo Becky ayudando a su marido a hacer la maleta una hora después.

—Cierto —asintió Charlie—. Pero puede que esta sea mi última oportunidad de continuar en posesión de mi empresa, y no estoy dispuesto a hacerlo por teléfono, sin contar que estamos a diecinueve mil kilómetros de distancia. Tengo que estar allí yo mismo, por lo menos para saber que he sido yo el que he fracasado, no una tercera persona.

—Pero ¿qué es exactamente lo que esperas descubrir cuando estés allí?

Charlie miró seriamente a su esposa.

—Sospecho que solo la señora Trentham tiene la respuesta a eso.

CAPÍTULO 44

Todo lo que necesitaba era una buena noche de sueño, pensaba Charlie treinta y cuatro horas más tarde al tocar tierra el vuelo 012 en el aeropuerto Kingsford Smith de Sidney, en un atardecer cálido y soleado. Una vez pasada la inspección de aduanas, fue recibido por un joven alto que se presentó como Trevor Roberts, el abogado recomendado por Harrison. Roberts vestía un traje beige de tela ligera. De compleción robusta, abundante cabello rojizo y tez aún más rojiza, Roberts tenía el aspecto de pasar sus sábados por la tarde en las pistas de tenis. Inmediatamente se hizo cargo del carrito con las maletas de Charlie y lo empujó con paso firme hacia la salida con el letrero «aparcamiento».

—No es necesario que lleve estas cosas al hotel —dijo mientras sostenía la puerta abierta para que pasara Charlie—, déjelas en el coche.

—¿Es ese un buen consejo legal? —preguntó Charlie ya sin aliento tratando de seguir el paso del joven.

—Ciertamente lo es, *sir* Charles, porque no tenemos tiempo que perder.

Se detuvieron en la acera y un chófer cargó el equipaje en el maletero mientras Charlie y el señor Roberts subían al asiento de atrás.

—El cónsul general británico lo invita a un cóctel en su residencia esta tarde a las seis, pero yo necesito que tome el último vuelo a Melbourne esta noche. Como solo nos quedan seis días, no podemos permitirnos el lujo de desperdiciarlos en la ciudad equivocada.

Tan pronto revisó una gruesa carpeta y comenzó a escuchar los planes del joven abogado para los días siguientes, Charlie supo que le iba a gustar el señor Roberts. Charlie escuchaba atentamente todo lo que Roberts le iba diciendo, pidiéndole solo de vez en cuando que le repitiera o explicara algo con más detalle, mientras trataba de acostumbrarse al estilo del señor Roberts, tan diferente de cualquier abogado que hubiera conocido en Inglaterra. Cuando le pidió al señor Harrison que le buscara el joven abogado más listo de Sydney, jamás se imaginó que su viejo amigo iba a elegir a alguien de estilo tan distinto al suyo.

Mientras el coche se deslizaba por la autopista en dirección a la residencia del cónsul general, Roberts continuaba su detallado informe aguantando varias carpetas sobre sus rodillas.

—Solo vamos a este cóctel con el cónsul general —explicó—, por si se presentara el caso en que necesitáramos ayuda para abrir puertas pesadas. Luego nos marchamos a Melbourne, porque cada vez que alguien de mi oficina encuentra algo que podría considerarse una pista, siempre parece acabar en el escritorio del comisario de policía de Melbourne. He concertado una entrevista para que vea al nuevo comisario por la mañana, pero como le he dicho, el señor Reed no se ha mostrado en absoluto dispuesto a colaborar con mi gente.

—¿Eso por qué?

—Hace muy poco que está en el cargo e intenta demostrar desesperadamente que todo el mundo será tratado con imparcialidad, excepto los inmigrantes ingleses.

—¿Qué problema tiene?

—Como todos los australianos de la segunda generación, odia a los británicos, o al menos hace como que los odia. —Roberts sonrió—. De hecho, creo que solo hay un grupo de personas al que odia más.

—¿Los delincuentes?

—No. Los abogados —repuso Roberts—. De modo que ahora comprenderá por qué la suerte está en contra nuestra.

—¿Ha logrado sacarle algo?

—No mucho. Lo más que ha estado dispuesto a revelar ya estaba en el registro público, a saber, que el veintisiete de julio de mil novecientos veintiséis Guy Trentham mató a su esposa en un arranque de furia, apuñalándola varias veces mientras ella se bañaba y manteniéndola bajo el agua después, para asegurarse de que no sobreviviría, página dieciséis de su carpeta. También sabemos que el veintitrés de abril de mil novecientos veintisiete lo colgaron por el asesinato, a pesar de varias súplicas de indulto al gobernador general. Lo que nos ha sido imposible descubrir es si le sobrevivió algún hijo. El *Melbourne Age* fue el diario que publicó el reportaje del juicio, y no menciona ningún hijo. Eso no es de extrañar, puesto que el juez podría haber prohibido tal referencia en el tribunal a no ser que aportara alguna luz sobre el crimen.

—¿Pero y el nombre de soltera de la esposa? Eso sería un camino mejor a seguir.

—Esto no le va a gustar, *sir* Charles —dijo Roberts.

—¿A ver?

—Su apellido era Smith, Anna Hellen Smith; por ese motivo nos concentramos en Trentham.

—Y hasta aquí no han conseguido ninguna pista firme.

—Me temo que no. Si hubo algún niño de apellido Trentham en Australia en esa época, ciertamente no hemos sido capaces de localizarle. Mi personal ya ha entrevistado a todos los Trentham que aparecen en el registro nacional, incluido uno de Coorabulka, una población de once habitantes a la que se tarda tres días en llegar, en coche y a pie.

—A pesar de todos sus esfuerzos, Roberts, pienso que aún quedan piedras por remover.

—Posiblemente —dijo Roberts—, incluso llegué a preguntarme si tal vez Trentham se había cambiado el apellido cuando llegó a Australia, pero el comisario de policía pudo confirmar que el dossier que tenía en Melbourne lleva el nombre de Guy Francis Trentham.

—¿De modo que si el apellido no cambió podría ser posible localizar algún hijo o hija?

—No necesariamente. Hace muy poco tuve en mis manos un caso de una clienta

cuyo marido fue enviado a prisión. Ella tomó de nuevo su apellido de soltera y se lo puso a su hijo; llegó a demostrarme un sistema infalible por entonces para eliminar el apellido original de los registros. Además, teniendo en cuenta que en este caso nos enfrentamos a un niño o niña que pudo haber nacido en cualquier momento entre mil novecientos veintitrés y veinticinco, hay que pensar que la eliminación de solo una hoja de papel podría haber bastado para borrar toda conexión que haya podido tener con Guy Trentham. Si ha ocurrido eso, encontrar a ese niño o esa niña en un país del tamaño de Australia sería como buscar la proverbial aguja en un pajar.

—Y solo tengo seis días —dijo con dolor Charlie.

—No me lo recuerde —dijo Roberts en el momento en que el coche pasaba por las puertas de la residencia del cónsul general en Goldfield House, aminorando la velocidad a un ritmo más tranquilo por el camino de entrada.

—He asignado una hora para esta fiesta, no más —añadió el joven—. Todo lo que deseo del cónsul general es una promesa de que telefonaré al comisario de policía de Melbourne para pedirle que colabore cuanto le sea posible. Pero cuando yo diga que debemos marcharnos, *sir* Charles, quiere decir que debemos marcharnos.

—Entendido —dijo Charlie, sintiéndose nuevamente soldado raso desfilando por Edimburgo.

—Por cierto —exclamó Roberts—, el cónsul general es *sir* Oliver Williams. Sesenta y uno, exoficial de la Guardia, procedente de un lugar llamado Turnbridge Wells.

Dos minutos después entraban al gran salón de baile de la Casa de Gobierno.

—Me alegro tanto de que haya podido venir, *sir* Charles —dijo un hombre alto elegantemente vestido con un traje a rayas de botonadura doble y corbata de la Guardia.

—Gracias, *sir* Oliver.

—¿Y qué tal el viaje, amigo?

—Cinco escalas para cargar combustible y ningún aeropuerto que supiera servir una taza de té decente.

—Entonces le vendrá bien uno de estos —sugirió *sir* Oliver ofreciéndole *whisky* doble que tomó hábilmente de una bandeja que pasaba—, y pensar —continuó el diplomático— que pronostican que nuestros nietos podrán hacer todo el viaje de Sydney a Londres en un vuelo sin escalas en menos de un día. Sin embargo, la suya fue una experiencia mucho más agradable que lo que tuvieron que soportar los primeros colonizadores.

—Una pequeña compensación —a Charlie no se le ocurrió otra respuesta más adecuada mientras pensaba en el contraste entre el candidato del señor Harrison en Australia y el representante de la Reina.

—Cuénteme qué lo ha traído a Sydney —continuó el cónsul general—, ¿hemos de suponer que el carretón más grande del mundo abrirá sus puertas en este lado del globo?

—No, *sir* Oliver. Se librarán de eso aquí. He venido en breve visita particular, con la intención de solucionar algunos asuntos familiares.

—Bueno, si hay alguna cosa que yo pueda hacer para ayudarle —dijo el anfitrión, tomando un vaso de ginebra de otra bandeja que pasaron— basta con que me lo haga saber.

—Muy amable de su parte, *sir* Oliver, porque en realidad necesito su ayuda en un pequeño asunto.

—¿Y de qué se trata? —preguntó su anfitrión, mirando al mismo tiempo por encima del hombro de Charlie en dirección a unos invitados que llegaban tarde.

—Podría llamar por teléfono al comisario de policía de Melbourne y pedirle que colabore todo lo posible cuando yo le haga una visita mañana por la mañana.

—Considere hecha la llamada, amigo —dijo *sir* Oliver y se inclinó para estrechar la mano de un emir árabe—. Y no olvide, *sir* Charles, si hay alguna cosa que yo pueda hacer para ayudarle, y con eso quiero decir lo que sea, basta con que me lo haga saber. Ah, *monsieur l'ambassadeur, comment allez-vous?*

De pronto Charlie se sintió agotado. Se pasó el resto de la hora tratando de mantenerse erguido mientras conversaba con diplomáticos, políticos y hombres de negocios, todos los cuales conocían por lo visto el carretón más grande del mundo. Finalmente una firme presión en el codo le recordó que ya se habían observado las reglas de cortesía, y que debía partir para el aeropuerto.

Durante el vuelo a Melbourne solo fue capaz de permanecer despierto, aun cuando no siempre tenía los ojos abiertos. En respuesta a una pregunta de Roberts, confirmó que el cónsul general había accedido a telefonar al comisario de policía a la mañana siguiente.

—Pero no estoy seguro de que se haya dado cuenta de la importancia de ello.

—Entendido —dijo Roberts—. Entonces volveré a ponerme en comunicación con su oficina mañana a primera hora. No se conoce a *sir* Oliver precisamente por cumplir las promesas que hace en los cócteles. «Si hay alguna cosa que yo pueda hacer para ayudarle, amigo, y con eso quiero decir lo que sea...».

Charlie esbozó una soñolienta sonrisa.

En el aeropuerto de Melbourne les estaba esperando otro coche, y aunque le llevaron a toda velocidad, esta vez se quedó dormido y no despertó hasta que le sacaron del coche a las puertas del hotel Windsor unos veinte minutos más tarde. El director del hotel le condujo a una *suite*; tan pronto se quedó solo, se desvistió rápidamente, se duchó y se echó en la cama. A los pocos minutos estaba profundamente dormido. No obstante, a la mañana siguiente se despertó alrededor de las cuatro.

Las tres horas siguientes las pasó sentado en la cama apoyado en almohadas que no se mantenían quietas, repasando las carpetas de Roberts. Puede que el hombre no tuviera el aspecto ni la forma de hablar de Harrison, pero en cada página estaba impreso el mismo sello de perfección y esmero. Cuando por fin dejó caer al suelo la

última página, tuvo que admitir que el bufete de Roberts había cubierto todos los flancos, sin dejar, además, la más mínima pista por seguir; su única esperanza residía ahora en el comisario de policía de Melbourne.

A las siete se dio una ducha fría y a las ocho recién pasadas tomó un desayuno caliente. Aunque solo tenía una entrevista ese día y era a las diez, se encontraba paseando por la *suite* en espera de Roberts mucho antes de la hora en que este había quedado en venir a buscarle, las nueve y media, consciente de que si no resultaba nada de esta reunión bien podía hacer sus maletas y volverse a Inglaterra esa misma tarde. Al menos daría la satisfacción a Becky de haber tenido la razón.

A las nueve veinticinco Roberts llamó a la puerta; Charlie se preguntó cuánto rato habría estado el joven abogado fuera esperando. Roberts le informó que ya había telefonado a la oficina del cónsul general y que *sir* Oliver había prometido llamar al comisario de policía antes de la hora.

—Bien. Ahora dígame todo lo que sepa sobre este hombre.

—Mike Reed tiene cuarenta y siete años, es eficiente, quisquilloso y presumido. Ha escalado todos los puestos, pero aún le parece necesario darse importancia ante todo el mundo, especialmente en presencia de un abogado, tal vez porque los índices de delincuencia en Melbourne suben más deprisa que los de odio contra Inglaterra.

—Ayer me comentó que era de la segunda generación. ¿De dónde proviene?

—Su padre emigró a Australia a comienzos de siglo —dijo Roberts revisando sus papeles—, procedente de un lugar llamado Deptford.

—¿Deptford? —repitió Charlie con una sonrisa—. Eso es casi territorio local. ¿Nos ponemos en marcha? —propuso consultando su reloj—. Creo que estoy más que preparado para convencer al señor Reed.

Cuando veinte minutos más tarde Roberts mantuvo la puerta del cuartel de policía abierta para que pasara su cliente, desde una enorme fotografía oficial los miró un hombre cercano a los cincuenta, que le hizo sentir a Charles cada día de sus sesenta y cuatro años. Roberts dio sus nombres al oficial de guardia y solo tuvieron que esperar unos minutos para ser conducidos a la oficina del comisario.

Los labios del policía dibujaron una delgada sonrisa al estrechar la mano a Charlie.

—No creo que sea mucho lo que puedo hacer por usted, *sir* Charles —comenzó Reed indicándole que tomara asiento—. Aun cuando su cónsul general se ha tomado la molestia de llamarme. —Ignoró completamente a Roberts que permanecía de pie a poca distancia detrás de Charlie.

—Yo conozco ese acento —dijo Charlie sin tomar la silla que se le ofrecía.

—¿Perdón, cómo dice? —preguntó Reed que también permaneció de pie.

—Apuesto de media corona a una libra a que su padre proviene de Londres.

—Sí, tiene razón.

—Y el East End de esa ciudad sería mi apuesta.

—Deptford —dijo el comisario.

—Lo supe en el momento mismo en que abrió la boca —dijo Charlie sentándose y echándose atrás en el sillón tapizado en cuero—, yo soy de Whitechapel. ¿Dónde nació él?

—En Bishop's Way —repuso el comisario—. Justo en...

—A justo a un tiro de piedra de mi parte del mundo —dijo Charlie con marcado acento *cockney*.

Robert aún no había pronunciado una palabra, y mucho menos dado alguna opinión profesional.

—Partidario del Tottenham, supongo —dijo Charlie.

—Los Gunners —dijo con firmeza Reed.

—Qué montón de basura —exclamó Charlie—, Arsenal es el único equipo que yo conozco que da los nombres del público a los jugadores.

—Pues sí —rio el comisario—. Yo ya casi he perdido las esperanzas para esta temporada. ¿Y de quién es partidario usted?

—Yo soy hombre del West Ham —dijo Charlie.

—¿Y así y todo quiere que yo colabore con usted?

—Bueno —rio Charlie—. Les dejamos ganarnos en la Copa.

—En mil novecientos veintitrés —dijo riendo Reed.

—Tenemos memoria larga allí en Upton Park.

—Bueno, jamás me imaginé que usted tuviera ese acento, *sir* Charles.

—Llámeme Charlie, como todos mis amigos. Y, otra cosa, Mike, ¿quiere que él salga fuera? —dijo apuntando con el pulgar a Trevor Roberts a quien aún no le ofrecían una silla.

—Podría servir —dijo el comisario.

—Espéreme fuera, Roberts —dijo Charlie sin siquiera molestarse en mirar en dirección a su abogado.

—Sí, *sir* Charles.

Roberts se volvió y se dirigió a la puerta. Una vez solos, Charlie se inclinó por encima del escritorio y dijo:

—Puñeteros abogados, todos son iguales. Presumidos más que bien pagados, «coles de Bruselas», te cobran este mundo y luego quieren que uno haga el trabajo.

—Especialmente si eres «saltamontes» —confió Reed riendo.

—No había escuchado esa descripción de la poli desde que me fui de Whitechapel —se inclinó y añadió—: Esto queda entre nosotros Mike. Dos chicos del East End reunidos. ¿Puede decirme algo sobre Trentham que él no sepa? —indicó con el pulgar hacia la puerta.

—Para ser justo con él, no creo que haya mucho que Roberts no haya descubierto, *sir* Charles.

—Charlie.

—Charlie. Usted ya sabe que Trentham mató a su esposa y ya debe saber también que después fue colgado por el crimen.

—Sí, pero lo que necesito saber, Mike, es: ¿había algún hijo?

Charlie contuvo la respiración. El policía pareció titubear, luego miró la hoja de acusaciones que tenía delante de él en el escritorio.

—Aquí dice esposa, difunta, una hija.

Charlie trató de no dar un salto en la silla.

—Supongo que en esa hoja no aparece el nombre.

—Margaret Ethel Trentham —dijo el comisario.

No era necesario que buscara el nombre en los papeles que le había dejado Roberts la noche anterior. No aparecía ninguna Margaret Ethel Trentham en ninguno de ellos, y aún recordaba los nombres de tres Trentham nacidos en Australia entre 1923 y 1925. Todos eran varones.

—¿Fecha de nacimiento? —aventuró.

—No aparece, Charlie —dijo Reed—. No era la niña la acusada. —Deslizó el papel sobre el escritorio para que su visitante pudiera leer todo lo que ya le había dicho—. No se preocupaban mucho de este tipo de detalles en los años veinte.

—¿Hay alguna otra cosa en esa carpeta que le parezca que puede ayudar a un chico del East End que no pisa terreno familiar? —preguntó Charlie con la esperanza de no estarse pasando.

Reed revisó atentamente los papeles del informe sobre Trentham durante un rato antes de dar su opinión:

—Hay dos entradas registradas que podrían serle útiles. La primera fue escrita a lápiz por mi predecesor, y hay hasta una entrada hecha por el comisario anterior que supongo podría ser de interés.

—Soy todo oídos.

—El veinticuatro de abril de mil novecientos veintiséis, el comisario Parker recibió una visita de una tal señora Trentham, madre del difunto.

—Buen Dios —exclamó Charlie incapaz de ocultar su sorpresa—, ¿pero con qué motivo?

—No se da el motivo ni tampoco hay constancia de lo que se habló en la entrevista, lo siento.

—¿Y la segunda entrada?

—Esa hace referencia a otro visitante procedente de Inglaterra que preguntaba por Guy Trentham. Esta vez fue el veintitrés de agosto de mil novecientos cuarenta y siete. El visitante era... —el comisario de policía se inclinó sobre el papel para leer nuevamente el nombre—: Un señor Daniel Trentham.

Charlie sintió un escalofrío y tuvo que agarrarse a los brazos del sillón.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Reed en tono de verdadera preocupación.

—Muy bien —dijo Charlie—, es solo el efecto del viaje y del cambio de horario.

—¿Se da el motivo de la visita de Daniel Trentham?

—Según la nota adjunta, alegaba ser el hijo del difunto —dijo el comisario. Charlie trató de no demostrar ninguna emoción. El policía se echó atrás en su sillón

—. De modo que ahora usted sabe tanto del caso como yo.

—Ha sido usted muy amable —dijo Charlie poniéndose de pie. Se inclinó sobre el escritorio para estrecharle la mano al comisario—: Si alguna vez vuelve a Deptford, vaya a verme. Me sentiré encantado de llevarle a ver un verdadero equipo de fútbol.

Reed sonrió y continuó intercambiando anécdotas con Charlie mientras se encaminaban desde su despacho al ascensor. Una vez en la planta baja, el policía lo acompañó hasta las gradas de entrada del cuartel. Allí se estrecharon las manos y Charlie se reunió con Roberts que le esperaba en el coche.

—Muy bien, Roberts, al parecer tenemos trabajo.

—¿Me está permitido hacerle una pregunta antes de comenzar, *sir* Charles?

—Adelante.

—¿Qué le pasó a su acento?

—Lo reservo solo para personas especiales, señor Roberts, la Reina, Winston Churchill, y cuando estoy atendiendo mi carretón. Hoy me pareció necesario añadir a mi lista al comisario de policía de Melbourne.

—Soy incapaz hasta de comenzar a pensar qué le diría usted de mí y de mi profesión.

—Le dije que usted era un *boy scout* presumido y demasiado bien pagado que esperaba que yo hiciera todo el trabajo.

—¿Y él dio su opinión?

—Opinó que tal vez yo era demasiado moderado.

—No me cuesta creerlo —dijo Roberts—. ¿Pero logró sacarle alguna información nueva?

—Por cierto —repuso Charlie—. Hay una hija en algún lugar que fue bautizada como Margaret Ethel, pero nuestra única pista es que esa señora Trentham hizo una visita a Melbourne en mil novecientos veintiséis.

—Santo cielo —murmuró Roberts—. Usted ha logrado más en veinte minutos que yo en veinte días.

—Ah, pero yo tenía la ventaja de mis orígenes —dijo Charlie con una sonrisa—. Ahora bien, ¿dónde podría reposar su cansada cabeza una dama inglesa en esta ciudad por esa época?

—No es mi ciudad —admitió Roberts—, pero mi socio Neil Mitchell podría decírnoslo. Su familia se instaló en Melbourne hace más de cien años.

—¿Qué esperamos, entonces?

Neil Mitchell frunció el ceño cuando su socio le hizo la pregunta.

—No tengo ni idea —confesó—, pero mi madre seguro que lo sabe. —Tomó el teléfono y comenzó a marcar—. Es escocesa de modo que intentará cobrarnos por la información.

Charlie y Roberts esperaron pacientemente junto al escritorio de Mitchell. Después de unos pocos preliminares propios de un hijo, este hizo la pregunta y

escuchó atentamente la respuesta.

—Gracias, madre; inestimable —dijo finalmente—. Te veo el fin de semana —añadió antes de colgar.

—¿Bien? —preguntó Charlie.

—Por lo visto el *Victoria Country Club* era el único lugar en los años veinte donde se habría alojado una persona de la alcurnia de la señora Trentham —dijo Mitchell—. En esa época Melbourne solo tenía dos hoteles decentes y el otro era estrictamente para hombres en visita de negocios.

—¿Existe aún el lugar? —preguntó Roberts.

—Sí, pero está bastante mal llevado actualmente. Lo que me imagino que *sir Charles* llamaría «sórdido».

—Entonces llame por teléfono y pida que le reserven una mesa para el almuerzo a nombre de *sir Charles Trumper*. Ponga énfasis en el *sir Charles*.

—Desde luego, *sir Charles* —dijo Roberts—. ¿Y vamos a emplear nuestro acento refinado en esta ocasión?

—No se lo puedo decir hasta haber medido a la oposición —dijo Charlie cuando regresaban al coche.

—Es irónico, si lo piensas —dijo Roberts mientras el coche entraba en la autopista.

—¿Irónico?

—Sí. Si la señora Trentham se tomó todas estas molestias para borrar la existencia de su nieta de los registros, tuvo que haber empleado los servicios de algún abogado.

—¿Entonces?

—Entonces tiene que haber un dossier enterrado en alguna parte de esta ciudad que nos diría todo lo que necesitamos saber.

—Es posible, pero una cosa es segura no tenemos el tiempo suficiente para desenterrarlo.

Cuando llegaron al *Victoria Country Club* se encontraron con el director del hotel que les esperaba en el vestíbulo para saludarles. Este condujo a su distinguido comensal a una mesa tranquila situada en una terraza cubierta. Grande fue la decepción de Charlie al descubrir lo joven que era.

Charlie escogió los platos más caros de la sección «a la carta» del menú, luego seleccionó una botella de *Chambertin* cosecha del 57. A los pocos minutos tenía a todos los camareros de la sala atendiéndole.

—¿Y qué se propone esta vez, *sir Charles*? —preguntó Roberts, que se habría conformado con el menú del día.

—Paciencia, joven —dijo Charlie simulando desdén a la vez que trataba de cortar un trozo de cordero demasiado hecho con un cuchillo romo. Finalmente desistió y pidió helado de vainilla, confiado en que eso no lo harían tan mal. Cuando llegó el café, el camarero de mayor edad se acercó lentamente a la mesa a ofrecerles puros.

—Un Montecristo, por favor —dijo Charlie sacando un billete de una libra de su billetero y colocándolo frente al camarero. Este abrió un antiguo humidor para que diera su aprobación—, ¿lleva mucho tiempo aquí? —preguntó.

—Serán cuarenta años el mes que viene —dijo el camarero al tiempo que otro billete de una libra caía sobre el primero.

—¿Tiene buena memoria?

—Me complace pensar que sí —repuso el camarero mirando los dos billetes.

—¿Recuerda a una señora de apellido Trentham? Inglesa, remilgada, puede que haya estado un par de semanas o más, allá por mil novecientos veintiséis —dijo Charlie acercando los billetes hacia el anciano.

—¿Recordarla? —exclamó el camarero—. Jamás la olvidaré. En aquel tiempo yo era aprendiz y ella no hacía otra cosa que quejarse todo el tiempo de la comida y del servicio. No podía beber otra cosa que agua, decía que no se fiaba de los vinos australianos y se negó a gastar dinero en los franceses; por eso siempre me mandaban a mí a atender su mesa. Al final del mes se marchó sin decir una palabra y ni siquiera me dio propina. Seguro que me acuerdo de ella.

—Eso describe muy bien a la señora Trentham —dijo Charlie—. ¿Pero llegó a saber para qué vino a Australia? —Sacó otro billete de su billetero y lo colocó sobre los otros.

—No tengo ni idea, señor —dijo tristemente el camarero—. Jamás hablaba con nadie en todo el día, y ni siquiera sé si el señor Sinclair-Smith podría saber la respuesta a su pregunta.

—¿El señor Sinclair-Smith?

El camarero hizo un gesto por encima del hombro señalando a un caballero mayor sentado solo en una mesa en el rincón opuesto con una servilleta metida en el cuello de la camisa. Estaba muy atareado atacando un buen trozo de tarta a la Selva Negra.

—El actual propietario —explicó el camarero—. Su padre era la única persona con quien hablaba alguna vez la señora Trentham.

—Gracias —dijo Charlie—, ha sido usted muy amable. —El camarero se echó al bolsillo los tres billetes—. ¿Tendría usted la amabilidad de preguntarle al director si puedo hablar con él un momento?

—Por supuesto —dijo el anciano cerrando el estuche y alejándose a toda prisa.

—El director es demasiado joven para recordar...

—Abra bien los ojos, señor Roberts, y es posible que hasta aprenda uno o dos trucos que tal vez no le enseñaron en sus clases de contratos empresariales en la facultad de Derecho —dijo Charlie cortando la punta de su puro.

—¿Ha preguntado por mí, *sir* Charles? —dijo el director acercándose a la mesa.

—Me agradaría saber si el señor Sinclair-Smith aceptaría acompañarme a beber algún licor —dijo Charlie entregándole al joven una de sus tarjetas.

—Se lo comunicaré inmediatamente, señor —repuso el director dirigiéndose en seguida a la otra mesa.

—Es hora de que me espere en el vestíbulo nuevamente, Roberts —dijo Charlie—, porque sospecho que mi conducta durante la siguiente media hora podría ofender su sentido de ética profesional.

Miró hacia el otro extremo de la sala donde en ese momento el anciano estaba observando su tarjeta con atención. Roberts lanzó un suspiro y se marchó.

Una gran sonrisa apareció en las mofletudas mejillas del señor Sinclair-Smith. Se levantó de su silla y avanzó anadeando a reunirse con su visitante inglés.

—Sinclair-Smith —dijo con aflautado acento inglés extendiendo su flácida mano.

—Muy amable por acompañarme, amigo —dijo Charlie—. Sé reconocer a un compatriota en cuanto lo veo. ¿Se serviría un coñac?

El camarero desapareció a toda prisa.

—Muy amable de su parte, *sir* Charles. Espero que mi humilde establecimiento le haya ofrecido una comida tolerable.

—Excelente —contestó Charlie—, pero es que me lo recomendaron —añadió dando una chupada a su cigarro alegremente.

—¿Se lo recomendaron? —repitió Sinclair-Smith tratando de disimular su sorpresa—, ¿puedo preguntarle quién?

—Mi vieja tía, la señora Trentham.

—¡La señora Trentham! Cielo santo, no hemos visto a la querida señora desde los tiempos de mi difunto padre.

Charlie frunció el entrecejo a la vez que el anciano camarero reaparecía con dos copas de coñac grandes.

—Ella se encuentra bien, espero, *sir* Charles.

—Mejor que nunca —repuso Charlie—. Y deseaba que usted la recordara.

—Qué amable —contestó Sinclair-Smith agitando el coñac en la gran copa—, y qué extraordinaria memoria la suya, porque yo era muy joven en ese tiempo, acababa de comenzar a trabajar en el hotel. Ella debe tener ahora...

—Más de noventa —completó Charlie—. Y en la familia aún no tenemos idea de cuál fue el motivo de su viaje a Melbourne —añadió.

—Ni yo —dijo Sinclair-Smith sorbiendo su coñac.

—¿Usted nunca habló con ella?

—No, jamás. Aunque mi padre y su tía mantenían largas conversaciones, él jamás me contó de qué hablaban.

Charles trató de ocultar su frustración ante ese dato.

—Bueno, si usted no supo el motivo de su visita —dijo—, supongo que no quedará nadie vivo que lo sepa.

—Oh, yo no estaría tan seguro —dijo Sinclair-Smith—. Slade debe de saber, eso es, si es que no está ya completamente *gagá*.

—¿Slade?

—Sí, un hombre de Yorkshire que trabajaba en el Club cuando estaba mi padre, en la época en que todavía teníamos un chófer fijo. En realidad, todo el tiempo que se

alojó en el Club la señora Trentham siempre insistió en emplear los servicios de Slade. Decía que no quería que la llevara ningún otro.

—¿Trabaja aquí aún? —preguntó Charlie lanzando una gran nube de humo.

—Cielo santo, no —contestó Sinclair-Smith—. Se retiró hace unos años. Ni siquiera sé si aún vive.

—¿Viaja mucho a su país actualmente? —preguntó Charlie, convencido de haber obtenido la única información pertinente que esta particular fuente podía ofrecerle.

—La verdad es que no...

Durante los siguientes veinte minutos Charlie se mantuvo echado hacia atrás en su silla, disfrutando de su puro al tiempo que escuchaba hablar al señor Sinclair-Smith de todo, desde el fallecimiento del imperio hasta el lamentable estado del *cricket* inglés. Finalmente Charlie pidió la cuenta y el propietario se marchó deslizándose discretamente.

El anciano camarero arrastró sus pies hacia la mesa tan pronto vio aparecer sobre el mantel otro billete de una libra.

—¿Se le ofrece algo, señor?

—¿Significa algo para usted el apellido Slade?

—¿El viejo Walter Slade, el chófer del Club?

—El mismo.

—Se retiró hace unos años.

—Eso lo sé, pero ¿vive aún?

—Ni idea —dijo el camarero—. Lo último que supe de él fue que vivía en algún lugar por la región de Ballarat.

—Gracias —dijo Charlie y apagó el cigarro en el cenicero, sacó otro billete de una libra, y fue a reunirse con Roberts en el vestíbulo.

—Telefonee a su oficina inmediatamente —ordenó a su abogado—. Pídales que localicen a un tal Walter Slade, que debe estar viviendo en algún lugar llamado Ballarat.

Roberts se precipitó en dirección de un letrero que decía «teléfono», mientras Charlie se paseaba arriba y abajo del corredor rogando porque el hombre estuviera vivo. A los pocos minutos regresó su abogado.

—¿Puedo saber qué se propone esta vez, *sir* Charles? —preguntó entregándole un papel con la dirección de Walter Slade escrita en letras mayúsculas.

—Nada bueno, eso seguro —dijo Charlie leyendo el papel—. Para esto no le necesito a usted, joven amigo, pero sí necesitaré el coche. Nos veremos en la oficina a mi vuelta... y no sé a qué hora. —Le hizo un gesto de despedida al pasar por la puerta dejando a un perplejo Roberts solo en el vestíbulo.

Charlie le pasó el papel al chófer y este miró la dirección.

—Pero eso queda casi a ciento cincuenta kilómetros —dijo el hombre mirando por encima del hombro.

—Entonces no tenemos un momento que perder, ¿verdad?

El conductor hizo arrancar el motor y salió del antepatio del club de campo. Pasó junto al campo de *cricket* de Melbourne, donde Charlie vio que alguien había conseguido 147 en dos turnos. Su primer viaje a Australia, pensó fastidiado, y no tenía tiempo para asistir al partido internacional. El viaje por la autopista norte duró otra hora y media, tiempo que empleó en considerar qué método debería emplear con el señor Slade, suponiendo que no estuviera, para citar a Sinclair-Smith, «completamente gaga». Después de pasar el letrero indicador de Ballarat, el conductor paró en una gasolinera. Una vez lleno el depósito, el encargado les orientó, y les llevó otros diez minutos ir a parar delante de una casita con terraza situada en una propiedad en decadencia.

Charlie saltó fuera del coche, recorrió un corto sendero cubierto de malas hierbas y llamó a la puerta. Esperó un momento y le abrió una anciana con delantal; llevaba un vestido color pastel que casi arrastraba por el suelo.

—¿La señora Slade? —preguntó.

—Sí —replicó ella mirándole con desconfianza.

—¿Me sería posible hablar un momento con su marido?

—¿Para qué? —preguntó la anciana—. ¿Es usted de asistencia social?

—No, soy de Inglaterra —repuso Charlie—, y le traigo a su marido un pequeño legado de parte de mi tía, la señora Trentham, que falleció no hace mucho.

—Oh, qué amabilidad —dijo la señora Slade—, pase.

La anciana le guio hacia la cocina, donde vio a un anciano vestido con chaqueta de punto, una limpia camisa a cuadros y pantalones bombachos, dormitando en un sillón junto a la chimenea.

—Hay un hombre que ha venido desde Inglaterra especialmente para verte, Walter.

—¿Qué? —dijo el hombre restregándose los ojos con sus huesudos dedos para ahuyentar el sueño.

—Un hombre que viene de Inglaterra —repitió su esposa—. Con un regalo de la señora Trentham.

—Soy demasiado viejo para llevarla en coche ahora. —Sus cansados ojos se entrecerraron al mirar a Charlie.

—No, Walter, no lo entiendes. Es un familiar que ha venido desde Inglaterra con un regalo. Verás, ella murió.

—¿Murió?

Ambos miraban ahora a Charlie con curiosidad y él sacó rápidamente su billetero, retiró todos los billetes que llevaba, y se los dio a la señora Slade.

Ella comenzó a contar los billetes lentamente mientras Walter Slade continuaba mirando fijamente a Charlie, haciéndole sentir tremendamente incómodo, parado allí en el limpiísimo suelo de piedra.

—Ochenta y cinco libras, Walter —dijo, pasándole el dinero a su marido.

—¿Por qué tanto? —preguntó—. ¿Y después de tanto tiempo?

—Usted le hizo un gran servicio —dijo Charlie—. Y ella simplemente deseaba compensarle.

El anciano comenzó a mirar con sospecha a Charlie.

—Ya me pagó a su tiempo —dijo.

—Ya lo sé, pero...

—Y he mantenido cerrada la boca —añadió el anciano.

—Ese es solo un motivo más para estarle agradecida —dijo Charlie.

—¿Quiere decir que ha hecho un viaje desde Inglaterra solo para pagarme ochenta y cinco libras? —preguntó el señor Slade—. Eso me parece absurdo, muchacho. —De pronto parecía mucho más despierto.

—No, no —dijo Charlie, notando que perdía la iniciativa—. He tenido que entregar un montón de otros legados antes de venir aquí, pero no me fue fácil encontrarle.

—No me extraña. Hace veinte años que dejé de conducir.

—Usted es de Yorkshire, ¿verdad? —dijo Charlie sonriendo—. Reconocería ese acento en cualquier parte.

—Eh, muchacho, y usted es de Londres. Lo cual significa que no es de confianza. Así pues, ¿para qué ha venido a verme en realidad? Porque no fue para entregarme ochenta y cinco libras, eso seguro.

—No logro encontrar a la niñita que acompañaba a la señora Trentham cuando usted la llevó en coche —dijo Charlie arriesgando el todo por el todo—. Verá, le han dejado una gran herencia.

—Imagínate, Walter —dijo la señora Slade.

El rostro del señor Slade permaneció inmutable.

—En cierto modo es mi deber localizarla e informar a la dama de su buena fortuna.

La cara de Slade continuaba impasible mientras Charlie proseguía la lucha.

—Y pensé que usted era la persona que podría ayudarme.

—No, no le ayudaré —replicó Slade—, y aún más, puede quedarse el dinero —añadió arrugando los billetes y arrojándoselos a los pies—, y no se tome la molestia de aparecer por aquí de nuevo con sus falsas historias de fortunas. Acompaña a la puerta al caballero, Elsie.

La señora Slade se agachó y recogió cuidadosamente los billetes pasándoselos a Charlie. Cuando hubo entregado el último, condujo silenciosamente al desconocido hasta la puerta.

—Tenga la bondad de disculparme, señora Slade —le dijo Charlie—. No tenía la menor intención de ofender a su marido.

—Lo sé, señor —dijo ella—, pero es que Walter ha sido siempre muy orgulloso. Dios sabe lo que hubiéramos podido hacer con el dinero.

Charlie sonrió y metió los arrugados billetes en el delantal de la anciana y se llevó rápidamente un dedo a los labios.

—Si usted no se lo dice, yo tampoco —le dijo. Con una leve inclinación de cabeza se dio media vuelta y se puso en marcha hacia el coche.

—Yo nunca vi a ninguna niñita —dijo ella con voz apenas audible. Charlie se detuvo en seco—. Pero Walter una vez llevó a una señora de mucha alcurnia a ese orfanato que está en Rose Hill en Melbourne. Lo sé porque yo estaba fuera en el jardín y él me lo dijo.

Charlie se volvió para darle las gracias, pero ella ya había cerrado la puerta y desaparecido dentro de la casa.

Charlie subió al coche sin un penique y con un solo nombre al que agarrarse, consciente de que, sin duda, el anciano podría haberle solucionado todo el misterio. Si no, habría dicho, «No, no lo sé», y no «No, no le ayudaré», cuando él se lo pidió.

Maldijo su estupidez varias veces durante el viaje de regreso a la ciudad.

—Roberts, ¿hay algún orfanato en Melbourne? —fueron sus primeras palabras al entrar a grandes zancadas en la oficina del abogado.

—El de Santa Hilda —dijo Neil Mitchell antes que su socio comenzada a pensar en la pregunta—. Sí, queda en algún sitio de Rose Hill. ¿Por qué?

—Ese es —dijo Charlie consultando su reloj—. Son algo así como las siete de la mañana, hora de Londres, y estoy algo cansado, así que me voy al hotel a dormir un poco. Mientras tanto necesito las respuestas a unas cuantas preguntas. Para empezar, necesito saber todo lo que se pueda averiguar sobre Santa Hilda, comenzando por los nombres de todos los miembros del personal que trabajaban allí entre mil novecientos veinticuatro y mil novecientos veintisiete, desde el director o directora hasta la última sirvienta. Y si aún queda alguien allí de esa época, hay que descubrirlo, porque deseo verla o verlas, y antes de veinticuatro horas.

Dos de los secretarios de la oficina de Mitchell habían comenzado a tomar nota a toda velocidad tratando de no perderse nada de lo que iba diciendo Charlie.

—También deseo saber los nombres de todas las niñitas registradas allí entre esos mismos años. Recuerden, buscamos a una niñita que no podía tener más de cuatro años en ese tiempo. Y cuando tengan todas las respuestas, despiértenme, sea la hora que sea.

CAPÍTULO 45

A la mañana siguiente Trevor Roberts llegó al hotel de Charlie poco antes de las ocho y se encontró a su cliente instalado ante un buen desayuno de huevos, tomate, champiñones y *bacon*. Aunque a Roberts se le notaba cansando y sin afeitarse, era portador de noticias.

—Nos hemos comunicado con la directora de Santa Hilda, una tal señora Culver, y no ha podido mostrarse más cooperativa —dijo Roberts y Charlie sonrió—. Resulta que entre esos años fueron registrados diecinueve niños en el orfanato, ocho niños y once niñas. De las once niñas ya sabemos que nueve no tenían uno de los progenitores vivo en ese tiempo. De estas nueve hemos logrado contactar con siete, cinco de las cuales tienen algún familiar vivo que podría atestiguar acerca de quiénes era sus padres, hay una cuyos padres murieron en accidente de coche, y la otra es originaria de aquí. Las dos que quedan han resultado más difíciles para seguirles la pista, de modo que pensé que tal vez le gustaría hacer una visita a Santa Hilda y examinar los archivos usted mismo.

—¿Qué hay del personal del orfanato?

—Solo ha sobrevivido una cocinera de ese período, y ella dice que nunca hubo ninguna niña de apellido Trentham ni parecido en Santa Hilda, y que no recuerda a ninguna Margaret. Nuestra última esperanza podría ser una tal señorita Benson.

—¿Señorita Benson?

—Sí, era la directora en ese tiempo y ahora reside en un asilo muy exclusivo llamado Maple Lodge, al otro lado de la ciudad.

—No está nada mal, señor Roberts —dijo Charlie—. Pero ¿cómo se las arregló para conseguir que la señora Culver se mostrara tan dispuesta a colaborar en tan poco tiempo?

—Recurrí a esos métodos que supongo son más conocidos en la facultad de Derecho de Whitechapel que en la de Harvard, *sir* Charles.

Charlie lo miró burlón.

—Parece ser que en Santa Hilda están organizando una colecta para tener un minibús...

—¿Un minibús?

—Que necesitan tanto en el orfanato para viajes...

—De modo que usted sugirió que yo...

—Podría tal vez colaborar con una rueda o dos si...

—Ellos a su vez podían tal vez...

—Colaborar. Exactamente.

—Aprende usted muy rápido, Roberts, debo reconocerlo.

—Y como no hay tiempo que perder, deberíamos salir hacia Santa Hilda de inmediato, para que pueda echar una mirada a esos archivos.

—Pero nuestra mejor apuesta seguramente será la señorita Benson.

—Estoy de acuerdo con usted, *sir* Charles. Y he programado una visita para esta tarde, tan pronto terminemos en Santa Hilda. Por cierto, cuando la señorita Benson era la directora, se la conocía por el apodo «El Dragón», no solo por los niños, sino también por el personal, de modo que no tengo motivos para pensar que se mostrará más dispuesta a colaborar que Walter Slade.

Cuando llegaron al orfanato, Charlie fue recibido en la puerta por la directora. La señora Culver llevaba un elegante vestido verde que mostraba indicios de haber sido planchado hacía poco. Evidentemente, la señora había decidido tratar a su benefactor en potencia como si de Nelson Rockefeller se tratara, porque lo único que faltaba era una alfombra roja de la puerta al estudio.

Al entrar Charlie y Trevor Roberts en la habitación se pusieron de pie los dos jóvenes abogados que se habían pasado toda la noche revisando los archivos, informándose de todo lo que había que saber sobre horarios de dormitorio, imposiciones de obediencia, deberes en la cocina, méritos y mala conducta.

—¿Algún progreso con esos nombres? —preguntó Roberts.

—Ah, sí, dos. ¿No les parece emocionante? —exclamó la señora Culver yendo y viniendo por la sala ordenando todo lo que parecía estar fuera de su lugar—. Me preguntaba...

—No tenemos ninguna prueba todavía —dijo un joven legañoso—, pero una de ellas parece cumplir los requisitos a la perfección. No encontramos ningún dato de la niñita antes de los dos años. Lo que es más importante aún es que fue registrada en Santa Hilda precisamente al mismo tiempo en que el capitán Trentham estaba en prisión esperando la sentencia.

—Y la cocinera también se acuerda de la época en que ella era una fregona —interrumpió la señora Culver— que la niñita llegó a medianoche, acompañada por una dama muy bien vestida y de aspecto severo que tenía un acento oh-la-lá que entonces...

—Aquí entra la señora Trentham —dijo Charlie—. Solo que el apellido de la niña evidentemente no es Trentham.

El joven ayudante comprobó con los apuntes que tenía esparcidos encima de la mesa.

—No, señor —dijo—. Esta niñita fue registrada con el nombre de señorita Cathy Ross.

Charlie sintió que le flaqueaban las piernas. Roberts y la señora Culver se precipitaron a sentarlo en el único sillón cómodo de la habitación. La señora Culver le soltó la corbata y le desabotonó el cuello de la camisa.

—¿Se encuentra bien, *sir* Charles? —preguntó—. Debo decir que no lo parece...

—Justo delante de mis ojos todo el tiempo —dijo Charlie—, ciego como un murciélago, fue como me describió con toda razón Daphne.

—No estoy seguro de entenderle —dijo Roberts.

—No estoy muy seguro yo tampoco.

Charlie se volvió a mirar al nervioso mensajero responsable de dar la noticia.

—¿Dejó Santa Hilda para estudiar en la universidad de Melbourne? —le preguntó.

Esta vez el ayudante comprobó dos veces sus notas.

—Sí, señor. Se matriculó en el curso del cuarenta y dos y terminó en el cuarenta y cinco.

—Y allí estudio Historia e Inglés.

Los ojos del ayudante recorrieron los papeles que tenía delante.

—Exactamente, señor —dijo sin poder ocultar su sorpresa.

—¿Y jugaba al tenis por casualidad?

—El ocasional partido en segunda categoría en la universidad.

—Pero sabía pintar.

—Ah, eso sí —dijo la señora Culver—, y lo buena que era, *sir* Charles. Aún tenemos una muestra de su trabajo en el comedor, un paisaje de bosque, creo que con influencia de Sisley. En realidad me atrevería a decir...

—¿Puedo ver el cuadro, señora Culver?

—Pero por supuesto, *sir* Charles. —La directora sacó una llave del primer cajón del lado derecho de su escritorio y dijo—: Sígame, por favor.

Charles se levantó algo tambaleante de su sillón y siguió a la señora Culver que salió de su estudio y recorrió un largo corredor en dirección al comedor. Abrió la puerta con su llave. Trevor Roberts caminaba junto a Charlie, aún perplejo, pero se abstuvo de preguntar nada.

Al entrar en el comedor, Charlie se detuvo en seco y dijo:

—Soy capaz de detectar un Ross a veinte pasos.

—¿Cómo ha dicho, *sir* Charles?

—No tiene importancia, señora Culver —dijo Charles parándose frente al cuadro y contemplando el paisaje de bosques moteados de verdes y marrones.

—Hermoso, ¿verdad, *sir* Charles? Verdadera comprensión del uso del color. Me atrevería a decir...

—Me gustaría saber, señora Culver, si a usted le parecería justo un trueque de este cuadro por un minibús.

—Un trueque muy justo —dijo sin vacilar la señora Culver—, en realidad estoy segura de que...

—¿Y sería demasiado pedirle que escribiera al dorso del cuadro «pintado por la señorita Cathy Ross» además de las fechas del período en que ella residió en Santa Hilda?

—Encantada, *sir* Charles. —La señora Culver avanzó un paso y descolgó el cuadro, y luego dio la vuelta al marco para que todos lo vieran. Aunque descolorido por el tiempo, lo que *sir* Charles había pedido ya estaba escrito y era claramente legible a los ojos.

—Tenga la bondad de disculparme, señora Culver —dijo Charlie—. A estas

alturas ya debería conocerla bien.

Sacó su billetero de un bolsillo interior, firmó un cheque en blanco y se lo entregó a la señora Culver.

—¿Pero cuánto...? —empezó a decir la directora.

—Lo que sea que cueste —fue toda la respuesta de Charlie, habiendo dado por fin con una forma de dejar sin habla a la señora Culver.

Los tres volvieron al estudio de la directora en donde les esperaba una tetera con té. Uno de los ayudantes se instaló a hacer copias de todo lo que aparecía en el dossier de Cathy mientras Roberts telefoneaba a la residencia en que se encontraba la señorita Benson para decirle a la supervisora que estarían allí antes de una hora. Cuando ambas tareas estuvieron realizadas, Charlie dio las gracias a la señora Culver y se despidió. Ella aún estaba sin habla pero se las arregló para decirle:

—Gracias, *sir* Charles, gracias.

Charlie salió del orfanato llevando firmemente aferrado el cuadro y, una vez de vuelta al coche, inmediatamente dio instrucciones al conductor de custodiar el cuadro con su vida.

—¿Adónde ahora? —preguntó este.

—Al Hogar Residencia Maple Lodge, en el lado norte —dijo Roberts—, naturalmente ahora espero —dijo volviéndose hacia su cliente— que me explique lo que ha sucedido allí en Santa Hilda. Porque me siento, como diría un buen libro, «gravemente sorprendido».

—Le contaré todo lo que yo sé —dijo Charlie, y explicó cómo había conocido a Cathy hacía quince años, y continuó con su historia sin interrupción hasta llegar al hecho de que Cathy era ahora una de las directoras de «Trumper's», y que no sabía decirles nada acerca de sus antecedentes porque había perdido la memoria de todo lo que había sucedido antes de llegar a Inglaterra. La primera observación del abogado ante esta información cogió por sorpresa a Charlie.

—No puede haber sido casualidad que la señorita Ross visitara su país en primer lugar; o, si es por eso, que solicitara trabajo en «Trumper's».

—¿Qué quiere decir?

—Quizá se fue de Australia con el único objetivo de averiguar algo sobre su padre, pensando que aún estaba vivo y tal vez en Inglaterra. Esa debe de haber sido su primera motivación para ir a Londres, donde sin lugar a dudas descubrió cierta conexión entre la familia de su padre y la suya, *sir* Charles. Y si usted logra descubrir ese vínculo entre su padre, su ida a Inglaterra y su solicitud para trabajar en «Trumper's», entonces tendrá su prueba, la prueba de que Cathy Ross es de hecho Margaret Ethel Trentham.

—Pero es que no tengo la menor idea de cuál puede ser el vínculo —dijo Charlie—, y ahora que Cathy ha perdido la memoria, tal vez jamás logre descubrirlo.

—Bueno, esperemos que por lo menos la señorita Benson esté dispuesta a orientarnos en la dirección correcta —dijo Roberts—. Aunque, como le advertí

anteriormente, nadie que la conociera en Santa Hilda diría cosas buenas de ella.

—Pero, si tenemos en cuenta lo que ha pasado con Walter Slade, no será tan fácil sacarle algo a ella. Parece evidente que la señora Trentham hechizaba a todo el mundo con quien hablaba.

—Yo pienso lo mismo. Por eso no dije nada a la supervisora de Maple Lodge acerca de nuestros motivos para visitar la residencia. No vi ningún sentido en poner sobre aviso a la señorita Benson de nuestra visita. Eso solo le daría tiempo para tener bien preparadas sus respuestas.

—¿Pero se le ha ocurrido alguna idea respecto al método a emplear con ella? —gruñó Charlie—, porque estoy seguro de que la pifié en mi entrevista con Walter Slade.

—No. Tendrá simplemente que tocar de oído y esperar a que ella esté dispuesta a colaborar. Aunque Dios sabe qué acento tendrá que sacarse de la manga esta vez, *sir* Charles.

A los pocos minutos pasaron por dos imponentes puertas de hierro forjado y continuaron por un largo camino de entrada bajo los árboles que los llevó a una gran mansión de comienzos de siglo, situada en terrenos particulares.

—Esto no tiene aspecto de ser barato.

—Exacto —dijo Roberts—, y lamentablemente no parecen tener necesidad de un minibús.

El coche se detuvo ante una pesada puerta de roble, Trevor saltó fuera del coche y esperó hasta que Charlie se le reuniera para tocar el timbre.

No tuvieron que esperar mucho rato antes de que una enfermera joven abriera la puerta y los escoltara por un corredor embaldosado y brillantemente pulcro hasta la oficina de la supervisora.

La señora Campbell vestía el típico uniforme azul almidonado, con cuello y puños blancos de su profesión. Dio la bienvenida a Charlie y Trevor Roberts con un áspero y duro acento escocés; y si no hubiera sido por el ininterrumpido sol que entraba por la ventana, se le habría podido disculpar a Charlie la ocurrencia de que la supervisora aún no se enteraba de que no estaba en Escocia.

Después de las presentaciones, la señora Campbell preguntó en qué podía servirlos.

—Esperaba que nos autorizara para conversar con una de sus residentes.

—Naturalmente, *sir* Charles. ¿Puedo saber a quién desea ver?

—A una señorita Benson —explicó Charlie—. Verá usted...

—Ay, *sir* Charles, ¿no lo ha sabido usted?

—¿Sabido?

—Sí. La señorita Benson murió la semana pasada. De hecho, la enterramos el jueves.

Por segunda vez en el día le flaquearon las piernas a Charlie y Trevor Roberts se apresuró a tomarle por el codo y guiarlo hacia la silla más cercana.

—Oh, cuánto lo siento —dijo la supervisora—. No tenía idea de que fuera usted un amigo tan íntimo. —Charlie no dijo nada—. ¿Y ha hecho usted todo el viaje desde Londres especialmente para verla?

—Sí —contestó Trevor Roberts en voz baja—. ¿Recibió alguna otra visita de Inglaterra la señorita Benson este último tiempo?

—No —repuso sin vacilar la supervisora—. Recibía muy pocas visitas al final. Una o dos de Adelaida, pero jamás a nadie de Gran Bretaña —añadió con tono algo afilado.

—¿Y alguna vez le mencionó a usted a una persona llamada Cathy Ross o Margaret Trentham?

La señora Campbell meditó profundamente durante un momento.

—No —dijo finalmente—. Al menos, jamás, que yo recuerde.

—Entonces, creo que deberíamos marcharnos, *sir* Charles, ya que no tiene ningún sentido que hagamos perder más tiempo a la señora Campbell.

—Sí —repuso en voz baja Charlie—, y gracias, supervisora.

Roberts lo ayudó a ponerse de pie y la señora Campbell los acompañó por el corredor hacia la puerta de la calle.

—¿Ha de regresar pronto a Gran Bretaña, *sir* Charles? —preguntó ella.

—Sí, posiblemente mañana.

—¿Sería mucha molestia si le pidiera que echara al correo una carta cuando esté en Londres?

—Será un placer —dijo Charlie.

—No lo hubiera molestado con esto en circunstancias normales —dijo la supervisora—, pero como tiene que ver directamente con la señorita Benson...

Los dos hombres se detuvieron en seco y se quedaron mirando a la remilgada dama escocesa.

—No es que desee sencillamente ahorrarme los sellos, *sir* Charles, comprenda usted, que es de lo que todo el mundo nos acusa. En realidad se trata exactamente de lo contrario, porque todo lo que deseo es una rápida devolución a favor de los benefactores de la señorita Benson.

—¿Los benefactores de la señorita Benson? —dijeron al unísono Charlie y Roberts.

—Sí —dijo la supervisora irguiéndose en toda su altura de un metro cincuenta y cinco centímetros—. En Maple Lodge no tenemos la costumbre de cobrar a los residentes que han muerto, señor Roberts. Al fin y al cabo, como estoy segura de que usted estará de acuerdo, eso sería deshonesto.

—Ciertamente lo sería, supervisora.

—Por tanto, aunque insistimos en que se paguen tres meses por adelantado, también devolvemos el dinero cuando muere un residente. Después de que todas las facturas que quedan han sido cubiertas, usted me comprende.

—Lo comprendo —dijo Charlie mirando a la supervisora, con una luz de

esperanza en sus ojos.

—De modo que si tienen la amabilidad de esperar un momentito, iré a buscar la carta a mi oficina.

Se volvió y caminó de regreso a su oficina a unos pocos metros más allá por el corredor.

—Comience a rezar —dijo Charlie.

—Ya he comenzado —repuso Roberts.

A los pocos minutos regresó la señora Campbell con un sobre que entregó a la custodia de Charlie. En enérgica letra caligráfica se leía en el sobre:

*Director de Coutts & Company
The Strand
London WC2*

—Espero realmente que mi pedido no le resulte demasiado oneroso, *sir* Charles.

—Es un gran placer para mí que lo haya recordado, señora Campbell —le aseguró Charlie, despidiéndose de la supervisora.

Una vez de vuelta en el coche Roberts dijo:

—Sería muy poco ético de mi parte aconsejarle sobre si debe o no abrir esa carta, *sir* Charles. Sin embargo...

Pero Charlie ya había rasgado el sobre y estaba sacando su contenido.

Un cheque por 92 libras acompañaba la detalladísima factura por los años de 1953 a 1964: un completo y definitivo final de la cuenta de la señorita Mavis Benson.

—Dios bendiga a los escoceses y a su puritana educación —dijo Charlie cuando vio a nombre de quién estaba extendido el cheque.

CAPÍTULO 46

—Si se diera prisa, *sir* Charles, aún tendría tiempo de coger el primer vuelo —dijo Trevor Roberts cuando el coche entraba en el antepatio del hotel.

—Entonces me daré prisa —dijo Charlie—. Ya que me gustaría estar de vuelta en Londres lo antes posible.

—De acuerdo, yo me encargaré de la cuenta del hotel y luego telefonaré al aeropuerto para ver si pueden cambiar su pasaje.

—Muy bien. Aunque tengo un par de días disponibles, hay todavía algunos cabos sueltos que atar en Londres.

Charlie había saltado del coche antes de que el chófer alcanzara a abrirle la puerta, y se precipitó hacia su habitación; rápidamente metió sus cosas dentro de la maleta. Estuvo de vuelta en el vestíbulo a los doce minutos, pagó la cuenta y a los quince minutos ya se dirigía hacia la puerta. El conductor no solo estaba esperándole, sino que además tenía abierta la puerta del maletero.

Una vez cerrada la tercera puerta, el conductor aceleró por el antepatio del hotel y lanzó el coche por la vía rápida en dirección a la autopista.

—¿Pasaporte y pasaje? —dijo Roberts.

Charlie sonrió y sacó ambas cosas de un bolsillo interior como un niño que comprueba su lista.

—Muy bien, ahora no nos queda más que esperar que lleguemos a tiempo al aeropuerto.

—Ha hecho usted maravillas —dijo Charlie.

—Gracias, *sir* Charles —dijo Roberts—. Pero ha de comprender que aunque ha reunido gran cantidad de pruebas para confirmar su caso, la mayor parte de ellas son como mucho circunstanciales. Aunque usted y yo podamos estar convencidos de que Cathy Ross es, de hecho Margaret Ethel Trentham, estando en su tumba la señorita Benson y siendo la señorita Ross incapaz de recordar los detalles concernientes a este asunto, no hay forma de saber si un tribunal fallaría a su favor.

—Tiene razón en lo que dice —repuso Charlie—, pero al menos ahora cuento con algo. Hace una semana no tenía nada.

—Es cierto. Y después de haberlo visto actuar durante estos días, me inclinaría a concederle más de un cincuenta por ciento de suerte. Pero, haga lo que haga, no deje ese cuadro fuera de su punto de mira: es tan convincente como cualquier huella digital. Y procure mantener en todo momento esa carta de la señora Campbell en lugar seguro hasta que pueda sacarle copia. Encárguese también de que el original se envíe a Coutts. No nos hace ninguna falta que ahora lo arresten por robar noventa y dos libras. Ahora bien, ¿hay alguna otra cosa que pueda hacer yo por usted en este extremo del mundo?

—Sí, podría intentar obtener una declaración escrita de Walter Slade en que reconozca que llevó a la señora Trentham y a una niña llamada Margaret a Santa

Hilda y que después volvieron sin ella. También podría tratar de hacerle concretar una fecha.

—Puede que eso no resulte fácil después de su experiencia —sugirió Roberts.

—Bueno, al menos inténtelo. Luego vea si puede descubrir si la señorita Benson recibió otros pagos de la señora Trentham antes de mil novecientos cincuenta y tres, y si fuera así, las cantidades y las fechas. Sospecho que ha estado recibiendo giros bancarios trimestrales durante más de treinta y cinco años, lo cual explicaría que haya podido acabar sus días en ese relativo lujo.

—De acuerdo, pero una vez más, eso es algo enteramente circunstancial, y ciertamente no hay forma alguna de que un banco me permita investigar la cuenta personal de la señorita Benson.

—¡Desgraciadamente! Pero la señora Culver sí podría decirle lo que ganaba la señorita Benson cuando era directora, y si daba la impresión de que vivía mejor de lo que podía permitirse con su salario. Y después de todo, siempre puede averiguar qué otra cosa necesita Santa Hilda aparte de un minibús.

Roberts comenzó a tomar notas mientras Charlie seguía desgranando una serie de otras sugerencias.

—Si logra convencer a Slade y demostrar que hubo pagos hechos a la señorita Benson, entonces me podría encontrar en posición firme para pedirle a Nigel Trentham que explicara por qué su madre era tan entusiasta benefactora de la directora de un orfanato situado en el otro lado del globo, y si esto no se debía a la hija de su hermano.

—Haré lo que pueda —prometió Roberts—, si consigo algo me comunicaré con usted a su regreso a Londres.

—Gracias —dijo Charlie—, ¿y hay algo que yo pueda hacer por usted?

—Sí, *sir* Charles. ¿Sería tan amable de transmitir mis mejores deseos a tío Ernest?

—¿Tío Ernest?

—Sí, Ernest Harrison.

—Qué buenos deseos, ni un jamón. Lo denunciaré al Colegio de Abogados.

—¿Por qué?

—Por nepotismo.

—Cierto. Pero eso todavía no es delito. Mi madre fue igual de culpable. Tuvo tres hijos, los tres abogados; los otros dos le representan a usted ahora en Perth y en Brisbane.

El coche se detuvo junto al bordillo delante del terminal aéreo de Qantas. De un salto el conductor bajó del coche y sacó el equipaje del maletero mientras Charlie corría hacia el mostrador de facturación de equipaje y pasajes. Robert le seguía a un metro con el cuadro de Cathy a cuestas.

—Sí —dijo la chica del mostrador—. Aún está a tiempo de tomar el primer vuelo a Londres. Pero vamos a cerrar las puertas dentro de pocos minutos.

Charlie soltó un suspiro de alivio y se volvió para despedirse de Trevor Roberts, a

tiempo que el conductor llegaba con su maleta y la colocaba para pesarla.

—Maldición —exclamó Charlie—, ¿me puede dejar diez libras?

Roberts sacó los billetes de su billetero y Charlie rápidamente se las pasó al conductor que se tocó el gorro en saludo y volvió al coche.

—¿Cómo puedo comenzar siquiera a agradecerle? —dijo a Trevor Roberts al estrecharle la mano.

—Agradézcaselo a tío Ernest, no a mí —dijo Roberts.

Cuando el avión despegó, con diez minutos de retraso, Charlie se acomodó en su asiento y, con el conocimiento adquirido en esos tres días, trató de comenzar a armar las piezas. Le parecía lógica la teoría de Roberts de que no había sido una coincidencia que Cathy hubiera ido a trabajar a Trumper's. Seguramente había descubierto alguna conexión entre ellos y los Trentham, aunque no se le ocurría cuál podría ser esa conexión ni por qué Cathy no se lo había dicho a ellos. ¿Decírselo a ellos...? ¿Qué derecho tenía él para criticar? Si él se lo hubiera dicho a Daniel, quizá el chico aún estaría vivo. Porque una cosa era cierta: Cathy no podía haber sabido que Daniel era su hermanastro, aunque ahora temía que la señora Trentham lo hubiera descubierto y dado a conocer a su nieto la horrible verdad.

—Maldita mujer —dijo en voz alta.

—¿Cómo, señor? —dijo la señora de edad mediana que ocupaba el asiento vecino.

—Oh, lo siento —dijo Charlie—. No me refería a usted.

Volvió a su meditación. De alguna forma tiene que haber dado con la verdad la señora Trentham. Pero ¿cómo? ¿Habría ido a verla a ella también Cathy? ¿O sería simplemente el anuncio de su compromiso en *The Times* lo que puso sobre aviso a la señora Trentham de una unión ilegal de la cual los implicados no tenían conocimiento? Fuera cual fuese la razón, Charlie comprendió que sus posibilidades de armar toda la historia eran bastante remotas ahora, ya que Daniel y la señora Trentham descansaban en sus tumbas y Cathy era incapaz de recordar lo que le había sucedido antes de llegar a Inglaterra.

Era irónico, pensó Charlie, que la mayor parte de lo que había descubierto en Australia había estado todo el tiempo guardado en una carpeta en el número 1 de Chelsea Terrace, con la etiqueta «Cathy Ross, solicitud de empleo». Pero no el eslabón perdido. «Descúbralo —había dicho Roberts—, y podrá probar su caso». Charlie movió la cabeza asintiendo.

Últimamente Cathy había logrado recordar algo de su pasado, pero nada importante. El doctor Miller continuaba aconsejando a Charlie no presionarla, ya que en cualquier momento era posible una recaída. Pero ¿podría presionarla ahora que tenía que salvar Trumper's? Decidió que una de las primeras llamadas que haría tan pronto el avión tocara suelo inglés sería al doctor Miller.

—Les habla el capitán —dijo una voz por el altavoz—. Lamento tener que comunicarles que nos hemos encontrado con un leve problema técnico. Aquellos de

ustedes sentados al lado derecho del avión podrán ver que he apagado el motor de estribor. Puedo asegurarles que no hay motivo para angustiarse ya que aún tenemos tres motores funcionando a pleno rendimiento, y en todo caso este avión está preparado para completar cualquier etapa del viaje con un solo motor —Charlie se alegró de esto último—. Sin embargo —continuó el capitán—, para mantener la seguridad del pasaje, es norma de la compañía, cuando se localiza un desperfecto de este tipo, aterrizar en el aeropuerto más cercano, con el fin de repararlo inmediatamente. —Charlie frunció el ceño—. Como aún no hemos llegado a la mitad de la etapa del viaje a Singapur, del control de tráfico aéreo me aconsejan que volvamos a Melbourne de inmediato.

Un coro de lamentos se elevó en el avión. Charlie comenzó a calcular el tiempo que le quedaba disponible antes que fuera de necesidad estar en Londres; entonces recordó que el avión en que había hecho su reserva originalmente aún estaba por salir de Melbourne esa noche a las ocho.

Se quitó el cinturón de seguridad, sacó el cuadro de Cathy del compartimiento para bolsos y se trasladó al asiento más próximo a la puerta de salida en el compartimiento de primera clase, concentrado ahora en el problema de volver a encontrar pasaje en el BOAC que salía a Londres.

El vuelo Qantas 102 tomó tierra en Melbourne pasados siete minutos de las siete. Charlie fue el primero en bajar del avión, corriendo al máximo de su capacidad, pero la dificultad de cargar el cuadro de Cathy bajo el brazo lo retrasó con respecto a otros pasajeros que lo adelantaron, ciertamente con la misma idea en mente. Sin embargo, logró ocupar el puesto número once en la cola junto al mostrador. Uno a uno la cola se fue acortando a medida que los que estaban delante encontraban asiento. Pero cuando le tocó su turno solo pudieron ofrecerle quedar en la lista de espera en caso de que hubiera asiento disponible. A pesar de suplicar desesperadamente ante un funcionario de la BOAC no consiguió nada: había otros pasajeros que consideraban igualmente importantes sus motivos para estar en Londres.

Se dirigió lentamente al mostrador de Qantas en donde le informaron que el avión del vuelo 102 había de permanecer en tierra para reparar motores y que no despegaría hasta la mañana siguiente. A las ocho cuarenta observó despegar de la pista, sin él, al BOAC Comet en que había tenido originalmente su billete.

A todos los pasajeros se les encontró alojamiento por una noche en uno de los hoteles del aeropuerto local y luego se les cambiaron los billetes para un vuelo a las diez veinte de la mañana siguiente.

Charlie estuvo en pie de regreso al aeropuerto dos horas antes de la hora en que saldría el avión, y cuando anunciaron el vuelo él fue el primero en embarcar. Si todo iba según lo programado, calculó, aún tocarían tierra en Heathrow el viernes por la mañana temprano y dispondría de un día y medio antes que se cumpliera el plazo de los dos años impuesto por si Raymond.

Lanzó su primer suspiro de alivio cuando el avión despegó, el segundo cuando

pasaron la mitad de la etapa a Singapur, y el tercero cuando aterrizaron en el aeropuerto Changi antes de la hora prevista.

Charlie bajó del avión pero solo a estirar las piernas. Enseguida estuvo instalado y atado en su asiento dispuesto para el despegue una hora después. La segunda etapa, de Singapur a Bangkok, aterrizó en el aeropuerto Don Muang con solo treinta minutos de retraso, pero el avión permaneció estacionado en la pista más de una hora. Después se les explicó que estaban escasos de personal en control de tráfico aéreo. A pesar del retraso, Charlie no estaba demasiado preocupado, lo cual no impedía que mirara su reloj semideportivo cada cinco minutos. Despegaron con una hora de retraso respecto al horario previsto.

La siguiente escala fue en el aeropuerto Palam de Nueva Delhi. Allí comenzó otra hora de pasearse por las tiendas *duty free* mientras el avión cargaba combustible, aburrido ya de ver los mismos relojes, perfumes y joyas que se vendían a los inocentes pasajeros en tránsito a precios que él bien sabía aún estaban aumentados en un cincuenta por ciento. Cuando transcurrió la hora y aún no habían avisado para volver a embarcar, Charlie se acercó a Información a preguntar la causa del retraso.

—Al parecer hay problemas con la tripulación de relevo para esta etapa del viaje —le dijo una joven detrás del mostrador de Información General—. No han completado las veinticuatro horas de descanso estipuladas por las normas de la IATA.

—¿Cuánto han descansado?

—Veinte horas —repuso la chica algo azorada.

—¿Eso significa que estaremos clavados aquí otras cuatro horas?

—Me temo que sí.

—¿Dónde está el teléfono más próximo? —preguntó Charlie sin intentar siquiera ocultar su irritación.

—En el rincón de allá, señor —dijo la chica señalando a la derecha.

Charlie se puso en la cola y cuando llegó su turno logró comunicar con la operadora dos veces, con Londres una vez, pero con Becky nunca. Cuando por fin embarcó en el avión nuevamente sin haber logrado nada, se sentía agotado.

—Les habla el capitán Matthews. Lamentamos el retraso de este vuelo —dijo el piloto con voz apaciguadora—. Espero que esta tardanza no les haya creado demasiadas dificultades. Por favor, abróchense los cinturones de seguridad y prepárense para el despegue. Tripulación de vuelo coloque el cierre automático a las puertas de la cabina.

Rugieron los motores a reacción y el avión avanzó lentamente antes de tomar velocidad por la pista. De pronto Charlie se sintió lanzado hacia adelante con un frenazo y el avión se detuvo con un chirriar de frenos a unos cientos de metros del final de la pista.

—Les habla el capitán. Lamento tener que comunicarles que las bombas hidráulicas que elevan y bajan el tren de aterrizaje al despegar y al tomar tierra indican rojo en el tablero de control, y no estoy dispuesto a arriesgar el despegue. Por

lo tanto, tenemos que volver a nuestro punto de partida en la pista y pedir a los ingenieros locales que reparen el fallo lo más pronto que sea posible. Gracias por su comprensión.

Lo que preocupó a Charlie fue la palabra «locales».

Una vez desembarcado del avión corrió de mostrador en mostrador de las distintas líneas aéreas para ver si había algún vuelo a cualquier lugar de Europa que saliera esa noche de Nueva Delhi. Muy pronto descubrió que no salía ningún avión hacia el norte hasta la mañana siguiente. Comenzó a rogar por la velocidad y eficiencia de los ingenieros indios.

Se instaló en la sala de espera, hojeando revista tras revista y bebiendo bebida tras bebida sin alcohol, en espera de cualquier información que le diera luz sobre el destino del vuelo 107. Lo primero que captó fue la novedad de que habían enviado a buscar al ingeniero jefe.

—¿A buscar? —preguntó—, ¿qué significa eso?

—Le hemos enviado un coche —le explicó el sonriente funcionario del aeropuerto.

—¿Un coche? —exclamó Charlie—, pero ¿por qué no se encuentra aquí en el aeropuerto cuando se lo necesita?

—Es su día libre.

—¿Y no tienen aquí otros ingenieros?

—No para un trabajo de esta magnitud —confesó el zarandeado empleado.

Charlie se golpeó la frente con la palma de la mano.

—¿Y dónde vive el ingeniero jefe?

—En algún lugar de Nueva Delhi —fue la respuesta—. Pero no se preocupe, señor, lo tendremos aquí antes de una hora.

El problema con este país, pensó Charlie, es que te dicen exactamente lo que deseas oír.

Por alguna razón el mismo empleado fue incapaz de explicarle después por qué les había llevado dos horas localizar al ingeniero jefe, otra hora para traerlo al aeropuerto y otros cincuenta minutos más para que el ingeniero descubriera que necesitaba todo un equipo de tres ingenieros cualificados que acababan de terminar su jornada por esa noche.

Un viejo y desvencijado bus trasladó a todos los pasajeros del vuelo 107 al hotel Taj Mahal en el centro de la ciudad. Allí, sentado en su cama, Charlie se pasó la mayor parte de la noche intentando comunicarse con Becky. Cuando finalmente lo consiguió, la comunicación se cortó antes de que alcanzara a decirle quién era. No se molestó en continuar intentándolo y se durmió.

A la mañana siguiente, cuando el bus los dejó de vuelta en el aeropuerto, allí estaba para recibirlos el empleado del aeropuerto con la misma sonrisa todavía en su lugar.

—El avión saldrá a la hora —prometió.

A la hora, pensó Charlie; en circunstancias normales se habría echado a reír.

Una hora más tarde despegó el avión. Charlie preguntó al sobrecargo a qué hora estaba previsto aterrizar en Heathrow; la respuesta fue que en algún momento del sábado a media mañana: era difícil ser exactos.

Cuando el avión hizo otra escala fuera de programa en Roma el sábado por la mañana, Charlie telefoneó a Becky desde el aeropuerto Leonardo da Vinci. Ella no alcanzó ni a abrir la boca.

—Estoy en Roma —dijo él—, y necesitaré a Stan para que vaya a recogerme a Heathrow. Como no puedo saber a qué hora llegará el avión, dile que salga hacia el aeropuerto ahora mismo y que se siente a esperar. ¿De acuerdo?

—Sí —dijo Becky.

—También necesitaré a Harrison en su oficina, de modo que si ya ha desaparecido para pasar el fin de semana en el campo, pídele que deje todo y vuelva a Londres.

—Pareces algo molesto, cariño.

—Lo siento —dijo él—. No ha sido este el más relajado de los viajes.

Con el cuadro bajo el brazo y sin interesarse por cuál sería el problema del avión esta vez ni dónde acabaría su maleta, tomó el primer vuelo europeo disponible para Londres esa tarde. Una vez en el aire, comenzó a consultar su reloj cada diez minutos. A las ocho de la noche el piloto cruzó el canal de la Mancha y Charlie se sintió confiado: aún le quedaban cuatro horas, tiempo más que suficiente para reivindicar los derechos de Cathy, siempre que Becky hubiera logrado localizar a Harrison.

Mientras el avión sobrevolaba en círculos sobre Londres de la forma acostumbrada, Charlie miró por la ventanilla oval y contempló el serpenteante Támesis.

Pasaron otros veinte minutos y ahora veía frente a él las dos hileras de luces de la pista de aterrizaje. En seguida vio la bocanada de humor al tocar tierra las ruedas, y el avión se dirigió hacia la puerta asignada. Finalmente se abrieron las puertas del avión a las ocho y veintinueve minutos.

Cogió el cuadro y corrió todo el trayecto hasta el control de pasaportes, luego la aduana. No se detuvo hasta ver una cabina de teléfonos, pero como no tenía monedas para hacer una llamada local, tuvo que llamar a través de la operadora con cobro revertido. Un momento después escuchó a Becky.

—Becky, estoy en Heathrow. ¿Dónde está Harrison?

—En viaje de regreso desde Tewkesbury. Espera estar en su oficina alrededor de las nueve y media, a las diez a más tardar.

—Bien, entonces iré directamente a casa. Debería estar contigo en cuarenta minutos.

Colgó de un golpe el receptor, miró su reloj y vio que no tenía tiempo para llamar al doctor Miller. Corrió a la acera notando entonces la brisa fría. Stan le esperaba

junto al coche. Con los años, el exbrigada se había acostumbrado a la impaciencia de Charlie y le condujo sin tropiezos por las afueras de Londres sin hacer caso de la limitación de velocidad hasta llegar a Chiswick, donde hasta una moto habría sido detenida por exceso de velocidad. A pesar de la lluvia torrencial tuvo de regreso a su jefe en Eaton Square a las nueve y dieciséis.

Charlie estaba a medio camino de su narración a una callada Becky de todo lo que le había sucedido en Australia, cuando llamó Harrison para decir que ya estaba en su oficina en High Holborn. Charlie le dio las gracias y le transmitió los saludos de su sobrino y le pidió disculpas por estropearle el fin de semana.

—No se habrá estropeado si las noticias son positivas —dijo Harrison.

—Guy Trentham tuvo más descendencia.

—No creo que me haya hecho venir de Tewkesbury para contarme los últimos detalles del Internacional de *cricket* en Melbourne —dijo Harrison—. ¿Hombre o mujer?

—Mujer.

—¿Legítima o ilegítima?

—Legítima.

—Entonces puede reivindicar sus derechos sobre la propiedad en cualquier momento antes de la medianoche.

—¿Tiene que hacerlo ante usted en persona?

—Eso es lo que estipula el testamento —dijo Harrison—. Sin embargo, si está en Australia puede hacerlo con Roberts Trevor, ya que a él le he dado...

—No, está en Inglaterra y la tendré en su oficina antes de la medianoche.

—A propósito, ¿cómo se llama? —preguntó Harrison—. Lo pregunto para poder preparar los papeles.

—Cathy Ross —dijo Charlie—. Pero pídale a su sobrino que se lo explique todo porque no tengo tiempo disponible —añadió colgando antes de que Harrison pudiera contestar.

Corrió al vestíbulo en busca de Becky.

—¿Dónde está Cathy? —le preguntó.

—Fue a un concierto en el Festival Hall. Mozart, creo que dijo, fue con un nuevo galán de la city.

—Muy bien, vámonos —dijo Charlie.

—¿Vamos?

—Sí, vámonos —dijo Charlie prácticamente gritando y ya en la puerta.

Ya había subido al coche cuando se dio cuenta de que no tenía chófer. Se bajó y volvió a la casa encontrándose con Becky que casi corría en sentido opuesto.

—¿Dónde está Stan?

—Probablemente cenando en la cocina.

—Muy bien —dijo Charlie pasándole las llaves—. Tú conduces, yo hablo.

—Pero ¿a dónde vamos?

—Al Festival Hall.

—Qué divertido —comentó Becky—, después de todos estos años, y yo sin saber que te gustaba Mozart.

Becky subió al coche y se instaló tras el volante mientras él corriendo daba la vuelta para sentarse junto a ella en el asiento delantero. Salió el coche y Becky condujo con destreza por entre el tráfico nocturno mientras Charlie continuaba su relato de los detalles de sus descubrimientos en Australia, explicándole lo urgente que era encontrar a Cathy antes de la medianoche. Ella lo escuchaba con atención sin interrumpir.

Ya cruzaban el Westminster Bridge cuando Charlie acabó su historia con un «¿Alguna pregunta?», pero Becky seguía en silencio. Charlie esperó un momento y por último preguntó:

—¿No tienes nada que decir?

—Sí —dijo ella—. Que no cometamos con Cathy el mismo error que cometimos con Daniel.

—¿A saber?

—No decirle toda la verdad.

—Tendré que hablar con el doctor Miller antes de pensar siquiera en correr el riesgo —dijo Charlie—. Pero el problema más inmediato es asegurarnos que presente su reclamación a tiempo.

—Sin contar con el problema más inmediato aún de dónde esperas que deje el coche —dijo Becky girando a la izquierda por Belvedere Road para continuar hacia la entrada del Royal Festival Hall con sus líneas amarillas dobles y sus letreros de «No aparcar».

—Justo delante de las puertas de entrada —dijo Charlie, y ella obedeció sin objeción.

Tan pronto se detuvo el coche Charlie saltó fuera, corrió por la acera y pasó por las puertas de cristal.

—¿A qué hora termina el concierto? —preguntó al primer uniformado que vio.

—A las diez treinta y cinco, señor, pero no puede dejar el coche allí.

—¿Y dónde queda la oficina del director?

—Quinta planta a la derecha, segunda puerta a la izquierda según sale del ascensor. Pero...

—Gracias —le gritó Charlie ya corriendo en dirección al ascensor.

Becky acababa de alcanzar a su marido cuando llegó el ascensor.

—Su coche, señor —alcanzó a decir el portero, pero las puertas del ascensor ya se cerraban tras él.

Tan pronto se abrieron las puertas del ascensor en la quinta planta, Charlie saltó fuera, miró a su derecha y vio una puerta a la izquierda con el letrero «Director». Golpeó una vez antes de entrar. Adentro había dos hombres de esmoquin disfrutando de un cigarrillo y escuchando el concierto por un altavoz. Se volvieron a ver quién los

interrumpía.

—Buenas noches, *sir* Charles —dijo el más alto incorporándose y avanzando hacia él—, Jackson. Soy el director del teatro. ¿Hay algo en que pueda servirle?

—Espero que sí, señor Jackson —repuso Charlie—. Tengo que sacar a una damita de la sala de conciertos tan pronto como sea posible. Es una emergencia.

—¿Sabe su número de asiento?

—No tengo idea.

Charlie miró a su esposa que solo meneó la cabeza.

—Entonces síganme —dijo el director saliendo a grandes pasos hacia el ascensor.

Cuando se volvieron a abrir las puertas se encontraron frente a frente al primer empleado que se habían encontrado al llegar.

—¿Algún problema, Ron?

—Solo que este señor ha dejado su coche en la misma puerta de entrada, señor.

—Entonces cuídeselo, ¿de acuerdo? —El director pulsó el botón de la tercera planta y preguntó volviéndose a Becky—. ¿Cómo va vestida la joven?

—Vestido rojo y esclavina blanca.

—Bravo, señora —dijo el director.

Salió del ascensor y los condujo rápidamente a una entrada lateral adyacente al palco de autoridades. Una vez dentro el señor Jackson quitó una pequeña fotografía de la reina inaugurando el edificio en 1957 y tiró de la ventana oculta de forma que podía observar al público por un espejo.

—Una precaución de seguridad en caso de que se presentara algún problema —explicó. Luego desenganchó dos pares de gemelos de debajo del apoyabrazos y se los pasó uno a Becky y otro a Charlie—. Si pueden localizar el asiento de la dama, alguien de mi personal la hará salir discretamente. —Se volvió a escuchar la música durante unos segundos y añadió—: Quedan diez minutos para que termine el concierto, doce a lo más. No hay bises programados para esta noche.

—Tú miras la platea, Becky, y yo miro el piso principal.

Charlie comenzó a enfocar los gemelos hacia el público sentado debajo de ellos. Entre los dos escudriñaron las mil novecientas localidades primero rápido y luego lentamente fila por fila. Ninguno de los dos logró localizar a Cathy ni en platea ni en el piso principal.

—Pruebe con los palcos del otro lado, *sir* Charles —sugirió el director.

Dos pares de gemelos recorrieron de un lado a otro el teatro. Aún no había señales de Cathy, de modo que Charlie y Becky volvieron su atención nuevamente al auditorio principal, escudriñando las filas.

El director de orquesta bajó su batuta por última vez a las diez y treinta y dos y comenzaron las oleadas de aplausos mientras Charlie y Becky continuaban su búsqueda entre la multitud, ahora de pie, hasta que finalmente se encendieron las luces y el público comenzó a abandonar el teatro.

—Tú continúa mirando, Becky. Yo iré a ver si los localizo al salir.

Se precipitó por la puerta del palco de autoridades seguido por Jackson y casi chocó con un hombre que salía del palco contiguo. Charles se volvió para disculparse.

—Hola, Charlie, no sabía que te gustaba Mozart —dijo una voz.

—No me gustaba pero de pronto se ha convertido en mi héroe —dijo Charlie incapaz de esconder su alegría.

—Por supuesto —dijo el director—. El único lugar que no podían ver era el contiguo al nuestro.

—Permíteme que te presente...

—No tenemos tiempo para eso —dijo Charlie—. Sígueme —dijo tomando a Cathy por el brazo—, Becky, discúlpame con el caballero y explícale por qué necesito a Cathy. Puede recuperarla después de la medianoche. Y gracias, señor Jackson. —Miró su reloj—. Aún tenemos tiempo.

—¿Tiempo para qué, Charlie? —preguntó Cathy mientras corrían por el vestíbulo y salían a Belvedere Road.

El hombre de uniforme estaba de guardia junto al coche.

—Gracias, Ron —dijo Charlie tratando de abrir la puerta de adelante—. Maldita sea, Becky le echó llave.

Se volvió a observar un taxi que salía de la fila de espera. Le hizo señas.

—Eh, amigo —dijo el hombre que estaba al comienzo de la cola para taxis—. Creo que descubriré que ese es mi taxi.

—Está a punto de tener un hijo —dijo Charlie abriendo la puerta y empujando a Cathy en el compartimiento posterior del taxi.

—Ah, qué buena suerte —exclamó el hombre retrocediendo.

—¿Adónde, jefe? —preguntó el taxista.

—Ciento diez High Holborn y sin perder tiempo —dijo Charlie.

—Creo que en esa dirección es más probable que encontremos un abogado que un ginecólogo —comentó Cathy—, y espero que tengas una explicación digna de por qué me estoy perdiendo la cena con un hombre que me ha pedido la primera cita en semanas.

—No inmediatamente —confesó Charlie—. Todo lo que necesito que hagas por el momento es firmar un documento antes de la medianoche, y luego te prometo que vendrá la explicación.

Unos pocos minutos pasadas las once se detuvo el taxi delante de la oficina del abogado. Charlie bajó del coche y se encontró a Harrison que los esperaba para saludarlos.

—Son ocho con seis, jefe.

—Oh, Dios, no tengo dinero.

—Así es como trata a todas sus chicas —dijo Cathy pasándole al taxista un billete de diez chelines.

Ambos siguieron a Harrison a su oficina donde ya había un montón de

documentos dispuestos sobre su escritorio.

—Después de hablar con usted tuve una larga conversación telefónica con mi sobrino en Australia —dijo Harrison a Charlie—. De modo que creo estoy bien informado de todo lo sucedido durante su estancia allí.

—Lo cual es mucho más de lo que puedo decir yo —dijo Cathy desconcertada.

—Todo a su tiempo —dijo Charlie—. Las explicaciones después. Entonces ¿ahora qué? —preguntó volviéndose a Harrison.

—La señorita Ross ha de firmar aquí, aquí y aquí —dijo el abogado sin dar más explicaciones, señalando un espacio entre dos cruces a lápiz en la parte inferior de tres hojas distintas—. Como usted no tiene parentesco alguno con la beneficiaria ni es el beneficiario usted mismo, *sir* Charles, puede actuar como testigo de la firma de la señorita Ross.

Charlie asintió, dejó un par de gemelos junto al contrato y sacó una pluma de un bolsillo interior.

—En el pasado siempre me enseñaste, Charlie, a leer atentamente los documentos antes de firmarlos.

—Olvida todo lo que te he enseñado en el pasado y límitate a firmar donde te dice el señor Harrison.

Cathy firmó los tres documentos sin añadir otra palabra.

—Gracias, señorita Ross —dijo el señor Harrison—, y ahora, si me disculpan un momento, debo informar al señor Birkenshaw de lo que acaba de tener lugar.

—¿Birkenshaw?

—El abogado del señor Trentham. Evidentemente debo hacerle saber inmediatamente que su cliente no es la única persona que reclama sus derechos a la propiedad Hardcastle.

Cathy se volvió a mirar a Charlie aún más desconcertada.

—En seguida —dijo Charlie—, te lo prometo.

Harrison marcó los siete dígitos de un número de Chelsea. Nadie habló mientras esperaban a que contestaran el teléfono. Finalmente el señor Harrison escuchó una voz soñolienta:

—Flaxman 7192.

—Buenas noches, Birkenshaw, habla Harrison. Lamento molestarle a esta hora de la noche. De verdad no lo habría hecho si no hubiera considerado que las circunstancias justificaban plenamente esta intrusión en su intimidad. Pero primero que nada, ¿qué hora tiene usted?

—¿Le he oído correctamente? —preguntó Birkenshaw con voz ahora más despierta—, ¿me ha telefoneado a mitad de la noche para preguntarme la hora?

—Exactamente —dijo Harrison—, verá, necesito confirmar que aún falta para la hora de las brujas. Así que sea buen compañero y dígame qué hora tiene usted.

—Tengo las once diecisiete, pero no logro comprender...

—Yo tengo las once dieciséis —dijo Harrison—, pero en lo que se refiere a la

hora, con gusto me inclino ante su superior criterio. El motivo de esta llamada, por cierto —continuó—, es comunicarle que una segunda persona, que por lo visto tiene un parentesco más directo con *sir* Raymond que su cliente, ha presentado su reclamación de derechos sobre la propiedad Hardcastle.

—¿Cómo se llama ella?

—Sospecho que usted ya lo sabe —repuso el anciano abogado antes de colgar—. Maldita sea —dijo mirando a Charlie—, debería haber grabado la conversación.

—¿Por qué?

—Porque Birkenshaw jamás va a admitir que dijo «ella».

CAPÍTULO 47

—¿Quieres decir que Guy Trentham era mi padre? —preguntó Cathy—, pero ¿cómo...?

Los tres continuaron sentados durante buena parte de la noche, Charlie contándole a Cathy lo que había descubierto en Australia, explicándole cómo todo confirmaba los datos que ella proporcionara a Becky cuando se presentó a solicitar el trabajo en Trumper's. Harrison escuchaba con suma atención, asintiendo de vez en cuando y comprobando las notas que había tomado durante la larga conversación con su sobrino, al que también había despertado al amanecer del domingo. A diferencia de Birkenshaw, Trevor Roberts no se molestó por la llamada.

Cathy escuchó todo lo que Charlie le informó, pero fue totalmente incapaz de recordar nada sobre Santa Hilda, Melbourne, e incluso Australia. «Señorita Benson» no le sonaba para nada.

—Me he esforzado muchísimo en recordar lo que sucedió antes de llegar a Inglaterra, pero no logro recordar nada, a pesar de que recuerdo el más mínimo detalle de lo que tuvo lugar después de haber desembarcado en Southampton. El doctor Miller no se muestra muy optimista, ¿verdad?

—No hay ningún principio fijo, eso es todo lo que me repite.

Charlie se levantó, atravesó la habitación y se volvió mostrando el cuadro de Cathy con una expresión de esperanza, pero ella se limitó a negar con la cabeza mientras contemplaba el paisaje de bosques.

—Estoy de acuerdo en que debo de haberlo pintado en algún momento, pero no tengo idea de dónde ni cuándo.

Charlie y Cathy estuvieron de regreso en Eaton Square alrededor de las cuatro de la mañana, habiendo acordado con Harrison que este concertaría una entrevista cara a cara con la otra parte implicada tan pronto como esta fuera posible. Cathy estaba absolutamente extenuada, pero el reloj del tiempo de Charlie no le permitió irse a dormir, de modo que se encerró en el estudio para continuar su búsqueda mental del eslabón perdido, demasiado consciente de la batalla legal que tenía por delante.

Al día siguiente Charlie acompañó a Cathy a Cambridge y ambos pasaron una tensa tarde en la pequeña consulta del doctor Miller en Addenbrooke. Por su parte, el médico parecía muchísimo más interesado en la carpeta de informes sobre Cathy proporcionada por la señora Culver, que en el hecho de que podría estar en cierto modo emparentada con la señora Trentham y ser por tanto candidata a heredar el fideicomiso Hardcastle.

La paseó lentamente por cada información que aparecía en la carpeta: clases de arte, méritos, mala conducta, partidos de tenis, colegio Queen Elizabeth, universidad de Melbourne; pero siempre se encontró con la misma respuesta: honda meditación, seguida de un lento movimiento negativo de la cabeza. Intentó con asociaciones de palabras: Melbourne, señorita Benson, *cricket*, barco, hotel, para las cuales recibió las

respuestas: Australia, Hedges, marcador, Southampton, cansada.

Sus primeros recuerdos, explicó Cathy al doctor Miller, eran aún un largo viaje por un océano, un hotel de Londres y luego Trumper's. «Marcador», no lo sabía explicar. El nombre Guy Trentham no significaba nada en absoluto para ella. Ni el doctor Miller ni Charlie se refirieron a Daniel en ningún momento de aquella tarde, mientras Cathy trataba de ayudarlos a ensamblar los pequeños detalles de su pasado.

A las seis de la tarde Cathy ya estaba agotada. El doctor Miller llevó a Charlie a un lado y le advirtió que en su opinión era muy improbable que Cathy recordara alguna vez lo que ocurrió en su vida antes de llegar a Londres. Tal vez de vez en cuando recordaría hechos de poca trascendencia, pero nada de verdadera importancia.

—Lo siento, no te fui de mucha ayuda, ¿verdad? —dijo Cathy cuando Charlie la llevaba de regreso a Londres.

—Aún no estamos derrotados —la tranquilizó él tomándole la mano, aunque ya comenzaba a considerar demasiado optimista el pronóstico de cincuenta-cincuenta que le hiciera Trevor Roberts sobre la demostración de que Cathy era la verdadera heredera del fideicomiso Hardcastle.

Becky estaba allí para recibirlos y los tres cenaron apaciblemente juntos. Charlie no hizo ninguna referencia a lo sucedido en Cambridge aquel día hasta que Cathy se fue a acostar. Cuando Becky se enteró de las respuestas de Cathy al examen del doctor Miller insistió en que en adelante había que dejarla en paz.

—Perdí a Daniel por culpa de esa mujer —dijo Becky a su marido—, y no estoy dispuesta a perder también a Cathy. Si vas a continuar luchando por Trumper's, debes hacerlo sin implicarla.

Charlie se mostró conforme aunque sintió deseos de gritar: ¿Cómo se supone que voy a defender Trumper's de que me lo quite otro Trentham si no se me permite presionar a Cathy hasta el límite?

Justo antes de apagar la luz del dormitorio, sonó el teléfono. Era Trevor Roberts que llamaba desde Sydney, pero no para informar de ningún progreso en la causa. Walter Slade se había negado a proporcionar ningún dato nuevo sobre Ethel Trentham, negándose también a firmar un documento en el que reconocía haberla conocido. Una vez más Charlie se maldijo a sí mismo por la estúpida forma de llevar su entrevista con el anciano.

—¿Y el banco? —preguntó sin demasiadas esperanzas.

—En el Banco Comercial de Australia dicen que no pueden permitir el acceso a los detalles de la cuenta personal de la señorita Benson a no ser que se demuestre que se ha cometido un delito. Lo que hizo a Cathy la señora Trentham bien se podría calificar de maldad, pero me temo que no fue estrictamente un delito.

—No ha sido hoy un buen día para ninguno de los dos —admitió Charlie.

—No olvide que la otra parte no sabe eso.

—Es cierto, pero ¿cuánto saben realmente?

—Mi tío me contó el lapsus de Birkenshaw al decir «ella», de modo que imagino

que saben tanto como nosotros. En la entrevista con ellos suponga siempre que lo saben, y no deje de buscar al mismo tiempo el eslabón perdido.

Después de cortar la comunicación, Charlie se quedó despierto un buen rato, pero no se movió hasta estar seguro de que Becky se había dormido. Entonces se deslizó de la cama, se puso la bata y fue silenciosamente a su estudio. Abrió una libreta y comenzó a anotar todos los hechos que había reunido durante los últimos días, con la esperanza de que esto pudiera poner en marcha algún recuerdo. A la mañana siguiente Becky lo encontró desplomado sobre el escritorio profundamente dormido.

—No te merezco, Charlie —le susurró besándolo en la frente.

Él se movió y abrió los ojos.

—Vamos a ganar —dijo él medio dormido e incluso se las arregló para sonreír, pero por la expresión de su cara se dio cuenta de que ella no le creía.

Los tres desayunaron juntos una hora más tarde y conversaron de todo menos del careo que se había concertado para esa tarde en las oficinas del señor Harrison. Cuando Charlie se incorporaba para dejar la mesa, Cathy dijo inesperadamente:

—Me gustaría estar presente en la confrontación.

—¿Lo crees prudente? —le preguntó Becky mirando luego nerviosamente a su marido.

—No lo sé —repuso Cathy—. Pero lo que sí sé es que deseo estar allí cuando Charlie exponga mi caso, y no enterarme después de los resultados, de segunda mano.

—Buena chica —dijo Charlie—. La entrevista tendrá lugar a las tres en la oficina de Harrison, cuando tengamos la oportunidad de presentar nuestro caso. El abogado de Trentham se nos unirá a las cuatro. Te pasaré a recoger a las tres y media, pero si cambias de opinión antes, no me enfadaré lo más mínimo.

Becky se volvió a ver la reacción de Cathy ante esta sugerencia y tuvo una decepción.

Cuando Charlie entró en su oficina a las ocho y media en punto, ya estaban allí esperándolo Daphne y Arthur Selwyn, tal como se les había dicho.

—Café para tres y nada de interrupciones, por favor —dijo Charlie a Jessica, colocando frente a él sobre el escritorio el trabajo de la noche anterior.

—Así pues, ¿por dónde empezamos? —preguntó Daphne, y durante la hora y media siguiente ensayaron preguntas, declaraciones y tácticas que podrían emplearse ante Trentham y Birkenshaw, tratando de imaginar y adivinar cualquier situación que pudiera presentarse.

Cuando un poco antes de las doce les enviaron un ligero almuerzo, ya todos estaban agotados; nadie habló durante un rato.

—Es importante que tengas presente que esta vez tratas con un Trentham diferente —dijo Arthur Selwyn poniendo un terrón de azúcar en su café.

—Los dos son igual de malos por lo que a mí respecta —dijo Charlie.

—Quizá Nigel sea tan astuto como su hermano, pero no creo ni por un momento

que tenga la implacable resolución de su madre, ni la capacidad de Guy para pensar con los pies en la tierra.

—¿Qué quieres dar a entender, Arthur? —preguntó Daphne.

—Cuando se reúnan esta tarde, Charlie tiene que procurar que Nigel Trentham hable todo lo posible, porque con los años he notado que durante las reuniones de consejo Nigel siempre repite demasiado una frase y acaba derrotando él mismo su propia causa. Jamás olvidaré aquella vez en que se oponía a que el personal tuviera su propia cantina debido a la pérdida de ingresos que esto acarrearía, hasta que Cathy hizo notar que la comida venía de la misma cocina que la del restaurante y que finalmente acabaríamos sacando un pequeño beneficio de lo que podría haber sido comida desperdiciada.

Charlie reflexionó sobre este comentario mientras comía su bocadillo.

—Me pregunto qué puntos flacos míos le estarán señalando sus asesores.

—Tu mal genio —dijo Daphne—. Siempre has tenido mucho genio. No les des ocasión de que lo aprovechen.

A la una, Daphne y Arthur se fueron para dejar en paz a Charlie. Él les dio las gracias, se quitó la chaqueta, se echó en el sofá y durmió profundamente durante una hora. A las dos, Jessica lo despertó y él le sonrió sintiéndose como nuevo: otro legado de la guerra.

Volvió a su escritorio y repasó una vez más sus notas antes de salir de su oficina y caminar por el corredor hasta tres puertas más allá para recoger a Cathy. Casi esperaba que ella hubiera cambiado de opinión, pero Cathy ya se había colocado el abrigo y estaba sentada esperándolo. Se dirigieron en coche a la oficina de Harrison, llegando una hora antes de lo previsto para que aparecieran Trentham y Birkenshaw.

El anciano abogado escuchó atentamente la presentación que Charlie hacía de su caso, asintiendo de tanto en tanto o tomando más notas, aunque por la expresión de su cara Charlie no tenía forma de saber lo que realmente pensaba.

Cuando Charlie llegó al final de su disertación, Harrison dejó la pluma sobre su escritorio y se echó atrás en su sillón. Durante un rato no dijo nada.

—Estoy impresionado por la lógica de sus argumentos, *sir* Charles —dijo finalmente, colocando las palmas de las manos frente a él sobre el escritorio—. Y, de verdad, por los datos que ha reunido. Sin embargo, debo decirle que sin la corroboración de sus principales testigos y sin un *affidávit* o de Walter Slade o de la señorita Benson, el señor Birkenshaw se apresurará a hacer notar que su tesis se basa casi completamente en pruebas circunstanciales.

»No obstante —continuó—, tendremos que ver lo que tiene para ofrecer la otra parte. Encuentro difícil de creer, después de mi conversación con Birkenshaw el sábado por la noche, que sus descubrimientos resulten una sorpresa total para su cliente.

El reloj de la repisa de la chimenea desgranó cuatro discretas campanadas y Harrison consultó su reloj de bolsillo. No había señales de la otra parte y pronto el

anciano abogado comenzó a tamborilear con los dedos sobre el escritorio. Charlie comenzó a preguntarse si esto no sería una simple táctica de su adversario.

Finalmente aparecieron Nigel Trentham y su abogado cuando pasaban doce minutos de las cuatro, pero ninguno de los dos se sintió en la necesidad de pedir disculpas por su tardanza.

Charlie se puso de pie y el señor Harrison le presentó a Victor Birkenshaw, hombre alto, delgado, menor de cincuenta años, prematuramente calvo y con el poco pelo que le quedaba peinado por encima de la cabeza en delgados mechones grises. La única característica que al parecer tenía en común con el señor Harrison eran sus ropas, que por lo visto provenían del mismo sastre. Birkenshaw se sentó en uno de los dos sillones desocupados frente a Harrison sin dar señales de haber notado siquiera la presencia de Cathy en la habitación. De su bolsillo superior sacó una pluma, de su maletín una libreta y la apoyó sobre sus rodillas.

—Mi cliente, el señor Nigel Trentham, ha venido a reivindicar su herencia como heredero legítimo del fideicomiso Hardcastle —comenzó—, como estipula claramente la última voluntad y testamento de *sir* Raymond.

—El nombre de su cliente —dijo Harrison adoptando el tono más bien formal de la presentación de Birkenshaw—, permítame recordárselo, no aparece en el testamento de *sir* Raymond, y ahora surge una disputa sobre quién es el legítimo heredero. Por favor, no olvide que *sir* Raymond me pidió convocar esta reunión en caso de que surgiera la necesidad, para que yo arbitrara en su nombre.

—Mi cliente —volvió a intervenir Birkenshaw—, es el segundo hijo del difunto Gerald y de Ethel Sybil Trentham y nieto de *sir* Raymond Hardcastle. Por lo tanto, después de la muerte de su hermano mayor, Guy Trentham, con seguridad tiene que ser él el legítimo heredero.

—Según los términos del contrato, tengo que aceptar la reclamación de su cliente —convino Harrison—, a no ser que se demuestre que a Guy Trentham le sobrevivieron uno o varios hijos. Ya sabemos que Guy era el padre de Daniel Trumper...

—Eso jamás ha sido demostrado a entera satisfacción de mi cliente —dijo Birkenshaw anotando diligentemente todo lo que decía Harrison.

—Se demostró suficientemente a satisfacción de *sir* Raymond, tanto que lo nombra en su testamento dándole la preferencia sobre su cliente. Dado el resultado de la entrevista entre la señora Trentham y su nieto, tenemos todos los motivos para creer que a ella tampoco le cabía la menor duda de quién era el padre de Daniel. De otra forma, ¿por qué se molestó en llegar a un acuerdo general con él?

—Eso son simples conjeturas —dijo Birkenshaw—. Solo hay un hecho cierto: el caballero del que hablamos ya no está con nosotros, y por lo que todo el mundo sabe no dejó hijos propios.

Aún no miraba en dirección a Cathy que escuchaba silenciosamente mientras la pelota iba y venía entre los dos profesionales.

—Con gusto aceptamos eso sin objeción —dijo Charlie interviniendo por primera vez—. Pero lo que no sabíamos hasta hace muy poco era que Guy tenía también una hija llamada Margaret Ethel.

—¿Qué prueba tiene usted para hacer esa indignante afirmación? —preguntó Birkenshaw irguiéndose de golpe.

—La prueba está en la declaración del banco que le envié a su casa el domingo por la mañana.

—Una declaración, podría yo decir —dijo Birkenshaw—, que nadie sino mi cliente tenía derecho a abrir.

Miró en dirección a Nigel Trentham que estaba muy ocupado encendiendo un cigarrillo.

—De acuerdo —dijo Charlie—. Pero se me ocurrió que por una vez podría seguir el ejemplo de la señora Trentham.

Harrison pestañeó temiendo que su amigo estuviera a punto de perder la paciencia.

—Quienquiera que fuera —continuó Charlie—, incluso se las arregló para que sus nombres figuraran en los archivos policiales como su única hija sobreviviente y para pintar un cuadro que desgraciadamente permaneció en la pared del comedor durante veinte años a la vista de todos. Un cuadro que creo no podría ser reproducido por nadie sino por la persona que lo creó. Mejor que una huella dactilar, ¿no les parece? ¿O eso es también conjetura?

—Lo único que prueba el cuadro —replicó Birkenshaw—, es que la señorita Ross residió en un orfanato de Melbourne en algún período entre mil novecientos veinticuatro y mil novecientos cuarenta y cinco. Sin embargo, ella fue totalmente incapaz de recordar incluso el nombre del orfanato, o de su directora. ¿No es así, señorita Ross? —Se volvió a mirar a Cathy por primera vez.

Ella asintió con la cabeza pero no habló.

—Menuda testigo —dijo Birkenshaw sin tratar de disimular el sarcasmo—. Ni siquiera puede apoyar el cuento que usted se ha inventado en su nombre. Se llama Cathy Ross, eso es todo lo que sabemos, y a pesar de sus pretendidas pruebas no hay nada que la vincule a *sir* Raymond.

—Pero hay varias personas que pueden apoyar su «cuento» como lo llama usted —se apresuró a replicar Charlie.

Harrison levantó una ceja ya que ante él no había ninguna prueba que corroborara esa afirmación, aun cuando deseaba creer lo que decía *sir* Charles.

—Saber que residió en un orfanato de Melbourne no equivale a una corroboración —dijo Birkenshaw echándose hacia atrás un mechón que le había caído sobre la frente—. Repito, incluso si aceptáramos todas sus locas pretensiones de imaginados encuentros entre la señora Trentham y la señorita Benson, aun eso no probaría que la señorita Ross es de la misma sangre que Guy Trentham.

—¿Tal vez le gustaría comprobar su grupo sanguíneo usted mismo? —dijo

Charlie.

Esta vez el señor Harrison alzó las dos cejas: hasta ahora ninguna de las dos partes había hecho referencia a los grupos sanguíneos.

—Un grupo sanguíneo, podría añadir yo, *sir* Charles, que comparte la mitad de la población mundial.

Birkenshaw se estiró las solapas de su chaqueta.

—Ah, ¿así que ya lo ha comprobado usted? —dijo Charlie con expresión triunfal—. Entonces es que debe de haber alguna duda en su mente.

—No hay ninguna duda en mi mente respecto a quién es el heredero legítimo de la propiedad Hardcastle —dijo Birkenshaw, y luego se volvió a señor Harrison—, ¿cuánto tiempo se supone que hemos de continuar esta farsa? —a su pregunta le siguió un exasperado suspiro.

—Todo el tiempo que le lleve a alguien convencerme de quién es el heredero legítimo de la propiedad de *sir* Raymond —dijo Harrison con voz fría y autoritaria.

—¿Qué más quiere? —preguntó Birkenshaw—. Mi cliente no tiene nada que ocultar, mientras que la señorita Ross al parecer no tiene nada que ofrecer.

—Entonces tal vez usted pueda explicar, Birkenshaw, a mi entera satisfacción —dijo Harrison—, por qué la señora Ethel Trentham hizo pagos regulares durante varios años a una tal señorita Benson, directora del orfanato de Santa Hilda de Melbourne, al cual, creo que todos aceptamos ahora, asistió la señorita Ross entre mil novecientos veinticuatro y cuarenta y cinco.

—No tuve el privilegio de representar a la señora Trentham, ni en realidad a la señorita Benson, de modo que no estoy en situación de dar una opinión. Tampoco, señor, lo está usted, si es por eso.

—Tal vez su actual cliente conozca el motivo de estos pagos y querría ofrecer una opinión —insistió Harrison.

Ambos miraron a Nigel Trentham que apagó calmadamente los restos de su cigarrillo, pero continuó sin hablar.

—No hay ningún motivo para suponer que mi cliente deba contestar ninguna pregunta hipotética —sugirió Birkenshaw.

—Pero si su cliente se muestra tan reacio a hablar en su nombre —dijo Harrison— eso solo me hace más difícil aceptar que no tiene nada que ocultar.

—Eso, señor, es indigno de usted —dijo Birkenshaw—. Usted más que nadie sabe muy bien que cuando a un cliente lo representa un abogado, se sobreentiende que puede no querer hablar necesariamente. De hecho, ni siquiera era obligatorio que el señor Trentham asistiera a esta reunión.

—Esto no es un tribunal de justicia —dijo Harrison bruscamente—, en todo caso, sospecho que el abuelo del señor Trentham no habría aprobado esa táctica.

—¿Niega usted los derechos legales de mi cliente?

—Naturalmente que no. Sin embargo, si debido a esa renuencia a hablar me veo incapaz de llegar a una decisión, puede que tenga que recomendarles a ambas partes

que se resuelvan este asunto en un tribunal de justicia, como lo estipula claramente la cláusula veintisiete del testamento de *sir* Raymond.

Otra cláusula más de la que no sabía nada, pensó tristemente Charlie.

—Pero un caso así podría tardar años solo en llegar a los tribunales —hizo notar Birkenshaw—. Además, podría acabar con grandes gastos para ambas partes. No puedo creer que ese haya sido el propósito de *sir* Raymond.

—Puede que así sea —dijo Harrison—. Pero al menos eso aseguraría que su cliente tuviera la oportunidad de explicar esos pagos trimestrales ante un jurado, esto es, si él supiera algo sobre ellos.

Por primera vez Birkenshaw pareció dudar, pero Trentham continuó sin abrir la boca. Continuó allí sentado, fumando otro cigarrillo.

—Un jurado también podría considerar que la señorita Ross no es otra cosa que una oportunista —sugirió Birkenshaw cambiando de política—. Una oportunista que, habiendo dado con un buen cuento, se las arregló para venir a Inglaterra y hacer calzar hábilmente los hechos con sus propias circunstancias.

—¡Y tan hábilmente! —dijo Charlie—. ¿No se las arregló perfectamente a la edad de tres años para inscribirse en un orfanato de Melbourne? Y exactamente en el mismo período en que Guy Trentham estaba en la cárcel local...

—Coincidencia —dijo Birkenshaw.

—... después de haber sido dejada allí por la señora Trentham, que luego gira un pago trimestral a la directora, pago que cesa misteriosamente cuando muere la señorita Benson. Tiene que haber habido algún secreto que guardaba.

—Circunstancial y, más aún, inadmisibles —dijo Birkenshaw.

Nigel Trentham se inclinó hacia adelante y estaba a punto de hacer un comentario cuando su abogado le colocó firmemente la mano en el brazo.

—No nos dejaremos engañar por esas tácticas de matones, *sir* Charles, que sospecho son más comunes en Whitechapel Road que en la Lincoln's Inn.

Charlie saltó de su silla con el puño apretado y avanzó un paso en dirección a Birkenshaw.

—Cálmese, *sir* Charles —dijo secamente Harrison.

Charlie se detuvo de mala gana muy cerca de Birkenshaw, que no se arredró. Luego de un momento de vacilación recordó las palabras de Daphne respecto a su mal genio y se volvió a su silla. El abogado de Trentham continuó mirándolo desafiante.

—Como iba diciendo —dijo Birkenshaw—, mi cliente no tiene nada que ocultar. Y ciertamente no le parecerá necesario recurrir a la violencia física para probar su caso.

Charlie desempuñó la mano pero no bajó el tono de su voz:

—Lo que sí espero es que su cliente quiera dignarse a contestar al abogado cuando le pregunta por qué su madre continuó pagando grandes sumas de dinero a alguien del otro lado del mundo a la que jamás conoció. Y por qué un tal señor Walter

Slade, chófer del Victoria Country Club, la llevó a Santa Hilda el diecisiete de abril de mil novecientos veintiséis acompañada de una niña de la edad de Cathy y luego se marchó sin ella. Y apuesto a que si le pedimos a un juez que investigue la cuenta bancaria de la señorita Benson, descubriremos que esos pagos se remontan al día de cuando la señorita Ross fue inscrita en Santa Hilda. Ya sabemos que la orden de pago al banco fue cancelada la semana que murió la señorita Benson.

Una vez más Harrison pareció horrorizado ante la implacable osadía de Charlie y levantó una mano con la esperanza de detenerlo.

Birkenshaw, por el contrario, no pudo resistir una sonrisa irónica.

—*Sir Charles*, en ausencia de un abogado que lo represente, creo que debería recordarle unas cuantas verdades. Sin embargo, permítame dejar algo muy en claro: mi cliente, hasta ayer, jamás había oído hablar de la señorita Benson. En todo caso, ningún juez inglés tiene jurisdicción para investigar una cuenta bancaria australiana a no ser que crean que se ha cometido un delito en ambos países. Más aún, *sir Charles*, dos de sus principales testigos están tristemente en sus tumbas, mientras que el tercero, el señor Walter Slade, no va a hacer ningún viaje a Inglaterra. Y más todavía, usted no podrá hacerlo comparecer.

»De modo que volvamos a su afirmación, *sir Charles* —continuó—, de que un jurado se sorprendería si mi cliente no apareciera en la barra de los testigos a contestar en nombre de su madre. Sospecho que se sentirían asombrados al enterarse de que la principal testigo en este caso, la demandante, tampoco estaba dispuesta a subir al estrado a contestar en su propio nombre porque no tiene recuerdos de lo que tuvo lugar realmente en la fecha de que hablamos. No creo que usted pueda encontrar un solo abogado en la tierra que esté dispuesto a hacer pasar esa terrible prueba a la señorita Ross, si las únicas palabras que es capaz de decir en respuesta a toda pregunta fuera “Lo siento, no recuerdo”. ¿O tal vez es posible que sencillamente no tenga nada creíble que decir? Permítame asegurarle, *sir Charles*, aceptaríamos muy gustosos ir a los tribunales, porque con ello se reirían de usted.

Por la expresión de Harrison, Charlie comprendió que estaba derrotado. Miró con tristeza a Cathy, cuya expresión no había cambiado en toda la hora.

Harrison se quitó lentamente las gafas y las limpió con gran aspaviento con un pañuelo que se sacó del bolsillo superior. Finalmente habló:

—Confieso, *sir Charles*, que no veo motivo para ocupar el tiempo de los tribunales con este caso. De hecho, creo que sería irresponsable por mi parte si le recomendara hacerlo, a no ser, ciertamente, que la señorita Ross se sintiera capaz de dar alguna prueba nueva que hasta aquí no haya habido ocasión de considerar, o al menos pudiera corroborar la afirmación que usted ha avanzado en su nombre. Señorita Ross —dijo volviéndose a Cathy—, ¿hay alguna cosa que quisiera decir en este momento?

Los cuatro hombres volvieron su atención a Cathy que estaba frotando el pulgar contra los otros dedos con la mano bajo la barbilla.

—Tenga la bondad de disculparme, señorita Ross —dijo Harrison—, no me había dado cuenta de que trataba de captar mi atención.

—No, no, soy yo quien debe pedir disculpas, señor Harrison —dijo Cathy—. Siempre hago esto cuando estoy nerviosa. Es que me recuerda la joyita que me regaló mi padre cuando era pequeña.

—¿La joyita que le regaló su padre? —preguntó Harrison en voz baja, no muy seguro de haberla escuchado correctamente.

—Sí —dijo Cathy.

Se desabrochó el botón superior de la blusa y sacó una medalla miniatura que colgaba de una cadenita.

—¿Tu padre te regaló eso? —preguntó Charlie.

—Sí —dijo Cathy—, es el único recuerdo tangible que tengo de él.

—¿Puedo ver el collar, por favor? —preguntó Harrison.

—Por supuesto —dijo Cathy quitándose la cadena por encima de la cabeza y entregándole la medalla a Charlie, quien examinó la miniatura un momento y luego se la pasó al señor Harrison.

—Aunque no soy experto en medallas, creo que esta es una MC en miniatura —dijo Charlie.

—¿No le dieron la MC a Guy Trentham? —preguntó Harrison.

—Sí —dijo Birkenshaw—, y también fue a Harrow, pero el simple hecho de usar su vieja corbata del colegio no prueba que mi cliente sea su hermano. De hecho no prueba nada y no se puede presentar como prueba. Después de todo, debe de haber cientos de MC por allí. En realidad, la señorita Ross podría haber comprado esa medalla en cualquier tienda de baratijas de Londres, una vez que había planeado hacer calzar los hechos relativos a Guy Trentham con sus antecedentes. No esperará realmente que nos dejemos engañar por ese viejo truco, *sir* Charles.

—Le puedo asegurar a usted, señor Birkenshaw, que esta medalla en particular me la dio mi padre —dijo Cathy mirando directamente al abogado—. Puede que él no haya tenido derecho a llevarla, pero jamás olvidaré cuando me colocó la cadenilla alrededor del cuello.

—Eso no puede ser de ninguna manera la MC de mi hermano —dijo Nigel Trentham hablando por primera vez—. Más aún, puedo demostrarlo.

—¿Lo puede demostrar? —preguntó Harrison.

—¿Está seguro...? —comenzó a decir Birkenshaw, pero esta vez fue Trentham quien colocó la mano firmemente en el brazo del abogado.

—Le probaré a su satisfacción, señor Harrison —continuó Trentham—, que la medalla que tiene delante de usted no pudo haber sido la MC que ganó mi hermano.

—¿Y cómo se propone probar eso? —preguntó Harrison.

—Porque la medalla de Guy era única. Después que le otorgaron la MC, mi madre envió el original a Spinks e hizo que grabaran las iniciales de Guy en el borde del cuello de la medalla. Esas iniciales solo se pueden ver con una lupa. Lo sé, porque

la medalla que él recibió aún está en la repisa de la chimenea de mi casa de Chester Square. Si alguna vez existió una miniatura, mi madre habría hecho grabar sus iniciales exactamente de la misma forma.

Nadie habló mientras Harrison abría un cajón de su escritorio, sacaba una lupa con mango de marfil que normalmente usaba para descifrar escrituras ilegibles. Acercó la medalla a la luz y examinó los bordes de los pequeños brazos de plata con toda atención.

—Tiene usted toda la razón —admitió Harrison mirando a Trentham—. Su caso está probado.

Le pasó la medalla y la lupa al señor Birkenshaw, quien a su vez la examinó durante un rato y luego la devolvió a Cathy con una ligera inclinación de cabeza. Se volvió hacia su cliente y le preguntó:

—¿Las iniciales de su hermano eran G F T?

—Sí. Exactamente. Guy Francis Trentham.

—Pues entonces, ojalá hubiera mantenido la boca cerrada.

BECKY

1962 - 1970

CAPÍTULO 48

Esa noche, cuando Charlie irrumpió en el salón, fue la primera vez que creí de verdad que finalmente había muerto Guy Trentham.

Yo permanecí sentada en silencio mientras mi marido se paseaba por la habitación relatando entusiasmado hasta el último detalle de lo sucedido esa tarde en la oficina del señor Harrison.

En mi vida he amado a cuatro hombres, con emociones que van de la adoración a la devoción, pero solo Charlie las ha abarcado todas. Sin embargo, aun en el momento de su triunfo, yo sabía que me tocaría a mí quitarle lo que más amaba en su vida.

En las dos semanas siguientes a esa decisiva entrevista, Nigel Trentham había accedido a deshacerse de sus acciones al precio de mercado. Ahora que los intereses habían subido al ocho por ciento, no era de extrañar que tuviera poco valor para proseguir la larga y amarga lucha por cualquier derecho que tuviera o no tuviera sobre la propiedad Hardcastle. En nombre del trust, el señor Harrison compró todas sus acciones, por un valor de algo más de siete millones de libras. Entonces el anciano abogado aconsejó a Charlie que convocara una reunión de consejo especial, ya que era su deber informar a la Cámara de Empresas de lo ocurrido. También le advirtió que en el plazo de catorce días debía poner en conocimiento de los demás accionistas los detalles pertinentes de la transacción.

Hacía muchísimo tiempo que yo no esperaba con tanta ilusión una reunión de consejo.

Aunque fui de las primeras en llegar a la sala de consejo esa mañana, todos los demás llegaron mucho antes de la hora programada para la reunión.

—¿Excusas por ausencia? —preguntó el presidente a las diez en punto.

—Nigel Trentham, Roger Gibbs y Hugh Folland —entonó Jessica con su voz más prosaica.

—Gracias. Acta de la última reunión —dijo Charlie—, ¿es vuestro deseo que firme esas actas aprobándolas como relación verdadera y exacta de lo que tuvo lugar?

Observé a las personas sentadas alrededor de la mesa. Daphne, vestida con un llamativo y alegre conjunto amarillo, garabateaba distraídamente en las hojas de su copia del acta. Tim Newman asentía con su cortesía acostumbrada, mientras Simón tomaba agua de su vaso levantándolo como si hiciera un brindis. Ned Denning susurraba algo inaudible al oído a Makin, y Cathy marcaba un tic en el punto número dos. Volví mi atención a Charlie.

Como por lo visto nadie tenía ninguna objeción que hacer, Jessica dio vueltas a las hojas del acta colocando la última delante de Charlie para que firmara bajo la última línea. Observé la sonrisa que aparecía en su rostro al releer la última instrucción que había recibido del consejo en la reunión pasada: «Que el presidente intente llegar a un acuerdo amistoso con el señor Nigel Trentham respecto a la formal

adquisición de Trumper's».

—¿Algún asunto a tratar respecto al acta? —preguntó Charlie.

Todo el mundo continuó callado de modo que una vez más Charlie miró el orden del día.

—Punto número cuatro, el futuro de... —comenzó, pero entonces todos intentamos hablar al mismo tiempo.

Cuando la reunión había vuelto a adquirir una apariencia de orden, Charlie sugirió que tal vez sería conveniente que el gerente nos pusiera al día sobre la situación actual. Yo me uní a los «Muy bien», y gestos de asentimiento que dieron la bienvenida a su sugerencia.

—Gracias, señor presidente —dijo Arthur Selwyn sacando algunos papeles de su maletín que tenía junto a su silla. El resto del consejo esperó pacientemente—. El consejo deberá saber —comenzó, con el tono del funcionario del Estado que fuera en su tiempo— que a continuación del anuncio hecho por el señor Nigel Trentham de que ya no tenía la intención de lanzar una oferta de adquisición de Trumper's, las acciones de la empresa han bajado de su precio máximo de dos libras con cuatro chelines al precio actual de una libra con diecinueve chelines.

—Todos podemos seguir las variaciones del mercado de valores —dijo Daphne metiendo su cuchara—. Lo que yo querría saber es qué pasó con las acciones personales de Trentham.

Yo no me uní al coro de aprobación que siguió a esta interrupción, porque ya sabía hasta los más mínimos detalles del acuerdo.

—Las acciones del señor Trentham —dijo el señor Selwyn, continuando como si no hubiera sido interrumpido—, según un acuerdo entre sus abogados y la señorita Ross, fueron adquiridas hace dos semanas por el señor Harrison en nombre del fideicomiso Hardcastle al precio de dos libras con un chelín por acción.

—¿Y se hará partícipe al resto del consejo de las causas que llevaron a esta simpático arreglito? —preguntó Daphne.

—Ha salido a luz recientemente —contestó Selwyn— que durante el año pasado el señor Trentham logró acumular una considerable participación en la empresa con dinero prestado que le permitía mantener un suculento sobregiro bancario, sobregiro que según tengo entendido ya no puede mantener. Teniendo esto en cuenta ha vendido su participación en la empresa, de algo así como un veinte por ciento, directamente al Hardcastle Trust al precio de mercado del momento.

—Lo ha hecho por fin —dijo Daphne.

—Sí —dijo Charlie—. Y puede que también interese al consejo saber que durante la semana pasada recibí tres cartas de dimisión, del señor Trentham, del señor Folland y del señor Gibbs, las cuales me tomé la libertad de aceptar en vuestro nombre.

—Y tanta libertad —exclamó bruscamente Daphne.

—¿Le parece que no deberíamos haber aceptado sus dimisiones?

—Naturalmente me lo parece, presidente.

—¿Podemos conocer sus razones, *lady* Wiltshire?

—Son del todo egoístas, presidente. —Me pareció detectar una risita entre dientes. Todo el mundo la escuchaba expectante—. Verá, me hacía mucha ilusión proponer que se despidiera a esos tres.

Muy pocos lograron mantenerse serios ante esa sugerencia.

—Que no conste en el acta —dijo Charlie a Jessica—. Gracias, señor Selwyn, por su admirable resumen de la situación. Ahora, como no creo que se gane nada removiendo esos carbones, pasemos al punto número cinco, el servicio bancario.

Charlie se echó atrás en la silla satisfecho mientras Cathy nos informaba que el nuevo servicio estaba consiguiendo beneficios respetables y que ella no veía ningún motivo para que no continuaran mejorando las cifras en el futuro previsible.

—En realidad —dijo—, creo que ha llegado el momento de que Trumper's ofrezca a sus clientes regulares su propia tarjeta de crédito como...

Yo contemplé la medalla MC en miniatura que colgaba de una cadenita alrededor de su cuello, el eslabón perdido en cuya existencia Charlie siempre había insistido. Cathy aún era incapaz de recordar la mayor parte de lo ocurrido en su vida antes de llegar a trabajar a Londres, pero yo compartía la opinión del doctor Miller de que ya no debíamos desperdiciar el tiempo con el pasado sino dejarla concentrarse en el futuro.

Ninguno de nosotros dudábamos de que, llegado el momento de elegir nuevo presidente, no tendríamos que buscar muy lejos para encontrar a la sucesora de Charlie. El único problema que tenía que enfrentar yo ahora era convencer al actual presidente de que tal vez había llegado la hora de que dejara paso a alguien más joven.

—¿Tiene usted algún reparo respecto a los límites de crédito, presidente? —preguntó Cathy.

—No, no, todo me parece muy bien —dijo Charlie, en tono desacostumbradamente vago.

—No estoy muy segura de poder estar de acuerdo con usted, *sir* Charles —dijo Daphne.

—¿Y eso por qué, *lady* Wiltshire? —preguntó Charlie con sonrisa benévola.

—En parte porque alrededor de los diez últimos minutos usted no ha escuchado ni una palabra de lo que se ha dicho —declaró Daphne—, ¿cómo puede entonces saber a qué está dando su conformidad?

—Culpable —dijo Charlie—. Confieso que mi mente estaba en el otro lado del mundo. Sin embargo —continuó—, he leído el informe de Cathy sobre el tema y considero que los límites de crédito tendrán que variar de cliente a cliente según las evaluaciones pertinentes, y tal vez en el futuro necesitemos personal nuevo, preparado en Barclays y no en Selfridges. Incluso así, he de requerir un calendario detallado si vamos a considerar la introducción de un programa de esa envergadura. Debería estar preparado para la presentación en la próxima reunión de consejo. ¿Es

eso posible, señorita Ross? —preguntó con firmeza, con la esperanza sin duda de que este otro ejemplo de su conocido «pensar con los pies en la tierra» lo libraba de las garras de Daphne.

—Gracias —dijo Charlie—. Punto número seis, contabilidad.

Escuché con atención la presentación que hacía Selwyn de las últimas cifras, departamento por departamento. Nuevamente tomé conciencia de las preguntas y sondeos de Cathy tan pronto le parecía que las explicaciones sobre cualquier pérdida o innovación no eran lo suficientemente completas. Era algo así como una versión de Daphne mejor informada y más profesional.

—¿Cuáles son los cálculos de previsión de beneficios para el año sesenta y cinco? —preguntó.

—Aproximadamente novecientos veinte mil libras —repuso Selwyn pasando el dedo bajo una columna de cifras.

En ese momento fue cuando comprendí lo que había que lograr antes de convencer a Charlie que anunciara su retiro.

—Gracias, señor Selwyn. ¿Pasamos ahora al punto número siete? El nombramiento de la señorita Cathy Ross como vicepresidente. —Charlie se quitó las gafas y añadió—: No creo necesario que yo pronuncie un largo discurso sobre las razones...

—De acuerdo —interrumpió Daphne—. Por lo tanto me produce enorme placer proponer a la señorita Ross como vicepresidente de Trumper's.

—Me agradaría secundar esa propuesta —intervino Arthur Selwyn.

Yo no pude menos que sonreír ante la visión de Charlie con la boca abierta de par en par, pero en todo caso se las arregló para decir:

—¿Los que están a favor?

Yo levanté mi mano junto con todos los demás excepto una. Cathy se puso de pie y pronunció un corto discurso de aceptación, agradeciendo al consejo la confianza puesta en ella y asegurándoles su total compromiso con el futuro de la empresa.

—¿Otros asuntos? —preguntó Charlie comenzando a ordenar sus papeles.

—Sí —repuso Daphne—. Habiendo tenido el placer de proponer a la señorita Ross como vicepresidente, creo llegada la hora de presentar mi dimisión.

—Pero ¿por qué? —preguntó Charlie espantado.

—Porque el próximo mes cumpliré sesenta y cinco años, presidente, y creo que esa es una edad adecuada para dejar paso a sangre más joven.

—Entonces, solo me resta decir... —comentó Charlie y esta vez nadie intentó impedirle que nos dirigiera un largo y florido discurso.

Cuando terminó, todos golpeamos la mesa con las palmas.

Una vez restituido el orden, Daphne dijo simplemente:

—Gracias. No me habría esperado tales dividendos de una inversión de sesenta libras.

En las semanas siguientes a que Daphne dejara la empresa, siempre que se presentaba a discusión un tema delicado, Charlie me confesaba después de la reunión que echaba de menos el peculiar y exasperante sentido común de la marquesa.

—¿Y me vas a echar igualmente de menos a mí con mi crítica lengua cuando presente mi dimisión?

—¿De qué hablas?

—Resulta que cumpliré sesenta y cinco el próximo año y pienso seguir el ejemplo de Daphne.

—Pero...

—Nada de peros, Charlie —le dije—. Número uno, ahora camina solo... Es más que competente desde que le robé el joven Richard Cartwright a Christie's. En todo caso, a Richard se le debería ofrecer mi puesto en el consejo general. A fin de cuentas, lleva la mayor parte de la responsabilidad sin la satisfacción de llevarse el mérito.

—Bueno, pues yo te diré una cosa —replicó Charlie desafiante—. Yo no pienso dimitir, ni cuando tenga setenta años.

Durante 1966 abrimos tres nuevos departamentos: el de «Adolescentes» con especialidad en ropa y discos y con cafetería propia; una agencia de viaje para hacer frente a la creciente demanda de viajes al extranjero, y un departamento de regalos para «El hombre que lo tiene todo». Cathy también recomendó al consejo que a sus veinte años tal vez todo el carretón necesitaba una buena cirugía plástica. Charlie me comentó que no se sentía muy seguro respecto a ese cataclismo radical, pero como por lo visto Arthur Selwyn y los demás directores estaban convencidos de que esa renovación debía haberse hecho hacía ya mucho tiempo, logré convencerle de que él opusiera solo una resistencia simbólica.

Mantuve mi promesa, o amenaza según Charlie, y dimití al mes siguiente de cumplir sesenta y cinco años, dejando a Charlie como el único director que quedaba del primer consejo.

Por primera vez en su vida Charlie reconoció que comenzaba a sentir su edad. Me comentó que siempre que empezaba la reunión pidiendo la conformidad con el acta de la reunión anterior, daba una mirada a la sala de reuniones y comprendía lo poco que tenía en común con la mayoría de sus compañeros directores. Las «brillantes nuevas chispas» como los llamaba Daphne, financieros, especialistas en «opas», relaciones públicas, todos parecían en cierto modo alejados del único elemento que siempre había importado a Charlie: el cliente.

Hablaban de financiación deficitaria, proyectos opcionales de préstamos, «spots» publicitarios en televisión, muchas veces sin molestarse en pedir su opinión a Charlie.

—¿Qué debo hacer al respecto? —me preguntó Charlie la semana anterior a la

Asamblea General de Accionistas.

Frunció el ceño al escuchar mi respuesta.

La semana siguiente Arthur Selwyn anunció ante la Asamblea General de Accionistas de la empresa que los beneficios antes de impuestos para 1967 serían de 1 078 600 libras. Charlie me miró y yo asentí con firmeza desde la primera fila. Esperó el punto «Otros asuntos» y entonces se levantó para comunicar a la asamblea que pensaba llegada la hora de presentar su dimisión. Otra persona tenía que empujar el carretón hacia los años setenta, sugirió.

Todo el mundo en la sala pareció horrorizado, se habló del final de una era, de «no hay reemplazo posible», nunca jamás será igual; pero nadie le pidió a Charlie que reconsiderara su decisión. Veinte minutos después Cathy era elegida unánimemente presidenta del consejo.

CAPÍTULO 49

La primera medida que tomó Cathy en su nuevo papel de presidenta fue organizar una cena en honor de Charlie en el hotel Grosvenor House. Todo el personal de Trumper's asistió al homenaje, acompañados por sus esposas o maridos, así como muchos de los amigos de Charlie y Becky, ganados a lo largo de casi siete décadas. Charlie ocupó su lugar en el centro de la mesa principal, uno entre las mil setecientas setenta personas que esa noche llenaron el gran salón de baile.

A continuación vino la cena de cinco platos a la que ni siquiera Percy pudo encontrar un defecto. Una vez le sirvieron el coñac, Charlie encendió un gran cigarro Trumper's y susurró a Becky:

—Ojalá hubiera visto este banquetazo tu padre. Pero claro —añadió—, él no habría asistido, a menos que hubiera suministrado todo, desde los merengues a los panecillos.

—Y ojalá nos hubiera acompañado Daniel también esta noche —repuso Becky.

Unos momentos después se puso de pie Cathy e invitó a los presentes a brindar por la salud del fundador de la empresa y primer presidente vitalicio. No hubo necesidad de que nadie gritara «¡Que hable!», porque Charlie ya se había puesto de pie antes que alcanzaran a poner sus copas en la mesa.

Comenzó por recordar una vez más a su auditorio cómo todo había comenzado con el carretón de su abuelo en Whitechapel, carretón que ahora se alzaba orgulloso en el salón comedor de Trumper's. Rindió homenaje al coronel, tiempo atrás fallecido, a los pioñeros de la empresa, los señores Sanderson y Hadlow, como también a Bob Makins y Nel Denning, los dos componentes del personal inicial que unas pocas semanas antes que él se habían retirado. Por último recordó a Daphne, la marquesa de Wiltshire que le prestara sus primeras sesenta libras.

—Cómo desearía volver a mis catorce años —exclamó con añoranza—. Yo, mi carretón y mis clientes regulares en Whitechapel Road. Aquellos fueron los días más felices de mi vida. Porque en mi corazón, verán ustedes, soy un sencillo hombre de frutas y verduras.

Todos rieron, excepto Becky, que miró a su marido y recordó al niño de ocho años de pantalones cortos y gorra en la mano parado fuera de la tienda de su padre con la esperanza de obtener un bollo gratis.

—Me enorgullezco —continuó— de haber construido el carretón más grande del mundo y de encontrarme esta noche entre aquellos que me han ayudado a empujarlo todo el camino desde el East End hasta Chelsea Terrace. Os echaré de menos a todos..., y solo me queda esperar que me permitan entrar a Trumper's de vez en cuando.

Charlie se sentó y todo el personal se puso de pie para aclamarlo. Él se inclinó hacia Becky, le tomó la mano y dijo:

—Perdóname, olvidé decirles que en primer lugar fuiste tú quien lo fundaste.

Después de haber dejado la empresa, Charlie pasó unos siete días por lo menos en que daba la impresión de sentirse totalmente satisfecho con estar en la casa sin hacer nada en particular, pero a la segunda semana Becky se dio cuenta de que habría de hacer algo si no quería volverse loca y de paso perder a la mayor parte del personal doméstico de Eaton Square. La mañana del lunes se dejó caer en Trumper's para hacer una visita al encargado del departamento de viajes. Durante la cuarta semana *lady* Trumper recibió unos pasajes enviados por las oficinas de Cunard, para un viaje a Nueva York en el *Queen Elizabeth*, seguido de un extenso recorrido por Estados Unidos.

—Realmente espero que ella pueda llevar el carretón sin mí, Becky —dijo Charlie mientras Stan los conducía a Southampton.

—Supongo que sabrá arreglárselas bien —dijo Becky.

Su plan consistía en estar fuera por lo menos unos tres meses, con el fin de dejar el campo libre a Cathy para que pudiera continuar con su programa de renovación y decoración, ya que ambas sospechaban que si Charlie estaba por allí haría todo lo posible por entorpecerlo.

Becky se convenció aún más de que así habría sucedido, un día en que Charlie entró en Bloomingdale's y comenzó a refunfuñar por la falta de espacio dedicado a exhibir los productos. Lo llevó entonces a Macy's y allí se quejó de la falta de atención, y cuando llegaron a Chicago, Charlie le dijo a Henry Field que ya no le gustaban los escaparates que en su tiempo fueran el sello distintivo de esos grandes almacenes.

—Demasiado chillones —le aseguró al propietario—. Incluso para Estados Unidos.

Becky le habría recordado la palabra «tacto» si Henry Field mismo no se hubiera mostrado de acuerdo con cada palabra de su amigo, a la vez que echaba categóricamente la culpa a los floristas, quienes quieran que estos fuesen.

En Dallas, San Francisco y Los Ángeles las cosas no fueron mejor. Tres meses más tarde, cuando se embarcaban en el gran transatlántico en Nueva York, nuevamente reapareció el nombre de Trumper's en los labios de Charlie. Becky comenzó a temer entonces lo que podría pasar en el momento en que pisaran suelo inglés. Su única esperanza era que los cinco días de océano calmado, y cálida brisa atlántica les sirvieran para relajarse y tal vez hasta para que Charlie olvidara Trumper's por unos momentos. Pero el viaje de vuelta él se lo pasó la mayor parte del tiempo explicándole sus nuevas ideas para revolucionar la empresa, ideas que según él deberían ponerse en práctica tan pronto llegaran a Londres. Entonces fue cuando Becky decidió que debía adoptar postura a favor de Cathy.

—Pero si ya ni siquiera estás en el consejo —le recordó, tendida en cubierta tomando el sol.

—Aún soy el presidente vitalicio —insistió él luego de explicarle su última gran idea de ponerle placas detectoras a la ropa, para evitar los robos.

—Pero ese es solo un título honorario.

—Tonterías. Tengo la intención de dar mi opinión siempre que...

—Charlie, eso no es justo para Cathy. Ella ya no es la subdirectora de una empresa familiar arriesgada, sino presidenta de una enorme empresa pública. ¿No crees que ha llegado la hora de que te mantengas alejado de Trumper's y dejes a Cathy empujar el carretón sola?

—Pero ¿qué se supone que he de hacer entonces?

—No lo sé y no me importa. Pero sea lo que fuere, ya no lo vas a hacer en ningún lugar cercano a Chelsea Square. ¿Me he explicado claramente?

Charlie iba a contestar cuando se detuvo junto a ellos un oficial de cubierta.

—Siento interrumpirle, señor.

—No ha interrumpido nada —dijo Charlie—. ¿Qué desea que haga? ¿Organizar un motín o un partido de tenis en cubierta?

—Ambas cosas son responsabilidad del sobrecargo, *sir* Charles —dijo el joven—, pero el capitán desearía saber si puede tener la amabilidad de reunirse con él en el puente. Ha recibido un cablegrama de Londres para usted y no lo entiende muy bien.

—Espero que no sean malas noticias —dijo Becky incorporándose rápidamente y dejando la novela que intentaba leer a un lado—. Les dije que no se comunicaran con nosotros a menos que surgiera una emergencia.

—Tonterías —dijo Charlie—. Eres una pesimista. Para ti, una botella siempre está medio vacía.

Diciendo esto se paró, se estiró y acompañó al joven oficial por la cubierta de popa hacia el puente, explicándole cómo haría él para organizar un motín. Becky los seguía a un metro de distancia sin hacer más comentarios.

Mientras el oficial los escoltaba por el puente, el capitán se volvió a saludarlos.

—Acaba de llegar un cablegrama desde Londres, *sir* Charles, y pensé que desearía verlo inmediatamente —dijo pasándole el mensaje.

—Maldita sea, me he dejado las gafas en cubierta —farfulló Charlie— Becky, mejor será que me lo leas.

Le pasó el papel a su esposa. Becky abrió el cablegrama con dedos algo temblorosos y leyó el mensaje para sí misma primero mientras Charlie le observaba la cara para hacerse una idea de su contenido.

—¡Venga! ¿De qué se trata?

—Es una instancia del palacio de Buckingham —contestó ella.

—¿No te lo dije? Es que no los puedes dejar hacer nada solos. Primer día del mes, jabón de baño, ella prefiere lavanda; pasta dentífrica, él prefiere Macleans, y papel higiénico... Le dije a Cathy...

—No, no creo que Su Majestad esté preocupada por el papel higiénico en esta ocasión —dijo Becky.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Desean saber qué título vas a escoger.

—¿Título? —dijo Charlie.

—Sí —dijo Becky levantando el rostro para mirar a su marido—. Lord Trumper ¿de dónde?

Becky se sorprendió y Cathy se sintió algo aliviada al descubrir con cuánta rapidez lord Trumper de Whitechapel se absorbía en los trabajos cotidianos de la Cámara Alta. Los temores de Becky de que estuviera continuamente interfiriendo en los asuntos rutinarios de la empresa se esfumaron tan pronto Charlie se hubo colocado el armiño rojo. A ella la rutina le trajo recuerdos de aquellos días durante la Segunda Guerra Mundial cuando Charlie trabajara bajo las órdenes de lord Woolton en la Secretaría para la Alimentación y no sabía nunca a qué hora de la noche llegaría.

Seis meses después de haberle dicho Becky que no debía ir a ningún lugar cerca de Trumper's, Charlie le comunicó que había sido invitado a formar parte del Comité de Agricultura, donde pensaba que una vez más podría aportar sus conocimientos técnicos para beneficio de sus consocios. Incluso volvió a su rutina de levantarse a las cuatro y media de la mañana, con el fin de ponerse al día con esos documentos parlamentarios que siempre había que leer antes y después de las reuniones importantes.

Cada día al volver a casa por la noche para cenar, venía con cantidad de noticias sobre alguna cláusula que había propuesto al comité ese día, o sobre el zoquete que le había ocupado el tiempo esa tarde en la Cámara con innumerables enmiendas al acta en curso.

En 1970, cuando Gran Bretaña solicitó la entrada al Mercado Común, Charlie le contó a su esposa que el oficial disciplinario jefe le había propuesto presidir un subcomité para la distribución de alimentos en Europa y que creía que era su deber aceptar. Desde ese día, siempre que Becky bajaba a desayunar encontraba papeles con el orden del día de las reuniones o ejemplares del diario *Hansar* de los lores desparramados por todo el camino desde el estudio de Charlie a la cocina, en donde había dejado la inevitable nota explicándole que había tenido que asistir a otra reunión temprana del subcomité, o a una reunión con algún partidario de la entrada de Gran Bretaña en el Mercado Común llegado del continente. Hasta entonces Becky no tenía idea de lo mucho que tenían que trabajar los miembros de la Cámara Alta.

Becky continuó en contacto con Trumper's visitando regularmente la tienda los lunes por la mañana. Siempre iba a una hora en que la tienda estuviera relativamente tranquila y, para su sorpresa, se convirtió en la principal fuente de información de Charlie respecto a lo que allí sucedía.

Siempre disfrutaba paseándose por los diferentes departamentos un par de horas, pero no podía dejar de notar lo rápido que cambiaban las modas y lo bien que se las

arreglaba Cathy para llevar siempre la delantera a sus rivales sin dar jamás motivo de queja a los clientes regulares con cambios innecesarios.

Becky siempre destinaba la última visita a la sala de subastas para ver los cuadros que iban a subastarse en la próxima venta. Hacía ya tiempo que había pasado la responsabilidad a Richard Cartwright, el primer subastador jefe, pero él siempre estaba disponible para acompañarla en la ronda de vista anticipada de los cuadros que iban a subastarse.

—Impresionistas de segundo orden en esta ocasión —le aseguró él.

—Ahora a precios de primer orden —comentó Becky examinando obras de Pissarro, Bonnard, Vuillard y Dufy—; tendremos que procurar que Charlie no sepa nada sobre este lote.

—Ya lo sabe —le advirtió Richard—. Vino el jueves pasado camino de los lores, puso precio mínimo a tres lotes y hasta encontró tiempo para protestar por nuestros cálculos. Alegó que solo hacía unos años le había comprado a usted un gran óleo de Renoir, *L'homme à la peche*, por el precio que ahora yo esperaba que pagara por un pequeño pastel de Pissarro que no era otra cosa que un estudio para un cuadro importante.

—Creo que tal vez tenga razón en eso —dijo Becky echando un vistazo al catálogo para comprobar las diferentes tasas—. Y los cielos se apiaden de su hoja de balance si descubre que no ha logrado alcanzar el precio mínimo en cualquier cuadro que le interese a él. Cuando yo llevaba este departamento lo apodaban «nuestro jefe de pérdidas».

En ese momento entró otro dependiente y se les acercó, se inclinó educadamente ante *lady* Trumper y le pasó una nota a Richard. Este leyó el mensaje y se volvió hacia Becky.

—La presidenta desea saber si sería tan amable de pasar a verla antes de marcharse. Hay algo que necesita conversar con usted urgentemente.

Richard la acompañó hasta el ascensor de la planta baja y ella le agradeció nuevamente el mimar a una anciana.

Mientras el ascensor subía a regañadientes, otra cosa que habría que cambiar como parte del nuevo plan de remodelación, Becky iba pensando sobre qué querría hablar Cathy con ella, deseando que ojalá no tuviera que cancelar la cena con ellos esa noche, ya que sus invitados serían David y Barbara Field.

Hacía unos dieciocho meses que Cathy se había trasladado de Eaton Square a un espacioso apartamento en Chelsea Cloister, pero continuaban cenando juntos al menos una vez al mes. Además, siempre que se encontraban en la ciudad los Field o los Bloomingdale, ella también acudía a la cena con ellos. Becky sabía que David Field, que aún seguía en el consejo de la gran tienda de Chicago, se sentiría decepcionado si Cathy no podía cenar con ellos esa noche, especialmente cuando tenían previsto volver a casa al día siguiente.

Jessica la hizo pasar directamente al despacho de la presidenta, donde se encontró

a Cathy hablando por teléfono, con el ceño fruncido, cosa no habitual en ella. Mientras esperaba que terminara su conversación, Becky miró por la ventana salediza hacia el banco de madera desocupado al otro lado de la calle y pensó en Charlie, que lo había cambiado por los bancos de cuero rojo de la Cámara de los Loes. Cathy colgó el auricular y preguntó inmediatamente:

—¿Cómo está Charlie?

—Dímelo tú —dijo Becky—, le veo ocasionalmente a la hora de la cena durante la semana e incluso en el desayuno algún domingo. Pero eso es todo. ¿Se le ha visto en Trumper's últimamente?

—No muy a menudo. Todavía me siento culpable por haberlo excluido de la tienda.

—No tienes ninguna necesidad de sentirte culpable —le dijo Becky—. Nunca le había visto más feliz.

—Me tranquiliza saberlo —dijo Cathy—, pero justo ahora necesito el asesoramiento de Charlie sobre un asunto muy importante.

—¿Cuál?

—Cigarros —explicó Cathy—, me llamó por teléfono David Field esta mañana para decirme que su padre desearía doce cajas de su marca habitual y que no me moleste en enviárselas al Connaught, ya que él estará encantado de recogerlas esta noche cuando venga a cenar.

—Entonces ¿cuál es el problema?

—Que ni David Field ni en el departamento de tabacos tienen la menor idea de cuál es la marca habitual de su padre. Parece que Charles siempre se encargaba personalmente del envío.

—Podrías revisar viejas facturas.

—Fue lo primero que hice —repuso Cathy—. Pero no existe el más mínimo indicio de que alguna vez se realizara una transacción. Lo cual me sorprende porque, si no recuerdo mal, siempre que venía a Londres el anciano señor Field, regularmente se le enviaba una docena de cajas al Connaught. —Cathy frunció el ceño—. Eso era algo que siempre me pareció curioso. Al fin y al cabo, si lo piensas, él tiene que haber tenido un gran departamento de tabaquería en su tienda.

—Y claro que lo tenía —dijo Becky—, pero no tenía cigarros de La Habana.

—¿La Habana? No te sigo.

—Allá por los años cincuenta la Aduana de Estados Unidos prohibió la importación de cigarros cubanos, y el padre de David, que venía fumando una especial marca de habanos desde mucho antes que nadie supiera nada de Fidel Castro, no vio motivo para que no le permitieran continuar dándose el gusto de lo que él consideraba no era otra cosa que su «puñetero derecho».

—¿Cómo se las arreglaba Charlie entonces para solucionar el problema?

—Charlie solía bajar al departamento de tabaquería, coger una docena de cajas de la marca preferida del anciano, volver a su oficina, quitar las vitolas de cada puro

reemplazándolas por una inofensiva etiqueta alemana, colocándolos luego en una caja Trumper's no identificable. También se aseguraba de tener siempre una provisión preparada para el señor Field en el caso de que se acabaran. Charlie consideraba que esto era lo mínimo que podía hacer para corresponder a la hospitalidad que nos han brindado los Field a lo largo de los años.

Cathy movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Pero todavía necesito saber qué marca de cigarro cubano es no otra cosa que el «puñetero derecho» del señor Field.

—No tengo ni idea —confesó Becky—. Como dices, Charlie nunca permitió que otra persona se encargara del envío.

—Entonces alguien va a tener que pedirle a Charlie, o bien que venga a hacer el despacho él mismo, o que nos diga a qué marca es adicto el señor Field. De modo que ¿dónde puedo localizar al presidente vitalicio a las once y media de la mañana de un lunes?

—Yo apostaría que oculto en alguna sala de comité en la Cámara de los Lores.

—No, no está —dijo Cathy—, ya he llamado a los Lores y me han asegurado que no lo han visto esta mañana, y más aún, que no esperan volver a verlo esta semana.

—Pero no es posible —dijo Becky—. Si prácticamente vive allí.

—Eso es lo que yo pensaba —dijo Cathy—. Y por eso llamé al número uno para pedirte ayuda.

—Esto lo resuelvo en un santiamén —aseguró Becky—. Si puede Jessica ponerme con la Cámara de los Lores, sé exactamente con qué persona hablar.

Jessica volvió a su oficina, buscó el número y tan pronto obtuvo comunicación pasó la llamada al escritorio de la presidenta, donde Becky cogió el receptor.

—¿La Cámara de los Lores? —dijo Becky—. Sección de mensajes, por favor... ¿Se encuentra allí el señor Anson? No, bueno, de todas maneras quisiera dejar un mensaje urgente para lord Trumper... de Whitechapel... Sí, debe de estar en un subcomité de Agricultura esta mañana... ¿Está usted seguro?... No es posible... ¿Usted conoce a mi marido?... Bueno, eso es una tranquilidad... ¿Es que él...? Muy interesante... No, gracias... No, no dejaré ningún mensaje y por favor no moleste al señor Anson. Adiós.

Becky colgó el teléfono y levantó la vista, encontrándose con las miradas de Cathy y Jessica, con la expresión de dos niños a la hora de acostarse que desean escuchar el final de un cuento.

—Charlie no ha sido visto en los Lores esta mañana. No existe ningún subcomité de Agricultura. Ni siquiera está en un comité completo, y lo que es más, no lo han visto desde hace tres meses.

—Pero no comprendo —objetó Cathy—, ¿cómo te has comunicado con él hasta ahora?

—Con un número especial que me dio Charlie que tengo junto al teléfono del vestíbulo en Eaton Square. Me comunica con un mensajero de los Lores llamado

señor Anson, quien siempre parece saber exactamente dónde localizar a Charlie a cualquier hora del día y de la noche.

—¿Y existe este señor Anson? —preguntó Cathy.

—Ah, sí —dijo Becky—, pero parece que trabaja en otra planta de los Lores y en esta ocasión me pusieron con información general.

—Así pues, ¿qué sucede cuando hablas con el señor Anson?

—Generalmente Charlie me llama antes de la hora.

—De modo que no hay nada que te impida llamar al señor Anson ahora.

—Prefiero no hacerlo por el momento —dijo Becky—. Creo que preferiría descubrir qué ha estado tramando Charlie durante estos dos años. Porque una cosa es cierta, el señor Anson no me lo va a decir.

—Pero el señor Anson no puede ser la única persona que lo sabe —dijo Cathy—, después de todo Charlie no vive en el vacío.

Las dos se volvieron a mirar a Jessica.

—No me miréis a mí —dijo Jessica—. Él no ha tenido contacto con esta oficina desde que le prohibisteis venir a Chelsea Terrace. Si Stan no viniera de vez en cuando a la cantina para almorzar, ni siquiera sabría si Charlie estaba vivo.

—¡Claro! —dijo Becky haciendo chasquear los dedos—, Stan es la única persona que tiene que saber lo que pasa. Continúa recogiendo a Charlie a primera hora de la mañana y lo trae de vuelta a casa a última hora de la noche. No podría hacer nada sin que su chófer estuviera enterado del secreto.

—Exacto. Jessica —dijo Cathy dando un vistazo a su agenda—. Comienza por cancelar mi almuerzo con el director gerente de Moss Bross, luego dile a mi secretaria que no aceptaré llamadas ni interrupciones hasta que descubramos en qué anda exactamente nuestro presidente vitalicio. Cuando hayas hecho esto, baja a la cantina a ver si está allí Stan, y si está, telefonéame inmediatamente.

Jessica salió casi corriendo de la habitación y Cathy volvió su atención a Becky.

—¿Crees que podría tener una amante? —dijo Becky en voz baja.

—¿Noche y día durante casi dos años a los setenta? Si la tiene, deberíamos presentarlo como el Semental del Año en la Exposición Royal Agricultural.

—Entonces, ¿en qué puede andar metido?

—Yo diría que debe estar sacando su doctorado en la Universidad de Londres —dijo Becky—. A Charlie siempre le revienta cuando tú le haces bromas por no haber completado adecuadamente sus estudios.

—Pero me habría encontrado los libros y apuntes por toda la casa.

—Los has encontrado, pero solo los libros y apuntes que él quiere que veas. No olvidemos lo astuto que fue cuando sacó su licenciatura en Filosofía y Letras.

—A lo mejor se ha puesto a trabajar con la competencia.

—No es su estilo —dijo Cathy—, es demasiado leal para eso. En todo caso, a los pocos días lo sabríamos, los directivos y el personal estarían encantados de refregárnoslo. No, tiene que ser algo más sencillo.

Sonó el teléfono en el escritorio de Cathy. Lo cogió y escuchó atentamente.

—Gracias, Jessica. Nos ponemos en camino. Vamos —dijo colgando el receptor y saltando de detrás de su escritorio—. Stan está terminando de almorzar.

Se dirigió a la puerta y Becky la siguió. Sin añadir otra palabra tomaron el ascensor a la planta baja, donde Joe, el portero más antiguo, se quedó con la boca abierta al ver a la presidenta y a *lady* Trumper llamando un taxi cuando las dos tenían a sus respectivos chóferes esperándolas en sus coches.

A los pocos minutos apareció Stan por la misma puerta y se puso al volante del Rolls de Charlie; lo condujo a velocidad moderada hacia Hyde Park Corner, sin advertir en absoluto al taxi que lo seguía. El Rolls continuó por Picadilly, tomó una calle a la izquierda para pasar por Trafalgar Square en dirección al Strand.

—Va hacia el King's College —dijo Cathy—. Sabía que estaba en lo cierto, tiene que ser su doctorado.

—Pero Stan no se detiene —dijo Becky, y en realidad el Rolls pasó de largo la entrada del colegio y continuó su camino por Fleet Street.

—No puedo creer que haya comprado un periódico —dijo Cathy.

—O aceptado un trabajo en la City —añadió Becky a la vez que el Rolls pasaba cerca de Mansión House.

—Ya lo tengo —exclamó Becky triunfalmente cuando el Rolls dejaba atrás la City para entrar al East End—. Ha estado trabajando en algún proyecto en su club de niños en Whitechapel.

Stan continuó hacia el este hasta que finalmente se detuvo delante del «Dan Salmon Centre».

—Pero esto no tiene ningún sentido —dijo Cathy—. Si eso era todo lo que deseaba hacer con su tiempo libre, ¿por qué no te dijo la verdad desde el principio? ¿Para qué recurrir a una farsa tan rebuscada?

—Tampoco yo logro explicarme eso —dijo Becky—. La verdad, creo que me siento aún más desconcertada.

—Bueno, al menos entremos y sepamos de qué se trata lo que está haciendo.

—No —la retuvo Becky tocándole con la mano el brazo—. Antes de decidir lo que debo hacer, necesito reflexionar un momento. Si Charlie está planeando algo que no quiere que sepamos, me disgustaría mucho estropearle su diversión, sobre todo cuando fui yo quien le prohibió ir a Trumper's.

—De acuerdo —dijo Cathy—, entonces volvamos a mi oficina y no digamos nada de nuestro pequeño descubrimiento. Siempre podemos telefonar al señor Anson a los Lores, y él, como sabemos, se encargará de que Charlie nos llame antes de la hora. Eso me da amplio margen de tiempo para solucionar el problema de los cigarros.

Becky asintió e indicó al sorprendido taxista que volviera a Chelsea Terrace. Cuando el taxi se giraba para reemprender el camino de vuelta al West End, Becky miró por la ventanilla de atrás hacia el Centro que llevaba el nombre de su padre.

—Pare —dijo sin previo aviso.

El taxista hundió los frenos y detuvo el taxi de golpe.

—¿Qué pasa? —preguntó Cathy.

Becky señaló fuera por la ventana trasera; mantenía los ojos fijos en la figura que bajaba la escalera del Dan Salmon Centre, vestido con un viejo y mugriento traje y una boina.

—Dios mío —murmuró Cathy.

Becky pagó rápidamente la carrera al taxista mientras Cathy saltaba del coche y seguía a Stan que avanzaba por Whitechapel Road.

—¿A dónde irá? —dijo Cathy sin perder de vista a Stan.

El chófer, vestido casi de harapos, continuaba su marcha por la acera, a un paso que a cualquier soldado que lo viera no le cabría la menor duda de cuál había sido su primera profesión, haciendo que las damas que lo seguían tuvieran que echar a correr de vez en cuando para no perderle de vista.

—Debe ir a la sastrería Cohen's —dijo Becky—. Dios sabe que el hombre tiene el aspecto de venirle bien un traje nuevo.

Pero Stan se detuvo algunos metros antes de llegar a la sastrería. Entonces ambas vieron en ese momento a otro hombre, también con un traje viejo y una boina, junto a un flamante carretón, que llevaba impresas las palabras: «Charlie Salmon el comerciante honrado, fundado en 1969».

—No se las ofrezco por dos libras, señoras —anunció una voz tan alta como la de cualquiera de los jóvenes de los puestos cercanos—, no se las ofrezco por una libra, ni siquiera por cincuenta peniques. No; se las regalo por veinte peniques.

Cathy y Becky observaron estupefactas cómo Stan Russell saludaba a Charlie tocándose la boina y luego comenzaba a llenar la cesta de una señora para que su amo pudiera atender a la siguiente cliente.

—Así pues, ¿qué va a llevar hoy, señora Bates? Tengo unos preciosos plátanos recién llegados por avión desde las Antillas. Debería venderlos a noventa peniques el racimo, pero por ser usted, reina, se los dejo a cincuenta, pero no se lo vaya a contar a sus vecinas.

—¿Cómo están esas patatas, Charlie? —preguntó desconfiada una mujer de mediana edad muy maquillada, señalando una caja en la parte delantera del carretón.

—Como que yo estoy aquí, señora Bates, nuevas de Jersey. Y le digo lo que haré. Se las dejaré al mismo precio que esos supuestos rivales míos están vendiendo las viejas. ¿Puedo ser más justo, dígame usted?

—Llevaré dos kilos, señor Salmon.

—Gracias, señora Bates. Sirve a la señora, Stan, mientras yo atiendo a la siguiente cliente.

Charlie dio la vuelta al carretón.

—Me alegra verla esta preciosa tarde, señora Singh. Medio kilo de higos, nueces y pasas, si no me falla la memoria. ¿Y cómo está el doctor Singh?

—Con mucho trabajo, señor Salmon, con mucho trabajo.

—Entonces tenemos que procurar que esté bien alimentado, ¿verdad? —dijo Charlie—, porque si el tiempo cambia para peor, a lo mejor necesito ir a consultarle por mi sinusitis. ¿Y cómo está la pequeña Suzika?

—Acaba de sacar tres asignaturas de honor, señor Salmon, y va a ir a la universidad de Londres en septiembre a estudiar ingeniería.

—Mal asunto ese —dijo Charlie eligiendo los higos—. ¿Ingeniería dice usted? ¿Qué les queda por inventar? Una vez conocí a una chica de por aquí, que se metió en la universidad, y menudo provecho que le trajo. Se pasó el resto de su vida viviendo a costa de su marido. Mi anciano abuelo solía decir...

Becky se echó a reír.

—¿Qué hacemos ahora entonces? —preguntó.

—Volver a Eaton Square; allí puedes buscar el número del señor Anson en los Lores y llamarle. De esa forma, al menos podemos estar seguras de que Charles te llamará antes de una hora.

Ambas permanecieron allí como paralizadas observando al más viejo vendedor del mercado ofrecer su mercancía.

—No se las ofrezco a dos libras —anunció con una col en cada mano—. No se las ofrezco por una libra, ni siquiera por cincuenta peniques.

—No, se las regalo por veinte peniques —susurró Becky a media voz.

—No, se las regalo por veinte peniques —gritó Charlie a voz en cuello.

—¿Te das realmente cuenta —comentó Becky cuando salían sigilosamente del mercado— que el abuelo de Charlie continuó hasta los ochenta y tres años y murió a solo unos centímetros de donde está parado su señoría ahora?

—Ha recorrido un largo camino desde entonces —dijo Cathy levantando la mano para llamar a un taxi.

—Ah, no lo sé —contestó Becky—. Algo más de un par de kilómetros... en línea recta.

FIN



JEFFREY ARCHER. Nació en 1940 y estudió en Oxford. Popular autor de *bestsellers*, cuenta con más de 120 millones de ejemplares de sus novelas vendidos en todo el mundo, entre ellas se encuentran *Ni un centavo más, ni un centavo menos* (1989), *Kane y Abel* (1989), *El undécimo mandamiento* (1998) y *En pocas palabras* (2001). En 1992 ingresó en la Cámara de los Lores. Reside actualmente en Londres y Cambridge.

NOTAS

[1] Zona comercial y financiera de Londres. (N. del T.) <<

[2] Día anual que dedican las escuelas a entregar los premios, marcado por diversos discursos. (N. *del T.*) <<

[3] Acento de las clases populares londinenses. (N. del T.) <<

[4] Distinguished Service Order. (N. *del T.*) <<

[5] En la jerga militar, Gran Bretaña. (N. del T.) <<

[6] Señal del cazador al avistar el zorro. (N. del T.) <<

[7] VC, Cruz de la Victoria; MC, Cruz Militar; MM, Medalla militar. (N. del T.) <<

[8] La expresión hace referencia a su gordura, pero también al hecho de que su padre es judío y no puede comer carne de cerdo (pork). (N. del T.) <<

[9] Pija. (N. del T.) <<

[10] En yiddish, persona admirable. (N. del T.) <<

[11] Protagonista femenina de Pigmalión. (N. del T.) <<

[12] Lectura, escritura y aritmética: Reading, (w)riting, (a)rithmetic. (N. del T.) <<

[13] Regimiento de East Kent. (N. *del T.*) <<

[14] Juego de palabras difícil de traducir: ella se refiere al East End, y su padre se lo toma como Oriente. (N. del T.) <<

[15] La broma se refiere, obviamente, a Ricardo Corazón de León y Juan sin Tierra.
(N. del T.) <<

[16] Moneda fraccionaria de la India. (N. del T.) <<

[17] En inglés, «pequeño». (N. del T.) <<

[18] Se refiere a Wallis Simpson, futura esposa plebeya del rey, que abdicó para casarse con ella (N. del T.) <<

[19] Autor, entre otras novelas, de 39 escalones. (N. del T.) <<

[20] Anti-raid precautions. (N. del T.) <<

[21] Huevo duro envuelto en carne de salchicha. (N. del T.) <<

[22] Guisado de carnero, tomate y cebolla, cubierto de puré de patatas y pasado por el horno. (N. del T.) <<

[23] Distinguished Service Order, Orden de servicios distinguidos. (N. del T.) <<

[24] Departamento de Investigación Criminal. (N. del T.) <<

[25] Autorización para proveer de artículos a la familia real. (N. del T.) <<